

3838(I)







EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

---

# FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO FLORES.



---

TOMO I.

---

MADRID:—1864.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-LITERARIO DE MANINI HERMANOS,  
Ancha de San Bernardo, 9.

Esta obra es propiedad de los Sres. Manini  
hermanos, y nadie, sin su consentimiento, podrá  
reimprimirla ni traducirla.

## PRÓLOGO DE LA PRESENTE EDICIÓN.

---



Catorce años van trascurridos desde que salió por primera vez al público esta novela, que ahora se echa de nuevo á la calle, y catorce años en estos tiempos, en que se anda media Europa en catorce horas y casi se dá la vuelta al mundo en catorce días, bien puede decirse que equivalen á catorce lustros de los tiempos antiguos. Y como catorce por cinco componen setenta, figúrate, lector, cómo estará mi ánimo de abatido, y mi rostro de colorado, al presentarme á la luz del día con semejante antigüalla.

Cierto es que debiera inspirarme alguna confianza la mucha con que el público me honra, y la que constantemente ha dispensado á esta señora de mis pensamientos, arrancándola del poder de los libreros: lo mismo cuando se ha presentado desnuda de todo adorno, que cuando ha permitido que la cubrieran de ringorrangos; y ya fuese que hablára su propia lengua, ó que se dejára traducir á idioma extraño; pero nada de esto es suficiente á quitarme la vergüenza que me causa traer á remolque una vieja de setenta inviernos, en vez de venir saltando y brincando con una niña de quince primaveras. Con una de tantas, hermosas, discretas y á la moda, que es hoy lo principal, como diariamente salen al público de la acreditada tipografía de los



señores Manini hermanos, sobre los cuales declino desde ahora toda la responsabilidad que pueda caberme en esta exhumacion literaria.

Leyendo la escogida y numerosa coleccion de novelas que, con laudable esfuerzo, publican los citados editores, y gozoso al ver que ese ramo importante de nuestra literatura entra ya con buen pié en el verdadero período de su regeneracion, puesto que, harto de traducir á destajo, se dá á crear con entusiasmo y con verdadera conciencia, nada estaba mas distante de mí que el pensar en que esos señores Manini habrian de llegar á mi casa á pedirme la arrugada mano de esta pobre vieja en novenas ó décimas nupcias; pues, á decir verdad, aunque yo solo he dado mi consentimiento para nueve bodas, siete en la Península y dos en la Isla de Cuba, tengo sospechas, y algo mas que sospechas, de que, sin contar los casos de bigamia que la hicieron cometer en París y en las Repúblicas Americanas, aquí mismo, en la Península, tuvo una debilidad.

Parecíame por estas y por otras razones, que por vergüenza callo, amigo lector, que á dama tan corrida no le estaba bien admitir nuevos requiebros editoriales, y así lo hice presente á los citados galanteadores; pero ellos han insistido, yo me he ablandado, la vieja se ha dejado querer, y allá va de nuevo á probar fortuna, un tanto aseada y limpia de ciertas manchas de imprenta que la arrojaron al salir á la calle en otras ocasiones; pero sin teñirse las canas ni adobarse ciertas otras imperfecciones. Y no deja de falsificarse porque ignore que es fea, ni porque yo mismo, á pesar del amor que la profeso, deje de conocer todos sus defectos; sino porque aunque supiera hermosearla, no me atreveria á hacerlo, porque no creo tener derecho para tanto. Desde la primera vez que dió su entonces blanca mano á los siempre negros hijos de Guttenberg, pertenece en cuerpo y en alma al público. Las faltas que éste, por conducto de sus órganos en la imprenta periódica, tuvo á bien indicarme entonces,

habrán servido para que otros escritores hayan huido de incurrir en ellas.

A mí y á mi novela nos ha quedado por toda satisfaccion, y no es poca, la de haber probado que el público español leia novelas traducidas porque no le daban otra cosa. Contribuyendo con nuestro ejemplo á que muchos escritores de verdadero talento desertáran del enjambre que invadia los teatros, y consagráran su pluma á cultivar este ramo de la literatura, que es uno de los elementos mas poderosos con que cuenta la civilizacion para difundir la ilustracion en todas las clases de la sociedad.

El teatro era la única escuela de las costumbres, cuando la instruccion pública estaba en tan lamentable atraso que la mayor parte de los cómicos buscaban persona que les leyera el papel que habian de representar, para aprenderlo de viva voz; pero hoy que, por fortuna, es difícil hallar una familia, por humilde y reducida que sea, donde no haya un individuo al menos que sepa leer, el libro es el gran conductor de la ilustracion. La novela comparte con el teatro la honrosa mision de educar al pueblo, fortificando sus creencias religiosas, robusteciendo los lazos de la familia, y levantando el espíritu de independendencia y libertad que hace á las naciones grandes y dignas.

La primera vez que se imprimió *La Fé, Esperanza y Caridad*, dije yo: «que me daba por satisfecho de mi trabajo, »si lograba que plumas mas diestras que la mia se aficionáran á ejercitarse en el difícil arte de la novela, emancipando nuestra literatura del vergonzoso tributo que pagaba al extranjero;» y hoy que, sin dejar de verter al idioma patrio las obras de verdadero mérito que se publican en el extranjero, salen á luz diariamente muchas novelas originales españolas, algunas de ellas de gran valía, mi satisfaccion es inmensa.

Solo así se ha de lograr que el pueblo español, con la lectura de hechos de su historia patria, de cuadros de sus

propias costumbres, y de anécdotas y episodios de sus valles y sus montañas, mantenga viva la fé de la religion, la de la patria, la del hogar y la de la familia.

El pais debe estar verdaderamente reconocido á las empresas literarias que, publicando esta clase de obras, saben hermanar sus propios intereses con los permanentes de toda sociedad bien constituida, y que aspira á ser dignamente respetada.

Por lo que hace á este prólogo, cuyo único objeto era decir al lector que el autor de la presente novela se lava las manos en cuanto al pensamiento de sacarla nuevamente á luz, creo que ya puede darse por terminado.

Muchos trabajos de esta índole, unos de mi cuenta y otros de la agena, me he visto obligado á hacer; pero nunca he sabido ni el tamaño que han de tener, ni la forma que se les ha de dar, ni mucho menos lo que en ellos se debe decir. Siempre los he dejado al correr de la pluma, y allá han salido como Dios ha querido.

El presente no sé si es corto ó largo, y en la duda, me resuelvo á dejarle conforme está.

MADRID 6 DE OCTUBRE DE 1864.

EL AUTOR.

# LIBRO PRIMERO.

## CAPITULO PRIMERO.

**¡Pobre joven!**

El día 24 de Diciembre de 1839 fué uno de los mas frios de aquel invierno riguroso y desapacible.

Dos dias seguidos habia nevado en las calles de la capital, y otros tantos de hielos, en que el sol alumbró apenas, velado siempre por las nubes que cubrian el horizonte, habian endurecido el pavimento. En vano habia ordenado la autoridad que se arrancára la nieve, y se vertiese sobre las aceras capas de estiércol que facilitasen el tránsito de las gentes. Madrid estaba convertido en un lago de la Siberia, sobre cuya cristalina superficie vertia sus blancos raudales de luz la prematura luna de enero.

Eran las cuatro de la tarde, y las gentes que volvian al interior de la poblacion, despues de haberse solazado patinando sobre las heladas aguas del estanque del Retiro, se agolpaban á la entrada de la calle de Alcalá, en derredor de un grupo de ociosos que se habia formado delante del ex-convento del Cármén descalzó.

—¿Qué habrá ocurrido? —decían los que en vano pugnaban por romper las dobles hileras de gente que formaba el círculo.

—Algun borracho...—replicaban otros, siguiendo indiferentes su camino.

—Sí, sí, —añadían los que, sin embargo, no abandonaban el puesto; —hoy es día de emborracharse temprano, y como el piso no está á propósito para hacer equilibrios, darán algunas costaladas.

No les faltaba razon para pensar de ese modo, ni á los unos, ni á los otros. El vulgo es naturalmente curioso, y por una persona que busca un objeto perdido; por otra que mira con atencion el número de una casa; por cualquier accidente, que nada le importa, se detiene hasta satisfacer su estéril curiosidad.

Forma círculo en derredor de un hombre, que se sienta rendido del cansancio ó del hambre; de un ciego que temple la guitarra, y hasta de un perro que se tiende á dormir en medio de la calle.

Peró no era ninguno de esos acontecimientos frívolos el que reunía á las gentes en la calle de Alcalá el citado día.

Sobre el helado pavimento de la calle yacia tendida una hermosa jóven, en cuyo derredor permanecían, cruzadas de brazos, multitud de personas. En todos los semblantes se retrataba la compasion, mezclada con la ansiedad y la impaciencia. Aquellas gentes luchaban entre los deberes, los impulsos de la humanidad y el temor de verse envueltas, mas tarde, en un proceso criminal.

La jóven tendria poco mas de veinte años de edad; la cadavérica palidez de su rostro daba tal brillantez á sus facciones, que mas parecia el busto de alabastro de una hermosura griega, que la cabeza de un sér viviente. Sin embargo, á pesar de aquella marmórea blancura, las luengas pestañas, que parecían incrustadas en sus mejillas; las cejas, pobladas y negras, y el cabello, que, partido en dos



mitades, sombreaba la frente, no dejaban duda de que aquella cabeza habia respirado pocas horas antes. Sus labios entreabiertos, dejaban ver dos filas de dientes, blancos como el marfil, y brillantes como las perlas de Oriente.

Sus brazos, tendidos sobre el cuerpo, parecian haber perdido su accion al recoger honestamente la falda del traje para cubrir los piés, que, á pesar de todo, se veian calzados por un zapato escarpin, atado con una cinta negra sobre una media blanca.

El resto del traje consistia en una bata de percal azul, una manteleta de lana negra, y una mantilla de tul liso.

Al lado de la jóven habia un lio de ropa blanca, atado con un pañuelo de yerbas.

Las gentes que formaban el corro permanecian inmóviles, murmurando del abandono de las autoridades que no acudian á prestar auxilio á la desgraciada jóven.

—Si se tratára de hacer un embargo,—decian los unos,—habria aquí un escuadron de alguaciles y escribanos.

—¿Pero y el alcalde del barrio?—preguntaban otros.

—¿Han ido á avisarle de lo que ocurre?

—¡Quién quiere usted que vaya, para que luego le hagan andar prestando declaraciones!

—¿Pero no hay un cirujano siquiera, que reconozca á esa infeliz?

—¡Hasta que venga la autoridad!

—¿Y si se muere mientras tanto?

—¡Verdad es!

Estas y otras espresiones parecidas decian las gentes, cuyo número iba siendo cada vez mayor, cuando llegaron dos salvaguardias, y abriéndose paso por entre la multitud, se acercaron á la jóven.

—Temprano empiezan las buenas obras,—dijo uno de ellos, sonriéndose.

—¡Con qué clase de vino habrá celebrado esta niña el nacimiento del Hijo de Dios!

—Vamos arriba, muchacha... levántate; —añadió el primero de los agentes, alzando despiadadamente uno de los brazos de la jóven, que volvió á caer sobre su inanimado cuerpo.

—¿Estará muerta? —dijo el otro. — Voy á avisar al señor alcalde.

El salvaguardia que quedó custodiando el cuerpo de la jóven, reparó en el lio de ropa que habia en el suelo, y al reconocer lo que contenia, exclamó:

—¡Hola! ¡Esas tenemos!... ¡Camisas nuevas!... Buen dia de Noche-Buena ha dado esta señorita al comerciante que se haya quedado sin ellas... Dios castiga sin palo ni piedra... Pensaria venderlas para comprar un besugo, y le ha salido la criada respondona.

—¿Y qué motivos tiene usted para creer que esta pobre haya robado esa ropa? Algo mejor seria que avisase usted á un cirujano para que la sangre, antes de que el frio la quite la vida... ¡si es que tiene alguna á estas horas!

El agente lanzó una mirada insolente sobre la persona que así acababa de reconvenirle, y quizás hubiera hecho alguna otra demostracion mas significativa, á no impedirlo la llegada del alcalde de barrio.

Era este un hombre bajo y grueso, que por no faltar al decoro de su cargo concejil, venia desafiando al frio con un frac del antiguo régimen, y sin otro abrigo que una caña de Indias con puño de plata y borlas negras.

Su primera providencia fué mandar á los salvaguardias que despejasen de gente la calle, y acercándose á la jóven, la tomó el pulso, la puso la mano sobre el corazón, y la abrió los ojos.

Luego, volviéndose á sus ordenanzas, les dijo:

—Llevala corriendo á la barbería para que la reconozca el cirujano, porque... está muerta. Recoged ese lio de ropa, y ved si alguna de estas gentes reconoce el cadáver... *de la difunta.*

Al oír las últimas palabras de la autoridad, todos los curiosos huyeron precipitados, y dos mozos de cuerda, embargados de oficio por los agentes, trasladaron el cuerpo á la barbería inmediata.

A la parte exterior de la tienda quedó uno de los salvaguardias, y otro entró con el alcalde, precedidos de los mozos que conducían á la hermosa niña, cuyos vestidos iban empapados en la humedad que habían recogido sobre el nevado pavimento de la calle.

Las gentes habían ido siguiendo de lejos la triste comitiva, y volvieron á agruparse á la puerta de la barbería.

Media hora no habría pasado, cuando salió el agente que acompañaba al alcalde, y volvió al poco rato con una camilla del Refugio.

Entraron en la tienda los mozos que conducían aquel lecho ambulante (Aqueronte de los pobres que la caridad conduce al hospital ó al cementerio), y sacando en brazos á la pobre jóven, la colocaron sobre las súcias mantas del ataúd.

Al aparecer la jóven sobre el dintel de la puerta, con las mejillas algo coloradas, los lábios encendidos y los ojos entreabiertos, las gentes que rodeaban la camilla lanzaron un grito de sorpresa, diciendo:

— ¡Ah!... ¡Vive!...

Una mujer vestida pobremente, que acababa de llegar allí, exclamó, acercándose á la jóven:

— ¡La señorita Eugenia!... ¡Dios mio!... ¡La señorita Eugenia!...

La jóven abrió los ojos al oír aquella voz, y dejó caer su cabeza sobre el pecho.

El alcalde del barrio preguntó á la mujer:

— ¿Conoce usted á esa jóven?

— ¿Yo?... — respondió temblando la que no apartaba su vista de la camilla, — ¿yo?... no señor.

—Es falso; usted acaba de nombrarla. Venga usted conmigo.

Y volviéndose á los salvaguardias, añadió:

—Uno de vosotros que acompañe á la enferma al hospital general; el otro que recoja esa ropa y que traiga esta mujer á la alcaldía.

## CAPITULO II.

### La Noche-Buena.

Dividida la atencion de las gentes entre los hermanos obregones que conducian la camilla, y el alcalde del barrio, que volvía á su casa seguido de la mujer que habia pronunciado el nombre de la jóven enferma, las miradas de los mas pertinaces acompañaron á los que iban al hospital, hasta que doblaron la esquina del salon del Prado. Otros marcharon detrás de la autoridad, hasta que entró en su casa cerrando tras sí la puerta; y los pocos curiosos que quedaron en la calle, esperando el resultado de aquella historia, hubieron de retirarse por no poder resistir el frio.

Los faroles del alumbrado, recientemente encendidos, estaban cubiertos de una espesa niebla, y su luz era demasiado opaca para iluminar la profunda oscuridad de las calles. Sin embargo, ni los hielos del pavimento, ni el viento frio que soplaba de la parte del Norte, impedían el escesivo tránsito de gentes que volvían á sus casas, cargadas de provisiones para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios.

El gran mercado de la Plaza Mayor habia atraído una escesiva concurrencia de gente, y desde el mayordomo del aristócrata, hasta la mujer del último artesano, todos los



vecinos de Madrid estaban representados en aquella feria. La paga de Navidad, distribuida aquel mismo día á los empleados activos y pasivos del gobierno, habia igualado al cesante con el capitalista. La viuda del Monte-Pio no pensaba ni en sus abstinencias del día anterior, ni en las que mas tarde habia de sufrir, y compraba para una cena lo que en otra ocasion la hubiese bastado para una semana.

A la vista de aquel mercado era imposible sospechar que hubiese quien careciera del sustento necesario, ni que el hambre pudiera turbar la alegría de ninguna familia.

Los mozos de la esportilla, acarreando provisiones á las casas; los ciegos, dando música á la puerta de los establecimientos, y hasta los mendigos, escitando la caridad de los transeuntes, todos tenian seguridad de pasar alegremente la noche del 24 de Diciembre.

Los muchachos, reunidos en cuadrillas, llevaban con el ruido de sus tambores y la alegría de sus cantares, la animacion y el entusiasmo á los barrios extremos de la capital.

Era imposible, repetimos, sospechar que el hambre pudiese turbar la alegría de ninguna familia. El egoismo, á falta de la caridad, hacia que las gentes se socorrieran unas á otras, sino por el placer de hacer una obra buena, por el de asegurar sus tranquilos goces, sin la presencia importuna del desgraciado.

Los presos de las cárceles se disponian á olvidar su triste condicion, embriagándose con los placeres de la cena; los soldados habian tenido una pequeña variacion en los ranchos; y hasta los convalecientes de los hospitales esperaban que el médico les permitiese algun exceso en el alimento ordinario. Las personas postradas en el lecho del dolor eran las únicas insensibles y estrañas á la alegría universal.

En este último caso se hallaba la jóven recogida en la calle de Alcalá. Sin embargo, una circunstancia especial hacia su condicion peor que la de los enfermos aclimatados

ya en aquella desconsoladora vivienda. Los médicos habían terminado la visita de la tarde cuando llegó la camilla al hospital, y el médico de guardia reconoció á la enferma sin dar la mayor importancia al estado en que se encontraba.

Sus delicadas formas, amoratadas por el hielo en que habían descansado mas de una hora, presentaban ligeras contusiones, producidas en su mayor parte por las nervudas garrañ de los que sin la menor caridad la habían prodigado los primeros auxilios. El vendaje que sujetaba su mano izquierda, indicaba al facultativo que le habían ahorrado el trabajo de ordenar una evacuacion de sangre. El pulso era demasiado frecuente, y esta circunstancia convenia exactamente con la relacion verbal que hacia el salvaguardia del estado en que habia sido hallada la jóven. Sin otro exámen la concedieron una cama en aquel asilo, y allí la dejamos nosotros para seguir observando al pueblo que va desapareciendo de las calles para encerrarse en las habitaciones.

En ese dia hacen tregua las disensiones domésticas: la suegra se olvida del ódio crónico que profesa al yerno; éste no ve en su aborrecida cuñada sino una amiga íntima; y las familias pueden reunirse á comer juntas un besugo, sin perjuicio de renovar al dia siguiente las hostilidades, y de esperar á que se abran los tribunales para demandarse mutuamente en juicio.

Esto sucedia en todos los barrios de Madrid la noche de que hablamos. La mitad de las casas estaban desiertas, y las restantes se encontraban llenas de gentes, próximas á sentarse en derredor de una mesa cubierta de manjares.

Conviene á nuestra historia que hablemos de una de esas casas, cuyo interior nos es completamente conocido, especialmente el dia 24 de Diciembre de 1839

Es de pobre y ruinosa estructura, y está situada al extremo de la calle de Leganitos. Las gentes que la habitan

son pobres, pero honradas; y á escepcion de dos familias de artesanos que viven en las boardillas, toda la vecindad es tranquila, y vive retirada del bullicio y de las diversiones.

Sin embargo, esa noche se sentia animacion y bulla en todos los cuartos.

El ruido del tambor que tocaban los niños del principal; las guitarras del piso segundo; el pandero, las castañuelas y el almirez de las boardillas, formaban una orquesta diabólica, que todos los inquilinos disfrutaban grátis en el campo neutral de la escalera.

El cuarto segundo interior era el único que no concurría, con el menor ruido, al infernal concierto de la vecindad.

Era inútil aplicar el oído á la entrada de aquella modesta vivienda; sin embargo, la luz que se escapaba por las rendijas de la puerta, no permitia sospechar que el inquilino hubiese sido convidado á pasar la noche fuera de su habitacion.

Por otra parte, el candado que se veía á la puerta, indicaba que habia sido cerrada por la parte exterior, y casi hacia imposible que hubiese persona alguna dentro del cuarto. Pero desgraciadamente los agujeros de la puerta no eran tan pequeños que ahorrasen el desconsuelo de ver un cuadro tristísimo, de que nos vemos obligados á dar cuenta al lector.

La débil luz de un velon de cobre, en el que se quemaba una económica torcida, iluminaba una reducida estancia con dos puertas laterales que cubrian unas cortinas de percal blanco.

Un venerable anciano, sentado en un sillón de nogal, arropado con un capote de mangas, y cubiertos los piés con una manta, pugnaba por apagar con la contera del baston, que apenas podia sostener con el brazo derecho, una pajuela que ardia una vara mas allá de donde estaba

sentado, y que esparcía en la habitación un sofocante olor de azufre. Trató de coger algunos puñados de ceniza de un barreño con lumbre que tenía á su lado, para ahogar las llamas del azufre, y no consiguió su objeto. El gas picante que llenaba la sala le produjo una tos violenta, y de sus ojos rodaban gruesas lágrimas que enjugaba con el embozo de su capote.

Su edad no pasaria de los sesenta años, á pesar de que sus facciones se encontraban bastante gastadas; sus ojos grandes y azules, demasiado abultados, eran indicios de una gran memoria, que en su desesperada situacion le habia sido funesta mas de una vez.

Su rostro encendido se ocultaba á medias en un holgado corbatin blanco, y por debajo de una gorra de cerda negra, con visera verde, asomaban las rubias guedejas de una mal simulada peluca.

A pesar de hallarse encogido en el sillón, se conocia que su estatura era elevada.

Angustiado por el humo del azufre, y advirtiéndole que la luz del velón iba á extinguirse en breve, hizo grandes esfuerzos para incorporarse; pero solo consiguió perder la postura que tenía en la silla, y que luego no le fué posible recobrar. Movía difícilmente los brazos, y sufría una parálisis en el resto del cuerpo. Su voz balbuciente y torpe apenas permitía entender lo que hablaba.

—¡Dios mío!...—decía,—¡Dios mío! ¿Por qué no me quitásteis la poca existencia que me quedaba, antes de llevarme el ángel que alivia mis amarguras?... ¡Oh!... ¡También ella me ha abandonado!... Ha hecho bien... ¡pobre criatura!... No sabía lo que iba á sufrir cuando renunció á su felicidad, por enterrarse con un hombre medio cadáver ya... Pero ¿por qué no se ha despedido de mí, y habría llevado mi bendición y mi beneplácito?... La que ha perdido su salud por trabajar para sostenerme, ¡no podía hacer el último esfuerzo para darme un lecho en el hospital!... Allí

tendria el consuelo de morir como cristiano... aqui daré el último suspiro entre cuatro paredes sin oir los acentos de la religion...

El olor del azufre, cuyas azules llamas serpeaban sobre el suelo, le irritaba el pulmon, y la tos apenas le permitia hablar. Sin embargo, oyó ruido de música y de cantares en la escalera, y dió voces llamando á los vecinos; pero no le oyeron.

Las gentes pasaban corriendo por delante de la habitacion, y sus gritos eran en vano.

Probó á hacer ruido, y dió algunos golpes con el baston sobre la mesa, que solo le sirvieron para oir estas palabras:

— ¡Hola!... ¡Tambien se divierte el viejo!... Buena broma correrán él y su hija solos...

— La cena no les ha de dar indigestion... Dos onzas de bacalao y un cuarteron de lentejas compró esta mañana la señorita...

— Déjalos en paz... pobres gentes... A fé que yo hubiera convidado de buena gana á la niña para esta noche... ¡pero, ya se vé!... ¡La infeliz no se separa un momento del lado de su padre!...

— ¡Socorro, vecinos, socorro!...—dijo esforzando la voz el pobre anciano.—Y sus palabras fueron de nuevo ahogadas por el estruendo de los tambores conque los vecinos celebraban la Noche-Buen.

La llama del velon se iba estinguiendo lentamente, y la torcida ardia en seco con una luz rojiza.

El anciano levantaba las manos al cielo, y decia con voz cada vez mas débil:

— Mucho os he ofendido, Señor... castigad mis culpas... pero devolvedme á mi hija... Dejad que yo la vea por última vez... que la pida perdon de mis impertinencias y que la bese las manos por las mercedes que me ha hecho... Permitidme que antes de exhalar el último soplo de vida, vea



un momento á ese ángel de la fé, cuya sublime caridad ha fortalecido mis esperanzas... ¡Ah, qué injusto he sido en suponerla capaz de abandonarme!... Alguna desgracia le ha ocurrido... Hace mas de seis horas que salió á entregar las camisas que habia concluido, velando toda la noche, y me dijo que estaria de vuelta antes de que tuviese necesidad de encender luz... ¡y no viene!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Qué será de mi pobre hija!... ¿Dónde está mi hija?

Este último grito fué lanzado con un acento de horrible desesperacion.

El pobre paralitico hizo un esfuerzo violento para incorporarse, al propio tiempo que se consumia del todo la luz que alumbraba la estancia, y se oyó el ruido de su cuerpo al caer sobre el suelo.

Un débil quejido sonó despues... La oscuridad de la habitacion no permitia ver otra cosa sino una chispa de fuego que brillaba en el mechero del velon.

El estruendo de los vecinos iba en aumento, y al pasar cantando, observaron que no salia luz por las rendijas de la puerta, y se oyó una voz que dijo:

— ¡Esa gente se acuesta á la hora de las gallinas!.... ¡Aun no son las diez y ya han terminado la Noche-Buena!...

### CAPITULO III.

#### La justicia.

Eran las nueve de la mañana del primer día de Pascua, y en la casa que el lector conoce, situada al extremo de la calle de Leganitos, no se oía el menor ruido que indicase estar despiertas las gentes que la habitaban.

Contra la costumbre de los demás días del año, todos los cuartos permanecían cerrados, incluso el del pobre paralítico, en cuya puerta se veía aun el candado que la cerraba por la parte exterior.

Las pisadas de una vieja que bajaba las escaleras de las boardillas, fué el primer rumor que interrumpió aquel inusitado silencio.

Cubierta la cabeza con un manton de cuadros, y con una cesta en el brazo izquierdo, llegó á la puerta del cuarto segundo interior, á tiempo que concluía de santiguarse y de murmurar la última palabra de la oración del alba. Sacudió tres veces la mano sobre la puerta, y repitió otras tres palmadas sin recibir la menor contestación.

—¡También se le han pegado las sábanas á la vecinita!... —dijo la vieja;— habrá estado velando como de costumbre para adelantar sus labores, ó quizás no podría dormir

con el ruido que hicimos todas las vecinas... ¡Pero calla!... ¡bestia de mí!... ¡Ya podia estarme aquí hasta mañana!... Pues si está puesto el candado... Se habrá ido á la compra viendo que yo no bajaba. Pero bien podia contestarme don Lorenzo... Estará dormido... mas vale así... Esas horas se ahorra de padecer... ¡Pobre señor!...

La vieja se cruzó el manton sobre el pecho, y ya empezaba á bajar las escaleras, cuando oyó un ronquido debajo de sus piés, que la hizo temblar y dar un grito. Miró en derredor suyo, temerosa de averiguar la causa que deseaba conocer, y al santiguarse de nuevo oyó otro ronquido profundo y un quejido que le heló la sangre. Quiso gritar pidiendo socorro y se le anudó la voz en la garganta.

La cesta que llevaba al brazo se cayó al suelo, y pálida y desencajada, con los lábios secos, y haciendo vanos esfuerzos para mover la lengua, permaneció inmóvil largo rato, sin oir los ronquidos que se repetian con frecuencia.

Otro quejido mas hondo y mas triste que el primero la hizo estremecer, y el sacudimiento de sus miembros obró una reaccion favorable en su paralizado cuerpo.

— ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... fueron las únicas palabras que pudo articular, sin atreverse á retroceder ni á seguir adelante en su camino.

Inmóvil sobre la primera tabla de la escalera, oyó otro ronquido que la estremeció de nuevo, y volviendo la cabeza, con el miedo de la supersticion y del alucinamiento, percibió el ruido de una llave que se introducía en una cerradura.

Semejante rumor la dió valor para precipitarse por la escalera, y salió á la calle gritando:

— ¡Ladrones!... ¡Ladrones!...

Las mismas voces se repitieron con una rapidez eléctrica en el interior de uno de los cuartos segundos, y al poco rato subia gente por la escalera, preguntándose los unos á los otros ¿dónde están los ladrones? Algunos vecinos que sa-

lian de sus cuartos á informarse de la novedad, pusieron terror en los ánimos de los que venian á defenderlos, mientras la vieja reunia en la calle á los curiosos, para contarles todo lo que no habia visto, y exagerar lo que habia oído.

— Dar parte á la justicia, — decian los unos.

— Sí, sí, que vengan los salvaguardias, — replicaban otros.

— Por allí viene un militar, — exclamó una voz; — que suba... hacerle que suba.

El militar era un soldado de caballería, que desenvainando el sable, entró en el portal, y juró matar al primero que bajase la escalera.

Las gentes que estaban en ella, oyeron la consigna, y á fuerza de protestas consiguieron que el militar les considerara como brazos auxiliares de su empresa. Pero en vano trataron de indagar el origen de las voces. La criada de uno de los cuartos segundos decia que ella las habia repetido al oirlas en el portal, y que sintió ruido de pisadas en la escalera al abrir la puerta para salir á la compra. Todos los vecinos de la casa afirmaban que nada habia ocurrido en sus respectivas habitaciones; y el cuarto segundo interior, cuyos inquilinos eran los únicos que no estaban presentes, se veia cerrado, de manera que no podia dar lugar á la menor sospecha. Sin embargo, á uno de los que habian subido de la calle le ocurrió preguntar:

— ¿Quién vive en este cuarto?

— Haga usted cuenta que nadie, — contestó una vecina, — porque cuando está puesto el candado, es señal de que ha salido la única persona que hay en él.

— ¡Pero estará dentro su padre!... — interrumpió uno de los vecinos.

— Ya se vé que estará, si no ha hecho Dios un milagro; pero como si no estuviera, porque hace dos años que no se mueve de una silla.

—Pero habla y oye...

—Sí; pero no puede abrir la puerta, y aunque haya oído la bulla se estará quieto.

—No importa,—dijo el soldado,—llamemos á ver qué nos dice.

Y con la empuñadura del sable dió varios golpes en la puerta.

El mas profundo silencio fué la única contestacion que recibieron los que estaban en la escalera.

—Habrá salido,—dijo el soldado envainando el sable, y disponiéndose á bajar la escalera;—esa vieja nos ha engañado.

—¿Qué tiene que ver la vieja,—replicó incomodada una vecina nada jóven,—con lo que usted dice de que ha salido don Lorenzo? ¡Qué mas quisiera el pobre señor que poder salir!...

—Pues ya vé usted como no responde,—dijo el soldado.

—Estará durmiendo,—dijo uno.

—¡Sí, sí, durmiendo,—replicó un vecino,—y tiene su pobre hija que vestirle antes de amanecer porque no puede parar en la cama!

—¡Pues llamar otra vez!

—Déjenme ustedes á mí,—interrumpió una vecina,—no sea que se asuste con los golpes, y no quiera responder.

Y acercándose á la puerta, dijo:

—¡Vecino!... ¡Vecino!... ¡Don Lorenzo!...

Igual respuesta obtuvo la voz de la vecina que los golpes del soldado, y mirando por las rendijas de la puerta, retrocedió asustada gritando:

—¡Jesus!... ¡Jesus!... ¡Un hombre!... ¡Un muerto!...

Todos se miraron horrorizados; los mas curiosos se acercaron á la puerta para ver por sus propios ojos el cadáver, y el soldado desenvainó el sable, mandando al primero que

tenia á la derecha, que fuese corriendo á llamar á la justicia, porque él no podia hacer nada por sí solo.

Pero la vieja que salió á la calle se habia anticipado ya á ese deseo, y el alcalde del barrio subia la escalera, encargando á uno de los salvaguardias que le acompañaban, que se quedára en la puerta de la calle, y no dejase entrar ni salir á nadie hasta nueva órden.

Llegó al piso segundo, y dirigiéndose al soldado, que se habia colocado delante de la puerta, le preguntó:

—¿Qué ha habido aquí?

—¡Un hombre muerto!...—contestaron varias voces á la vez.

—¿Dónde está?

—En este cuarto,—respondió el soldado.

El alcalde tocó con el puño del baston en la puerta, y los vecinos le dijeron:

—Es inútil... no responden...

—Ahora lo veremos,—replicó la autoridad, añadiendo con voz grave:

—*¡La justicia!*

El mismo silencio que las veces anteriores siguió á las sonoras palabras del alcalde.

El escribiente que le acompañaba, le dijo:

—Es preciso echar la puerta abajo.

—Ordenanza,—replicó el alcalde,—cumpla usted con su deber.

Uno de los salvaguardias cogió un martillo, que le presentó uno de los vecinos, y probó, antes de romper la puerta, á arrancar las hembrillas del candado.

Esa difícil operacion fué muy pronta, por la poca resistencia de la endeble tabla en que estaban clavados los anillos, y la puerta cedió al momento, abriéndose por sí sola cinco dedos escasos.

Trataron de abrirla por completo, y encontraron una resistencia inesperada; pero empujaron con violencia, y lo-







FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—Así lo hicieron el alcalde, otro salvaguardia, el escribiente y el soldado.

graron separarla media vara escasa, oyendo arrastrar por el suelo el obstáculo con que habian luchado al redoblar sus esfuerzos.

Un salvaguardia fué el primero que penetró en la habitacion, y exclamó al asomar la vista:

— ¡Aquí está el muerto!... Entren ustedes uno á uno.

Así lo hicieron el alcalde, otro salvaguardia, el escribiente y el soldado.

El último cerró tras sí la puerta, y la primera operacion de la autoridad fué reconocer todas las piezas del cuarto; visita que terminó bien pronto, porque todas se reducian á la que ya conoce el lector, á dos escasas alcobas, y á un pequeño rincon que servia de cocina, detrás de una de ellas.

Inmediatamente se ocuparon en alzar el cuerpo que habian arrastrado al abrir la puerta, y el cuadro que se ofreció á su vista fué horrible.

El pobre anciano estaba tendido boca abajo, con la cara bañada en sangre, el brazo derecho estendido y la mano amoratada; clavadas las uñas en el suelo; el capote recogido sobre la espalda; la cabeza calva y desnuda de todo abrigo; y los piés liados en una manta.

Al levantarle, para tenderle de orden de la autoridad sobre una de las camas, observaron que tenia los ojos abiertos, aunque inmóviles, la nariz vertiendo sangre, y los labios y la barba partidos.

Su rostro estaba tan morado, que casi parecia negro, y cayendo sobre el hombro, al incorporar el cuerpo, le daba un aspecto siniestro.

El alcalde pidió papel y tintero en uno de los cuartos de la casa, cuyos inquilinos pugnaban por entrar á satisfacer su curiosidad, y despachó un oficio al juez de primera instancia, que no tardó en presentarse allí, acompañado del escribano y de los alguaciles.

Mientras tanto, el alcalde tendia la vista por la habita-

cion, queriendo descubrir algun indicio, de lo que no dudaba en calificar de asesinato, y preguntó al salvaguardia que habia forzado la puerta:

—¿Guardó usted el candado?

—Sí, señor.

—Pues venga, porque no veo por aquí otro cuerpo de delito; y en estos casos el cuerpo del delito es el todo.

La llegada del juez y de su gente suspendió las conversaciones de los vecinos, que ya habian formado cien distintas versiones del suceso, que desconocian completamente, y á ninguno le pesaba de que no les permitiesen salir á comprar las provisiones para aquel dia, que ya estaba bastante avanzado.

—¡Lo que á mí me llama la atencion,—decia uno de ellos,—es que, habiendo asesinado al padre, no se sepa dónde está la hija!

—Y á mí tambien,—dijo otro.

—Y á mí... y á mí,—repitieron todos.

—Pues ello no tiene duda... la cosa ha de haber sido hoy por la mañana,—dijo con voz misteriosa una mujer,—porque anoche á las nueve habia luz en el cuarto.

—A las tres y media de la tarde,—añadió del mismo modo otra,—ví yo salir á la jóven y echar el candado.

—Sí; pero volvió al momento.

—¿La vió usted venir?

—Yo... no... pero siempre vuelve.

—Esa no es razon; lo cierto es que la puerta estaba cerrada por fuera, y que, segun dice el salvaguardia, no hay mas que un cadáver en la habitacion.

—¿Tenia algun querido la muchacha?—preguntó uno de los vecinos honrados que habian acudido á las voces de la vieja.

—¡Quía! —replicó ésta, que era escuchada por todos como un oráculo.—¡Queridos la pobrecita doña Eugenia!.. y siempre está cosiendo... y es mas trabajadora...

— ¡Y qué tiene que ver una cosa con otra? — dijo el vecino honrado. — ¡Como si no pudieran enamorarse y tener queridos las costureras!

— No, señor; no, señor; no se trata aquí de una costurera de poco mas ó menos, sino de una señorita muy principal y muy honrada, que ha venido á menos por las revoluciones políticas... La señorita Eugenia es una jóven como pocas; es un ángel.

— Verdad es, — respondieron á la vez todos los vecinos.

— Apuesto yo cualquier cosa, — añadió la vieja sollozando, — á que está ahora en el *corte* á entregar las camisas de municion que ha cosido estos dias... ¡Dá lástima ver cómo tiene las manos de tanto coser unos lienzos tan duros! ¡Pobre señorita! — continuó, llorando. — Se vá á morir de pena cuando vuelva á su casa y vea lo que ha ocurrido. ¡Ella, que no tenia mas Dios que su padre!... Siempre á su lado, mimándole y dándole gusto... Un año hace que viven en esta casa, y aun no ha salido una vez siquiera á paseo...

La presencia del juez suspendió, como hemos dicho, las conversaciones.

La primera providencia fué mandar que los vecinos se encerrasen en sus respectivos cuartos, y despues de informarse de lo ocurrido por conducto del alcalde, y examinada la habitacion, mandó que buscasen un médico para que reconociese al que la autoridad del barrio habia declarado cadáver *motu proprio*.

El facultativo pulsó al paralítico, en quien fácil habrá sido á nuestros lectores reconocer al padre de la jóven que el dia anterior entró en el Hospital General, y declaró que estaba acometido de una apoplejía; pero que no sabia si el derrame en el cerebro habia sido completo ó incompleto, y que era preciso sangrarle al momento.

Hizose así, en efecto, y se clavó una vez la lanceta, sin resultado, sobre el brazo izquierdo; pero, aunque en cor-

ta cantidad, se llevó á cabo la evacuacion en el derecho.

Al empezar á salir la sangre, el médico frunció las cejas, pulsó de nuevo á don Lorenzo, le aplicó la mano sobre el corazon, y dijo con la mayor frialdad: —

— Tenemos hombre... hay vida... Se presenta el calor en la piel... y se advierte la reaccion en el pulso... Debemos de continuar las evacuaciones... Que le desnuden mientras tanto, y le coloquen entre sábanas, arropándole luego bien, por si logramos que se abran los poros y haya traspiracion general.

El juez se desentendió de las últimas palabras del médico, y preguntando quién era el primero que habia tenido noticia de aquella catástrofe, comparció á su presencia la vieja, á la cual, despues de hacerla jurar en la forma acostumbrada que diria verdad en cuanto la preguntasen, la dirigió el siguiente interrogatorio: —

— ¿A qué hora llegó usted á este cuarto?

— A las nueve, — respondió la vieja.

— ¿Qué venia usted á hacer aquí?

— Llamar, como todos los dias, á doña Eugenia, para que me dijese lo que habia de traerla de la plaza.

— ¿Quién es doña Eugenia?

— La hija de don Lorenzo.

— ¿Este hombre se llama don Lorenzo?

— Sí, señor.

— ¿Y dónde está su hija?

— No sé decir á usía; pero habrá ido á la plazuela á comprar, porque yo me he levantado muy tarde... Ya vé usía, anoche estuvimos de broma, y...

— ¿Dónde estuvo anoche doña Eugenia?

— Estaria en su cuarto; á las tres y media de la tarde salió sola.

— ¿Y no ha vuelto aun?

— Sí, señor.

— ¿A qué hora volvió?



— Yo no sé decir á usía, porque no la ví; pero es seguro que volveria antes de anocheecer.

— ¿No habrá pasado la noche fuera de su casa? —

— ¿Quién? ¡Doña Eugenia pasar la noche fuera de su casa!.. ¡No lo crea usía!.. Si usía la conociese, no pensaría tan mal de ella.

— ¿Y qué motivo tuvo usted para alarimar la vecindad, dando las voces de ladrones? —

La vieja se estremeció, recordando los dolorosos quejidos que habia oído al bajar la escalera, y no acertó á articular una sola palabra.

Preguntada de nuevo por el juez, respondió:

— Yo no podré decir á usía otra cosa, sino que llamé tres ó cuatro veces á la puerta, sin que nadie me contestara... y oí unos ronquidos... y unos ayes tan tristes, que me quedé sin gota de sangre en las venas... ¡Ay, señor!.. Se me figuraba que habia duendes en la casa, y que los diablos me agarraban por todo el cuerpo... porque cada vez que hacia la señal de la cruz, sonaban los ronquidos, y...

La vieja no pudo continuar su relacion, porque en la alcoba de la derecha, donde habian colocado á don Lorenzo, se oyó un fuerte ronquido, seguido de un hondo suspiro, y la interrogada dió un salto, gritando:

— ¡Ahí está... ahí está!..

— Esta vieja no sabe lo que dice, — murmuró el juez en voz baja.

Y se oyó de nuevo un quejido, que volvió á asustar á la señora María, obligándola á dar otro salto hácia la puerta de la escalera, sin cesar de gritar:

— ¡Ahí está... ahí está!..

El juez la mandó retirar, y acercándose al lecho del enfermo, preguntó al médico si estaba en estado de tomarle la declaracion.

— De ninguna manera, — le contestó el facultativo; — y lo que se necesita inmediatamente es aplicarle revulsivos á

las estremidades; y si conseguimos que abra la boca, darle algunas cucharadas de la tintura de asafétida.

— Pues aquí no veo medios de practicar esas operaciones; será preciso llevarle al hospital, — dijo el juez. —

Y volviéndose á su gente, dió las órdenes al efecto para que llevasen al enfermo; retirándose despues de dejar encargada la custodia del cuarto á los alguaciles, á quienes mandó que detuvieran á las personas que llegasen allí, dándole aviso inmediatamente.

La señora María se retiró hácia su habitacion, sin dejar de hacerse cruces, y recogiendo el vestido, como si temiera que la mano de aquella voz invisible que acababa de oír la detuviera en el umbral de la puerta.

## CAPITULO IV.

### Sesion de vecindad.

Ni la festividad especial del dia, ni lo estraviado del paraje en que estaba situada la casa de don Lorenzo, impidió que delante de la puerta de la calle se detuviera un crecido número de gentes, contra cuya osada curiosidad tuvo el alguacil que poner la cara seria mas de una vez.

Es precisamente esa fracción *decimal* de justicia la que menos respeto impone al pueblo, y así, á cada momento, hacían las gentes tentativas para hollar la consigna y penetrar hasta la escalera. Pero el *corchete* sabia invocar el nombre de su *señoría* en los trances apurados, y aunque le valia mas de una burla y un mote el desempeño de su obligacion, ninguno de los curiosos logró pisar el dintel de la puerta.

La alegría de sus semblantes, y la impaciencia con que asomaban la cabeza al menor rumor que oían en la escalera, indicaba que á ninguno de los que allí habia le importaba legítimamente gran cosa de lo que pudiera ocurrir en la casa; pero si, como dice el vulgo, solo se habia de ocupar de lo que le importase, el egoismo vendria á ser con el tiempo la primera virtud de las sociedades. Él tiene un co-

razon como el de cada hijo de vecino, y ansía saber las penas que afligen á sus semejantes para tomar parte en ellas. Y como quiera que no está en su mano evitar las desgracias, quiere presenciárlas y tomarse, gratis, el trabajo de referirlas á los que no tengan conocimiento de ellas. Si en cambio le dan noticia de otras que él no ha visto, las oye con atención, y semejantes permutas son moneda corriente en esos casos.

Pero como el vulgo no puede estar ocioso, cuando *no hace nada*, mientras permanece con los brazos cruzados horas y horas, esperando saber lo que nadie le ha de preguntar, si él no se anticipa á decirlo, mueve la lengua con afán, y allá, á su modo, se cuenta lo que ha ocurrido, lo que está ocurriendo, lo que ha de ocurrir mas tarde, y hasta lo que no ocurrirá nunca.

Multiplica las víctimas y los agresores de una manera fabulosa; oye ruidos que no han sonado; palabras que nadie ha dicho; sabe antecedentes que no han existido, y tiene noticia de planes que no se han fraguado siquiera.

Si oye decir á cuatro distintas personas que han visto un cadáver, para él son cuatro los muertos, sin que haya fuerza humana que le haga rebajar una sola de las víctimas. No se alegra del mal del prójimo; pero su curiosidad vale bien la pena de no ser defraudada, y siente *salir chasqueado* con un solo asesinato, cuando habia consentido en que hubiese cinco, seis ó doce.

En este caso se hallaban las gentes que se habian agrupado á la puerta de la casa del pobre don Lorenzo.

Las voces de *ladrones*; la entrada del alcalde; los golpes que habian oído en el cuarto segundo; la asistencia del juez y de los alguaciles, y la salida de uno de estos, corriendo en busca de una camilla, todo habia escitado su curiosidad de una manera increíble.

Difícil nos seria dar cuenta de todos los juicios que formaron del suceso, en las tres horas que allí estuvieron re-

unidos. Bastará decir, que á pesar de haber visto retirarse á las autoridades, y de adquirir la certeza de que solo se trataba de un anciano que habia sido acometido de un accidente, del que afortunadamente habia vuelto, aun quedaron algunos á la puerta, observando el exterior de la casa, y haciendo juicios sobre lo ocurrido.

Pero el lector no estrañará que tal sucediese en la calle, cuando le digamos que lo propio hicieron las gentes que estaban dentro de la casa.

Apenas sacaron á don Lorenzo, en cumplimiento de la orden del juez y sin que nadie se brindara á ofrecerle *hospitalidad domiciliaria*, siquiera fuese hasta saber el paradero de Eugenia, se repusieron los vecinos de la sorpresa que les habia causado aquella desgracia, y quedaron constituidos en sesion de vecindad.

La entrada y salida en la casa quedó libre para todos, y sin embargo, ni los que vivian en ella, ni los que habian acudido á prestarles auxilio, se daban prisa á usar de la libertad, que perdida, les parecia una prenda de gran valor.

Unos solicitaban del alguacil que habia quedado custodiando el cuarto, que les permitiese entrar á ver el sitio donde habian encontrado á don Lorenzo, y contaban las manchas de sangre que habia en el suelo con estúpida curiosidad; otros examinaban, con una atencion inglesa, las astillas que habian saltado al forzar la puerta, y las mujeres rabiaban por no poder averiguar si la jóven habia llevado consigo su reducido equipaje.

El alguacil se vió obligado á cerrar la puerta para librarse de aquellas insidiosas investigaciones, y las gentes de la vecindad fueron quedando solas en el pasillo del piso segundo.

Eran las doce del dia y á las mujeres no les ocurría pensar en arreglar los negocios de sus respectivas cocinas. Los hombres se habian ido retirando de la escalera, y ellas, haciéndose sordas á los gritos de sus hijos que las pedían el

almuerzo, engañaban sus propios estómagos con el alimento de la curiosidad y de la murmuración.

La vieja que habia dado las voces de *ladrones*; la mujer del zapatero del portal, y una vecina, tenida en opinion de santa por las gentes del barrio, eran las principales interlocutoras de aquel congreso de vecindad.

— ¡Esto ya me lo tenia yo tragado hace tiempo! — decia la zapatera: — el estado en que estaba don Lorenzo no era para que pudiese estar solo un momento siquiera.... ¡Pero ya se vé, la hija no queria que le llevasen al hospital!...

— ¡Vanidades del mundo!... — exclamó la beata.

— Hacia muy bien, — replicó la vieja, — y si yo fuera mujer *de posibles* no habria salido ahora de su cuarto... ¡Es una vergüenza que le hayamos dejado ir al hospital!... ¡Qué dirá la pobre señorita cuando vuelva y se encuentre que su padre no está aquí!

— ¿Y usted cree que vuelve la niña? — dijo la beata... — Pues yo creo que no.

— ¿Y qué fundamento tiene usted para pensar de ese modo? ¿Una jóven tan juiciosa, tan honrada, tan buena hija, habria de abandonar á su padre de una manera tan villana?... Si ustedes la hubiesen tratado como yo; si la hubieran visto por las mañanas con los ojos hinchados de haber velado toda la noche, cubrir de besos la mano de su pobre padre, y llorar de alegría cuando su caudal alcanzaba para encargarme que trajese un cuarto de gallina ú otro extraordinario conque poder obsequiarle, no dirian eso... Un dia, ¡no se me olvidará nunca! tenia yo treinta reales que me habia regalado el vecino del piso principal por unos mandados que le hice, se los ofrecí prestados para comprar unas pieles, que ella deseaba para abrigar los pies á su padre, y fueron tales las excusas que me hizo, y de tal modo se negó á recibirlos, que me ví obligada á obedecerla. — «María, — me dijo, — yo no tengo di-



nero para pagar á usted lo que ahora me ofrece; si cayese enferma no podria trabajar, y entonces moriria de dolor por haber privado á usted de un dinero que no podria restituirla.» ¡Ah! ¡Es preciso conocerla muy á fondo para saber lo buena que es!... ¡Yo la oigo llorar continuamente, recordando á su difunta madre; pero bien puede hacerlo, si era tan virtuosa y tan buena como su hija!...

—Y ellos se han visto bien de fortuna á lo que yo he podido traslucir,—interrumpió la beata, deseando saber más de lo que la vieja María podia decirle.

—¡Vaya, si se han visto bien!...—esclamó la vieja.—Como que el padre habia sido consejero de Castilla, y... de esos, ¿cómo los llamaban?... Esos que habia antes de los jueces de primera instancia...

—¿Alcaldes de casa y córte?—preguntó con viveza la mujer del zapatero;—mi marido tenia un parroquiano, ya murió el pobre, que era escribiente de un alcalde de casa y córte.

—Pues eso ha sido don Lorenzo,—dijo la vieja,—alcalde de casa y córte, y además tenia cruces, y era señor de muchas campanillas..... ¡Como que sus criados le daban usía!..... Yo lo sé, porque dos ó tres veces he visto de visita á uno que ha sido ayuda de cámara del señor, y ese... ¡Vaya! Usía *arriba* y usía *abajo* le decia siempre que le hablaba... La señorita me dijo que ese hombre es el único que les ha sido fiel... Pero está muy pobre... Y aunque estuviera rico... Don Lorenzo es tan delicado como su hija, y por mas que la enfermedad le hace tener cosas de niño, tocante al pundonor no hay que hablarle. Prefiere morirse de hambre antes que admitir favores que no pueda pagar.

—Pues eso es orgullo,—replicó la que tenia opinion de santa en la vecindad.—Dios amó la pobreza y predicó la caridad; á nadie envilece el recibir una limosna... Pero todas esas gentes, que han tenido una posicion regular, prefieren morirse de hambre antes que confesar su miseria.

— Cuando trabajan como la señorita Eugenia, día y noche por ganar honradamente el pan que comen, hacen bien en no recibir limosna de nadie.

— Todo eso es verdad; pero que no se quejen.

— No se quejan, — dijo con seriedad la vieja: — pero yo soy una pobre viuda de un portero de la contaduría de Espolios y Vacantes, y prefiero hacer calceta antes que tomar nada de nadie. Me dan rabia ciertas gentes, que salen á la calle con la mantilla de vergonzantes á pedir una limosna, y luego, añadió con marcada intencion, rezan la oracion de San Cayetano, llamándole padre de la Providencia... El santo me perdone; pero deberian llamarle padre de la holgazanería, porque no protege sino á esas gentes que pasan la vida entrando y saliendo en las iglesias, y oliendo donde guisan para pegarla...

— Lo propio digo yo, — exclamó la zapatera.... — ¡Jesus!... ¡Sopas de ajo en mi casa mejor que pichones en la agena!... Mal gusto tienen esas gentes.

La santurrona se mordió los labios de coraje; pero bajó los ojos con hipocresia, y dijo:

— No me gusta la murmuracion; me voy á pedir á la Virgen por la salud de don Lorenzo, y que á su hija la libre de las tentaciones del demonio.

Subió la escalera que conducia á las boardillas, y la vieja se volvió á la zapatera, diciéndola:

— ¡Habrà bruja!... Qué mas quisiera ella sino ser la sombra de esa jóven... ¡Pero sabe usted, vecina, que estoy en brasas por no saber dónde está doña Eugenia!... ¡Quiera Dios que no haya sucedido lo que me imagino!

— ¿Qué es lo que usted se imagina? — preguntó con curiosidad la mujer del zapatero.

La vieja María no contestó nada y quedó pensativa por algunos momentos. Despues dijo en voz baja:

— ¿Se acuerda usted de aquel hombre alto, moreno, mal encarado, que la hizo á usted tantas preguntas un día

sobre don Lorenzo y su hija, recién venidos á esta casa?

La zapatera se encogió de hombros, tratando de recordar lo que la preguntaban; pero por fin contestó:

—¿Qué hombre dice usted?... No me acuerdo de ninguno...

—Sí tal, mujer... Aquel que quiso convidar á su marido de usted á beber...

—Y que le convidó... Ya me acuerdo... ¿Y qué?

—¿Le vió usted ayer debajo del arco?

—Todos los dias pasa por la calle... Pero ayer... ayer... no sé... ¡Ah! sí... ayer estuvo mucho tiempo en la esquina, embozado en una capa verde.

—¿Se acuerda usted si estaba cuando salió doña Eugenia por la tarde?

—No hice alto en ello... Pero sí estaria, porque cuando salió la señora del piso principal, me asomé yo á la calle, á advertirla que llevaba *un fraile* en el vestido, y le vi... y en seguida bajó doña Eugenia... por cierto que yo la dije:—«Abríguese usted bien,» y ella me contestó:—«Voy muy abrigada, y vuelvo pronto...» ¡Pero sí, sí, pronto!... Mi marido veló hasta las siete y media, y aun no habia vuelto.

—¿Conque usted cree que no ha dormido en casa esta noche?

—Á mí me parece que no...

—¿Vió usted si anoche estaba puesto el candado?

—No sé... como íbamos todos alegres, no hice alto.... Pero habia luz dentro.

—Eso no prueba nada.

—Pues en lo del candado no reparé... Ya se vé, ¿quién habia de pensar en ello?

—¿Qué la habrá sucedido?... ¡Dios eterno! ¿Dónde estará?... ¡Ah! yo no paro hasta averiguarlo... ¿Pero á dónde me dirigiré para saberlo?... Yo no conozco á nadie que me pueda dar razon... Preciso es que esté presa ó muerta, para haber abandonado de ese modo á su pobre padre.

—¿Sabe usted lo que me ocurre? —esclamó la zapatera con aire de satisfaccion; —que si la ha sucedido alguna desgracia, no hay mas que leer los periódicos, y allí lo dirán. En los periódicos se pone todo lo que ocurre en Madrid...

—¿Los tiene algun vecino?

—El del piso principal... Voy corriendo á... Pero... ¡Bestia de mí! ¡No me acordaba! Hoy no hay periódicos, porque es dia de Pascua; ayer me lo dijo el que reparte *El Noveler*.

—¡Eso mas! —esclamó la vieja. — Todos los dias salen llenos de paparruchas, y hoy que los necesitábamos, no los hay.

—Y dígame usted, —preguntó la zapatera, — ¿por qué me decia usted que si estaba el hombre alto cuando salió doña Eugenia?

—Por nada... por saberlo.

—Eso no es verdad, y usted perdone: si usted no me lo quiere decir... yo no soy curiosa; pero ya sabe usted que quiero mucho á la señorita, y si pudiera servirla de algo, lo haria con mil amores... y tambien mi marido, que aunque es viejo...

—Gracias, Crispina, gracias; pero no se trata de hacer nada, porque nada se puede hacer... Yo solo sé que ese hombre es muy malo, y que la pobre señorita le tiene mucho miedo... Un dia que la acompañé á misa le encontramos, y la pobrecita dió un grito y se puso tan pálida, que creí que la daba un accidente... Despues, cuando supo que habia estado en el portal hablando con usted, se asustó mucho... En seis dias no se atrevió á salir á la calle, y me contó unas cosas que asustan... Yo no sé cómo vive la señorita despues de lo que ha sufrido...

—Cuéntemelo usted, —dijo la portera.

—Es un secreto...

—No importa; yo la juro á usted que no se lo diré á nadie... ni á mi marido.

—Pues entremos en mi cuarto,—dijo la vieja María, deseando satisfacer la curiosidad de la mujer del zapatero;— porque siento pasos, y aquí no estamos bien.

No se había engañado. Antes de empezar á subir la escalera de las boardillas, vieron al cartero, que llamó á la puerta del cuarto que custodiaba el alguacil, y oyeron que este preguntaba desde dentro:

—¿Quién vá?

—El cartero.

—Ha salido el inquilino,—contestó el alguacil sin abrir la puerta.

La vieja se acercó al cartero, y le dijo:

—¿Para quién es esa carta?

—¿Para quién ha de ser?... ¿No vé usted el cuarto donde estoy llamando?... Para don Lorenzo Vargas....

—¿No sabe usted lo que ha ocurrido?

—¿Se ha muerto?—replicó vivamente el cartero.—Dios le haya perdonado. ¿Y su hija?

—Tambien...

—¿Se ha muerto?...—replicó con viveza el cartero.

—Ni él ni ella se han muerto... sino que esta mañana estuvo aquí la justicia... y ha habido mucha bulla, y le han llevado al hospital...

—Pues devolveré la carta á la lista.

La vieja María reflexionó un momento, y dijo:

—Casi estoy por quedarme con la carta para dársela...

—Si ha de ser, pronto,—replicó el cartero;—pero la advierto á usted que cuesta cinco reales y un cuarto, porque es de Francia.

—Tanto mejor,—esclamó la vieja, pagando el importe de la carta.—¡De Francia!... ¡La que esperaba doña Eugenia con tanto afán!

—Pues no me parece que ha de dar buenas noticias, porque trae lacre negro,—observó el cartero.

— ¡Verdad es! — dijo la vieja. — ¡Estraño seria que hoy saliese nada bueno en esta casa!

— Vamos, señora María, — dijo la portera, impaciente porque el secreto dejára de serlo.

— Sí, vamos; pero prométame usted no decir nada á nadie, y acompañarme luego á correr por todo Madrid, hasta averiguar el paradero de doña Eugenia.

— Cuento usted conmigo.

Las dos mujeres entraron en la boardilla, y pocos momentos despues, un hombre decentemente vestido, con una llave pequeña en la mano, examinaba la cerradura de la puerta del cuarto segundo, que estaba frente al de don Lorenzo. Despues se dirigió á éste, y viendo rota la puerta, llamó fuertemente.

— ¿Quién vá? — preguntó el alguacil.

— Abra usted, — contestó el hombre, sin soltar la llave de la mano.

El alguacil descorrió un cerrojo, abrió la puerta, y dijo:

— ¿A quién busca usted?

— A don Lorenzo Vargas.

— Queda usted detenido de órden de su señoría.

— ¿Pero qué tengo yo que ver con su señoría?... — exclamó el hombre á quien ya el alguacil habia encerrado en el cuarto. — Yo vengo aquí, con la llave de la puerta por mas señas, y...

— ¿Conque la llave?... ¡Nada menos que la llave!... — dijo el alguacil.

— Pues sí, señor, la llave... — repuso sonriendo el recién venido.

— ¡Y se atreve á confesarlo! — exclamó el alguacil.

— ¿Pero qué misterio?...

— ¡Silencio!... — interrumpió el alguacil.

Y volviéndose á su compañero, sin querer oir otras razones, añadió:



— Ves corriendo, y dí á su señoría que ya tenemos aquí uno de los asesinos.

— ¿De los asesinos?... — repitió el detenido. — Mire usted lo que se dice... Yo soy...

— ¡Silencio!... Dí que ha parecido nada menos que un asesino y la llave. ¡Nada menos que la llave!... ¡La llave!

El corchete bajó precipitadamente la escalera, y su compañero quedó custodiando al detenido, en cumplimiento de la orden que habia recibido del juez.

## CAPITULO V.

### La hermana de la Caridad.

Reconocida en la comisaría por el médico de guardia del Hospital General la jóven cuyo nombre y habitacion conoce ya el lector, fué destinada á la sala de San Pedro, número 34; plaza vacante hacia cuarenta y ocho horas por fallecimiento de una niña de quince años, que habia exhalado el último suspiro conversando tranquilamente con las enfermas vecinas.

Eran estas dos ancianas, postrada en cama la una por un reumatismo crónico, y víctima la otra de una fatiga asmática, que en el silencio de la noche producía un ruido parecido al estertor del moribundo.

En medio de esas enfermas, y á la vista de otras varias, dos enfermeras desnudaron á la pobre Eugenia, cuyo cuerpo, inmóvil, opuso una resistencia pasiva al colocarlo en la cama. Sufria entonces uno de los repetidos desmayos que habia experimentado en el tránsito desde la barbería al hospital.

Las prendas de su traje eran muy reducidas, como sabe el lector, y de todas ellas se hizo cargo el enfermero de guardia para anotarlas en el registro de la comisaría, segun

costumbre. En una bolsa de lienzo, que llevaba atada á la cintura, la encontraron una llave de hierro, otra pequeña de metal dorado, y un rosario engarzado en seda. La desnudaron, sentándola sobre la cama, y al incorporarla cayó al suelo un papel doblado como un billete. Recogiólo una de las enfermeras; lo abrió, y halló dentro otro plegado del mismo modo. Repitió la impertinente operacion, y encontró uno cerrado con lacre; pero tan estropeado por el uso, que el papel, partido por los dobleces, hacia inútil el sello. Al tomarlo en la mano cayeron al suelo unos polvos amarillentos, que convirtieron en humo la curiosidad de la enfermera. En la cubierta se leían con bastante trabajo las siguientes palabras:

LA FÉ.—17 de Junio de 1834.

Tendida la desgraciada Eugenia sobre el lecho del dolor, repararon sus camareras en un cordon negro que rodeaba su blanca garganta, ocultando sus cabos sobre el pecho, y trataron de arrancárselo para depositarlo con las demás prendas; pero Eugenia se estremeció; abrió los ojos, sin volver en sí completamente, y estrechó con tal fuerza una bolsita de terciopelo que pendía del cordon, que éste se hizo pedazos. Volvió á cerrar los ojos, sin soltar la prenda, y una hermana de la Caridad, que llegaba á la sazón á encargarse de la enferma, hizo retirar á las sirvientas, no sin preguntarlas primero qué enfermedad traía.

—Ha sido hallada en medio de la calle,—contestó una de ellas,—y dice el médico que es un ataque de nervios; pero yo creo que es frio, porque tiene el cuerpo erizado como una gallina.

Retiráronse las enfermeras, y la hermana de la Caridad arropó á la enferma con la ternura propia de las solícitas hijas de San Vicente Paul.

Sor Adelaida, que así se llama la hermana, era por su poca edad y su extraordinaria hermosura una escepcion entre las

que vestían el santo hábito en aquella triste morada. Rayaba apenas en los veinticinco años, y generalmente á los hospitales no son destinadas las que no cuentan una docena mas de años por lo menos. La clase de gentes con quienes tienen que estar en contacto, y las ocupaciones á que se entregan allí, hace indispensable esta disposicion, que rara vez ha dejado de cumplirse. Pero su ardiente vocacion por asistir á los enfermos habia logrado vencer todas las dificultades, y su ejemplar conducta la habia hecho acreedora á tan estraña escepcion. La superiora la presentaba continuamente como modelo á sus compañeras, y éstas, lejos de mirarla con envidia, eran las primeras á elogiar su cariñosa solicitud para con las pobres enfermas, y la dulzura evangélica de su trato para con todas las personas del establecimiento.

Hemos dicho que era muy hermosa, y para que el lector pueda juzgar de la justicia de nuestra admiracion, bosquejaremos ligeramente su retrato.

Era de estatura mediana, aunque el hábito que vestía la hacia parecer mas bien alta que baja; la blancura de la toca que cubria su cabeza y parte de los hombros, abriéndose delante del rostro, no apagaba completamente el color de sus mejillas, ni el encendido carmin de sus labios, y servia para aumentar el brillo deslumbrador de sus ojos, rasgados y negros, cuya mirada velaban por intervalos las largas pestañas que los embellecian hasta un punto increíble. La blancura y la perfecta igualdad de sus dientes hubieran sido bastantes á hermosear cualquier deformidad de su rostro; pero el gracioso contorno de su barba y el terso brillo de su frente no necesitaban mendigar encantos para lucir por sí solos.

Sin embargo, á pesar de tantas perfecciones reunidas, y de las frescas tintas que sonrosaban el rostro de sor Adelaida, se advertia en él una sombra de tristeza y de pesar profundo, que en vano querian negar la alegría de sus mi-

radas y la dulce sonrisa que asomaba á sus lábios. Un ojo observador no podía prescindir de que aquel semblante era una máscara del corazón, por más que fuese el espejo del alma.

Y esta distincion, que quizá por no explicarla ahora suficientemente, la rechace el lector, se la indicamos para hacerle formar una idea exacta de sor Adelaida, en cuyo aspecto no tememos asegurar que se veía, á primera vista, la mujer caritativa que cumple con alegría los únicos votos de su conciencia, y observada con detencion, la jóven que lucha con algun recuerdo que no la permite establecer una completa conformidad entre la cabeza y el corazón.

Su traje, harto conocido de todos, consistia en una saya de estameña negra, cubierta casi por completo con el delantal azul; prenda que solo usan las hermanas de la Caridad en el interior de los hospitales, y la toca blanca que completaba el hábito.

El aspecto que ofrecia la sala de San Pedro, en el momento de que hablamos, era imponente y terrible.

Escasamente alumbrada por unos faroles suspendidos del techo, veíase al extremo de ella, un altar, en el que ardía una débil luz encerrada en un vaso de vidrio, delante de un cuadro de San Pedro. Dos ó tres ramos de flores marchitas, y algunas ofrendas de cera, eran el único adorno del retablo.

Setenta camas, cubiertas todas con colchas encarnadas y divididas en dos hileras, abrian en medio una calle espaciosa y despejada.

Al extremo de una de esas bandas, habia un biombo de hule negro, detrás del cual dormia, apoyados los codos sobre la mesa, el practicante de medicina que estaba de guardia. A su lado velaba otro dependiente del establecimiento, cruzado de brazos y recostado en la pared.

De pronto apareció la luz de un farol por uno de los extremos de la sala, y una enfermera que venia delante, con-

dujo á las dos personas que la seguian á la cama número 34.

Las pisadas de aquel triunvirato era el único rumor que se oia entonces en la sala.

El silencio que se advertia, donde respiraban cerca de setenta enfermos, era extraño y horrible.

Cualquier persona, conducida allí de improviso, hubiese creido que aquellas camas estaban desiertas... En los hospitales, parece que las diversas dolencias que aquejan á los enfermos, se ponen de acuerdo para observar períodos de acceso y de descanso á las mismas horas.

Al llegar las personas que conducian el farol á la cama número 34, sor Adelaida se arrodilló, apoyando las manos sobre la almohada donde descansaba la cabeza de Eugenia, y murmuró algunas palabras por la salud de la enferma que recibia el sacramento de la Estremauncion.

Despues de breves momentos se retiró el sacerdote, precedido del hombre que llevaba el farol, volviendo en seguida á la cabecera de la moribunda para procurarla los últimos auxilios espirituales.

Sor Adelaida permaneció largo rato de rodillas, y al incorporarse para reconocer á Eugenia y prodigarla algunos cuidados, se estremeció ligeramente, apartó las tocas de su rostro, y pasando las manos sobre los ojos, exclamó:

—¿Qué es esto?... ¡Dios mio!... ¿Qué veo? ¡Es ella!... sí... ¡Pero aquí!... ¡Cómo! ¡Ah!... ¡No puede ser!... Sin embargo... no he visto nada mas parecido... ¡Ya abre los ojos!... ¡Ya vuelve!... ¡Ah!... ¡Es ella!... Me parece un sueño lo que estoy viendo... Corro á informarme de su nombre á la mesa.

La hermana de la Caridad dió algunos pasos, y se detuvo diciendo:

—Pero sea ó no sea, lo primero es hacer que venga el médico para ver si conviene aplicarla algunas medicinas.

El médico de guardia acudió inmediatamente, y despues



de reconocer á la enferma, se volvió á sor Adelaida, y la dijo:

— Mas ropa á los pies, porque ha empezado la traspiracion, y ahora mandaré una antiestérica para que la dé usted unas cucharadas cuando vuelva en sí.

— ¿Tardará mucho en volver?

— Ya está libre del accidente; pero quedará aletargada un rato.

La hermana de la Caridad examinó de nuevo el rostro de la enferma, y dijo:

— ¿Podríamos mudarla de cama?

— ¿Para qué?

— Porque el verse en esta sala le causará una impresion funesta.

— En cualquier otra la sucederá lo mismo.

— La llevaré á la sala de Dolores.

— Como usted guste; pero seria bueno esperar á que terminase el sudor.

— Es que usted no sabe todo el daño que podria causarla el verse aquí. Ha sido acometida del accidente en la calle; su familia no sabrá lo que ocurre, y...

— En ese caso voy á pasar la nota á la comisaria, —dijo el facultativo;— ¿qué número ocupará?

— El siete.

— Pues ya puede usted llevarla cuando guste; pero muy abrigada.

El médico se retiró, y sor Adelaida se acercó á la cama de Eugenia, cuyo semblante estaba encendido; pero inmóvil. La besó en la frente, y despues de envolverla con el mayor cuidado entre mantas, sobre el mismo colchon en que estaba, la hizo trasladar á *la sala de distinguidas*.

Pero antes de conducirla allí, habia desaparecido un momento para obtener de la superiora el permiso de trasladarse á la otra sala, dejando en su lugar una hermana de las que debian entrar de guardia al dia siguiente.

En el corto espacio de tiempo que faltó sor Adelaida del lado de Eugenia, obtuvo el permiso; entregó la guardia á su compañera; comunicó lo que la ocurría con la hermana que estaba en la sala de distinguidas, y preparó todo lo necesario para llevar á cabo su proyecto.

Se puede asegurar que no habia pasado una hora desde la visita del médico, cuando ya descansaba Eugenia sobre un mullido lecho de tres colchones, todo cubierto de blanco, y aislado de las demás camas, por tres cortinas de percal blanco, que con la pared de la habitacion formaban un reducido, pero limpio y alegre aposento.

El aspecto del hospital habia desaparecido completamente.

Una mesa de pino, cubierta con un hule, sobre el que se veían dos vasos de cristal, una jarra, y una botellita; un rueda de esparto y dos sillas, completaban con la cama los muebles de aquella alcoba. En la pared estaba colgado un Crucifijo, una pila para el agua bendita y una estampa de la Virgen.

La sala de que hablamos estaba dividida por medio de las cortinas en veinte aposentos iguales al del número 7, y en el centro habia una estufa, cuyos cañones de hierro repartían el calor por toda la sala.

En el extremo izquierdo habia un altar, con un cuadro de Nuestra Señora de los Dolores, en el que ardían dos lámparas de cristal. A los lados del retablo se veían algunos *ex-votos*, compuestos de varios objetos de cera, unas muletas de madera, y dos trenzas de pelo.

Las enfermas de aquel departamento estaban recogidas cuando llevaron á la pobre Eugenia, y las dos hermanas de la Caridad se dedicaron á asistirla.

El semblante de sor Adelaida, que tantas emociones habia reflejado en poco tiempo, tomó una espresion de alegría inefable, que contrastaba visiblemente con la agitacion que la dominaba.

Acercaba continuamente su rostro al de Eugenia; la

abrigaba el cuerpo; la ponía la mano en la frente, y parecía quererla volver la vida á costa de la suya propia.

La hermana de la Caridad que estaba de guardia en aquella sala, no se admiraba de la tierna solicitud de sor Adelaida, porque la habia visto prodigar iguales ó mayores cuidados á otras enfermas; pero estaba sorprendida de ver que á aquellas horas de la noche hubiesen dado en la comensaría un pase para la sala de distinguidas.

Sor Adelaida la sacó de su natural curiosidad, diciéndola:

—Me aflige el estado de esta jóven, y temo que vuelva en sí.

—¿Por qué? —preguntó admirada la hermana de la Caridad.

—Porque morirá de dolor al verse en este sitio.

—¡Pues no sé yo que pueda carecer de nada en esta sala!... sobre todo, teniendo á usted por enfermera.

—Su familia... su padre, andará vuelto el juicio buscando á su hija.

—¿Pues qué, no sabe que está aquí?

—No señora... no lo sabe. Ha sido acometida del mal en medio de la calle, y recogida por la justicia, ha venido al Hospital.

—¿Pero iba sola?

—Presumo que sí... aunque me parece imposible, porque cuando yo la conocí...

—¡Ah! usted conoce á esta jóven, interrumpió la hermana de la Caridad.

—Cinco años hace que no la he visto, y tres que no tenía la menor noticia de su paradero.

—¡Y será quizá de alguna familia rica!

—¡De una familia muy desgracia! —replicó con amargura sor Adelaida.

—¿Y qué podríamos hacer para ahorrarla la pena de verse en este sitio?

—Lo estoy pensando hace un rato, y nada me ocurre.

—Llevarla á su casa, seria esponer su vida; yo creo que lo mejor seria avisar á su familia para que estuviesen á su lado, y...

—¿Pero cómo saber dónde vive?—preguntó sor Adelaida;—el estado en que se encuentra no la ha permitido hablar en la comisaría, y los que la condujeron ignoraban cuál fuese su habitacion.

—Pues en ese caso, no hay mas que hacer sino que usted esté á su lado siempre, y al menos verá una cara amiga que la tranquilice algun tanto.

—Quizás no me reconozca en este traje... Y no sé si alegrarme de que así fuera, porque mi presencia en este momento la causaria una emocion funesta.

Mientras las dos hermanas siguieron hablando, Eugenia hizo un movimiento con todo el cuerpo; abrió los ojos; dió un suspiro, y empezó á sollozar con trabajo, como quien despierta despues de un ensueño funesto.

La compañera de sor Adelaida, que llevaba diez años de práctica en los hospitales, acercó á los secos lábios de Eugenia una cucharada de antiestérica, y quiso probar á abrirla los dientes con la misma cuchara; pero conociendo que aun no era tiempo, desistió de su empeño, y dijo saliendo del dormitorio:

—Aun tardará mas de una hora en recobrar completamente la razon; prepararé una taza de flor de tila.

Sor Adelaida quedó sentada á la cabecera de la enferma, reanimándola con su aliento, y estrechándole las manos entre las suyas.

Las lágrimas de las dos amigas, corrieron mezcladas sobre los almohadones de la cama.

Pero las que vertia Eugenia no eran hijas de la afliccion de su espíritu, ni aun de la opresion que mas tarde habia de sentir su pecho; eran producidas por una simple escitacion fisica.

Las que derramaba sor Adelaida eran, por el contrario, la espresion de un efecto enteramente moral; eran (si los fisiólogos nos permiten la frase) exhalaciones del corazon... átomos mas bien del mismo.

Unas y otras caian sobre el rostro encendido y abrasado de Eugenia, y sin embargo, las primeras, turbias y sanguinolentas, se deshacian y se secaban inmediatamente, mientras que las de sor Adelaida, diáfanas é incoloras, duraban largo rato, brillando como las gotas del rocío sobre las hojas de la rosa.

## CAPITULO VI.

### Las dos amigas.

Largo rato permaneció sor Adelaida, reclinada la cabeza sobre la de Eugenia, buscando con su penetrante mirada la de su amiga, que se ocultaba en los abultados párpados de sus ojos, sin hallar otra cosa que una nube blanca que la hacia estremecer.

En vano le ponía la mano sobre el corazon, la apretaba el dedo de este nombre, y hasta la rociaba ligeramente con agua el rostro, humedecido ya con las lágrimas de ambas... Todo era inútil...

Eugenia estaba sufriendo las consecuencias de la reaccion que habia obrado en su cuerpo el calor, que la volvió la vida; y su delicados miembros, yertos por el frio, recobraban lentamente la accion, de que les habia privado la paralización de la sangre.

En el discurso de esta historia hallará el lector justificada la ansiedad de sor Adelaida, aunque no creemos que la niegue los sentimientos de caridad, que, como hemos dicho, la hacian admirar hasta de sus propias compañeras. Bástele saber por ahora que nada omitió de cuantos recur-



sos le sugería su infatigable celo, para que su amiga volviese completamente á la vida.

La hablaba sin cesar y la ponía la luz delante de los ojos, animándose cuando equivocadamente creía que la causaba alguna impresion en la pupila, y entristeciéndose si veía que permanecía con los ojos en blanco. Un papel cortado en forma de corazon sobre el pecho; un pañuelo rociado con vinagre y arrojado sobre el rostro; la impresion rápida de un objeto frio en la frente, y cuantas vulgaridades por el estilo habia condenado en otras ocasiones, la merecian fé entonces, y con todas ellas confiaba despertar á su amiga.

Todo esto pasó mientras la hermana de la Caridad disponia la taza de tila; cuando volvió con el modesto paliativo, sor Adelaida cobró animacion, y en su semblante se retrató aquella confianza inesplicable que se advierte en todas las familias cuando ven entrar al médico, que quizás llega á estender la certificacion de muerto al individuo enfermo.

—¿Cómo estamos?—preguntó la hermana, rompiendo con la cuchara el azúcar que acababa de poner en la taza.

—¡Mal... muy mal!...—contestó la afligida sor Adelaida.

—Pues el color de la cara es bueno,—replicó la hermana.

—Sí... pero tiene los ojos en blanco... y no me oye, ni vuelve en sí, por mas que la he rociado con vinagre y...

—Mal hecho.

—¡Mal hecho!...—repitió horrorizada la amiga de Eugenia.

—Sí; pero no se asuste usted, porque eso no la hace ni mal ni bien... Lo mejor es dejarla quieta.

—¿Y no la daremos la flor de tila?

—Sí tal; aunque sea preciso bañarla los labios con un hisopito de hilas... Pero no es flor de tila, sino hojas de naranjo ágrido, porque tengo mas fé en esta medicina.

—Pues vamos... démosela pronto... porque no puedo verla mas tiempo en ese estado.

—Si tarda en volver del accidente,—dijo la hermana, sin dejar de remover el líquido,—la pondremos una servilleta *súcia* y caliente sobre el corazon, y... como mano de santo... Ya verá usted...

—¡Ah!.. Voy corriendo á buscarla...—esclamó alborozada sor Adelaida, y disponiéndose á salir de la alcoba.

—¡Eh!... Tiempo hay...—replicó la hermana.—Démosla esta infusion antes que se enfrie.

Y acercándose ambas á la enferma, lograron echarla dos cucharadas de agua cocida entre los dientes y los lábios, sin conseguir que tragase una gota siquiera. Pero la hermana dijo que era suficiente, y en seguida tomó el pulso de ambas manos á la enferma; y practicando otros reconocimientos, la puso por fin la mano en la frente, y dijo:

—El calor de la piel me gusta, y aunque hay poca *armonía* entre el pulso y el corazon, no importa.

Sentóse á la cabecera de la cama, y sor Adelaida se disponia á hacer lo mismo, cuando Eugenia estiró los brazos, abrió las manos, movió los ojos, y tendió una mirada vaga, pero penetrante al parecer, por toda la habitacion.

—¡Eugenia!.. ¡Eugenia!..—gritó sobresaltada de gozo sor Adelaida, y cubrió con su rostro el de su amiga.

La hermana la hizo señas para que se sentára, y la dijo:

—Ya ha vuelto en sí; pero es preciso dejarla quieta y no hablarla, porque tardará en oir bastante tiempo.

—¡Dios mio!... ¡Cómo me mira!...—esclamó sor Adelaida.

—Y sin embargo, no vé nada,—contestó la enfermera. Y levantándose de su asiento, añadió:

—Vaya, yo me marcho á renovar las cantáridas *al número cinco*, y á dar las píldoras *al doce*... Si ocurre algo avíseme usted.

Sor Adelaida quedó sola con su amiga, cuyos sentidos

parecian despiertos, y sin embargo, tenian embotada aun la accion todos ellos.

Sus ojos, estremadamente abiertos, semejaban, con su mirar cristalino, los del demente en el momento de entrarle el acceso de furia, y sus lábios, encendidos y secos, se abrian y se cerraban sin cesar.

Algunas cucharadas de agua caliente templaron el ardor de la boca, sin que los dientes se desunieran, á pesar de los esfuerzos que hizo sor Adelaida; y contra lo que la habia encargado su compañera, no cesaba de llamar á su amiga.

Parecíala á menudo que con la mirada la interrogaba, como si quisiese recordar quién era, y la repetia sin cesar:

— Soy yo... ¿No me conoces?... ¡Adelaida!... Tu amiga... tu compañera de colegio... Mirame bien... ¡Ah, no te acuerdas de mí!...

Y se afligia al ver la aterradora fijeza de aquella mirada, en la que su imaginacion la hacia leer diferentes cosas, poco agradables las mas.

Desesperada de que su amiga no hiciera ni un movimiento de sorpresa al oir su nombre, la dijo:

— Mirame... Eugenia, mírame... ¡Soy tu hermana!...

Pero al pronunciar esta última palabra, palideció de una manera cruel... Todas sus facciones se contrajeron; su rostro sufrió una alteracion horrible, y toda la animacion del semblante se habia concentrado en los ojos, que parecian querer salir de sus órbitas.

Nada habia quedado en aquel semblante apacible y angélico, que no sirviera para dar un aspecto siniestro á la terrible luz que arrojaban los ojos.

Su cabeza erguida; su pecho elevado; sus lábios abiertos; sus dientes apretados, y los brazos distantes del cuerpo, con los puños cerrados, despues de haber apartado con violencia la toca del rostro, hacian de aquel ángel benéfico de la caridad el ángel vengador de la justicia.

No era la hermana caritativa, que olvidaba sus amarguras, dando la salud á los enfermos... Era la mujer irritada, que se disponia á lavar una ofensa castigando por su propia mano al agresor... lanzándose sola á combatir con la humanidad entera.

Una palabra habia bastado para despertar el recuerdo, que, oculto en su corazon, se leia en su semblante cuando se la observaba atentamente.

El corazon acababa de triunfar en la lucha, que, segun dijimos al hacer su retrato, sostenia con la cabeza...

Una palabra, repetimos, habia avivado las cenizas de la mal apagada hoguera de las pasiones...

Pero el triunfo del corazon fué corto...

El fuego de la venganza brilló pocos instantes...

Las lágrimas, que salieron á torrentes de sus ojos, arrastraron consigo el brillo siniestro de aquella mirada de fuego, y devolvieron al rostro su primitivo candor.

Sor Adelaida alzó las manos al cielo; se cubrió con ellas la cara, y cayó de rodillas, apoyando la cabeza sobre la cama en que descansaba Eugenia.

Esta empezaba á dar mayores señales de vida, sacando los brazos de entre las sábanas, y agarrando maquinalmente puñados de ropa; mientras su amiga continuaba de rodillas con la cabeza oculta, se incorporó sobre la cama, miró á un lado y á otro, llevó las manos á la frente como si quisiera apartar las nubes que ofuscaban su imaginacion, y despues de haber reconocido con miradas inciertas y vagas la habitacion, quedó largo rato pensativa, como tratando de recordar lo que la habia sucedido desde que perdió la razon... que aun no habia recobrado completamente.

Así la halló sor Adelaida, que pálida pero con semblante tranquilo, se puso en pié y dió un grito al ver á su amiga medio sentada sobre la cama.

Eugenia fijó en ella la vista con asombro; pero sin otra espresion, ni de alegría ni de tristeza, y la rechazó maqui-

nalmente con las manos cuando se acercaba á abrazarla.

Sor Adelaida la miró con ternura; la llamó por su nombre, y Eugenia volvió á quedar pensativa; pero invocando con su mirada el auxilio de los objetos que la rodeaban. Llevó la mano al pecho; cogió con indiferencia la bolsa de terciopelo que pendía del cordon negro, y alzó los ojos al cielo, encogiéndose de hombros y examinando de nuevo la cama y la mesa que tenia al lado. De repente fijó la atencion en una venda que cubria su mano izquierda, y se estremeció, dejando caer su cabeza sobre la almohada y vertiendo abundantes lágrimas.

— ¡Eugenia!... — gritó la hermana de la Caridad, corriendo á sostener con sus manos la cabeza de su amiga. — No te asustes... Ya se ha pasado todo... Mirame... Estás en los brazos de tu querida Adelaida.

Eugenia se incorporó con presteza al oir ese nombre; apartó con sus propias manos los lienzos que ocultaban el rostro de la que la habia hablado; hizo un esfuerzo cruel para gritar, y no pudo. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de su amiga, y las dos quedaron abrazadas un momento.

Inmediatamente cogió Eugenia la cuchara que habia sobre la mesa, y trató de separar con ella los dientes; pero la fué imposible. Pidió por señas, y con horrible angustia, recado de escribir, y Adelaida se lo procuró inmediatamente; pero fué en vano: el estado de su pulso no la permitia ni sostener la pluma entre los dedos.

Sor Adelaida quiso abreviar el tormento de su amiga, y adivinando, con esa viveza especial de la mujer, lo que su amiga queria preguntarla, la dijo con rapidez lo siguiente:

— Te has puesto mala en la calle... estás en mi casa... no te apures. Yo sola te he asistido... ¿Quieres avisar á tu familia?

Eugenia hizo un movimiento afirmativo con la cabeza,

sin dejar de llorar, y esforzándose por hablar logró pronunciar estas palabras:

— ¡Mi padre!... ¡Mi padre!...

— ¡Gracias! ¡Dios mío! ¡Gracias!— exclamó sor Adelaida.

Y acercando un vaso de agua clara á los secos lábios de su amiga, la dijo:

— Bebe, y no te aflijas; Dios es justo y misericordioso... Ahora me dirás dónde vives, y corriendo avisarán á tu familia.

— ¡Ah!— exclamó Eugenia con desesperacion; — ¡ya no tengo familia!... ¡Mi pobre padre habrá muerto!... Solo... y casi cadáver... el dolor de mi ausencia le ha quitado la poca existencia que le quedaba... ¡Corro á morir á su lado!

Al pronunciar estas últimas palabras hizo un esfuerzo violento para salir de la cama; pero la abandonaron las fuerzas.

Sor Adelaida la detuvo diciéndola:

— ¿Qué locura es esa, Eugenia? ¡Así desconfía de la Providencia divina la que tantas amarguras ha sobrellevado con resignacion!... Dime dónde está tu padre y corre de mi cuenta salvar su existencia... ¡Dios es justo!... El corazón me dice que nada ha ocurrido á nuestro buen padre... Dame las señas de tu casa.

El acento solemne con que sor Adelaida habló á su amiga, hizo en ésta un efecto saludable. Se incorporó en la cama, miró á su alrededor y preguntó con inquietud:

— ¿Dónde está mi ropa?

La hermana de la Caridad se turbó un momento; pero en seguida recordó que estaría en la comisaría, y dijo:

— ¿Quieres vestirte?

— No; busco una llave que hay en una bolsa... La llave que cierra el cuarto donde quedó mi pobre padre, esperando con impaciencia la vuelta de su hija.

Ligera como el rayo salió sor Adelaida de la sala de dis-



tinguidas, y á los pocos instantes volvió á entrar con toda la ropa de su amiga, que por fortuna estaba aun en la sala de San Pedro.

Eugenia sacó con precipitacion la llave de hierro de que ya tiene noticia el lector, y se la entregó á su amiga, diciendo:

—Mira, en la calle de Leganitos, núm. 59, cuarto segundo interior... hay un candado y...

Sor Adelaida se disponia á salir de nuevo, y Eugenia la detuvo diciéndola:

—Oye... mi pobre padre está imposibilitado, y... Dime, ¿á quién vas á mandar? Ves tú misma...

—¿Quieres dejar este negocio á mi cuidado?... ¿No se trata de tu salud y la de tu padre? ¡Ah!... ¿Puedes tú dudar de mi cariño?

—Yo no dudo... pero...

—¡Pues confía en Dios, y créeme, Eugenia! No en balde ha permitido el cielo que nos veamos otra vez... Una desgracia horrible nos separó hace cinco años, y no debemos esperar que la justicia divina siga irritada contra nosotras.

—¡Qué buena eres, Adelaida!

—Vuelvo al momento, —dijo sonriendo la hermana de la Caridad. Y un cuarto de hora despues habia cumplido su palabra.

En ese tiempo Eugenia quiso abrir la bolsa de terciopelo que llevaba al cuello; pero volvió á ocultarla en el pecho porque oyó pasos, y se presentó allí la otra hermana de la Caridad, á quien Eugenia vió con asombro.

—¡Hola! —la dijo aquella; —¡ya se pasó el desmayo!... Me alegro mucho... ¡Cuánto ha sufrido sor Adelaida!

—¿Sor Adelaida? —preguntó con estrañeza Eugenia, que á pesar de haber visto el traje de su amiga, no habia tenido tiempo de sospechar que fuese hermana de la Caridad. —Sor Adelaida... —añadió.

— Sí, sor Adelaida... ¿Qué se estraña usted? ¡Pues no la ha visto usted ya!... Es mi compañera de...

— Sí, somos compañeras, — interrumpió la amiga de Eugenia, que afortunadamente llegó antes de que la otra acabase de decir que aquella casa era el Hospital General.

Y haciéndola señas para que se retirara por no alarmar á Eugenia, logró quedarse sola con ésta.

La abrazó de nuevo, la cubrió de besos, y parecía quererla sellar los labios antes de que la preguntara lo que la otra hermana habia empezado á revelar.

— Dime, — la preguntó, — ¿quieres que venga el médico para ver cómo te encuentras y si te manda alguna cosa?

— No, nada... nunca tomo nada hasta que pasan tres ó cuatro horas.

— ¡Nunca! ¿Pues qué, te ha dado otras veces este mal?

— ¡Muchas!... pero jamás he quedado tan rendida como ahora. Esta desgracia es una de las infinitas que me han ocurrido desde aquel dia fatal en que nos vimos por la última vez. ¡Mi pobre padre!... — dijo Eugenia.

— Mira, no hablemos ahora de tu padre, ó creeré que has olvidado mis deberes para con él... ¿Crees tú que no hubiera volado á verle yo misma si pudiera?... Pero dentro de breves instantes, la persona á quien he dado la comision de ir á tu casa, habrá calmado la ansiedad que le causaria tu ausencia... Al momento nos mandarán razon del estado en que se halla, y podrás volver á su lado en cuanto cobres fuerzas... Mientras tanto cuéntame todo lo que has hecho desde que no nos hemos visto.

— Convenido; pero á condicion de que tú hagas lo propio conmigo, empezando por decirme qué significa ese hábito.

— Ya te lo diré á su tiempo; hálame ahora de tí.

— Tú debes de ser la primera, porque yo estoy muy débil.

— Sea como gustes.

—Pero día por día y sin callarme nada.

—¡A tí te habia yo de ocultar nada de cuanto me perteneciese!... Si no reflexionára que estás enferma me incomodaría... y diria que el tiempo habia entibiado tu cariño para conmigo.

—¡Ah! no... eso no...—esclamó Eugenia abrazando á su amiga.

—Pues oye,—dijo sor Adelaida,—acomodándose en la silla y cogiendo la mano derecha de Eugenia entre las suyas.

## CAPITULO VII.

## La flor de la Fé.

—Antes de recordar las terribles escenas del dia en que nos vimos por última vez,—dijo sor Adelaida,—sin presumir lo que habia de durar nuestra separacion, permíteme que te hable de la tarde del dia 17 de Junio de 1834.

Eugenia se estremeció al oír aquella fecha, llevó con inquietud la mano al pecho, como si buscárá alguna cosa, y despues de incorporarse en la cama con agitacion, exclamó:

—¡Dios mio, la he perdido!

—¿Qué buscas?—la preguntó su amiga.

—¿Quién me ha desnudado?

—Yo...—respondió sor Adelaida con turbacion.

—¡Ah! respiro... ¿y dónde está el papel que tenia en el pecho?

La hermana de la Caridad se asustó porque nada sabia de aquel papel, que como recordará el lector, fué víctima de la curiosidad de las enfermeras, y despues de haberlo buscado entre la ropa, que la habian dado en la comisaría, dijo:

—Yo... no sé... nada he visto... ¿Era alguna carta?  
—¡Qué desgraciada soy!—esclamó Eugenia con el mayor

desconsuelo...—¡Era la única reliquia de aquel día!... Único recuerdo que se había salvado en todos los naufragios de mi existencia... ¡Siempre la he llevado conmigo!...

—¿Qué cosa era?...—preguntó sobresaltada sor Adelaida;—¿el escapulario tal vez de tu pobre madre?...

—¡Ah... no... eso no!...—gritó Eugenia llevando á sus labios la bolsita de terciopelo que ocultaba en el pecho. —¡Habría quedado yo tan tranquila si hubiese perdido esa alhaja! ¡Sabes tú lo que me dijo mi madre al quitársela del cuello para colocarla en el mío!

—Toma,—me dijo,—*este es el escapulario de la Fé.... Dime que lo llevarás siempre contigo, y moriré tranquila... Me parecerá que quedo siempre á tu lado, si no apartas un momento de tu pecho esa reliquia.*

—Esas fueron las últimas palabras que la oí pronunciar, —añadió Eugenia sollozando.

Sor Adelaida la estrechó entre sus brazos, y la dijo con voz entrecortada:

—¿A qué vienen ahora esas lágrimas? ¡No parece sino que era madre tuya solamente! ¿He conocido yo otra en este mundo?... La que me dió el sér murió antes de que yo pudiera recibir un solo beso de sus labios... Mi padre falleció también sin que yo llegára á la edad de conocerle. A los tuyos les debo una gran parte de mi existencia... No conozco otras personas en el mundo á quienes pagar la deuda que contraje al nacer con los autores de mis días... ¡Oh! ni aun me es dado saber dónde reposan sus cenizas, para regarlas con mis lágrimas, y pedir á su tumba una palabra al menos sobre mi misterioso nacimiento!... Yo no tengo un pariente siquiera á quien demandar tales noticias... ¡No conozco una persona por cuyas venas circule sangre hermana de la mía!... ¡Qué injustos son los que se avergüenzan de su origen, y niegan á sus padres porque no fueron de estirpe elevada!... Yo tendria orgullo en ser hija del hombre mas humilde de la sociedad, con tal de poder publicar su

nombre en voz alta... ¡Ah! ¡Yo sabría borrar con mis lágrimas las manchas que pudieran haber empañado su honra!... Y si al mundo no le bastaba esa expiación, despreciaría su fallo, y viviría sola con el recuerdo de mis padres... Sus nombres serían para mí un mundo mejor que el que ahora me niega lo que se concede al mas miserable... El saber á quiénes debo la existencia...

Eugenia estaba absorta al ver el fuego conque hablaba su amiga, cuyos ojos centellantes parecían quererse salir del cráneo; pero por fin la dijo:

—¿Qué es esto, Adelaida? ¿Qué estás diciendo? ¡Tan pronto has olvidado que tienes una hermana!

—¡Ah!... sí... una hermana...—respondió con frialdad sor Adelaida.

—Una hermana, á la que ofreciste un día no acordarte mas de esa idea terrible que hoy veo mas arraigada que nunca en tú pecho...

—Tienes razon,—replicó la hermana de la Caridad;—¿pero has olvidado á qué precio prometí aplazar el secreto de mi existencia? Mi alma necesitaba buscar otra que la comprendiese, que la ayudase á sentir su desgracia, y que unidas ambas en una sola voluntad formasen un lazo de parentesco que reemplazára el de la sangre, que parecia roto eternamente para mí... ¿Y sabes tú lo que me sucedió cuando hube encontrado ese corazon de que tanto necesitaba el mio, lacerado y herido por la tristeza y el aislamiento? ¿Has olvidado ya el día 18 de Junio de 1834.

—¡Por piedad, amiga, por piedad,—interrumpió Eugenia.—Has ofrecido recordarme primero la tarde del día 17...

Sor Adelaida bajó los ojos; enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, y despues de un breve momento de silencio, se acercó á su amiga, la besó en la frente, y esforzándose por sonreír, la preguntó:

—Vaya, sepamos qué nuevos amores son esos del pa-



pelito... porque no creo que el hábito que visto me prive de seguir siendo tu confidente.

Eugenia, sorprendida de la virtud de su amiga, que tan fácilmente habia sabido dominarse, ahogó el dolor que le causaba la pérdida de aquella reliquia, y procurando sonreirse del mismo modo, contestó:

—No era nada... sino que á veces hay cosas que las circunstancias en que se presentan por primera vez á nuestra vista, les dán mas tarde otro valor del que en sí tienen...

—No importa, dime qué cosa era esa, que tanta estima tenia á tus ojos.

—¡Un recuerdo sagrado! — exclamó Eugenia con entusiasmo. — Un testigo del único momento de felicidad, que juntas disfrutamos hace cinco años, y del que cada dia que ha pasado nos hemos ido alejando mas y mas.... Una flor del jardin en que nos vimos la última vez... Yo la habia bautizado con el nombre de la *Flor de la fé*... y desde aquel dia la he llevado siempre sobre mi pecho... ¡Ah! No te rias de mí, querida Adelaida. Bien sabes que no soy supersticiosa, y que jamás puedo adorar una cosa indigna, ni cifrar mi dicha en esa clase de reliquias... pero el recuerdo de que te hablo era para mí muy sagrado...

—No me rio, — contestó sor Adelaida; — pero hasta ahora no sé cómo adquirió aquella flor tanta estima á tus ojos...

—Oye: tú sabes que aquella tarde era la víspera del dia en que debian salir de Madrid, para ir á pelear por la religion y el rey, Carlos Sandoval y mi pobre hermano Fernando.

Sor Adelaida se estremeció ligeramente, y recobrando súbita su aparente sonrisa, dijo:

—Sí; todo eso lo sé.

—Nosotras, — añadió Eugenia, — ignorábamos semejante resolucion, y deseosas de hablar un momento con ellos,

no preguntábamos siquiera el motivo de aquella fiesta, que nos habia sacado del colegio, donde solo podíamos comunicarnos nuestros amores por medio de cartas... Las tuyas, me acuerdo que eran siempre muy largas...

— ¡Es cierto! — exclamó sor Adelaida: — Fueron las primeras y las últimas que pude escribirle... ¡Mas tarde, me prohibieron hasta ese consuelo!...

— Pues bien, — continuó Eugenia: — yo era muy aficionada á las violetas; se habia pasado la estacion de esas flores, y Carlos halló, por casualidad, una junto á la tapia de la noria, y vino corriendo á ofrecérmela... Yo la prendí sobre el pecho, y cuando me dijo el proyecto que habia formado su familia de mandarle á las Provincias Vascongadas á servir á don Carlos, en compañía de mi infeliz hermano Fernando, me repitió sus juramentos de amor, y me suplicó que guardase aquella flor como simbolo de la fé de su promesa, hasta que volviéramos á reunirnos para no separarnos nunca... Yo le ofrecí cumplirlo, y arrancando una hoja de la violeta, se la di, exigiéndole igual promesa... Envolvimos ambos, él la hoja y yo la flor, en unos papeles, y sobre cada uno de ellos escribimos estas palabras:

LA FÉ. — 17 de Junio de 1834.

Antes que Eugenia acabára de pronunciar lo que ha oido el lector, sor Adelaida salió del aposento y volvió á los pocos minutos con los tres papeles que cayeron al pié de la cama número 34 de la sala de San Pedro.

— ¡Esos son! — gritó Eugenia al ver entrar á su amiga. — ¡Pero están abiertos!... — añadió al tomarlos en la mano. — ¡Nada hay en ellos! ¡La fé de Carlos ha perecido!... ¿Qué nueva desgracia me aguarda? ¡Dios mio!...

— Oyes, Eugenia, — replicó sor Adelaida con acento religioso y solemne, — te he podido permitir la relacion que acabas de hacerme... Yo habria dado el propio valor que tú, mas tal vez, á ese recuerdo; pero dudar de la Providen-

cia de ese modo... fiar al acaso el destino de las criaturas, eso no... Nada tiene que ver, ni la felicidad de Carlos, ni tu propia suerte, conque ese papel se haya roto y perdido la flor que se encerraba en él... Yo la he buscado inútilmente en el sitio donde cayeron estos papeles...

— ¡Ah!... Es difícil hallarla... ¡Estaba reducida á polvo hace mucho tiempo!...

— Tanto mas á mi favor, — replicó la hermana de la Caridad; — conserva la cubierta en tu poder, y que te sirva, como hasta aquí, para alentar tu fé y para consolarte en tus aficciones... Ese papel será siempre para tí un testigo de la fé jurada... que Carlos te guardará eternamente... ¡Dichosa tú, que aun puedes alimentar esas esperanzas!...

— Mira, — exclamó Eugenia, — estas palabras las escribió Carlos; yo puse las del papel que él tiene consigo... En la última carta que me escribió... me hablaba de ellas... Hace treinta y cuatro dias, y no he vuelto á tener noticias tuyas.

— ¿Dónde está ahora?

— En Clermont! le destinaron á aquel depósito cuando entró en Francia, por no adherirse al convenio de Vergara... Y aunque él me dice que nada le falta, yo sé que está pasando muchos trabajos.

— Díme, ¿y la familia de Carlos?

— Su padre murió en la emigracion en Lóndres, y su madre, que vivió con nosotros el segundo año de su desgracia, se ha retirado al pueblo de su naturaleza, donde vive pobremente en compañía de una hermana de su difunto esposo... Pero déjame olvidar ahora esos sucesos, y cúpleme lo que me has ofrecido: cuéntame tu historia.

— Mi historia, querida Eugenia, es muy corta y muy sencilla, si te digo que he estado encerrada en un cuarto tres años, y que hace dos que visto este santo hábito... Muy larga y muy terrible, si te refiero todo lo que he sufrido en

los tres años que estuve en poder del hombre á quien me entregó tu padre.

— ¡Ah!... ¿Tú has sufrido tambien otras nuevas desgracias? — exclamó Eugenia. — ¡Pues nada me decias en tus cartas!...

— Las cartas que has recibido no eran mias...

— Sin embargo... tu letra...

— Si; mi pluma las escribia; pero mi corazon no las dictaba...

— ¿De veras?

— El hombre destinado por el autor de mis dias para que se encargára de mi tutela cuando yo cumpliese diez y ocho años de edad, me dictaba lo que habia de escribirte, y leia tus cartas antes de dárme las...

— Por eso me decias que eras feliz, y que pronto nos volveriamos á ver... ¡Ay! Yo te esperaba con tanto afan... ¿Pero no tuviste nunca ocasion de escribir á mi padre lo que ocurría?

— ¡Imposible!... Y por otra parte, ¿qué hubiese adelantado?... Tu padre me dijo la noche del dia en que marchó tu hermano estas palabras, que no se borrarán nunca de mi memoria:

«Hija mia, ha llegado el momento de darte por última vez este nombre. Permíteme que lo pronuncien otra vez mis labios... Hija mia, voy á cumplir uno de los mayores sacrificios que pueden exigirse al hombre de corazon... Pero la amistad hace sagradas todas las deudas, y por difícil que sea pagarlas, nadie debe faltar á su cumplimiento... Una palabra, en mal hora empeñada, me impuso el sacrificio de verte pasar á manos estrañas en este dia... Tu padre, cuyo nombre te revelará esa persona, lo dejó dispuesto así...»

— Yo no sé, — continuó sor Adelaida, — lo que pasó por mí al oír aquellas palabras; solo recuerdo...

— Que al volver del desmayo, — interrumpió Eugenia, —

hice yo contigo lo que tú acabas de hacer por mí ahora...

— Sí, — replicó sor Adelaida con amargura; — me encontré en tus brazos, de los que me privaron bien pronto, y quedé sola con tu padre, que en vano quería ocultar las lágrimas que nublaban sus ojos, y con un hombre, que entonces veía por primera vez... Tu padre me preguntó si me sentía mas aliviada, y quiso aplazar para otro día la conclusion de aquella terrible escena... Pero el hombre le replicó con gesto inflexible, que era preciso concluir al momento, porque el carruaje estaba esperando, y tu padre añadió:

«Nada tengo que advertirte, mi querida Adelaida... Tus virtudes te harán siempre digna del aprecio de todos, y respetando á este caballero como á tu propio padre, honrarás la memoria del autor de tus días... Un enlace ventajoso asegurará para siempre tu felicidad...

— » ¿Con Fernando? — pregunté alborozada.

— » ¿Fernando? — repitió el desconocido, dirigiendo una mirada altiva á tu buen padre. »

Este le impuso silencio, mirándole con dignidad, y me dijo estas terribles palabras:

— «Con Fernando, no, hija mia... Ese matrimonio... es imposible.

— » ¿Imposible!... — grité asustada. — ¡Imposible! ¿Y por qué?

— » No me preguntes nada. »

Dijo tu padre, sin poder contener las lágrimas, y corrió á ocultarse en su alcoba, después de haberme besado en la frente.

No recuerdo nada de lo que pasó después; cuando volví en mí, me hallé en un coche en compañía de una señora mayor y de aquel hombre, á quien por fortuna no conocia entonces, y viajando por un camino, que me era asimismo desconocido.

Pasaron mas de cuatro horas sin que pudiera traer á mi memoria nada de lo que me habia ocurrido anteriormente,

y en ese tiempo paramos en una posada; comieron los que iban en mi compañía; y volví á subir al carruaje, sostenida del brazo por la señora.

Los dos estaban asustados de mi silencio, y me dirigian algunas palabras, de las que no entendia ninguna... hasta que de repente sonaron en mis oidos las últimas de tu padre, y lancé un grito desgarrador, que obligó al cochero á parar los caballos...

La señora me cogió las manos, y yo forcejeaba por desasirme de ella, repitiendo sin cesar el nombre de Fernando, y pidiendo á voces socorro...

El desconocido cerró las ventanillas del coche; dijo al conductor que partiese al galope... y sentí que me aplicaban un olor muy fuerte á las narices.

—¡Pobre Adelaida!—gritó Eugenia, estrechando fuertemente á su amiga.

La hermana de la Caridad que tenia á su cargo la sala de distinguidas, entró á este tiempo con una taza de caldo, y acercándose á la cama de Eugenia, dijo:

—Está visto, hermana, que cuida usted mejor á las extrañas que á las amigas; esta jóven necesita alimento y descanso, y usted no se acuerda de lo primero, y la priva de lo segundo...

—Estoy muy bien,—contestó Eugenia, enjugando las lágrimas.—No necesito nada...

—Sí, sí,—replicó Adelaida;—tiene razon sor Gregoria... Yo he abusado del estado de tu salud, hablándote demasiado...

—Yo lo he querido así,—replicó Eugenia,—y te ruego que continúes refiriéndome tu historia... Pero antes quisiera que te informases del estado en que han hallado á mi pobre padre...

—Voy corriendo,—dijo sor Adelaida;—pero cuando no han avisado, es señal de que no ha vuelto aun la perso-



na á quien hice el encargo, porque dije que me avisáran.

—No importa, amiga mia; vé á ver si me traes alguna razon, y fiaré á tu cuidado el de mi padre... De lo contrario, me vestiré, y Dios querrá darme fuerzas para llegar á mi casa.

—¡Vestirse!...—esclamó sor Gregoria.—¡Qué locura! Antes es preciso que tome usted algunos alimentos, y que pase un par de dias siquiera en cama...

—Vuelvo al momento, —dijo sor Adelaida.

Y hablando al oido con sor Gregoria, salió del aposento en que quedaba Eugenia, tomando el alimento que le presentó la hermana de la Caridad.

## CAPITULO VIII.

## El padre y la hija.

El lector sabe lo que le ocurrió á la persona que sor Adelaida habia enviado á la casa número 59 de la calle de Leganitos, y cuya vuelta esperaba con tanta impaciencia la desgraciada Eugenia. Detenido en la habitacion de don Lorenzo por los alguaciles, informó al juez de lo que ocurría, y éste, á su vez, le dijo el destino que habia tenido el pobre anciano. Solicitó permiso para volver al hospital, aunque fuese bajo la custodia de los dependientes de la autoridad, y esta no tuvo reparo en acceder á la demanda, por encontrar muy sencilla la relacion que acababa de oír.

Así se lo dijo á sor Adelaida el detenido, que de orden de su señoría quedó en libertad, apenas hubo identificado su persona de oficial de la comisaría del hospital. Esta última providencia del juzgado se llevaba á efecto cuando sor Adelaida llegó á la comisaría.

—¿Qué tenemos?—preguntó al oficial.—¿Le ha visto usted ya? ¿Cómo está?

—No le he visto aun,—contestó el oficial.

—¿Pues no viene usted de su casa?

—Sí, señora... pero...

—¿Qué?... ¿Le habia dado el accidente?

—No, señora, sino que no estaba allí.

—¿Pues dónde está?

—Aquí.

—¿Aquí? —preguntó asombrada sor Adelaida.

—En el número 10 de la sala de San Vicente, —contestó el oficial que llevaba el libro de entradas.

—¡Enfermo! —esclamó la hermana de la Caridad.

—Y á disposicion del juez de primera instancia del distrito del Rio, —añadió el oficial.

Y bajando la voz, la dió cuenta de todo lo ocurrido en casa de don Lorenzo, y de la vigilancia que sobre él ejercia la justicia hasta que fuese reconocida Eugenia, y comprobada la verdad de todo.

—Pues ahora es imposible que nadie la vea, porque en el estado de su salud la costarian la vida semejantes disposiciones, —dijo sor Adelaida.

—Á pesar de todo, será preciso, —contestó impávido el escribano del juzgado, que, de orden de su señoría, habia acudido allí.

Sor Adelaida enteró al comisario del compromiso en que se hallaba, y le suplicó que arreglase aquel negocio, interin ella volaba á saber el estado de don Lorenzo, y á hacerle pasar á la sala de distinguidos.

Era la primera vez que sor Adelaida solicitaba un favor de los empleados de aquella casa, y el comisario ofreció hacer cuanto estuviese de su parte por ayudarla en su caritativa empresa.

Tal era la fama de sus virtudes, que, á pesar de la poca armonía que suele reinar en las casas de beneficencia entre los dependientes de ellas y las hijas de San Vicente de Paul, el nombre solo de sor Adelaida infundia respeto, obediencia y veneracion á todos.

Pocos eran los empleados de las oficinas del hospital que habian tenido ocasion de hablarla alguna vez; pero no ha-

bia uno que no desease conocerla, por los elogios que continuamente oían de su celo y de su caridad en boca de las enfermas que acudían tristes y afligidas á recoger el alta, que certificaba el restablecimiento de su salud, y las separaba del ángel de la caridad, que las habia arrancado de los brazos de la muerte.

Ya lo indicamos en uno de nuestros anteriores capítulos, y no nos cansaremos de repetirlo: era preciso ver á sor Adelaida á la cabecera de los enfermos, para comprender la bondad, la dulzura y el interés con que los trataba. No la parecia suficiente cumplir exactamente lo mandado por los médicos, sino que hacia una observacion especial y detenida de cada enferma, y presentaba á la hora de la visita un parte minucioso de todas las que estaban á su cargo, en el que habia detalles de la mayor importancia, que mas de una vez, por ignorancia ó ligereza, calificaron los médicos de impertinencias de monja.

Su angelical dulzura, su paciencia y sus evangélicos razonamientos, alcanzaban de los enfermos una docilidad y una fé tan perfectas, que los medicamentos multiplicaban, por decirlo así, sus virtudes. Jamás enfermo alguno de los que estaban á su cargo dejó de prestarse á los remedios del arte, sin esa irritacion y esa violencia que neutralizan muchas veces los efectos que busca la ciencia, y son en mas de una ocasion injusto descrédito de ella.

Pero ya tendremos motivos para que el lector pueda adquirir una idea mas exacta de las virtudes de sor Adelaida.

Sigámosla ahora en sus diligencias para salvar la vida al único padre que habia conocido, y cuidar de la jóven con quien habia pasado los primeros veinte años de su vida en calidad de hermana.

El comisario la dijo que atendiese á los enfermos, que él se encargaba de lo demás, y la autoridad se dió por satisfecha con un certificado de la oficina, declarando: «haber entrado la noche anterior una jóven á disposicion del

»juzgado del Barquillo, que no pudo decir su nombre, pero »que mas tarde dijo llamarse Eugenia Vargas, y habitar en »la calle de Leganitos, número 59, cuarto segundo interior.»

Sor Adelaida subió precipitadamente las escaleras del hospital, y antes de tomar disposicion alguna respecto al padre de Eugenia, se fué á dar cuenta á la superiora de cuanto ocurría, y ésta la dió permiso para asistir esclusivamente, y mientras fuese necesaria su presencia, á los dos enfermos.

Con semejante autorizacion, corrió á la sala de San Vicente, llamó al ayudante, y le preguntó por el número 10.

— Es un paralitico, — la respondió el ayudante, — y parece que ha sufrido recientemente un nuevo ataque de apoplejia; pero ahora no presenta síntomas alarmantes, porque las heridas no son de consideracion...

— ¿Está herido? — preguntó sor Adelaida, queriendo lanzarse dentro de la sala.

— Si, señora, — replicó el ayudante, deteniéndola; — pero son leves las heridas... El lábio superior partido, y las narices estropeadas... Sin duda no tendrian cuidado de sostenerle, y se golpeó cuando le acometió el ataque... Ahora está algo despejado, y solo piensa en pedir de comer, achaque común en esa clase de enfermos; pero no podemos darle alimento alguno, porque tiene algo de fiebre.

— Es preciso trasladarle inmediatamente á la sala de distinguidos, — dijo la hermana de la Caridad.

Y despues de haber tomado todas sus disposiciones al efecto, esperó en la galería á que se hiciese la traslacion.

Dudó, mientras llegaba este momento, si seria prudente dejarse ver de don Lorenzo, no solo por lo que éste pudiera afectarse, pues estaba persuadida de que no la reconoceria, sino por temor de lo que pudieran decir las gentes de la casa. Pero se decidió, por fin, á verle pasar, aunque formando

el propósito de no acercarse á él. Y apenas sintió pasos, se retiró á un extremo de la galería, abriendo sus hermosos ojos para ver al que respetaba como á su único padre.

Pero no pudo cumplir la promesa que se habia hecho á sí propia.

Cuando vió al noble anciano liado entre mantas, sostenido por dos mozos, y con la cabeza apoyada sobre el hombro de uno de ellos, lágrimas de ternurá y de alegría empañaron sus ojos, y olvidándose de cuanto habia pensado, voló al encuentro de don Lorenzo.

Los mozos que conducian al enfermo se detuvieron, y la hermana de la Caridad cayó de rodillas, cubriendo de besos las plantas del anciano.

Así permaneció breves instantes, y alzando los ojos al cielo, como si quisiera darle gracias por la merced recibida, se puso en pié, fijó su vista, nublada por las lágrimas, en la cabeza del anciano, y se encontró con la mirada fija de éste, que parecía quererla reconocer en aquel momento.

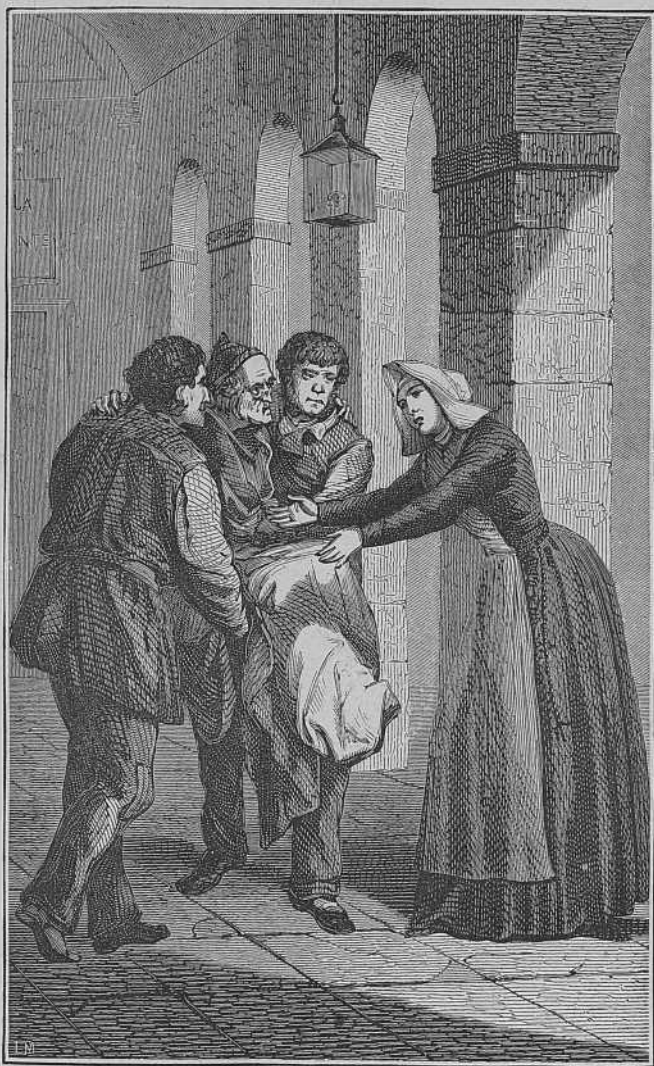
El enfermero que marchaba al lado de los mozos, y estos mismos, quedaron absortos con aquella estraña escena. Todos tenian su vista clavada en sor Adelaida, que enjugó las lágrimas que corrian de sus ojos, y haciendo un esfuerzo superior al estado de su espíritu, se acercó al enfermo, que la recibió con ese ceño adusto, propio de los idiotas, y le besó en la frente.

— ¡Pan!... ¡Pan!... ¡Que me matan de hambre! — dijo con torpe voz don Lorenzo.

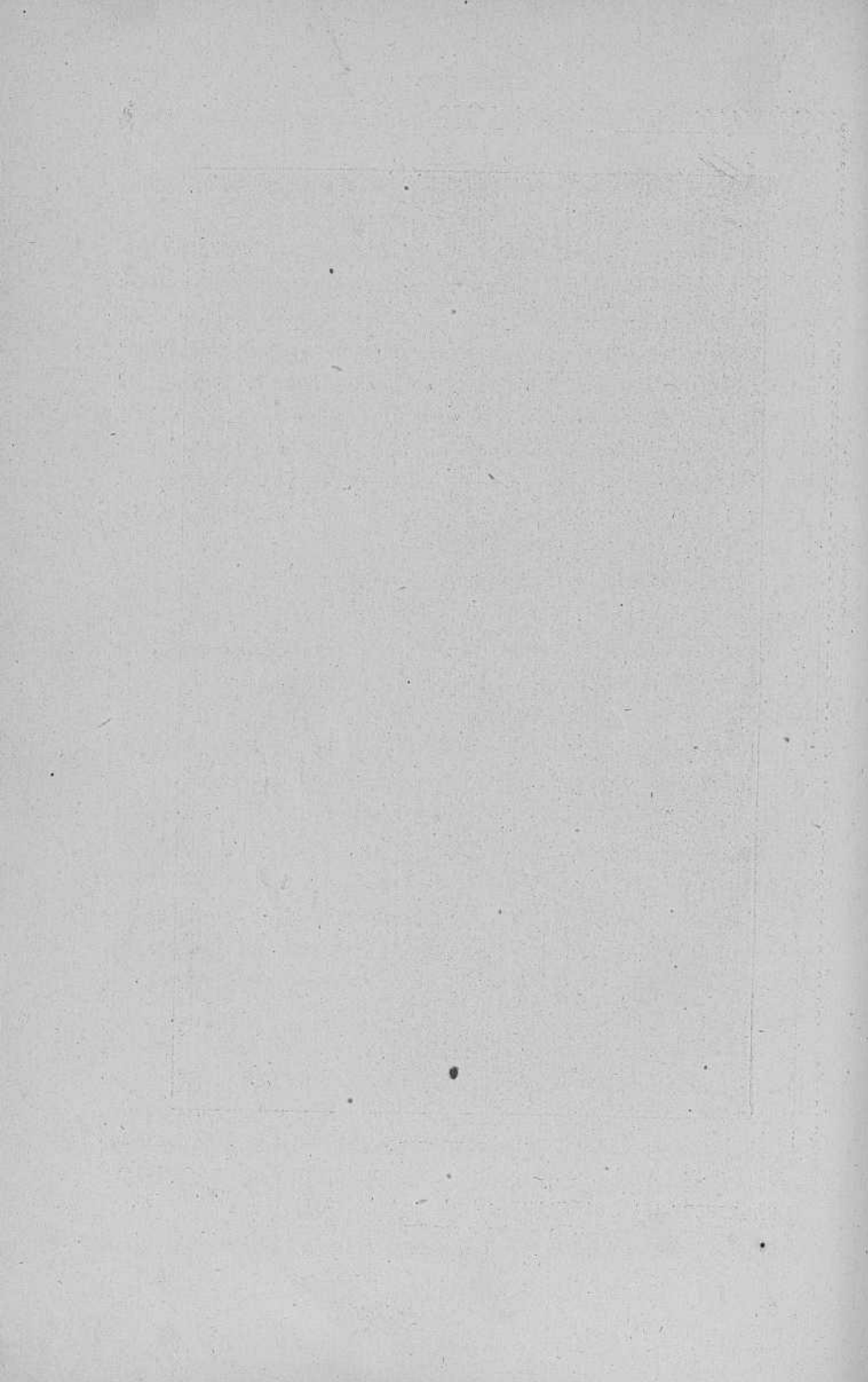
Y la hermana de la Caridad, que sentia faltarle las fuerzas para sufrir por mas tiempo aquel doloroso espectáculo, hizo seña á los enfermeros para que continuasen su camino, y con los ojos nuevamente arrasados en lágrimas, los brazos caidos y las manos cruzadas, siguió con la vista el triste convoy.

— ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... — exclamó; despues de una breve pausa. — ¡No contaba yo con estas escenas al venir





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.— ¡ Pan !... ¡ pan !... que me matan de hambre,  
—dijo con torpe voz don Lorenzo.



— aquí!... El sacrificio que me he impuesto es superior á mis fuerzas.

Y arrodillándose sobre el mismo sitio en que se hallaba, alzó las manos al cielo, y dijo:

— ¡Dadme aliento, Señor, para aliviar, con vuestro auxilio, á estos infelices!... Fortaleced mi fé, para que, olvidando los recuerdos mundanos que me ligan á ellos, les asista en sus necesidades, considerándolos como á dos prójimos desgraciados... hermanos de los pobres, á quienes he consagrado mi vida desde que vos lo quisisteis así...

Á esta breve oracion siguió un momento de silencio, despues del cual la hermana de la Caridad se puso en pié, y con semblante tranquilo desapareció de la galería, dirigiéndose á la sala de Dolores, donde habia quedado su amiga Eugenia, asistida por sor Gregoria, que la salió al encuentro, y la dijo:

— La señorita duerme; déjela usted descansar, que es la mejor medicina que podemos darla. El sueño es un gran alimento y un buen médico para los enfermos.

Sor Adelaida se separó de la hermana, y recorriendo con precaucion las cortinas del aposento de Eugenia, entró con el mayor sigilo y se sentó á la cabecera de la cama.

Eugenia parecia profundamente dormida, á juzgar por el reposo de su cuerpo y por la aparente tranquilidad de su semblante; pero observada detenidamente, era fácil conocer que su sueño no era completo, y que solo la postracion de algunos de los sentidos los hacia aparecer embargados á todos.

La debilidad estremada en que habia quedado aquella infeliz, despues del suceso que el lector conoce, era superior á la escitacion que habia sufrido el sistema nervioso con la relacion que la habia hecho su amiga, y por eso el descanso parcial de su cuerpo parecia un sueño natural y tranquilo.

Pero sor Adelaida no estaba en el caso de apreciar esta

diferencia, que cualquier fisiólogo hubiese adivinado en la apenas perceptible agitacion de sus facciones, y en la frecuencia del pulso, señales inequívocas de que habia algun sentido, cuya escitacion no la permitia el descanso.

Contemplaba con rostro afligido á su amiga, y el movimiento de sus ojos parecia revelar los votos que hacia su corazon para que nada turbase el reposo de Eugenia en aquel momento. Contenia su respiracion con el propio objeto, y no se atrevia á moverse temiendo volver á la vida aquella imaginacion que no podia ser feliz sino cuando dejaba de ser.. Cuando tenia embotadas sus funciones para presentarlas de nuevo á la lucha constante que sostenia con cuantos objetos la rodeaban.

Pero aquel sueño aparente, que nosotros quisiéramos llamar postracion fisica, si á ello no se opusieran los hombres de la ciencia, no tardó en manifestarse tal cual era en realidad á los ojos de la solícita enfermera.

Eugenia empezó á hacer algunos movimientos con los brazos; abria de vez en cuando los ojos, y los cerraba con ahinco, como si los órganos dispuestos al sueño, quisieran luchar con el que seguia funcionando á causa de su demasiada escitacion. Movia los lábios, articulaba palabras ininteligibles, y hasta lanzó un suspiro que estremeció á sor Adelaida.

—¡Eugenia!...—la dijo con voz débil.

—¿Qué?—respondió sin abrir los ojos y con lentitud la enferma.

—¿Duermes?

—Sí.

—¡Infeliz! —esclamó moviendo apenas sus lábios sor Adelaida; —ni aun la es dado gozar por completo ese placer indispensable á la vida... Sobre el último aldeano fuerte y robusto tiende sus alas el ángel del sueño y dá nuevo vigor á su cuerpo, y á esta infeliz, que tanto necesita el descanso para llevar con valor las desgracias que la rodean, la

niega ese consuelo... ¡Dios mio!... dadla fuerzas para que pueda sufrir resignada los trabajos que os digneis enviarla...

Eugenia volvió á pronunciar algunas palabras que su amiga no pudo entender por completo; pero acercóse mas, y oyó que decia:

—Cárlos... Cárlos... no te separes un momento de mi hermano, y dile que de ninguna manera intente entrar en España... Tendria que hacer traicion á sus banderas, y nuestro padre moriria de dolor...

Sor Adelaida hizo un movimiento de sorpresa, y redoblando su atencion, oyó que su amiga añadia:

—Dile que Adelaida... la pobre Adelaida, le cree ya muerto, y...

—¡Ah!... ¡Vive!...—gritó sor Adelaida...—¡Vive!...

—¡Vive!...—repitió Eugenia sin abrir los ojos...—sí... vive. Yo la he visto... pero ha tomado el hábito de religiosa... ¡y es tan buena!... ¡tan buena!... ¡Si la vieras, querido Cárlos, si la vieras! dirias que era un ángel... un ángel, sí...

Sor Adelaida apoyó los codos sobre las rodillas, y ocultando la cabeza entre las manos, exclamó:

—¡Está soñando!

Despues de algunos momentos de silencio, durante los cuales el sueño de Eugenia fué algo mas tranquilo, la hermana de la Caridad alzó la cabeza; abrió los ojos con alegría, como si hubiese hallado alguna luz en su trastornada mente, y dijo:

—Pero habló tambien de que su padre no le dejaba volver á España... y de que yo le creia muerto... ¡Ah! el corazón me dice que vive Fernando... ¡Sí, vive!—añadió gritando.

—Vive... vive,—repitió Eugenia con lentitud y sin hacer el menor movimiento.

## CAPITULO IX.

### La Hlave del secreto.

Sor Adelaida queria despertar á su amiga para que le esplicase lo que habia de cierto en las palabras que acababa de oir; pero temia privarla de aquel estado de felicidad, harto incompleta por desgracia, y supo reprimir su deseo.

Las facciones de su rostro, visiblemente descompuestas, indicaban las dudas que combatian el corazon de aquella jóven virtuosa, y apenas quedaba en su semblante una señal de la sonrisa que le animaba ordinariamente.

Llevaba sin cesar las manos á la cabeza, y parecia querer disipar las tinieblas que ofuscaban su mente, para averiguar la verdad de un asunto que tanto la importaba.

Habia sabido con tal seguridad la muerte de Fernando, que en vano queria persuadirse de que la revelacion que su amiga la habia hecho soñando, pudiese tener el menor fundamento. Pero su corazon tenia necesidad de creer que vivia la única persona cuyo recuerdo bastaba á encender la llama del amor, que parecia completamente apagada en el alma de la virtuosa hermana de la Caridad.

No dudaba de que por graves que fuesen las causas que obligáran á Eugenia á conservarla en tan lamentable error,



sus súplicas alcanzarían una revelación franca y completa. Sin embargo, temía saber que todo había sido un delirio y se decidió á quedar en la incertidumbre, prefiriendo aquel combate que la destrozaba el corazón al desengaño que casi creía seguro.

La ilusión vaga y confusa de que pudiese haber sido engañada en la muerte de Fernando, era un bálsamo para quien estaba viviendo con una funesta realidad. Sabía cuanto la haría sufrir mas tarde el despertar en su corazón un recuerdo que tanto le había costado acallar, y que solo había vencido erigiéndole un altar dentro del alma; pero prefirió hacerlo así.

Eugenia continuaba dormida; pero su sueño no era, como ya hemos dicho, el perfecto reposo de sus órganos. Sensaciones anteriores reproducidas en el cerebro de aquella infeliz, determinaban la acción de la voz y de la palabra, y hacían dudar de si su estado era el del sueño ó el de la vigilia. Pero las señales que hemos hecho notar en el capítulo anterior, no dejaban duda de que era un reposo incompleto.

Eugenia estaba en un estado de sonambulismo perfecto.

A veces pronunciaba palabras ininteligibles aun para su propia amiga, que acercaba el oído á sus labios; otras dejaba escapar voces raras é inconexas; y por último, dando una vuelta trabajosa á su cabeza, que obligó á la hermana de la Caridad á pasar al otro lado de la cama, dijo lo siguiente:

—¡Mi querido hermano Fernando, si vieras que hermosa está! Yo la he visto.... y quise decirla que vivias.... pero la habria hecho mucho daño.... porque ya sabes que vuestra boda es imposible...

—¡Imposible!...—gritó sor Adelaida sin poderse contener...—¿y por qué es imposible?

—¡Calla, Fernando, calla!—continuó Eugenia,—ya

sabes que nuestro padre nos mandó respetar su secreto.... Yo te he dicho cuanto hice por averiguarlo, y sin embargo, siempre me contestó las mismas palabras: *Ese secreto no me pertenece... Si lo revelára causaría la desgracia de una familia respetable... y faltaría á lo que debo á mi propia honra...*

— ¡Figúrate cuánto he debido sufrir con la repetición de esas palabras!... A todas horas tengo en mis manos la llave de ese misterio, y sin embargo, moriría mil veces antes que averiguarlo contra la voluntad de mi padre. Nunca te he dicho lo que ahora voy á confiarte... Cuando nuestro padre se vió á las puertas de la muerte, me llamó y me dijo:

— «Toma esta llave dorada que no se ha apartado de »mi hace veinte años ni un solo momento.... Es la de una »caja de marfil que encontrarás en mi baul.... Despues de »mi muerte, de ningun modo antes, la entregarás al padre »Romualdo, y le dirás que cumpla lo que se dispone en los »papeles que encontrará allí. Entonces todos me perdonaréis el secreto que he guardado acerca de tu pobre hermana »Adelaida... Dios te maldecirá si osas abrir esa caja ó entregas la llave á otra persona que á la que te he indicado.»

— Despues,— añadió Eugenia,— á pesar del estado de su salud, no ha pasado un solo día sin pensar en esa llave, que yo tengo, sin embargo, en mi poder de orden suya... ¡Cuántas veces he llorado estrechándola entre mis manos sin atreverme á quebrantar los preceptos de nuestro padre!... ¡Oh! Siempre tenia delante de mí tu imágen y la de Adelaida, suplicándome que os aclarase ese misterio que os separa para siempre... Cuando me veia acometida de esa idea, miraba á mi padre, y volvía á resonar en mi oído su terrible mandato... ¡No quiero ocultártelo por mas tiempo, hermano mio!... Nuestro padre no ha tenido un momento de descanso desde el día en que marchó Adelaida... Horrible es la enfermedad que padece; pero Dios le ha hecho un bien enagenándole una parte de sus sentidos... Hoy puede decirse que el infeliz no vive... vegeta como las plantas,

y como estas, tiene espuesta su vida al menor soplo de viento...

Los ojos de Eugenia derramaron algunas lágrimas, pero continuaron cerrados.

Sor Adelaida seguia escuchando, al parecer, con ansiedad, las palabras de su amiga; pero su vista fija, y su semblante inmóvil y frio, indicaban que su imaginacion se hallaba fuera de aquel aposento.

Levantóse del asiento maquinalmente, y con la cabeza caida sobre el pecho dió algunos pasos para salir de la alcoba; pero con la lentitud que caracteriza siempre la indecision. Se detuvo en el dintel de la puerta sin atreverse á descorrer las cortinas, y pasándose la mano por la frente, exclamó:

—¿Qué voy á hacer? ¡Dios mio!... ¿No sería mejor esperar á que Eugenia se despertára.... y ella me diria?.... ¡Ah!... no, que ella teme causarme un mal con sus revelaciones, y se obstinará en seguir callando... Mejor será que yo misma me apodere de esa caja. ¿A quién sino á mí pertenecen los papeles que encierra?... Despues que los haya leído los dejaré allí, y nadie sabrá que los he visto... Pero, ¿y la lleve? Eugenia ha dicho que la tiene en su poder hace algun tiempo... Tal vez la lleve consigo... Veamos...

Y registrando los vestidos de Eugenia, que habia recogido en la comisaría, encontró en la bolsa de lienzo la llavecita dorada que vimos cuando las enfermeras desnudaron á Eugenia.

Sor Adelaida tembló al ver la llave, y volviendo la cabeza para mirar á su amiga, no se atrevió á cogerla en sus manos. Retiróse de la silla en que estaba la ropa, como arrepentida de su accion; pero volvió á acercarse con la celeridad del rayo, y recogiendo la llave, se sentó á la cabecera de la cama, esforzándose por sonreir, y como si tuviera necesidad de engañar á su conciencia, único testigo que allí habia.

Miraba sin cesar á Eugenia, que dormia con mas tranquilidad que antes, y cuando se aseguró de que no la veia, abrió la mano, besó la llave, y dijo entre dientes por no despertar á su amiga:

— Hé aquí la guardadora del secreto que en vano he querido penetrar toda mi vida... Tanto afan por ocultármelo para confiarlo despues á un pedazo de metal que la Providencia ha puesto al fin en mis manos... Ya llegó el momento de saber á quiénes debo la existencia... Si esta vez como tantas otras, mis esperanzas no se vuelven una quimera... Pero ahora tengo la llave del secreto en mis manos... Dentro de poco voy á poseer esos papeles, á quienes habré merecido mas compasion que á las personas que me han rodeado. Su lenguaje será mas franco, y me sacará de este caos en que vivo, y cuyo velo en vano quiero rasgar á todas horas... ¡Ah!... ¿qué horrible misterio será el que oculte esa caja que hace imposible mi felicidad?... ¿Por qué no me es dado gozar la alegría de saber que vive Fernando, sino mezclada con el dolor de que no vive para mí?... ¡De que nuestro enlace es imposible!... ¡Oh! graves serán las causas que separan nuestras almas, cuando don Lorenzo, modelo de honradez y de caballerosidad, ha podido inventar la terrible noticia del supuesto fallecimiento de Fernando.

Estas y otras razones seguia diciendo sor Adelaida, y despues de un momento de silencio, arrojó al suelo la llave, y exclamó:

— ¡Oh!... lejos de mí esa depositaria cruel del secreto que hace imposible mi union con Fernando... ¿Para qué quiero saber las razones en que se apoya la sentencia que condena mi corazon á una vida de amargura y de padecimientos mil veces peor que la muerte?... Esos papeles me revelarán los nombres de los autores de mi existencia, pidiéndome la vida por precio de su secreto. ¡Y qué me importan los nombres si ni aun existen esas personas! Si al

menos viviesen, podría conservar la esperanza de que mis lágrimas borrarán la sentencia escrita, y sancionasen los votos de mi corazón... Así tendrían ocasión de darme una nueva vida, sin la vergüenza de la primera...

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!... continuó cayendo de rodillas, tened compasión de mí, y no me abandonéis en estos momentos... Perdonad mi flaqueza, y si mis culpas merecen vuestros rigores, dadme fuerzas para llevarlos con resignación, y bendeciré constantemente vuestro nombre. . . .

Dejó caer la cabeza, apoyando la frente sobre la cama, y así permaneció largo rato, hasta que alzando los ojos al cielo se puso en pie y volvió á brillar en su semblante la dulzura evangélica de la virtuosa hermana de la Caridad.

Recogió la llave, y ocultándola entre los pliegues del delantal que cubría su pecho, se aseguró de que Eugenia dormía, la besó en la frente y salió de la sala de distinguidas.

## CAPITULO X.

### Confianzas.

La tranquilidad que se advertia en el semblante de sor Adelaida, indicaba que habia logrado acallar la exaltacion de su mente, olvidando las revelaciones de su amiga, ó tomando una resolucion firme de salir de una vez de las dudas que la atormentaban.

Lo segundo era mas natural que lo primero.

Atravesó con decision las galerías del Hospital, y subiéndolo con paso firme las escaleras que conducian al departamento de las hermanas de la Caridad, llegó á donde estaba la superiora, ocupada en escribir una carta.

Era la superiora una mujer como de cincuenta años; la dulzura de sus facciones y la nobleza de sus maneras, daban á entender que su cuna no habia sido humilde, y que su co razon no era extraño á los sentimientos generosos y sublimes.

Soltó la pluma apenas vió entrar á sor Adelaida, y la dijo:

—Y bien, mi querida hermana, ¿cómo teneis vuestros enfermos?... ¿Habeis dispuesto ya la traslacion de ese caballero á la sala de distinguidos?



— Sí señora.

— ¿Y están tranquilos?

— Eugenia duerme, y nada sabe aun de su padre... El estado en que éste se encuentra es por desgracia demasiado funesto para que pueda sentir la ausencia de su hija.

— ¿Pues cómo?...

— Ha vuelto en sí del accidente, pero no hace otra cosa sino pedir de comer; y aunque mira con atencion, no vé nada de cuanto pasa en derredor suyo.

— El egoismo es la primera condicion de esas enfermedades, y en el caso presente es una felicidad que suceda así. De otro modo, imagináos lo que sufriría ese pobre señor al verse en un hospital, rodeado de gentes estrañas, entre las cuales buscaría en vano las cariñosas miradas de su hija.

— Teneis razon...

— Sí, hija mia; Dios, que lo dispone así, cuida de verter algunas gotas de bálsamo consolador para dulcificar las amarguras de la vida... A la hija, que es jóven, la considera con fuerzas para luchar con su desgracia, y solo la envía el sueño que ha de reparar sus miembros... Al padre, anciano, le priva de aquel conocimiento que acabaría con su existencia, y solo le deja el instinto necesario para atender á su propia conservacion...

Sor Adelaida besó la mano de la superiora, y ésta la hizo sentar á su lado, preguntándola:

— ¿Qué nueva gracia venís á pedirme?... ¿Se trata de ejercer alguna otra obra de caridad?... Siempre os hallo ocupada en hacer bien... Los enfermos del hospital han encontrado en vos mas que una enfermera, una madre... Ahora estaba escribiendo una carta al presidente de la junta de beneficencia, recomendándole aquella jóven que recibió el alta dias pasados, y por cuya suerte tanto os interesásteis despues de haberla salvado la vida.

— ¡Por piedad, señora, por piedad!... ¡No hablemos

de eso!... ¿Hago yo por ventura otra cosa que lo que practican en todas partes mis virtuosas hermanas? Vos misma nos dais el ejemplo, durmiendo apenas cuatro horas cada día, y ocupando las restantes en asistir á los enfermos, exhortándolos con vuestras palabras, y animándolos con vuestra humildad á sufrir con resignacion sus padecimientos.

—Pero yo tengo culpas que expiar... ¡Vos lo sabeis, hija mia!... A nadie mas he hecho semejantes revelaciones...

—Yo impulsé vuestra confianza, confesándoos los motivos que tuve para tomar este hábito... de que hoy por primera vez...

Sor Adelaida bajó los ojos avergonzada, y la superiora la dijo con dulzura:

—Continuad, hija mia... ¿Hoy os pesa quizás de haber abrazado esta vida?... Pues bien, Adelaida, nuestros votos son temporales... Dios no quiere que los sacrificios sean violentos, y la caridad no puede ser nunca una virtud forzada... Pronto se cumplirá el término de vuestra segunda profesion en nuestra hermandad... Dos años de asistencia continua á los enfermos, de vigiliass y de privaciones, habrán pagado suficientemente los cuidados que nuestras hermanas prodigaron á Fernando cuando estuvo enfermo y prisionero en Vitoria... A su muerte ofrecisteis consagrar vuestra vida á la asistencia de los enfermos... Aquellos votos fueron voluntarios, y nadie tiene derecho á pedirlos el cumplimiento perpétuo de ellos...

—Sí, madre, sí...—esclamó sor Adelaida.—Aun hay una persona que podria demandarme esa promesa...

—¿Quién?

—¡Fernando!...

—¡Fernando!...—repitió la superiora, mirando con sobresalto á sor Adelaida.

—Sí, Fernando... que vive.

— ¡Vive ! ¿Quién os lo ha dicho ?

— Su hermana...

— ¿La jóven enferma es hermana de Fernando ?

— Sí... y un sueño que ha tenido me lo ha revelado todo.

— ¡Infeliz ! — murmuró la superiora , ¡ dá crédito á los sueños contra la propia evidencia ! — ¿ Y os ha confirmado al despertar , — añadió en voz alta , — el secreto que la habíais sorprendido durmiendo ?

— No ha despertado aun .

— ¿ Y no temeis haberos engañado , ó que el delirio que sufre la haga decir , lo que bien mirado , no puede ser otra cosa que una ilusion , que al desvanecerse os ha de ser demasiado dolorosa .

— No tanto como vos creéis...

— ¿ Pues cómo ?

— Aunque hubiera de adquirir de nuevo la certeza de que Fernando no existe... no me costaría tanto dolor como la que ahora tengo de que nunca existirá para mí.

— Esplícáos , por piedad .

— Eugenia ha vuelto á repetir , que un secreto que ella no conoce , hace imposible nuestro amor...

— Pero ¿ quién sabe si mas tarde ? ¡ Ah ! el tiempo , querida mia , allana las mayores dificultades... Una fé constante vence obstáculos que sin ella nos parecen imposibles... No desconfíes de la Providencia divina , y esplícadme de dónde nace esa tristeza que advierto en vuestro semblante , y que en vano intentais ocultarme... ¿ Teméis perder la esperanza adquirida... y os parece preferible vivir en esa incertidumbre , alimentando con una ilusion la felicidad que puede ser real y positiva?... No os dé miedo nunca hacer frente al destino y desentrañar hasta sus últimos secretos... Vale mas la luz del dolor que las tinieblas de la incertidumbre... Rogad á vuestra amiga que os explique el secreto que la habeis arrancado , y decidla que nada tema , que estais

dispuesta á todo, y que para enterrar en vuestro corazon la memoria de Fernando, preferís saber que vive para todos, aunque haya muerto solo para vos. Aseguráos de que vive.

—Sí, vive... ¡vive!...—dijo con voz tranquila sor Adelaida;—el corazon me dice que no me han engañado las palabras de Eugenia... Permitidme ahora que os haga una confesion que jamás me he atrevido á haceros, y que es la verdadera causa de todas mis desgracias...

—Hablad, —replicó la superiora, estrechando entre sus manos las de sor Adelaida.

Esta se levantó de la silla; cerró la puerta, y volviendo al lado de su confidenta, la dijo en voz baja:

—Cuando, refugiada al asilo de nuestra santa casa, os confié los motivos que me habian impulsado á tomar el hábito de las hermanas de la Caridad, nada os dije de los primeros años de mi juventud, y nada me preguntásteis tampoco...

—En mis desgracias, —interrumpió la superiora, —he aprendido á respetar los secretos de todos, y espero siempre á que sea una necesidad del corazon el revelarlos, para que el alivio que hallen entonces sea mayor del que podrian encontrar refiriéndolos todos de una vez y como mera historia... Nada alivia las penas como el comunicarlas en los momentos en que mas nos afligen... y la amistad íntima es un ángel que Dios envia á las criaturas para que le hagan partícipe de sus trabajos, cuando les faltan las fuerzas para llevarlos por sí solas... Si hasta ahora no me habeis comunicado las vuestras, es porque nunca os han abrumado como ahora. Continúa.

—Entonces, —continuó sor Adelaida, —os dije que queria pagar, en las personas de los pobres dolientes, las deudas que en su penosa enfermedad habia contraido Fernando con las caritativas hermanas que le asistieron... Creí escusado añadir que, al obrar así, me libertaba del odioso yugo de un tutor, que, valiéndose de todo género de violencias,

queria entregar mi mano á otro hombre del que mi corazon amaba... Para esto me habria sido preciso revelaros un secreto, que pesa siempre sobre mi corazon, y que me hace la mas infeliz de las criaturas.

— Ya os he dicho, hija mia, que si aspirais á ser feliz, no os creais nunca la mas desgraciada...

— Hay males,—añadió sor Adelaida,—que no dejan duda ninguna de su intensidad, y que son superiores á todos... Los niños abandonados al nacer en brazos de la caridad pública, son mas felices que yo... Ellos tienen la certeza de que sus padres les abandonaron, y no alimentan la esperanza de saber algun dia sus nombres... Yo no conozco á los autores de mi existencia, y he vivido un dia y otro con la ilusion de que sabria al menos sus nombres... La esperanza de verlos me habia sido arrebatada desde que tuve uso de razon... Mi madre murió al darme el sér... Mi padre falleció cuando apenas habia yo cumplido dos años...

Sor Adelaida dejó caer la cabeza sobre el pecho, y la superiora la estrechó contra el suyo.

Así permanecieron largo rato, hasta que la superiora rompió el silencio con estas palabras:

— Ánimo, hija mia, y acordáos de vuestras exhortaciones á la enferma de la sala de San Mateo...

— Yo tenia, como ella, necesidad de oirlas para olvidar nuestra comun desgracia, y por eso me esforcé tanto en persuadirla á que desechase tan lúgubres pensamientos...

— Pues ahora os repito yo las mismas exhortaciones... Desechad, hija mia, ese dolor, con el cual nada podreis hacer para aliviar vuestra desgracia... Si nunca habeis conocido á los que os dieron el sér... ¿qué os importa hoy saber sus nombres?... Bendecid su memoria, y respetad las causas que motivaron la oscuridad de vuestro nacimiento... ¡Ah! Vos no sabeis en cuántas ocasiones es, no solo disculpable, sino hasta necesario ese misterio, que jamás llora tanto el hijo como la madre que se vé obligada á guardarle... Res-

petando á veces una honra, que no es la suya, y ahogando los gritos de la conciencia y de la sangre con los del orgullo ó la ambicion. Pero dejemos estas reflexiones, que no necesitais oir para tenerlas demasiado vivas en vuestra memoria, y continuad vuestro relato... Decidme: ¿por qué os atormenta hoy ese secreto, hasta el punto de salir fuera de vuestra alma á buscar una expansion, sin la que no podríais vivir tranquila?...

—Porque tengo en mi mano el medio de que se acaben esas dudas, y me falta el valor para averiguar lo que tanto ansío saber... Por otra parte, —añadió sor Adelaida, suspirando,— ignoro hasta qué punto me es permitido penetrar en ese misterio...

Y sacando la llavecita que habia encontrado en los vestidos de Eugenia, la puso en la manos de la superiora, diciéndola:

—Hé ahí el depositario del secreto, que en vano he querido conocer hace mucho tiempo...

—¿Quién os ha dado esta llave?...

—Haced cuenta que no lo sé; pero no haré mal si os digo que la Providencia... Porque, ¿de qué otro modo se explica lo que me ha ocurrido en menos de veinticuatro horas?... Dios ha permitido que Eugenia, hallada en medio de la calle sin conocimiento, fuese trasladada á esta casa, y precisamente á la sala donde estaba yo... su amiga de la infancia, su compañera de colegio, su hermana, en fin... Porque habeis de saber que nos hemos criado juntas hasta la edad de veinte años...

—¡Es decir, que el enfermo de la sala de distinguidos os ha servido de padre!...

—Sí, señora... no he conocido ningun otro...

—¡Pues ese sabrá todas las circunstancias de vuestro nacimiento!...

—Las sabe, y él me ha dicho siempre lo que os he referido al principio de nuestra entrevista... Que mis padres han



muerto... Hé ahí todo lo que sé... Ahora vengo á consultaros sobre el uso que deberé hacer de esta llave, que la Providencia ha puesto entre mis manos...

—Hablad, hija mia, hablad; pero no olvidéis nunca que mi opinion en asuntos de esta naturaleza, es no desmayar en las empresas por miedo de hallar un desengaño, siempre menos terrible que el mal que existe... El caos de la incertidumbre es penoso, por sembrado que esté de ilusiones... Es preferible, en mi opinion, perderlas todas, si nunca han de llegar á convertirse en realidades.

—Vuestras palabras, —replicó sor Adelaida, — me infunden valor para comunicaros mis planes... En el sueño, de que estais enterada, habló mucho Eugenia de esta llave, y dijo que su padre se la habia entregado cuando se vió á las puertas de la muerte, diciéndola: «Que era de una caja »de marfil que encontraria en su baul, y que solo despues »de su muerte, de ningun modo antes, podia hacer uso de »ella... entregándola á la persona que la designó.» Y es un exclaustro, que se llama... Fray Romualdo... «En esa »caja, —añadió don Lorenzo, — que se encerraban unos papeles con noticias sobre mi nacimiento. »

—¿Y no sospechais qué interés podrá tener el padre de vuestra amiga en obstinarse á no revelaros ese secreto?...

—Un compromiso de honor... una deuda de amistad... una palabra, en mal hora empeñada... me dijo siempre, que le impedian decirme nada mas de lo que yo sabia... Á su hija le contestó poco mas ó menos lo mismo, aunque la añadió, al darle la llave, que el honor de una familia respetable le imponian aquel silencio...

—¿Y no presumís qué familia podrá ser esa?... ¿No le oísteis hablar de alguna persona con predilección?...

—Nunca observé nada...

—¿Y estais persuadida de que vuestros padres han muerto?...

Sor Adelaida tembló al oír la pregunta de la superiora, y contestó:

—Jamás me ha ocurrido dudar de las palabras de don Lorenzo... pero, ¿por qué me haceis esas preguntas?

—Por nada, hija mía, —dijo la superiora, esforzándose por sonreír.—Por nada... Continúa...

—Yo no sé si habré hecho mal en apoderarme de esta llave, que encontré en los vestidos de Eugenia, sin su consentimiento... pero no pude dejar de hacerlo, apenas oí que ella era la guardadora del secreto de mi existencia...

—¿Y qué hareis con solo la llave? —dijo la superiora; —será preciso que Eugenia os entregue esa caja... y...

—No es posible, —interrumpió sor Adelaida.—Su padre la amenazó con la maldición del cielo si osaba abrir la caja, ó entregar la llave á otra persona que no fuese la que él dejaba designada al morir, y la pobre Eugenia respetará el mandato de su padre.

—En ese caso, —replicó la superiora, —nada digo; aunque tuviérais en vuestras manos esa caja, no deberíais abrirla, porque la llave no os ha sido entregada por su dueño... Mi opinion es que debeis esperar á que se despierte vuestra amiga... y preguntarla sobre lo que la habeis sorprendido en sueños, y rogarla que os añada cuanto sepa sobre lo que tanto deseais averiguar.

Y al decir esto, devolvió la llavecita á sor Adelaida, añadiéndola:

—Tomad, mi querida Adelaida, y pedid al cielo que os conserve la fé, para que nunca querais aliviar vuestras desgracias por medios que mas tarde reprobaríais vos misma.

—¡Perdon, madre mia, perdon!... —esclamó sor Adelaida, —si os he ofendido con la confianza que acabo de hacer... pero sabed que yo no buscaba que aprobáreis mi opinion, sino que os pedia un consejo... una órden mas bien, para sujetarme con resignacion á ella...

—Lo sé, hija mía, lo sé, y os prometo que no ha de

ser estéril la confianza que en mí habeis depositado... Volved al lado de vuestra amiga; cuidad de que nada falte á su padre, y yo pensaré mientras tanto lo que debe hacerse en este negocio.

Sor Adelaida besó la mano de la superiora, y saliendo de la habitacion, se dirigió á la sala de distinguidas, adonde llegó cuando acababa de despertar Eugenia.

## CAPITULO XI.

### La superiora de las hermanas de la Caridad.

La superiora de las hermanas de la Caridad se habia conmovido demasiado con el relato que la habia hecho sor Adelaida, y por esta razon apresuró el momento de quedarse sola.

Apenas hubo salido de la habitacion la amiga de Eugenia, sor Clotilde de la Transverberacion, que así se llamaba la superiora, lanzó un hondo suspiro, apoyó los codos en los brazos de la poltrona, y sosteniendo la cabeza con ambas manos, permaneció inmóvil largo rato.

Levantóse despues con rapidez de la silla; cogió el manto, que tenia sobre la mesa, y acompañada de una de sus súbditas, la de mas edad por cierto, salió del hospital, no sin haber escrito primero un papel en la comisaria.

Pocos minutos faltaban para que el sol se ocultára entre las nieblas de la noche, cuando las dos hermanas de la Caridad atravesaban á paso largo el Salon del Prado, entrando de nuevo en las calles de la poblacion por la de Alcalá.

Indiferentes á las chanzas groseras del vulgo, y á las nécias bufonadas de los calaveras de quince años, tipo flamante

de la presente generacion, llegaron á la calle de San Miguel, y entrando en una casa de aristocrático aspecto, la superiora se acercó al portero, y le preguntó:

—¿Está el señor conde?

El portero bajó la cabeza, y despues de haber sonado una vez la campana que se veía en el portal, abrió la mampara de cristales que cerraba la escalera, haciendo seña á las hermanas para que subiesen.

Obedecieron estas á la señal del portero, y la mampara se cerró por sí sola apenas hubieron pasado las hijas de San Vicente de Paul.

La hermana de la Caridad que acompañaba á la superiora subía con humildad los escalones, esquivando pisar la alfombra que los cubría en parte; al paso que sor Clotilde, marchando con desembarazo sobre el mullido tapiz, lucía la nobleza de su majestuosa presencia, y parecia crecerse á medida que llegaba al término de su ascension.

Á la entrada del piso principal, cuya puerta estaba abierta, las recibió un portero de estrados, que las saludó respetuosamente, y las precedió, atravesando tres salas lujosamente amuebladas, hasta llegar á un gabinete, donde las rogó que tomasen asiento.

—¿Quién digo á su esclencia que está aquí?—preguntó el portero, dirigiéndose, instintos propios de su empleo, á sor Clotilde.

—La superiora del Hospital General,—contestó con voz fuerte sor Clotilde, haciendo sentar á la otra hermana en un elegante divan que estaba próximo á la chimenea.

El portero se inclinó con respeto, y abriendo una mampara, que parecia oculta en aquellas paredes, vestidas de damasco amarillo, salió del gabinete.

La superiora tomó asiento junto á su acompañanta, y la dijo con voz dulce y afable:

—¡Si pudiéramos tener á nuestros enfermos en salas tan abrigadas como estas, otra seria la suerte de los infelices!

—Verdad es,—contestó la hermana;—pero habremos de contentarnos con que nunca les falte la asistencia que hoy tienen.

—¿Creeis,—replicó la superiora,—que seria imposible lo que acabo de decir?

—Antes de que os encargáseis del hospital, todo me parecia imposible... hoy todo lo creo fácil, desde que he visto vuestro celo y vuestras virtudes...

—Mis virtudes se reducen á presentar al poderoso los cuadros de la indigencia... La manera de utilizar la caridad consiste en aproximar los pobres á los ricos... En hacer ver á estos lo que generalmente desconocen; en recordarles, en medio de sus festines, las privaciones del desvalido; en hacer resonar sobre el estruendo de sus orquestas los lamentos del desgraciado; en procurar que sientan el frio de las boardillas, en medio del calor de sus abrigados palacios... y en persuadirles de que no hay goce mas positivo que el de labrar el bien de sus semejantes.

—¿Y creeis que todos esos milagros no son virtudes?

—Lo serán, si quereis, mi querida hermana; pero nada es mas fácil que estas empresas... Todos los ricos están dispuestos á hacer el bien, siempre que reciban con esto una recompensa adecuada á sus deseos... Unos quieren la admiracion de las gentes en cambio de su generosidad; á otros les halaga conservar el incógnito, y tienden una mano protectora é invisible, por el placer de hacer á sus solas el papel de Providencia... y algunos hallan un entretenimiento y una diversion en examinar por sí propios las miserias de sus semejantes, y remediarlas... Estos últimos son, por desgracia, muy raros; pero su caridad haria muchos prosélitos si estuviese mejor organizada entre nosotros la hospitalidad domiciliaria, mal ejercida hoy por las juntas de beneficencia parroquiales. Si se adoptase este sistema, los enfermos estarian mejor asistidos, su número disminuiria considerablemente, porque se evitaria el desarrollo de



las enfermedades contagiosas y la mortandad que es consiguiente... La persona á quien yo vengo á visitar ahora, es de las que quieren ejercer la caridad sin que los socorridos con sus riquezas puedan bendecir la mano que les saca de la indigencia.

El portero de estrados se asomó al gabinete donde estaban las hermanas de la Caridad, y dirigiéndose á la superiora, la dijo:

— Señora, su esclencia que tenga su merced la bondad de pasar adelante.

Sor Clotilde se levantó de su asiento, y siguió al portero, entrando en un magnífico salon, vestido de terciopelo carmesí con molduras doradas.

Los muebles de aquella estancia eran de gran riqueza; pero de un gusto poco conforme con la época en que pasaban los sucesos que referimos.

Una gran mesa de concha, con embutidos de oro y sostenida por doce columnitas de orden salomónico, doradas, era el mueble que ocupaba el centro de aquel gabinete, y los papeles que habia sobre ella, unidos á un magnífico recado de escribir, indicaban que la superiora era recibida en el despacho de su esclencia.

Los sillones dorados, con asientos de raso del mismo color que las paredes, hacian juego con los adornos del techo y con las cuatro rinconeras doradas con tableros de jaspe negro.

Al entrar sor Clotilde en el gabinete, se abrió otra puerta de aquella estancia, y se presentó un caballero como de edad de setenta años, vestido de negro, y con un libro de devocion en la mano.

La nobleza de sus facciones y la elegancia de sus maneras, dejaba adivinar á golpe de vista uno de los restos de la aristocracia antigua, monumento casi inverosímil en nuestro siglo.

Acercóse con respetuosa galantería á la superiora, la

ofreció un asiento, y quiso besarla la mano, homenaje que rehusó la modesta hermana de la Caridad.

—Tiempo era ya, señora, de que se dignase usted venir á visitarme,—dijo el conde, sentándose junto á sor Clotilde;—no sé qué debo pensar del olvido en que usted me tiene sino que no hay desgracias que socorrer, ó...

—O que yo me he olvidado de los infelices,—interrumpió la superiora,—¿no es cierto?

—No lo decia yo por tanto,—replicó el conde con aquella galante sonrisa que distinguia á los caballeros del último siglo.

—He tardado en venir á ver á usted,—prosiguió sor Clotilde,—porque temia importunarle demasiado con mis visitas... Pero hoy se trata de un asunto para el que reclamo toda su eficaz cooperacion.

—La tiene usted hace mucho tiempo...

—Es que ahora la necesito como nunca.

—Pues bien...

—No se trata de pedir socorros pecuniarios para ningun desvalido, ni de implorar proteccion para mejorar la suerte de un desgraciado... Necesito la influencia de usted en la corte; su posicion; sus amigos... todo me hace falta para descubrir un secreto, en el que están interesadas las vidas de personas virtuosas y buenas, y que puede arrancar... de la desesperacion quizás, á un ángel inocente, que hoy lucha alentado por la fé de la religion, contra los mas sombríos pensamientos...

—Me estremece este preámbulo... señora... hable usted, segura de que haré cuanto esté de mi parte... Prometo emplear todas mis fuerzas hasta conseguir averiguar este secreto.

—Gracias, conde,—contestó con dignidad la superiora.—Voy á referir á usted brevemente lo que mas tarde podré explicarle con mayor detencion.

El conde, cuya fisonomía espresaba el mayor interés por

lo que aun no sabia, prestó atencion á las siguientes palabras :

— En distintas horas, y sin que ninguno de los dos sepa la suerte de ambos, han entrado en el hospital un padre y una hija, familia distinguida, que las ocurrencias políticas han reducido á la miseria... Una casualidad ha hecho llegar á mis oídos un suceso sobre el que vengo á consultar á usted, ó por decirlo pronto, á confiarlo á su prudencia.

El padre de la jóven enferma ha criado, á la vez que á su hija, á una jóven hasta la edad de veinte años, sin decirle otra cosa sobre su nacimiento, sino que sus padres murieron antes de que ella estuviera en edad de conocerlos; el caballero tiene en su poder documentos importantes, relativos al origen de esa jóven, y que solo deben publicarse á su muerte... Los guarda en una caja de marfil, cuya llave he visto, pero sin estar autorizada para hacer uso de ella... La casa en que habitaban esos infelices ha sido ocupada por la justicia... En este papel están las señas...

Sor Clotilde entregó al conde el papel que habia escrito en la comisaría, y añadió:

— La persona á quien se ha de entregar esa caja á la muerte del que hoy la posee, es un sacerdote llamado fray Romualdo.

— ¡ El padre Romualdo!... — interrumpió asombrado el conde.

— ¿ Le conoce usted? — preguntó la superiora.

— Es mi confesor...

— ¡ Qué oigo!... No en vano he sentido un consuelo tan extraordinario al pensar en dirigirme á usted para descubrir ese misterio.

— ¿ Pero no tiene usted mas noticias acerca del paradero de la jóven?...

— Nada mas sé que lo que acaba usted de oír... Si logro averiguar algo, no dude usted que se lo comunicaré al momento. En el ínterin, el talento de usted y su amistad

con el padre Romualdo, suplirán la escasez de mis noticias.

Sor Clotilde se levantó, y despidiéndose del conde, que se obstinó en acompañarla hasta la escalera, emprendió su vuelta al hospital, seguida de su súbdita, que la habia esperado en el gabinete como los legos á los antiguos padres maestros de las estinguidas comunidades.

El conde volvió á entrar en su gabinete, y despues de terminadas sus oraciones diarias, abrió una papelera y registró con minucioso interés unos papeles que sacó de una cartera.

Llamó despues al ayuda de cámara, y le dijo:

—Si viniera el padre Romualdo, dile que se sirva esperar-me.

—Está bien,—replicó el criado;—¿quiere vucencia la berlina?

—Si; que la dispongan al momento.

Y pocos instantes despues, el conde de San Fabian abandonó el palacio.

## CAPITULO XII.

### La torre del Duende.

Antes de instalarnos definitivamente en casa del conde de San Fabian, que así se titula la persona á quien se ha dirigido sor Clotilde, el órden de los sucesos que referimos nos lleva de nuevo á la sala de distinguidas del Hospital General. Sin perjuicio de volver mas tarde á informarnos de las relaciones que existian entre la superiora y el conde, y de seguir los pasos de éste para averiguar el secreto del nacimiento de sor Adelaida, veamos ahora á ésta arrojada en los brazos de su amiga Eugenia.

Las primeras palabras que pronunció la enferma al despertar de su agitado sueño, fueron para informarse de la salud de su padre, y sor Adelaida la tranquilizó engañándola con la verdad de parte de lo sucedido. La dijo que ella le habia visto; que su vida no ofrecia cuidado, y que dos personas de su confianza quedaban asistiéndole.

—¿Te ha conocido?—preguntó Eugenia.

—No, porque yo he procurado evitarlo para no causarle una emocion que podria serle funesta.

—¡Oh! ¡No lo creas!... El estado de su cabeza es por

desgracia tan débil, que no le permite recordar nada, ni aun de lo que ha visto el día anterior.

—Sin embargo,—replicó sor Adelaida,—deseosa de que Eugenia le confirmase despierta lo que habia dicho soñando... La caja de marfil...

—¡Cielos! ¿Te ha hablado de la caja de marfil?... —preguntó asombrada Eugenia.

—Los papeles interesantes que en ella se encierran... el padre Romualdo... continuó sor Adelaida, aparentando no cuidarse de la sorpresa de su amiga.

—¡Por piedad, Adelaida, por piedad!... ¿Te ha dicho algo mi padre de esa caja?... ¿Te ha explicado el contenido de aquellos papeles?

—¿De qué papeles?

—¡Ah!... ¡Díme por Dios lo que te ha dicho! ¡Yo te lo ruego!...

—Tu padre nada me ha dicho.

El tono con que sor Adelaida pronunció estas palabras no dejó duda á Eugenia de que era verdad que su padre nada habia revelado; pero no recordaba lo que habia dicho en sueños, y se perdía en mil conjeturas sobre la estraña reconvencion de su amiga.

—¡Y tú, añadió ésta, la guardadora de aquel secreto, la depositaria de la llave, nada me has dicho!...

—¡Yo!... interrumpió Eugenia, ¿y quién sino mi padre ha podido revelarte esas cosas?... Pero tienes razon, amiga mia... mi padre no te hubiera dejado acusarme, porque te habria dicho que ese secreto no me pertenecia... Que lo guardo hasta de mí misma... que lo ignoro... que la maldicion del cielo está entre mi mano y la cerradura de esa caja, y que han puesto á prueba mi amor filial con la curiosidad y el interés que me inspira el destino de mi única hermana...

Sor Adelaida abrazó á su amiga, dándole cuenta del sueño que la habia sorprendido; y pidiéndola perdon por la im-



prudencia de haberla escuchado, la preguntó con ansiedad:

—¿Vive Fernando?

—Sí, vive... contestó Eugenia satisfecha de poder comunicar esta alegre nueva á su amiga, sin haber faltado voluntariamente á los preceptos de su padre... Vive, añadió, pero...

—¡Ha muerto para mí!... interrumpió con amargura sor Adelaida, ya lo sé... Cuéntame ahora lo que tú sepas de ese terrible misterio.

Eugenia se sentó en la cama; tomó entre sus manos la de su amiga, y la dijo:

—Desde que te fuistes con ese hombre, cuyo mal trato para contigo he ignorado hasta hoy, y del que has ofrecido informarme, mi padre empezó á estar mas triste que de ordinario, y ni los triunfos de las armas del rey, que Fernando le comunicaba, ni las cartas autógrafas que recibia de don Carlos, bastaban á distraerle de su pena. Pasaba horas enteras contemplando un retrato, que tambien creo que se halla en la caja de marfil, y me tenia prohibido que te nombrase nunca... ¡No hablábamos de ti sino cuando recibiamos tus cartas!...

Los ojos de sor Adelaida se llenaron de lágrimas, y Eugenia continuó despues de un momento de silencio:

—El abatimiento de su espíritu y las persecuciones que sufrimos por parte del gobierno, gastaron su salud de tal modo, que hace dos años quedó reducido al deplorable estado en que le has visto... Entonces fué cuando me hizo depositaria de esa llave, encargándome que la entregase despues de su muerte al padre Romualdo, y añadiéndome que entonces le perdonáramos el secreto que habia guardado acerca de tu nacimiento. En cuanto á la supuesta muerte de Fernando, no fué suya la culpa... Nosotros tambien la llo-ramos algunos dias... Un nombre equivocado en un parte que publicó la *Gaceta* de Oñate, nos hizo creer á todos que Fernando habia muerto... Su silencio, y el de Carlos, que

se hallaba distante del sitio de la accion, nos confirmaron tan triste nueva... Pero afortunadamente salimos pronto de tan doloroso error. La persona con quien tú vivias fué la primera á darnos la noticia...

—¿Y no teneis otras pruebas para asegurarnos de que vive?—preguntó sobresaltada sor Adelaida.

—Posteriormente, cartas del mismo Fernando, que está hoy en Clermont en compañía de Cárlos...

—¿Y cómo no os vino directamente la noticia desde Navarra?

—Pregúntaselo á Fernando, que se apresuró á escribirte antes que á su padre...

—¿A mí?

—Sí, tu tutor le mandó la carta á mi padre, que me llamó y me dijo alborozado: Tu hermano vive.—¡Vive! Repliqué, voy á escribírselo corriendo á la pobre Adela.—Silencio, me dijo mi padre; te llamo por el contrario; porque siendo imposible su amor con Fernando, y habiendo sufrido demasiado al saber su muerte, la persona que hoy la sirve de padre, me ruega que no la saquemos nunca del funesto error, sobre el que ha de cimentarse su futura felicidad.

—¡Mi felicidad!...—esclamó sor Adelaida;—¡qué le importa á nadie que yo sea feliz!

—¡Ah! ¡Qué injusta eres!—replicó Eugenia:—¿con que no le interesa á mi padre tu felicidad?...

—No hablo de tu padre, sino del hombre, que segun dices, me ha servido de tal en estos últimos años.

—¿Y dónde está ahora?—preguntó Eugenia.

—En *la Torre del Duende*,—respondió sor Adelaida;—cuyas negras paredes no tienen otro adorno que el nombre de Fernando grabado, por mi mano en todas ellas.

—¿Tú has estado alguna vez en esa torre?

—Desde que me separé de tí hasta que vine á tomar este hábito, cuyo segundo aniversario se cumple dentro de un mes...

—Pues tus cartas estaban siempre fechadas en Retamosa...

—Era la poblacion mas inmediata al lugar de mi encierro, y ya te he dicho que jamás me dejaron escribirte lo que sentia mi corazon, ni recibí una sola carta tuya que no estuviese abierta de antemano...

—Me horrorizan tus palabras... y sin embargo, tengo un deseo de saber todo lo que te ha ocurrido desde que nos hemos visto...

—Yo tambien siento necesidad de recordarlo, para convencerme de que no ha sido un sueño terrible...

—Pues continúa tu historia, querida amiga, y yo haré luego lo propio contigo... Las penas se alivian contándolas.

—¡Así dicen!

—Y así es,—replicó Eugenia.—Estábamos en lo del carruaje... cuando te trastornaron con aquellos olores.

—Es verdad,—contestó sor Adelaida, y añadió:—No volví en mí en todo el resto del viaje, y cuando abrí los ojos, me encontré tendida sobre una cama en un aposento, cuya descripcion quiero hacerte, porque es el que me ha servido de prision por espacio de tres años, menos quince dias que pase en Gibraltar...

—¡En Gibraltar!—dijo asombrada Eugenia.

—Sí,—replicó sor Adelaida;—una noche, de repente, y sentada sobre un caballo que montaba un contrabandista, escoltada por veinte hombres de igual clase, atravesando Sierra-Morena, emprendí el camino de Gibraltar; pero préstame atencion, que eso lo sabrás mas tarde.

Y anudando su relacion, continuó:

—El techo de aquel aposento era de vigas de maderas finas, y las bovedillas conservaban señales de haber estado doradas alguna vez; las paredes, cubiertas de yeso negro, dejaban ver por algunas partes pinturas vivisimas, que en otro tiempo habrian sido su principal ornato; el pavimento

de mosaico estaba asimismo tapizado de cal, y la puerta y la ventana eran de la misma madera que las vigas. En sus caprichosas molduras se descubrían algunos restos dorados, y la luz que lo iluminaba, débilmente todo, pasaba á través de un bastidor de espesa lona, en el que yo hice mas tarde un agujero para descubrir el horizonte y elevar mi vista al firmamento. El mueblaje era reducido: un catre de nogal con dos colchones de damasco amarillo; dos almohadones largos de la misma tela, rellenos de pluma; dos sábanas y un cobertor de damasco carmesí, guarnecido de lo mismo. Una mesa de nogal, con embutidos, y tres sitiales de la misma madera, con asiento y respaldar de cuero; hé aquí los testigos constantes de mi desgracia... Los únicos compañeros de mis penas... Los que no desdeñaron recoger mis lágrimas, y me prestaban su apoyo cuando perdidas las fuerzas descansaba sobre ellos... En uno de aquellos sitiales, á la cabecera de mi cama, continuó sor Adelaida, mientras Eugenia enjugaba las lágrimas que corrían de sus ojos, estaba sentada la señora á quien conocí dentro del coche, y que mas tarde me dijo llamarse doña Inés Montilla, conocida con el apodo de *madre del partido apostólico*... ¡Ah! ¡Este título era un sarcasmo horrible de la religion y de sus defensores!... Es imposible, hermana mia, que tú te imagines una mujer mas perversa ni menos sensible á las desgracias ajenas. Un mes la tuve á mi lado, y no hubiese vivido dos quizás, á no haberla separado de mi compañía el tutor, en cuyo poder me entregó tu padre... Era mas inflexible que aquel hombre, quien alguna vez tuvo la caridad de fingir que le entristecían mis lágrimas, y que tomaba parte en mis penas... Su voz, cascada y ronca, ahogaba mi llanto con cantares insolentes y despreciativos; su boca no se abría sino para contestar á mis súplicas con descompuestas carcajadas, y ojeando indiferente el *David perseguido* ó el *Año Cristiano*, se desentendía de mis ruegos... Yo la invocaba el nombre de sus padres, la rogaba por el amor de

sus hijos, que me habia dicho estaban al servicio del rey, y nada conseguia... Una vez, que en medio del delirio de mi dolor la ofreci mi vida en cambio del misterio que á sus rigores me encadenaba, me contestó estas palabras:

— «La vida no se dá sino por la religion y por el rey... Olvida esos amores mundanos, y serás la mas feliz de las mujeres... Tú no tienes nombre... ni sabes quiénes son tus padres... pues bien, renuncia al amor de Fernando y lo sabrás. »

— Por mas que yo queria recordar en mi memoria la fisonomía de doña Inés, para ver si alguna vez podia haberla causado algun mal, no encontraba nada que justificase aquella crueldad, cuya causa ni entonces comprendí, ni hoy tampoco... Se trataba de hacerme firmar un contrato matrimonial, á que me negué siempre que de ello me hablaban; ¿pero era este motivo suficiente para usar conmigo todo género de violencia?... Jamás conocí al hombre que me destinaban para esposo... Me decian que tal habia sido la voluntad de mis padres... Exigia saber sus nombres en cambio del sacrificio de mi corazon, y nunca me los dijeron... ¿Qué debia yo pensar de lo que me pasaba?... Comprendo el valor de los mártires, para quienes la fé de sus creencias era superior á todos los dolores humanos... Las llamas que abrasaban sus cuerpos, no podian quemar el deseo de gloria que embriagaba sus almas, y sufrían con valor las penalidades del camino, porque tenían su pensamiento fijo en el término del viaje... Pero yo no sabia por qué me castigaban; ignoraba mi culpa, y no veia nada en el porvenir que alentase mi fé con la esperanza de una recompensa...

Ocho dias permanecí encerrada en aquella habitacion, sin ver otra cara que la de mi inflexible carcelera, que no se apartaba de mi lado sino á las horas de comer y dormir, aunque esto último solia hacerlo á menudo, reclinada en un sitio y con el libro en la mano... En este tiempo no vi



ni una sola vez al que me habia acompañado hasta allí, y que mas tarde he visto con demasiada frecuencia... En los dos primeros dias no tomé otro alimento que el de mi propia pena, y sin embargo, todas las comidas que me sirvieron las fueron dejando allí... como pudieran hacerlo con una fiera calenturienta, que al despertar de su letargo indemniza su estómago de todo el alimento perdido... Decirte lo que sufrí en este tiempo, me seria imposible, y por otra parte, mi relato te entristeceria demasiado... Te bastará si te digo que cuando vino á verme mi tutor no me reconocia... Tal estaba de flaca y macilenta... Doña Inés tuvo un dia la diabólica oportunidad de dejarse olvidado un espejo en el aposento, y yo misma me estremecí al verme.

Me pareció que en el estado en que me hallaba me seria imposible vivir mucho tiempo, y esta idea me consolaba algun tanto... Ahora me horrorizo y me reprendo por haber tenido semejantes pensamientos; pero entonces deseaba la muerte con afan, como único término que me era dado vislumbrar á tan estraños padecimientos... Desde la primera visita del hombre que decia ser mi segundo padre, y que se obstinaba en guardar silencio á cuantas preguntas le hacia, se cambió algo mi género de vida. Me permitian quitar alguna vez el lienzo que estaba en la ventana, y acompañada de doña Inés, me mandaron salir todas las noches á dar un paseo alrededor de la Torre del Duende... Dos perros mastines, que defendian la puerta de entrada, eran los únicos seres vivientes que veíamos en nuestras escursiones. El cielo se ocultaba á mi vista apenas me habia alejado veinte pasos de la Torre, y la luna penetraba apenas por el frondoso ramaje de los pinos, único árbol que se veia en seis leguas alrededor.

La Torre del Duende, querida Eugenia, no es un castillo fortificado, ni un palacio feudal; tiene mas del último que del primero; pero es demasiado reducida, y no hay en ella un solo vestigio que indique haber sido habitada jamás



como quinta de recreo. Las gentes del país cuentan de ella cosas pasmosas, y es opinion general, entre el vulgo, creer que fué construida por un mago. De una de las infinitas patrañas que refieren la viene el nombre con que hoy se conoce; y son miradas con terror las gentes que la habitan.

En el estenso pinar en que está situada, hace cerca de medio siglo que no ha penetrado la mano del hombre, y aquella naturaleza silvestre hace mas lúgubre la vista del castillo... Yo ignoraba, en la época en que te hablo, las consejas que se referian sobre sucesos recientes ocurridos allí, y no hacia caso de los ruidos estraños que oia en las altas horas de la noche... Mi dolor era superior á todas las desgracias que pudieran ocurrirme, y á nada prestaba atencion sino á las ideas que me sugeria mi imaginacion sobre mi triste estado... Sin cartas de Fernando ni tuyas, en vano buscaba un alivio á mi pena...

—Yo te escribí al dia siguiente de tu marcha,—replicó Eugenia,—y Fernando...

—Tambien... Me lo ha dicho en sus cartas posteriores.

—¿Pero no dudarias nunca, ni de su amor, ni de mi amistad?...

Sor Adelaida bajó los ojos, y Eugenia exclamó:

—Conque dudabas, ¿eh?... No hice yo otro tanto contigo...

—¿Quiéres que no dude la persona que sufre lo que yo sufría entonces?... En la soledad en que vivía, tenía tiempo para todo... querida Eugenia... Pero el temor de que me hubiese abandonado vuestro cariño, no hacia sino pasar ligeramente por mi imaginacion, como las nubes ligeras que cruzan por delante del sol sin hacer perceptible siquiera su sombra... ¿Pero sabes lo que hacia en cambio? Pasaba las horas enteras grabando sobre la pared con un alfiler los retratos de Fernando y el tuyo...

—¿Y no te acordaste nunca del pobre Carlos? —exclamó en tono de reconvencion Eugenia.

— Si tal: su nombre, unido al tuyo, queda grabado en las cortezas de los árboles.

— ¿Y no te permitían que escribieses?

— Jamás: las cartas que os dirigia eran escritas en presencia del tutor... despues me recogian el recado de escribir.

### CAPITULO XIII.

Sigue la historia de la Torre.

Eugenia abrazó á su amiga, y ambas derramaron de nuevo copiosas lágrimas, permaneciendo largo rato en silencio.

Sor Adelaida se soltó de los brazos de Eugenia, y continuó su historia del modo siguiente:

— Seria preciso que hubieses vivido un solo dia en aquella torre para que pudieras formarte idea de lo que he sufrido. Llevada alli de la manera que sabes, ignorando el sitio en que me hallaba, y sin poder adivinar la distancia que me separaba de las únicas personas á quienes debia lo que mis padres me negaron al nacer, cada hora me parecia un siglò; y temiendo siempre una nueva desgracia, no pude gozar nunca un solo instante de felicidad... Al ver pasar un dia y otro sin que mi destino tomase un rumbo nuevo, creia que la Providencia se habia apiadado de mí, y que un porvenir risueño seria el término de mis afanes... Pero esta esperanza halagüena brillaba en mi mente como la luz del relámpago en el horizonte, que solo alumbra un instante para que la tempestad elija las víctimas que ha de hacer el rayo... Aquella luz era la antorcha del mal, que se gozaba

en iluminar el cuadro de mis desventuras... Pasaba horas enteras examinando mi conciencia para descubrir la causa de mis males, y no hallaba nada que justificase á mis ojos aquellos padecimientos... A veces creia haber ofendido á Dios quejándome, en medio de vuestras caricias, de no haber recibido nunca las de mis padres, y oraba de continuo para aplacar la cólera divina... Pero Dios no oía mis plegarias, y me estremecía la idea de haber irritado su poder... Todas las madrugadas asistia al cuadro solemne de la aparicion de la aurora, y clavando mis ojos en el firmamento por el agujero que habia abierto en la ventana, me prosternaba ante la Omnipotencia divina, y unia mis oraciones á los alegres trinos de las aves, que bendecian su libertad cantando en la espesura del bosque...

Mis horas felices eran las que pasaban desde las diez de la noche, en que se retiraba de mi aposento doña Ines, hasta las ocho del dia siguiente, en que volvia á servirme el desayuno... Sin un libro, en cuya lectura pudiese buscar una tregua á las ideas que trastornaban mi razon; sin medios de emprender alguna labor, cuyo trabajo material robase al cerebro una parte de la escitacion que lo devoraba; sin nada, en fin, con que distraer por intervalos la pena que me afligia, pasé el primer mes de nuestra separacion vigilada siempre por aquella señora, á quien no he vuelto á ver despues... La separaron de mi lado repentinamente, y sin que yo pudiese presumir la causa. No era mas sensible á mis lágrimas la mujer á quien mas tarde me confiaron; pero aldeana, de condicion humilde, me ofendia menos con su desprecio, porque apenas comprendia el extremo de mi dolor... Con la indiferencia de un esclavo que sirve de carcelero al hijo de su señor, me trataba con respeto y no se atrevia nunca á amonestarme; pero desoia mis ruegos, sin dar la menor señal de conmoverse con mis lágrimas... Tal ha sido, querida Eugenia, el género de vida que con mas ó menos angustia ha llevado tu desventurada

amiga en estos tres años... Los tormentos que me hicieron sufrir despues de los primeros meses, fueron cada dia en aumento; pero mis padecimientos, por el contrario, iban disminuyendo á medida que me familiarizaba con ellos... Y no era la costumbre de padecer la que me hacia menos sensible al dolor, porque la costumbre no es bastante poderosa para hacer llevaderas las desgracias... Dios es el único que puede sostener á las víctimas del mal, dándolas fuerzas para resistir un golpe y otros repetidos... Cuando los trabajos crecen, la fé es la única virtud que puede amenguarlos... No era el mal el que se cansaba de perseguirme... era la misericordia divina la que empezaba á apiadarse de mí, inspirándome una fé ciega y una confianza sin límites en sus bondades...

En medio de aquella atmósfera de dolor, y en aquel oscuro caos en que vivia, las primeras cartas vuestras que llegaron á mis manos trajeron un consuelo indecible á mi corazón... Todo lo que habia sufrido hasta entonces me parecia poco, comparado con la recompensa que acababa de obtener... Vuestras palabras eran para mí un refuerzo considerable, con el que estaba segura de hacer frente á mis desgracias y triunfar de mis enemigos... Con la firma de Fernando en mi poder, no temia ya nada, y al saber los peligros á que diariamente se veia espuesto en el campo de batalla, mis lágrimas corrieron en abundancia, y mis padecimientos me parecieron insignificantes, comparados con la esposicion en que estaba su vida... Desde entonces mis oraciones todas eran por él, y no me acordaba de pedir al cielo que aliviára mis penas, sino que conservase la única existencia que podia sostener la mia...

Sor Adelaida guardó un momento de silencio, y continuó diciendo:

— ¡Ah! ¿Por qué desconfié de la Providencia dando crédito á la muerte de Fernando?... Ahora veo que el cielo oyó mis plegarias, y que se ha dignado conservarle la vida.

—Y de mis cartas, nada me dices...—dijo Eugenia, queriendo distraer á su amiga.

—Tus cartas, querida mia, me sirvieron de mucho consuelo, porque aunque llorabas en ellas nuestra separacion, no me creias tan desgraciada como en realidad lo era, y vivias feliz con esta idea...

—¡Ay! No lo creas,—replicó Eugenia.—En medio de todo me asustaba el silencio de mi padre y el estado en que se iba poniendo dia por dia... Si le hubieses visto en aquel tiempo, te habria dado mucha lástima... Seguia trabajando diariamente en favor del partido; pero sus amigos estaban admirados de ver su tristeza, á pesar de que se esforzaba por disimularla para no desalentar á sus correligionarios políticos... Mal me conocen, decia mi padre muchas veces, si creen que mi abatimiento nace de desconfianza en política... Nuestra causa es justa, y el triunfo es seguro; pero la fé de estas gentes es tan débil, que muere con una noticia y resucita con otra... Quieren que el triunfo del partido llegue por una série no interrumpida de sucesos prósperos, sin persuadirse de que los placeres y los dolores son pasos igualmente necesarios en el camino de la felicidad...

—¡Las máximas de tu buen padre me han servido de mucho alivio en mis desgracias!...—esclamó sor Adelaida;—si yo hubiese podido oir constantemente su voz, la fé no me hubiera abandonado un solo instante...

—Dime, Adelaida,—interrumpió Eugenia, que deseaba distraer las reflexiones de su amiga, pero que no queria perder un punto de su historia...—¿Qué te dijo el tutor la primera vez que le viste en la Torre del Duende?

—Leerme la irrevocable sentencia de los tormentos que mas tarde sufrí y de que ya te he explicado una parte.

—¿Te mandó que olvidases el amor de mi hermano?

—Sí, esto fué lo primero; y me añadió que mis padres habian dispuesto al morir que diese mi mano á otra persona, que haria mi felicidad con su fortuna y su posicion social...



Yo le respondí que era imposible; que habia hecho juramento de ser esposa de Fernando, y que nada me haria cambiar de resolucion. Me rogó, haciéndome algunas reflexiones sobre las ventajas del enlace que me proponia; y por último me amenazó, diciéndome que jamás saldria de aquella torre, y pintándome la vida que habria de hacer allí con colores muy negros, aunque no tanto como era en realidad...

—La calma de su semblante, al oir mis negativas y al pronunciar sus amenazas, me horrizaba y estuve á punto de ceder; pero el cielo me dió fuerzas para desechar sus proposiciones... Por otra parte, tu padre me habia dicho que aquel hombre me diria quién habia sido el mio, y cómo se obstinaba en guardar silencio acerca de ese misterio, me creí relevada de respetar lo que me mandaban hacer en su nombre.

—¿Pero quién será ese hombre que yo no conozco y de quien nunca oí hablar á mi padre?...—dijo Eugenia.—Mi madre no debia de conocerle, porque todo me lo confiaba, y únicamente me reservó un secreto, por el que la ví derramar abundantes lágrimas hasta en los últimos momentos de su vida.... Era un secreto que guardaba aun de mi propio padre, porque cuando éste entraba en su cuarto se esforzaba por parecer alegre y risueña.

—Ese hombre,—replicó sor Adelaida sin cuidarse de las últimas palabras de Eugenia,—es un personaje misterioso, del que yo no puedo explicarte con seguridad otra cosa que su figura y el extraño nombre conque era conocido en la Torre del Duende... La historia de su vida que me refirió la mujer que estaba en mi compañía, es demasiado horrible para darla crédito, á pesar de que lo que yo he visto desde el rincon de mi encierro basta para confirmarlo todo...

—Fígate, amiga mia, un hombre como de cincuenta años de edad, delgado y seco, vestido de negro y con una

barba gris que le llegaba á la mitad del pecho; unos ojos azules y pequeños, embutidos, por decirlo así, en un rostro cadavérico cuyas facciones tenían toda la frialdad de una estatua. Sus pómulos descarnados y salientes ofrecían un perfil delgado y puntiagudo, como el de la nariz, que se encorbaba sobre el lábio. Y un gorro negro que cubría su cabeza desnuda de pelo, hacía resaltar la fría palidez de su semblante...

Su nombre era apropiado á su figura: llamábase don Longinos, y era conocido generalmente con el apodo de *El Duende*.

—¿Y al lado de ese hombre has podido vivir tanto tiempo?

—No le veía diariamente, y una vez dejé de verle cuatro meses.

—¿Qué contenta estarías!

—En ese tiempo sufrí el mismo mal trato, y no supe su ausencia hasta que hubo vuelto. El orden de la torre era siempre el mismo... Pero mis penas no necesitaban de su presencia para avivarse y atormentar mi espíritu...

—¿Y qué fué lo que te contó tu carcelera de la historia de don Longinos?

—Era una mujer del pueblo, de corazón depravado; pero fanática y supersticiosa, que daba crédito á las más ridículas patrañas.

—¿Pero qué patrañas? Cuéntamelas, si no te cansas de una relación que tanto debe afligirte.

—Al contrario, los cuentos de brujas y las tradiciones fantásticas de la Torre del Duende, fueron mi única diversión; y á pesar de que, como te he dicho, oía rumores siniestros todas las noches, y á veces llegaron á mis oídos ayes lastimeros de personas que allí mismo debían sufrir igual ó peor suerte que yo, nada bastaba á persuadirme de que fuese verdad lo que se decía de la torre.

Lo primero que aseguraba aquella mujer era que don

Longinos habia vivido desde el principio del mundo, porque su abuela le habia conocido hacia cincuenta años en el mismo sér y estado que entonces tenia.... Que hacia mas de doscientos años que un escribano habia dado fé de que aquella torre habia sido hecha por el demonio, sin que nadie viese construirla, sino que apareció de repente una mañana, habitada ya por don Longinos, con dos criados á su servicio, que ni comian ni hablan, y que volaron un dia sin que nadie los hubiese vuelto á ver. Que ella y los demás criados de la torre estaban allí porque don Longinos los habia llamado; y que ningun aldeano de los alrededores podia negarse á servirle, so pena de ser excomulgado y maldito; porque Dios queria que en aquella torre no faltasen nunca cristianos para ahuyentar al demonio... Patrañas por el estilo, querida Eugenia, eran la base de las horribles aventuras que mi carcelera decia haber ocurrido allí.

— ¡Pero lo que tú oías desde tu cuarto no era un sueño!...

— El ruido que yo oía no podia ser producido por personajes fabulosos, y como no habia ninguna relacion entre aquellos rumores y las historias que me referia *La Salamandra*, que tal era el nombre de mi carcelera, por eso no daba crédito á sus palabras.

— ¿Y qué clase de vida hacia allí don Longinos?

— Nunca pude saberlo.

— ¿Vivia en la misma torre?

— Allí no hay ningun otro edificio.

— ¿Y no veias otras gentes que á tu tutor y á tu carcelera?

— Dentro de la torre á ningunas otras; en el pinar, á lo lejos, solia descubrir algunas veces ginetes armados, pero siempre de noche... Durante el dia, un silencio desconsolador reinaba en aquella comarca... El ruido de las ramas que tronchaba el jabalí, abriéndose paso por entre los pinos, y el rechinamiento de alguna culebra que se deslizaba

sobre las hojas secas que cubrían el suelo, eran los únicos rumores que turbaban el monótono arrullo del viento que mecia las copas de los árboles.

De noche, por el contrario, el ruido de la torre acallaba el del viento que batía con fuerza el edificio, único gigante que se disponía á humillar el furor del huracan que habia tronchado los arbustos... Las gruesas hojas de la puerta principal se abrian y se cerraban con estrépito á menudo, los cascos de los caballos batiendo las piedras del portal, estremecian el edificio, y se oia el descansar de las armas de fuego, y el arrastrar de los sables en las escaleras de piedra... Ni una voz humana se mezclaba á semejante estruendo, y algun ¡ay! lastimero que se oia de vez en cuando, era lo único que podia distinguir aquel ruido, del arrastrar de las cadenas, que el vulgo cree oir en algunas casas que por esa razon llama *palacios de duendes*...

— ¿Y no te asustaban esos ruidos?

— Sí, pero mi soledad me era tan triste que casi no me pesaba de que hubiese otras gentes que velasen cuando yo, y lo que es mas aun, en mi misma cárcel.

— ¿Pero no tendrías valor para dormirte?

— Otros recuerdos escitaban mi imaginacion, negando á mis sentidos el reposo que tanto necesitaban... No era el miedo de lo que pudiera sucederme lo que me tenia despierta... era el afan de saber lo que estaria haciendo Fernando, espuesto á cada momento á recibir la muerte de la mano de los contrarios... ¿Qué otra idea querias que despertase en mi mente el ruido de las armas, sino los peligros que Fernando corria en aquellos momentos?... Así puedo asegurarte que nunca me causó terror aquel aparato militar...

— ¿Pero no supiste quiénes eran los soldados nocturnos que visitaban la torre?

— Al principio no; despues un acontecimiento funesto me hizo enterarme de todo, y desde entonces mis padecimientos fueron mayores... y resolví huir de aquella prision,

aunque como era de esperar, sola y sin saber dónde me hallaba, recibiese la muerte al intentarlo.

—¿Qué desgracia fué esa?...—preguntó con ansiedad Eugenia.

—La que ocasionó mi viaje á Gibraltar.

—¿Para escaparte?

—No; para que no cayese en manos de otras gentes mas compasivas quizá que mis inflexibles carceleros. . . . .

Y sor Adelaida se disponia á narrar á su amiga el suceso, cuando entró una criada en la alcoba de Eugenia, y dijo:

—Señora, la madre superiora la espera á usted en su habitacion.

—Voy corriendo,—replicó sor Adelaida.

Y haciendo seña á la criada para que se retirára, dijo á su amiga:

—Ahora vendrá sor Gregoria para que tomes algun alimento, mientras yo subo á ver lo que me manda la superiora.

—¿Y no podrias informarte al propio tiempo del estado en que se halla mi padre?

—Sí, descuida.

Sor Adelaida salió de la sala de distinguidas, y la hermana de la Caridad, que cuidaba á los enfermos de ella, se acercó á Eugenia, y la dijo:

—Mucho tienen ustedes que hablar las dos amigas...

—¡Como nos hemos criado juntas... y hace tanto tiempo que no nos hemos visto!...—replicó Eugenia.

—Ya, pero usted está débil, y no debe hablar mucho... Es preciso tomar algun alimento...

—El del corazon es muchas veces preferible á cualquier otro, y mas eficaz que todos.

Sor Gregoria, que no conocia otro alimento para sanos y enfermos, mejor que una taza de caldo, se fué á disponer una para *el número siete*, que así llamaba siempre á sus enfermas aun cuando supiese sus nombres.

---

## CAPITULO XIV.

### Revelaciones.

Dos horas tardó sor Adelaida en volver al lado de su amiga, que esperaba impaciente noticias de su infeliz padre.

Sor Adelaida se las dió cumplidas, y tan satisfactorias como permitia el estado de don Lorenzo, á quien halló gozando de un sueño tranquilo, del cual se prometia el médico un feliz resultado.

La superiora hizo llamar á su hermana, ansiosa de saber si habia adquirido nuevas noticias acerca de su oscuro nacimiento, para comunicárselas al conde de San Fabian, segun le habia ofrecido al salir de su casa.

Y para que el lector no pregunte á su propia curiosidad algo mas quizá de lo que deba sobre el interés que sor Clotilde se tomaba en el secreto de sor Adelaida, le diremos lo que pasó en aquella entrevista.

—Buenas noches, hija mia,—dijo la superiora al ver entrar á su súbdita;—os he separado del lado de vuestra amiga, porque ansío saber si os ha confirmado lo que dijo soñando.

—Sí, señora,—respondió sor Adelaida;—todo es cierto.

—¿Y no añade mas pormenores?



— ¡Nada!... Las mismas dudas y la misma oscuridad de siempre.

— Pues bien, hija mia: hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte por adquirir nuevas noticias; ahora debemos repasar las que teníamos, para iluminar nuestros pasos en un asunto en el que tanto empeño hemos puesto... Yo, por mi parte, no me he ocupado de otra cosa desde que me iniciásteis en el secreto, y debo advertiros que la persona á quien lo he confiado estará ya en camino de descubrir el origen de vuestra cuna.

— ¡Ah! ¡Cómo pagaros tanto favor!

— Al contrario, querida mia; yo soy la que no me cansaré nunca de daros gracias por la merced que me habeis hecho asociándome á vuestra empresa... Vos tomásteis este hábito para asistir á los enfermos, y pagar en sus personas las deudas que Fernando contrajo en el hospital de Vitoria... Yo habia hecho lo propio doce años antes, no para recompensar favores que otro hubiese recibido, sino para expiar una culpa propia, de que nunca me arrepentiré bastante... Vuestro propósito era fácil de cumplir, porque desgraciadamente teneis mas enfermos de los que quisiérais, y tuvisteis la suerte de que os destinasen á esta casa, en vez de hacerlo á otras de las que están á nuestro cuidado... A mí, por el contrario, me ha sido imposible conseguir mis deseos, y aunque tomé el hábito para dedicarme al amparo de la orfandad, dos meses solamente me permitieron ocuparme en esa importante mision de vuestro instituto... Mientras permanecí en la Inclusa, no tuve el consuelo de que viniera una madre á reclamar á su hijo... que yo le habria entregado con infinito placer... Dia y noche pasaba en el torno para recoger á los huérfanos que solicitaban nuestro amparo, y los médicos dijeron que era preciso sacarme de allí, porque perderia la salud si continuaba en aquella vida... No pude, por lo tanto, devolver á la sociedad entera lo que habia arrancado á uno de sus individuos.

La superiora guardó silencio por algunos momentos, y continuó:

—La confianza que os hice la primera vez que nos vimos fué incompleta... Entonces os dije que habia cometido una falta muy grave; pero no me atreví á explicárosla, porque temia manchar vuestro corazon con la noticia de culpas de que os creia ignorante... Hoy, que os veo víctima de otra parecida, quiero referiros la complicidad que tuve en una, que he perdido la esperanza de reparar directamente... La vergüenza que siento al hablaros así, es una expiacion de mi falta.

—Hablad, señora,—replicó sor Adelaida;—me estremecen vuestras palabras.

—Sin embargo, no os darán una idea completa de mis remordimientos... Prestad atencion á lo que voy á deciros, y os convencereis de que la gravedad de mis culpas hace imposible una expiacion completa.

—Permitidme, señora,—replicó sor Adelaida con una gravedad dulce y evangélica;—permitid que esta pobre discípula os reprenda por esa desconfianza que teneis de la misericordia divina... Mis palabras no pueden lastimaros, porque son las mismas que tantas veces han salido de vuestros lábios para alentar mi fé... «Dios, me habeis dicho, no mira la gravedad de la ofensa, sino los grados del arrepentimiento; si éste es sincero, y es firme el propósito de no volver á caer en la falta cometida, perdona siempre.»

La superiora abrazó á sor Adelaida, y las lágrimas que vertian sus ojos fueron la única respuesta de asentimiento á las palabras que acababa de oir.

Pasados algunos momentos de silencio, enjugó sus mejillas, y empezó su confesion del modo siguiente:

—La amistad íntima que teneis con esa jóven enferma, os dará una idea de la que existia entre Margarita Cáceres y yo. Hija única ella de los duques de Alcira, su familia estaba íntimamente ligada con la mia por lazos de pa-

rentesco, aunque remoto? Mis padres, los condes de Baza, no tenían tampoco mas hija que yo, y la diferencia de edades era de un año... En este momento no recuerdo cuál de las dos era mayor que la otra. Tal fué la union en que pasamos los primeros años de nuestra juventud. Educadas ambas en el convento de las Salesas Reales, desde la edad de diez años hasta que hubimos cumplido veinte, una era nuestra inclinacion, y una tambien nuestra voluntad... Pero no quiero cansaros con la historia de esos años, que nada tiene que ver con lo que voy á deciros...

—No importa,—replicó sor Adelaida;—os ruego que no omitais ningun detalle... ¡Me interesan tanto esas historias!... Como no conozco la de mis padres, me gusta oír la de las personas que vivieron en su tiempo.

—La que os estoy refiriendo,—continuó sor Clotilde,—es precisamente de una madre que habrá muerto sin conocer á la criatura que alimentó en su seno... Margarita fué madre de otra jóven, que, si vive, llorará como vos el no haber conocido á sus padres... Dios ha oído mis súplicas proporcionándome el consuelo de hacer por vos lo que en vano he querido hacer por ella...

—¿Ignorais su paradero?

—Le ignoro... ¡no la he visto desde que nació!... Y nació en mis brazos... Yo la arranqué de los de su madre, que no la vió ni una sola vez... Semejante delito no puede hallar clemencia, ni en la justicia de Dios ni en la de los hombres...

Sor Clotilde bajó los ojos, y la amiga de Eugenia no tuvo valor para repetirla sus cristianas exhortaciones...

Despues de un nuevo momento de silencio, continuó la superiora:

—Desde el colegio de las Salesas, acostumbradas al recogimiento del claustro, nos lanzaron nuestras familias en medio de los festines, y el bullicio de la córte nos hizo suspirar por el retiro y la soledad del convento, hasta el pun-

to de solicitar con empeño que nos llevasen á tomar el hábito de religiosas. Semejante deseo valió á nuestras respetables maestras la injusta acusacion de que nos habian imbuido aquellas ideas para enriquecer la comunidad con nuestras rentas, y pronto se pensó en enlazarnos con dos caballeros de la grandeza, á quienes no habiamos visto nunca.

Nos privaron de volver á visitar á las religiosas; nos ofrecieron cada dia nuevas diversiones, y por un error lamentable, pretendieron acostumbrarnos á la vida del gran mundo, haciéndonosla correr toda de una vez. Quisieron que olvidásemos en un solo dia las inclinaciones de diez años, y el resultado no podia dejar de ser funesto...

No pretendo con lo que digo,—añadió la superiora,—hacer responsables á nuestros padres de las faltas que mas tarde cometimos Margarita y yo... El amor que nos profesaban fué el único móvil de sus acciones, y nada hubo en ellas que nos indujese á la conducta que mas tarde observamos.

Nuestra aversion á la córte era cada dia mayor, y nuestros padres decidieron mandarnos al extranjero, siempre con la idea de que el estruendo de los festines ahogaria nuestras inclinaciones, y acabaria por fascinarnos y hacernos dignas de la elevada posicion á que nos llamaba nuestro ilustre nacimiento. La madre de Margarita y un tio de ésta, sacerdote, sin otra vocacion que la que le imponia el haber nacido el tercero de los varones de la casa del duque de Alcira, nos acompañaron en nuestro viaje á Paris...

Perdonadme, querida mia, si paso en silencio la manera conque nos fué deslumbrando el voluptuoso lujo de la capital del mundo civilizado... A los pocos meses de vivir en aquel teatro de la mentira, donde nada se presenta sin el disfraz engañoso de la verdad, ya nos avergonzábamos de la vida que habiamos hecho en Madrid... El orgullo, la vanidad y la inconstancia se habian apoderado de nuestros corazones desalojando con ímpetu la modestia y la humildad

que habíamos aprendido en el convento... Murió la madre de Margarita antes de cumplirse un año de nuestra residencia en Paris, y su cuñado el sacerdote, que no se había presentado allí con ese carácter, entretuvo á las familias ofreciéndolas diariamente volver á Madrid. Pero jamás hubiera realizado lo que decia, si mi padre, de acuerdo con el duque, no se hubiera decidido á pasar á Francia en busca nuestra... ¡Su resolucion fué tardía, sin embargo!... Margarita, seducida, y mejor diré, engañada por un jóven libertino de la aristocracia francesa, se hallaba próxima á ser madre... Su tío, que era el que la habia proporcionado la amistad de aquel jóven, uno de sus compañeros de locura, me hizo su cómplice en el crimen... cuyo remordimiento ha envenenado el resto de mi existencia...

Cuando mi buen padre llegó á Paris, hacia un mes que Margarita habia dado á luz una hermosa niña, que pasó desde mis brazos á los de una mujer, á quien no volví á ver despues...

El hermano del duque de Alcira me convenció de que era preciso ocultar por entonces aquella desgracia, empezando por hacer creer á Margarita que su hija habia nacido muerta... Yo me estremecí al principio con semejante proposicion... pero las razones del tío de Margarita tenían para mí la doble autoridad de su estado y del parentesco que tenía con mi amiga... y tuve valor para engañarla... La pobre madre no creia que yo fuese capaz de ocultar la existencia de aquel pedazo de su corazon, y se resignó con su desgracia... Mi padre, que nada me dijo entonces, pero que sabia parte de lo ocurrido, me separó violentamente de Margarita, y me llevó á uno de sus estados en la frontera de Portugal...

—Allí permanecí doce años,—añadió sor Clotilde, lanzando un hondo suspiro,—devorada por la tristeza, y sin atreverme á desahogar con nadie mi pecho... Muertos mis padres, quedé á la tutela de un tío, á pesar de ser mayor

de edad. En él he renunciado mis títulos... y despues de haber tratado inútilmente de averiguar el paradero de Margarita y el de su pobre hija... me resolví á buscar un alivio á mis penas en esta santa religion.

Sor Clotilde dejó caer su cabeza sobre el pecho de sor Adelaida, que la habia escuchado con ansiedad, y que deramaba entonces copiosas lágrimas.

—Decidme ahora,—la preguntó la superiora, pasado un momento de silencio,—si tengo motivos para llorar mis culpas, y si no debo temer que Dios, justamente irritado, me cierre el tribunal de la penitencia.

—Esa humildad,—replicó con voz débil sor Adelaida,—os abre las puertas de la misericordia divina.

—¡Ah!... ¡Qué buena sois, hija mia!... A vuestra edad el falso brillo de los goces mundanos habia borrado de mi corazon esos sentimientos...

—No tanto que no hayan vuelto á aparecer de nuevo para no perderlos jamás.

—¡Oh!... Eso sí, hija mia... mi querida hermana Adelaida... Hoy siento renacer de nuevo mi esperanza... Una voz secreta me dice que alcanzaré el perdon del cielo... Pero para ello necesito encontrar á vuestros padres y devolverles su hija...

—¡Eso no es posible! —esclamó con amargura sor Adelaida.

—¿Por qué?

—¡Mis padres no existen!

—Teneis razon... ¡Lo habia olvidado!... ¿Pero estais segura de que os han dicho la verdad?

—Negándose á decirme quiénes eran, ¿podian gozarse aun en añadirme una nueva desgracia?

—¡Tal vez!...

—¡Oh!... No lo creais; ¡han muerto!... Ya solo podreis llevarme al panteon donde reposan sus cenizas!...

—¡Infeliz!



—Pero yo quiero saber sus nombres para bendecirlos...

—Pues no perdamos tiempo, porque mis agentes esperan noticias para tener alguna luz en su empresa.

—Pocas podremos darles... Todos caminamos á oscuras.

—No importa,—replicó la superiora.

Y preparándose á escribir, preguntó á sor Adelaida:

—¿Qué edad teneis?

—Veinticinco años.

—¡Ah!—esclamó sor Clotilde.

—¿Qué os sucede?—preguntó sobresaltada sor Adelaida.

—Nada,—respondió la superiora, procurando calmar su agitacion.

Y añadió:

—¿Sabeis el dia de vuestro nacimiento?...

—El 18 de Junio de...

—¡Será posible!...—gritó sor Clotilde.—¿Pero decís que no habeis conocido á vuestra madre?

—No, señora... Murió al darme el sér.

—¿Estais segura de ello?

—Sí, señora... ¡Pero me sorprenden vuestras preguntas!... ¿Sabeis por ventura algo de mi nacimiento?

La superiora se desentendió de las últimas palabras de sor Adelaida, y la preguntó:

—¿El lugar de vuestro nacimiento?...

—Lo ignoro.

—¿Os han dicho que nacisteis en España?

—Sí, señora,—contestó sor Adelaida asombrada.

—¿Y creéis que el apellido que llevais es el que os pertenece?

—Nunca me ha ocurrido dudarlo... Seria horrible que se me hubiese negado hasta ese triste consuelo...

—¿Con que os llamais?...

—Adelaida Lasso de Ordoñez.

Sor Clotilde quedó pensativa, y murmuró:

— ¡Me he engañado!... Era demasiada felicidad la de haber encontrado aquella criatura, que moriria víctima de la ambicion del cuñado de Margarita, á quien yo serví de instrumento.

Y abrazando á sor Adelaida, la dijo:

— Volved, hija mia, al lado de vuestra amiga, de cuya suerte nos ocuparemos mañana... Es preciso que cuándo salga de esta casa no vuelva á luchar con la miseria que la ha perseguido hasta aquí.

— ¿Y cómo haremos para impedirlo?

— Dejadlo á mi cuidado... ¡Ojalá fuese tan fácil el asunto de que ahora nos ocupamos!

Sor Adelaida besó la mano á la superiora, y salió de la habitacion, dirigiéndose á la sala de distinguidos á informarse del estado de la salud de don Lorenzo.

Al entrar en la de Dolores para volver al lado de su amiga, la salió al encuentro una vieja, cubierta la cabeza con un manton de lana á cuadros, y con una carta en la mano, cerrada con lacre negro.

— Madre, — dijo la vieja á sor Adelaida, — ¿su merced podrá darme razon de una señorita que llaman doña Eugenia, que ayer trajeron al hospital?

— Aquí está, — respondió sor Adelaida; — ¿qué se la ofrece á usted?

— Venia á verla... soy su vecina... ¡Vaya!... ¡Poquito me quiere á mí la señorita!... ¡Es tan buena!...

— Sí; pero está descansando.

— Pues ea, me aguardaré, porque no quiero interrumpirla.

— Si entra usted á verla, cuidado con decirla que su padre está en el hospital, ni que lo está ella tampoco...

— Descuide su merced, que no la hablaré ni una sola palabra. Sé yo tratar muy bien á los enfermos... Y aunque traia esta carta, no se la hubiese dado hasta ver cómo estaba...

— ¿Qué carta es esa?

— Una de Francia que ha tenido doña Eugenia, y como no estaba en casa...

— Démela usted, — replicó sor Adelaida, arrancando la carta de manos de la vieja.

— Yo no sé si debo...

Sor Adelaida no oyó las últimas palabras de la vieja, y llevando el sobrescrito á sus lábios, lo cubrió de besos, gritando:

— ¡Es su letra, gran Dios!... ¡Su letra!... ¡Carta de Fernando!...

Y sin reparar en el sello fatal que cerraba la carta, entró precipitadamente en la alcoba de su amiga.

La vecina de don Lorenzo quedó á la parte exterior de la sala, sin saber qué pensar de lo que acababa de ver.

## CAPITULO XV.

## Nuevos sobresaltos.

El lector habrá conocido ya á la vieja que quedó á la puerta de la sala de Dolores, estupefacta con lo que habia visto hacer á sor Adelaida.

La señora María, que, ayudada por la zapatera de la casa número 59 de la calle de Leganitos, no habia descansado un momento hasta averiguar el paradero de Eugenia, era la que solicitaba el permiso para entrar en la sala de distinguidas.

Hubiera querido rescatar la carta de las manos de sor Adelaida; pero ésta no la dió tiempo para volver en sí de la sorpresa.

El sobrescrito era de letra de Fernando, y corrió á la presencia de su amiga para autorizarse á abrir la carta por sí propia.

Afortunadamente Eugenia dormia, y aunque sor Adelaida entró llamándola por su nombre al descorrer las cortinas, la enferma no despertó.

Sin apartar la vista de aquellos renglones, dudó un momento si debería despertar á Eugenia, ó resolverse á abrir la carta sin aguardar el beneplácito de su amiga.

— ¡Es su letra!... — repeta. — ¡Es su letra!... Aquí ha

descansado su mano hace pocos dias el hombre de quien me separa para siempre un destino fatal, del que no me es dado conocer la causa... Él ha trazado estos renglones sin presumir que mis lábios habrian de seguir el rastro de la pluma... ni que mis lágrimas correrian mezcladas con la tinta que vertia sobre esta carta...

Y el llanto que salia de los hermosos ojos de la hermana de la Caridad confirmaba la verdad de sus palabras.

—¿Se acordaria de mí al escribir á Eugenia?— se preguntaba á sí propia.—¿Me dedicará alguna línea en este manuscrito?... ¡Ah, no es posible!... Hace tres años que le obligaron á arrancar mi imagen de su corazon, prohibiéndole que pensase en mí, temiendo que yo oyese sus suspiros, y habrá dado al olvido la memoria de la mujer que le creia muerto... ¡Quién sabe si á él le han dicho lo mismo de mí... y olvidado de sus imposibles juramentos, persuadido de que no existe el ídolo de su amor, habrá entregado su corazon á otra mujer con quien le sea posible unir su destino!... Pero no sucederá así... yo lo espero... Fernando me ama; el corazon me dice que por desgracia suya sigue pensando en una union que no se realizará nunca... Además, en la carta que Eugenia le escribia soñando, le rogaba que me olvidase porque nuestra boda era imposible!... ¡Imposible!... ¡Cada vez me estremece mas esa palabra!... Si yo tuviera la suerte de esa hija de Margarita que busca con tanto afan la superiora... ¿quién se opondria entonces á mi amor?... Yo tendria que bajar la cabeza avergonzada de una falta que otros habian cometido; pero Fernando me daria con su nombre uno mejor que el que la sociedad me negaba... Entonces el orgullo de esposa ahogaria la humillacion de mi origen bastardo... ¿Pero por qué no hago ahora lo propio?... ¿Quién se opone á que yo me una para siempre á Fernando?... ¿Ese fantasma misterioso ha de ser mas fuerte que mi pasion, y me ha de condenar á ser infeliz el resto de mis dias?... ¡Ah!... Valdria mas no ha-

ber sabido que Fernando existe, que saber que vive y estar apartada de su lado... ¡Dios mio, dadme fuerzas para dominar esta lucha que trastorna mi razon!... ¡Volvedme la tranquilidad que encontré al consagrar mi vida á la asistencia y al cuidado de los enfermos!...

Adelaida pronunció estas palabras con fervor religioso, y con el acento del verdadero creyente cuando invoca el auxilio divino en los momentos de la desgracia.

Sus labios repetian las frases cristianas tal cual las sentia el corazon, y su plegaria no guardaba la fórmula del rezo ordinario con que los fieles piden *de oficio* lo que oye el Criador mas distintamente cuando es espontáneo é inspirado por una fé verdadera y firme.

El semblante de sor Adelaida, encendido desde el momento en que descubrió el sobrescrito de la carta, espresó una dulzura angelical al invocar á Dios como única tabla de salvacion en la borrasca que atormentaba su espiritu.

Su boca entreabierta; dos gruesas lágrimas detenidas en sus mejillas, y sus ojos, alzados al cielo, daban á su fisonomia un aspecto inefable, que hacia recordar las vírgenes de Rafael.

Sus manos cruzadas sobre el pecho, su cabeza levantada, y el blanco lienzo de su toca caido á la espalda, la semejaban á los ángeles que adoran al Criador desde las gradas del celeste trono.

Así permaneció algunos minutos, hasta que una voz que la llamaba de la parte exterior de las cortinas, la sacó del éstasis en que se hallaba sumida.

—Madre...—dijo la voz.

Y sor Adelaida se volvió asustada, ocultando prontamente la carta entre los pliegues de la toca, como si temiera que viniesen á demandársela.

Salió fuera de la alcoba, y se encontró con la señora Maria, que cansada de esperar á la puerta de la sala, se habia decidido á penetrar en aquel recinto.



— Está durmiendo... — la dijo sor Adelaida.

— ¿Y la carta? — preguntó la vieja María.

Sor Adelaida se quedó sin saber qué contestar, y la vieja añadió:

— Es preciso guardarla hasta que la señorita esté buena... porque yo creo que no ha de traer buenas noticias de Francia.

— ¿Y usted de qué lo sabe?

— ¡Toma!... ¿Hay mas que ver el lacre negro, para conocer que no se anuncia en ella ningun bautizo?... —

La hermana de la Caridad sacó la carta, y observó que tenia razon la señora María.

— Yo, — añadió ésta, — la traia por si doña Eugenia estaba buena ya; porque darla así de golpe y porrazo una mala noticia, maldita la gracia que tiene.

— ¡Dios mio! — exclamó sor Adelaida, ¿qué nueva desgracia nos espera?... La letra es de Fernando... ¡Si será Carlos!... ¡Oh! no, Dios no habrá querido arrancar á la infeliz Eugenia el único amparo que la queda en el mundo. ¡Porque su padre!...

— Con que madre, — interrumpió la señora María, — á su merced le dejo la carta; pero antes quisiera decirle dos palabras, porque me parece que su merced se interesa mucho por doña Eugenia...

— Sí, mucho... es mi hermana... Puede usted hablar con toda franqueza.

Y haciéndola sentar junto á la estufa que habia en medio de la sala, la dijo:

— ¿Usted está sirviendo en casa de Eugenia?

— No señora; vivo en la boardilla número 5, de la misma casa.

— Usted dispense... — replicó avergonzada sor Adelaida.

— No hay de qué, — interrumpió la vieja. — ¡Ojala quisiera la señorita!... La serviria de rodillas... Es tan amable... ¡Tan buena!... Mé quiere mucho... ¡Vaya!... Con

ninguna vecina se trata, y yo entro en su casa á todas horas... Y hace bien en no recibir á los demás. ¡Porque hay unas maulas!..... Principalmente una santurrona, que ayer... Vamos, ¡Dios me perdone!... pero la hubiese arrancado la lengua... ¡Formó unos juicios tan malos porque no sabia el paradero de la señorita, la tal doña Inés!...

Sor Adelaida se estremeció involuntariamente al oir ese nombre, y la vieja la preguntó:

—¿La conoce acaso su merced?

—No señora.

—Pues no pierde nada, porque la dichosa doña Inés Montilla...

—¡Cielos!...—gritó sor Adelaida...—¿Está usted cierta de que es doña Inés Montilla la que vive allí?

—Así dice ella que se llama... pero yo no pondría las manos en la lumbré para afirmarlo, porque es una trapison-dista de todos los diablos. Algunas gentes creen que es una santa, y la llaman *la madre de los carlistas*..... pero ¡ya.... ya!...

—¡Es ella!... ¡Dios mio!... ¡Es ella!...—esclamó sor Adelaida al oir que la beata que vivía en la casa número 59, de la calle de Leganitos, era la carcelera que había tenido en la Torre del Duende.

Y procurando ocultar su sorpresa á la señora María, la preguntó con aire de indiferencia:

—¿Y qué hace ahora esa mujer?

—No se sabe; yo creo que nada bueno... Todo el día le pasa de iglesia en iglesia; pero la encuentro muchas veces en la calle hablando con unos hombres de mala traza.... Y cuando alguien se acerca mudan de conversacion, y aun se separan, reuniéndose luego en otra calle distinta.... Yo apenas la saludo; pero todo esto me lo cuenta la zapatera del portal.... y ahora hace pocos días parece que la visita un sugeto que no dá buena espina á los que le han visto... Los chicos del zapatero le llaman el aguilucho, porque es

amarillo como la cera, delgado y seco como una pajuela, y siempre vá vestido de negro como los murciélagos..

—¿No sabe usted su nombre?—preguntó con ansiedad sor Adelaida.

—No señora.... ni creo que lo sepa nadie en la casa, porque es un personaje mudo, que ni siquiera saluda... Algunas veces va en coche; pero le deja lejos del portal, y los lacayos son tan Quijotes como el amo.

—¿Y no ha visto nunca á don Lorenzo?

—No señora; ni doña Inés tampoco; porque como don Lorenzo estaba ya imposibilitado cuando fué á vivir á esa casa, ningun vecino le ha visto mas que yo y la zapatera.

—¿Y la seria á usted fácil averiguar cómo se llama ese hombre, dónde vive, y cuánto tiempo hace que se halla en Madrid?

La señora Maria miró con sorpresa á sor Adelaida, y ésta añadió:

—Importa al bienestar de nuestra pobre Eugenia informarnos de lo que acabo de decir á usted.

—En ese caso, mañana mismo haré las diligencias por saberlo todo.

—Me hará usted un favor especial si averigua lo que la he dicho.

—Pues descuide su merced, que lo que no sepamos la Crispina y yo, cuando queremos, no lo sabe nadie. Ayer sin ir mas lejos, nos empeñamos en averiguar el paradero de la señorita, y hasta que lo supimos no paramos... Vinimos lo primero á ver si estaba abajo, en la capilla de los cadáveres...

Sor Adelaida se estremeció, y la vieja dijo:

—¡Toma!... no tenia nada de particular que la hubiese atropellado un coche, ó cosa por el estilo... Luego á las dos cárceles, por si esos pícaros que la persiguen la habian hecho alguna pillada... y despues al canal, á preguntar á los guardas... Esto fué idea de la señora Crispina.... ¡Bien

la decia yo!... «Mire usted que la señorita tiene mucho temor de Dios... y es muy buena cristiana, que no es de esas románticas, sin respeto á Dios ni á sus padres, que se arrojan al canal ó se tragan una caja de fósforos para quitarse la vida y que hablen luego de ellas...» Pero se empeñó en decir que nadie estaba libre de un mal pensamiento, y fuimos al Canal... Por último, esta mañana lo primero que busqué fueron los periódicos, y allí lei que estaba en el hospital...

—¿Es posible?... ¿Los periódicos hablan de Eugenia?...

—Sí, señora, pero no la nombran. Son tan torpes, que cuentan por un lado la desgracia de la señorita, diciendo que no se sabe quién es, y á renglón seguido hablan de lo ocurrido con don Lorenzo, y se lamentan de no saber el paradero de la hija que le habia abandonado... No les ha ocurrido reunir ambas noticias para salir de dudas.

La vecina de Eugenia no tenia trazas de dejar de hablar tan fácilmente; pero sor Adelaida, que deseaba volver al lado de su amiga, y quedar á solas con la carta de Fernando, la preguntó:

—¿Qué era lo que usted tenia que decirme? Porque ya se vá haciendo demasiado tarde, y debo cuidar de mis enfermas.

—Ya sabe su merced,—respondió la señora María,—que la justicia entró á viva fuerza en el cuarto de don Lorenzo.

—Sí, señora.

—Y que donde entra la justicia... ya se sabe... Los escribanos son como los albañiles: vale mas lo que ensucian que lo que limpian. Todos los muebles quedaron embargados.... hubo allí alguaciles todo el dia, y por último, el juez cerró el candado y se llevó la llave... Despues fué cuando llegó el cartero, y...

—Sí... todo eso lo sé.

—Pues como iba diciendo... resultó que estaba cerrado,

y que cuando fué esta mañana el escribano encontró arrancado el candado, y que habian entrado allí ladrones...

— ¡Dios mio!...—gritó sor Adelaida.

—No se asuste su merced,—replicó la vieja...—Se conoce que no tuvieron tiempo para hacer el robo.

— ¡Respiro!...

—Oirian pasos y abandonaron la presa. No habian abierto mas que un baul...

— ¿Un baul?...—preguntó sobresaltada la hermana de la Caridad.

—Por las señas que dá el escribano es el de don Lorenzo...

— ¿Y qué, robaron algo de lo que habia en él?...

—Sí, señora.

— ¡Cielos!

—Pero puede decirse que nada; porque como el pobre don Lorenzo no tenia dinero...

—Bien... ¿y qué?... Concluya usted...

—Creo yo que no seria cosa de valor, lo que habria en la caja..

— ¿En qué caja?...

—En una de marfil.

— ¿Se la han llevado?

—Sí, señora.

— ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...—esclamó sor Adelaida, abandonando su cuerpo sobre el respaldo de la silla en que estaba sentada.

—No se aflija usted,—la dijo la señora María;—según dice el escribano no habia nada dentro de ella.

Sor Adelaida se incorporó, y dijo:

— ¿El escribano abrió la caja?

—No, señora; pero al reconocer los efectos que habia en la habitacion la cogió en la mano, y dice que no pesaba nada... Lo mas que habria en ella, á su parecer, serian papeles.

— ¡Ah! por piedad, — dijo sor Adelaida, — calle usted...

Y la pobre vieja que no entendia el verdadero sentido de aquellas palabras, creyó que la mandaban salir de allí, y digiéndose á la puerta se despidió diciendo:

— Ya me voy, señora; cumpliré los encargos que su merced me ha hecho, y vendré á ver si está mejor la señorita, mañana.

Sor Adelaida, combatida por las fuertes emociones que habia sufrido en pocos minutos, permaneció inmóvil sobre la silla con los ojos cerrados, y con una tranquilidad en todo su cuerpo, que los que hubiesen ignorado lo que acababa de pasar allí, la habrian envidiado el sueño que al parecer disfrutaba.

Pero nada mas lejos de aquella desventurada criatura que el descanso que repone nuestros miembros del cansancio de la vigilia.

Era una paralización completa de sus sentidos lo que estaba sufriendo... No era la tregua natural del sueño lo que la privó de oír las últimas palabras de la señora María.

Semejante parasismo era indispensable.

Hacia tres dias que no habia cerrado sus párpados al sueño, y en ellos habia encontrado, despues de cinco años de ausencia, al hombre que la habia servido de padre siempre, y á la única amiga con quien habia vivido como una hermana.

Se habia asegurado de que existia el único hombre á quien amaba y que creia muerto, y llegó á su poder la llave del secreto que habia de revelarla el origen de su nacimiento y el nombre de sus padres.

La entrevista con la superiora la habia afligido en extremo; y cuando se entregaba á la alegría de estrechar entre sus manos una carta, que hacia ocho dias habia salido de las de Fernando, una voz la advierte que aquella carta es precursora de alguna desgracia porque trae luto.

La misma voz la hace saber que están en Madrid sus



verdugos, y parece que se goza por fin en decirla que han desaparecido las pruebas de su nacimiento...

Los únicos testigos imparciales que la dirían la verdad sin reserva, han sido apresados por una mano oculta.

Ya es inútil que la desdichada sor Adelaida conserve la llave dorada, cuya posesion tanto la habia alegrado...

La caja de marfil ha desaparecido...

¿Se habrian engañado los ladrones creyendo hallar dentro de ella tesoros que no habia?...

No era fácil...

El escribano habia adivinado ya lo que no podia ser un secreto para los que hicieron el robo...

¿Quién podria tener interés en poseer aquellos papeles?

¿Quién sabia que se encontraban allí?

¿Tenia relacion el robo con la desgracia de Eugenia y y la de su padre?

¿Eran estos tres sucesos hechos aislados?... Nada de esto nos es dado averiguar ahora.

Quizá lo sabremos mas tarde. . . . .

Abandonemos la sala de distinguidas del Hospital General, por si el silencio de nuestra ausencia sirve para procurar algun descanso á la infeliz Adelaida, y trasladémonos á la casa número 59 de la calle de Leganitos.

---



## LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO XVI.

#### Dos barrios extremos.

El miserable aspecto del ruinoso edificio, en que ocurrieron las primeras escenas de esta historia, no indicaba que su interior fuese albergue de criminales, como sucede en casi todas las casas de igual estructura en los barrios de Lavapiés y las Vistillas.

La soledad de la parte alta de la calle de Leganitos; el aseo y la compostura de las gentes que allí viven, y otra porción de circunstancias que allí se advierten, hacen de aquel cuartel del Norte de Madrid, una mansion tranquila y silenciosa, donde parece que el vicio y la inmoralidad no han osado nunca estampar su inmundicia huella.

Sus moradores no sacan á la calle el cuadro de sus miserias, y es preciso penetrar en el fondo de las habitaciones, para conocer que el aseo de las personas es una máscara con que se afanan por encubrir la desnudez y el hambre.

Al contrario sucede en los barrios extremos de la corte, por la parte del Sur. Las calles de Embajadores, Valencia,

la Comadre y sus adyacentes, son un buen ejemplo de esta verdad.

Compárese el cuadro que ofrecen sus moradores, cubiertos de harapos, y tendidos al sol en medio de la calle, con el que presentan los que, aseados y limpios, cruzan diligentes las calles de Leganitos, Amanuel, plazuela de Aflijidos y otras de aquellos barrios, y se encontrará una distancia inmensa.

Los segundos parecerán la aristocracia de los primeros. Sin embargo, ambas gentes son pobres.

Los unos se han permitido hacer alarde de su miseria; los otros se creen obligados á ocultarla hasta de sí propios.

Fácil es conocer quiénes son los mas desgraciados.

Las gentes de los barrios bajos del Sur, decididas á ostentar su miseria, cifran en ella su orgullo, y lejos de creerse insultadas por el poderoso, que recoge las galas de su traje al pasar por aquellas calles, se gozan, obligándole á sufrir su repugnante aspecto.

Haciendo alarde de su desnudez, no les importa cubrir su cuerpo de harapos, y las madres, que se decidieron á criar á sus hijos desnudos, no padecen al pensar que pueda faltarles una ó mas prendas del traje.

El tormento de las privaciones y del infortunio, es para los que conservan, en medio de la miseria, el orgullo y la dignidad de la especie humana, y á quienes el pudor les hace defender una honra de que temen verse privados á cada momento.

Para aquellas gentes, que ocultan su desnudez á los ojos de la sociedad, y que, aseadas y limpias, niegan con la sonrisa en los lábios el hambre que se pinta en sus macilentos semblantes, son los sufrimientos y los trabajos.

Esta miseria, forzada y humilde, hija de la fatalidad del destino, es la verdadera, la única miseria... La otra, voluntaria y altiva, producida por la holgazanería y la vagancia, es un vicio.

*La primera es una virtud... la segunda un crimen.*

Los que se han atrevido á calificar de orgullo la vergüenza del infeliz que, falto de trabajo, muere de hambre en el rincón de su choza, sin resolverse á pedir una limosna por las calles, no han conocido la injusticia de su reconvenccion.

En las sendas del mal, lo difícil es el primer paso; dado éste, los otros le siguen rápidos como el sacudimiento de la electricidad en los eslabones metálicos de una cadena.

Los obstáculos que ofrecia el primero, son luego una valla que no permite volver á buscar el bien perdido.

El artesano honrado que, hostigado por el hambre, logra dominar su vergüenza, y publica su miseria, escitande la compasion de sus semejantes, se considera luego imposibilitado de volver á ganar con su trabajo lo que ha debido por algun tiempo á la caridad pública.

Cuanta mayor haya sido la violencia que se hizo para resolverse á mendigar el pan, tanto mas difícil le será abandonar la vida de vagancia á cuyos inmundos goces se acostumbra en breve.

El alarde de la indigencia no es otra cosa sino una venganza que toman los pobres de la humillacion que sufren.

Todo el dolor que sintieron al sacrificar su orgullo, lo arrojan luego á sus semejantes con su altanería y su desenfado.

¡ Como si ellos, entregados á los goces de la vagancia, no hubiesen sido los primeros en romper ese contrato de trabajo mútuo que forma el nudo fraternal de las sociedades! . . . . .

Pero abandonemos estas reflexiones, que nos apartarian demasiado de nuestro propósito, y establezcamos únicamente las diferencias morales que separan á la gente pobre de la parte alta y extrema de la capital, con la de igual clase de los barrios bajos.

Esta distincion conviene mucho á nuestra historia, y con ella le será mas fácil al lector conocer los personajes á quienes vamos á visitar despues.

La miseria, que no hemos dudado en calificar de *virtuosa*, es la que se advierte en los arrabales del Norte.

Escusado nos parece decir, y sin embargo, no nos creemos dispensados de hacerlo, que no tenemos por una virtud el ser pobre, ni el ocultarlo por mero orgullo, sino el llevar la miseria con resignacion, avergozándose de pregonarla en público, y afanándose por aliviarla honesta y privadamente.

Y esta honrosa cualidad, que tanto distingue á los pueblos laboriosos de los indolentes, conservando ilesa la dignidad y la supremacia de la especie humana, no es un tributo superficial que pagan los hombres á la sociedad... es una consecuencia forzosa de los sentimientos morales... es un testigo irrecusable de la conciencia del trabajo y de las virtudes del alma.

En los alrededores de la casa número 59 de la calle de Leganitos, se puede observar bien lo que dejamos dicho.

Fijemos en ellos nuestra atencion.

Los ruinosos edificios que forman las calles de este barrio, son, en su mayor parte, restos arqueológicos de la aristocracia del siglo pasado: sus modestas fachadas abandonaron ya los blasones que formaban su mejor ornato, y las ropas que cuelgan en las ventanas indican la trasformacion que han sufrido los palacios en casas de vecindad.

Albergue de jubilados de la casa real, de viudas del real patrimonio, y de criados antiguos de la grandeza española, no han desdeñado recibir en su seno á los cesantes de la época presente, y á las familias pobres que jubiló la fortuna en los primeros años de la guerra civil.

La modestia de las escasas tiendas de comercio que allí se ven, indica mejor que nada la pobreza de aquellas gentes. Los artículos que en ellas se venden, no son ya de pri-



mera, sino de estrema, de absoluta necesidad. Los objetos de lujo, de placer y de comodidad, no hallan compradores en aquel barrio.

Los vendedores ambulantes se han cansado de pregonar allí sus mercancías, y apenas se oye un grito que turbe el silencio sepulcral de aquella comarca, centro antiguamente de la aristocracia madrileña.

Si alguna persona de la nobleza de Castilla, vive hoy en el palacio de sus mayores, su existencia pasa inadvertida, y puede decirse, que las gentes del barrio le consideran como un huésped que solo busca aquella soledad en las altas horas de la noche. Sus lujosos trenes son el anacronismo de la vecindad, y las gentes los ven pasar con la indiferencia y la abnegacion que da el infortunio á las almas virtuosas y honradas.

En suma: el barrio de que hablamos es un verdadero panteon, donde yacen el lujo, la vanidad, la soberbia, la emulacion y la envidia.

Es un retiro modesto que han buscado la pobreza, la humildad y el trabajo.

Tal es la idea que se forma á la simple vista de esas calles solitarias, en cuyos edificios se encierra la historia viva de la privanza de Godoy y de todos los sucesos del reinado de Carlos IV.

Pero no están solos allí los hombres de aquellos tiempos, á quienes, por su edad, les seria hasta cómodo el extrañamiento en que viven; sus familias les acompañan, y los hijos que han nacido en la revolucion, se han apartado de ella, ó la han combatido, contra sus propios sentimientos quizá, por defender los principios políticos de sus padres. La antorcha de la civilizacion no alumbrá en estas regiones, y no obstante, la cultura de sus habitantes puede servir de modelo á la juventud, que hace gala de una ilustracion que no tiene, embriagada con la inmoralidad y el vicio.

Toda la ventaja que llevan los hombres del oscurantismo á los prevaricadores de las luces y de la civilizacion, consiste en que los primeros tienen fé en sus creencias, y la esperanza del triunfo tranquiliza sus conciencias, dándoles valor en las privaciones y en los trabajos.

Sin la fé no es posible llegar nunca al término de ninguna empresa... Sin esta virtud, patrimonio de las almas grandes, y base de las acciones heroicas y de las obras gigantescas que immortalizan las generaciones, todo es mezquino y despreciable.

Ella hace fácil lo que sin ella parece imposible, y á esa voz secreta del corazon, que no apagan nunca los infortunios, y que se sobrepone y vence las mayores dificultades, se debe la tranquilidad de la conciencia y la calma del espíritu.

Por eso los moradores del barrio adonde hemos llevado al lector, viven tranquilos en medio de su miseria, y tienen hasta la doble resignacion de sufrirla y de ocultarla á los ojos de la sociedad.

Viven entre ellos muchas gentes que no pertenecen á la clase de empleados cesantes del antiguo régimen; pero que no alteran en nada la fisonomía social que llevamos hecha. Aludimos á los artesanos honrados, en quienes el amor al trabajo y las afecciones naturales del corazon equivalen á la educacion esmerada que recibieron los otros.

Esta clase de gente nos facilita el trabajo que ofrecimos al principio de este capítulo.

El cuadro comparativo entre el pueblo de los barrios del Norte y los del Sur se hace por sí propio, sin mas que examinar el aspecto de ambos. Una sola reflexion será precisa para combatir el error estadístico de los que suponen que en el cuartel del Norte de Madrid se comete mayor número de crímenes que en el del Sur; y lo que es menos cierto aun, que sus moradores son los mas criminales de la corte.

Esto no pasa de ser una suposicion gratuita, que, aun-

que aparezca apoyada por los datos de los criminalistas, no tiene el menor fundamento.

Si efectivamente fuese cierto que el número de los criminales apresados en esos barrios es mayor que el de los otros, no se probaría que sus habitantes cometen los crímenes, sino que los perpetradores de ellos acuden allí á tomar sagrado, ocultándose á la justicia bajo el inocente amparo de los hombres honrados.

Entre aquellas gentes virtuosas y buenas, de que hemos hablado, y en sus hogares modestos y tranquilos, se albergan algunos criminales, cuya perversidad no tiene que temer ya el contagio saludable del género de vida á que se entregan en la apariencia.

Los malvados, que tienen la doble audacia de cometer el crimen y de ocultarlo despues, son los que eligen para su morada esos barrios, donde nada hace sospechar su presencia en ellos.

Educados en otros sitios extremos de la poblacion, verdaderas escuelas del vicio y de la vagancia, no sienten la ferocidad salvaje que distingue á los salteadores de caminos.

La asquerosa *molicie* de la miseria en que se han criado, no les permite tener ni aun la nobleza fatal de los bandoleiros, que esponen su vida al atentar contra la de sus semejantes.

El fraude, la hipocresía y la sorpresa, son sus armas, y para herir á la sociedad impunemente, se acogen al asilo de las gentes honradas y laboriosas.

Como estas, guardan la mayor compostura en sus personas, su conducta exterior parece irreprochable, y ninguno de sus actos públicos revela sus designios secretos. Así se ganan la confianza de los hombres de bien; esplotan su reputacion; se apoderan de sus inocentes revelaciones, y encubiertas sus maldades, pueden lanzarse sobre las victimas que incautamente se acercan á sus garras.

Hé ahí lo que sucede en los alrededores de la casa nú-

mero 59 de la calle de Leganitos, y en aquel mismo edificio, adonde llegamos por fin, rogando al lector que nos dispense este preámbulo, que no hemos podido evitar, y que dejamos sin concluir, por no abusar mas tiempo de su paciencia.

Ya dijimos en los primeros capítulos de esta historia, que los inquilinos de la casa donde vivia el padre de Eugenia eran honrados en su mayor parte.

Entonces y ahora, á juzgarlos á todos esteriormente, diríamos que allí no se albergaba ningun criminal, y no tendríamos inconveniente en abonar las acciones de todos.

Pero entonces, como ahora, nos constaba la maldad de alguno de ellos, y no podíamos prescindir de nuestras noticias al citar su nombre.

Esto es lo único que sabe el lector de la mujer que vivia en una de las boardillas de la casa, y que merced á su hipocresía habia sabido adquirir el dictado de *santa* entre las gentes de la vecindad.

No ignoraba ella que su escesiva curiosidad le valia la murmuracion de los vecinos, y la desconceptuaba en parte; pero como no podia prescindir de practicar su oficio de espía, no hacia caso de lo que pudieran decir, y quizás se alegraba, porque aquella murmuracion les alejaba de otras sospechas mas graves.

Efectivamente, si á los que menos creían en la santidad de la beata, les hubiesen dicho el menor de los delitos cometidos por ella, habrian rechazado al denunciante por calumniador, y creído entonces completamente lo que no consideraban exento de alguna hipocresía.

Gracias á la revelación que la señora María acababa de hacer á sor Adelaida, al lector no le será enteramente extraña la vida de doña Inés Montilla, de la que ya tiene alguna noticia por la relacion que de sus aventuras en la Torre del Duende oyó en boca de la hermana de la Caridad.

Si recuerda la conversacion que tuvo con sus vecinas el dia que la justicia entró en el cuarto de don Lorenzo, verá que ni aun sabia que Eugenia vivia en aquella casa. Cosa muy natural, á causa del poco tiempo que hacia que ocupaba la boardilla; de que apenas paraba en ella, y de la comunicacion en que vivia don Lorenzo con toda la vecindad, escepto con la señora María.

Pero las palabras de éstas cuando habló de los destinos que habia tenido don Lorenzo, debieron despertar la curiosidad ó la sospecha de doña Inés, atendido el interés con que procuró luego adquirir nuevas noticias de los alguaciles del juzgado.

Esto ocurrió mientras la vieja María, acompañada de la zapatera del portal, andaba averiguando el paradero de Eugenia.

Cuando volvió del hospital, sucedió lo que se dirá en el capitulo siguiente.

## CAPITULO XVII.

### Una entrevista.

De una berlina pintada de negro, tirada por dos caballos del mismo color, y servida por un cochero y un lacayo vestidos de luto, se apeó á la esquina de la Plazuela de Afogados un caballero, embozado hasta los ojos en una capa negra.

El carruaje entró en la calle del Príncipe Pío, especie de callejon con salida á la calle de Leganitos, y se paró junto á la esquina.

Los criados que servian la berlina no se pusieron, como es costumbre entre las gentes de su especie, á murmurar del amo; el cochero quedó en el pescante sin soltar las riendas de la mano izquierda, y el lacayo se colocó detrás del guardacanton de la esquina, sin apartar la vista del portal en que habia entrado su amo.

Este subió silenciosamente, y sin descubrir el rostro, las escaleras de la casa número 59, y llegando al callejon de las boardillas, se detuvo á la puerta de la señalada con el número 3. Sacudió sobre ella débilmente los nudillos de su mano derecha, cubierta con un guante negro... se abrió la puerta sin la mas leve tardanza, y se volvió á cerrar con



igual presteza, después que hubo entrado el enlutado caballero.

La única persona que había dentro de aquella reducida y miserable vivienda era doña Inés Montilla.

El mueblaje que la adornaba, y mejor diremos los adornos que la amueblaban, eran harto extraños y significativos para que dejemos de describirlos.

El techo de la sala, aunque bajo, era raso y sin vigas; recibía la luz por una ventana pequeña, abierta en la pared al lado derecho de la puerta de entrada, y al frente se veían unas cortinas de filipilichi de lana amarillo, que ocultaban el paso á una cocina.

Una mesa, cubierta hasta el suelo con un paño carmesí, y vestido el tablero con una sabanilla blanca, á manera de altar, era lo primero que se veía al entrar allí. Un crucifijo, dos candeleros, unos ramos de flores artificiales, y varios santos de barro, eran los objetos que había sobre ella. En la pared, y formando un dosel sobre el crucifijo, se veían varios cuadros de reliquias, estampas y escapularios de monjas; y un rosario de huesos de aceituna, colgado y estendido sobre las estampas, completaba el altar.

Al lado derecho, y debajo de la ventana, había una tarima de madera con una piedra, que servía de almohada; y en la pared la pililla del agua bendita, un cilicio ensangrentado y unas disciplinas, teñidos los ramales en sangre.

En aquel ángulo de la sala había un vaso de vidrio fijo en la pared por medio de un alambre, y alumbrando con la luz que ardía en su seno una estampa de la Virgen de los Dolores.

Al extremo opuesto de la cabecera de la tarima se veía un cántaro de agua, al que servía de tapadera la cuarta parte de un pan de munición.

Un arcon de pino, parecido á la despensa provisional que tiene en las posadas el mozo de mulas, y media docena de sillas de Vitoria, componían el resto del mueblaje.

Y si el lector nos tacha de minuciosos, le rogamos que nos tenga al menos por exactos.

El caballero que acababa de entrar allí, antes de bajar el embozo de la capa ni aceptar la silla que le presentó doña Inés, la preguntó:

—¿Solos?

—Sí, solos, —respondió la beata.

Al oír la contestación, tomó asiento, y descubrió el rostro, que era ni más ni menos que el que había descrito sor Adelaida al hablar de su verdugo de la Torre del Duende.

La persona que estaba en la boardilla de doña Inés era la misma que había sacado á sor Adelaida de la casa de don Lorenzo. Era el hombre que la había tenido tres años en un encierro... *El Duende*, en fin.

Doña Inés no se atrevió á tomar asiento, y permaneció de pié á su lado.

Era esta mujer estremadamente baja, lo que la hacía parecer mas gruesa de lo que era en realidad. Corta de cuello, y redonda de cara; su nariz chata; sus lábios remangados; su frente preñada, y sus ojos pequeños y hundidos completaban la idea equívoca de su obesidad.

Demasiado sentía ella estos signos de robustez que indicaban una de dos cosas: ó que no le hacían mella los cilicios que maceraban sus carnes, ó lo que es peor aun, que no era suya la sangre en que se veían empapados los que estaban colgados á la cabecera de su cama.

El traje que llevaba era negro, y disminuía algo el volumen de su cuerpo. Se componía de una basquiña de lana, un jubon de la propia tela, con una medalla de plata, prendida en la manga izquierda, y un pañuelo de seda pequeño que la cubría el pecho, y sobre el que caía otro grande de muleton, color de ceniza.

Su cabeza, escasa de cabello, la cubría una papalina de percal blanco, con guarnicion de la misma tela en forma de *rostrillo*.

Tal es el retrato completo de la mujer que respondia con cantares insolentes y risas burlonas á las quejas de la infeliz Adelaida, y á quien ésta, á pesar de su estremada caridad y dulzura, habia calificado de inflexible, de perversa, y de mas cruel aun que el mismo alcaide de la Torre del Duende.

Asistamos á su entrevista con este sugeto, para empezar á conocer el alma que se abrigaba en su repugnante y raquítica persona.

Inmóvil, y con los ojos bajos, sostuvo el siguiente extraño interrogatorio:

—¿Quién la ha llevado?

—Yo.

—¿A quién la entregastes?

—A él mismo.

—¿Te vieron salir?

—No señor.

—¿Volvió Cabezota?

—Sí señor.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—No sé.

—¿En casa de Gazapos?

—Sí señor.

—Tú no te muevas de aquí.

—Está bien.

—Ahora oye con atencion lo que voy á decirte, y procura no hacer lo que acostumbras. ¡Vivir tres meses en la casa, y no haber descubierto nada!... ¡Si ese hombre no enferma, medrados estamos!...

A esta reconvencion, — contestó doña Inés:

—Pero no hemos perdido el tiempo.

— ¡Gran cosa has hecho tú!.. —replicó el Duende con tono irónico.

— ¡Pues si no hubiera sido por mí!...

— ¡Silencio!.. —gritó el Duende, lanzando sobre doña Inés una mirada terrible.

Y haciéndola tomar asiento á su lado, —la dijo en voz baja:

— Muchas veces me has oído hablar de Clotilde, la hija de los condes de Baza, amiga de Margarita, y que no contenta con renunciar la mano del primogénito de la casa de San Fabian, ha cedido sus títulos y la mayor parte de sus rentas á un primo hermano de su padre... Ya sabes que tomó el hábito de hermana de la Caridad, y que hoy está de superiora en el Hospital General.

— Sí, señor.

— Silencio... bruja, no es eso lo que quiero decirte.

Doña Inés se retorció las manos de coraje, al verse tratar con tanta aspereza por el Duende, y éste añadió:

— No ignoras tampoco la enemistad que yo tengo con ese viejo diplomático que desbarató mis proyectos en la casa de mis padres. Sin sus oficiosos esfuerzos por desmentir los rumores que nadie se atrevía á negar, el actual duque de Alcira estaria hoy en un hospital de locos, incapacitado de llevar el titulo que heredó á la muerte de mi hermano... ¡Por él fué inútil el asesinato de mi sobrino Enrique!... En vano he querido contrarrestar su influencia en la corte... Todos mis planes se han estrellado en la buena opinion que ha sabido grangearse, y que hoy le conserva el primogénito de su casa... Desesperado de poderme vengar de ese hombre, me ausenté de la corte, donde la presencia de mi hermano me era insoportable... Hoy la residencia de éste en Lóndres me permite obrar con mas desembarazo, y... ya me conoces, Inés, he jurado la perdicion del conde, y sabré cumplir mi juramento.

Al pronunciar estas palabras, el semblante frio y cada-





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — Sacó un cigarro del bolsillo del frac...



vérico del Duende, se contrajo visiblemente, y al sacudimiento de sus brazos cayó la capa sobre el respaldo de la silla.

El primer impulso de doña Inés fué recoger la capa de su señor; pero éste se puso en pié, dejando ver sus escualidas formas, vestidas de negro, y dió algunos pasos por el reducido aposento.

Sacó un cigarro del bolsillo del frac; se acercó á la lámpara que ardía junto á la cabecera de la cama, y se retiró distraído, sin haberlo encendido.

Lo llevó despues á la boca; lo arrojó al suelo incomodado porque no ardía, y acercándose á doña Inés, la dijo:

—¿Ha vuelto Clotilde á casa del conde?

La beata se encogió de hombros, por no saber qué contestar á las palabras del Duende, y éste añadió:

—Responde... ¿Ha vuelto?

—Yo... no la he visto nunca allí...

—¿Con qué no sabes que estuvo anteayer por la tarde?

—No señor.

—¿No?—repitió el Duende.

Y doña Inés bajó la cabeza temblando.

—¿Con qué es decir que yo que acabo de llegar á Madrid, estoy mas al corriente que tú de lo que pasa?

Doña Inés seguía sin alzar la cabeza.

—¿No me escribistes que ya entrabas en la casa, y que comías allí algunos dias?

—Un dia á la semana.

—¿Cuándo estuvisteis la última vez?

—El viernes.

—¿Quién mas comió allí?

—Solo el conde, su confesor y yo.

—¿Qué clase de hombre es ese?

El tono menos áspero con que el Duende hizo estas últimas preguntas, tranquilizó algo á doña Inés, y contestó con desembarazo:

—Un tal fray Romualdo Espino... Yo le conocía de vista antes de hallarle en casa del conde.

—¿Dónde le habías visto?

—En la escalera de esta casa le he encontrado alguna vez... Si no me engaño, venía de visita á casa de don Lorenzo.

—Pues es indispensable que hagas amistad con ese fraile, empezando por ser su hija de confesion.

—¿Y he de abandonar á mi padre Serapio?—esclamó con artificioso fanatismo doña Inés.

—Menos farsas, —replicó con dureza el duende. —¿Olvidas que estás hablando conmigo?...

—Es que...

—Silencio... y no perdamos el tiempo. Te voy á hacer varios encargos, y espero que los oirás, sin replicar una sola palabra... De lo contrario, los hijos del difunto general Ayamonte podrian entregar á la justicia la mujer que sirvió el último chocolate á su padre.

—¡Por piedad! señor, ¡por piedad!

—Pues oye, y no olvides nunca que hace diez años que te contratastes conmigo para *ver, oir, obedecer y callar*, dándome en garantía tu cabeza pendiente de ese secreto. Lo primero que necesito saber, es si Clotilde ha vuelto á casa del conde... Esto ha de ser mañana mismo... y averiguar lo que han hablado, y descubrir los planes que puedan traer entre manos.

—¡Cómo el conde hace tantas obras de caridad, presumo yo que!...

—A mí no me bastan las presunciones, yo necesito saber la verdad... Te doy de plazo tres dias para informarte de todo, y en ese tiempo has de haber ganado la amistad del padre Romualdo.

—Pero, ¿y si él se niega?

—Tambien se negaba el general á tomar el desayuno, y tú le obligaste á tomarlo...

— Es que los frailes...

— No son tan cándidos como los generales, lo sé; pero las empresas difíciles son las que han de llevarse á cabo... Las ordinarias las hace cualquiera. Cuento con que dentro de tres dias habrás cumplido mis encargos.

— Está bien.... — respondió con voz débil doña Inés.

— Cuando hayas averiguado lo que te he dicho, necesito de tu ingenio para llevar á cabo mi obra...

Doña Inés se sonrió siniestramente al oír la lisonja del Duende, y éste añadió:

— Para deshacernos del conde, será preciso sacrificar á la superiora de Hospital General y al fraile.

— ¿Asesinarlos?... — preguntó asustada doña Inés.

— Hacerlos salir de la corte... Para ello me ha ocurrido un pensamiento que te comunicaré mas tarde... Dile al italiano, que mañana á las ocho en punto vaya á buscarme á casa de la peregrina.

— ¿Quién... Bertollini?...

— Sí, que no falte.

— ¡Ya se alegraría el pobre de poder asistir á la cita!...

— ¿Pues qué le sucede?

— Le asesinaron hace mas de un mes... Andaban detrás de él desde que delató á los del 5 de enero del año 35, y ahora las ha pagado todas juntas, por haber querido hacer lo propio con unos carlistas...

— ¿Y de quién nos valdremos en su lugar? — preguntó el Duende, sin hacer la menor exclamacion por lo que acababa de oír.

— ¿Qué era lo que habia de hacer el italiano?

— ¿Para qué nos ha servido otras veces?

— ¡Ah!... ¡ya!... pues no sé de ningun otro... pero si se trata de descubrir alguna conspiracion...

— Se trata de fraguarla.

— En ese caso no conozco á nadie.

—¿Y tienes algun ejemplar de las últimas proclamas que dió don Carlos?

—Sí, señor.

—¿Y pasaportes en blanco?

—Tambien.

—¿Y no conservas los nombramientos reales del ejército realista?

—Sí, señor.

—Pues el viérnes por la mañana, antes de que vayas á comer á casa del conde, ten aquí todos esos papeles.. O si no, mejor será... que me esperes en casa de la Peregrina y te contaré mi proyecto. Ahora cuida de informarte de cuanto ocurra en esta casa, y sobre todo, que no se descuiden los del hospital. Necesito no desperdiciar ni un solo suceso... De esta vez hemos de ganar el tiempo perdido.

El Duende dejó de hablar, porque doña Inés, estendiendo el dedo pulgar de su mano derecha sobre los labios, se acercó á escuchar á la puerta de entrada.

Habia oido pasos en el callejon y temia que alguno se parase á oir lo que estaba hablando.

A poco se oyó introducir una llave en la cerradura de una puerta, y doña Inés dijo:

—Es la vecina del número 5... ¡Una vieja mas officiosa y mas habladora!... Es la amiga íntima del señor Vargas.

—¿Quién es esa mujer?

—Una viuda de un portero.

—¿Del de esta casa?

—No, señor... Esa es la señora Crispina, la zapatera... ¡Oh! escelente mujer para traer noticias.

—¡Pues no se conoce que has hablado mucho con ella cuando ignorabas que viviese aquí don Lorenzo! Desde que te he introducido como santa en algunas casas principales, has llegado tú misma á persuadirte de que lo eres, y no sirves para nada. No piensas sino en comer y beber, y en andar con los ojos bajos entrando y saliendo en las iglesias.

— Hay tiempo para todo... — dijo, sonriéndose maliciosamente, doña Inés.

— Allá veremos, — replicó el Duende.

Y embozándose en la capa, se dispuso á salir de la boardilla.

Doña Inés abrió con cuidado la puerta, y antes de asomar la cabeza al pasillo, dijo :

— Voy á ver si anda por ahí esa bruja... Apuesto á que no ha entrado aun en su cuarto. Dicho y hecho, — añadió sacando la cabeza, y saludando en voz alta á la señora María, que estaba á la puerta de su boardilla.

— ¿ Y qué me importa á mí de esa vieja impertinente?

— Sin embargo, — replicó doña Inés en voz baja; — espere usted un momento, y despues que yo la haga entrar en su habitacion, sale usted de aquí.

— Pues ea, pronto, porque tengo prisa.

— Allá voy, — contestó doña Inés.

Y salió de su aposento, aparentando dar media vuelta á la llave, que dejó puesta por la parte exterior.

— Buenos dias, vecina, — dijo saludando á la señora María.

— Felices, — contestó esta sin moverse del umbral de la puerta.

— ¿ Se ha sabido ya el paradero de la señorita del piso segundo?

— Sí, señora.

— Vaya, me alegro. ¿ Y dónde estaba?

— Donde usted no creia... En el hospital...

— ¡ Jesus! ¡ Qué lástima!... El padre y la hija enfermos á la vez.

— ¡ Es mucha lástima!... — repitió con ironía la comisionada por sor Adelaida para averiguar quién era el hombre que visitaba á doña Inés.

Esta, por su parte, deseaba que la señora María se retirase de allí para que pudiera salir el Duende sin ser visto, y la dijo:

—Pues yo ya estaba al cuidado para ver cuando usted volvía á casa, y dije: vaya, iré á hacerla un rato de compañía para charlar un poco de nuestros pobres vecinos.

—¡Sí!... pues pase usted adelante,—replicó la señora María, satisfecha de que tan pronto se la presentase ocasión de servir á la hermana de la Caridad.

Doña Inés no se hizo rogar, y precedida de la señora María entraron en la boardilla número 5, cuya puerta se cerró al tiempo que se abría la del número 3, y el Duende bajó silenciosamente las escaleras.

Salió á la calle, y al subir al coche dijo al lacayo:

—A la puerta de Atocha.



## CAPITULO XVIII.

### Las dos vecinas.

No era la primera vez que la beata pisaba los umbrales de aquella habitacion; pero tampoco estaba muy acostumbrada á hacerlo así, porque, como sabe el lector, la señora Maria no era la mas ardiente admiradora de su santidad.

El terror y el pasmo que se habian pintado en el semblante de la hermana de la Caridad al oir el nombre de doña Inés Montilla, redoblaron las sospechas de la vieja; y como vulgarmente se dice, y pensaba ella allá en sus adentros, «no se la cocia el pan en el cuerpó» hasta averiguar qué casta de ave era la que con pluma de paloma descubria garras de gavilan.

Desde que salió del hospital no pensó en otra cosa sino en buscar los medios de saber quién era el caballero que visitaba á doña Inés; donde vivia, y las demás circunstancias que la habia mandado averiguar sor Adelaida.

Para esta empresa puso en contribucion á Crispina, la zapatera del portal, que se prestó gustosa á servirla en cuanto fuese menester, jurando no descansar hasta inquirir mas de lo que sor Adelaida deseaba saber.

Una impertinencia del maestro zapatero la tenia ausen-

te del portal cuando entró el Duende, y no pudo avisar su estancia allí á la señora María; pero le vió en cambio al subir al coche; oyó la direccion que habia mandado tomar al lacayo, y subió corriendo á la boardilla número 5, á dar cuenta de su primera diligencia.

Llamó precipitada á la puerta, salió la señora María, y antes de que Crispina dijese una sola palabra, la impuso silencio estendiendo el dedo pulgar sobre los labios.

—¡Eh!... ¡Ya se ha marchado!...—esclamó la zapatera, sin entender la seña de la vieja.

—¿De quién habla usted?—preguntó en voz baja la señora María.

—¿De quién he de hablar?...—dijo la Crispina alzando la voz,—del aguilucho...

—¡Silencio!...—interrumpió la vieja, agarrando del brazo á la zapatera.... Calle usted por Dios, que está aquí dentro.

—No puede ser... ¡si le acabo de ver salir! y ha subido al coche; y ha dicho que le llevarán á la puerta de Atocha!...

—Pues bien... luego hablaremos,—dijo la vieja tosiendo y estornudando para que doña Inés no oyese lo que hablaban.

Y estrechando la mano á la zapatera, arqueó las cejas, cerró los ojos, y apretó los labios como si tuviera que revelarla mas tarde cosas estraordinarias. Despues cerró la puerta de su boardilla y volvió al lado de doña Inés.

Crispina meneó la cabeza con muestras de desagrado, y volvió á bajar la escalera murmurando:

—Me apestan estas gentes con sus medias palabras... Bendito sea Dios que me ha dado este carácter tan franco. Al pan pan, y al vino vino, y cuando tengo un resentimiento con una persona, se lo digo, y en paz.

Nada habia entendido doña Inés de las palabras de la zapatera, y aunque bien conoció por la voz que era ella la que habia llegado allí, ignoraba el negocio que traian entre

manos aquellas mujeres, y no sospechó nada. De otro modo le habria sido fácil leer algo de lo que pasaba, en la turbacion de la señora María, que volvió diciendo: —

—Era la Crispina; que como la habia mandado á una diligencia...

—Ya lo he oido, —interrumpió sencillamente doña Inés.

Y asustada la señora María, se apresuró á añadir:

—¡Como esas gentes hacen misterio de todo!... Cualquiera pensaria que era una cosa del otro jueves lo que la encargué.

—Cada uno en su casa hace lo que quiere, vecina, y yo respeto los secretos de todos, —replicó doña Inés, poniendo cada vez en mayor angustia á la vieja.

—Sí, pero á mí no me gustan los misterios, y sentiria que usted creyera...

—Yo no creo nada, vecina... —dijo la beata, —empezando á creer alguna cosa por la oficiosa negativa de la vieja.

Y tomando una silla se sentó á la escasa lumbre de un brasero de hierro con tarima de pino.

Lo propio hizo la señora María, y doña Inés dió principio á la conversacion con estas palabras:

—¡Jesus! vecina... no sabe usted lo que me alegro de que haya parecido esa pobre jóven. Hoy que está tan corrompida la sociedad, es un milagro del cielo que las jóvenes conserven el santo temor de Dios... Soy una humilde pecadora; pero creo que el Señor se ha dignado oir mis oraciones... Desde que supe lo que ocurría, no he dejado de pedir á Dios que defendiese á esa niña de las asechanzas del demonio...

La señora María se mordió los labios de coraje; por primera vez en su vida, dejó de decir lo que sentia, y movió la cabeza en muestra de asentimiento á las falsas palabras de su vecina.

— ¿Pero cómo es que está en el hospital?— preguntó doña Inés;— ¿qué la ha sucedido?

— Segun dicen los periódicos, parece que la encontraron tendida en la calle de Alcalá con un accidente, y que la justicia la llevó al hospital... Pero tienen atrevimiento de suponer que habria robado un lio de camisas que llevaba en la mano...

El inmundo semblante de doña Inés no pudo ocultar la satisfaccion interior que sentia al oír aquella sospecha que pesaba sobre la infeliz Eugenia; y para disimularla á los ojos de su vecina, exclamó:

— ¡Jesus, María y José, qué infamia!

— ¡Y tanto!—replicó la vieja...—Pero ya he ido yo á ver al señor juez, y le he dicho que la señorita mantenía á su padre cosiendo camisas para el corte, y que iria á entregarlas cuando cayó con el accidente...

— ¿Y qué ha dicho el juez?...—preguntó con ansiedad la beata.

— Nada... lo que dicen siempre:—Que se pedirán informes al alcalde de barrio sobre la conducta de la señorita; que citarán al sastre del corte para que reconozca las camisas, y que verán si es verdad que su nombre está en el libro de las costureras... ¡Como si fueran necesarios todos esos preámbulos para conocer que la señorita es incapaz de robar nada á nadie!... No hay mas que mirarla á la cara para saber que es una jóven como hay pocas en el mundo.

— ¡Como ha de ser!... vecina, Dios permite todas esas tribulaciones para acrisolar á los justos.

— Sí, pero los hombres abusan de su poder, y la justicia parece mas bien instrumento de Lucifer para hacernos condenar, que castigo de Dios para que hagamos penitencia en este mundo.

— No murmuremos de las cosas que Dios dispone,—replicó doña Inés alzando los ojos cielo.

Y encubriendo con una curiosidad, sencilla en la apa-

riencia, el afan que sentia por adquirir noticias relativas á don Lorenzo y á su hija, añadió:

—¿Y quién es el juez de la causa?

—¿De qué causa?—preguntó asombrada la señora María.—Pues qué, ¿cree usted que hayan formado causa por eso?

—Quiero decir, el juez á quien usted ha visto, ¿quién es?... Porque yo tengo un amigo que tal vez le conozca.

—No sé decir á usted cómo le llaman... pero el del Barquillo... Allí, en el patio de la Audiencia tiene su despacho.

—¿Y dónde está el depósito del corte? Porque allí discuro yo que será preciso avisar para que no declaren de manera que pueda salir perjudicada la jóven.

—No hay cuidado, —replicó la vieja.

—¡Sin embargo!...

—No, señora... Dirán la verdad, y basta.

—Mas vale así,—contestó doña Inés.—Dios permitirá que doña Eugenia pueda hacer patente su inocencia.

—¡Oh!... Eso no me dá cuidado... ¡Ojalá fueran tan fáciles de remediar todas las desgracias de la señorita!

—¿Pues qué otra cosa la ocurre?

—¿La parece á usted poco lo que ha sucedido con su padre, y el estar los dos postrados en cama en un hospital, y su casa en poder de la justicia?

—¡Verdad es!

—¡Y luego encontrarse al salir sin tener qué comer!... Yo digo la verdad: parece que el Señor se olvida á veces de sus criaturas... ¡Tanta gente mala llena de dinero, y á esos infelices los dejará morir de hambre... privando á la hija de la salud... única renta con que contaba para mantener á su padre!

—No desconfiemos de la misericordia divina,—replicó doña Inés.—Quizás al salir del hospital encuentren esos infelices una alma caritativa que les tienda una mano generosa.

—No lo crea usted, vecina; esas almas buenas tienen la desgracia de equivocarse siempre al hacer sus limosnas... La verdadera necesidad no halla nunca quien la socorra.

—¡Quién sabe si esta vez sucederá lo contrario!... Yo hablaré á una persona muy caritativa que conozco, y como sea verdadera la desgracia de esa familia...

—¿Y usted lo duda?

—Yo no; ¡pero como hay tantos chascos en el mundo!... Y el señor don Lorenzo, segun dice usted, ha tenido buenos destinos... Vaya, es preciso que sea uno de esos avaros que mueren de hambre, mientras apilan el oro.

Esta aparente desconfianza de doña Inés surtió el efecto que ella deseaba en la incauta vieja, que, casi arrepentida de haber pensado mal de ella, la dijo:

—¡Ah! No, señora; don Lorenzo es pobre; su familia ha sido muy perseguida... la secuestraron sus bienes, y no tiene dinero. Yo la ruego á usted que vea á esa persona, por si quiere socorrer á esos infelices. ¡Qué placer seria para nosotras poder ir al hospital á llevar algunos socorros á la señorita y á su padre! Aunque, bien mirado, no los necesitan hasta que salgan de allí... porque ahora están muy bien... ¡Vaya! ¡Los han puesto en la sala de distinguidos!

—¿Pues cómo?

—Porque hay allí una hermana de la Caridad muy buena, que los ha tomado á su cargo.

—Será la superiora, —dijo doña Inés, pensando en sor Clotilde, de cuyas obras de caridad tenia hartas pruebas.

—No sé si es la superiora; pero me parece que sí, porque las otras hermanas la trataban con mucho respeto, aunque es demasiado joven.

—¡Jóven!

—Sí; tendrá veinticuatro años todo lo mas.

—En ese caso no es la superiora.

—Sea lo que quiera, se ha portado muy bien con la señorita. Ya se vé, son amigas antiguas...



—¿Amiga de doña Eugenia?

—Tan amiga, que, segun me ha dicho la misma beata, son como dos hermanas.

—¿Y usted no sabe quién es esa hermana de la Caridad?

—No, señora; jamás me habia hablado de ella doña Eugenia. Pero deben de ser amigas muy íntimas por lo que me ha sucedido hoy allí.

—¿Qué la ha sucedido á usted?

—Nada; sino que el otro dia, despues que se llevaron á don Lorenzo, vino el cartero á traerle una carta de Francia con lacre negro. Yo la pagué; se la fui á llevar hoy á la señorita, y apenas oyó la beata que era de Francia, me la quitó de las manos, la llenó de besos, y se marchó, gritando: *¡Dios mio, la letra es de Fernando!*

Doña Inés hizo un movimiento de sorpresa, y procurando disimular su turbacion á los ojos de la vieja, guardó silencio, esforzándose en aparentar la mayor indiferencia por la importante revelacion que empezaban á hacerla.

—Cansada de esperarla,—añadió la señora María,—entré en la alcoba de doña Eugenia, que estaba dormida, y ví á la hermana de la Caridad, que estaba arrodillada al pié de la cama... Yo la conté lo que habia ocurrido en la habitacion de don Lorenzo; se asustó mucho... y cuando quise calmarla diciéndola... la verdad... que solo habian robado una caja de marfil, hizo las mayores exclamaciones, y cayó desmayada sobre la silla, diciéndome á voces que me fuera de allí y la dejase sola.

—Vea usted confirmado lo que yo la dije,—repuso doña Inés, disimulando la sorpresa que la causaban aquellas noticias. Eso prueba que don Lorenzo es rico, y que en esa caja tendria oculto su tesoro...

—¡No lo crea usted!...—replicó con sinceridad la vieja.—Si ya la dije yo á la hermana de la Caridad que no habia otra cosa en la caja sino papeles... ¡Pero ya se vé... á veces los papeles son tan importantes!

—¿Y quién la ha dicho á usted que habia papeles?... ¿Se sabe ya quién ha robado la caja?

—No, señora... Pero seria alguno de los que subieron el otro dia, cuando se llevaron á don Lorenzo... Creerian encontrar el oro y el moro, como se suele decir, y se han llevado chasco.

—¡Es claro... se han llevado chasco!—repitió doña Inés, sin poder ocultar la alegría que sentia interiormente con la espontaneidad de la vieja.

Esta, por su parte, dotada de un corazon generoso y bueno, y dispuesto siempre á pensar bien de las gentes, no tuvo reparo en seguirse confiando con su vecina, y la dijo, bajando la voz y dando á sus palabras aire de misterio:

—Pues ea, ahora que usted me ha manifestado sus buenos deseos en favor de la desgraciada familia del piso segundo, quiero yo hacer á usted una confianza para que juntas nos ocupemos del bienestar y de la tranquilidad de esa pobre jóven... Ya sabe usted que yo soy su amiga íntima desde que vino á vivir á esta casa...

—Sí; ya lo sé; y á fé que esa preferencia que ha dado á usted sobre los demás vecinos, es el mejor elogio que puede hacerse de esa señorita.

La señora María se envaneció con la delicada lisonja de la beata, y continuó diciendo:

—Ella me ha contado todas sus desgracias, y como yo la acompaño muchas veces cuando vá de compras, ó cosa por el estilo, un dia que fuimos juntas á misa me refirió una historia, que me hizo temblar de piés á cabeza... Encontramos un jóven alto, moreno, vizco, y que parece un ladrón... Usted le conoce.

—¿Yo?... No...—contestó doña Inés, asustada, y suponiendo que las sencillas palabras de la señora María tenían una intencion, de que estaban bien ajenas por cierto.

—¡No tenia nada de particular que usted le conociera! Esta insistencia, siempre sencilla, confirmó doblemente

las sospechas de doña Inés, que acostumbrada á recelarlo de todo, creyó ver una intencion capciosa en la espontaneidad de la vieja.

— ¡Y tanto como tenia de particular! — exclamó doña Inés. — ¿De qué queria usted que conociese yo á ese hombre?... Yo no me trato con esa clase de gente.

— ¡Ave María purísima, señora! — replicó la vieja. — ¡No se asusta usted poco por una cosa tan sencilla!... ¿Qué extraño sería que usted le conociese?... Casi todos los vecinos le han visto pasar por aquí muchos dias, y pararse á la esquina, y no hacen esos aspavientos.

— Usted dispense, vecina, — se apresuró á decir doña Inés, arrepentida del mal juicio que acababa de formar de la vieja; — ¡pero como decia usted que yo le conocia!... Vaya, siga usted contando: ¿qué fué lo que ocurrió?

— Otro dia se lo contaré á usted, — replicó con sorna la señora María, arrepentida á su vez de la confianza que pensaba hacer á doña Inés... Ahora *es ya tarde*... — añadió con cierta intencion, y dando á sus palabras el doble sentido de que era tarde para recoger el recelo que habia nacido en su corazon.

— Como usted guste, — repuso doña Inés; — pero no creo yo que tenga usted razon para callar ahora lo que hace poco queria decirme.

— ¡Qué quiere usted! Son manías... Hace poco no sabia que á usted la asustaba oir hablar de hombres vizcos y mal encarados... Ahora ya sé que sí, y por eso me callo...

Doña Inés sintió exaltarse su cólera, y se levantó de la silla, temiendo no poderse reprimir si continuaba allí.

La vieja confirmó de ese modo sus últimas sospechas, y convencida de que nada lograria averiguar acerca del Duen-de preguntando directamente á su vecina, prefirió aprovechar la ocasion de insultarla.

— Y á propósito de hombres de mala traza, — la dijo, — ¿quién es ese señor seco y amarillo que viene estos dias á

ver á usted?... ¿Es algun poseido que quiere que usted le ahuyente los demonios del cuerpo?

Nada contestó doña Inés, y mordiéndose los labios de coraje, se dirigió á la puerta de la boardilla.

—¿Con que se vá usted sin decirme quién es ese señor? —añadió la vieja. —Pues lo siento... porque tenia encargo de averiguarlo...

—¡Encargo! —repitió doña Inés, volviéndose repentinamente. —¿Y de quién?

—¿De quién?... Eso es mucho preguntar; si se lo digo á usted, sabe tanto como yo...

—¿De la hermana de la Caridad tal vez? —preguntó la beata, perdiendo en aquel momento su acostumbrada calma.

—¿Y qué le importa á la hermana de la Caridad de ese señor?... ¿Está enfermo por ventura?

—¿Pues quién ha podido dar á usted ese encargo?

—Si usted me dijera quién es él, yo la diria lo demás.

—¿Si?... Pues ese señor es un sacerdote, modelo de virtud y de caridad evangélica:

—¡Un sacerdote!... —esclamó la vieja riendo; —¡Con esas trazas de bandolero!... Vaya, vecina, urda usted mejor sus patrañas, porque yo tengo ya muy retorcido el colmillo para tragar esos embustes.

En aquel momento se oyó llamar á la puerta de la boardilla número 3, y la beata salió corriendo al pasillo de la escalera. De otro modo no hubiera podido reprimir su cólera, y habria contestado con ímpetu á la vieja.

Aquella mujer inflexible y perversa, que habia escarnecido á su placer á la pobre Adelaida en la Torre del Duende, veia rota en pedazos la máscara de santidad que encubria sus maldades á los ojos de todos.

Una mujer ordinaria la habia humillado y confundido, y doña Inés no ignoraba las consecuencias funestas que podria tener aquella derrota.

Pero temia otra mayor, si su vecina se apercibia de

quién era la persona que llamaba á su puerta, y que ella creía fuese Cabezota, y se apresuró á salir de allí.

La señora María advirtió el empeño de la Montilla, y pretestando hacerla los honores de la despedida, asomó la cabeza al pasillo.

Y al fijar su vista en el hombre que esperaba á la puerta de la habitación de doña Inés, dió un grito y cerró la suya, diciendo:

— ¡Jesus!... ¡El Vizco!...

— ¡Buena la hubiéramos hecho, — añadió, — si le llegó á contar lo que pensaba!... ¡Y lo que me ha dicho la Crispina que ha descubierto ayer!

## CAPITULO XIX.

### El Vizco.

La sorpresa de la vieja María al reconocer al hombre alto y mal encarado que seguía constantemente los pasos de Eugenia, no pasó inadvertida para doña Inés, á pesar del trastorno en que habia quedado su cabeza con la última parte de la entrevista.

El personaje que esperaba á la puerta de su habitacion la era enteramente desconocido, y de esta circunstancia hubiese sacado algun partido á los ojos de la señora María, si esta no se hubiese apresurado á encerrarse en su boardilla.

—¿Qué se le ofrece á usted? —le dijo doña Inés. —¿A quién busca?

—A usted,—respondió secamente el interpelado, sin bajar el embozo de la capa con que cubria el rostro.

—¿De parte de quién viene usted aqui? —preguntó asombrada doña Inés.

—De parte de los hijos del general Ayamonte,—contestó el Vizco en voz baja.

Doña Inés se estremeció al oír aquellas palabras; pero franqueó inmediatamente la puerta de su habitacion, y el



hombre entró el primero, ocupando con insolente desenfado la silla que habia dejado vacía el Duende.

Siguióle la beata, cerrando la puerta por la parte interior, y se fué á sentar sobre la tarima de madera, dejando caer su cabeza sobre la mano derecha, despues de apoyar el codo en la piedra que servia de almohada.

El Vizco descubrió el semblante apartando el embozo de la capa; sacó un cigarro, y despues de encenderlo en la lámpara que habia en la pared, sopló la luz que ardía delante de la estampa de la Virgen de los Dolores.

Doña Inés no fué insensible á semejante accion; pero se mordió los lábios, cerró los puños, apretó los piés contra el suelo, y guardó silencio.

El Vizco se volvió á sentar con el mayor reposo, cruzó las piernas, se embozó de nuevo en la capa, y quedó mirando de hito en hito á la dueña de la habitacion.

Esta, por su parte, no podia romper aquel extraño silencio, porque tenia la lengua pegada al paladar, y lo que estaba sufriendo, unido á las palabras de su vecina, la habia echado un nudo á la garganta, como vulgarmente se dice.

En poco tiempo la habian ocurrido cosas extraordinarias: La noticia del paradero de Adelaida, de la que ni siquiera sabia que hubiese tomado el hábito de las hermanas de la Caridad; la causa que estaban formando á Eugenia por sospechas de robo, en la que veia un medio de congraciarse con el Duende; y por último, los insultos de la vieja la habian trastornado el juicio. Unase á todo esto la presencia de un desconocido, que para entrar allí habia pronunciado la consigna de sus amigos íntimos, y se podrá conocer lo que sufría en aquellos momentos.

Aquel hombre podia tratarla como quisiera, y exigir de ella cuanto le acomodára.

Ó venia de parte de sus cómplices, y en ese caso dicho se está que la importaba mucho lo que pudiera decirle, ó él

habia averiguado por sí propio las siniestras palabras del *santo y seña*, y dueño del secreto, lo era asimismo de la vida de doña Inés, segun habia manifestado el Duende.

No podia suceder sino una de ambas cosas, y cualquiera de ellas ligaba intimamente á las dos personas que estaban encerradas en la boardilla número 3. Con la diferencia fatal para doña Inés, de que ella no tenia ninguna garantía del hombre á quien veia por primera vez, sino la historia que la señora María no llegó á referirla.

Era, por lo tanto, el reo en presencia del juez que podia condenarla ó absolverla.

No se atrevia á mirarle de frente; en lo que á decir verdad, mas ganaba que perdia, porque la figura del Vizco era en extremo siniestra.

El estrabismo de su mirada era tan pronunciado, que cuando parecia que tenia clavados los ojos en el objeto de la derecha, estaba mirando lo que pasaba al lado opuesto. Esto, que era suficiente á imponer terror á los que le veian por primera vez, no era la única deformidad de su semblante. Una honda cicatriz le cruzaba el rostro desde la ceja izquierda hasta la barba, partiéndole los labios en dos mitades. Su barba, poco poblada, pero larga, ocultaba en parte la herida; y su tez morena estaba salpicada de unos lunares lividos en ambas mejillas, producidos por otros tantos perdigones, que habian atravesado su piel á impulsos de la pólvora.

Pero á pesar de esas marcas siniestras, que á primera vista le daban el aspecto de un bandido, se descubria en el resto de su figura una elegancia tal, que ocultando el semblante le habria hecho pasar por una persona de distincion.

Su edad seria apenas la de veintiocho años, su estatura elevada y sus formas robustas, pero esbeltas.

Una riquisima zamarra de piel de nutria sobre un chaleco de terciopelo verde, y un pantalon de *satin*, color de pasa, que caia sobre una elegante bota de charol, era el

traje, que cubria una capa verde con embozos de terciopelo del mismo color.

En su camisa, de batista cruda, brillaban dos gruesos solitarios; y entre las solapas del chaleco se veían algunos trozos de una cadena de oro, que partía del cuello, ocultándose por fin en uno de los bolsillos.

Recostado en el respaldo de la silla, y dejando caer el ala del sombrero sobre la ceja izquierda, rompió el silencio que habia guardado por espacio de un cuarto de hora con estas palabras:

—¿Me conoces?

—No,—contestó doña Inés, asustada de la franqueza con que la trataba el desconocido.

—Pero harás lo que yo te mande...

—Sí.

—Lo sé; no te lo preguntaba, sino que lo daba por supuesto... Ahora contéstame sin mentir á lo que te voy á preguntar. ¿Dónde está la jóven del piso segundo?

—En el Hospital.

—¿Quién la ha llevado allí?

—La justicia.

—¿En qué sala la han puesto?

—En la de distinguidas.

—Está bien. Pero tén entendido que esa jóven me pertenece. Entrégame la caja que habeis robado en su casa.

Doña Inés no respondió una sola palabra, y el desconocido añadió, sonriendo:

—Es inútil que calles, ni que me digas que no la tienes aquí. Ya sé que no sois tan torpes, ni tú ni tu amo, que querais devolver á la justicia con tanta facilidad lo que guardó tan torpemente. Vé por ella á casa de la Peregrina; entrégala á un hombre que encontrarás en aquel portal, y con el recibo que te dé, vuelves corriendo á verme. Yo no salgo de aquí hasta que me presentes la otra mitad de este billete de Banco.

Y al decir esto, tenia ya en su mano medio billete de mil reales, partido de una manera estraña y difícil.

—Vaya, no pierdas el tiempo,—continuó diciendo el desconocido.

—Yo no puedo... disponer de esa caja,—respondió con voz balbuciente doña Inés.

—Yo sí, y por eso te mando que me la traigas al punto.

—Es que...

—No oigo nada... La caja, ó mañana mismo asistes con un grillete á la exhumacion del cadáver del general.

Doña Inés dió un salto sobre la tarima en que estaba sentada, y puesta en pié, permaneció largo rato sin acertar á dar un paso.

—Ponte la mantilla, y andando,—la dijo el desconocido.

—Pero... ¿y si no quiere dárme la Peregrina?...

—La dices que yo lo mando.

—Pero...

—¿No me conoces?... Pues bien: estudia el mapa de mi rostro, y sabrás decir quién soy.

—¿Y si está allí el señorito?

—¿Qué señorito?... ¿El que paga ó el que cobra?

—Don Longinos.

—A *su escelencia*,—dijo con burla el desconocido,—y á cuantos quieran ponerte impedimento, les dices que vas de parte de Centellas.

—¡Centellas!...—repitió horrorizada doña Inés.

—Sí, Centellas... El capitán... *de la partida del trueno*... ¿Me conoces ahora?...

—Sí, señor,—contestó con humildad doña Inés.

—¿Te atreverás á replicarme?

—No, señor.

—¿Me traerás la caja?

—Al punto.

—Pues ves corriendo.

—Voy corriendo.

Y sin detenerse á cubrir la cabeza con la **mantilla**, que sacó del arcon de pino, salió precipitadamente de la boardilla.

## CAPITULO XX.

Tal para cual.

En un momento de silencio, cuando todos los ojos se dirigían hacia el punto donde se había retirado la mujer, se oyó una voz que decía: —¡Esa es la misma mujer que me salvó la vida!— La voz provenía de un hombre que se encontraba en la cocina. Él mismo se acordó de la mujer que había dado un golpe a la puerta de la cocina, y se acordó de la mujer que había dado un golpe a la puerta de la cocina. Él mismo se acordó de la mujer que había dado un golpe a la puerta de la cocina, y se acordó de la mujer que había dado un golpe a la puerta de la cocina.

Sacó un cigarrillo de papel, se acordó de la estinguida para que había en la pared, e indistintamente que no ardiese, y como si no hubiera sido el mismo el que la había apagado, la arrojó contra el muro. Volvióse luego a su asiento, cambió el rostro con el empuje de la capa, y así permaneció largo rato, con los ojos medio cerrados, como si quisiera gastar en vano el poder de su descomposta mirada sobre sus propios ojos.

Un silbido lento y agudo que penetró en la habitación por la ventana, le hizo poner en pie, y con el mayor desembarazo deslizo la rueda que había dado a la puerta. La persona que esperaba en el pasillo no se alzó a pasar el dintel, y el Visco la dijo: —¡Esa es la misma mujer que me salvó la vida!

## CAPITULO XX.

### Tal para cual.

El Vizco quedó solo en la habitacion, y despues de haber dado una vuelta á la llave, se acercó al altar, y empezó á examinar con indiferencia y maquinalmente los objetos que en él habia. Del mismo modo recorrió las cortinas de damasco amarillo, y se sonrió, mirando alternativamente la tarima de madera que habia en la sala y un catre con tres colchones que se veia en la cocina.

Sacó un cigarro de papel; se acercó á la estinguida lámpara que habia en la pared, é indignado de que no ardiese, y como si no hubiese sido él mismo el que la habia apagado, la arrojó contra el suelo.

Volvióse luego á su asiento, cubierto el rostro con el embozo de la capa, y así permaneció largo rato, con los ojos medio cerrados, como si temiera gastar en vano el poder de su descompuesta mirada.

Un silbido lento y agudo que penetró en la habitacion por la cerradura, le hizo poner en pié, y con el mayor desembarazo deshizo la vuelta que habia dado á la puerta.

La persona que esperaba en el pasillo no se atrevió á pasar el dintel, y el Vizco la dijo:



— Adelante.

— Dispense usted, — le replicó una voz oscura y gutural... — yo buscaba...

— A mí, — repuso el Vizco con tono fuerte.

Y el recién llegado entró en la habitación sin atreverse á replicar de nuevo.

Soltó el embozo de la capa parda en que venia envuelto, se quitó con ademan respetuoso el sombrero calañés que cubria su cabeza, y colocándole en la mano izquierda empezó á darle vueltas con la derecha, sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

Era un hombre de mediana estatura; pero parecia muy bajo á causa del enorme volumen de su cabeza, cuya frente casi se ensanchaba hasta la línea de los hombros. El cabello rojo que caia enmarañado sobre ella la abultaba considerablemente, y sus ojos azules parecian estremadamente menguados por aquel promontorio de carne. Su nariz ancha se presentaba sumida entre dos pobladas patillas unidas al bigote, cerdoso y rojizo como el cabello.

Su traje interior estaba en armonía con su raida capa parda, y nada habia en él que llamára especialmente la atencion.

— ¿Qué te ha dicho la bruja? — le preguntó el Vizco, temiendo que aquel hombre fuese enviado allí por doña Inés.

— Está usted atrasado de noticias, — respondió el recién llegado, sospechando que el Vizco queria saber mas de lo que él habia de decir... Soy yo, — añadió el que debo decirle á ella.

— ¿Te dijo que la esperases aquí?

— Me dijo que me esperaba ella.

— Es lo mismo.

— Podrá ser..... Pero puesto que ha faltado á la cita, me voy.

El Vizco, que habia recogido la llave despues de cerrar la puerta, no se dió por entendido de aquellas palabras.

*Cabezota*, que tal era el apodo del recién llegado, conocia demasiado bien al hombre en cuya presencia estaba, y no se atrevió á insistir en su proyecto de marcha.

—¿Qué tal te vá con el nuevo amo?—le preguntó el Vizco.

—A mí me vá bien con todo el mundo... Cuando no me acomoda una cosa, doy media vuelta y campo por mis respetos... Libre he nacido y libre me hallo; ni pierdo ni gano.

—Si, pero con *su escelencia* no hay necesidad de corre-taje... paga anticipado.

—De todo hay.

—¿Pues cómo?

—El cómo yo me lo sé y lo callo,—respondió *Cabezota*, poniéndose algo sobre sí con las preguntas del Vizco.

Este se sonrió, sacó un cigarro puro, y con tono imperioso, pero sencillo, dijo:

—Fuego.

Y apenas habia pronunciado esa palabra, cuando ardía entre los dedos de *Cabezota* un fósforo, que fué presentado al Vizco con el mayor respeto.

Este se sentó en la silla en que le habia dejado doña Inés, y dando á entender con la frialdad de su semblante que no habia entendido el tono de *Cabezota*, porque le creia incapaz de faltarle al respeto, le preguntó:

—¿Quién entró ayer mañana en el cuarto segundo de esta casa?

—No fui yo,—contestó secamente *Cabezota*.

—No es eso lo que yo te pregunto.

—Pues yo no sé...

—Mentir delante de mí, es lo que no has de saber nunca... Ten cuidado con esta advertencia... ¿Quién se llevó la caja?

—Gazapos.

—No le conozco.

—El hermano de *La Santera* (1) de Maravillas.

—Quién... ¿el Chato?

—El mismo.

—¿Por qué le llaman Gazapos?

—Porque se ha enredado en amorios con una conejera de la plazuela de Herradores.

—¿Y cómo fué que no cogió mas que esa caja?

—No tendria tiempo para mas.

El Vizco se volvió hácia Cabezota, y éste bajó los ojos sin dejar de dar vueltas al sombrero.

—Tengamos la fiesta en paz... ¿Quién le mandó que tomase la caja con preferencia á cualquier otra cosa?

—La bruja.

—¿Qué habia dentro de la caja?

—Estaba cerrada.

—¿Qué habia dentro de la caja?—repitió con voz imperiosa el Vizco.

—Papeles.

—¿La llevó á casa de la Peregrina?

—Sí, señor.

—Toma,—replicó el Vizco alargando un cigarro á Cabezota.

Este dió las gracias con un movimiento de cabeza, y no atreviéndose á demandar el fuego al hombre que le interrogaba fumando, encendió otro fósforo.

—¿Qué habeis adelantado en la calle de San Miguel?—dijo el Vizco cambiando el tono áspero que habia usado hasta entonces.

—En la de la Reina, querrá usted decir,—repuso Cabezota.

(1) La mujer que los criminales tenían de espía en el barrio de Maravillas para que les diese el *santo y seña* en sus fechorías.

Nos hemos propuesto no molestar al lector con notas de ningún género, y solo usaremos las mas precisas, prefiriendo esquivar las voces técnicas ó poco conocidas ó propias de dialectos especiales.

—¿Pues el conde de San Fabian no vive en la de San Miguel?

—Sí, señor, pero su familia entra por el otro lado.

—¿Y tú haces la guardia?...

—Yo y el *Sepulturero*.

—¡El *Sepulturero*!...—replicó el Vizco riendo...—¿De dónde ha sacado el Duende ese enterrador, que no le oido nombrar nunca?

—Le conocerá usted de sobra.

—Tal vez.

—¿No se acuerda usted del compañero de *Lagartos*?

—No me acuerdo.

—Sí tal... aquel que entró en el depósito de la parroquia de San Sebastian y desnudó al marqués que estaba de cuerpo presente.

—¡Ah, sí!...

—Pues ese mismo. Como aquella humorada le valió diez meses de cárcel, le dicen el *Sepulturero*.

—Tu amo es muy torpe para esos lances; si hubiera sido cosa nuestra, ya estaríamos libres de todo el linaje de los condes de San Fabian...

—Nos ha prohibido hacer el menor daño á ninguno de la familia.

—¿Es decir, que sois guardias de honor?...

—Estamos en acecho de la nuera del conde, la marquesa de Santa Rita, y la seguimos siempre los pasos.... El otro dia estuvimos á punto de cogerla en casa del baron.

—¿De qué baron?

—Nunca me acuerdo cómo se llama... ese que vive en la plazuela del Duque de Frias...

—¿El baron del Arfil?

—El mismo... Por un tris no la cogemos en su casa... Pero no hizo mas que bajarse el lacayo y dar un recado en la portería, y siguió hácia el convento de las Salesas.

—¿Y qué habiérais adelantado con verla en casa del baron?

—Avisar al amo, que es lo que nos tiene prevenido.

—¿Y para qué?

—¡Qué se yo!

—Es falso... Tú no haces nada á ciegas.

—Me figuro yo que será para avisar al marqués, y que la vea allí.

—No te pregunto yo lo que tú te figuras, sino lo que piensa hacer el Duende.

—Pues eso será... digo yo.

—Te repito que no se trata de tí, sino de él... contesta... ¿Qué piensa hacer cuando le aviseis que la marquesa está en casa del baron?...

—Pues... nada... Sino que uno de nosotros arme un escándalo con el cochero, y que el otro grite para que vengan los salvaguardias y los lleven á la cárcel... Entonces...

—Comprendo... Será público en Madrid, gracias á los periódicos, que la marquesa de Santa Rita se vió obligada á volverse á pié á su casa desde la del baron del Arfil, donde estaba de visita.

—O en el coche del abad de Maqueda, hermano del señor duque de Alcira, que... *casualmente* pasaba por allí, —dijo Cabezota sonriendo;—pero yo no sirvo para estas cosas; me he acostumbrado á cazar en los pinares de la sierra, y prefiero tener delante del pecho las bocas de veinte fusiles, mejor que una vieja que me esté escuchando lo que hablo detrás de una puerta... Menos temo yo á un trabuco naranjero con una libra de carga y á dos dedos del pecho, que á las bolas negras y al puño de plata que se encuentra uno aquí detrás de cada esquina... Ahora ando en este oficio de mujeres, porque el amo me ha dicho que pronto volveremos á la Torre del Duende.

—¿Sabes que tengo ganas de conocer esa torre?

—Pues por poco lo deja usted... Con un buen caballo y tres dias de camino se quita usted el amargor de la boca.

—Menos tiempo gasta tu amo...

—Ese es capaz de ir y venir en los tres dias... Con razon le llaman el Duende... anda mas que el pensamiento de los hombres.

—¿Y qué vida haceis allí ahora que se acabaron las facciones? Siéntate y cuenta alguna de tus proezas mientras viene esa bruja.

—¿Pero es de veras que la está usted esperando?

—Sí.

—Creí que la habia usted hecho desaparecer del mundo.

—No tal.

—No se perdia nada,—dijo Cabezota.

Y al sentarse sobre la tarima de madera para empezar su narracion, se oyó en el pasillo la respiracion comprimida de una persona que habia estado escuchando largo rato por el agujero de la cerradura.

---



## CAPITULO XXI.

### Cabezota cuenta algunos lances de su vida.

Cuando Cabezota, que habia recibido en silencio la llave de la boardilla de manos del Vizco, abrió la puerta; ya no habia nadie allí.

La vieja María acababa de entrar en su habitacion, de la que habia salido poco despues de entrar Cabezota en la de doña Inés.

Este volvió á cerrar, dejando puesta la llave, y sentándose otra vez en la tarima, dijo:

—No hay nadie.

—Pues dá principio á la historia,—replicó el Vizco, subiéndolo hasta los ojos el embozo de su capa, y alzando los piés del suelo para colocarlos en un palo de la propia silla en que estaba sentado.

—¿Tiene usted frio? —le preguntó Cabezota.

Y sin aguardar la contestacion, quitó la capa de sus hombros, la dobló y la puso sobre el suelo.

El Vizco no dijo una sola palabra, y estirando las piernas, ocultó sus charoladas botas entre los pliegues de la improvisada alfombra.

—¿Qué historia quiere usted que le cuente... la del al-

calde de Segura, la de los cazadores, ó la de la Perla?... ¡Oh! en esta última estuve muchas veces á punto de volver el trabuco contra el jefe.

— ¡De cuando acá!... — exclamó el Vizco al ver que Cabezota se enternecía, y hablaba de rebelarse contra su amo.

— Si no hubiese sido por la subordinacion, — añadió aquel, sin hacerse cargo de la exclamacion del Vizco... — y porque, ¡ya se vé!... él decia que tenia motivos para obrar de aquel modo...

— ¿Pues qué hacia?

— Es cosa larga, y... la verdad, no me hace mucha gracia el referirla... Me sucede con esto lo que con la muerte del niño Enrique...

— Es el recurso de tu amo; no sabe librarse de sus enemigos sino matándolos.

— O volviéndolos locos, — dijo con maligna sonrisa Cabezota.

— ¡Otra que tal!... — replicó el Vizco; — valientemente hizo el oso entonces.

— Fortuna que nadie supo que habia sido él...

— Dí que nadie se atrevió á decirlo... Que tenga algun dia la desgracia de caer en manos de la justicia, y verás como los mismos señores que hoy comen con él, le hacen la obra de caridad de añadirle ese capítulo mas de culpas... Y si sigue siendo tan torpe como hasta aquí, el mejor dia le pescan en una.

— No es tan torpe como usted cree, — repuso Cabezota, volviendo con presteza por la honra criminal del Duende... — Lo que tiene, añadió, es que trabaja á su modo, y su estado no le permite hacer todo lo que quisiera... Pero si usted le viese á caballo en medio de la sierra, conoceria si es todo un hombre... Lo mismo se pasa él los quince y los veinte dias sin desnudarse, y durmiendo á caballo entre vara y media de nieve, que otros en una cama de pluma... Tiene ahora una jaca negra de dos cuerpos, retozona y en-

demoniada, que no hay nadie que se atreva á montarla sino él... Por el ojo de una aguja se mete con ella... salta zanjas de dos varas y media, como quien dá un solo paso, y la baja al galope por despeñaderos, donde no van ni cabras...

—¿Te propones hacerme la historia de tu amo, ó piensas publicar algun pliego de aleluyas con la vida y milagros del Duende?... —replicó sonriendo el Vizco.

—No señor... pero vamos al decir... ¡Cómo usted cree que es torpe!...

—Y si no lo hubiera creído antes de oírte, lo creería ahora... Pues vaya, que se necesita mucho talento para hacer lo que el último soldado de caballería...

—Si fuera eso todo, tendría usted razón; pero hace otras muchas cosas... ¡Oh! es un hombre de provecho. Y luego hay que disculparle alguna cosa, porque al cabo y al fin es un señor... y no habrá muchos de su clase que sean tan bravos... Para mí no tiene mas defecto que el ser tan duro con las mujeres y los niños como con los hombres.

—¡Estoy sorprendido de verte tan sentimental!...

—Pues es la verdad... El hombre podrá ser mas bajo ó mas alto, y unos mas fuertes que otros; pero tiene pelos en la cara y puede defenderse... ¡Pero los niños! ¡Oh! ¡los niños! ¡Si hubiera usted visto á Enrique cuando le sacamos del coche donde iba con el aya á tomar baños! ¡Pobrecillo! Si yo hubiera sabido lo que iban á hacer luego con él, le hubiese dicho á su tío: «Aquí sobra uno...» De pensar yo lo que trabajé para sorprender el carruaje... me estremezco... Y no será porque me costó matar con solo mi trabuco al mayoral y al postillon... eran hombres, y ya es otra cosa...

Esta horrible distincion con que Cabezota pretendia disculpar su criminalidad, ó mejor diremos, hacer la apología de ella, no era estraña al hombre á quien se la contaba.

Las maldades del Vizco, como habrá podido conocer el

lector, no eran de ese género; pero le ponian en contacto con toda clase de malhechores, y habia oido á muchos de ellos espresarse del mismo modo en esa materia.

Por eso no hizo caso de lo que Cabezota hablaba, y le interrumpió, diciéndole:

—Oye, deja esos sermones para cuaresma, y dime quién era esa Perla, por la que tanto te interesabas.

—Ni mas ni menos que todos los que estábamos allí... Como que al fin y al cabo se la robaron al amo.

—¿Tú no tuviste parte en ese robo?

—¡Yo!... no señor... y esa pregunta que usted me hace le costó bien cara á uno de mis compañeros.

—¿Pues qué le hicistes?

—Le arrimé una bofetá de *cuello vuelto*, donde su madre le habia puesto el pecho de niño, y sembré el suelo de dientes y muelas. Yo no hago traicion á nadie nunca... Cuando no me gusta una cosa, me retiro... y á vivir por donde Dios abra playa.

—¿Con qué le soplaron al Duende la querida?

—La Perla no era querida del amo ni de nadie... Era una santa que tenia encerrada en la torre.

—¿Y hacia muchos milagros?—preguntó con cinica sonrisa el Vizco.

—El de sufrir tres años el mal trato de ese hombre, que no es poco.

—¡Veo que eres un acérrimo defensor de tú amo!... ¡Si todos sus amigos son como tú, está medrado!

—Yo á nadie adulo,—replicó Cabezota con una energía tal, que el Vizco se apresuró á cambiar el tono de su reconvencion, diciéndole:

—Así me gusta, eres tan leal como siempre.

La lisonja llegó tarde; pero Cabezota, sin cuidarse de ella ni en un sentido ni en otro, añadió:

—Cien veces le he reprendido á él mismo su proceder con la señorita Adelaida.

— ¡Adelaida!... — repitió con asombro el Vizco.

Y procurando disimular la curiosidad que se advertía en su semblante, añadió con tono festivo:

— ¡Adelaida!... bonito nombre para heroína de una novela romántica...

— ¡Tener encerrada un año y otro á una jóven tan hermosa y tan buena, fué una crueldad!... Y fortuna que al poco tiempo de estar allí, la libraron del mal trato de esta maldita vieja...

— ¿Doña Inés ha visto alguna vez á esa jóven? — preguntó con aparente indiferencia el Vizco.

— ¡Ya lo creo!... como que ella fué la que la robó de casa de sus padres por encargo del Duende.

— Estaría enamorado de ella; y en ese caso, no veo nada de particular en lo que tanto te horripila y te asombra... Ese es precisamente uno de los principales objetos de nuestro instituto. La primera condicion de los estatutos de la *partida del trueno*, es atropellar los obstáculos que puedan presentarse en lances de esa especie... Para nosotros, como tú sabes, no importa nada ni la voluntad de sus familias, ni la de las mismas interesadas... Basta que un sócio se enamore de una mujer, para que no queden burladas sus esperanzas... Así se opongan los padres y los hermanos, como todos los tios y tutores del mundo...

— Todo eso está bien, — replicó Cabezota... — y nada tiene que ver lo uno con lo otro... Cada cual tiene su alma en su manga, y cuando un hombre está enamorado, se le pueden perdonar los mayores disparates y locuras. Pero el amo no estaba enamorado de la Perla, sino que por el contrario, no podía verla ni pintada. Esa historia es un misterio muy grande, ó no hay misterios en el mundo.

Mientras hablaba Cabezota, el capitán de la partida del trueno leía con atencion un manuscrito que habia sacado del bolsillo, entre un puñado de papeles y de billetes de Banco.

Lo volvió á guardar, esforzándose por disimular su sorpresa, y haciéndose cargo de las últimas palabras del bandido, le dijo:

—¿Con que es un misterio, eh?

—Y grande... La vida que hacia la señorita, lo prueba mas que nada... Siempre encerrada en el gabinete de *la culebra*, ni vió, ni habló en todo el tiempo que estuvo allí á nadie, sino á doña Inés y á otra mujer, que la sirvió tambien de carcelera...

—¿Y qué gabinete era ese?

—El mejor que tiene la torre; pero donde no habia entrado alma nacida hacia mas de cinco años, porque dicen que allí estuvo encerrada una señora, y que una noche entró por la ventana una culebra, y la quitó la vida *bebiéndola el aliento*... Y por eso le llaman el gabinete de la culebra.

—Pero dime, si nadie la veia, ¿cómo pudiste verla tú?

—Yo no he dicho sino que ella no veia á nadie... por lo demás, todos los que la seguíamos á larga distancia, y ocultos entre los pinos cuando salia á paseo, estábamos hartos de verla... En eso hacia bien el amo, porque aunque ni las tropas de la reina ni persona nacida se atrevia á acercarse tres leguas á la redonda de la torre, siempre era bueno no descuidarse... Hombre prevenido vale por dos, como dice el refran... A mí me daba mucha pena verla salir á pasear de noche, llorando las mas veces, y sin tener una persona á quien contar sus penas... El hombre mas afligido se alegra cuando puede desahogar su pecho con alguien... pero la señorita no podia contar con ese consuelo siquiera... Y era valiente, porque á mas de cuatro hombres los he visto yo temblar, y echarse el trabuco á la cara con el ruido que hace el viento entre aquellas malezas; y ella lo oia como si tal cosa. Verdad es que no tenia miedo, porque no sabia la clase de gente que anda por allí... Me acuerdo una noche que iba yo siguiéndola, á poco mas de cinco varas de distancia; se me enredó el trabuco en una rama, y







FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—Y por poco al tirar para desenredarle sale el tiro.,,

por poco al tirar para desenredarle sale el tiro. Me hubiera pegado una puñalada, si por mi causa le sucede alguna desgracia... Pero me hizo gracia oírle decir: — ahí ha saltado alguna liebre. — Si, no es mala liebre la que hubiera saltado, dije yo para mí, si llega á soltarse el gatillo...

El Vizco no se atrevia á interrumpir á Cabézota, por miedo de que no le contestára con franqueza á las preguntas que pensaba hacerle; pero por fin le dijo:

— ¿Sabes que me vá interesando esa muchacha?

— No lo creo... aunque no tendria nada de particular; porque otros mas duros que usted han llorado al verla.

— ¿Conoces tú muchos hombres mas duros que yo? — preguntó el Vizco, tratando de desvanecer las sospechas que pudiera despertar la curiosidad con que escuchaba las palabras del bandido.

— Segun y conforme, — replicó éste, como hombre valiente y arrojado; — puede usted pasearse entre los primeros... Como corazon de hierro, mi amo no tiene igual en ninguna parte... Tan seco como es de cara, es de lágrimas... ocurra lo que ocurra, sus ojos siempre están limpios como una patena.

— ¿Castigaría atrocemente á los que protegieron la fuga de esa jóven?

— La mujer que lo supo, y no dió parte con tiempo, habrá dado cuenta hace mas de un año y medio en el tribunal de Dios de sus culpas... En cuanto al viejo que la llevó hasta Alicante, donde dicen que se embarcó en un vapor inglés, tiene la fortuna de no haber sido hallado aun... pero discurre yo que no acabará sus dias de muerte natural, porque el amo ha ofrecido veinticinco onzas de oro si le presentan vivo, y doce si le entregan su cabeza... Yo puedo decir á usted que si le encontrára alguna vez volveria la vista á otro lado, perdonándole la vida por la buena accion que hizo con la señorita... Y eso que al principio traté de buscarle; pero lo hacia con ánimo de matarle, temiendo que otro le cogie-

se vivo, y le hiciesen declarar dónde estaba la señorita... Tiene el amo una habilidad particular para hacer cantar en el potro... los hombres mas reservados y duros se hacen *chotas* y blandos á su lado.

—¿Y nada se ha podido saber de esa muchacha?

—Nada... no es fácil. Figúrese usted que si ella está en Inglaterra con sus padres...

—¿Pues no dices que la robaron en una casa en Madrid?

—Sí, señor; pero ese es un *belen* muy grande. Yo tengo entendido, por cierta conversacion que oí una vez, que su padre es extranjero...

—¿Vive aun su padre?...—dijo el Vizco dando á entender con el tono de su pregunta que deseaba oir una respuesta negativa.

—Hace tres años vivia... ahora no sé.

—¿Tú le has visto alguna vez?

—No, señor; pero he oido silbar las balas de los hombres que iban en su compañía cuando estuvo en la Torre del Duende.

—¿Y vió á su hija en aquel encierro y no la sacó de él?

—¡Como si eso fuera tan fácil!... ¿Pues qué, se le figura á usted que éramos de mazapan los que estábamos allí?... Verdad es que no sabíamos ni que fuese el padre de la señorita el que venia, ni cosa que lo valga; pero lo mismo hubiese sido... Figúrese usted que estábamos una noche rondando el coto veinte hombres á caballo, y todo estaba en silencio: ni pájaros se atrevían á pasar por allí... Media vara de nieve cubria la tierra, y sobre nuestras mantas llevaríamos un dedo de escarcha, mas fria y mas dura que el mismo hielo... cuando de repente, aun no habia salido al cielo la estrella de las dos de la madrugada, yo, que ¡bendito sea Dios! tengo un oido mas fino que el del tigre, sentí ruido de caballos hácia la parte alta del monte, como á media legua de la casa... Paré mi caballo, dije á los de-

más que hicieran lo propio, y ya no nos quedó duda de que nos habia caído que hacer aquella noche... Volvimos las riendas hácia el sitio donde sonaba el ruido, y antes de descubrir á los contrarios, echamos pié á tierra, atamos los caballos en los pinos, y con el trabuco al brazo nos apostamos en un desfiladero, por donde precisamente habian de pasar los que entonces teníamos por soldados de la reina... Les mandamos hacer alto ápenas los tuvimos cercados, y obedecieron inmediatamente, preguntando el que parecia ser el jefe, por el amo de la torre, y añadiendo que allí le esperaria armado ó desarmado, como nosotros quisiésemos... Que era un grande amigo suyo, y que no le dijese otra cosa sino que estaba allí el que habia de llevar la contestacion á la carta del duque de Mon... Mon... no me acuerdo... un título franchute ó gringo.

— ¿Mont-Marsan?... — dijo con ansiedad el Vizco.

— El mismo... ¿Lo sabia usted ya?

— No... pero es un título muy conocido en Francia, y...

— Pues ese es el padre de la señorita Adelaida...

El Vizco se levantó de su asiento, dió algunos pasos por la sala, consultando de nuevo el papel que llevaba en el bolsillo, y acercándose á Cabezota, le dijo:

— ¿Con que tan decidido defensor eres de la Perla?... ¿Eh?...

— Sí, señor... Hoy no puedo hacer nada por ella, porque no sé dónde está, y quizá no necesite nunca de mí; pero si alguna vez la viese en peligro, vive Dios que sabria dar mi vida por ella.

— Mucho entusiasmo es ese.

— Estoy seguro de que haria usted lo mismo si la hubiese tratado como yo. A la grupa de mi cabalgadura fué á Gibraltar y volvió la pobre señorita, y le aseguro á usted que desde entonces me pareció una santa... El amo, y veinte hombres mas, disfrazados todos de contrabandistas, venian en nuestra compañía; pero nadie se atrevió á decirla

«malos ojos tienes» siquiera. Bien sabia el amo que si la hubiese dicho una mala palabra, se acababa mi prudencia, y Dios sabe lo que hubiera sucedido... Toda la gente estaba de mi parte en ese punto, y si hubiésemos sabido entonces que el que nos perseguía era el padre de la señorita, no habríamos cruzado nuestras balas con las de sus guardias.

—¿Y no pudo el duque daros alcance?

—Nadie conocía el terreno como nosotros, y además, mientras él esperaba la contestacion á la embajada, llevábamos ya media legua de camino hácia Sierra-Morena.

—¿Y si la señorita Adelaida necesitase ahora de tu brazo, podria contar contigo?

—Al momento.

—Pues yo recojo tu palabra en su nombre.

—¿Quién? ¿Usted?... Vaya, ¿se habrá usted engañado? ¿Será otra Adelaida la que usted conoce!...

—¿Te arrepientes de tu palabra?

Cabezota miró al Vizco con una sonrisa mezclada de lástima y de desprecio, y le dijo:

—¡Lo mismo conoce usted á la señorita de que yo hablo, que á mí!... ¿Cuántas veces ha oído usted decir que yo me haya arrepentido de lo que una vez he dicho?

El Vizco le tendió la mano como único medio de ganarle para los planes que proyectaba, y Cabezota la estrechó entre las suyas con alegría, diciendo:

—¿Con que sabe usted dónde está la señorita?

—Sí; pero es preciso no perder tiempo, porque quizás á estas horas haya descubierto tu amo su paradero.

—En ese caso...

—¿No te atreves á disputar la presa á tu señor?

—Sí tal... me atrevo...—contestó Cabezota despues de vacilar un momento, y sacudiendo fuertemente la cabeza.

Y aun no habia concluido de pronunciar estas palabras, cuando llamaron á la puerta y se oyó la voz de doña Inés en el pasillo.



—Esta noche, á las once, en el sôtanillo de la Melitona,—dijo el Vizco, acercándose al oído de Cabezota.

Y abierta la puerta, entró doña Inés, que al ver á Cabezota hizo un movimiento de sorpresa, y aparentó recatar á su vista un papel amarillo que traía en la mano.

—No hagas misterios,—dijo el Vizco...—Venga ese recibo.

—¡Si viera usted lo que me ha costado!—replicó doña Inés, alargando el medio billete.

El Vizco lo estendió sobre el altar; lo confrontó con la otra mitad que llevaba en el bolsillo, y dejando ambos pedazos sobre la mesa, abrió la puerta, y dijo:

—¡Supongo que no habrás olvidado mi encargo!... La familia del piso segundo *me pertenece*, y nadie tiene derecho á ocuparse de ella sino yo.

—Está bien,—respondió con humildad doña Inés.

Y viendo que el Vizco se marchaba sin recoger los dos medios billetes, le gritó:

—¡Eh, señor!... ¡Que se deja usted el billete!

El Vizco contestó desde el pasillo:

—Llévalo al Banco, y si te lo pagan, que te haga buen provecho.

## CAPITULO XXII.

### Planes siniestros.

Apenas habia salido el Vizco de la boardilla número 3, cuando la vieja María tosió, asomando la cabeza al pasillo, como para decir á doña Inés: «le vi entrar, le he oido hablar, y le veo salir.»

La beata cerró incomodada la puerta, sin que el mal humor la impidiera volverse á recoger las dos mitades del billete de mil reales, que habian quedado sobre la mesa, y que ya no estaban allí.

Cabezota habia descansado su mano sobre ellas, y como si hubiese dado el golpe sobre un tablero preparado de antemano por Macallister, la levantó en presencia de doña Inés, y nada habia debajo de ella.

El juego de manos se hizo con tal limpieza, que aunque la beata no podia dudar del robo, no tuvo el gusto de ver cómo se habia hecho.

Y temiendo perder algo mas que los mil reales, no se atrevió á decir una sola palabra, contentándose con mirar alternativamente á la mesa y al bandido.

Este tuvo asimismo la prudencia de hacerse el distraido, y dijo:

—Hace una hora que estoy esperando.

—¡Cómo ha de ser!...—replicó doña Inés.—Mas he perdido yo que usted.

—Lo creo,—repuso el bandido, aludiendo con una sonrisa maligna á la pérdida del billete.

—Y bien: ¿qué tenemos?

—Un dia mas que ayer.

—¿Estuvo usted en el Hospital?

—Estuve.

—¿Y qué se sabe del viejo?

—Lo que sabíamos antes de ir allí... Que está alelado, y que llora y rie como un tonto.

—¿Y su hija?

—A la chica no puede verla nadie, porque la asiste una de aquellas monjas, muy amiga suya, á lo que parece.

—¿Y no ha podido usted saber quién es esa amiga?

—Si lo hubiera preguntado, tal vez me lo habrían dicho; pero creí que esa noticia no nos serviría para nada.

—Al contrario; es preciso averiguar quién es á todo trance.

—¿Es preciso?

—Sí.

—Pues nadie puede hacer esa diligencia mejor que usted.

—¡Yo! No.

—Yo tampoco.

—¿Por qué no?

—Porque estoy harto de andar haciendo esos papeles, mas propios de mujeres que de hombres... Usted es una bruja, y la está bien cualquier cosa... puede usted ir allá, y á título de vecina, decir que vá á socorrerla y... ya usted me entiende. Antes la llamaban á usted la madre de los presos, ahora la llamarán la madre de los enfermos. Yo, por mi parte, repito que no vuelvo á encargarme de esas comisiones.

—Pues eso dígaselo usted al señor.

—Ya se vé que se lo diré... ¿Se figura usted que me muerdo la lengua para hablarle? Hagan ustedes el ojeo de la caza, y no cuenten conmigo hasta que se presente á tiro alguna pieza.

—Una tenemos ya.

—¿Dónde está?

—Estará; pero antes es preciso que yo acabe de dar algunos pasos que me faltan, y luego... En fin, esta noche nos veremos en casa de la Peregrina.

—Antes quiero saber de qué se trata, porque repito que ya me vá cansando tanto misterio. ¿Y para qué?... ¡Para librarse de una persona que estorba! ¡Hay mas que decirse-lo de una vez, y punto concluido!

—No siempre se puede todo lo que se quiere, y ya sabe usted que al amo no le gusta que se haga daño á nadie.

—Sí; no quiere sacar la sangre por una herida de cuatro dedos, sino gota á gota, por cien pinchazos de alfiler... ¿Eso les parece á ustedes mejor?... Pues á mí no. Cuando me incomoda una persona, la digo: «tengo un resentimiento con usted... y nos vamos á ver las caras ahora mismo...» Luego... la suya blanca y la mia negra... y atiza.

—Pero no se trata de nada de eso, sino de un lance muy difícil, que si usted no puede hacerlo, no hay nadie que lo haga.

Cabezota miró con desdeñosa sonrisa á doña Inés, y la dijo:

—¡A mí no me *cobea* nadie, señora! Tengo ya muy retorcidos los colmillos para esas adulaciones.

—Es la verdad.

—Pues no se estrene usted conmigo para decir verdades... y dígame pronto de qué se trata, porque estoy haciendo falta en otra parte.

Doña Inés le hizo seña para que callára; se paró á escuchar un momento, y abriendo de repente la puerta de su habitacion, dijo con tono irónico:

— Pase usted adelante, vecina.

La puerta de la boardilla número 5, cerrándose de golpe, fué la única respuesta que tuvo la invitacion de doña Inés, que aun no habia conocido á la persona que estaba escuchando; pero suponía que era la vieja María.

El bandido, que habia llevado la mano al bolsillo de su chaqueta al abrir la puerta la beata, la retiró apenas oyó que se trataba de una mujer curiosa, y dijo:

— No haga usted caso: lo mismo sucedió antes, cuando estaba aquí el capitan Centellas... Todas las mujeres son lo mismo... amigas de escudriñar y de oler; pero sin mala intencion.

— Se equivoca usted,—replicó la beata, cerrando la puerta y cubriendo el agujero de la cerradura con un pedazo de paño que, á prevencion, tenia clavado encima.—Lo bueno que tiene,—añadió,—es que nosotros no hablamos á gritos; pero esa vieja es muy mala.

— Con que decia usted que se trata de un lance difícil,—interrumpió Cabezota, despreciando las observaciones de doña Inés.

— Le diré á usted,—repuso la beata en voz muy baja,—es difícil y fácil.

— Fácil para ustedes, y difícil para el que se encargue de ello... ¿no es esto?

— De todo hay... Se trata de acompañar á una señora en un viaje fuera de la corte...

— Oficio que desempeñará usted á las mil maravillas, como muy ducha en esa clase de expediciones...

— Yo no; es usted el que ha de ir con ella.

— ¿Quién, yo?... Pues no dejaria de ir divertida... Buena conversacion llevaria por el camino.

— Es que no se trata de darla conversacion... ni de divertirla... Vá á la fuerza...

— Lo supongo; pero de todos modos, no sirvo para el caso.

—Es que primero es preciso apoderarse de ella y meterla en el coche...

—Pues diga usted que se trata de robar una señora, y no de acompañarla en un viaje.

—Es que son ambas cosas.

—Sí; pero antes de bautizar al niño es preciso que su madre le eche al mundo... ¡Tienen ustedes un modo de decir las cosas, que pasma!... Bien decia yo, que el negocio habia de ser mas fácil para dicho que para hecho.

—¿Qué, no será usted capaz?...

—Yo no necesito decir ahora de lo que soy capaz...—replicó el bandido, alzando su bronca y áspera voz.—Cuénteme usted los pormenores de ese lance, sin misterios, y luego veremos.

—¡Chis!... Hable usted mas bajo,—dijo sobresaltada doña Inés.

—Sí; no hay duda que quedaria muy enterado el que estuviese escuchando... Con que no lo entiendo yo que estoy dentro, y quiere usted que desde fuera sepan lo que estamos hablando... Explíquese usted con claridad, y aunque nos hablemos al oído como los confesores.

La ruda franqueza de Cabezota tenia inquieta á doña Inés, y haciéndole seña para que se sentára sobre la tarima, que, como sabe el lector, estaba en el sitio mas distante de la puerta, le dijo:

—Présteme usted atencion por un momento, y lo sabrá todo.

—Ya escucho.

—Mañana, ó pasado mañana, esto depende de circunstancias que no se saben aun, por delante de las verjas del Jardin Botánico, pasarán dos mujeres con direccion al Hospital... Es preciso apoderarse de ellas y meterlas en un coche, que llegará allí en aquel mismo momento...

—Antes era una, ahora son dos... Ello irá saliendo,—interrumpió el bandido.



—Es que una de ellas no nos interesa cogerla.

—¿Con que habrá que dejarla allí?

—No tal: de ese modo éramos perdidos... Hay que llevarla con la otra.

—Pues bien digo yo, que son dos.

—Sí; pero la una...

—La una se resistirá tanto como la otra, y son dos personas que se resisten, y mujeres por añadidura, que pondrán el grito en los cielos...

—Para todo hay mañas en este mundo.

—¿Sí?...—esclamó con ironía Cabezota.—¿Me lo dice usted, ó me lo cuenta?

—Lo cierto es que el amo lo ha resuelto así...

—Pues que lo haga él mismo.

—Esa no es razon.

—Tampoco es razon que pida á nadie imposibles... Para eso vale mas irse á presentar en la cárcel *de motu proprio*... ¡Precisamente han ido ustedes á elegir un sitio que no es público!... ¡Friolera!

—Al anochecer, y con un palmo de nieve...—replicó doña Inés.

—¿Y qué señas tienen esas señoras?—preguntó el bandido, dispuesto al parecer á encargarse del negocio.

—Ya se lo dirán á usted en el momento que lleguen allí...

—¿Qué señas tienen?—repitió Cabezota.

—No puedo decir á usted mas sino que tienen un traje muy conocido... y en fin, no dará usted el golpe en vago.

—Ni en seguro tampoco... Ya puede el Duende buscar otro que se encargue de esa trapisonda... Así como así, á mí no me gusta maltratar á las mujeres...

—Es que no se quiere hacerlas daño.

—Sí; pero ellas querrán gritar... y el hombre no tiene siempre la paciencia en el bolsillo...

—En ese caso...

— En ese caso... otro se encarga... Ya lo he dicho. A mí no me gusta que nadie me corte la tela... quiero tener libertad para obrar á mi gusto... Me conozco, y sé lo que soy en esos casos... Seria yo capaz de dejarme matar primero que poner las manos sobre una mujer... Ahí tienen ustedes á Gazapos, que lo hará corriendo... Es un gallina, y por consiguiente, bravo con los niños y las mujeres.

— Gazapos no puede.

— ¿Está manco?

— No por cierto; pero harto tiene que hacer con lo que le acabo de decir.

— ¿De qué se trata?... Porque quizás podamos hacer una permuta.

— No es fácil; él no sirve para lo que acabo de proponer á usted.

— Si; pero sepamos lo que á él se le ha mandado, y quiere decir que haríamos ambas cosas á medias.

— De todos modos, las primeras diligencias él solo puede hacerlas, porque es muy amigo del escribano que le salvó la vida cuando marras.

— ¡Buenos miles de reales le costó al pobre!

— Se entiende... Como que de los veinticinco mil duros robados no parecieron sino treinta mil reales en billetes, y lo demás...

— Se lo comieron entre músicos y danzantes; eso sucede siempre... ¿Pero qué traen ahora con ese escribano?... Si no me engaño, está en el juzgado del Barquillo...

— Precisamente; y por eso necesitamos de él.

— Esplíquese usted:

— Me explico: la jóven que vivia en el cuarto segundo.

— ¡Otra te pego!... — exclamó Cabezota. — Tienen ustedes guerra declarada á las mujeres.

— Es preciso... Esa jóven fué recogida en la calle por la justicia, sin sentido, á lo que parece, y á su lado se encontraron unas camisas nuevas...

—Sí, de municion... Oí decir ayer que la pobre muchacha mantenía á su padre cosiendo para el corte...

—Bien... sea lo que sea... las gentes dicen lo primero que les viene á la boca... Lo cierto es que la están formando causa por haber robado esas camisas, y es preciso que el escribano disponga las cosas de manera que...

—¡Resulte probado el robo!...—interrumpió el bandido.—Lo sabrá hacer á las mil maravillas. El fiscal dirá que es cierto; el abogado que es mentira; confirmará el juez lo del robo; volverá á negarlo el abogado, y los magistrados la darán una plaza por cuatro años en la galera, con apercebimiento y las costas... ¿No es verdad?... Tampoco me gusta ese negocio.

—Pues no hay remedio... Todos estamos interesados en que se lleve á cabo.

—¿Todos?...

—Sí, todos: presa esa jóven antes de salir del Hospital, nos ahorramos las pesquisas de la autoridad para encontrar á los que se llevaron la caja de marfil.

—Lo que es yo me lavo las manos.

—Sin embargo, es usted el único hombre que han visto entrar aquí estos días, y podría suceder...

—Sucedá lo que suceda, no tomo parte en nada... Si no tenía usted mas que decirme, ya estoy aquí demás.

Y poniéndose en pié, se dirigió hácia la puerta.

Doña Inés quiso detenerle, y le dijo:

—¿Pero en qué quedamos?

—Lo tengo bien pensado,—replicó Cabezota abriendo la puerta.

—De todos modos,—le dijo doña Inés,—no falte usted esta noche á las ocho en casa de la Peregrina.

El bandido no contestó nada, y salió de la habitación, subiéndose el embozo de la capa hasta los ojos.

## CAPITULO XXIII.

Nadie pase sin hablar al portero.

Cabezota bajó la escalera distraído, y pasó sin saludar por delante de la señora Crispina, que estaba ribeteando un zapato detrás del biombo donde trabajaba su marido.

—Dios le guarde,—dijo la zapatera;—¡habrá bestia!... ¡pues no parece sino que pasa por una cuadra!...

Cabezota no hizo caso, y salió á la calle sin detenerse.

El zapatero de viejo, que era en verdad un viejo zapatero, atendida su mucha edad y la larga práctica que tenia del oficio, no alzó la vista de la labor que tenia entre las manos, y al oír las palabras de su mujer, la dijo:

—Me hubiera alegrado de que ese hombre te hubiese dicho una desvergüenza.

—¿Y por qué? ¿Pues qué no hay mas que decir desvergüenzas?... ¡Pobre de él si se hubiera propasado en tanto así!...

Y la zapatera señaló la punta de la aguja que tenia en la mano.

—¿Quién te mete á tí en decirles que saluden ni que dejen de saludar?...—repuso el zapatero...—¿Eres tú la portera?

—Sí...

—¡Qué mas quisieras tú!... —replicó el zapatero sonriendo... —Bastante trabajaste por conseguirlo en vida del difunto don Luciano.

—Y si hubiera vivido, —dijo la Crispina, —me nombra portera... Pero el administrador que hay ahora es un don Quijote, tan sério, y con una cara que parece que le deben y no le pagan... ¡Jesus! ¡Bien dicen, que el animal mas sério es el burro!...

—Echa, hija, echa... —interrumpió el zapatero.

—Pues digo bien... Aunque se vista de seda la mona, mona se queda... Ese hombre será siempre un mozo de cordel, aunque lleve levita de paño fino y cadena de oro... El vecino del piso principal es el que le conoce bien, dice que le ha llevado los muebles siempre que se ha mudado de casa, y que era el mozo de cordel de mas fuerza que se conocia en Madrid... Pero ya se vé, le cayó la lotería, y como prestó cinco talegas al dueño de esta casa, le hizo administrador de ella.

—¿Y qué nos importa á nosotros de eso?

—Si á tí no te importa, á mí sí.

—Porque no te ha dejado poner el rotulito en el portal...

—Mucho que sí; por eso. ¿Qué mal habia en que yo hubiese puesto el *nadie pase sin hablar al portero*?

—Al zapatero seria preciso decir, —replicó sonriendo el marido de la Crispina.

—Esa es una sandez como tuya, —dijo la zapatera, —los porteros son porteros, y todo el mundo los llama así, aunque hagan zapatos ó palillos para mondar los dientes... Y lo cierto es, que á mí no me hubiese costado nada el rótulo, porque me lo habria hecho de valde el pintor de enfrente.

—Bueno estaria ello... para que luego nos hiciesen burla todos los chicos del barrio, como al tabernero de la es-

quina, que le pintó una muestra que decia, *vino de valde*, y luego á la vuelta se leia, *peñas*... Si no lo borran tan pronto, tiene mil quimeras con los que entraban á beber, que ninguno queria pagar.

—Pues bien, mejor...—dijo la zapatera picada...—si hubieras ido esta mañana á la plazuela, hubieses visto cuánta gente habia parada delante de la muestra que le ha pintado á don Blas el lonjista... Hay allí un queso de bola y un bacalao de Escocia, que están diciendo comedme... Pues no te digo nada del barril de aceitunas y de las velas de sebo... parece propiamente que son de verdad.

Mientras los zapateros seguan hablando de este modo, doña Inés cerró su habitacion, y bajó la escalera.

La señora Crispina se apercibió de ello bien pronto, y salió á su encuentro, diciéndole:

—Bien podia usted encargar á las gentes que vienen de visita á su casa que tuviesen mejores modos.

—¿Pues qué ha ocurrido?—preguntó doña Inés.

—Nada, vecina,—gritó desde su asiento el zapatero.

Y dirigiéndose á su mujer, añadió:

—Esta bachillera me ha de quitar la vida á fuerza de disgustos.

—Pues tengo razon... que saluden, que nada les cueste... y á ninguna persona blanca se le niega la palabra de Dios...

—¡Y qué quiere usted hacerles, Crispina! no saben mas...

—Ladrar es lo que no saben... ¡Vaya el nene que acaba de salir!... ¡Pues no digo nada el que vino esta mañana!... ¡Qué par de sugetos!... Buenos serán ellos cuando se tapan la cara...

—¡Crispina! ¡Crispina!...—gritó el zapatero. ¿Quieres callar?

—Ya callo... pero si vuelve á pasar otro y no saluda...

—Calla, mujer.



—Le tiro lo primero que tenga á la mano.

El zapatero se quitó el tirapié, y corrió hácia su mujer para pegarla, porque no le habia obedecido inmediatamente.

Doña Inés se interpuso entre ambos consortes, y queriendo ganarse la voluntad de la mujer, que la interesaba algo mas que la del marido, le dijo á él:

—Eso no; ande la lengua, pero las manos quietas... A las mujeres no se las pega.

—¿Y á usted qué la importa?—replicó la zapatera, queriendo á su vez reconquistar el aprecio de su marido.—Soy su mujer, y puede tratarme como quiera... ¡Habrá bruja!

Doña Inés conoció que la Crispina buscaba un escándalo, y sin replicar una sola palabra salió á la calle.

La zapatera asomó la cabeza desde la puerta, gritando:

—La del humo, que se vá y no vuelve.

Y no dijo mas, porque su marido la cogió del brazo y la quitó de allí, diciéndola con tono suave y cariñoso:

—¡Qué ganas tienes de indisponerte con los vecinos!... ¿Qué te importa á tí que saluden ni que dejen de saludar? ¿No te lo dije antes?... ¡Es mucho cuento!...

—Pues quiero; si tú supieras lo que yo, ya verias si te importaba... ¡Aquí van á suceder grandes cosas!

—Pues déjalo estar, y suceda lo que quiera.

—Es que esa gente es muy mala...

—Tanto peor... no hables con ninguno, y allá se las hayan.

—Nos darán que sentir á todos.

—Al que está quieto en su casa, nadie le dice nada.

—¿Sí?... pues no estabas tú en la agena cuando te llevaron á la cárcel, y te tuvieron allí seis meses... Desde entonces viene nuestra perdicion...

—¿Y quieres que acabemos de arruinarnos?

— No tal... pero voy al decir, que entonces no te metias con nadie...

— Sí; pero aquello fué una conspiracion carlista, — dijo con cierto aire de importancia el zapatero.

— ¿Y tú eras conspirador?

— Ps...

— No quieras echártela de hombre político conmigo... La prueba de que no habias conspirado, fué que no sabias por qué estabas preso...

— No me lo dijeron, y *oficialmente* lo ignoraba.

— Sí; pero oficialmente supiste luego, que todo tu delito consistia en haber remendado algunos pares de botas al escribiente de aquel alcalde de casa y córte que se fué á la faccion á ser *ojalatero*.

— Ya te he dicho muchas veces, que las mujeres no deben meterse en esos asuntos... Vosotras no sabeis nada de los intrincados negocios políticos.

— Vosotros sí, — replicó la zapatera en tono de burla... — Hace siete años que estais esperando el Mesías, y nunca llega... Todo lo componeis con el ruso...

— Todo, sí; todo lo compondrá el ruso.

— Pues larga vá la fecha; desde que está en camino...

— Ya vendrá, no te apures.

— Yo no... pero antes que venga, nos habremos muerto todos.

— ¡Cómo ha de ser!... paciencia... pero él no dejará de venir por eso.

El zapatero se dispuso á continuar la obra que tenia entre manos, cuando se levantó para castigar á su mujer, y á este tiempo se oyó en la escalera la voz de la vieja María:

— Crispina, — dijo, — ¿puede usted subir un momento?

— Voy corriendo, — contestó la zapatera.

Y subiendo hasta el piso principal, donde se habia detenido la señora María, la dijo:

—Aquí estoy.

—¡Qué cosas he sabido!— exclamó la vieja...—Vamos á mi cuarto, y hablaremos.

Una indecible alegría se retrató en el semblante de la Crispina, y siguió sin detenerse á la vieja.

## CAPITULO XXIV.

### Detalles.

Ni de la conversacion que habian tenido el Vizco y Cabezota, ni de la de este último con doña Inés, habia comprendido nada la señora María, que como sabe el lector, estuvo escuchando largo rato á la puerta de la boardilla.

Las pocas palabras sueltas que llegaron á sus oídos, no podian darle una idea cabal de los planes que allí se fraguaron, ni de las revelaciones que se hicieron, y solo la sirvió el haberlas escuchado, para tener mas viva que nunca su esquisita curiosidad.

Por otra parte, mezcladas esas mismas palabras con las frases siniestras de un lenguaje misterioso, en el que no estaba iniciada la vieja, aseguraba la impunidad de los criminales, y el espionaje venia á ser inútil.

Así hubieron de reconocerlo ella y la Crispina despues de una larga discusion sobre las palabras percibidas, con las que formaron varias combinaciones absurdas.

Dispensaremos por lo tanto al lector de asistir á la entrevista de las dos mujeres, en la que no hallaria otra cosa sino buena intencion y mucha torpeza.

El escaso partido que sacaron de su espionaje, lo podrá

conocer en los sucesos que ocurrieron despues, y que á su tiempo referiremos.

Examinemos ahora brevemente el estado de los diversos personajes de esta historia, espianado á nuestra vez los pasos de los que con diversos objetos acudieron á la habitacion de doña Inés.

Quizá sin este trabajo no lograríamos que el lector los comprendiese á todos tan perfectamente como deseamos, y como será menester para la inteligencia de los sucesos ulteriores.

El Duende, consecuente en su sistema de alejar todos los vestigios de sus crímenes, y mejor diremos, de borrar las huellas hasta de sus mas sencillas acciones, le mandó al cochero guiar la berlina á la puerta de Atocha, cuando pensaba dirigirse al Hospital. Hizolo así, y entrando en la comisaria, se informó de la sala en que se hallaba don Lorenzo, habló con el ayudante de medicina que cuidaba de los distinguidos, y volvió en busca del carruaje.

— *Allá...* — fué la única palabra que dijo al lacayo.

Y el coche atravesó con rapidez el salon del Prado, subiéndolo el paseo de Recoletos á la plazuela de la Salesas. Allí se apeó el Duende, y entró en el número 2 de la calle del Sauco. El carruaje marchó hácia el centro de la poblacion.

En aquella misma casa fué donde entró poco despues doña Inés, sin que ninguna otra persona hubiese pasado aquellos umbrales, á escepcion de un hombre, que embozado en una capa azul, habia estado paseando la calle hasta que salió la beata.

El hombre cambió con ella algunas palabras, y ambos entraron en un portal, de donde salieron al poco tiempo, tomando cada uno de ellos direccion opuesta.

Doña Inés volvió, como sabe el lector, á su casa, donde la esperaba el Vizco con el recibo de haber entregado la caja de marfil al hombre que encontró en la calle del Sauco.

Pocos minutos despues de haber entrado el hombre de la capa azul en la calle de las Salesas, se oyeron las voces de ¡ladrones, ladrones!... y dos salvaguardias que acudieron al punto se apoderaron de un hombre que, segun dijo, le acababan de robar otros dos á quienes no habia podido dar alcance.

Esto pasaba en los alrededores de la casa donde habia entrado el Duende, mientras ocurrian las escenas que conoce el lector en la casa número 59 de la calle de Leganitos.

El Vizco, que habia ganado la ayuda de Cabezota, para librar á Adelaida de las garras del Duende, salió á la calle precipitadamente, y recatando el semblante segun costumbre, de cuantos encontró al paso.

El capitan de la partida del Trueno, sociedad diabólica, cuya organizacion conocerá mas tarde el lector, habia adquirido en su visita mas noticias de las que buscaba, y mas tambien de las que podia imaginar al dirigirse á aquella casa.

Disputar al Duende la *preferencia* de perseguir á don Lorenzo y á su hija, era lo único que le habia llevado allí; y al demandar á doña Inés la caja de marfil, no hizo otra cosa que cumplir el encargo de uno de sus amigos.

*Centellas*, á quien constantemente llamaremos el Vizco, ignoraba el contenido y el interés de los papeles que se encerraban en aquella caja, y aunque le habria interesado poseerla por tener un arma mas contra la inocente Eugenia, no hubiese tratado de adquirirla sin el motivo indicado.

Pero un amigo del conde de San Fabian, á quien el Vizco no podia negar cosa alguna, le habia dicho que era preciso adquirir á todo trance aquellos papeles, y el capitan de la partida del Trueno ofreció satisfacer sus deseos, pensando hacer lo que ya habia ejecutado Gazapos de orden del Duende. Por esto le fué preciso obrar de aquel modo, encargando al hombre que habia de recibir la caja de manos



de doña Inés, que no entregase el medio billete de contra-seña sin enterarse de que los papeles no habian sido extraídos.

Era indudable que el hombre habia recibido intacto el tesoro, puesto que habia dado el recibo á la beata. Sin embargo, como esto no podia dejar de suceder así, atendido el respeto con que todos ejecutaban las órdenes del Vizco, y éste estaba muy persuadido de que nadie se atrevia á contrarrestarlas, recibió indiferente la noticia.

Ni aun le halagaba el placer de contarle á su amigo, porque ya anticipadamente le habia dicho que estuviese seguro de adquirir la caja, siempre que fuese cierto que estaba en el cuarto de don Lorenzo.

Las revelaciones de Cabezota sobre la Torre del Duen-de, y la incompleta historia de Adelaida, era lo único que ocupaba su imaginacion.

Hacia algunos dias que la misma persona que le encargó buscar la caja, le habia rogado que hiciese cuantos esfuerzos estuvieran á su alcance para averiguar el paradero de una jóven, que á la sazón tendria veinticinco años, y para ello le dieron una nota de las escasas noticias que se sabian sobre el particular.

El lugar de su nacimiento, su nombre, el de sus padres, y algun otro dato de poca importancia, era todo lo que contenia la nota, que dos veces consultó el Vizco al oir la relacion que le hacia Cabezota.

Por mas diligencias que habia hecho al efecto, aquella era la primera vez que se ponía en camino de descubrir lo que tanto interés habia en averiguar, segun le decia repetidamente su amigo.

Sin esta circunstancia, completamente casual, le habria sido imposible ó muy difícil al menos, cumplir la comision que le habian dado.

La oscuridad de las noticias no daban ni aun la luz necesaria para conocer la senda que era preciso seguir.

Escribir á París, puesto que allí existia la casa del duque de Mont-Marsan, parecia lo mas natural; pero esto ya lo habian hecho sin resultado favorable los que en último recurso acudian al Vizco. Mandar allí una persona hábil y entendida en esta clase de empresas, era lo que faltaba y lo único que podia hacerse, y el Vizco lo hubiese llevado á cabo, si las revelaciones del bandido no lo hubieran hecho innecesario de todo punto.

El capitan de la partida del Trueno era muy sagaz, y fácilmente adivinó todo el misterio, reduciendo en el momento á una sola persona las dos sobre las que tenia encargo de adquirir noticias.

Al entrar en la boardilla de doña Inés no llevaba otro objeto que el de la caja de marfil, que segun le habia dicho el amigo del conde de San Fabian, interesaba á una jóven, hermana de la Caridad, cuyos padres se ignoraban, y no podia presumir que aquellas mismas diligencias le sirviesen para averiguar el paradero de *la niña extranjera*.

Así llamaban á sor Adelaida en la nota que el Vizco llevaba en el bolsillo.

Antes de oir á Cabezota, una era para él la hermana de la Caridad, y otra la hija del duque Mont-Marsan. Las palabras del bandido habian bastado para imponerle de todo, y como él mismo iba diciendo al salir á la calle, de un tiro habia matado dos pájaros.

Su primera intencion fué correr en busca de la persona que le habia dado ambas comisiones, y decirle el paradero de Adelaida y lo demás que sabia sobre el mismo asunto; pero pensó que tanta espontaneidad por su parte le quitaba la intervencion que queria conservar en el negocio, y haria además que le apreciasen en poco las gentes interesadas en él. Por esta razon se decidió á no dar cuenta de otra cosa que del hallazgo de la caja, y así lo hizo, dirigiéndose para ello á casa de su amigo.

Necesitaba además hablar con Cabezota, y esto no seria

hasta las once de la noche, según habían convenido al despedirse en la habitación de doña Inés.

El bandido por su parte empezaba á disgustarse del género de vida que hacía en Madrid, y aunque la conducta del Vizco no le parecía mejor que la del Duende, resolvió abandonar á este último, y aun hacerle la guerra en defensa de la señorita Adelaida.

Por eso fué el primero en acudir á la cita, y aun no eran las diez cuando entró en el *sotamillo de la Melitona*, especie de bodegon situado al extremo de la calle del Aguardiente.

## CAPITULO XXV.

### El sotanillo de la Melitona.

Un velon de cuatro mecheros, colgado del techo, alumbraba con la torcida que ardia en uno de ellos, un reducido mostrador de taberna sobre el que apoyaba sus codos la dueña del bodegon.

Para entrar allí era preciso bajar nueve escalones de piedra, con lo que venia á quedar el techo de aquella vivienda media vara escasa mas alto que el piso de la calle. La entrada, por lo tanto, era no menos difícil que la salida, y en la fachada de aquel edificio, y aun en la de muchos otros de la misma calle, no se veia sino el tercio superior de las puertas; lo demás quedaba sepultado debajo de tierra; achaque de algunas casas antiguas del barrio de la Morería.

Cabezota saludó entre dientes á la Melitona, y al ir á entrar en una pieza que habia á la derecha al mismo piso que la principal, pero algo mas reducida, observó que estaba á oscuras, y dijo:

—Una luz.

—Hasta ahora mismo ha estado encendida,—contestó

la Melitona saliendo de su retablo, — ¡pero como ya se han ido los parroquianos!...

El bandido esperaba la luz para entrar, y la tabernera creía que con lo que le habia dicho desistiría de su primera idea. Así fué que ambos se quedaron mirándose mutuamente, hasta que Cabezota pidió de nuevo con energía:

— Una luz.

— Ya voy... —dijo la Melitona sin ir; —creí yo que querria usted beber aquí por no estar solo.

Y decidiéndose por fin á iluminar el aposento en que queria entrar el bandido, le preguntó:

— ¿Qué ha de ser?

— Una, —dijo secamente Cabezota.

— ¿Valdepeñas ó Cariñena?

El bandido bajó el embozo de la capa per toda contestacion, y volvió su rostro á la luz para llamar sobre él la atencion de la tabernera.

Esta le miró atentamente, y dijo:

— ¡Jesus, qué demonio! ¿Pues qué, no te has muerto?

— Ya lo ves.

— ¿No te afusilaron cuando andabas con los facciosos?

— No.

— ¡Qué chasco!...

— Estimando, prenda.

— No lo digo porque me pese de que vivas, no; pero es un decir... como ya te habia rezado algunos Padre nuestros, y te *mandé* una misa de á peseta en la virgen de la Paloma!

— Pues eso me hallo para cuando muera... Ahora tráeme de beber, si es que no has olvidado lo que me gusta.

— Y bien que me acuerdo.... ¡Qué tiempos aquellos, Paco!...

— ¡No parece sino que ha pasado un siglo! ¿Cuánto tiempo hará que nos vimos la última vez?

— Echa la cuenta... A mi difunto Pepe, que de Dios

goce, le quitaron la vida dos meses despues de salir tú de Madrid; me casé de segundas nupcias al medio año y três dias con *Berrinches*, el de la Arganzuela....

—No le conozco.

—Sí, tonto; ¿no te acuerdas del Morenillo que llamábais vosotros, que tenia taberna en la calle de la Arganzuela?...

—Sí.

—Pues ese; llevamos ya casados cuatro años.... con que... echa la cuenta.... cuatro y medio.... cerca de cinco años hace que no nos hemos visto.

—¿Y qué tal os llevais? porque él tenia mal genio.

—Perfectamente, chico; pero nos sucedió una desgracia al poco tiempo de éstar casados, y despues de seis meses de cárcel, lo han echado cuatro años á presidio; fortuna que ya no le faltan mas que diez meses para salir en libertad.

—Poco tiempo vivisteis juntos...

—Poco; pero nos llevábamos como dos ángeles.

—Vaya, trae una jarra de lo reservado para los amigos antiguos, y charlaremos un rato... Me dirás dónde acude toda la patulea que se reunia antes aquí.

La Melitona satisfizo los deseos de Cabezota, y poniendo un jarro y dos vasos sobre la mesa, tomó asiento frente al bandido, y le dijo:

—Ahora ya no viene nadie; los de la *ronda* han perdido esta casa; apenas hay parroquiano que no esté á la *sombra*, y al que no está preso le andan buscando... como dice el otro. Ya ves tú, ¡cuándome he visto yo sola á estas horas!...

—¿Qué se hizo de aquel muchacho que vivia con la Chata? —preguntó Cabezota, apurando un vaso de vino.

—¿El *Sordo de las Vistillas* dices?

—Sí.

—¡Calla, hombre, no me hables!... ¡Ese ha sido la ruina de esta casa!



— ¿Pues cómo?

— Porque hay hombres que no tienen vergüenza, y van siempre con el sol que mas calienta... Pero no tienen ellos la culpa, sino el dar con gente *blanca*, con horchata de chufas en vez de sangre. ¡Mas veces me he acordado yo de tí y de mi difunto Pepe, que pelos tengo en la cabeza!... Figúrate tú, que despues de haber sido de los mas *netos* en los realistas, se hizo meliciano, y luego, por remate de fiesta, entró en la *ronda de capa*... ¡Mas hombres de bien ha llevado á presidio ese tuno!...

Cabezota volvió á apurar otro vaso, despues de haberlo llegado á sus lábios la Melitona, y mirando á su alrededor, la dijo en voz baja:

— Dime, ¿qué cosa es ese capitan Centellas que manda la partida del trueno?

La tabernera se asustó al oír el nombre del Vizco, y contestó:

— ¿Pues no fuiste tú el que le trujo á mi casa?

— Sí; pero como los hombres mudan de opinion todos los dias...

— El es siempre... muy campechano... mejor para amigo que para enemigo... Todos le tienen miedo hoy dia.

— Y cuando le vieron conmigo, creian que era un señorito tonto, de esos que se visten de majo para tener una broma con la gente del bronce...

— Sí, pues ándate ahora... que apenas abre la boca para decir su *aquel*, cuando á todos les falta tiempo para servirle...

— Ahora le estoy esperando aquí.

— ¿Traeis algo entre manos?

— ¡Qué sé yo!

— Vaya... algo habrá.

— Ya sabes tú que sus operaciones y las mias son diferentes.

— Sin embargo... antes andábais siempre juntos, y me acuerdo que te queria mucho...

—Y yo á él,—esclamó el bandido entusiasmado...—Conozco pocos hombres tan valientes como el capitán... Lástima que ande con esos señoritos tontos, que de nada le sirven...

La dueña del sotanillo llenó los vasos por tercera vez, atizó la luz del velón con una horquilla que desprendió de su peinado, y alargó uno de los vasos á un hombre que acababa de entrar en la taberna.

—Beba usted,—le dijo.

—Gracias,—contestó el recién venido.

Y dirigiéndose á Cabezota, añadió:

—Ya viene el capitán.

—Venga enhorabuena,—contestó el bandido, llevando á sus labios el tercer vaso de vino;—yo me ahorro de venir, porque ya estoy aquí.

El hombre volvió á salir del sótano, y pocos momentos despues entró el Vizco embozado hasta los ojos en una capa azul, y con un sombrero de Calaña á la cabeza.

La Melitona y Cabezota se pusieron en pié al verle entrar, y él les hizo sentar, diciéndoles:

—Quieta la gente.

Y tomando asiento á su vez en la misma mesa, se dirigió á la Melitona, y dijo:

—Apaga.

La tabernera no se hizo esplicar el significado de la palabra, y cerró la puerta de la calle, volviendo á tomar nuevas órdenes.

—Ea,—la dijo el Vizco,—á dormir hasta que yo te llame.

Sin replicar una sola palabra, se retiró la Melitona, y el Vizco y Cabezota quedaron solos en el sotanillo.

CAPITULO XXVI.

Conjuracion.

— ¿Has vuelto á ver al Duende? — fué la primera pregunta que hizo el Vizco al bandido.

— Sí, señor... Hace tres horas que le ví en casa de la Peregrina.

— ¿Y qué te dijo?

— Haga usted cuenta que nada, porque yo no he admitido la comisión.

— ¿Pero qué cosa era?...

— Como desde un principio pensé no hacerlo, puse poca atencion al oirlo...

— Sin embargo... tú me has ofrecido defender á la señorita Adelaida contra el mismo Duende si fuere preciso.

— Y lo haré.

— Pues lo que te han propuesto que hicieras era contra la señorita...

— Me parece que usted se equivoca... Ahora dirigen el rumbo á otra parte... y creo que la jóven del piso segundo de la casa donde vive la bruja no anda muy lejos de su pensamiento...

— Estás muy atrasado de noticias... Lo que tú me cuen-

tas tiene mas de un dia de fecha. Ayer quizá pensarian hacer algun mal á la jóven del piso segundo; pero hoy, despues que yo se lo he prohibido terminantemente, se guardarán muy bien de acordarse siquiera del santo de su nombre...

— Pues hoy, despues que usted se lo ha prohibido terminantemente, — repuso Cabezota sonriendo, — se han vuelto á acordar de algo mas que del santo de su nombre... Se han acordado tambien del juez que entiende en la causa formada contra la jóven por sospechas de *Chenista* (1), y... como son amigos del escribano...

— ¿Estás seguro de lo que dices?

— Seguro, y algo mas que seguro... ¡Me daban parte en el negocio!

— ¿Y no sabes tú qué interés tiene el Duende en hacer daño á esa jóven? —

— No, señor.

— Pues ten entendido que todas esas trapisondas se dirigen contra la Perla...

— ¡Bah! — exclamó con aire de incredulidad Cabezota.

— Lo que oyes... La señorita Adélaida ha pasado casi toda su vida en casa de don Lorenzo, y de su poder la arrancó la bruja.

— ¿Es posible?

— Por eso tomaron la caja de marfil, donde se encierran papeles muy interesantes para la señorita... Pero yo he sido mas listo que ellos, y me he apoderado de la caja...

— ¿Con que ha sido á usted al que le han jugado esa broma esta mañana?... —

— ¡Buena ha estado la broma, y me han entregado la caja al momento!

— ¿La tiene usted en su poder ahora?

— Sí, porque aunque precisamente no está en mis ma-

---

(1) Ladrona del interior de la población.

nos, está en las de uno de mis comisionados, y es lo mismo...

— Pues no es lo mismo... y si quiere usted hacer una apuesta á que la caja está en poder del Duende ahora, yo pongo mi cabeza contra medio duro y gano diez reales...

— Pierdes la cabeza, — dijo el Vizco; — ¿no te acuerdas del medio billete que me entregó esta mañana la bruja?

— Sí, señor; me acuerdo de los dos medios billetes que puso usted encima de la mesa, como si los tuviera en el bolsillo.

— Pues eso indica que la caja está en poder de la persona que la estaba esperando en la calle del Sauco... Si no se la hubieran entregado, no habria dado la contraseña... Estoy seguro de que se la dieron.

— Se la dieron, — repuso Cabezota, — y por eso soltó el medio billete; pero se la robaron despues, y esa segunda parte es la que usted no sabe.

— ¡Eso no es posible! — gritó el Vizco. — Ni ellos se habrian atrevido á burlarse de mí tan villanamente, ni hubiese dejado mi compañero de darme aviso al momento.

— ¿Le ha dicho á usted él mismo que la caja estaba en su poder?

— No; pero eso era escusado; y aunque hubiese querido, no le habria sido fácil verme aun.

— ¡Es claro, como que está preso!...

— ¡Preso!... ¿Y por qué?

— Porque es el sistema de la policia. Cuando no parece el ofensor, prenden al ofendido, y pata.

El Vizco se puso en pié con el semblante demudado, y abriendo una ventana que habia en el aposento reservado del sotanillo, dió un silbido agudo y penetrante.

Cabezota apuró mientras tanto el cuarto vaso de vino, y al poco rato se oyeron pisadas en la calle.

— ¿A qué cárcel le han llevado? — preguntó el Vizco.

— No sé, — respondió Cabezota.

El capitán de la partida del Trueno sacó una tarjeta del bolsillo, y dándola por la ventana á una persona que se asomó allí desde la calle, dijo:

—Véte corriendo al gobierno político, y tráeme al punto la contestación.

—¿De qué? —preguntó el hombre, que para poder asomar allí su cabeza se habia tendido sobre la acera.

—De esta tarjeta, —replicó el Vizco, cerrando la ventana.

Cabezota, con los codos sobre la mesa y la cabeza caída delante del vaso de vino, parecia un alemán adorando su fermentado licor, y no se cuidaba ni poco ni mucho de la agitación que se retrataba en el semblante del Vizco.

Este paseaba por la reducida estancia como un león á la entrada de la calentura, y por fin se volvió á sentar, diciendo:

—Paco, necesito un hombre.

El bandido no se dió por entendido, y el Vizco añadió:

—¿Lo has oído?

—Sí, señor, —respondió Cabezota con calma; —he oído que necesita usted un hombre.

—Bien: ¿y qué?

—Nada... que cuando usted le necesita, es señal de que no le tiene.

—En otro tiempo, —dijo el Vizco sonriendo, —me bastaba abrir la boca para que me sirviesen todos...

—Entonces, —repuso el bandido, —no decia usted que necesitaba un hombre estando á mi lado.

—¿Con que puedo contar contigo?

—La pregunta me ofende.

—Es que se trata de luchar con el Duende...

—Aunque se trate de pelear con todo el infierno junto... La partida que le ha hecho á usted es muy gitana, y ya estoy deseando que amanezca Dios mañana, para decirselo clarito, y que no vuelva á contar conmigo para nada.



—No harás tal,—interrumpió el Vizco;—necesito, por el contrario, que sigas unido á él, para que sepamos sus planes.

—Eso no; Paco Serrano no hace traicion á nadie nunca... Frente á frente lo que quieran; pero de otro modo, nada.

—Pues con ese hombre, no se puede obrar de otro modo; ya ves la trama villana que ha urdido contra esa pobre chica.

—A quien no tiene usted mejor voluntad que el Duende, segun dicen malas lenguas.

—Eso es para mas despacio,—dijo el Vizco rechinando los dientes... Tú sabes que nosotros nos ocupamos de convertir mujeres... y...

—¿Le ha tocado á usted la conversion de esa niña?...

—Sí.

—Pues no le arriendo la ganancia.

—Sin embargo,—repuso el Vizco sonriendo;—es una fortaleza inespugnable... Una virtud de bronce, añadió entre dientes.

—El oro abre las puertas de los castillos.

—No lo creas, esa jóven no vá por ese camino.

—La habrá usted ofrecido poco.

—No la he ofrecido nada.

—Pues en eso consiste.

—Te equivocas; no dá lugar siquiera á que se lo ofrezcan.

—Entonces, levante usted el sitio, y á otra.

—Gracias por el consejo; pero no se trata ahora de esa jóven... Lo que nos interesa, es salvar á la Perla de las garras del Duende.

—El capitan de la partida del Trueno, pronunció el nombre de sor Adelaida para irritar al bandido contra el Duende, y añadió:

—¿No te ha dicho nada de lo que pensaba hacer con ella?

— Ni siquiera me la ha nombrado...

— Pues no te quede duda, de que la Perla es hoy su caballo de batalla.

— No lo creo.

— Cuando yo te lo digo, es porque estoy bien informado.

Cabezota se quedó un momento pensativo, pellizcándose el entrecejo, y dando una palmada sobre la mesa, dijo:

— ¿Dónde está la señorita Adelaida?

— En el Hospital.

— ¿Enferma? — preguntó sobresaltado Cabezota.

— No; está allí de hermana de la Caridad.

— ¿Y esas monjas salen á la calle?

— Sí; pero van siempre dos juntas.

— ¡Oh! ¡rabia! — gritó Cabezota, dando una puñada sobre la mesa.

— ¿Qué te ocurre?

— Nada... Aun estamos á tiempo.

— ¿De qué?

— De impedir que el Duende se apodere de la Perla.

— Pues qué, ¿sabes algo?

— Esta mañana me propuso la bruja robar dos mujeres que pasarán al anochecer por delante del jardín Botánico.

— ¿Cuándo?

— Pasado mañana.

— ¿Y crees tú que será una de ellas la señorita Adelaida?...

— No me queda duda, porque me dijo, que no les interesaba sino una de ellas, y que llevarían un traje muy conocido.

— Pues ya ves, — repuso el Vizco.

— Pero ahora que me acuerdo, — replicó Cabezota, — ¿no dice usted que la señorita se ha criado con la jóven del piso segundo?

— Sí.

— Pues entonces no es esa la que piensa robar el Duende.

— ¿Por qué?

— Porque cuando yo dije á la bruja que la jóven, estaba muy bien asistida en el hospital por una hermana de la Caridad, me dijo que era preciso averiguar á todo trance quién era esa hermana... ¡Ya vé usted que eso si ellos lo hubieran sabido, no me lo habrían preguntado!

— No importa, lo harian para mayor disimulo.

— Era escusado, porque yo nada sospechaba; pero de todos modos, bueno es saber que piensan dar ese golpe... Nada se pierde con estar á la mira.

Cabezota apuró el vino que quedaba en la jarra, y añadió:

— Descuida, Perla, que no volverán á encerrarte en el gabinete de la culebra... *Este cura*, añadió estendiendo la mano derecha sobre el pecho, que te salvó una vez á caballo, te librárá hoy á pié de todos los peligros.

— ¿Piensas decir mañana que admities la comision que has rehusado?

— Desconfiarían de mí, y me seria imposible obrar con libertad.

— ¿Pues qué vas á hacer?

— Ya hablaremos.

— Por dinero no te apures.

— Será escusado; pero si hiciere falta alguno, ya contaría con el que usted me ofrece.

— Mira que puedes disponer de grandes cantidades, porque hay mas interés del que tú crees en librar á la Perla... Su familia la busca con afan hace mucho tiempo, y aun no sabe su paradero... A mí me dieron esa comision, y aun no he podido dar cuenta de ella.

— Pues no haga usted nada hasta que hablemos despacio sobre la manera de dar ese golpe.

— Descuida; pero es preciso que no perdamos tiempo.

— Llegaremos temprano, aunque vayamos tarde... Corre de mi cuenta el milagro.

De nuevo sonaron pisadas en la silenciosa calle, y el Vizco abrió la ventana al dar un silbido igual al que él había dado momentos antes.

Entonces se oyó una voz que dijo:

— Ahí viene.

— ¿Quién?

— Sotana.

— El Vizco cerró el ventanillo, después de haber recogido la tarjeta que había dado al mandar á buscar al hombre que estaba preso, y volviéndose á Cabezota, le dijo:

— ¿Has oído?

— Sí señor.

— Ya vé, como á mí no me se sirve nunca en balde. Mis gentes tienen poco que temer andando conmigo. Esta tarjeta no solo ha servido para saber la cárcel donde estaba Sotana, sino para que le pongan en libertad.

— Buen dinero le cuestan á usted esos milagros.

— Otros gastan mas que yo, y no los hacen.

— Verdad es; pero no he comprendido lo de la tarjeta... ¡Usted no ha escrito en ella nada!

— No hay necesidad; es una tarjeta del jefe de las rondas, y cuando yo la envío, saben que está en peligro alguno de mi partida, y me contestan lo que puede hacerse por él, ó le dan libertad.

A ese tiempo se oyó un tercer silbido igual á los dos primeros, y el Vizco dijo á Cabezota:

— Abre.

El bandido lo hizo así, y entró allí un hombre como de veinticinco años de edad, embozado en una capa azul, y con un sombrero calañés á la cabeza.

Sentóse, sin saludar, frente al Vizco, tomó la jarra en la mano, y al verla vacía, gritó:

— Melitona, atiza esta lamparilla.

Cabezota aprobó tácitamente la inspiracion del nuevo congregado, y llevando al mostrador la jarra, ahorró á la tabernera la molestia de ir á la mesa á buscarla.

Llenó despues los vasos, y tomó asiento al lado del recién venido, á quien veia por primera vez.

—¿Y la caja?—preguntó el Vizco, rompiendo el silencio.

—¿Ha parecido?—preguntó á su vez Sotana.

—¡Muchas ganas traes de broma!—replicó el Vizco con intencion.

—No lo creas... Maldita la gracia que me ha hecho el lance de hoy.

—¿Con qué te has dejado robar?...—dijo el Vizco sonriendo.

—¿Con qué has dejado que me roben?...—replicó del mismo modo Sotana.

—¡Pues señor, está bien, que sea yo el descalabrado, y tú te pongas la venda!... Tras de permitir que te roben la caja, y no darme aviso al momento, ¿quieres que te pida perdon?

—Quiero,—interrumpió Sotana,—que te hagas cargo de que hemos andado torpes en este asunto... Tratándose de una cosa de interés, no debimos haber sido tan confiados.

—¡Pero ello es que te soplaron la caja!...

—Y media pulgada de hierro en esta mano,—dijo Sotana, enseñando su mano derecha, cubierta con un pañuelo.

—¿Y no conocistes quiénes eran?

—Uno de ellos el Chato... al otro no recuerdo haberle visto nunca.

—Seria el *Richano*,—dijo Cabezota;—no tengo yo mas que ver dónde está la herida, para saber quién era el valiente.

—Es que fué preciso que me cortáran los dedos para que soltára la caja.

— Otra herida hay más segura... Cuando se le dá á un hombre en el corazon, suelta todo lo que tiene en la mano, — repuso el bandido, dejando asombrado á Sotana.

— No le habrían quitado la caja á este mozo, — dijo el Vizco, señalando á Cabezota.

— Los dos chavales que han salido por ella, no, — repuso el bandido; — pero nadie está libre de una desgracia.

Y llenando de nuevo los vasos, añadió: —

— De todos modos, ya no tiene remedio. Lo que yo siento es la propina que dió usted á la bruja por el mandado.

— ¿Qué propina? — preguntó distraído el Vizco.

— Los mil reales.

— No la habrán pagado el billete.

— Sí, señor.

— Pues ya nos cobraremos en carne.

— Y en plata, si usted quiere, porque aun está aquí el cambio del billete.

— Y el bandido estendió sobre la mesa un puñado de duros.

— ¡ Con que te mandó que lo llevaras al cobro!... pues quédate con el cambio.

— Eso habia yo pensado hacer desde esta mañana; me alegro que sea usted de mi opinion, — dijo Cabezota sonriendo.

— Ahora, — replicó el Vizco, — es preciso que nos ocupemos de desbaratar los planes del Duende, arrancando de su poder á la hija de don Lorenzo y á la Perla... Y en cuanto á la caja...

— Mañana estará en poder de la justicia, — dijo Sotana... — Un amigo mio que ha estado á verme en la jefatura, se ha encargado de dar parte al juzgado para que la recoja.

— Ya lo hemos echado á perder, — repuso el Vizco.

— ¿Por qué?

— Porque todos andaremos en danza.



— ¡No tal!... ¿soy yo tan torpe que no sepa cómo se hacen esas cosas?... El escribano habrá ido allá, y les habrá dicho:— Venga esa caja bien á bien, ó van ustedes, cantando bajito, á la cárcel.

— ¿Cuándo hará el escribano ese milagro?— preguntó Cabezota.

— Mañana.

— Ya tenemos caja,— añadió el bandido, frotándose las manos.

— ¿Qué piensas hacer?— preguntó el Vizco.

— ¿No dice usted que esa caja encierra papeles de interés para la señorita Adelaida?

— Sí.

— Pues basta: haga usted cuenta que ya están en mi mano esos papeles.

— Allá veremos.

— Por visto.

— ¿Y del robo de esas mujeres?

— Déjelo usted de mi cuenta, y mañana hablaremos.

— ¿Y en cuanto á la jóven del piso segundo?— dijo el Vizco, deseando que Cabezota se prestase á ayudarle.

— De eso no sé lo que puede hacerse... porque, francamente, no sirvo para esos lances... A lo que yo puedo presumir, tratan de probar que unas camisas que llevaba consigo, cuando la encontraron medio muerta en la calle, eran robadas...

— ¡Es falso!— gritó el Vizco.

— Ya lo sé; pero no es falso que el escribano es amigo de Gazapos, que es el encargado del asunto.

— Eugenia tiene demasiado bien probada su reputación de honradez,— dijo el Vizco con entusiasmo,— y nadie dará crédito á esa calumnia.

— Si el escribano ha puesto ya en los autos la palabra robo, mal pleito tiene esa jóven.

— Todas las gentes del barrio declararán á su favor.

—Dirán que no la conocen... Yo sé bien lo que son esas cosas.

—¡Lo veremos!... —gritó el Vizco incomodado. —¡Ay del que intente ofender á Eugenia!

Y levantándose de su asiento, empezó á pasear por el sotanillo, mientras sus contertulios saboreaban el licor de la jarra.

Después, dirigiéndose al mostrador, dió una palmada en el hombro á la Melitona, que dormía sentada en un barril de vino, y sacando una moneda del bolsillo, la dijo:

—Toma.

La tabernera se restregó los ojos, y abriendo el cajón del dinero, preguntó:

—¿Lo cobro todo?

—No cobres nada; guárdate la vuelta.

—Muchas gracias.

El Vizco se llegó á la mesa donde estaban Cabezota y Sotana, y les dijo:

—Ea, vámonos.

Ellos apuraron los vasos que tenían en la mano, y los tres salieron del sotanillo.

---

## CAPITULO XXVII.

Cabezota á solas consigo mismo.

El sereno cantaba las cuatro menos cuarto de la madrugada cuando el triunvirato, que habia salido del sotanillo, seguido de lejos por el vigilante que el Vizco habia dejado en la calle del Aguardiente, llegó á Puerta-Cerrada.

Detuviéronse al pié de la famosa cruz de piedra que se eleva en medio de aquella informe plazuela, y Cabezota rompió el silencio que habia guardado hasta llegar allí, diciendo :

— Señores, ninguno de nosotros necesita escolta de honor para irse á su casa... Disolvamos el grupo.

— No tengas miedo de que te digan nada yendo en mi compañía, — replicó el Vizco.

— Lo sé, — repuso Cabezota ; — pero usted paga esos favores de la policia con un puñado de oro , y á mí me cuesta la honra si hacen *la vista gorda* cuando pasan á mi lado.

— ¡ No entiendo lo que quieres decir !...

— Pues es muy fácil : á usted le indultan completamente por su dinero , y á mí me piden humillaciones que no haria por nadie en este mundo... Con que... *á la par de Dios*, señores.

— ¿ Cuándo nos vemos ? — le preguntó el Vizco.

—Mañana, ó para que el diablo no se ria de la mentira, hoy mismo, porque ya es de dia.

—¿Dónde?

—Donde usted se halle cuando yo le busque.

—¿Sabrás tú encontrarme?

—Lo que no se sabe se aprende.

—A mucho te has comprometido,—dijo el Vizco sonriendo.

—No me sobra nada,—replicó Cabezota.

—Adios, Paco.

—Buenas noches, mi capitan.

Sotana y el vigilante siguieron al capitan de la partida del Trueno, que se dirigió hácia la Plaza Mayor, por la escalerilla de piedra.

Cabezota marchó en direccion opuesta, y entrando por la Cava Baja, cruzó la Puerta de Moros, y se detuvo ante una casa de piso bajo, situada al extremo de la calle de las Tabernillas.

Por las rendijas de la puerta principal, que no eran pocas ni estrechas, se escapaban algunos rayos de luz y un olor picante, impropio para la respiracion, y que no podía confundirse con ningun otro, sino con el que produce el aceite echado sobre las áscuas.

El bandido se acercó á la puerta, que cedió al empuje de su brazo, y entró en aquella habitación, que no era sino una fábrica de buñuelos, cuya ligera descripcion habrá de permitirnos el lector.

Las paredes de la sala principal, que era de reducidas dimensiones, se tragaban con su oscuridad el vivísimo resplandor que habia allí dentro, y semejaban la boca de un horno cuando arden dentro de él los primeros troncos de leña, que mas tarde calcinan sus ladrillos.

Las llamas de unas tablas de pino que ardian sobre un poyo de yeso, lamian las paredes de una enorme caldera de hierro, colgada del techo por una cadena del propio metal,

y en cuyo fondo hervían dos arrobas de aceite, cuyo gas sofocante y denso se escapaba por una campana de fábrica que había encima de aquel hogar.

Un candil de respeto, colgado del techo, ardía en medio de aquella manga de luz oscilante y turbia, y su llama parecía tener recogidos sus rayos hasta que espirase la del volcán que apagaba en parte la caldera.

En frente de ese trono de fuego se veía una mesa de color oscuro, con el tablero forrado de hoja de lata, y encima, suspendido del techo, el símbolo de la justicia formado por una balanza con dos platillos de hierro.

Cuatro sillas desvencijadas y rotas, esperando que sus huesos fuesen condenados á la hoguera de un momento á otro; dos barreños llenos de harina; una tinaja de agua, y un armario de pino, eran los muebles de aquella estancia.

Frente á la puerta de la calle había otra, que daba á un patio, pero estaba cerrada, á causa del extraordinario frío que hacía la noche de que hablamos.

En el rincón de la fábrica se veía un agujero, que por el uso que de él se hacía llamaremos puerta de entrada, y daba paso á un reducido camaranchón, en el que era preciso sentarse para poder alzar la cabeza. Sus paredes, no menos negras que las de la pieza principal, estaban iluminadas por un candil manchego, que, colgado de una viga, vertía su luz sobre un tablon de pino, que servía de comedor á los parroquianos de la buñolería.

Un hombre, con los brazos desnudos y negros, sentado entre las llamas del hogar, y arrojando en la caldera pedazos de una masa blanca, que sacaba de un barreño; una vieja, desgredada y súa, que no parecía sino que preparaba el unto para volar por la chimenea, según el afán con que removía el aceite con un alambre, y un muchacho como de diez años, más negro que el forro de la chimenea, pesando en la balanza los reos que salían de la caldera, formaban la trinidad de aquella hoguera satánica.

Las personas estrañas que allí habia, eran: el sereno del barrio, que dejó el chuzo y el farol en la calle *para seguridad* del vecindario; tres granujas, que dormian debajo de la mesa de pino, y dos jóvenes, que, faltas de ropa, se abrigaban con el calor de la llama sentadas junto al hogar.

Los parroquianos ordinarios de estas casas en las altas horas de la noche suelen ser, mujeres de mal vivir, jugadores castigados por la fortuna, y jóvenes calaveras, que despues de haber cenado en las tiendas de los andaluces, esperan la venida de la aurora comiendo buñuelos y bebiendo aguardiente.

No faltan tampoco rateros y vagos de todas especies, y si la policia tendiese alguna vez sus redes en estas cloacas, haria un servicio á la sociedad.

Evitaria muchos crímenes, y podria castigar á sus agentes por la tolerancia reprensible que dispensan á esos vagos.

Pero nuestras autoridades duermen á semejantes horas, y ni aun de dia visitan ciertos sitios de la córte.

Nuestras advertencias son, por lo tanto, inútiles.

Cabezota entró allí embozado hasta los ojos. Ni saludó, ni le saludaron, y tomando asiento en una de las sillas, dijo:

—Media libra y una copa.

—No hay aguardiente,—le contestaron.

El bandido repitió lo que habia hecho con la Melitona en el sotanillo, y apenas descubrió su rostro, cuando se puso en pié el amo de la buñolería, y dijo:

—¡Jesucristo!...

—¿Has visto al demonio?—preguntó riendo Cabezota.

—Dispense usted, señor Paco, no le habia conocido.

Y dirigiéndose al armario de pino, sacó un frasco de aguardiente, que, con una copa de vidrio, puso á disposicion de Cabezota.

—¿Por qué me dijiste que no lo habia?... ¡Ladron!



— ¡ Como uno no conoce á las personas... ni sabe á veces con quién habla!...

— ¿ Temiste que te hiciera pagar la contribucion de consumos como aguardentero?

— Es claro.

— Pues te engañas, amigo... Lo que yo quiero es que no te hayas metido á bautizarlo; lo demás no me importa... Prefiero que lo vendas bueno sin licencia del ayuntamiento, que malo con su permiso.

— Aunque no lo hubiese habido en casa, no se hubiese usted quedado sin beberlo... Pedro nos lo hubiera proporcionado al punto.

— Es claro, — contestó el sereno; — en todas las tiendas de la calle tengo yo quien me sirva á cualquier hora de la noche.

El bandido miró con desprecio al oficioso vigilante nocturno, que tan mal cumplia con su obligacion, y doblando el cuerpo, entró en el camaranchon, adonde le siguió bien pronto el buñolero con el refrigerio que le habia pedido.

— ¿ A qué hora viene Gazapos? — preguntó Cabezota, sentándose en uno de los bancos y apoyando los codos sobre la mesa.

— No tardará, — contestó el dueño de la casa.

— Avisame cuando llegue.

— Está bien.

El buñolero salió del camaranchon, y volvió á subir al trono para despachar los pedidos de su mercancía, que mas tarde vendrian á recoger las mujeres que venden en las plazuelas.

Cabezota quedó solo *consigo mismo*, discurriendo los medios de llevar á cabo lo que habia ofrecido al Vizco, y examinando las diferentes revelaciones que le confiaron aquel dia.

Lo primero que hizo apenas se vió solo, fué descubrir la cabeza, pasarse la mano por la frente; y despues de lim-

piar con el dedo pulgar la boca del frasco, beber un trago del licor que encerraba el vidrio.

Picó tabaco, lió un cigarro, y lo encendió en la llama del candil que alumbraba su frente, y era el único testigo de sus meditaciones.

Largo rato estuvo con la vista parada y fija al parecer en el humo que salía de su boca, y como si de repente hubiese descubierto una persona con quien comunicar sus pensamientos empezó á hablar del modo siguiente:

—Pues ya no tiene remedio, Paco; te has comprometido á servir al capitán Centellas, y es preciso hacer lo imposibles por cumplir tu palabra... Se trata además de la señorita Adelaida, y no puedes olvidarte del juramento que hiciste de dar tu vida por ella. Solo estás ahora *contigo mismo*, y tienes tiempo de pensar lo mejor que se debe hacer...

Llevó de nuevo el frasco á los labios, y volvió á guardar silencio por algunos minutos hasta que continuó diciendo:

—Si ese maldito conejero no fuera tan bruto, todo estaba arreglado; pero de todos modos, él podrá darme cuenta de lo que piensa hacer el Duende; y luego.... Dios dirá.... Ya nos abriremos camino... Lo que ahora importa es averiguar quienes son esas palomas que piensa coger el gavilán... porque si no se trata de la Perla, no hay nada de lo dicho... pero si es la señorita la que quiere robar el Duende, ¡ya está fresco!... Sin que doblen en la parroquia por Paco Serrano, no ha de lograr decirla una mala razón, ni verla la cara siquiera... Lo que yo quisiera saber es el empeño del capitán en impedir que el Duende se apodere de la señorita... porque si él la conociera como yo y se hubiese librado dos veces de la muerte con solo invocar su nombre, ya tenía otro ver el negocio... Pero sin conocerla ni haberla visto nunca, no me da buena espina su afición... Chasco sería que por librarla de las uñas del gavilán, la entregase yo propio en las garras del tigre. La gente de la partida

del Trueno no es de fiar en materia de mujeres; hacen alarde de pervertirlas á todas... Pero esto tiene remedio... La señorita irá donde quiera cuando esté en mi poder, y yo la acompañaré hasta el fin del mundo, si necesario fuere...

Tercera vez bañó el bandido sus lábios en el licor del frasco, sin haber probado los buñuelos que estaban de respeto sobre su modesto aparador, cuando se abrió la puerta de la buñolería, y entró un hombre liado en una capa parada y con una gorra de pieles á la cabeza.

## CAPITULO XXVIII.

### Cabezota y Gazapos.

— A tal hora te amanezca, hombre,— dijo la vieja viendo que el recién venido no se dignaba saludar.

— ¿Vino alguien á buscarme?— preguntó el hombre que acababa de entrar allí.

— Sí,— gritó el bandido desde el camaranchon.

Y el recién venido pasó adelante, tomando asiento frente á su amigo.

Este le alargó el frasco, y despues que ambos hubieron bebido, dijo Cabezota:

— ¿En que habeis quedado?

— En que es preciso dar el golpe.

— ¿Cuándo?

— Probablemente mañana... no lo saben de cierto, porque no es segura la salida de esas señoras.

— ¿Sabes ya quiénes son?

— Dos brujas de esas hermanas de la Caridad, que gritarán apenas nos vean mas que una escuela de niños.

— ¿Estás seguro de que son hermanas de la Caridad las que han de entrar en el coche?

—Las que han de pasar por delante del Botánico, dirás, porque lo de entrar en el carruaje, no estan fácil... al menos para nosotros.

—¿Quién vá contigo?

—¡Qué se yo!... Desde que supe que tú no querias encargarte del negocio, no ando á gusto, ni sé de quién valerme... Bien lo conoce el amo, y dice que habria dado cualquier cosa porque le hubieses tomado de tu cuenta.

—Pues se le han cumplido sus deseos.

—¿De veras?

—Lo que oyes... Pero chiton... esto se queda entre nosotros, ¿lo entiendes?... El Duende no ha de saber nunca que yo tomo parte del asunto; tú recibes sus instrucciones, hacemos el negocio á medias, y tú te encargas de cobrar las dietas... ¿Estamos?

—Sí,—respondió con frialdad Gazapos, que así se llamaba el hombre que hablaba con Cabezota.

—¡Parece que no te gusta la proposicion!... pues no hay nada de lo dicho; hazlo tú solo; y Dios te dé buena suerte.

—Pero hablemos claro....—replicó Gazapos;—si tú tomas parte en el asunto, ¿para quién trabajas?

—¿Y tú?—preguntó Cabezota.

—¡Yo!... Para el Duende.

—Pues yo para el demonio, que todo viene á ser uno... ya viste con qué claridad le dije que no queria encargarme de esa tramoya.... Ahora lo hago por servirte á tí, y porque espero que tú me hagas en cambio otro favor.

Estas palabras desvanecieron los recelos de Gazapos, y estrechando la mano de Cabezota, le dijo:

—Ahora ya creo que no se escapan esas mujeres.

—A mí me parece que las tengo ya en mi poder,—repuso Cabezota sonriendo.

—¿Y en qué puedo servirte?—le preguntó Gazapos.

—En una cosa muy sencilla y que de seguro te hará

reir... pero qué quieres, yo soy tan á la buena de Dios, que aunque parezco una fiera, me dá lástima de todo el mundo... He ofrecido á mi comadre que no se hará ningun daño á la jóven que está en el Hospital, y como me dijo la bruja de doña Inés que tú te habias encargado de hablar al escribano de la causa...

—Pues ya es tarde, porque hice ayer esa diligencia.

—No importa, hoy la deshaces, y le dices lo contrario... la última palabra es la que vale...

—Sí, pero es el caso, que el escribano no puede hacer nada, porque el juez ha dado ya auto de prision contra ella

—¿Tan pronto?....

—Sí; no tiene nada de extraño; los encargados del corte declaran que las camisas fueron robadas.

—Es falso; esa chica es costurera de la casa.

—Será todo lo que tú quieras, pero en el libro de asientos no consta su nombre, y resulta...

—Que ella paga las faltas del libro...

—No lo creas... Cuando no está allí su nombre es señal de que...

—De que le habrá hecho borrar el Duende á fuerza de oro,—interrumpió Cabezota...—En habiendo barro á mano, se hace salir el sol de noche, y la luna á las ocho de la mañana.

—Lo único que yo puedo hacer, por ser cosa tuya, es avisar á esa jóven para que se escape antes de que la prendan... pero si está enferma, no queda ya ni ese remedio.... Y no es eso lo peor, sino que su padre tambien ha de ir á la cárcel.

—¿Tampoco está en el libro de costureras el padre?—preguntó Cabezota riendo.

—No, sino que le han encontrado unos papeles del ejército realista y lista de conspiradores, y qué sé yo cuántas otras cosas.

—Ya entiendo... siguen los milagros del italiano...



¡Cuando habrá un alma caritativa que acabe de una vez con los delatores y los testigos falsos!

—No lo creas... el italiano murió hace tiempo.

—Sí, pero no han muerto todos los de su casta.

—De todos modos la conspiracion que ahora se ha descubierto no es de las que tú crees. Hay personas de mucho bulto metidas en ella, y segun me ha dicho doña Inés, hoy venderán los ciegos la lista de los conspiradores... ¿Conoces tú á ese conde que vive en la calle de San Miguel?

—¡El de San Fabian!

—El mismo... Ese es uno de los principales.

—¡Pues no digas mas!—repuso Cabezota.—Si el jefe es el conde y te lo ha dicho doña Inés, la conspiracion es una de tantas como fraguaron durante la guerra civil ella y el Duende.... Dios tenga misericordia de esos infelices, y me libre de tener por enemigos hombres que no se presentan á cara descubierta.... Se ha empeñado en vengarse no sé por qué del conde, y hasta que lo consiga no parará un momento.

—Preciso es confesar que el amo es hombre de mucha travesura.

—Sí, mucha; pero volviendo á mi asunto, ¿dices que no puedes hacer nada por esa jóven?...

—Nada.

—¡Cómo ha de ser!—dijo con aparente conformidad Cabezota.

—A menos que no volviese á ver al escribano, y...

—Ya es tarde...—interrumpió con ironía Cabezota;—el juez ha dado el auto de prision...

—¡Sin embargo!...

—Pues lo siento, á fé de Paco; pero ¡cómo ha de ser!... la diré á mi comadre que perdone por esta vez.

—¡De manera que si tienes tanto empeño!

—Sí, ¡pero como ya se ha dado el auto de prision!...

—A pesar de todo, veríamos...

—No hay nada que ver... paciencia.

—Vaya, hombre, no seas tan atropellao... yo te diré lo que hay...

—Lo que hay de cierto, —interrumpió Cabezota, —es que tú no has visto aun al escribano... A otro se la podrás tú dar, á mí no...

—Yo te diré... le he visto y no le he visto.

—Ea, sé franco... ¿cuánto te vale esa comision?

—¡Qué sé yo!...

—Yo sé quien te dará el doble porque no la lleves á cabo... Esa muchacha tiene un novio muy rico, y yo me encargo de que cumpla contigo... Piénsalo bien, y hablaremos... En cuanto al lance del coche, toma bien las instrucciones, asegúrate del cobro, y ya verás cómo se hacen esos milagros... Salgamos ahora de aquí, que ya empiezan á venir las buñoleras, y es hora de que los padres de familia nos retiremos á casa...

Gazapos se levantó de su asiento, y precedido de Cabezota, salieron á la calle, despues de recibir un cordial saludo del dueño de la buñolería.

## CAPITULO XXIX.

### El conde de San Fabian.

Los sucesos que acabamos de referir y algunas palabras del Vizco al hablar con Cabezota de la historia de sor Adelaida, habrán impuesto al lector de lo que hizo el conde de San Fabian para cumplir el encargo que le dió la superiora de las hermanas de la Caridad.

La conversacion del Duende con doña Inés le habrá revelado asimismo las relaciones antiguas que existian entre sor Clotilde y la familia del conde de San Fabian.

Veamos ahora lo que hizo éste apenas recibió la nota de la superiora, en la que se daban todas las escasas noticias que habian podido adquirirse sobre el misterioso nacimiento de sor Adelaida.

Pero bueno será advertir primero, que no era esta nota la que consultaba el Vizco en la habitacion de doña Inés, sino que su imaginacion viva, y su práctica en esta clase de negocios, le hizo comprender inmediatamente que los padres de la jóven hermana de la Caridad, eran los que por medio de la persona que á él se habia dirigido, buscaban á su hija. Ambas comisiones, separadas y distintas al pare-

cer, le habian sido confiadas por el marqués de Santa Rita, hijo primogénito del conde de San Fabian.

Amigo íntimo este señor del difunto conde de Baza, padre de sor Clotilde, tenia un pesar de no haber podido casarla con su hijo; pero la queria como si fuese hija suya, y la superiora de las hermanas de la Caridad no tenia otro confidente mas íntimo que el conde. A él solo habia enterado de parte de la revelacion que el lector conoce, y que era la pesadilla constante de sor Clotilde.

No le habia hablado con la misma franqueza que á sor Adelaida; pero no omitió ninguna circunstancia que pudiese servir para averiguar el paradero de la hija de su amiga Margarita.

Todas las diligencias que practicó el conde, habian sido inútiles hasta entonces, y cuando buscó el apoyo del capitán de la partida del Trueno, lo hizo desesperado de emplear su influencia y su amigos en averiguacion de aquel misterio.

La casa de los duques de Alcira habia vestido lutos por la muerte de la señorita Margarita, acaecida en París, segun escribió desde aquella capital su tío el abad, y la familia ignoraba completamente que hubiese quedado en la horfandad una hija de aquella señora.

Era inútil dirigirse á sus parientes para adquirir noticias, y por otra parte, sor Clotilde habia encargado al conde que no lo hiciera, porque esto descubriría quizá lo que la Providencia tenia oculto en honra de su amiga.

Tambien habia cuidado sor Clotilde de no acusar al tío de Margarita, como autor de aquella desgracia, por no descubrir su inocente complicidad á los ojos del conde.

A esas incompletas pesquisas, y á la oscuridad de las noticias, mas que á la sagacidad del Duende en ocultar su crimen, se debia su impunidad.

Por eso el conde, olvidado hasta cierto punto de este asunto, no le recordó siquiera cuando le pidió sor Clotilde

que averiguase el origen de una jóven que tendria la misma edad que la que habian buscado tanto tiempo.

Parecióle harto mas fácil esta segunda comision; pero la índole de ella le obligaba á recatar su nombre en los primeros pasos, y desde luego pensó en dirigirse al capitán de la partida del Trueno por medio del marqués, su hijo.

La casa en que vivia el conde, aunque unida interiormente con la del marqués de Santa Rita, era independientemente de ésta en todo.

El marqués venia todas las mañanas á besar la mano á su padre con la mayor etiqueta, y la marquesa, despues de hacerse anunciar convenientemente por el portero de estrados, solia visitar todas las semanas una vez al padre de su esposo.

Distinta era la servidumbre de ambas casas; la administración de las rentas de cada una de ellas, estaba á cargo de diferentes personas, y puede decirse, que entre el conde de San Fabian y su hijo el marqués de Santa Rita, habia menos relaciones de amistad ostensibles que las que ordinariamente existen entre los inquilinos de un mismo edificio.

Esta ceremoniosa etiqueta se esplicaba muy bien con saber que no habia sido á gusto del conde el matrimonio de su hijo.

La marquesa de Santa Rita, que como decia el conde, *ni siquiera* era hija de un título de Castilla, habia sido criada con demasiada libertad en concepto del severo aristócrata. La fama que habia aclamado su coquetería y sus gracias en los círculos del *buen tono*, era la que habia seducido al presunto heredero del conde de San Fabian, y precisamente de esto mismo nacia la aversion del conde.

En la época de que hablamos, el entusiasmo del hijo y el encono del padre hubieran debido calmarse algun tanto, porque la marquesa no era ya niña. Pero sucedia todo lo contrario, y por esto las familias seguian viviendo con la misma independencia de siempre.

Ni el conde asistía á los brillantes saraos que se daban en su propia casa, ni la marquesa de Santa Rita interrumpía los ejercicios devotos del conde, haciendo llegar hasta su oratorio el estruendo de sus festines.

Entrar en el citado edificio por la calle de San Miguel, y salir por la de la Reina, era atravesar un cementerio, para llegar á un paraíso.

El silencio, la regularidad y el orden, tenían establecida una línea divisoria con la animación y el bullicio.

Esta línea representaba cien años... El siglo XVIII quedaba á un lado... el XIX empezaba en el otro.

La diversa actitud de los porteros de cada una de ambas casas; las libreas de las servidumbres; el adorno de las habitaciones; la atmósfera que en ellas se respiraba... todo era diferente.

Cuando el conde se despertaba, y de rodillas sobre su lecho saludaba la aurora del nuevo día, solía oír el carruaje de la marquesa que volvía de alguna fiesta.

Velaban y dormían á diferentes horas, y sus ocupaciones eran por lo tanto distintas.

El recogimiento que observaría el lector en la habitación del conde cuando entró en ella sor Clotilde, era eterno y constante en toda la casa.

A la mesa le acompañaban siempre un par de amigos, y uno de estos era dos veces por semana, su confesor, el padre Romualdo. Hacía poco tiempo que los viernes ocupaba el segundo lugar doña Inés Montilla, presentada allí como un modelo de virtud por un amigo del conde, que asimismo lo era del Duende.

El día en que recibió la visita de la superiora de las hermanas de la Caridad, había comido allí el padre Romualdo, que como sabe el lector, era la persona destinada para recibir los papeles que se encerraban en la caja de marfil, á la muerte de don Lorenzo. El conde resolvió dirigirse al ex-claustrado para pedirle noticias acerca de aquel



misterio, aunque sospechaba que el sacerdote no sabría otra cosa sino que algun día iría á parar á sus manos aquel depósito. Y esta idea le ocurría al conde, porque jamás su confesor le habia dicho nada del asunto, al paso que le habia referido con la reserva conveniente otros por el estilo.

Pero, de cualquier manera que fuese, nada perdía con preguntarle, y al efecto, le escribió una carta, rogándole que pasase á verle cuando se lo permitieran sus ocupaciones.

Así lo hizo el padre Romualdo, aunque no tan pronto como hubiera deseado el conde, y por esto empezó mientras tanto las diligencias de que tiene noticia el lector.

Hasta la mañana del día destinado por el Duende para apoderarse de sor Clotilde y de la hermana de la Caridad que la acompañase, no fué el reverendo ex-prior á visitar á su hijo de confesion.

Las tres de la tarde serian cuando se hizo anunciar por medio del ayuda de cámara del conde, y éste saliéndole á recibir precipitadamente, le besó la mano, y le condujo á su gabinete.

—Suponiendo por el contenido de la esquila de vüecencia que no seria urgente lo que tenia que decirme, he retardado mi visita hasta hoy, y á la hora de comer, para matar de una pedrada dos pájaros, como suele decirse; he estado además ocupado á la cabecera de un enfermo, que por fin me dejó descansar esta mañana.

—¿Ha muerto? —preguntó el conde.

—Sí, señor.

—Dios le haya perdonado.

—Amen... —respondió el padre Romualdo... —Ha ido al otro mundo en toda regla.

—¡Dichoso él!... ¿Deja familia?

—Y dinero para que se hagan los lutos. Deja muchas mandas religiosas, y cien mil reales para misas.

—Ea, vamos á la mesa, —dijo el conde, oyendo una

campana en la pieza contigua al gabinete en que se hallaba.

—¿Estamos solos?—preguntó el fraile.

—Solos,—replicó el conde;—mi sobrino está de guardia en palacio.

Y haciendo pasar delante de él á su confesor, entraron ambos en la pieza de comer, y se acercaron á la mesa.

—*Benedicite*, etc.,—dijo el padre Romualdo antes de sentarse, y obedeciendo á una seña del conde.

Este cruzó las manos, bajó la cabeza, y murmurando algunas oraciones, tomó asiento en la cabecera opuesta á la que ocupaba su confesor.

Durante la comida, hablaron de cosas indiferentes, y despues que les hubieron servido los postres, el conde hizo retirar á sus criados, y dijo:

—El motivo de haber molestado á usted es el de hacerle una pregunta estraña, ó quizá mas de una, sobre un asunto del que sorprenderá á usted que yo tenga conocimiento. Anticipadamente le suplico que me dispense si mi curiosidad peca de indiscreta.

—No lo espero, y deseo que cuanto antes me diga vucencia de qué se trata.

—¿Conoce usted,—dijo el conde,—á un caballero llamado don Lorenzo Vargas?

—¡Vaya si le conozco!... es un sugeto muy honrado y muy infeliz...

—¿Hace mucho tiempo que usted no le ha visto?

—Bastante, para lo que acostumbro... Hoy pienso ir á su casa cuando salga de aquí.

—Pues puede usted escusarse la molestia.

—¿Por qué?—preguntó sobresaltado el reverendo.

—Porque está en el Hospital General.

—Era de esperar esa desgracia... Pero este es un motivo mayor para que vaya á ver á su pobre hija.

—Está tambien en el mismo sitio que su padre...

— Lo creo; no sabrá separarse de él un momento. —

— El caso es que no están juntos; cada uno se halla en sala distinta. —

— ¿Eugenia está enferma? —

— También. —

— ¿Pues quién hay en la casa? — dijo con inquietud el padre Romualdo. —

— La justicia. —

— ¿Es posible?... ¿Y quién ha dado á vuecencia estas noticias? —

— La persona á quien interesa saber lo que usted puede decirle sobre el contenido de la caja de marfil, que recibirá usted al fallecimiento del señor Vargas. —

El fraile pudo disimular su turbacion merced al encendido carmin que cubria su rostro desde la mitad de la comida; pero no dejó de esclamar: —

— ¿Y quién es esa persona? —

— ¿Sabe usted el contenido de los papeles? — dijo el conde sin contestar á la pregunta de su confesor. —

— Lo sé como confesor... lo ignoro como hombre. —

— ¿Y nada le es á usted permitido revelarme? —

— Si supiera quién es la persona que solicita tales noticias, quizá podria, sin faltar á los sagrados deberes del ministerio que ejerzo, dar alguna luz en el negocio. —

— Pues es nada menos que la jóven cuyo nacimiento revelan los papeles. —

— ¡ La hija de doña Margarita de Cáceres está aquí! —

— ¡ Cielos! — exclamó sorprendido el conde; — ¿Con que esos papeles pertenecen á la sobrina del duque de Alcira? —

El padre Romualdo quiso retirar sus últimas palabras; pero conoció que ya era tarde, y que debía arrostrar las consecuencias de su imprudente revelacion, adquiriendo nuevas noticias en cambio de la que acababa de dar gratuitamente. —

—¿Y cómo han ido á parar los papeles á poder del señor Vargas?—preguntó el conde.

Esto tranquilizó algun tanto al fraile, que conoció bien pronto que el conde no sabia la parte principal del negocio, puesto que ignoraba el lazo íntimo que habia existido entre Margarita de Cáceres y el padre de Eugenia.

—¿Y dónde está esa jóven?—preguntó el padre Romualdo.

—No lo sé,—respondió el conde con tal acento de verdad, que convencido el fraile, le preguntó:

—¿Y no sabe vucencia nada acerca de su paradero?

—Sí; la persona que me pidió que hablara á usted la conoce, y sabe lo que sufre la infeliz por ignorar quiénes son sus padres.

—¿Pues quién le ha dicho que la pertenece el secreto de esa caja?

—Don Lorenzo.

—¡Lorenzo!...—repitió asombrado el padre Romualdo;—dispénseme vucencia que le diga que le han engañado.

—¡Oh, no! La persona que me lo ha dicho es incapaz de faltar á la verdad.

—Habrá sido engañada tambien.

—No es posible... Por otra parte, ¿no es cierto que usted es el destinado para recibir la caja?

—Sí, señor... pero no es un secreto del señor Vargas y mio solamente... lo sabe tambien el escribano que hizo el testamento.

El conde se quedó un momento pensativo, mientras el fraile hacia lo propio, sin dejar de picar de vez en cuando en los diversos platos de postres que cubrian la mesa.

—Pero me ocurre una cosa,—dijo el conde, rompiendo el silencio;—si esos papeles son un testimonio del nacimiento de la sobrina del duque, ¿cómo se pretende hallar en ellos una nulidad para el matrimonio de Adelaida con un hijo del señor Vargas?

— ¡Adelaida!... — repitió asombrado el padre Romualdo; — efectivamente, tal es el nombre de la jóven á quien pertenece el secreto... Pero no puedo atinar cómo ha podido vucencia descubrirlo...

— Yo no he descubierto nada, — replicó el conde; — usted me conoce sobradamente para saber que no me ocupo jamás en lo que no me importa; pero el deseo de hacer bien, el afan de calmar la inquietud de una pobre huérfana, me ha hecho tomar tanto interés en este negocio, y le ruego á usted que me diga todo lo que de él sepa, siempre que no se lo hayan dicho en el tribunal de la penitencia.

— Todo lo he sabido de este modo... Una madre, modelo de virtud y resignacion cristiana, me confesó en el artículo de la muerte una falta que habia cometido en los primeros años de su juventud, y que no creia haber espiado suficientemente con quince años de penitencia continúa.

— ¿Con que no murió en Paris la hermana del actual duque de Alcira?

— No, señor.

— ¿Pues cómo no se sospechó nunca su existencia?

— Usó al casarse del segundo apellido, y yo, que fui su confesor cinco años seguidos, no supe quién era hasta la vispera de su muerte... Nada mas puedo decir á vucencia. Me sorprende la manera con que ha llegado á sus oidos este secreto; pero le ruego que le guarde, porque interesa á toda una familia, á cuyo jefe no le ha dejado la revolucion mas que la honra.

— Descuide usted, padre, que no saldrá de mis lábios una sola palabra que no sirva para enaltecer esa misma honra... Me interesa demasiado, aunque solo sea por lo que afecta al honor del duque de Alcira.

— Fuera de esto, — añadió el padre Romualdo, — cuente usted conmigo para cuanto sea necesario hacer en obsequio de esa jóven, á quien, si Dios no hace un milagro, habré de revelar demasiado pronto el nombre de sus padres... y...

Antes que el fraile concluyese de hablar, se alzó el tapiz que cubria una de las puertas de entrada al comedor, y un lacayo anunció desde el dintel:

— Señor, la superiora de las hermanas de la Caridad.

— Voy corriendo, — dijo el conde.

Y en pié, con las manos cruzadas, contestó á las palabras que pronunciaba su confesor, y ambos dieron gracias en latin al levantar los manteles.

— ¿Usted querrá dormir la siesta? — dijo el conde dirigiéndose al padre Romualdo.

— Despues de dar unas chupaditas, — contestó el fraile, encendiendo un gran cigarro puro.

— Pues luego nos veremos, y seguiremos hablando.

— Sí, luego... — repuso el fraile, cuyos ojos anunciaban ya el reposo en que pronto estarian todos sus sentidos.

Y apenas se retiró el conde, entró el ayuda de cámara, y entabló mano á mano una larga conversacion con el padre Romualdo sobre todas las interioridades de la casa del marqués de Santa Rita.

El honor de la marquesa no anduvo bien en los lábios del criado de su suegro, y hasta la integridad de los empleados de la casa se resintió de aquella confesion espontánea, que llegaba á los oidos del reverendo entre el humo de un rico habano.

Pero á pesar de la pesadez que se advertia en sus abultados párpados, y del embotamiento apoplético de su rostro, el fraile no fué insensible á la murmuracion del criado, y aunque parecia no prestar atencion á sus palabras, le hizo tres ó cuatro preguntas que valieron por todas las noticias que el ayuda de cámara creyó darle como nuevas.

El conde, mientras tanto, recibia en un gabinete de preciosos embutidos de madera á la superiora de las hermanas de la Caridad.

Peró sor Clotilde no hizo aquel dia lo que habia hecho el último que estuvo á visitar al conde, y entró á la presen-



cia de éste acompañada de la jóven hermana de la Caridad que venia con ella.

Ambas tomaron los asientos que las presentó el mismo conde, y éste lo hizo tambien, despues de saludarlas respetuosamente, y esperando á que sor Clotilde le dirigiera la palabra para preguntarle el resultado de sus primeras diligencias, ó para darle nuevas noticias.

### CAPITULO XXX.

#### Sor Clotilde y sor Adelaida.

—¿Con que no sabe usted lo que ocurre?— dijo sor Clotilde, viendo que el conde nada le decia.

—¡No, señora!...—respondió asombrado el de San Fabian.

—Pues ya es inútil que usted se incomode... Han robado la caja que, segun dije á usted, estaba en poder de la justicia.

—Tanto mejor,—replicó el conde;—ya me figuraba yo que mis comisionados no sabrian valerse de otros medios... ¡pero extraño mucho que no me hayan avisado!

—¡Con que es decir!...

—Que los papeles están en nuestro poder á estas horas... Yo no puedo asegurar que hayan sido robados por la persona de quien me he valido para adquirirlos; pero en lo que no tengo duda es, en que ninguna otra habria podido hacerlo, estando mi hombre á la vista.

La jóven hermana de la Caridad que acompañaba á sor Clotilde lanzó un suspiro, levantó los ojos al cielo, y apartando con el movimiento de la cabeza las tocas que caian sobre su rostro, descubrió un semblante sonrosado y apa-

cible, en el que fijó su mirada el conde con irresistible atracción.

La superiora los miró alternativamente á ambos, y la jóven bajó de nuevo los ojos, cubriendo el rubor de sus mejillas con la oscilante sombra de sus luengas pestañas.

El conde interrogó con una mirada á la superiora sobre aquella figura angelical que veía delante de sí, y sor Clotilde le dijo:

— Esta jóven agradecerá tanto como yo lo que usted haga por descubrir el secreto que le confió en nuestra última entrevista...

— He hablado ya con el padre Romualdo, dijo el conde.

La jóven hermana de la Caridad abrió sus hermosos ojos, dejando ver en su semblante una extraordinaria ansiedad por oír las palabras del conde, y éste añadió:

— Pero antes de repetir lo que me ha dicho, necesito verle otra vez.

— ¿Sabe el contenido de los papeles que encierra la caja? — preguntó con interés sor Clotilde.

— Sí señora, — respondió con gravedad el conde.

— ¡Y bien!... — repuso la superiora.

— Nada le es permitido decir aun... Es un secreto de confesion...

— ¡Dios mío! — exclamó la jóven con un acento dulcísimo, que espresaba una envidiable resignación cristiana.

— Lo único que yo puedo deciros, — continuó el conde conmovido por la presencia de la jóven, — es que hoy mas que nunca conviene guardar el secreto... Antes de ahora, comprometia la honra de una persona respetable... hoy puede ocasionar la muerte de esa misma persona...

— ¿Pero conoce el religioso á los padres de la jóven?

El conde guardó silencio, y cuando sor Clotilde repitió la pregunta, contestó:

— Los conoce.

— ¿Viven? — preguntó con ansiedad la jóven.

—No lo sé,—respondió con dulzura el conde.

La jóven hermana de la Caridad, cuya mirada vagaba incierta para contener las lágrimas que nublaban sus ojos, estrechó la mano de sor Clotilde, y la dijo:

—Señora, renuncio desde este momento á averiguar el secreto de mi existencia, cuya oscuridad me ha mortificado toda mi vida... Siempre que he tratado de adquirir noticias, me han dicho, que mi curiosidad costaría la honra de una familia ó la vida de un hombre... Y hoy que un ministro del Señor me repite lo mismo, no puedo dudarlo, y me arrepiento de mi pasado empeño. Consagrada á la asistencia de los enfermos, y escudada mi horfandad con este santo hábito, pediré al cielo por la salud de esa persona, cuya honra hubiera peligrado por mi culpa, como pediría por la de mis padres, si me fuese dado saber que existiese.

El conde, que fascinado por la encantadora voz de la jóven, cuyo nombre no necesitamos revelar á nuestros lectores, se habia levantado de su asiento, cayó de rodillas, y alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias, por haberme dejado admirar uno de vuestros mayores milagros! ¡Yo adoro vuestro poder y vuestra sabiduría!... Permitisteis el pecado de una débil mujer, para mandar al mundo un ángel que alcanzase el perdón de su madre con la pureza de su corazón y la fortaleza de su espíritu.

Y las lágrimas corrían por el enjuto rostro del anciano conde.

Sor Clotilde, conmovida por las palabras de sor Adelaida, lo fué aun mas por la escena que tenia delante de sí, y espresando en su semblante la angustia que oprimía su corazón, hacia vanos esfuerzos por pronunciar una palabra.

Sus ojos interrogaban al conde, que permanecía de rodillas, con las manos cruzadas y la cabeza caída sobre el pecho.

Sor Adelaida miraba con sorpresa al conde; pero á pesar del encendido carmin que cubria su rostro, brillaba en él aquella sonrisa inefable, que ilumina las candidas imágenes de los lienzos de Rafael y de Murillo.

La jóven hermana de la Caridad era la única persona de las que allí estaban, en cuya fisonomía no se retrataba señal alguna de la inquietud sospechosa que descubre la intranquilidad del alma.

Ningun recuerdo mundano fatigaba su corazon en aquel momento, y al comunicar su resolucion con la superiora, habia hecho abstraccion completa de las dudas que sin cesar asaltaban su imaginacion.

La dulzura de sus facciones no habria sido mayor, si en vez del eterno misterio á que la condenaban las palabras del conde, hubiese aprendido los nombres de las personas que la dieron el sér.

No habia descubierto hasta entonces la mano de Dios sobre el secreto que tanto deseaba averiguar, y creyendo luchar solamente contra el poder de los hombres, se habia entregado á la esperanza risueña de arrancar el velo que cubria su existencia. Pero en aquel momento acababa de ver que un decreto del cielo la impedia seguir la obra comenzada, y el bienestar y la paz de la resignacion cristiana sucedieron al valor y á la ilusion de la esperanza.

La vergüenza de su horfandad; los trabajos sufridos; el desasosiego y la inquietud que asaltaban su espíritu, todo habia desaparecido en un momento.

La pasion que sentia hácia Fernando, permanecia asimismo callada, y al ver la completa tranquilidad de su semblante, cualquiera hubiese dicho que su corazon se habia resignado sin violencia á sacrificar el ídolo que acababa de resucitar en él, despues de tres años de angustiosa ausencia.

Sor Clotilde la miraba con asombro, y apenas comprendia lo que pasaba en su alma.



El conde fijaba en ella sus ojos, y no acertaba á dirigirle la palabra.

Por fin se alzó del suelo donde estaba arrodillado, y dirigiéndose á un rincon del gabinete tiró del cordon de una campanilla.

Volvió la vista hácia la puerta por donde habian entrado las hermanas de la Caridad, y al presentarse en el dintel un criado, dijo:

—Al padre Romualdo que tenga la bondad de venir aquí al momento.

—Está durmiendo,— contestó el criado.

—No importa; di á don Policarpo que le despierte.

El criado se retiró, y sor Clotilde preguntó sobresaltada:

—¿Está aquí el confesor de usted?

—Sí, señora.

—¿Y cree usted que podrá decirnos algo?

—No lo sé; pero quiero que conozca al ángel, á quien algun día habrá de dar los titulos vanos que la sociedad le niega en este momento.

Sor Adelaida bajó los ojos avergonzada, á tiempo que se abria de nuevo la puerta y entraba en el gabinete el padre Romualdo.

El confesor del conde de San Fabian saludó con un movimiento de cabeza á las hermanas de la Caridad, que se pusieron en pié apenas le vieron, acudiendo solícitas á besarle la mano.

Traia el reverendo amoratado el rostro, y con paso perezoso y tardo, guiñando los ojos á causa del resplandor que daban en los cristales los últimos reflejos del sol, se sentó soñoliento y mústio en la silla que antes ocupaba el conde.

Este, que continuaba de pié y sin apartar su vista de sor Adelaida, se dirigió al fraile, y le dijo:

—¿Se acuerda usted de lo que hemós hablado hace poco?



— Si....— contestó el padre Romualdo, haciéndose una cruz en la boca, que se abría por tercera vez desde que había entrado allí.

— Pues esta jóven religiosa es la persona á quien usted ha de entregar los papeles que le dejará al morir el señor Vargas.

El fraile dirigió una mirada de reconvencion al conde, y éste le replicó:

— No pretendo que usted nos diga nada de lo que sepa sobre este misterio... Esta jóven, por el contrario, está resignada á ignorarlo eternamente, si ha de costar no ya la vida, sino la honra de una persona.

— Sí, padre,— interrumpió sor Adelaida; — mucho he deseado conocer el nombre al menos de la mujer que me dió el sér; pero hoy pido al cielo que no me lo revele jamás...

— Vuestra madre,— repuso el sacerdote,— murió pensando en su hija, y os puedo asegurar, que si Dios ha aceptado sus últimas oraciones, desde la mansion de los justos velará por vuestra suerte.

Sor Adelaida no pudo contener las lágrimas, y dejó caer la cabeza sobre el pecho sin pronunciar una sola palabra.

La superiora la miraba con ternura, y deseosa de arrancar alguna revelacion de mas importancia, se dirigió al conde, diciéndole:

— ¿Sabe ya el padre el estado en que se encuentra el señor Vargas y su hija?

— Lo sé,— respondió el fraile; — ¿y cómo siguen?

— Eugenia, casi buena; ya hemos podido decirle la desgracia de su padre, y aunque no le ha visto aun, mañana podrá estar á su lado para asistirle... ¡que hartó lo necesita el infeliz!... El último ataque le ha privado del conocimiento, y los médicos opinan que morirá del primero que sufra... que por desgracia será muy pronto.

— ¡Ah!... ¡No!...— gritó sor Adelaida, como si hubiese

descubierto en las palabras de la superiora un deseo de abreviar el plazo fatal que ella consideraba ya como eterno...—No morirá... nosotras le salvaremos la vida.

—Sí, hija mía, sí; cuidaremos de la salud de vuestro segundo padre...

—¡De mi único padre!—replicó sor Adelaida.

—Mañana,—continuó sor Clotilde,—trasladarán al enfermo á una casa particular dispuesta al efecto, para que vivan el padre y la hija con las comodidades necesarias al estado en que se encuentran ambos. Para que Eugenia accediese á nuestros ruegos, ha sido preciso engañarla, haciéndola creer que la casa que se la destina es de una persona ausente que busca una familia que cuide de ella hasta que vuelva á la corte.

—En la mia,—dijo el conde,—habrían estado quizá mejor asistidos que en ninguna otra parte.

—Gracias,—contestó la superiora.

Y acercándose al conde, le dijo en voz baja:

—¿Qué piensa usted hacer con esos papeles, si la persona que los ha cogido lo ha hecho de orden de usted?

—Devolverlos al señor Vargas.

—Es escusado,—replicó la superiora,—está completamente lelo.

—En ese caso los depositaré en poder del padre Romualdo... Pero tengo que deciros una cosa que os será de la mayor importancia.

—¿A mí?—preguntó con extrañeza sor Clotilde.

—Sí, pero me habeis de prometer un perpétuo silencio...

—Lo ofrezco.

—Pues disponéos á oír una revelacion que os llenará de asombro... La sobrina del duque de Alcira vive...

—¿La hija de Margarita?—gritó sor Clotilde.

—Silencio, por piedad,—dijo el conde.

—¿Y su madre?

— Ha muerto.

— ¿Quién le ha dado á usted estas noticias?

El conde señaló con la vista al padre Romualdo, que hablaba en el otro extremo del gabinete con sor Adelaida, sobre asuntos indiferentes de la institucion de San Vicente de Paul.

— ¿Y la hija de mi amiga?... — preguntó sor Clotilde.

— ¿No lo habeis adivinado aun?

— ¡Perdon! ¡Dios mio! ¡Perdon!... — gritó la superiora, arrojándose á los piés de sor Adelaida, sin que el conde pudiese impedirlo.

La jóven hermana de la Caridad se sobresaltó con aquella inesperada escena, y avergonzada y confusa, trató de levantar del suelo á sor Clotilde.

Pero ésta no lo consintió, y derramando abundantes lágrimas, la dijo:

— Perdóname, hija mia... yo te arranqué de los brazos de tu madre, sin permitir que sellase tu frente con el bautismo del amor maternal... Yo sola soy la culpable... ¡perdon!... ¡Hija mia, perdon!...

El padre Romualdo se puso en pié, sacudiendo con espanto su soñolienta pereza... El conde lloraba como un niño, y sor Adelaida, haciendo un esfuerzo para levantar á la superiora, la estrechó entre sus brazos, y alzando los ojos al cielo, exclamó:

— ¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡Al fin me habeis dado una segunda madre!...

Sor Clotilde ocultaba el semblante sobre el hombro de la hermana de Eugenia, parentesco que aun no habia tenido tiempo de sospechar, y huía de las miradas de los dos testigos mudos de aquella escena.

El conde conoció lo que debia sufrir su amiga, y haciendo seña á su confesor para que se retirara, la dijo:

— Tranquilizáos, señora; Dios que permitió aquella falta, os ha inspirado el mas profundo arrepentimiento, y os

presenta hoy los medios de repararla completamente... No os separeis nunca de este ángel, y aceptad el sagrado nombre de madre con que os saluda.... Acaso el Señor piensa acrisolar su virtud con nuevas tribulaciones, y vuestro apoyo la será preciso.

La superiora alzó la cabeza; lanzó un hondo suspiro; bajó los ojos al encontrar los de la hija de su amiga, y volviéndose con sobresalto hacia el conde, le preguntó:

— ¿Está en Madrid el abad de Maqueda?

— Si, — respondió el conde; — mi hijo le vió hace pocos dias.

— ¡Ah! ¡Él es el hombre de quien nos habló esta mañana la vieja María!... Conde, necesito hablar con usted despacio... El tío de Margarita ha descubierto el paradero de esta jóven, y proyecta su perdicion... Ahora presumo que él ha sido, y no los emisarios de usted, el que se ha apoderado de la caja.

— ¿Qué motivos teneis para estas sospechas?

— Es algo mas que una sospecha... es una realidad... Mañana espero á usted en el Hospital, y allí le contaré las confusas noticias que tengo sobre los planes siniestros que medita ese desdichado sacerdote.

— No faltaré, — replicó el conde.

Las dos hermanas de la Caridad se dirigieron á la puerta del gabinete, á tiempo que entraba el ayuda de cámara sobresaltado y sin poder articular una sola palabra.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó el conde.

El ayuda de cámara tardó algunos segundos en contestar á su amo, y despues de bastantes esfuerzos para poder hablar, dijo:

— La... po... la... po... licía...

Sor Clotilde miró sobresaltada al conde, y éste, volviéndose á su criado, le dijo con la mayor tranquilidad:

— Que pasen á la sala de Columnas, y acompaña á estas señoras hasta el portal.

— Están abajo los salvaguardias, — replicó el ayuda de cámara.

— Pues condúcelas por la calle de la Reina.

— ¿Y usted no huye, conde? — preguntó la superiora.

— ¿De quién? No tengo por qué temer, y será uno de tantos registros como he sufrido en estos últimos años.

— ¡Dios lo haga así! — dijo sor Adelaida.

— Sí hará, — repuso el conde.

Y haciendo un saludo á las hermanas de la Caridad, que se retiraron por la puerta que conducía al interior de la casa, llamó al portero de estrados, y le repitió la orden que había dado al ayuda de cámara para que hiciese subir la policía.

La superiora y sor Adelaida salieron á la calle sin el menor contratiempo, y marcharon con dirección al Prado.

## CAPITULO XXXI.

### La silla de posta.

Cuando las hermanas de la Caridad habian cruzado el Salon del Prado, desde el extremo de la calle de Atocha hasta la de Alcalá, por donde se dirigieron á casa del conde, aun transitaba alguna gente por el paseo.

Un momento despues el Salon del Prado estaba completamente desierto, y únicamente se veia un hombre embozado en una capa parda, paseando por delante de la verja de hierro del Jardin Botánico.

Ese hombre habia visto á las hermanas de la Caridad salir del Hospital, y marchando detrás de ellas hasta la fuente de Cibeles, las siguió con la vista hasta que entraron en la calle de San Miguel.

Despues volvió apresuradamente á la esquina de la calle de las Huertas, y hablando con un hombre de su misma catadura, que desapareció ligero por la calle de la Alameda, se fué á sentar frente á la del Gobernador, en cuya elevada cuesta tenia fijos los ojos.

El ruido de un carruaje llegó bien pronto á sus oidos, y en lo alto de la calle descubrió una silla de postas, tirada por seis caballos.



El hombre que venia sentado en el pescante era el que habia desaparecido momentos antes por la calle de la Alameda, y volviendo los caballos con presteza sobre la derecha, paró el carruaje entre las dos esquinas de la calle del Gobernador.

Un tercero salió del interior del carruaje, y acercándose al atalaya, que ya se habia levantado del asiento de piedra, le dijo:

— ¿Tardarán en volver?

— ¡Qué sé yo!...

— Si estamos parados mucho tiempo aquí, somos perdidos.

— ¿Por qué?

— Porque se acercarán una porcion de curiosos á ver si nos ha sucedido algo.

— Hace mucho frio, y si pasa alguien no tendrá ganas de pararse aquí.

— ¡Lo malo seria que no volviesen por el Prado! ¿Qué haríamos en ese caso?

— Nada... nos han dicho que las esperemos aquí, y cumplimos con hacer lo que nos mandan.

— Es que á mí no me gusta obedecer á ciegas,—replicó el hombre que habia bajado del coche;— si creyera que iban por otro lado, las iria á buscar allí.

— ¿En las calles?

— Sí; en las calles... ¿Crees tú que seria mas difícil que en este paseo?

— ¡Vaya si seria!... aquí pueden gritar sin miedo, y allí no...

— ¿Qué instrucciones te ha dado el Duende?

— Muy pocas, porque yo creo que vendrá detrás de nosotros.

— ¿Tomaremos el camino de Vallecas?

— No... por la ronda, al puente de Toledo.

— ¿Y luego?

— Allí nos alcanzará el amo. —  
 — ¿Dónde está ahora?

— No tardará en pasar por aquí en su carruaje. Antes de que salieran las beatas pasó dos veces.

— ¿Le hablaste?

— No... se asomó al ventanillo; me vió delante del Hospital, y pasó de largo.

Los dos embozados paseaban por delante de las verjas sin dejar de mirar hacia el Salón del Prado, y acercándose uno de ellos al carruaje, se dirigió al hombre que estaba sentado en el pescante, y le dijo:

— Bájate de ahí, y acorta la madrina del par delanteró.

— Está ya corriente, — replicó el cochero.

— No importa; bájate, y arréglala... ¿Quieres estarte parado, como si el amo del coche estuviera de visita en palacio?

El cochero comprendió lo que le decía el hombre que había ido hasta allí detrás del carruaje, y bajando del pescante, se entretuvo en desatar y atar las madrinas y los tirantes de los caballos.

El atalaya seguía, mientras tanto, avanzando hacia el Salón del Prado, y vió desembocar por la Carrera de San Gerónimo una berlina negra, tirada por dos caballos negros también.

Los caballos venían al galope tendido, y al llegar junto al atalaya los detuvo el cochero con la mayor facilidad, y por la ventanilla asomó la cabeza un hombre velado el rostro por el embozo de la capa y el ala del sombrero.

Acercóse corriendo el atalaya, y el embozado le dijo:

— ¿Está todo dispuesto?

— Sí, señor.

— Pues antes de diez minutos las teneis aquí... las he visto salir por la calle de la Reina.

— ¿Ha venido Cabezota?

— Ya está ahí.

— No olvides lo que te he dicho.

— Descuide usted... Que me ayude á pescarlas y á sacarlas de Madrid, que luego hablaremos.

— ¿Tú guiarás el carruaje?

— ¡Por supuesto!

— Despues... ya sabes...

— No me diga usted mas... No haremos juntos toda la primera jornada.

— ¿Sabe ya el camino que vais á llevar?

— Sabe lo que yo le he dicho.

— Entiendo... Pórtate bien, Gazapos, y tú verás á quién sirves... ¿Quieres mas dinero?

— Tengo bastante.

— Si quieres mas, dilo.

— Pues ya que usted se empeña, venga... Por mucho trigo nunca es mal año.

El caballero sacó un gran bolsillo de seda verde, por cuya trama brillaba el oro de que estaba henchido, y se lo dió á Gazapos.

La berlina siguió por la calle de Atocha, y Gazapos corrió hácia la silla, ocultando entre el pecho el oro que acababa de recibir.

Cabezota y el cochero suspendieron la conversacion que tenian cuando llegó Gazapos, diciéndoles:

— Ya vienen.

El cochero se dispuso á subir al pescante, y Cabezota le detuvo, diciendo:

— No subas... espérate, y saca el mazo y el escoplo.

Hizo el cochero lo que le mandaba Cabezota, y éste, sin dejar de mirar hácia el Salon del Prado, dijo:

— Allí veo dos bultos.

— Pues ellas son, — replicó Gazapos.

— Muy despacio vienen, — repuso Cabezota, recogiendo la vista para mejor distinguir quiénes eran las personas que hácia ellos venian.

Mientras tanto, el cochero, cumpliendo las órdenes que le habian dado, se arrodilló en el suelo, como si estuviera componiendo el cubo de una de las ruedas, y Cabezota, despues de esforzar su vista cuanto pudo, dijo:

— Ellas son.

Y acercándose al cochero, aparentó ayudarle en la finida operacion de arreglar el eje de la rueda.

Abrió despues la portezuela del coche, y dijo á Gazapos:

— ¿Quién vá con ellas en el coche?

— Ninguno... iremos los tres en el pescante, y yo tomaré las riendas.

— Como tú quieras, — repuso Cabezota, cambiando una mirada con el cochero.

Las hermanas de la Caridad seguian mientras tanto avanzando hácia su perdicion, preocupadas con la escena de casa del conde.

Sor Clotilde se habia trastornado demasiado, y temiendo no poder llegar por sí propia al Hospital, se apoyó en el brazo de sor Adelaida, cuya mirada no se atrevia á buscar con la suya.

Ni una sola palabra se dijeron sobre lo ocurrido; pero aquel mismo silencio era un lenguaje elocuente, y el único digno de la situacion en que se hallaban.

La superiora, trémula y desconcertada, sin fuerzas para alzar los ojos al cielo, indicaba bien el remordimiento que sentia por haber cedido en París á las infames exigencias del Duende.

La generosidad con que sor Adelaida la habia alzado á sus brazos, sin permitirle siquiera que la pidiese perdon del mal que la causó al nacer, la hacia mas horrible su falta y agravaba su remordimiento.

Sor Adelaida, asombrada y confusa con la importante revelacion que acababan de hacerla, no podia pararse á pensar en lo que debia sufrir su superiora, y la estrechaba

convulsivamente el brazo, como si quisiera intimarse y estrechar su corazón con el de la amiga de su pobre madre.

Así atravesaron en silencio el desierto Salon del Prado, y antes de llegar á las *Cuatro Fuentes*; que hay á la salida de la calle de las Huertas, divisaron la silla de postas en el sitio que el lector sabe.

Sor Clotilde observó que habia tres hombres, ocupados al parecer en arreglar una de las ruedas, y dijo:

—Alguna desgracia le ha ocurrido á ese carruaje.

Sor Adelaida alzó los ojos del suelo, y nada contestó á la observacion de la superiora.

Ambas siguieron su camino, y al pasar junto á la silla de postas, cuya portezuela estaba abierta, se sintieron coger con violencia, quisieron gritar, y sus voces fueron ahogadas por las que daban los que servian el carruaje, como para animar al ganado á salir de un atolladero.

Las hermanas de la Caridad fueron encerradas en el coche, cuyas persianas iban corridas, y los hombres que aparentaban trabajar en la rueda, subieron al pescante al partir la silla, sin dejar de dar gritos al ganado hasta que salieron fuera de la Puerta de Atocha.

El paseo quedó desierto, y poco despues volvió á pasar por allí la berlina negra, tirada por caballos negros tambien, y cuya servidumbre vestia de luto.

El cochero volvió la cabeza, sin parar los caballos, y un caballero, que embozado hasta los ojos, se asomó al ventanillo, le dijo:

—*Vuela...*

El hombre que conducia la berlina, volvió rápidamente las riendas, y los caballos salieron *volando* por la Puerta de Atocha, y en direccion opuesta á la que habia tomado la silla de postas.





## LIBRO TERCERO.

### CAPITULO XXXII.

#### Gente de escalera-abajo.

La noche del mismo día en que ocurrieron los últimos sucesos de que tiene noticia el lector, una fila de carruajes se extendía, desde la calle de las Torres hasta la de Hortaliza, haciendo intransitable la de la Reina.

Los alrededores de la casa por donde salieron al anochecer las hermanas de la Caridad, estaban llenos de gente á las diez de la noche.

El portero, vestido con la elegante librea de gala que aquel día estrenaba toda la servidumbre del marqués de Santa Rita, estaba rodeado de lacayos de diferentes casas de la aristocracia madrileña, y su ancha banda de terciopelo azul, bordada de plata, era la envidia de todos.

Colocados los representantes de las principales libreas de España á distancia conveniente del cancerbero, dirigíanle algunas bufonadas sobre el ancho espadín que pendía de su cintura, ó sobre la empolvada peluca que cubría sus

sienes. Todo con intencion de hacerle faltar al respeto con una sonrisa, cuando pasaban por delante de él los amigos de su amo. Pero el portero no perdió su gravedad un solo momento, y autorizó solemnemente la entrada de todas las personas que bajaban de los carruajes.

El último de estos llegó á las doce, y de él se apearon dos caballeros, vestidos de negro, con corbata blanca. El lacayo que subió la escalera detrás de ellos, bajó al poco rato, con los gabanes que cubrian los hombros de sus amos.

—Tarde *habeis* venido, —dijo el portero, dirigiéndose al lacayo, y deponiendo la gravedad portuguesa que habia conservado hasta entonces.

—*Hemos* estado en la ópera, —contestó el lacayo, aceptando la mancomunidad que con sus amos le daba el portero.

—¿Y quién es ese señor que viene con tu amo? Creo que no le he visto nunca.

—Yo tampoco, —dijo uno de los circunstantes.

—Ni yo, ni yo, —repetieron otros.

—Pues yo tampoco, —contestó el interpelado; —hoy es la primera vez que le veo.

—Será algun extranjero, que habrá venido recomendado á la embajada.

—No puedo deciros; pero creo que no, porque aunque habla francés con el amo, le he oido algunas palabras en español muy claro... Salieron juntos del teatro, y entonces fué cuando yo le vi por primera vez.

—Por la cara puede ser hasta judío, —replicó el portero, —¡canario! ¡cuántos costurones tiene!

—Pues no le has observado los ojos... el uno mira á Poniente y el otro á Levante.

—¿Es vizco tambien? —preguntó el portero; —pues no tiene el diablo por donde desecharle. Pero señores, añadió señalando á un rincon del portal, donde ardia un enorme brasero cercado de bancos, lo mismo nos han de dar por

estar de pié que por estar sentados, y aquella lumbré está diciendo, comedme... Calentémonos, ya que otra cosa no sea.

— ¡Es preciso tomar los tiempos conforme vienen! — exclamó con amargura el decano de los lacayos que allí estaban.

Y siguiendo todos el ejemplo del portero, se sentaron alrededor del fuego.

— Vergüenza dá ver estos grandes bailes, — dijo el portero, — y no poder decir á los amigos que echen un trago.

— ¿Y qué le hemos de hacer?... — repuso el decano. — Esto sucede desde que en *nuestras* casas han entrado los extranjeros... Hoy todo se vuelve contratas; y como cada ambigü de estos se saca á pública subasta, el repostero que se encarga de servirlo, no quiere perder la ganancia que puedan darle las sobras.

— Sin embargo, — dijo sonriendo uno de los lacayos mas noveles que allí habia; en casa se la jugamos de puño á monsieur Perron, el repostero... De cada tanda que servimos, le mermamos tres ó cuatro libras de dulces y algunas botellas.

— ¿Y qué tiene que ver eso con lo que nosotros decimos? — exclamó el decano. — Lo mismo vale lo que tú cuentas para lo que pasaba antiguamente... que nada... Eso es una bicoca. Entonces no habia necesidad de esconder botellas, ni de robar dulces... Los platos mas esquisitos bajaban por docenas á la portería... sacábamos todas cuantas botellas queriamos, y los jamones en dulce andaban tirados por los rincones... No creas tú que es broma... lo que vendiamos cada uno de nosotros en estos dias, valia el sueldo de medio año.

— ¡Oh, Virgen de Covadonga! — exclamó el inocente lacayo.

— ¡Toma! pues eso no vale nada; — dijo con entusiasmo el portero; — en la boda de mi ama, que ya veis que no

es ninguna cosa del siglo pasado, vendimos entre uno de los ayudantes de la repostería y yo, cinco tareas de chocolate, diez arrobas de dulces, y qué sé yo cuántas espuelas de bizcochos.

—¡Qué atrocidad!

—¿Pero qué estais diciendo? —interrumpió uno de los lacayos; —¡hay mas que ver que lo que está sucediendo hoy en casa!... Uno de los acreedores es un confitero, al cual se le deben, de solo azucarillos y anises para el bautizo del señorito Pepe, doce mil reales.

—Hace daño hablar de estas cosas, —dijo el decano; porque pensar que *podíamos* seguir haciendo lo mismo, y que *nos* hemos perdido por nuestra propia culpa, estremece.

—¡La revolucion nos ha aplastado! —esclamó con amargura uno de los que habian estado callados hasta entonces.

—Es verdad, —replicó otro... —Los *constitucioneiros*, ó los diablos, nos han perdido.

—¡Qué revolucion, ni qué mil demonios!... —gritó el decano; —el habernos entregado en manos de los apoderados, nos ha hecho mas daño que todas las constituciones del mundo. Hubiéramos seguido con solo los contadores, y maldito el cuidado que me darian á mí cien legiones de constitucioneiros.

—Este lo entiende, —dijo el portero; —la ruina de estas casas son los apoderados.

—¡Pues claro es que sí! —replicó el decano; —es lo que en nuestra tierra llaman deshacer la catedral para hacer la ermita... Mientras á nosotros no nos queda mas que el *vuecancia* y los gastos, ellos se calzan con el santo y la limosna... y como al cabo y al fin son gentes que se criaron en pañales pobres, escatiman de aquí y de allá, y no se portan como caballeros... *Antier*, sin ir mas lejos, pudisteis verlo todos en el entierro de la condesa del Armiño, cuando nos repartieron la cera... Antiguamente cada uno de nos-

otros alcanzaba cinco ó seis hachones de cuatro pábilos, y nadie le decia nada... Agora, por el contrario, para que nos den una hacha de á pábilo, se necesitan mil requisitos, y siempre creen que es la segunda vez que uno se presenta á pedirla. Esto se vá poniendo cada dia peor.

—Tiene razon *Campo-amarillo*, —dijo un lacayo, saludando al decano con el título de su señor.

—Y si no que te lo pregunten á tí, *Monte-oscuro*, —replicó el decano; —tú has alcanzado tan buenos tiempos como yo... Y si no hubieras sido un bárbaro, cuando estuvistes três dias haciendo de mayordomo, te aforras para toda tu vida.

—¡Harto me pesa no haberme aprovechado de la ocasion!

—No te descuidastes tampoco; pero mas pudistes haber hecho. Y lo mismo digo de ese jumento de Juanon, que es ahora el niñu mimadu de la marquesa.

—No es todo oro lo que reluce, —dijo el portero, conociendo que aludian á la privanza de uno de sus compañeros con la marquesa de Santa Rita.

—A mí no tienes nada que decirme, —repuso el decano... Yo bien sé lo que hay en este negocio, y te digo, que si yo estuviera en lugar de Juanon, habíame de calzar con la mejor administracion de la casa, y ainda...

El lacayo que habia bajado con los abrigos de sus amos, y que era el último que habia entrado allí, se sonrió maliciosamente.

—Mira tú, cómo me ha entendido al momento *Arfil*, —dijo el decano, dirigiéndose al lacayo del baron del Arfil.

—Yo no sé lo que tú querrás decir, —replicó el lacayo; —pero si he de juzgar por lo que se vé, parece que tienes razon.

—Demasiado sabes tú lo que hay sobre este punto; pero como la marquesa es la amiga íntima de tu amo, no te conviene decirlo.

—Justo y cabal... Hablemos de otra cosa, porque no me gusta murmurar de nadie.

—Yo creo, —dijo uno de los que permanecían callados desde el principio, —que lo que habeis dicho de que no estamos como antiguamente, es el Evangelio; pero esto no importa para que Santa Rita remoje la librea.

—Bien dicho, —gritaron todos menos el portero, —que era el único criado de la casa que asistía al cónclave.

—Si no la moja, —dijo uno, —le vendrá estrecha el primer día que se la ponga.

—Se le abrirán las costuras, —añadió otro, —y luego le descontarán el importe de otra del sueldo del mes.

—Y el primer domingo que baje á la Virgen del Puerto á bailar la *danza prima*, le hemos de echar á la rueda de los aguadores.

El portero se sonreía sin moverse del asiento, y Montecurioso le dijo:

—No te rías, truhan, paga copas, ó empeñamos la banda en la taberna de la esquina.

—¡Pero si estará cerrada la taberna! —replicó el portero.

—Eso no importa; tú eres buen parroquiano y te abrirán en cuanto llames. Además que sabiendo la tabernera que esta noche nos reuníamos aquí, tendrá la puerta entornada.

—Mejor será, —dijo el portero levantándose de su asiento, —que vea primero si puedo dar un tiento al aparador y bajar media docena de las de Jerez; me saldrá mas barato y será mejor que el Valdepeñas.

—¡Famosa idea! —dijeron á la vez los lacayos.

Y el portero cruzó el portal, subiendo al piso principal por la escalera de *familia*.

—¡En esta casa aun se puede hacer negocio! —dijo el decano suspirando. —Conserva muchas de las costumbres antiguas.



— Entre ellas, las de pagar religiosamente á la familia,  
— replicó uno de los lacayos.

— Eso consiste en el señor mayor, que lo dispuso así desde un principio.

— Valiente cosa les importa en esta casa de lo que dispone el conde.

— Sin embargo...

Al decir esto, entró en el portal un ordenanza de policía, con un pliego cerrado en la mano, y no viendo á nadie en el cuarto del portero, se dirigió á los lacayos, y les preguntó:

— ¿El señor conde de San Fabian?

— Por la calle de San Miguel, — contestó el decano.

— He estado ya, y nadie me responde.

— Pues hasta que se acabe el baile, no podemos pasar recado ninguno.

— ¡El baile!... — repitió asombrado el polizonte.

— Oiga usted la música, — replicó el decano.

— ¡Pues me sorprende que el conde tenga humor de bailes!

— Si no es el conde el que baila, son sus hijos.

— Tanto peor; y no sé yo cómo tienen calma para divertirse, estando su padre preso.

— ¿Preso? — preguntaron con asombro los lacayos.

— Dos compañeros míos le hacen la guardia en su mismo gabinete... y me estraña que se hayan dormido.

El portero llegó adonde estaban sus amigos hablando con el salvaguardia, despues de haber dejado en la portería algunas botellas de vino y una cesta de provisiones; y el decano, que llevaba la voz en todas las cuestiones, le dijo:

— ¿Sabes que está preso el señor mayor?

— Sí... ya lo sé...

— ¡Cómo nada nos habias dicho!

— No se ha ofrecido hablar, y esta ha sido la causa;

pero ¿á quién busca usted?—añadió, dirigiéndose al de policía.

—Al señor conde.

—Pues aquí no vive su excelencia.

—Ya lo sé; ¡pero como no me abren por el otro lado!

—Lo siento; pero yo no puedo tomar ni un simple recado para la otra casa... Lo mismo hacen ellos con nosotros... *Somos familias distintas.*

—¿Y no podría usted avisar para que me abrieran?

—No puedo,—contestó secamente el portero.—Y hágame el obsequio de largarse de aquí, porque si baja el mayordomo, y le vé, me echará una peluca.

—Valiente servilon será el mayordomo,—murmuró el polizonte, saliendo del portal.

—Sí, no está mal servir...—replicó el portero,—y es miliciano nacional de los mas acérrimos...

—Pero dime,—preguntó el decano,—¿cómo dán este baile estando preso el conde?

—Si la prision ha sido esta noche, ¿qué querias tú que hicieran?

—Podian haberlo suspendido.

—Es verdad; pero habria sucedido lo que dice el mayordomo de casa; la mayor parte de los convidados hubiesen creido que se suspendia, porque la casa estaba empeñada... Y como se habían hecho tantos gastos...

—Pero de todos modos, es una atrocidad que estén bailando los hijos en una sala, y que la inmediata sirva de prision al padre.

—Así como así, él no viene nunca á estas fiestas...—dijo el portero.

—Sin embargo,—repuso el decano, insistiendo en su idea,—es un escándalo.

—¿Y por qué le han preso?—preguntó el de Montecurro.

—¡Qué sé yo,—contestó el portero;—como es carlista!...

—Sí, pero eso no es delito, —dijo el lacayo joven; — porque como dice *El Constitucional*, periódico que leemos en casa todos los días, la opinion es libre, y mientras los ciudadanos no conspiren contra el gobierno....

—Pues habrá hecho alguna conspiracion....

—O no, —replicó el lacayo; — tambien prenden á los que no conspiran.

—Dejémonos de pláticas políticas, — interrumpió uno de los lacayos, y vengan las botellas para que se moje la librea de este señorón.

—Que nos diga primero Santa Rita lo que sepa de la prision del conde; mañana se hablará de ella en todo Madrid, y será una mala vergüenza que no podamos tomar parte nosotros en las tabernas.

—Yo no sé nada mas, sino que al anoecer salieron por aquí dos monjas acompañadas hasta la puerta por don Policarpo, el ayuda de cámara del señor mayor; pero como es tan fantasma, y apenas se acuerda de cuando andaba á la trasera, con la librea bien raida por cierto, ni siquiera se para á saludarme. Volvióse corriendo á su casa, y nada mas vi; hasta que allá, á la media hora, Perico, el marmítón de la cocina, que es el único de la familia de San Fabian, con quien se puede hablar francamente, me dijo que habia estado la policía registrando los papeles del conde, y que le habian dejado preso con dos centinelas de vista..... Que á su confesor, el padre Romualdo, no le habian podido echar el guante, porque como los frailes son tan diablos, en cuanto supo que estaba allí la policía saltó al jardín, y salió echando demonios por la caballeriza á la calle de San Jorge.

—¿Y qué hacian esas monjas en casa del conde?— preguntó el único de los lacayos que habia callado hasta entonces, y cuyo acento no era asturiano como el de todos los demás.

—No sabré decir á usted, —dijo el portero, hablando

con un respeto inusitado al nuevo interlocutor, en quien todos fijaron la vista con asombro.

— Lo decía, — replicó el lacayo, — porque cuando veníamos al baile, oí hablar en la calle de dos monjas ó beatas que se habían escapado del Hospital General.

— Pues esas serán, — dijo el portero, — porque si no me engaño, llevaban el hábito de hermanas de la Caridad.

— Se lo oí decir á un miliciano nacional que estaba de guardia en el hospital... pero no sé si será cierta la noticia... — repuso el lacayo.

Y alzando la cabeza descubrió á su amo, que á merced de la alfombra, bajaba sin ser oído de la asamblea lacayuna.

Todos se pusieron en pié, y el preopinante corrió á la puerta, salió á la calle, dió la consabida voz de *arrima*, y abriendo la portezuela de una berlina negra, se descubrió respetuosamente, mientras entraba en ella su amo, y recibió del mismo modo este lacónico mandato.

— *Allá.*

— Me alegro que se haya marchado el cuervo, — dijo el decano, aludiendo á la librea negra que vestía el miembro ausente de aquel congreso de *escalera-abajo*.

— Y yo, — dijeron algunos.

— Y yo, — repitieron todos.

— En primer lugar no es asturiano, — dijo el portero.

— Eso es lo de menos, — replicó el decano.

— Es lo de mas, — repusieron algunos.

— Lo de mas para mí es que no me inspira confianza su cara; y luego es tan serio como su amo... El está sirviendo á un abad, pero bien mirado, parece un monaguillo.

— Un sepulturero es lo que parece.

— De lo que tiene cara es de carcelero.... á mí no me gustó desde la primera vez que le ví.

— ¡Pues no digo nada su compañero el que va en el pescante!... Ningun cochero le puede ver, ni le conocen, ni

saben de dónde ha salido... Y tiene tal habilidad para llevar los caballos, que los hace pasar si se empeña, por un albañal... Aunque haya carros en medio de la calle no se apura; y no hay medio de llevarle á la cola en ninguna parte... como no sea de etiqueta, él ha de pasar por encima de todos... Es brujo, por fuerza... pero algun dia se vá á encontrar con la horma de su zapato y le van á dar un revolcon...

—Y están todos ellos tan secos como su amo,—dijo riendo el portero, cuyo volúmen era extraordinario.

—Pues no será porque les escatimen la ración,—replicó un lacayo...—Si comen poco es porque quieren, pero no consiste en el amo.

—¡Ya lo creo!...—precisamente en esa casa todo está con abundancia.

—Así es la verdad,—dijo el decano,—pero á ¡que ninguno de vosotros entra á servir en ella!...

—Yo no.

—Ni yo, ni yo,—dijeron todos.

—Pero eso consiste,—repuso un lacayo,—en que allí todo es misterioso, hasta la manera de recibir la servidumbre... Mi primo Pepe, á quien todos vosotros habeis conocido, supo una vez que habia una plaza de lacayo *vaca*, y se presentó á servirla, pero le hicieron tales preguntas que se salió corriendo sin terminar el ajuste.

—¿Qué le dijeron?

—No sé; por mas que hice no le pude sacar del cuerpo lo que habia visto ni lo que le preguntaron... es una casa de mucho misterio.

—¿Sabeis cómo llaman los franceses que tenemos en la embajada,—repuso el lacayo del baron del Arfil,—al tren del abad de Maqueda?... El *carro fúnebre*.

—¿Por qué?

—Porque todo es negro... El coche, los caballos, la librea y el vestido del amo.

—Verdad es,—dijo el decano.

—Sí, es cierto,—replicó uno de los circunstantes;—pero enterremos aquellas botellas que nos están esperando, y luego podreis hablar lo que gustéis del carro fúnebre. Son las dos, y aun nos quedan tres horas para aburrirnos.

A todos pareció bien la proposicion, y entraron en el cuarto del portero riéndose al cruzar por delante de la puerta, de los hombres que andaban entre los carruajes pregonando el *café caliente*.

Hacia un rato que en el piso principal habia callado la música, y mientras la familia de *escalera-abajo* saboreaba el mal adquirido Jerez, los convidados de escalera arriba paladeaban el regalado ponche, para volver después al baile.

En el capítulo inmediato cruzaremos las antesálas del salon principal, para gozar las últimas horas del festin.

El lector nos dispensará la cortedad de no haber pasado desde luego adelante.



## CAPITULO XXXIII.

## La marquesa de Santa Rita.

En todas las mesetas de la escalera y en un estenso pórtico de cristales, que se veía al final de ella, multitud de tiestos colocados en dobles hileras, cubrían el zócalo de las paredes.

Las plantas que en ellos habia, salpicadas de flores de diversos matices, no se desprendían allí ni del aroma, ni de la frescura que ordinariamente revelan su existencia. Era preciso fijar la vista en ellas, para enterarse de que la señora de la casa habia querido conducir á sus convidados por un jardín de invierno.

La encendida adalia, reclinada sobre un trono de lustroso y verde follage; la trasparente blancura de la camelia, y el encendido fruto del azahar, no hacían mas efecto allí que el de las flores artificiales en el escaparate del artista.

Disecados, al parecer, los órganos de aquellas plantas, no tenían el menor contacto con la atmósfera: nada le daban, ni nada tomaban de ella en cambio: ni evaporaban su fragancia, ni aspiraban el gas de las luces que ardían allí.

Ni se mecían las flores sobre el tallo, ni se movían las hojas, chocando unas con otras á impulso de la brisa que

las acaricia en los jardines. Aquellas masas de verde parecían mas bien un gabinete de seres inorgánicos, que una esposicion de plantas.

Y sin embargo, no eran los rigores de la estacion, ahuyentados por las estufas de aquel recinto, los que ocasionaban semejante paralización. La tierra que sostenia las plantas, no habria sido ingrata al riego que se veía privada, y con el que hubiese prestado á las flores los jugos necesarios para evaporar su modesta fragancia de invierno.

Si la marquesa de Santa Rita hubiese podido hacer estas observaciones, que no se escaparon á la penetracion de muchos de sus convidados, otro habria sido el efecto de aquel improvisado jardin.

Pero la nuera del conde de San Fabian, que creía suficiente el oro para lucir aquellos adornos que ella habia admirado en casa de sus amigos, lo derramó con profusion en las manos de su mayordomo. Y este pobre criado, que no comprendia semejantes goces, se entregó á discrecion, y sin la menor inteligencia, en manos de un alquilador de plantas para bailes, como habria acudido á un establecimiento de coches públicos para alquilar un carro fúnebre.

Del mismo modo habian procedido la señora y el criado en el adorno de los salones, y así se hacian notables por la profusion y la riqueza, sin que ni por casualidad hubiese en ninguno de ellos la elegancia y el buen gusto que no se alquilan, ni se compran, y que distingue las sociedades del *buen tono*, de las de la abundancia y el lujo.

Pero la marquesa, de quien, como sabe el lector, decia su padre político, que *ni siquiera* era hija de un título de Castilla, habia sido educada lejos de ese mundo elegante, en el que á pesar de todo, no siempre se aprenden las maneras distinguidas que dá la cuna.

Deseosa de humillar á las damas de la aristocracia, que habian murmurado de su enlace con el primogénito de la poderosa familia de San Fabian, queria deslumbrarlas con

sus festines, sin lograr nunca otra cosa que dar nuevo pábulo á la crítica, poniendo cada vez mas en relieve lo humilde de su origen.

En vano consumia las enormes rentas del marqués para conquistar el título de señora de buen tono. Sus continuos saráoos no le valian otra cosa que algun párrafo en la enciclopédica gacetilla de los periódicos, en el que se decia que su amabilidad era *proverbial*, y que *hacia los honores* de su casa como ninguna.

Pero si esta mencion le costaba demasiado cara, era en cambio suficiente recompensa para la marquesa, que no sabiendo aspirar al título que tanto ambicionaba, no podia conocer tampoco, si realmente le habia alcanzado con el elogio de los periódicos.

En otros círculos habian de sancionar el voto de la prensa, y otras gentes habian de saludarla con estos títulos; pero ella creia haberlos merecido ya oyendo los elogios que hacian en público, para poner mas en relieve su falta de buen gusto.

La marquesa prodigaba las esquelas de convite para sus bailes, y como no recibia desaire de ningun convidado, pensaba que era la admiracion y la envidia del círculo aristocrático.

No tenia un solo amigo que se hubiese atrevido á sacarla de su error, haciéndola ver que sus convidados buscaban únicamente un medio de divertirse á sus espensas, y que prescindian del mal gusto de su profusa riqueza, al convertir sus salones en campo neutral para sus entrevistas.

Todos la saludaban al entrar con la mayor cortesanía, reuniéndose luego en diferentes círculos, y olvidándose al punto de ella, como se olvida al dueño del salon en un baile público, despues de haber cumplido enseñándole el billete á la entrada.

La manera especial que tenian de estar allí los convidados, nos permitirá el lector que la comparemos con el

uso que hacía el público de la sección de comunicados y anuncios en un periódico político. Con la diferencia, á favor de los primeros, que el segundo compra con su dinero el derecho de defender sus propios intereses, y aquellos adquirirían gratuitamente el de ocuparse de sus negocios particulares.

Si alguna persona se le acercaba á elogiar el buen gusto de sus salones, era para aconsejarla que los diese mas frecuentes, ó para indicarla que diese alguno en día determinado. Lo cual equivalía muchas veces á alquilar gratis un local para una cita amorosa, ó para una negociacion de familia.

Así, aquellos salones, tapizados de riquísimas telas, cubiertos de adornos de gran valor, y alumbrados por centenares de diáfanos y transparentes bujías, no eran el templo de la mujer á cuyas espensas se habian decorado.

El culto que ella pensaba recibir en ellos se le habian repartido entre sí sus propias amigas.

Los ojos negros de las unas eclipsaban con su poderosa mirada la riqueza del salon del baile; á las otras las decian sus adoradores que daban con su celestial sonrisa animacion y vida á la fiesta.

—Tu presencia, ángel mio,—decian los unos,—embelece este ridículo almacén de muebles.

—Si no estuviera á tu lado,—decian los otros,—no se podría resistir el mal tono de la marquesa.

Estas y otras frases parecidas repetian los que abandonaban el salon para pasar á la sala, donde les esperaba un abundante ambigú, en cuyo descuidado servicio hallaríamos el sello del mal gusto que distinguia todos los accesorios del baile de que hablamos.

Las pocas personas que quedaron en el salon estaban diseminadas en diferentes grupos, como un congreso deliberando antes de una votacion nominal.

Entre los hombres que paseaban por en medio de la

sala, se distinguían dos, que, cogidos del brazo desde las primeras horas del baile, no se habían separado un solo momento, ni hecho otra cosa que hablar de vez en cuando con la marquesa.

Era el uno de ellos de mediana estatura y ancho de cara, lo cual no disimulaba por cierto su poblada patilla, cortada sobre el labio; el otro, harto conocido de nuestros lectores, se distinguía por su mirar torcido y por las cicatrices de su rostro.

El primero era el baron del Arfil; el segundo el Vizco.

Si el lector recuerda las palabras del lacayo del baron, no ignorará que ambos personajes salieron juntos del teatro de la Opera, dirigiéndose desde allí á casa del marqués de Santa Rita.

El Vizco habia sido presentado aquella noche á la marquesa, con el nombre de Daniel Mendoza, por su amigo el baron. Su estraña fisonomía, ennoblecida en gran parte por la aristocrática elegancia de sus maneras, no hacia el mal efecto que era de temer en las personas que le oían hablar, y las mujeres le perdonaban fácilmente las imperfecciones del rostro, en gracia de las delicadas lisonjas que las dirigia.

La marquesa habia agradecido al baron la presentacion de su amigo, y las señoras que estaban en el baile oyeron con indiferencia la voz que circuló en la sala, de que el nuevo convidado era el capitan de la partida del Trueno, cuyas fechorías tenian estremecida á la sociedad.

Tal era el arte aristocrático del Vizco, que, dominándose á sí propio, ejercia una irresistible fascinacion sobre las personas con quienes hablaba.

El lector, que le ha visto amenazador y grosero con las gentes del sotanillo de la Melitona, no le hubiese reconocido galante y cumplido en el palacio del marqués de Santa Rita.

Las cicatrices de su rostro le servian, entre la canalla,



como una informacion de arrojo y de valor temerario; los convidados de casa de la marquesa veian en ellas las señales del caballero duelista de la edad media.

En los barrios bajos decian que su mirar torcido era un espejo fiel de su alma, dura y *atravesada*; en los círculos aristocráticos poetizaban este mismo defecto, suponiendo que el estrabismo agraciaba sus facciones.

En ambas sociedades sacaba el Vizco partido de sus imperfecciones físicas, merced á su mucha inteligencia y á la fácil naturalidad con que se presentaba en cada una de ellas.

Ningun resabio de las gentes de mal vivir, con quienes se rozaba á todas horas, se le advertia en los círculos de la aristocracia; y se confundia con la hez de la sociedad, como si nunca hubiera pisado los umbrales de los palacios.

Por esta facilidad en identificarse con las personas con que alternativamente trataba, habia ganado sin rivalidad la plaza de jefe en la partida del Trueno, cuya diabólica organizacion era debida en gran parte á sus propios esfuerzos.

Pero no es esta ocasion de detenernos á enumerar las proezas de este personaje, ni las ventajas que sabia sacar de su larga experiencia del mundo. Seria preciso, para que el lector comprendiese bien las unas y las otras, escribirle la historia del Vizco, y no nos lo permite ahora la necesidad de asistir á su sostenido diálogo con el baron del Arfil.

—Me sorprende,—decia éste,—lo que me cuentas de ese hombre... Ni yo le conozco, ni creo haberle dado motivo para semejante persecucion... ¿Está enamorado de Luisa?

—No; el abad de Maqueda no se enamora de nadie; es la única condicion de su estado eclesiástico que le permite cumplir su empedernido corazon.

—Pues entonces no adivino por qué haya de tener interés en desbaratar mi amistad con ella.



—No es tu amistad lo que á él le importa; es la deshonra del conde de San Fabian la que le interesa... ¿No has visto lo que acaba de hacer aquí?

—Sí... pero en esto, mas que en deshonorar al conde, ha mirado por su decoro, criticando que haya *soiré* en casa de su hijo mientras él está preso en la suya... Y en esto,—añadió sonriendo el baron,—es preciso conocer que tiene mucha razon.

—¿Quién lo duda?... Pero él no lo ha hecho con este fin; y si no, mira cómo se ha retirado en el momento que ha esparcido la alarma entre los convidados... Ha venido aquí, como el génio del mal, aparentando condolerse de la prision que nadie sabia hasta que él la ha referido, por gozarse en la vergüenza de la marquesa; censurada ahora, por no haber hecho lo que quizá le habria valido una reconvenccion mas amarga aun de parte de sus amigos.

—Pues te repito que en todo esto no veo otra cosa que un deseo de hacer daño á Luisa, y te ofrezco buscarle para darle una estocada; ¿quieres servirme de padrino?

—No tengo inconveniente...—dijo el Vizco, deseoso de utilizar todas las armas que se le presentasen para hacer la guerra al Duende.—Pero no has recibido de él ninguna ofensa que pueda servir de pretesto al desafio...

—Él la recibirá mia donde primero le encuentre... y es lo mismo.

—Pareces un siciliano temerario y provocativo,—dijo el Vizco riendo.

—Soy un francés que no sufre burlas de nadie, ni le acobardan los lances de ninguna especie.

—Bravo, don Juan Tenorio,—repuso el Vizco, dando una palmada sobre el hombro del baron.

Este no contestó á la chanza de su amigo, y separándose de él por primera vez desde que habian entrado allí, se adelantó hácia el medio del salon á encontrar á la marquesa que venia en su busca.

— Estoy aburrida, — le dijo.

— ¿Pues qué sucede? — la preguntó el baron.

— Ya no se habla de otra cosa sino de la prision del padre de mi marido, y todos quieren retirarse á sus casas, consternados; segun dicen, por esta desgracia.

— ¿Y qué se les ha de hacer si se van?... Ya le dije yo á usted que se suspendiese el baile...

— ¿Y por qué razon se habia de dar una campanada ridicula? — exclamó con altivez la marquesa. — ¿No saben todos que mi casa no tiene ninguna relacion con la del padre de mi marido? ¿Hay quién ignore que él se opuso tenazmente á nuestra boda?... Y últimamente, no se trata de una prision formal, sino de un simple arresto, que mañana terminará, diciendo la policia que se ha equivocado... ¿Y han de estar mis reuniones á merced de un error de la policia?

— Pues ya vé usted los efectos...

— Lo que yo veo, — repuso la marquesa, retratando en su semblante una mal comprimida ira, — es que todas las que ahora me critican habrian hecho lo propio en mi caso.

— ¡Quién lo duda!... Y mas tal vez, — dijo el baron con un tono de humildad que indicaba el dominio que sobre él ejercia la marquesa.

Los convidados fueron saliendo del ambigú, y sin que volviesen á bailar, á pesar de haber dispuesto la marquesa que continuase tocando la orquesta, abandonaron casi todos el baile.

La desercion fué general, y no podia dejar de suceder así, porque dos señoras de las señaladas en aquel círculo como reinas del buen tono, habian tomado la iniciativa.

El semblante de la marquesa, obligada por la etiqueta á hacer los honores de la despedida á sus amigas, estaba visiblemente contraído. Si así como hicieron la retirada casi en masa, hubiesen ido desapareciendo lentamente, la habrian faltado fuerzas para soportar aquel suplicio.

Las mujeres la apretaban la mano, alzando al cielo los ojos, como dándola á entender que la acompañaban en el sentimiento de la prision del conde.

Los hombres eran mas esplicitos, y se acercaban á ofrecerla sus servicios en aquellos momentos. Unos la proponian ir corriendo á ver al ministro; otros le hacian presente su amistad con las autoridades; y todos, en fin, parecia que se gozaban en hacerla sufrir, recordándole lo que ella no habia pensado en olvidar, ni en tener presente.

La prision del conde de San Fabian no tenia para la marquesa importancia de ningun género. Le aborrecia, porque se habia opuesto á su matrimonio; pero no habia pensado nunca en hacerle el mas leve daño, y esto no procedia de la bondad de su corazon, sino de la frivolidad de su carácter.

Si la hubiese ocurrido pensar que muriendo el conde su posicion seria mas brillante, habria deseado su muerte, sin sospechar criminalidad en su deseo.

Luisa Manrique, que así se llamaba la marquesa de Santa Rita, era una mujer de imaginacion escasa, vehemente en sus pasiones, pero inconstante y frívola al propio tiempo.

Examinada á primera vista, parecia tener un carácter duro é inflexible, pero como esta no era una cualidad de su organizacion fisica, sino un vicio de la educacion que habia recibido, con facilidad se le hacia ceder en cualquier idea en que se empeñára.

Bastaba conservarla la esterioridad del capricho, para que abandonase la esencia de él al momento. Es decir, que continuamente se la podia engañar como á un niño, á quien se le dá la razon en lo que pide, mientras se le niega lo que ha pedido.

Pero ni de este artificio podian usar los que la trataban, ni esto amenguaba en nada la rudeza exterior de sus maneras.

En el momento en que la presentamos al lector, se advertían en ella los signos fatales que una educación descuidada, ó mejor diremos, escesivamente cariñosa, imprime en la fisonomía de las mujeres.

Retirada desde el salón del baile cuando ya no había quedado un solo convidado, se entró en su gabinete de vestir, seguida de una doncella que se disponía á desnudarla.

Se dejó caer sobre una otomana, con sus cabellos rubios esparcidos sobre el cuello, donde al empezar el baile caían en graciosos bucles; cogió maquinalmente un libro que había encima de un velador maqueado, y cuando apenas había pasado rápidamente tres ó cuatro hojas, sin fijar en ellas la vista, vió asomar á su esposo, que quedó en el dintel de la puerta.

Arrojó el libro, clavó en el marqués sus ojos azules, é incorporándose sobre su asiento, le dijo con tono de reconvención áspera y altiva:

—¿De dónde vienes?

—De ver á papá, — contestó con humildad el marqués.

—¡Buen rato me ha dado *tú padre!* — dijo la marquesa, recargando con intencion sus últimas palabras.

—¿Pues qué te ha hecho mi padre?... ¿No se ha dado el baile, á pesar de estar preso?

—Sí.... ciertamente; pero valdria mas que no se hubiese dado... Todos lo han encontrado mal hecho...

—Ya te lo dije yo, — repuso el marqués entrando en el gabinete, y creyendo que la ocasion era propicia para dar á su esposa los consejos que siempre se negaba á recibir.

Pero la marquesa, que entonces menos que nunca estaba dispuesta á oír reconvenciones, se puso en pié, y haciendo seña á su doncella para que la desnudara, se volvió al marqués, y antes de que tomara asiento, le dijo:

—Hasta mañana.

—Tengo que hablarte,—repuso el marqués.

—Bien... mañana me dirás lo que quieras.

—Es preciso que sea ahora mismo,—replicó el marqués con energía.

Pero viendo el mal efecto que sus palabras habian producido en Luisa, se acercó, y la dijo con dulzura:

—Mañana tendrás un pesar muy grande si no me escuchas ahora.

—Siempre será alguna tontería,—dijo la marquesa, deponiendo repentinamente el aspecto amenazador de su semblante.

—Déjanos solos, Paula, añadió el marqués.

La doncella miró á la marquesa, antes de obedecer la orden del marqués, y éste se sentó al lado de su esposa.

## CAPITULO XXXIV.

### Un acceso de ira.

—No es una tontería lo que voy á decirte,—dijo el marqués, tomando entre las suyas la mano de su esposa. —Espero que me oigas con calma, y que me contestes la verdad á lo que voy á preguntarte. ¿Quién ha estado aquí hoy?

—¡Aquí!...—repitió la marquesa asombrada.

—Sí, aquí...—volvió á decir con dulzura el marqués.

—No sé,—replicó con sequedad la marquesa, soltando su mano de la de su esposo.

Este siguió fijando en ella dulcemente los ojos, y la dijo:

—Recuérdalo bien, Luisa... me interesa mucho saberlo ahora mismo.

—Pues yo no puedo decírtelo, porque no lo sé.

—Es muy extraño que no lo sepas... ¡Hoy no has recibido!...

—En ese caso no ha venido nadie.

—Sí; pero ya sabes tú que esas órdenes no hablan con ciertas personas.

La marquesa, que repuesta del asombro que le causa-



ron las primeras palabras de su esposo, habia adquirido de nuevo su acostumbrada altivez, se inmutó con la observacion última, y su semblante palideció repentinamente.

No se escapó á la escasa penetracion del marqués el efecto que habian producido sus palabras en el ánimo de su esposa, y la dijo:

—Mira, Luisa, me incomoda que seas tan reservada conmigo... ¿Con quién mejor que con tu esposo has de ser franca y confiada? Dime, ¿quiénes son las dos personas que han estado hoy aquí?

—¿Con que dos nada menos!...—replicó la marquesa riendo.—Pues si sabes que han sido dos, sabrás quiénes eran.

—Pero no importa, quiero que tú me lo digas.

—¡Quiero!...—gritó la marquesa poniéndose en pié, y con el semblante visiblemente alterado.—¡Quiero!... ¿Qué lenguaje es este? ¿De cuándo acá? ¿Te ha mandado tu padre que me trates de ese modo?... Pues ya te he dicho muchas veces que no lo sufriré nunca.

El marqués se levantó temblando de su asiento, y con una humildad ridícula trató de acercarse á su esposa. Pero ella no se lo permitió, poniéndose cada vez mas sobre sí, y dando á su fisonomía un aspecto verdaderamente terrible.

Cualquiera persona que no hubiese sabido la causa liviana de aquella alteracion, ó mejor dicho, que no habia ninguna, habria temblado al verla.

Sus ojos inyectados de sangre; sus mejillas pálidas; sus labios amarillos; su frente salpicada de manchas lívidas, y su mirada inquieta, pero iracunda, la daban un aspecto amenazador y fiero.

Paula habia desprendido ya las flores que adornaban su cabeza, y los cabellos que caian sueltos sobre sus hombros, se apartaban de las sienes como si los latidos de estas lo repeliesen del cráneo.

De pié, en medio del gabinete, permaneció inmóvil por

espacio de dos minutos, sin que el marqués se atreviese á pronunciar una sola palabra, ni á moverse siquiera.

De repente, y aumentando por momentos la fiereza de su semblante, fijó maquinalmente su vista en una cinta de brillantes que adornaba su brazo derecho, y arrancándola con violencia, la arrojó del mismo modo al suelo.

El reloj que pendia de su cintura, sujeto por un riquísimo broche de brillantes, sufrió la misma suerte; y cerrando los puños, despues de haber hecho trizas el pañuelo de encaje que llevaba en la mano, y de barrer las flores que habia dejado la doncella sobre el velador, se dejó caer sobre la otomana.

El marqués seguia inmóvil, con los brazos caidos y los ojos bajos, como el reo que está en presencia no ya del juez que ha de interrogarle con dulzura, sino de la parte agraviada que ha de juzgarle con pasion, mirándole con aborrecimiento.

De vez en cuando alzaba la vista con disimulo, clavándola en el rostro de su esposa, como si tratára de estudiar los períodos de aquella estraña calentura.

Parecíase al náufrago, que perdido el timon y rotos los remos, espera con resignacion la muerte, alzando los ojos al cielo para observar el rumbo que toma la tormenta.

No era la primera vez que por causas mas leves, veia á su esposa con tan estraño arrebató, y aunque su imaginacion, como hemos dicho, era limitada, sin embargo, quizá no le faltaba razon para creer que la humildad era el único medio para aplacar la tormenta.

Acostumbrada desde muy niña á satisfacer sus menores caprichos, Luisa Manrique habia visto crecer sus deseos como los años, y su carácter impetuoso tomaba mayores proporciones á medida que los obstáculos eran mas difíciles de vencer.

Huérfana de un general valiente, pero poco cuidadoso de la educacion de su hija, entró en la tutela de su madre



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—El reloj que pendía de su cintura sufrió la misma suerte.



con un génio dominante y altivo, que abrevió los días de la que le habia dado el sér.

No tenia mas rentas que la horfandad del Monte-pío, y esta era demasiado reducida para despertar la codicia del tutor, que trató de darla en matrimonio al primer candidato que se presentára.

La casualidad hizo que el agraciado fuese el marqués de Santa Rita, y á pesar de la oposicion de su padre, se casó con Luisa á la edad de veinte y cinco años, y cuando esta apenas habia cumplido quince.

En poder de un hombre de talento y de esperiencia del mundo, poco tiempo habria sido necesario para borrar los funestos resabios de una educacion descuidada y torpe. Pero el marqués de Santa Rita carecia de ambas cosas, y no podia comprender que despues de haber dado su mano á Luisa, aun le era permitido optar entre la felicidad y la desgracia.

Hacer de una niña de quince años un ángel, es mucho mas fácil que desarrollar en su alma inocente y cándida, pasiones bastardas é instintos feroces, contra los que el cielo parece haberla defendido, dándola un semblante candoroso y risueño.

Pero esta misma hermosura, que sin rebozo llamaremos virginal, y que á los treinta años de edad habia perdido casi completamente, fueron la causa principal de su desgracia.

Su angelical y cándido semblante habia sido siempre el patrocinador de todos sus escesos, y la ira que su carácter altivo despertaba en las personas que la habian educado, se desvanecia ante la hermosura de sus facciones.

Los primeros años de su matrimonio no fueron otra cosa que una continuacion de su infancia, y el marqués, enamorado con delirio de ella, completó la obra que le habian dado comenzada.

Retirado con su esposa en una de sus dehesas de



Castilla, vivió cinco años accediendo á todos sus caprichos, con tanto mas gusto, cuanto que cada uno de ellos le valia una sonrisa, que de otro modo no alcanzaba nunca.

Estaba muy distante de la imaginacion del marqués pensar que aquellas debilidades eran nudos de un lazo, que mas tarde le seria imposible desatar sin romperle bruscamente.

Cuando volvieron á la corte, fué cuando conoció que no le quedaba otro recurso para ser feliz, sino apelar á una separacion eterna.

Pero esto no le era posible hacerlo, y rechazaba con indignacion semejante idea. Amaba á Luisa mas que nunca, y no lograba verse correspondido por ella; lo cual encendia su pasion, despertando el resentimiento del amor propio y del orgullo.

El marqués tenia tambien esta debilidad...

Creia que el hombre pierde su dignidad por el desaire de una mujer, y arrastraba la suya á los piés de la caprichosa marquesa.

Esta revelacion nos ahorra de esplicar al lector los preliminares de la escena que ocurrió en la madrugada del dia siguiente de la prision del conde.

En ocasiones semejantes, y aconsejado por algunos de sus amigos, el marqués habia querido dominar de repente á su esposa contestándola con violencia; pero estos ridiculos simulacros de dignidad y de energia solo habian servido para humillarse mas aun, y le fueron siempre demasiado costosos para que quisiera repetirlos.

Por otra parte, los resabios de la marquesa tenian ya treinta años de edad, y no habia medio de corregirlos, sino de castigarlos. Pero esto traeria como consecuencia inmediata el divorcio, y aunque el marqués se hubiese atrevido á ejecutar la primera parte, le faltaba el valor para la segunda.

Asi lo habia conocido por una dolorosa experiencia el esposo de Luisa, y por espacio de una hora continuó de pié



consultando de vez en cuando con su vista la de la marquesa, convencido de que el silencio y la humildad era lo único que podia hacer para aplacar la tormenta *espontánea é* imotivada que habia estallado.

Ni aun le era dado retirarse de su presencia, porque esto hubiera acrecido su ira, y una convulsion real y positiva habria sido el funesto desenlace de la crisis.

No correr á su lado en el momento que asomasen á su rostro las primeras señales de la bonanza, era provocar una reaccion temible, y así el marqués seguia observando en aquel cielo oscuro, para estar pronto cuando empezasen á desvanecerse las nubes que turbaban la calma de la atmósfera.

La soberbia de la marquesa, cuyo origen y progresos hemos explicado al lector, tenia el carácter de una enfermedad cuyos períodos mas ó menos largos eran siempre constantes y fijos.

Una palabra, á que ella daba muchas veces un sentido que en realidad no tenia; una accion cualquiera bastaba para producir la esaltacion del cerebro, y con ella la irritabilidad en todo su cuerpo.

La sangre, agolpada con rapidez á la cabeza, enturbiaba su razon, oscureciendo su vista; las venas, inflamadas, se veian en grueso relieve sobre la frente, y la agitacion de sus músculos comprimía su figura.

Estos fenómenos instantáneos eran el primer periodo de aquella estraña calentura, cuyos signos exteriores desfiguraban completamente el semblante.

Mas tarde, la perturbacion de las facultades intelectuales y la exaltacion de los sentidos, la permitian buscar una víctima, para ofrecer sus despojos en holocausto á la oscurecida razon; y un momento de abatimiento, al que ordinariamente seguia un fuerte dolor de cabeza, era la terminacion de aquel trastorno general de la máquina.

El último periodo empezaba por cerrar los ojos; como si

el cerebro quisiera reconcentrarse en sí mismo para restablecer el equilibrio perdido, y la ira salía por fin desecha en lágrimas, que al rodar sobre las mejillas, devolvían á estas el color que habían perdido.

Así sucedió en el momento de que hablamos, y cuando la marquesa abrió los ojos bañados en lágrimas, ya estaba á su lado el marqués diciéndola con humildad y hasta con timidez :

—Luisa... Luisa...

La marquesa volvió la vista para mirar á su esposo; pero la retiró avergonzada; y no se atrevió á decir una sola palabra.

Sin embargo, los débiles restos de su deshecha cólera luchaban con la escasa luz de la razón que habia recobrado el cerebro, y aun osaron los ojos lanzar una mirada altiva á través de las lágrimas del arrepentimiento, ó mejor dicho, de la impotencia que vertían á torrentes.

Para desvanecer aquella sombra de ira, para perder el orgullo insensato que pretendía atormentarla, hubiese necesitado la marquesa ver en su esposo mas dignidad y mas firmeza.

Como á todos los genios arrebatados y violentos, la indignaba ver una persona débil y tímida, que aplaudía y respetaba lo que ella misma condenaba en su interior.

La irritaba ver tanta humildad, y para encubrir su vergüenza, hizo un esfuerzo por sonreírse, y reprimiendo las lágrimas, lanzó una mirada indiferente al marqués, y le dijo:

—¿Qué quiere usted?

—¡Yo! — balbuceó el marqués temblando, pero esforzándose á su vez por sonreír, — ¡yo!... nada...

—No es cierto; usted me ha dicho que he recibido hoy dos hombres...

—¡Yo!...

—Sí señor, dos hombres... me lo ha repetido usted mas de una vez...

— Perdonas, Luisa, — replicó el marqués aturdido; — yo no he dicho semejante cosa... Y si lo he dicho, me he equivocado... me he equivocado.

— Es lo mismo... De todos modos, esto no puede quedar así; es preciso concluir de una vez... Yo no estoy para tener una incomodidad todos los días, porque tus celos ridículos te hagan padecer equivocaciones... Quiero separarme... ¿lo oyes? quiero separarme.

— ¿Pero qué razón tienes para eso?

— Pregúntaselo á tu padre, que todos los días te está aconsejando que me atormentes, pidiéndome cuentas de lo que hago y de lo que dejo de hacer... Demasiado tiempo he estado sacrificada... quiero mi libertad...

— ¿Y quién te la quita?... ¿no eres feliz?

— No... ni puedo serlo ya á tu lado... Elige de una vez entre tu padre y yo.

— ¡Qué injusta eres, Luisa!... ¿No te empeñastes una larga temporada en que no había de verle ni una vez siquiera, y hasta que tú misma lo quisistes no volví á su casa?...

— No fui yo... fué tu dichosa tía la que se empeñó en ello...

— Pero yo no volví hasta que tú me lo mandastes.

— Poco caso hicistes anoche de mí en cuanto te dijeron que estaba preso.

— ¿Querías que no hubiese ido á verle?

— Quería que hubieras vuelto á recibir á los convidados, y no dejarme sola, aburrida con tanta gente.

— ¿Pues no vino el barón á ayudarte?

La marquesa se inmutó al oír aquel nombre; pero se tranquilizó al momento, y con la mayor indiferencia dijo:

— Vino muy tarde, y no se separó en toda la noche de Daniel Mendoza, el amigo de que tanto nos habla siempre.

— ¿El capitán de la partida del Trueno ha estado aquí esta noche?

— Sí; me lo ha presentado el barón.

— ¿Y no ha preguntado por mí? — dijo sobresaltado el marqués.

— ¿Por tí? — repitió riendo la marquesa. — ¿Pues qué, tratas de robar alguna jóven?... Esa es la especialidad de Mendoza... ¿O quieres entrar en la partida?

El marqués no contestó á la broma chabacana de su esposa, y la dijo:

— El caso es que yo pensaba haber estado un momento en el baile...

— Tú no puedes pensar en hacer nada, estando al lado de tu padre.

— ¡Si apenas le he visto!

— ¿Pues dónde has estado?

— ¡Qué sé yo!... en cien partes... En palacio á ver á mi tia que estaba de guardia en el cuarto de la reina, para que hablase al ministro... en casa del capitán general... en la jefatura política... Y el caso es, que ninguno tiene noticia del arresto de mi padre, ni sabe de orden de quién se ha hecho... ni nada...

— Será lo que la otra vez, algún subalterno de policía que querrá darle un susto para sacarle dinero.

— No lo creas; me parece mas sério que todo eso... el ministro lo sabe, pero no se lo ha querido decir á ninguno de los que han ido á verle... ¡Cómo no se lo diga á la tia!... Ha quedado en avisarme al momento; con que pronto sabremos el resultado.

La marquesa acudió á una de esas distracciones, que tan ordinariamente aparentan las mujeres, cuando no quieren ni sancionar ni contradecir lo que las dicen, y su esposo continuó:

— Pero lo que me ha sorprendido ha sido lo que me ha dicho el jefe político, de que por consideracion al baile, que sabia que dabas tú hoy, no ha venido esta noche...

— ¿El jefe político? — preguntó la marquesa? — ¿Y á qué?

—A preguntarme lo que no he sabido decirle, y lo que tanto te ha incomodado que yo te dijera.

—Esplicate, —dijo con ansiedad la marquesa.

—Parece que ayer tarde salió del Hospital General la superiora de las hermanas de la Caridad acompañada de una de las beatas, y á las once de la noche no habían vuelto aun.

—¿Y qué nos importa á nosotros eso?

—Yo te diré... la junta de beneficencia está en sesion permanente; el vicario eclesiástico fué corriendo en busca del jefe político, y lo único que resulta de las diligencias practicadas en las primeras horas, es que despues de anochecido vieron salir á las hermanas de esta casa.

—¡De casa de tu padre seria!

—No, de la nuestra... Estas eran las dos personas por quien yo te preguntaba.

—¿Y creias que yo las habia tenido de visita?

—No se lo aseguré al jefe, pero le dije: puede ser que hayan estado á ver á Luisa, porque como ella es de la junta de señoras para el socorro de los enfermos...

—Sí, pero no me trato con esa gente... Saldrian de ver á tu padre... y de profetizar acaso su prision... No hay duda que si todos los defensores del carlismo son como tu padre... está fresco el tal rey...

—Pues dicen que han salido de esta casa.

—Es que las gentes las confunden... ¿Qué dirás tú que me sucedió el otro dia con madama Foulard?... La habia encargado un vestido de encaje blanco, y viendo que no me lo traia la mandé un recado, y me contestó que lo habia venido á entregar; pero que el portero la dijo que no habia señora en la casa... ¡Ya se vé, fué por la calle de San Miguel!... Es una incomodidad el vivir en una misma casa.

Y con un tono frivolo y ligero, que hacia olvidar la pasada tormenta, añadió:

—¡Ah!... oye, ahora que me acuerdo... ¿quién dirás

tú que vino anoche con aquel aderezo de granates tan mal montado que di yo á Mr. Diamant en cambio del par de pendientes de perlas?

— ¡Qué se yo!...

— La tonta de la duquesa de Monte-oscuro... Se necesita haber perdido el juicio para ponerse aquel escaparate.

— No tal... era bonito.

— ¡Sí, preciosos!... Como cosa elegida por ti... parecia el retablo de un altar mayor.

— Con que Luisa, — dijo el marqués aprovechando aquel momento de calma para volver al lado de su padre, — te dejo descansar, que ya es de dia... Adios.

— ¿Vas á casa de tu padre?

— No...

— ¡Pues! Eso es;... ahora que debias ir, no vas... Todo lo haces al revés.

— Iré, si tú quieres.

— Dále un beso de mi parte, y di que yo pasaré á verle luego.

— Adios, Luisa, — dijo el marqués besando á su esposa en la frente.

Y salió del gabinete, haciendo entrar en él á la doncella de la marquesa.



## CAPITULO XXXV.

### La Peregrina.

Las diligencias que practicó la policía para averiguar el paradero de las hermanas de la Caridad fueron inútiles. La prision de diferentes personas, estrañas todas al lance, no dió el menor resultado, ni puso siquiera en camino de la verdad.

Se registraron muchas casas de gente sospechosa; se espidieron requisitorias á las autoridades de provincia, con la lentitud acostumbrada, y al cabo de ocho dias no se logró saber otra cosa sino lo que por medio de un anónimo, dijeron al jefe político á las pocas horas de haber salido la silla de postas por la puerta de Atocha.

Pero el marqués de Santa Rita gozaba de muy buena opinion en la córte, y le bastó asegurar que era falso lo que se decia de que las hermanas de la Caridad hubiesen salido de su casa, y la policía abandonó esta diligencia, en la que habria sido suficiente interrogar al portero de la casa, para recoger el hilo del suceso.

Por otra parte, el conde de San Fabian, trasladado á una torre del cuartel de guardias de Corps, y en la mas rigurosa incomunicacion, ignoraba lo ocurrido, y nada habia

podido revelar á las autoridades. Su confesor, el padre Romualdo, asustado con el peligro que habia corrido de ser preso en casa del conde, tampoco se atrevió á mezclarse en un asunto sobre el que tanta luz pudiera haber arrojado.

Sor Clotilde y sor Adelaida fueron juzgadas de distintas maneras por el público de la corte; los periódicos hicieron sus acostumbradas y gratuitas suposiciones, lastimando la honra de ambas, con maliciosas reticencias y chanzas de mal gusto.

Pero el suceso pasó de moda á los pocos dias, y las hermanas de la Caridad quedaron de nuevo á merced de los dos hombres que se disputaban con teson su pertenencia.

El abad de Maqueda, conocido de nuestros lectores con el nombre de *el Duende*, tuvo en este tiempo frecuentes entrevistas con doña Inés y con un bandido llamado *el Sepulturero*, de quien ya hemos oido hablar á Cabezota en la casa de la calle de Leganitos.

Mas tiempo que en el palacio de su hermano, el duque de Alcira, solia pasar en la casa número 2 de la calle del Sauco.

La dueña de aquella vivienda era una un mujer de poco mas de cincuenta años, madre de una niña de veinte y cinco abriles, famosa en el arte de *echar las cartas* para adivinar los sucesos prósperos y adversos; zurcidora de voluntades, y muy entendida para hacer *mal de ojo*, y dar á beber hechizos.

Cuando la veian pasar por delante de sus casas, las mujeres del barrio escondian á sus hijos; las mozas encargaban á sus novios que no se tropezáran con ella en la calle, y el que tenia la desgracia de encontrarla al salir de su casa, estaba seguro de que aquel dia le habia de suceder alguna desgracia.

Llamábanla la Peregrina, porque su hermosura habia

sido extraordinaria, antes de que uno de sus amantes la bañara el rostro con una libra de aceite hirviendo.

Su semblante desde entonces era repugnante y horrible, y sin las mañas de su oficio bastaba su aspecto para infundir terror en los que la veían.

Las cejas y las pestañas habían desaparecido por completo de su rostro; la boca torcida, y remangado el lábio superior sobre el carrillo derecho; el cutis lustroso y cruzado de costurones como un mapa en relieve; el cuello semejaba un grupo de cuerdas que tiraban desde el pecho por sostener la cabeza sobre los hombros; y finalmente sus ojos azules, siempre abiertos, brillaban diabólicamente, bajo unos párpados de color de sangre, que la tirantez constante de la frente tenía privados de todo juego.

Un pañuelo de seda negro, que cubría su cráneo, no permitía ver el mal estado de sus cabellos, y un manton de cuadros, prendido sobre la cabeza, era la única prenda de adorno y de abrigo que usaba para salir á la calle.

El oficio de madre no era nuevo en ella, y antes de serlo de la jóven que tenía en su compañía en la época de que hablamos, lo había sido de otras varias, cuyos nombres constan en varias hojas de los libros de entrada de las cárceles y galeras de España.

Los muebles de su habitacion eran de algun lujo; pero ella los miraba como el conserge que cuida de un palacio durante la ausencia del dueño.

Con igual indiferencia veía los ricos trajes de su hija, y con la mayor resignacion se dejaba vestir alguna vez de raso ó de terciopelo para acompañarla al teatro ó á algun otro sitio público. En estos casos dejaba caer un velo de encaje sobre su inmundo rostro, y el pañuelo de seda que la abrigaba las sienes se convertía en una papalina.

Respetaba al Duende por amo de aquella casa; pero ni le adulaba, ni trataba de adivinarle el pensamiento; le

respondia si la dirigia la palabra, y callaba si le veia entrar sin saludarla siquiera.

El dia á que nos referimos en este capítulo, hacia dos horas que el Duende habia llegado allí, cuando la hizo entrar en el gabinete, donde estaba solo escribiendo algunas cartas, y la dijo:

—¿No ha venido nadie?

—No, señor.

—Trae una baraja.

La vieja necesitó oir dos veces la órden para resolverse á cumplirla, y del cajon de una cómoda que allí habia, sacó lo que el Duende deseaba.

—Siéntate,—la dijo sonriendo,—y *échame las cartas*... Dime lo que me ha sucedido estos dias.

—Es que... si usted no cree en este arte, no podrá salir bien!

—Pues creo á pié juntillas en tu ciencia,—repuso el Duende sonriendo; pero sin poder disimular la agitacion que se retrataba en su semblante.

Y la Peregrina cogió la baraja; murmuró algunas palabras; estendió las cartas de cien distintas maneras sobre el velador, y sin cesar un momento de hacer combinaciones, dijo en voz baja:

—*Oros* pocos... *espadas* por la espalda... *copas*, ni muchas ni pocas... *bastos* largos...

Luego, alzando la voz, con acento profético y maneras misteriosas, añadió:

—A usted le han robado una cosa que valia mucho dinero, y que le habia costado mucho trabajo el adquirirla... y el robo le ha hecho una persona en quien tenia usted mucha confianza... Esa misma persona le ha hecho traicion, soplándole una personita, que usted busca por un lado, y está por otro.

—¿Por dónde?—gritó el Duende enfurecido, y agarrando del brazo á la vieja.

— ¡Qué sé yo! — dijo ésta sin inmutarse. — Las cartas no dicen mas que esto.

— Es mentira; tú sabes mas... Dilo.

— Yo no sé otra cosa que lo que dicen las cartas.

— ¡Qué cartas ni qué demonios! ¿Piensas que vengo yo de arar ahora?... ¿Quién te ha dicho que yo busco una dama, y que vá por otro camino del que yo creo?

— El *rey de bastos*, que no ha salido una vez sola con la *sota de oros*.

— ¡Quitate de mi vista! — gritó el Duende alzándose de su asiento.

Y oyendo sonar una campanilla en la pieza inmediata, añadió:

— Ves corriendo.

La Peregrina salió del gabinete sin detenerse á recoger los naipes, que quedaron esparcidos sobre el velador, y á los pocos instantes entró allí un hombre de talla colosal, cubiertos los hombros con un capote de monte, campanas de cuero en el pantalon, espuela calzada en el pié izquierdo, y una gorra de pieles á la cabeza.

Entró con los ojos bajos, y el Duende le preguntó:

— ¿Nada?

— ¡Nada!... — repitió el huésped, dejándose caer sobre una silla rendido y descoyuntado.

— ¿Hasta dónde habeis ido?

— Hasta Despeñaperros, y hemos entrado á la vuelta por los montes de Toledo.

— ¿Y nada habeis visto? ¿Nadie os ha dado razon de la silla de postas?

— No la han visto pasar por ninguna parte.

— ¿Crees tú que hayan tomado por el camino de Torreon á los pinares de Cuenca?... ¿Conoce Gazapos ese terreno?

— Gazapos no vá en la silla de posta.

— ¿Quién te lo ha dicho? — preguntó asombrado el Duende?

— El mismo... Es decir, él no, porque ni habla ni *pabla*: pero el mismo día que nosotros salimos de Madrid, le encontramos medio cadáver en el barranco del Ventorrillo.

— ¿Y dónde está ahora?

— En Vallecas... le recogió la justicia del pueblo.

— ¿Pues dónde está ese barranco?

— Antes de llegar á Vacía Madrid.

— Esto prueba lo que yo digo... han ido por el camino de las Cabrillas. Pero lo que no puedo comprender es que no vaya Gazapos en la silla...

— Pues no hay nada mas sencillo... Cabezota ha querido hacer el viaje sin testigos, y como irían los dos en el pescante, le hizo rodar á la primera ocasion.

— ¿Y cómo no seguisteis ese camino al saber la desgracia de Gazapos?

— Porque me lo han dicho á la vuelta.

— ¿Preguntásteis en el portazgo si habian visto la silla?

— Dicen que no recuerdan sino de un coche que pasó corriendo, y dijo que pagaria á la vuelta.

— ¡Ellos eran!... — exclamó el Duende, — es preciso salir por ese camino, y averiguar en las paradas de postas la direccion que han tomado.

— Mal conoce usted á Cabezota... Estoy seguro que despues de pasar el portazgo torció á buscar otra carretera, y ya... échale un galgo.

— Es decir, que tú renuncias á encontrarle.

— Yo hago lo que otro hombre haga; pero pedir lo imposibles es un disparate... Ya le dije á usted que viera lo que hacia, en cuanto supe que Cabezota no queria tomar parte en el negocio... Si fuera un cobarde, pase; pero un hombre como él, y decir que rehusa... ¡Malol!... Aquí hay gato encerrado, dije para mí.

— Pues haya lo que quiera, y aunque se empeñe el infierno entero, yo he de encontrarle... Esta noche salgo en su busca.



El *Sepulturero*, que tal era el apodo del hombre que hablaba con el Duende, guardó silencio mientras éste cerraba dos cartas de las que habia escrito antes de entrar allí la Peregrina.

— Los hombres que han ido contigo, — dijo el Duende, — estarán cansados.

— Yo soy el mas ágil, y no puedo moverme; con que... saque usted la cuenta.

— ¡Es decir, que si os tropezais con Cabezota, vais por lana, y volveis trasquilados!

— Si le hubiéramos encontrado, habríamos visto lo que hacíamos... No ha sido así, y es tontería querer adivinar lo que hubiera sucedido.

— Mal humor tienes, á juzgar por lo mal que me respondes.

— No he empezado aun, — dijo el *Sepulturero*, poniéndose de pié y corriendo el cerrojo de la puerta por donde acababa de entrar.

El Duende no se inmutó siquiera con aquella amenaza, y esforzándose por sonreír, le dijo:

— Pues empieza, y acaba pronto, porque tengo mucho que hacer.

— Es temprano, — replicó el *Sepulturero* con la mano oculta en el bolsillo de la chaqueta. — Aun tiene usted tiempo para contarme cincuenta onzas de oro.

— ¿No habeis gastado mas en el viaje? — repuso el Duende, apresurándose á dar á la exigencia del bandido una interpretacion suave y opuesta á la que en realidad tenia.

El *Sepulturero*, desconcertado con las palabras del Duende, y principalmente con el tono con que las habia pronunciado, se mordió los labios, retiró la mano del bolsillo, y recorriendo el cerrojo, dijo:

— Me voy á casa á dormir un rato.

— Espérate, te llevarás el dinero, — replicó el Duende riendo. — No quiero yo que me tengas por mal pagador...

Basta que hayas cerrado la puerta para que no me escapára sin darte lo que te debo.

— A mí no me debe usted nada.

— ¿Pues á quién?

— A nadie; nos ha sobrado dinero del que usted nos dió al salir de Madrid.

— Tanto mejor; toma el que ahora me has pedido, y te sobrarán cincuenta onzas mas.

— No las quiero.

— ¿Pues por qué las has pedido, miserable? — dijo el Duende, cogiendo del brazo al bandido, y conociendo que era llegado el momento de hacerle ver su superioridad física, ya que tanto le habia anonadado con sus palabras.

El Sepulturero no opuso la menor resistencia, y el Duende añadió con tono menos áspero:

— ¿Tienes alguna queja de mí?

Nada contestó el bandido, hasta que interrogado de nuevo, dijo:

— Sí, señor.

— Pues díla.

— ¿Quién ha dado parte á la policía de que se habian escapado las monjas?

— No sé, ¿crees por ventura que he sido yo?

— Sí, señor; lo creo. Nadie mas que usted tiene ese vicio; quiere usted cumplir con Dios y con el demonio á la vez, y eso no es posible. Está usted acostumbrado á disparar una pistola con la mano derecha, y á ofrecer la venda para la herida con la izquierda.

— Y suponiendo que lo hubiese hecho así, ¿qué mal habria en ello?

— ¡Me gusta la calma!

— ¿Crees tú que la policía logrará encontrar á esas mujeres?

— No creo semejante cosa; pero creo lo que he visto, y es bastante.

—¿Y qué es lo que has visto?

—¡Friolera! Que por haberse usted querido poner en buen lugar, dando soplo á la policía, por un tris no nos cazan... y entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Yo me lo sé, y lo callo... Lo cierto es que si conforme nos encontramos á los salvaguardias de caballería junto á Getafe, los hallamos en el portazgo... á estas horas estamos todos á la sombra... Allí les habrían dicho que nosotros habíamos preguntado por el carruaje que ellos buscaban, y nos hubieran echado el guante.

—En fin, os habeis librado... me alegro.

—Gracias á mis mañas; que por una conversacion que oí á unos arrieros, conocí que habian mandado exhortos á los pueblos de la provincia, y tomé mis medidas.

—¿Con que de verdad quieres ese dinero? —volvió á preguntar el Duende riendo.

—Lo que yo quiero es que no vuelva usted á hacerme otra como la pasada, si hemos de correr como amigos.

—¡Es decir, que vienes conmigo esta noche!

—Voy solo, y juro que he de saber el paradero de Cabezota y de las beatas.

—¡Ya será algo menos!...

—Ó algo mas... En fin, allá veremos... Me voy á descansar un rato, y mientras tanto dispóngame usted un pase de la policía para que no me pongan impedimento en el camino, y la licencia para correr la posta en todas las carreteras.

—Vénte aquí antes de marchar, y todo estará corriente.

—No se olvide usted de Gazapos... Los dolores de las heridas hacen charlar lo que se sabe, y algo mas.

—Agradezco el aviso y el consejo, —dijo el Duende.

Y el bandido salió del gabinete, donde llegó pocos momentos despues doña Inés Montilla.

— ¿Qué hay? — la preguntó con sequedad el Duende.

— Don Lorenzo y su hija están otra vez en su casa... El bribon de Gazapos no habló al escribano, y han sobreseido el proceso.

— ¿Qué mas?

— La caja de marfil se la han robado al escribano.

— ¡Es falso!... Bien hacia yo en no querérsela entregar sin sacar todos los papeles que habia en ella: usted tiene la culpa.

Doña Inés bajó los ojos, y el Duende gritó:

— El infierno se ha conjurado contra mí!...

Permaneció luego pensativo largo rato, y embozándose en la capa, cogió el sombrero, y dijo:

— Si viene el Sepulturero, que me aguarde; usted no se mueva de aquí hasta que yo venga.

Salió precipitadamente del gabinete, y apenas habia bajado la escalera, cuando llegaron á hacer compañía á doña Inés, la Peregrina y su hija.

Esta era un hermosa y al parecer modesta jóven: blanca como la azucena... y rubia como los últimos reflejos del sol.

Traia hinchados de llorar sus azules ojos, y sobre la mejilla derecha una mancha colorada, que parecia estar brotando sangre. Algunas ráfagas del mismo color se veian en todo el carrillo y sobre la nariz, como si una mano hubiese estampado allí su huella con violencia.

A sus encendidos lábios asomaba de vez en cuando una espuma sanguinolenta, que cubria sus dientes, y toda la parte derecha del rostro se iba abultando por momentos, haciéndose mas sensible en el ojo, que se reducía cada vez mas, pareciendo abrirse con trabajo.

Sus cabellos rubios caian enmarañados y sueltos sobre los hombros, cubiertos estos con una bata de raso azul, suelta de la cintura, y que arrastraba sobre el suelo.

La jóven se sentó en un rincon del gabinete, recatándo-

se de la luz, cuyos rayos ofendian al ojo lastimado, y doña Inés se apresuró á preguntarla:

—¿Qué tiene usted, Conchita?

—Una tontería,—dijo la Peregrina.

—Calle usted, señora,—gritó con desenfado la jóven;—me *inrrita* oirla á usted decir barbaridades... Lo que yo la digo á usted es que ese hombre se vá desde hoy á pegar á sus hijos, si los tiene, que á mí no me ha puesto la mano encima ningun *nacido*... Le pasé la primera, porque Dios quiso; pero le dije que en volviéndome á tocar se acababan las contemplaciones...

—Tú tienes la culpa,—repuso la Peregrina.

—Usted sí que la tiene, y todas las brujas de su casta. Pero si mi madre no hubiera sido tonta, y me hubiese dejado seguir en el taller, ya me habria yo casado con el hijo de la maestra, y no estaria aquí pasando trabajos... ¡Malditos vestidos de seda! —añadió sollozando.

Doña Inés hizo seña á la vieja para que no la replicára, y recogiendo las cartas que habia sobre el velador, dijo:

—¿Quieren ustedes que echemos una mano?

—Yo no,—respondió con aspereza la jóven.

—Jugaremos usted y yo á la brisca,—replicó la vieja.

Y puestas la una frente á la otra, estuvieron jugando hasta que llegó el Sepulturero.

## CAPITULO XXXVI.

### Eugenia.

La desaparicion de la superiora y de sor Adelaida fué una verdadera desgracia para los dos enfermos del Hospital General, que, gracias á la caridad de las dos hermanas, habian hallado un albergue donde pasar menos mal sus trabajos.

El padre y la hija quedaron de nuevo abandonados á sí mismos, y en vez de dejar el Hospital para ocupar la habitacion que de antemano les habia preparado sor Clotilde, salieron para volver á entrar en el cuarto segundo interior de la casa número 59 de la calle de Leganitos, cuyas llaves les fueron devueltas por la justicia.

Pero don Lorenzo no pudo sentir esta mudanza de la fortuna, porque el estado de su cabeza era cada vez mas lamentable. Habia perdido la memoria de todo, y la primera vez que vió á su hija en la sala de distinguidos se echó á reir y la pidió de comer: únicas palabras que tenia siempre en sus labios.

El dolor de la ausencia de sor Adelaida solo le sufria la infeliz Eugenia, sin que tuviese el consuelo de poder comu-



nicar su angustia, ni con sor Gregoria, ni con ninguna de las hermanas de la Caridad.

Es muy cierto que todas, sin distincion, reconocian las virtudes de su superiora, y admiraban las de sor Adelaida; pero eran mujeres, y tambien cedieron á las hablillas del vulgo.

Suponiendo que sus compañeras se habian fugado, encontraban una esplicacion á las altas prendas que tanto envidiaban, y que apenas comprendian. Por eso se olvidaban voluntariamente de que los votos de su religion eran temporales, y de que las dos hermanas podian haber dejado el hábito cuando hubiesen querido, sin apelar á medios violentos.

Necesitaban creer lo que el vulgo sospechaba para satisfacerse á sí propias, conviniendo en que, estas fueron sus palabras: « tanta virtud no podia ser verdad, ni durar tanto tiempo »

Eugenia sufria mucho de oirlas pensar así; pero no se atrevió á contradecirlas, porque tambien en su corazon habia una remota sospecha de que su amiga Adelaida hubiese sido arrebatada de allí por la superiora. A pensar así la inducia el afan que habia mostrado sor Clotilde para averiguar el nacimiento de sor Adelaida, y si nos fuese permitido entrar en el sagrado de su conciencia, diriamos que la hija de don Lorenzo habia ido mas allá aun en sus sospechas.

Sor Adelaida la habia referido la historia de sor Clotilde y el nacimiento de la hija de Margarita, y esta historia no se apartaba un punto de su imaginacion.

En lo que no estaba conforme con las hermanas de la Caridad, era en suponer que la virtud de su amiga era hipocresía. La conocia demasiado bien para albergar tan injusta sospecha, y creia que aun cuando fuese cierta la fuga, no habia motivo para acriminarla de semejante manera.

La señora María fué la única persona con quien pudo desahogar su pena, y con ella dispuso lo necesario para la

traslacion de don Lorenzo desde el Hospital á su antigua morada, dos dias despues de la desaparicion de sor Adelaida.

Cuando doña Inés dió esta noticia al Duende, ya hacia cinco dias que los enfermos habian recibido la enhorabuena de la Crispina y de su marido, que se pusieron de pié y acudieron presurosos á saludar á sus vecinos apenas los vieron llegar á la puerta de la calle.

Pero doña Inés habia determinado mudarse de aquella casa, desde las últimas escenas que la ocurrieron con su vecina y con la zapatera, y apenas paraba allí un momento. Se recogia á su casa despues de anochecido, y salia antes de amanecer, para huir la presencia de la señora Crispina, que tenia un especial cuidado en espiarla los pasos.

El dia en que fué á casa de la Peregrina no habia madrugado como de costumbre, y ya estaba el zapatero instalado en el portal, acompañado de la Crispina.

Doña Inés no habia vuelto á encontrarse con aquella mujer desde el dia en que recibió en su casa á Cabezota y al Vizco, y temia ser blanco otra vez de las burlas de la Crispina.

El marido de ésta recelaba lo mismo, y apenas sintió bajar á la vecina, dijo á su mujer:

— Hazte la distraida, por Dios... no la digas nada.

— No quiero, — replicó la zapatera; — tengo gana de decirla cuatro claridades.

— Tengamos la fiesta en paz, Crispina... Dáme ese gusto.

— Cada dia eres mas tonto... Tú cose y calla, que no llegará la sangre al rio.

— ¡Pero qué ganas tienes de indisponerte con los vecinos!

Crispina no contestó á las últimas palabras de su marido, y cuando asomó doña Inés sobre el primer tramo de la escalera, cantó esta copla:

Ves corriendo muchacho,  
Dí que repiquen,  
Que sale la marmota  
Del escondite.

Doña Inés entendió perfectamente el sentido de la co-  
pla, y tembló al pasar por delante de aquella mujer; pero  
no podía dejar de hacerlo así, sopena de volverse á encer-  
rar hasta el día siguiente en su boardilla, y se decidió á  
cruzar con ligereza, diciendo con tono cariñoso y afable:

—Muy buenos días, vecinos.

—Dios guarde á usted, señora, —se apresuró á con-  
testar el zapatero.

—Que la guarde el demonio, —replicó la Crispina diri-  
giéndose á su marido.

Y atravesándose delante de la puerta, detuvo el paso á  
doña Inés, diciéndola:

—¡Hola! Se vá á pasear la mantilla un rato... ¿eh?

—Sí, señora, —respondió con dulzura doña Inés.

—¿Ha estado usted mala?—la preguntó la zapatera...

—Hace mucho tiempo que no hemos tenido el gusto de ver-  
la... ¡Desde aquel día que tuvo usted tantas visitas!... Y  
no ha vuelto ningun pajarraco de aquellos por acá.

—¡Crispina!...—dijo el zapatero apretando los dientes  
y arrugando las cejas... —¡Crispina!

—¿Qué quieres?

—¡Ya me entiendes!

—Déjame hablar un rato... los hombres no se mezclan  
nunca en las conversaciones de dos amigas, y yo lo soy  
mucho de esta señora...

—Ya se vé que sí,—repuso doña Inés disimulando su  
aturdimiento.

—¿Ha bajado usted ya á ver á don Lorenzo?

—No, señora, no nos hemos visitado nunca.

—Eso no importa; tampoco le visitaban los demás ve-  
cinos, y ahora han estado á verle todos; hasta el del prin-

cipal... Y han hecho muchos ofrecimientos á la señorita.

—Lo creo... es una jóven muy apreciable... yo siento mucho no tratarla.

—¿De veras?... ¡pues me habian dicho lo contrario!... Está visto que no se puede dar crédito á nada de lo que cuentan las gentes. Nada mas que por haber visto entrar en casa de usted á ese Vizco que persigue á la señorita Eugenia, ya creian que era usted otra tal como él.

—¡Crispina!... —gritó el zapatero....

—¡Déjame estar, hombre!... ¿qué mal hay en contar lo que dicen las gentes?... Esta mañana, sin ir mas lejos, la cortaron á usted un vestido en la carnicería, que ya...

—¡Cómo ha de ser! —esclamó doña Inés.... —¡de Dios con ser Dios hablaron!

—¡Sí, pero cuentan unas cosas que pasan!... Persona conozco yo qué si fuera inquisidor la hacia quemar á usted viva.

—¡Crispina!... —volvió á decir el zapatero.... —¡por los clavos de Cristo!... ¿quieres callar, mujer?

—Ya callo... —respondió la zapatera viendo el gesto amenazador de su marido.

Y retirándose de la puerta, dejó el paso franco á doña Inés, que se apresuró á ganar la calle; pero se asomó al quicio, y la dijo:

—¡Dé usted gracias á mi marido, que si no!...

—Pero mujer, —dijo el zapatero cuando quedaron solos;— ¡es posible que no has de saber callar nunca!..... ¿Qué te importa á tí lo que dicen en la tienda?

—¡Si no dicen nada... bobo! ¡Si lo he inventado yo para ver cómo se explicaba!

—Tanto peor.... En las vecindades es preciso ver, oír y callar.

—Pues... si todos hicieran lo que tú, nunca se sabria nada.

—¿Y qué falta nos hace saber ciertas cosas?...

—No digo yo que nos haga falta; pero nunca es malo enterarse de lo que ocurre, por lo que pueda suceder... Mira tú si me sirvió el que me contara la señora María lo que habia hecho el Vizco con la señorita Eugenia.

—¿Y qué fué lo que hizo, que no me acuerdo?

—¿Cómo te has de acordar, si nunca te lo he contado?

—¡Ya decia yo!

—¡Fué una cosa atroz!

—Cuéntamela,—dijo el zapatero sin dejar de coser.

—¡Pues... eso es... entre puntada y puntada, te iré á contar una cosa tan grave!

—¿Y qué le hemos de hacer?... Es mi oficio...

—Sí, pero déjalo un rato, y te contaré esa historia.

—No puede ser... corren mucha prisa estas medias suelas. He dicho que vengan por ellas al medio dia que estarán despachadas, y no es cosa de faltar á la palabra.

—Sí, haces bien; así dicen todos que eres peor zapatero que el *chapuz* de la esquina... ¡Ya se vé, entregas la obra el mismo dia que la ofreces!...

—Y nunca hago esperar á nadie... me gusta ser exacto.

—Así creen que tienes pocos parroquianos, y te desacreditas.

—Déjalos que crean lo que quieran, y sube á disponer el almuerzo; aprovecharé el tiempo mientras se moja un poco mas la suela que tengo en el caldero.

—Eres un leño,—replicó la Crispina...—lo mismo te dá saber las cosas que no saberlas... Has errado la vocacion... debistes de haber sido fraile, y á buen seguro que á nadie hubieras dicho los secretos de la confesion.

El zapatero se sonrió sin soltar la lesna de la mano ni alzar la cabeza, y la Crispina se subió á la boardilla á preparar el almuerzo.

Al pasar por la habitacion de don Lorenzo, se encontró con la señora María que entraba allí, y la preguntó:

—¿Cómo sigue don Lorenzo?



—No sé, bajo ahora á ver lo que quiere la señorita que la traiga de la plaza..... porque ya sabe usted que desde que ha salido del Hospital, no la dejo ir á la compra...

—Ha quedado muy débil.

—¡Que se tenga en pié es lo que á mí me admira! Yo no sé cómo tiene sufrimiento para tanto la infeliz.

—Hasta luego, señora María.

—Adios, vecina, —dijo la vieja.

Y despues de haber llamadò á la puerta del cuarto entró en la sala que el lector conoce, pieza principal y casi única de aquella vivienda.

Don Lorenzo estaba sentado en el mismo sitio y del mismo modo que le vimos en las primeras páginas de esta historia.

En nada habian variado ni su traje, ni su aspecto; su mirada vaga é inquieta era la única novedad que se advertia en su semblante; á veces tambien una sonrisa maliciosa asomaba á sus lábios, y esto alteraba de continuo su semblante, antes grave, macilento y sombrío.

Eugenia se habia vuelto á su asiento, despues de abrir la puerta á la señora Maria, y con la cabeza caída sobre la almohadilla de la labor, cosia con afan la última de seis camisas que habia sacado del corte hacia dos dias.

Su traje era el mismo con que la vió el lector tendida sobre la nieve en la calle de Alcalá.

Sus facciones habian sufrido una gran alteración desde la última entrevista que tuvo con sor Adelaida, en el número 7 de la sala de distinguidas.

El cuidado y la asistencia de las hermanas de la Caridad habian vuelto el color á sus mejillas, y el vivo carmin de sus lábios habia animado el semblante, haciéndole representar únicamente los veintitres abriles que aun no habia cumplido.

En su casa, por el contrario, el estado de su padre, la pena de la ausencia de sor Adelaida, la vigilia y el trabajo



continuo, habian logrado en ocho dias lo que igual número de años no hubiesen conseguido.

Pálida, desencajada, los ojos hundidos, y apagada la viva luz que antes los alumbraba, no era ya ni siquiera la hermosa jóven que, medio cadáver, recogió la justicia para llevarla al Hospital.

— Buenos dias, señorita, — la dijo la señora María.

— Téngalos usted muy buenos, amiga... y siéntese usted.

— No, señorita, no me siento; es tarde... Hoy se me han pegado las sábanas... ¡Pero calla!... ¡Esto no es lo tratado!... ¿Cinco camisas ha hecho usted ya?

— Si; estoy acabando la última.

— ¿Es decir, que no se ha acostado usted esta noche?

Eugenia guardó silencio, y la vieja continuó diciendo:

— Esto ya es demasiado... ¡Usted quiere enfermar!... Y entonces, ¿quién cuidará de este pobre señor?

— ¡Dios es justo!... — exclamó Eugenia.

— Ya se vé que lo es... y por eso mismo quiere las cosas justas... Enhorabuena que se trabaje todo el dia, si es menester; pero á las horas de dormir, á la cama.

— En cuanto concluya estas camisas descansaré un rato, y si usted quiere acompañarme, iremos juntas á llevarlas.

— Con mucho gusto.

— ¡Pero si viera usted qué miedo tengo de dejar solo á mi padre desde que sucedió lo del otro dia!

— La diremos á la Crispina que suba á hacerle compañía mientras tanto.

— ¡Y hemos de incomodar á esa pobre mujer!

— Lo hará con mucho gusto.

— Yo lo creo, y no sé cómo pagar á todos el cariño que nos dispensan; pero preferiria que fuese usted á llevarlas, y yo me quedaria con mi padre.

— Como usted guste; pero á usted le hace falta salir á la calle y dar un paseo... Siempre metida en casa es malo...

Con que ea, me voy á la compra... dígame usted lo que quiere que la traiga.

—Nada, vecina; no quiero que usted se incomode; yo iré luego.

—Pues qué, ¿no compré ayer á gusto de usted? — preguntó asombrada la señora María.

—¡Oh, sí! —replicó apresurada Eugenia.— Pero como hemos de salir luego...

—Sí; pero por pronto que usted acabe la labor, serán las doce...

—No importa.

—Como usted guste... pero siquiera el desayuno... lo traeré ahora...

Eugenia no contestó á las palabras de la vieja, y ésta, comprendiendo el significado de aquel silencio, la dijo:

—Lo mismo que ayer, ¿no es verdad?

—María, —dijo Eugenia con voz débil; —no traiga usted nada.

—¿Y por qué?

—Luego iremos á entregar las camisas.

—¿Y qué falta nos hace eso para traer la compra?... Gracias á Dios, tengo yo un duro en el bolsillo, y si la he preguntado á usted lo que habia de traer, no ha sido para que me diese el dinero.

—Yo lo agradezco de todos modos, amiga mia; pero no debo abusar...

—¡Abusar! ¿Y por qué?... ¿No haria usted lo mismo conmigo? Ultimamente, si no lo hace usted por sí misma, hágalo por su padre, que necesita que le cuiden...

Y acercándose á don Lorenzo, le dijo con tono de broma:

—¿No es verdad, don Lorenzo, que usted tiene hambre ya?

—¡Sí... hambre! —repitió el anciano, clavando los ojos en la señora María.

—Voy corriendo á la compra, ¿eh?

— Sí... sí... — dijo con ánsia don Lorenzo.

— ¿Qué quiere usted que le traiga?

— ¡Pan... pan!... ¡Quiero pan!...

— Y chocolate, — añadió la vieja.

Don Lorenzo hizo un gesto de repugnancia, y sacando con trabajo la mano, que tenia oculta entre el capote, agarró la cesta que llevaba al brazo la señora Maria, clavó los ojos en el fondo de ella, y retirándola despues con enfado, dijo:

— ¡No hay nada!... ¡Me has engañado!

— Ahora voy á traerlo.

— ¿Ahora?... — repitió el anciano con espanto.

— Sí, señor, ahora; ahora le traeré á usted pan y...

— ¡Pan... sí... pan!... ¡Quiero pan!

— ¡Pobre señor!... — exclamó la vieja, disponiéndose á salir de la habitacion.

El anciano la miró con asombro, y murmuró estas palabras:

— Tengo hambre, y no me dan de comer... ¡Infames!... ¡Eugenia!...

— ¿Qué manda usted, papá? — dijo la jóven, levantándose de su asiento y corriendo al lado de su padre.

— Dí á Eugenia que venga.

— ¡Si estoy aquí! — replicó Eugenia.

— ¡Ah!... ¡Estás aquí!... ¿Y qué haces aquí?... Tráeme de comer... pronto... ¿Lo oyes?

La jóven no respondió á estas últimas palabras, y fué á soltar las lágrimas que salian de sus ojos sobre la labor que tenia entre las manos.

La vieja Maria salió de la habitacion, diciendo:

— Pronto vuelvo.

Don Lorenzo la siguió con la vista hasta que la vió desaparecer, y lanzando una mirada terrible sobre Eugenia, la dijo con torpe, pero desgarradora voz:

— ¡Tengo hambre!

## CAPITULO XXXVII.

### Noticias de sor Adelaida.

La vieja Maria cruzó sobre su pecho el manton que la cubria la cabeza, y con la cesta de la compra al brazo, bajó las escaleras con una agilidad estraña, atendidos sus muchos años, y sin detenerse á hablar con el zapatero, salió á la calle.

El padre y la hija quedaron solos, frente el uno del otro, y en bien distinta situacion por cierto.

Eugenia, sin alzar la vista del áspero lienzo que fatigaba sus delicadas manos, dejaba escapar de su pecho hondos suspiros, y en sus pálidas mejillas se sucedian lentamente las cristalinas lágrimas, que se rompian cayendo sobre la costura.

Pero aquella labor grosera, á que con tanta frecuencia se habia entregado la pobre niña tres años, era para ella un trabajo material, en el que solo pensaba como un medio de atender á la manutencion de su anciano padre. En la suya propia no pensaba nunca. Todo en ella era espíritu, y se alimentaba con las ilusiones risueñas que continuamente forjaba en su imaginacion.

Sin embargo, desde que el lector la ha visto, y algunos dias antes quizá, habian huido de su alma los presentimientos felices, y solo halagaba en su mente ideas sombrías, que la atormentaban sin cesar.

La alegría ordinaria con que, olvidando al parecer sus infortunios, se entregaba al trabajo, habia desaparecido de su corazon, y es seguro que sin la presencia de su anciano padre, la habria faltado el valor para continuar sus tareas.

Para que el lector comprenda el inmenso amor que Eugenia profesaba á su padre, bastará que le recordemos las ideas que fatigaban su imaginacion desde que salió de su casa y fué conducida al Hospital.

Tendida sin sentido en medio de la calle, habia abierto sus ojos en una habitacion estraña, y la imagen querida de la mujer con quien pasó como con una hermana la mayor parte de su vida, se la habia aparecido allí despues de cinco años de ausencia; habia revelado en sueños el secreto por el que su padre la habia maldecido si osaba descubrirlo antes de su muerte, y no podia perdonarse la imprudencia de haber cerrado al sueño sus cansados ojos. Su padre, mientras tanto, estaba al cuidado de manos mercenarias, y cuando la presencia de su hermana mitigaba sus penas, volvió á quedar sola con su padre, que habia perdido completamente la razon.

Entonces le pareció un sueño lo que la habia pasado: creyó que su cabeza trastornada, le habia representado la imagen de Adelaida, y que asimismo era un sueño la funesta revelacion. Pero su dolor fué inmenso cuando al volver á su casa encontró abierto el baul y no vió en él la caja de marfil, de cuyo robo nada habia sabido, ni aun por la vieja María, que recibió orden de sor Adelaida para callarlo.

Todo se convirtió entonces en una realidad funesta, y la desaparicion de su amiga esplicaba la de la caja, que su padre la habia entregado con tanta solemnidad.

No la quedaba otro consuelo [en medio de aquella des-

ventura, que oír la voz amiga de Carlos; pero hacia ya mes y medio que no habia recibido carta suya, y esto la entristecia mas que nada.

Afortunadamente la vieja María no la habia dicho nada de la carta de lacre negro que habia recibido de Francia, y este era el único suceso adverso que ignoraba la infeliz Eugenia.

Así, sin soltar de sus manos la labor por el afán de atender á la subsistencia de su anciano padre, llevaba seis dias encerrada en aquel reducido aposento, cuya fria atmósfera devoraba con rapidez la escasa lumbre que ardía en un barreño, colocado junto al sillón donde estaba don Lorenzo, yerto de frio.

— ¡Eugenia!... — volvió á decir el anciano apenas hubo salido la señora María, — ¡tengo hambre!...

Y movia la cabeza con impaciencia, como si se hallára esperando á un criado, que por torpeza no ejecutase pronto sus órdenes.

— ¡Eugenia!... — gritó de nuevo don Lorenzo con ira.

— Ya voy, papá, — contestó la jóven sollozando y alzando al cielo los ojos, que hasta entonces habia tenido fijos sobre la costura.

— Ven pronto, que tengo hambre.....

Eugenia no contestó nada, y el anciano, irritado, trató de incorporarse para buscar por sí propio el alimento, y dejó caer su cuerpo sobre uno de los brazos del sillón.

— ¡Dios mio!... — gritó la jóven.

Y corriendo al lado de su padre, le volvió á colocar conforme estaba, y despues de darle un beso en la frente, le dijo, enjugando las lágrimas y esforzándose por sonreír.

— Han ido á la compra... vendrán al momento y le daré á usted de almorzar.

— ¿Mucho? — preguntó el anciano abriendo los ojos con alegría... — ¿mucho?

— Sí... ¡mucho!... — repitió Eugenia suspirando.



Y al volverse á su asiento para continuar la labor comenzada, llamaron á la puerta.

— ¿Quién es? — preguntó asombrada.

— ¿Está doña Eugenia? — dijo una voz varonil, áspera y bronca.

— Sí, señor... — contestó Eugenia temblando... — ¿Quién es usted?

— No tenga usted miedo, señorita, — replicó la voz, esforzándose por disimular su aspereza.

— ¿Qué quiere usted? — volvió á preguntar Eugenia, acercándose estremecida á su padre.

— Traigo una carta.

— ¿De quién?

— Abra usted y lo verá.

— No señor... échela usted por debajo de la puerta.

— Allá vá, y espero la contestacion.

Un papel doblado en forma de billete amoroso asomó por debajo de la puerta, y Eugenia se acercó á cogerlo andando sobre las puntas de los piés, como si temiera, que al sentirla llegar la hiciesen algun daño desde fuera.

Tomó el billete en las manos, y su semblante se cubrió de alegría al ver la letra del sobrescrito.

Rompió el sello con precipitacion, y antes de pasar su vista por el contenido de la carta abrió la puerta para permitir la entrada al portador del billete.

Era este un hombre de mediana estatura, vestido con un gaban azul, sombrero de copa alta, una piel al cuello, un látigo en la mano, espolines y campanas de cuero en el pantalon.

Al entrar allí, examinó con una rápida mirada la habitacion, y se quitó el sombrero, descubriendo una encrespada cabellera rubia.

— ¿Con que usted la ha visto? — dijo Eugenia, dirigiéndose al hombre.

— Sí, señorita.

— ¿Y dónde está?

— Haga usted cuenta que en un sagrario.... Lea usted la carta y verá lo que dice la señorita.

Eugenia se acercó á la ventana y leyó en voz baja lo siguiente:

«Querida Eugenia: Dos palabras no mas voy á escribirte para calmar la angustia de tu corazon en estos momentos.... Lo que he sufrido desde que no nos hemos visto, »Dios solo lo sabe... Las exhortaciones de mi digna superiora han alentado mi fé dándome fuerzas para soportar »esta nueva desgracia... Encerradas violentamente en un »carruaje, pasamos doce horas de cruel incertidumbre, »abrazadas la una á la otra, y fiando nuestro destino en »manos de la Providencia, sin dejar salir un ¡ay! de nuestros lábios... Pensábamos sin cesar en tí y en tu buen padre, y sentíamos nuestra desgracia, porque no estaba »unida á la vuestra... A tu lado, querida Eugenia, habríamos tenido mas valor para soportar un golpe tan terrible, »y cuyo término no podia dejar de ser funesto... Ignorábamos la causa de nuestra desventura; pero nos persuadimos »que caminábamos á la muerte ó á otra mayor desgracia, y »elevados al cielo nuestros ojos, orábamos de rodillas en el »carruaje, que corria rápido distancias inmensas.

»Al poco tiempo de empezar el viaje nos habian abierto »una ventanilla del coche, cerrado hasta entonces por todos lados, y el hombre que iba en el pescante me dijo estas palabras:

—»Señorita Perla, no tenga usted miedo; los ángeles la »llevan por este camino.

»No puedes figurarte el efecto que esto me produjo... »La voz que me hablaba me era enteramente desconocida; »pero el nombre con que me saludó, era el que me daban »los hombres de la Torre del Duende.

»Yo no me atreví á replicar, pero sor Clotilde preguntó:

—»¿Adónde nos llevan ustedes?

—»A huir del demonio, — contestó el hombre del pes-  
cante; y siguió dando gritos para que no dejaran de cor-  
rer los caballos.

»La mañana del día siguiente á nuestra desgracia para-  
mos á la puerta de una casa, y el hombre que nos habia  
»dirigido la palabra en el camino, nos hizo entrar en una  
»habitacion pobremente alhajada, y quitándose la gorra de  
»pieles que cubria su cabeza, se acercó y me dijo:

—»¿Me conoce usted, señorita Adelaida?

»Yo le miré con atencion, y lancé un grito de espanto...  
»Era uno de los hombres que me custodiaban en la Torre  
»del Duende... Sin embargo, me acordé en aquel mismo  
»momento de que habia uno entre ellos á quien debí un cui-  
»dado y un respeto extraordinario en mi viaje á Gibraltar,  
»y maquinalmente dije:

—»Paco...

—»Señorita, — replicó mirándome con dulzura; — ¿me  
»ha conocido usted ya?

—»Sí, — contesté estremecida; — ¿pero qué piensan us-  
»tedes hacer con nosotras? ¿Por qué nos han arrancado de  
»nuestro santo asilo?

—»Señorita, — me dijo Paco, — el Duende es un hom-  
»bre muy malo.

—»¡Cielo santo!... — gritó conmigo la superiora, que  
»como yo conoce al Duende. — ¿Estamos en su poder?

—»¡No tal!... — gritó Paco con alegría... — y mientras  
»yo viva, no sucederá semejante cosa.

»Sor Clotilde, conservaba en medio de nuestra desgra-  
»cia mayor presencia de espíritu que yo, y le dijo á Paco  
»que por qué nos habia sacado violentamente de Madrid. En-  
»tonces nos enteramos de lo que habia ocurrido... ¡Me es-  
»tremece pensar que el hombre de cuyo poder creia haber-  
»me librado para siempre, me persiga aun de este modo!...  
»El ha sido, mi querida Eugenia, el que tenia dispuesto el

»carruaje donde nos encerraron cuando volvíamos al Hospital, para comunicarte una noticia que yo hubiese querido que nadie supiera antes que tú... ¡Sufro ahora tanto por no podértela decir!... En fin, hermana mía, en las oraciones que he dirigido al Señor en mi última desgracia, he podido invocar el nombre de mi madre..... Al pedir á Dios por su alma, bendigo ese nombre que tanto ansiaba conocer... Y la persona que vivió á su lado como su amiga íntima, me habla á cada momento de ella; me cuenta sus virtudes... y es mi segunda madre...»

—¡Ah!... ¡no me habia engañado en mi sospecha!— exclamó Eugenia, recordando en aquel momento la historia que sor Clotilde le habia contado á su amiga.—Adelaida es la hija de Margarita.

«Pero los planes del Duende,—añadió continuando la lectura de la carta,—han sido desbaratados por el hombre que te entregará esta carta, y en el cual tenemos toda nuestra confianza la superiora y yo... Nos ha dado una prueba, que no permite dudar de sus intenciones, y es la única persona que tuvo compasion de tu pobre amiga en la Torre del Duende. Segun nos ha dicho, hasta su vuelta de la corte no podemos salir de aquí... Necesita asegurarse primero de que el Duende no puede intentar de nuevo el golpe que hoy ha perdido.

»Escribeme, querida mia, algunos renglones; háblame de nuestro buen padre... y no te olvides nunca de que el no tenerte á su lado es la mayor desgracia de tu hermana  
»ADELAIDA.»

Eugenia vertió abundantes lágrimas al concluir la lectura de la carta, y volviéndose al salvador de su amiga, cuyo nombre fácilmente habrá adivinado el lector, le dijo:

—¿Con que usted ha librado á mi amiga de las manos del Duende?

Cabezota bajó los ojos avergonzado, y nada contestó á las palabras de Eugenia.

— ¡Dios mío!... — exclamó la jóven, — ¿qué significa ese silencio?... ¿Corren peligro aun de caer en su poder?

— ¿En poder del Duende? — gritó con energia Cabezo-  
ta; — ¡qué disparate!... Para que la señorita Adelaida  
vuelva á ver siquiera á ese hombre, es preciso que Paco  
Serrano esté pudriendo tierra... ¡Pues no faltaba mas!...  
La madre priora, que vá con la señorita, queria que dié-  
semos parte á la justicia de lo que pasa... pero yo no he  
querido... ni doña Adelaida tampoco... Verdad es que la se-  
ñorita lo dice así, porque como es tan buena, no quiere que  
se haga daño á nadie por su causa... Yo no lo hago por  
eso... sino porque no me gusta *berrearme* nunca... y porque  
es de cobardes el acudir á la justicia para tomar vengan-  
za... El Duende es un hombre como otro cualquiera, y de  
hombre á hombre no vá nada... La gente de la curia escri-  
biria cien resmas de papel y no haria nada, y yo haré lo  
que sea preciso, sin gastar un papel de cigarro.

— ¿Y dónde están las pobres hermanas? — preguntó  
con sencillez Eugenia.

— No lo dice la señorita en la carta?

— No.

— Pues entonces... no querrá que usted lo sepa.

Esta brusca contestacion intimidó á la infeliz Eugenia;  
pero acordándose de que aquel hombre habia salvado á su  
amiga, solo vió en sus palabras una prueba de su reserva y  
del celo que tenia por ella.

Don Lorenzo, que habia permanecido con los ojos fijos  
en la puerta de entrada mientras su hija leia la carta, dijo  
con acento de desesperacion:

— ¡Pan!... ¡quiero pan!... ¡me matan de hambre!...

Cabezota fijó en él la vista, y dijo á Eugenia:

— ¿Qué quiere su padre de usted!

— ¡Pan!... ¡quiero pan! — repitió el anciano.

Eugenia alzó los ojos al cielo, y corriendo al lado de su  
padre le estrechó entre sus brazos.

—Déle usted pan... —replicó Cabezota. —Estos viejos son como los niños, hay que darles gusto en todo.

—¡Sí, sí, pan!... —gritó con alegría don Lorenzo: —¡tengo hambre!

Eugenia no acertaba á pronunciar una sola palabra, y Cabezota comprendió bien pronto lo que significaba aquel silencio.

Quedóse un momento pensativo, y metiendo la mano en uno de los bolsillos del gaban, se acercó á Eugenia y la dijo:

—Con qué, señorita, vaya usted viendo si quiere alguna cosa para su amiga.

—¿Cuándo se vuelve usted allá?

—No lo sé... pero no tardaré.

—¿Tendré tiempo para escribir dos letras?

—Y aunque sean cuatro... Yo volveré antes de marcharme á recoger lo que usted haya escrito.

—Pues bien, yo tendré dispuesta la carta.

—En ese caso hasta luego... —replicó Cabezota dirigiéndose hácia la puerta.

Y dándose de repente una palmada en la cabeza, como si hubiese hallado una cosa de que ya no se acordaba, volvió al lado de Eugenia, y la dijo:

—Por un tris no me voy sin cumplir el encargo de mas importancia que me dió la señorita.

—¿De qué se trata? —le preguntó Eugenia.

—Fortuna que me hubiese acordado luego, y era lo mismo... pero lo habria sentido... porque fué lo primero que me encargó. ¡Vaya, pocas veces me lo repitió!...

—¿Pero qué es ello?

Cabezota sacó del bolsillo del gaban uno de seda encarnado, y continuó:

—Toma, Paco, —me dijo la señorita, —lleva esto á mi amiga... Con que aquí lo tiene usted tal como me lo entregaron.







FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—¿Papá, qué has hecho?

Eugenia rehusó aceptar lo que Cabezota la ofrecía; pero éste le replicó con aspereza:

— Si usted no lo toma, lo dejo en el suelo... La señorita me encargó que no me fuese sin entregarlo... y que regañaría con usted si no lo gastaba todo en cuidar á su padre...

— ¡Pero á mí no me dice nada la carta!

— Yo tuve la culpa, —replicó Cabezota;— la señorita quería abrirla para añadir lo del dinero, y yo la dije... No haga usted tal, señorita; eso es hacer desconfianza de mí; ¡pues ni que fuera un arriero para llevar carta de porte!

— Sin embargo, yo no sé para qué es este dinero... Adelaida no me debe nada... Yo soy, por el contrario, la que le debo á ella...

— Pero si, á lo que yo entiendo, —replicó con aparente ingenuidad Cabezota, —no es para usted esa suma, sino para su padre...

Y acercándose á don Lorenzo, le dijo sonriendo:

— ¿No es verdad, amigo, que con este dinero se puede comprar mucho pan?...

Don Lorenzo se incorporó sobre el asiento; miró con atencion á Cabezota, y agarrando el bolsillo con la mano derecha, lo ocultó inmediatamente entre el capote, mirando con recelo en derredor suyo.

Cabezota soltó una carcajada, y Eugenia gritó:

— Papá, ¿qué has hecho?

— Lo que usted no ha querido hacer, yo no sé por qué, —replicó Cabezota, golpeando cariñosamente la espalda del anciano. — Su padre de usted me gusta; es campechano y corriente... ¡Trabajo le ha de costar á usted ahora sacarle el dinero! —añadió sonriendo.

— Papá, —dijo Eugenia, acercándose á don Lorenzo, — trae ese bolsillo... No es nuestro.

El anciano apartó de sí á su hija, mirándola con el sobresalto y la desconfianza de un verdadero avaro, y Cabezota dijo:

— Eso ya es demasiado, señorita... ¡Contenta se pondrá doña Adelaida cuando sepa que no quería usted recibir el dinero!... Ya se vé, ¡como que lo envia para don Lorenzo!... Fué lo primero que me dijo: «Si están aun en el Hospital, no digas nada; pero si se han ido á su casa, entrégale á Eugenia este bolsillo, y que no escasee nada á su padre.» ¿Tendrán bastante con esta suma? pregunté yo á la señorita... Porque si no, yo tengo en Madrid quien me fie, y podré darles lo que quieran. Con que, ya lo oye usted, señorita doña Eugenia... si no tiene usted bastante con ese dinero, me lo dice, y antes de una hora traigo aqui lo que haga falta.

Eugenia bajó los ojos avergonzada, y Cabezota añadió:

— Cuatro onzas y media hay en él... vea usted si quiere mas.

— No, señor, — contestó Eugenia sin alzar los ojos del suelo.

— Y no se apure usted por nada de este mundo... ya sé que la persigue otro duende Vizco...

Eugenia se estremeció al oír este nombre, y Cabezota continuó:

— No me lo ha contado la señorita; lo sabia yo ya... pero es otra clase de hombre...

— ¿Le conoce usted? — preguntó sobresaltada Eugenia.

— Sí, señora... le conozco, y por él se ha librado usted de una desgracia al salir del Hospital.

— ¿Por él?

— Por él... La parecerá á usted extraño lo que la digo; pero es el Evangelio... Tiene buen corazon, y no le gustan las ruindades de ciertas gentes... Supo que la habian armado á usted un lazo, y rompió las cintas...

— Habla usted de la acusacion terrible que me hizo la autoridad...

— No sé si fué la autoridad, ó quién fué; pero si que usted debe al Vizco el no haber tenido un disgusto.

—¿Con que él fué la persona desconocida que se presentó en el corte á declarar en mi favor?

—Él ú otro de parte suya... es igual. De todos modos, á él se lo debemos... Pero si algun dia se atreviera á molestar á usted en lo mas mínimo, no le serviria de nada esa buena accion... Lo que hoy hago por la señorita Adelaida, haria entonces por usted.

—Gracias, caballero, gracias,—esclamó conmovida Eugenia.

—Con que, señorita, cuide usted á su padre, y escriba para cuando yo vuelva; pero no la diga usted nada del dinero.

—¿Por qué no?

—Porque... yo me entiendo... Por lo mismo que no he querido que la señorita dijese que lo enviaba... Así lograré que baste mi palabra para decir que lo he entregado.

—Como usted guste,—replicó Eugenia.

—Pues hasta luego,—dijo Cabezota.

Y acercándose nuevamente á don Lorenzo, le dijo con acento cariñoso:

—Ea, amigo, que le compren á usted pan, y buen provecho le haga... Déle usted el bolsillo á la señorita.

Don Lorenzo le miró con enojo, y apretó la mano contra el pecho, como si temiera que le arrancasen el bolsillo por fuerza. Cabezota se sonrió, y saludando respetuosamente á Eugenia, la dijo:

—No se aflija usted, señorita, que ya se pondrá bueno el papá.

Eugenia no contestó nada, y abriendo la puerta, despidió á Cabezota, á tiempo que volvía la vieja María con la cesta llena de provisiones.

## CAPITULO XXXVIII.

### El calabozo del cuartel de Guardias.

El traje con que Cabezota se presentó en la habitacion de don Lorenzo, cambiaba completamente su figura, y nada tenia de extraño que la vieja Maria, que solo le habia visto una vez por el agujero de una cerradura, no le hubiese reconocido. Lo mismo sucedió á la zapatera; y tan lejos estaba de pensar que aquel improvisado caballero, que cortesmente la saludaba, era el amigo de doña Inés, que se volvió á su marido, y le dijo:

— ¡Qué diferencia tan grande hay de unas gentes á otras! Á la legua se distinguen los caballeros de la canalla... Pero dime con quién andas, y te diré quién eres... Las visitas de don Lorenzo son todas bien educadas y personas de distincion.

El zapatero no contestó nada á la observacion de su mujer, y continuó trabajando.

Cabezota, que habia salido á la calle sin detenerse, se unió en la esquina con un hombre de capa y sombrero redondo, que hacia poco tiempo que acababa de llegar allí, y le dijo:

— ¿Está corriente?



— No puede ser, porque está incomunicado.

— ¡Buena está la razón!... ¿Crees tú que si no hubiera sido por eso habría yo acudido á ti?...

— Verdad es... ¿pero qué le hemos de hacer?

— Cualquier cosa, menos dejar de verle... Yo necesito hablarle hoy mismo.

— Si le pusieran mañana en comunicacion...

— Le verian todos sus amigos antes que yo, y precisamente quiero que sea todo lo contrario... Con que, ea, vamos allá, y veremos cómo se arregla este negocio.

— El caso es, — replicó el hombre que hablaba con Cabezota, — que si le hubieran llevado á la Jefatura, no habría dificultad... pero en el cuartel de Guardias es imposible verle.

— ¡Imposible!... — repitió Cabezota. — Muy pronto desmayas... Yo no sé de qué os sirve ser de la ronda de policía, si no podeis servir á un amigo cuando se ofrece.

— Ya te propuse un medio, y no quisiste... era el único modo de verle.

— ¿Te parece á tí que tengo yo trazas de *chota*?... ¡Buen papel está el de delator para un hombre de mi génio!... Además, de que me habrían puesto preso por el pronto, y nada hubiéramos conseguido.

— No tal; ya hubiésemos preparado las cosas de manera que pudieses entrar á ver al conde con la escusa de que ibas á engañarle para que te acabase de confiar el plan de la conspiracion.

— ¡Qué conspiracion ni qué demonio, — dijo Cabezota, — si todo es una calumnia!

— Sin embargo, hay mas de lo que te figuras... Resultan complicadas muchas personas principales...

— Eso no prueba que la conspiracion sea cierta... sino que cuantos mas moros mas ganancia... y á río revuelto... lo que sigue... A mí no me interesa mas sino ver al conde.

— Pues mal pleito tienes.

—Lo veremos,—contestó Cabezota.

Y atravesando la Plazuela de Afligidos, entró en la calle del Conde-Duque, seguido del individuo de la ronda de capa.

—¿Qué piensas hacer?—dijo el polizonte.

—Ver al conde,—replicó secamente Cabezota.

—¿Y cómo?

—Con los ojos.

—Ya... ¿Pero de qué medios te vas á valer para entrar en el calabozo?

—¡Qué sé yo!... Estas cosas no se piensan; se dicen, allá voy, y se hacen como se puede.

—Mira lo que haces, porque el oficial de guardia es el encargado del preso.

—¿Quién tiene las llaves del calabozo?

—El alcaide.

—Pues ya ves cómo no hay necesidad de dirigirse al oficial, sino al alcaide... Aunque para lo que yo pienso hacer, tanto me dá el uno como el otro... Pero tú puedes retirarte, porque no quisiera que te comprometieses viniendo conmigo.

—¡Paco!...—dijo el polizonte.—¿Olvidas con quién hablas?... Yo me he visto apurado, y por eso estoy en este oficio... En Madrid no hay ya otra cosa sino gente que prende y gente que se deja prender, y yo he preferido ser de los primeros... Si hubiera Inquisicion, trataria de encender la hoguera antes que dejarme quemar en ella... ¡Qué quieres! Cada uno tiene sus manías.

—Esas manías no me parecen mal; pero te aconsejo que te retires, porque si hoy eres el cabo de la ronda que inspira mas confianza al jefe, quizá viéndote conmigo pensarán...

—De mí no piensan nada malo nunca,—replicó con orgullo el cabo de la ronda;—y para que veas que donde yo estoy metido hago buen papel siempre, te voy á permitir que veas al conde.

— ¡A permitir!... — repitió Cabezota sonriendo. — ¡Sabes, chico, que harías un excelente jefe de policía!... Si no hubieras dicho hace poco que es imposible ver al preso, creería ahora que eras capaz de *permitirme* la entrada en el calabozo.

— Vaya si lo soy, — repuso el cabo de la ronda, sin conocer el lenguaje artificioso de Cabezota. — Pronto te convencerás de que no ofrezco las cosas en broma... Tú, en cambio, me dirás lo que sepas de esta conspiración... Es el corretaje del oficio, — añadió sonriendo.

— Sí; pero yo soy un amigo, y á mí se me debe servir de balde...

— Con los amigos se come.

— Pues por esta vez, si no has almorzado, te quedas en ayunas.

— ¿Por qué?

— Porque yo no puedo decirte nada... Lo que te ofrezco en cambio de este servicio es una cosa que tú no te imaginas.

— ¿Cuál?

— La vida.

— ¡La vida!... No te entiendo...

— Pues es muy fácil... Ya sabes tú que los antiguos camaradas del *sotano de la Melitona* te tienen un cariño entrañable.

— Buen cuidado me dá á mí de todos ellos. Tengo la mayor parte en presidio, y los demás tiemblan en cuanto me ven.

— Sí, pero una mano que tiembla por delante, puede descerrajar un trabucazo por la espalda; y entonces... adios *Sordo de las Vistillas*...

— ¿Crées tú que haya quien se atreva á herirme?

— A herirte precisamente, no... á matarte, sí.

— Ya sé por quién hablas...

— Lo dudo mucho... pero de todos modos, lo que no te conviene es tener enemigos.

— Estamos conformes... los iré desterrando uno á uno.

— Antes que destierres al último, te habrán enviado al otro mundo *por diez años y un día*... Haz lo que te digo, y no seas tonto... El mejor día pierdes la gracia de tu jefe, ó ponen otro que busca gente nueva, y entonces querrás volver con los tuyos...

— ¿Y qué quieres que haga?

— No perseguir á ninguno de ellos, y... lo demás corre de mi cuenta...

Con esta plática llegaron Cabezota y el Sordo de las Vistillas á la puerta del Cuartel de Guardias.

El centinela trató de impedirles la entrada, pero el Sordo se desembozó y enseñó un baston de autoridad, con el que pudieron pasar adelante, y atravesando el patio inmenso del edificio, entraron por una puerta pequeña que á la derecha habia, en un pasillo largo y estrecho.

— Espérame aquí, — dijo el Sordo subiendo una escalera pequeña que conducia al cuarto del alcaide.

Cabezota lo hizo así, y el cabo de la ronda volvió al poco rato, precedido de un hombre que traia un manajo de llaves en la mano.

Bajaron los tres algunos escalones, y entraron en un claustro de bóveda baja, en el que se sentia ese ambiente húmedo de los cementerios, que produce siempre la atmósfera estacionaria, que no está en contacto directo con el aire libre.

El alcaide habló en voz baja con el cabo de la ronda, y metiendo una llave en el candado de un grueso cerrojo que se veia en una de las puertas que habia á un lado y otro del claustro, introdujo á Cabezota á la presencia del conde, volviendo á cerrar la puerta sin dar vuelta á la llave, y quedándose con el cabo de la ronda paseando por el claustro.

La luz que recibia el calabozo donde acababa de entrar Cabezota, era escasa, aunque suficiente para ver un resto de la barbarie de tiempos nada remotos, y que no estaba en

uso entonces... pero no se habian atrevido á hacerlo desaparecer por completo.

Sobre una losa de piedra, que se elevaba un palmo del suelo, habia una enorme argolla de hierro, de la que pendia una gruesa cadena del mismo metal, larga de media vara. Al extremo de ella amarraban en tiempo del absolutismo al huésped del calabozo, dejándole reducido á revolverse en el estrecho recinto que le trazaba la cadena.

Por mas que la comparacion sea repugnante y horrible, el preso no tenia mas libertad que la de la mona que por diversion atan sus dueños á los hierros de una ventana.

Al conde de San Fabian le habian eximido de este tormento; pero lo tenia á la vista como un testigo de la humanidad de sus carceleros, que creian bastante asegurada su persona entre cuatro gruesísimas paredes; con una doble reja de hierro; una puerta defendida del modo que el lector ha visto, y media compañía de tropa á la puerta del edificio.

Si bajaba los ojos al suelo, podia estremecerse observando las huellas que habian dejado en las losas del pavimento las plantas de un hombre que habia paseado por allí por espacio de diez y ocho años, segun tuvo cuidado de referir al conde el carcelero.

Se decia que aquel desgraciado, que murió viejo en el calabozo donde habia entrado con toda la fuerza de la juventud, era un guardia de corps, al cual no hubo mérito para formarle causa; pero sí un empeño *real* en separarle de la corte.

Las paredes estaban llenas de signos misteriosos y de fechas distintas, trazadas por el preso con un alfiler; pero lo que mas habia llamado la atencion del conde, eran unos versos escritos por aquel infeliz, y que aun hoy se conservan en aquel recinto.

El conde no pudo copiarlos, pero aprendió de memoria estos sentidos renglones, que sino son dignos de un gran



poeta, solo puede escribirlos el hombre que la mitad de su vida se vé privado un dia y otro de la libertad. Hélos aqui (1):

- «¡ Qué triste monotonía,
- » Ver tras un dia otro dia,
- » Todos lo mismo pasar!
- » Y en la dura cama echarme,
- » Y allí al dolor entregarme,
- » En las garras del pesar.
- » Y desde el horrible lecho,
- » Contar las grietas del techo,
- » Una, dos veces... y tres;
- » Y mirar la tela-araña
- » Que sutil urde la araña...
- » Pasar un mes... y otro mes.
- • • • •
- » No ver la casa paterna
- » Ni aquella virgen que tierna,
- » Tal vez llora como yo,
- » Y delirar mi memoria,
- » Los recuerdos de una gloria,
- » De una dicha que pasó.

El conde repasaba estas estrofas, cuando se presentó Cabezota á la puerta del calabozo.

Ambos se miraron sin decirse una sola palabra, y el bandido, que se habia descubierto respetuosamente la cabeza, entregó al conde una carta.

El conde la recogió sin decir nada, y despues de haberla leído detenidamente, dijo:

—Dé usted las gracias á sor Clotilde, y dígala usted que no se me ofrece nada... Estoy inocente.

—Ya sabemos todos que vucencia es inocente, —repuso Gabezota llevando al conde al único rincon del calabozo que no se veia desde la puerta de entrada... —Pero entre los justos y los pecadores damos de comer á la justicia.

—Sin embargo... yo no he hecho mal á nadie.

(1) En uno de los calabozos del Cuartel de Guardias existe esta composicion que no copiamos íntegra por no abusar de la paciencia de nuestros lectores.



— Razon de mas para que se lo hagan á usted... ó á vucencia... Siempre que hablo con usías se me vá el santo al cielo á lo mejor...

— Pues déjese usted de tratamientos, — dijo el conde sonriendo.

— Mejor será, — repuso Cabezota... — Así despacharemos mas pronto... ¿En esa carta le dicen á usted quién soy?

— Sí, me encargan que me fie completamente de usted.

— Pues pronto, porque esos perros no me dejarán qué mucho tiempo.

— ¡Pero si nada tengo que decir!...

— Sin embargo, contésteme usted á las preguntas que yo le haga, y acabaremos mas pronto... ¿Le han tomado á usted declaracion?

— Aun no.

— Es claro, siempre sucede lo mismo... ¿Y se llevaron algunos papeles cuando hicieron el registro?

— Sí.

— ¿Los firmó usted todos?

— Todos.

— ¡Sin examinarlos!... mal hecho.

— Yo no tenia ninguno que pudiese infundir sospechas siquiera.

— Puesto por usted en su despacho, no... por otra persona... tal vez.

— ¿Qué dice usted? — gritó sobresaltado el conde.

— Que los que le han delatado, lo hicieron despues de haber tomado todas sus medidas.

— En mi gabinete no entra ninguna persona capaz de semejante accion.

— Ahora no, porque no está usted allí... ¿pero comia usted solo, los viernes?...

— ¿Doña Inés, acaso?...

— La misma; pero esa mujer ha sido instrumento de otra persona mas elevada.

— No quiero oír su nombre... — exclamó el conde como rechazando una idea que había cruzado por su mente.

— ¿Lo ha adivinado usted ya?

— ¡Silencio!... que nadie lo sepa... Si es posible que lo ignore hasta la persona que le ha entregado á usted esta carta.

— Le aseguro á usted, que nadie lo sabrá... él mismo deshará lo hecho.

— ¿De quién habla usted? — preguntó con sorpresa el conde.

— ¿Y usted? — preguntó á su vez Cabezota.

— ¡Yo!... — dijo el conde, sin atreverse á pronunciar el nombre de la persona de quien había sospechado.

Cabezota se sonrió, mirando de hito en hito al preso, y le dijo:

— ¡No sé á qué viene esa reserva conmigo!... Pero es igual... Sin decir una palabra á la justicia, yo sabré hacer que esa persona retire su delación.

— ¿La conoce usted?

— Sí, señor; y las personas de que se ha valido me han confiado sus planes.

— Pues yo le ruego á usted que no haga nada por mí; prefiero pasar el resto de mi vida en un calabozo á que caiga sobre mi familia un borron de esa especie.

— ¿Sobre la familia de usted?... — dijo con asombro Cabezota. — ¡No entiendo!... Usted no sabe aun quién es la persona que le persigue. ¿El abad de Maqueda es pariente de usted?

— ¡Dios mio! — exclamó el conde. — ¡Qué injusto he sido!... ¿Con que es el hermano del duque de Alcira el que me ha calumniado?... Fué el primero que se presentó en mi casa á ofrecerme sus servicios cuando me prendieron.

— Fué el primero que lo supo... — repuso con sorna Cabezota.

— ¡Y usted dice que no debo declarar su nombre á la

justicia!... ¡Oh! Es preciso entregarle al momento á los tribunales.

—En ese caso,—replicó Cabezota,—aquí sobra uno, y ese soy yo... No saben ustedes tomarse la venganza por su propia mano.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Dejarlo de mi cuenta... He sabido entrar hasta aquí, y sabré hacer lo demás hasta que vuelva usted á su casa.

—¿Y á qué debo semejante favor?—dijo el conde, en cuyo semblante se leía cada vez mas claro el asombro que le causaba aquella escena.

—Déjese usted querer,—contestó Cabezota sonriendo;—estoy en mis glorias cuando puedo luchar con cierta clase de gente... Acabo de desconcertar un plan mas terrible aun que el que han fraguado contra usted, y aunque sor Clotilde me encargó que no le dijese á usted nada, sin embargo, yo temo que el carcelero ó cualquier otro le cuente á usted la parte mala de la noticia, y quiero que sepa usted lo que solo otra persona y yo sabemos en Madrid... ¿La madre priora no le dice á usted desde dónde escribe la carta?

—No,—contestó el conde, examinando de nuevo el manuscrito.—Y me estraña, porque siempre lo hace... ¡Pero habrá sido en el Hospital!...

—No ha vuelto allí desde el dia que estuvo en casa de usted.

—¿Es posible!...

—Ni ella, ni la señorita Adelaida.

—¡Dios mio!...—esclamó el conde.

—No se asuste usted,—repuso Cabezota,—están libres del lazo que le habian tendido... El abad de Maqueda, dispuso una silla de postas para sacarlas de la córte...

—¿Y qué sucedió?

—Nada... que salieron y....

—¿A dónde están?

—En mi poder... los mismos caballós que se habian en-

ganchado para llevarlas á manos del verdugo, las pusieron en libertad.

—¡Respiro!... ¿Y dónde están?

—En libertad.

—Pero...

—Ea, hablemos de usted ahora para que pronto pueda estar como ellas... En las declaraciones cuide usted de no negarlo todo, pero no conceda nada... y lo demás corre de mi cuenta. Dígame usted ahora si se le ofrece alguna cosa... si quiere dar algun recado, ó... en fin, aprovechese usted de la ocasion.

—Nada mas se me ofrece, sino saber el nombre de usted.

—¿Para qué?

—Para bendecirlo.

—Bendiga usted el de la señorita Adelaida, y es lo mismo; por ella hace Paco Serrano los imposibles.

—¡Paco Serrano!...—repitió el conde.

—Servidor de usted,—replicó Cabezota haciendo un saludo, y dirigiéndose hácia la puerta del calabozo.

El conde le tendió la mano, que el bandido estrechó entre las suyas, y le dijo:

—Adios, Paco.

—Señor conde,—repuso Cabezota saliendo,—venga esa carta, que ya se me olvidaba recogerla, y lo que ha pasado aquí me hace usted el favor de olvidarlo, para que la boca no lo diga ni en sueños... Las únicas paredes que oyen son las de los calabozos.

Apenas salió Cabezota al claustro, el alcaide cerró la puerta, y el cabo de la ronda dijo:

—¿Le has hecho vomitar mucho?

Cabezota hizo seña á su amigo de que callára, para ayudar por su parte á engañar al alcaide, y éste replicó:

—¡Pobre mozo! ¡Cree que yo no estoy en el secreto!...

—¿En qué secreto?—preguntó Cabezota, fingiendo asustarse de que el alcaide le tuviera por espía.

— ¡Hola! ¡Es reservado!... ¡Hará fortuna en la policía!

El cabo de la ronda sentia un placer interior al ver la habilidad con que su amigo completaba la obra que él habia empezado, y procurando disimular la risa, dijo:

— ¡Vaya, hombre, no seas tonto!... ¿Crees tú que el señor no sabe á lo que has venido?

— ¿Lo sabe?... — exclamó Cabezota, fingiendo sobresaltarse con aquella revelacion.

— Desde que le ví á usted entrar... — dijo el alcaide con aire de hombre perspicaz y ducho en la materia... — Antes de que me hablara el señor, — añadió señalando al cabo de la ronda, — sabia yo que usted venia á sonsacar al preso, á titulo de cómplice suyo... Estoy muy acostumbrado á estas escenas, y el que á mí *me la dé* ha de ser muy largo...

— ¡Caramba, qué penetracion! — exclamó Cabezota.

Y despidiéndose del alcaide, salió del edificio acompañado del cabo de la ronda, siguiendo juntos hasta el centro de la poblacion, donde se separaron dándose una cita para comer juntos dos horas despues, en uno de los paradores estramuros de la capital.

## CAPITULO XXXIX.

### Espedicion.

El lector nos dispensará si por seguir puntualmente el orden de los sucesos, apartamos la vista del libertador de sor Adelaida, volviendo de nuevo á la casa número 5 de la calle del Sauco donde, fiel á las órdenes del Duende, habia llegado el Sepulturero, cuando estaban jugando á la brisca la Peregrina y doña Inés Montilla.

La jóven Concha seguia sollozando, recostada en un elegante sofá de dos asientos, y apenas vió entrar al bandido, salió del aposento.

—¿Qué tiene esa muchacha que se retira en cuanto yo entro?—preguntó el Sepulturero...—¡No parece sino que vé al demonio!

—Hace lo mismo con todos,—replicó la Peregrina.

—¿Tiene á menos el hablar con la gente de mi clase?... pues su padre era uno de tantos...

—No es eso, sino que siempre está llorando, y la dá vergüenza que la vean.

—¿Pues por qué llora? ¡No vá siempre vestida de seda como si fuera una princesa!



— ¡Ya lo creo!... Cuántas quisieran estar en su posición... Pero ¿qué quieres?... la cabra siempre tira al monte... Está enamorada del hijo de su maestra, y mas quisiera ella estar ribeteando zapatos y llena de chiquillos, sin tener pan que darles, que vivir como vive... mimada, y con dinero para satisfacer todos sus caprichos.

— ¿Cuánto tiempo hace que la tienes en tu compañía?

— Un mes.

— Es poco tiempo aun... ella se irá acostumbrando.

— Malo es que haya empezado así,—dijo doña Inés, que habia callado hasta entonces...—Cuando á esas muchachas se les mete en la cabeza alguna tontería por el estilo, son atroces... Acuérdate de aquella otra que se te escapó para casarse con el escribiente de loterías.

— El otro día la ví en la calle, muy aseada y compuesta; pero maldito si todo lo que llevaba encima valia cuatro cuartos... Aquella hubiera estado mucho mejor que esta, porque el marqués de Monte-oscuro es algo mas generoso. Y yo me habia gastado veinte onzas en hacerla ropa y ponerla elegante.

— ¡Y se la llevaria toda cuando se marchó!...—dijo doña Inés.

— No tal,—replicó la Peregrina.— ¡Pues no faltaba mas!... Se la habria yo sacado por la justicia. Adela, aquella chica rubia que vivia conmigo el año pasado, empeñó sin que yo lo supiera, dos vestidos en casa del judío Cachinari, y en cuanto yo me presenté al juez, hizo que me los devolviera.

— ¿Sin pagarle lo que habia dado por ellos?

— Es claro... ¡No vé usted que la muchacha era menor de edad!

— Pues eso es una injusticia,—replicó el bandido encendiendo un cigarro, y colocándose detrás de doña Inés para ver las cartas que tenia en la mano, y hacer señas á la Peregrina.

—No quiero jugar mas... —dijo doña Inés soltando las cartas, y apercibiéndose del Espíritu Santo que tenia á la espalda, despues de haber perdido tres juegos seguidos.

—¡Con que usted es buena para ganar, y no para perder!... —esclamó la Peregrina.

—Yo gano y pierdo con mis cartas, pero no juego nunca con las del compañero.

—¡Vaya, señora!... Cualquiera que á usted la oyese diria que yo era una *cuca*.

—Lo que usted quiera; no me gustan disputas, —repuso doña Inés, sin atreverse á regañar con aquella gente.

—Jugaremos tú y yo, —dijo el Sepulturero, pensando quitar á la Peregrina el dinero que acababa de hacerla ganar.

Y haciendo una seña imperiosa á doña Inés para que se pusiera detrás de la Peregrina á hacer lo que él habia hecho con ella, tomó la baraja en la mano.

Pero á este tiempo llamaron á la puerta; la Peregrina fué corriendo á abrir, y el Duende entró en el gabinete.

—Oyes, tú, —dijo llamando aparte á doña Inés; —¿supongo que ya eres amiga del padre Romualdo?

—Hace cinco dias que no baja al confesonario.

—No es eso lo que yo te pregunto... ¿Le has visto?

—Fuí á su casa, y le dije que necesitaba hablarle sobre un caso de conciencia...

El Duende se sonrió maliciosamente, y doña Inés continuó diciendo:

—De una persona que se habia quedado con un dinero que no era suyo, y que no pudiendo devolverle á su dueño, pensaba destinarlo para misas.

—¿Y qué te contestó?

—Que volviese por allí, y hablaríamos despacio del asunto.

—¿Has vuelto?

—No, señor.

— Pues suspéndelo hasta que yo te avise; por ahora, lo único que nos interesa es estar á la mira de don Lorenzo... Es preciso que los visites para que sepas lo que piensan.

— Es imposible... necesito, por el contrario, mudarme á otra casa... Desde la zapatera del portal hasta el último vecino, todos me miran con desconfianza.

— No importa... Haz lo que te digo y calla.

Doña Inés salió del gabinete obedeciendo á una seña del Duende, y éste quedó solo con el Sepulturero.

— ¿Has descansado ya?— le preguntó.

— Estoy para emprender otra expedición ahora mismo.

— Pues no perdamos el tiempo... Ya están ensillados los caballos.

— ¿Quién viene conmigo?— preguntó el Sepulturero.

— ¿Con quién vas tú? dirás.

— Yo no voy á las órdenes de nadie.

— ¿Ni á las mias?

— ¿Pues qué, se decide á salir usted de Madrid?

— Sí.

— En ese caso, cuando usted guste.

— Vamos, — repuso el Duende.

Y entrando ambos por donde se habia retirado la Peregrina, volvieron á salir al poco rato vestidos en traje de caza, con largas botas de cuero blanco, calzon verde, una levita corta del propio color, sombreros blancos á la chamberga, y unos anchos capotes de monte sobre los hombros.

La Peregrina venia detrás de ellos, y el Duende volvió la cabeza y la dijo:

— Ni por casualidad dejes entrar aquí á nadie mientras yo esté de caza.

— Está bien, — contestó la vieja.

Y bajando las escaleras al compás de las espuelas, los improvisados flamencos entraron por una puerta interior en el patio, de donde salieron á la calle montados en dos soberbios caballos de raza pura española, embozados hasta

los ojos, y descubriendo por debajo de los capotes los cañones de las escopetas de dos tiros, colgadas en el caparazon de la cabalgadura, y la contera del ancho cuchillo de monte que pendia del cinturón.

Por la costanilla de la Veterinaria se dirigieron al trote al paseo de Recoletos, y saliendo por la puerta de Alcalá pusieron los caballos á media rienda, y por las tapias del Retiro llegaron al camino de Vallecas.

Dos ginetes, vestidos de paño pardo, con botines de cuero negro, zamarra y sombrero gacho se unieron á los cazadores en calidad de criados.

—¿Habeis sabido algo?—dijo el Duende á uno de los ginetes que se acercó á hablarle.

—No, señor; pero *Pestaña* y otro amigo que van cada uno por distinto lado del camino, nos dirán si hemos de torcer á la izquierda ó la derecha, ó seguir adelante.

—Yo creo que debemos ir por Tarancon hasta los pinares de Cuenca.

—No, señor, es imposible que piensen ir tan lejos; lo que podrá suceder muy bien es que hayan dado la vuelta á Madrid, y se estén á tres ó cuatro leguas por la parte alta... El tiro que llevaban era bueno, pero no habrá podido resistir mayor distancia.

—¡Le cambiarían!...

—¿Dónde?... Lo hubiéramos sabido nosotros... Está usted seguro de que será lo que yo digo.

—¿Ninguno de vosotros sabe dónde tiene Cabezota su guarida?

—En todas partes... Es hombre que ha corrido mucho, y adonde llega le hacen capa al momento.

El Duende espoleó al caballo para adelantarse con el Sepulturero, y sin decir una sola palabra, seguidos de los dos criados, anduvieron una legua en menos de media hora.

La noche oscura y fria les sorprendió antes de llegar al

portazgo, sin que encontráran ni una sola persona en el camino.

El hombre que habia hablado con el Duende silbaba de tiempo en tiempo, y á sus agudos y penetrantes silbidos respondian otros apagados y débiles que venian de ambos lados de la carretera.

—¿A qué hora sale la luna?—preguntó el Duende.

—A las nueve,—contestó el Sepulturero.

—Pues vayamos despacio, para no fatigar los caballos hasta que podamos ver lo que hacemos.

—Lo que estamos andando es escusado,—repuso el Sepulturero,—porque Cabezota no está ya por aquí.

—Sí, pero como no sabemos por dónde ha ido, es preciso seguir el camino que llevó el coche mientras podamos.

En esto silbaron tres veces seguidas por el lado izquierdo del camino, y el hombre que habia hablado con el Duende dió la voz de *¡alto!* contestando en seguida con otros tres silbidos.

Todos pararon los caballos, y el Sepulturero preguntó:

—¿Quién es el que ha silbado?

—*La Lechuza*,—respondió uno de los criados...

—Pues algo habrá sabido.

—Y no poco, porque ese no es hombre que molesta á sus amigos por una friolera.

Oyeron á poco rato el galopar de un caballo que se acercaba hácia donde ellos estaban, y llegó por fin un ginetete vestido de la propia manera que los que marchaban detrás de los cazadores.

—¿Qué tenemos?—preguntó el Duende.

—A deshacer lo andado,—repuso el recién venido.

—¿Pues dónde están?

—En la *Peña-Sacra*.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es una inspiracion mia.

—Aquí no estamos para seguir inspiraciones,—replicó el Duende con aspereza.

—Pues hagan ustedes lo que gusten... Yo me vuelvo; lo dije esta mañana, y ahora acabo de saber una cosa que me lo confirma... Cabezota preguntó en el ventorrillo antes de llegar al barranco, si podría, sin volver á pasar el portazgo, dirigirse á Canillejas... Siendo esto así, no me queda duda de que está en la sierra... El guarda de la dehesa del *Diezmo* fué camarada suyo hace muchos años... Si ustedes no quieren seguirme, vayan por su camino, que yo iré adonde digo, y veremos quién halla primero la caza.

El hombre que hablaba, conocido con el extraño nombre de la Lechuza, tenía mucha autoridad entre sus compañeros, y todos le dieron la razón, incluso *Pestaña*, que acababa de llegar allí por el lado opuesto.

Al Duende no le quedó otro recurso sino seguir la resolución de la mayoría, y vueltas las riendas al caballo, contramarchó por el camino que había llevado hasta entonces, acompañado del Sepulturero y seguido de los cuatro ginetes.

Sin embargo, antes de emprender la retirada, preguntó si convendría seguir el mismo camino que había llevado el carruaje; pero le dijeron que era escusado, porque indudablemente las personas que buscaba estarían en el *Diezmo*.

Nada más volvió á decir, y por sendas que le eran enteramente desconocidas, se encontró á la media noche á la puerta de un ventorrillo que sus gentes golpearon con fuerza y que por fin les fué abierto, y entraron todos á dar un pienso á los caballos.

El único que no se apeó del caballo fué la Lechuza, que siguió á tomar informes para ver la dirección que les convenía seguir después.

Volvió media hora antes de la madrugada y dijo:

—Señores, he ganado la partida... en la sierra está la gente.



Y hablando al oído con el Duende, añadió:

— No están en la Peña del Diezmo; están en un cortijo que hay detrás de la Peña-Sacra...

— Pues vamos allá corriendo.

— ¿Conoce usted el terreno?

— Yo no.

— Pues yo sí, y sé que ni cabras van por allí.

— ¿Pues cómo pudo llegar la silla de posta?

— Qué dificultades tan ridículas les ocurren á ustedes... La silla de posta no pasó de una venta que hay á media legua de aquí.

— ¿Tú lo has visto?

— No, señor... pero sé que la dejaron ahí, trasladando á las señoras en caballerías.

La Lechuza se equivocaba: el carruaje habia llegado hasta el cortijo de la Peña-Sacra por un camino de que pocas personas mas que Cabezota tenían conocimiento.

Por esto la comitiva del Duende tomó el opuesto, encontrándose, antes de haber andado una legua, perdidos entre los pedregales del nacimiento del rio Manzanares.

La luna se habia ocultado hacia mas de una hora, y el cielo encapotado y oscuro prolongaba las tinieblas de la noche.

Los caballos, rendidos de abrir los pechos, al escurrir los cascos sobre los cantos rodados de que estaba cubierto el camino, salían de un derrumbadero para caer en otro mayor.

Los ginetes se vieron precisados á echar pié á tierra, y cogiendo del diestro las cabalgaduras, llevarlas trabajosamente y con esposicion continua de sus vidas, por montes pedregosos y llenos de estrañas fragosidades.

No descubrian en todo lo que andaban una señal de que persona humana hubiese pasado por allí antes que ellos, y se vieron precisados á hacer alto hasta que la luz del nuevo dia quisiera disiparles las tinieblas en que se hallaban.

El ruido del agua que se vertía desde lo alto de una montaña, chocando sobre las piedras que marcan el curso del modesto Manzanares, aumentaba su conflicto. El viento traía en sus ráfagas átomos imperceptibles del agua de la cascada, y el frío que sentían era intenso.

Todos hubieran querido á la vez encender allí una hoguera que reanimára sus cuerpos, sirviéndoles de faro en aquella oscuridad, si hubiesen visto un medio de encontrar leña; pero convencidos de que era imposible, ninguno se atrevió á indicarlo.

Estuvieron largo rato en el mayor silencio, hasta que el Duende dijo:

—¿Quién es el guía?

Y ninguno se atrevió á echar sobre sí la responsabilidad de la empresa.

—Con esta pistola,—añadió el Duende sacando una del arzon de la silla,—haré yo que nos saque de aquí el que nos ha traído.

—Mientras no sea de día es imposible,—repuso la Lechuza con el mayor reposo.

—¿Y estamos muy distantes de la Peña-Sacra?

—A la caída de aquel monte.

—¿De qué monte?—preguntó el Duende;—no veo ninguno.

—Yo tampoco le vería ahora si á las horas del sol no le hubiese medido á palmos,—dijo con entusiasmo la Lechuza.

—¡Cuántas veces le tengo corrido en noches peores que esta! ¡Buena burla hemos hecho de la tropa en estas madrigueras!... Lo mismo servía que nos persiguieran veinte hombres, que ciento... Y éramos tres no mas: El hijo de la Ratona, Verduguillos y yo... pero les dimos que hacer un año entero, hasta que se cansaron y nos dejaron reinar á nuestro antojo en la sierra.

—¡Con que celebrásteis un tratado de paz!—dijo el Duende sonriendo á pesar suyo.

— Nos la tomamos nosotros, —repuso la Lechuza. — Pero señores, — añadió marchando con el caballo cogido del diestro, — echemos á andar que ya se vé algo, y hasta que subamos el monte no tendremos buena luz; en esta garganta siempre está oscuro.

El Duende observó entonces que el bandido tenía razon, puesto que hasta allí habian marchado por una especie de cáuce natural, abierto por las aguas, que antes habrian bajado por aquel terreno.

Hendiduras abiertas en la montaña, por las que apenas podia entrar una persona, y que sin embargo, eran cavernas profundas que se comunicaban por el interior de las rocas, formando mil diabólicas ramificaciones subterráneas, aquellas grutas habian adquirido una celebridad funesta, por haber servido en diferentes épocas de guarida á los salteadores de caminos, que acudian á ellas como á cuarteles de invierno.

Los primeros destellos de la aurora entraban á reflejar su luz sobre las concreciones cristalinas que tapizaban el interior de aquellas cavernas, y las gotas del rocío brillaban allí con el opaco lustre de las perlas de Oriente.

La presencia de los hombres que iban con la comitiva hollando con su planta las cristalizaciones de la piedra que cubria el suelo, y maldiciendo aquellos encantos de la naturaleza, no oscurecia en manera alguna la belleza del panorama que iba apareciendo lentamente, como los primeros albores de la luz, despues de una noche de tempestad.

El que hubiese ignorado los designios que á tales sitios les conducian, no hubiera visto en ellos otra cosa sino dos señores, que acompañados de cuatro criados, se dirigian á un monte á dar una batida á las fieras.

Y sin embargo, el lector sabe quiénes eran las inocentes víctimas del sacrificio.

Dos infelices hermanas de la Caridad, contra quienes una ambicion desmedida y absurda habia despertado una

saña implacable y un odio feroz, eran el objeto del precipitado viaje de aquellas gentes.

Al llegar á lo alto de la montaña, la Lechuza se acercó al Duende, y le dijo:

—¿Vé usted aquella cruz de madera enclavada en aquella peña?

—Sí.

—Pues en la casa que se vé detrás, está Cabezota.

—¿Y no hay ninguna otra por aquí donde podamos entrar á pensar lo que hemos de hacer?

—Únicamente esta cueva donde podremos estar como en una casa,—dijo la Lechuza señalando una rotura larga de dos varas y media, y ancha como de una tercia.

—Ahí no podemos ocultar los caballos,—replicó el Duende.

—Un escuadron de caballería cabe dentro de ella.

—¿Pero y la entrada?

—¡La entrada!—repitió el bandido, apartando con la ayuda de uno de sus compañeros una enorme piedra.—La entrada... es esta...

Y por el ancho boquete que quedó abierto en la roca fueron entrando los seis ginetes, llevando del diestro los caballos.

## CAPITULO XL.

### La Peña-Sacra.

En una llanura de poca estension, al pié de un grupo de montañas, conocido con el nombre de Peña-Sacra, se halla situada la casa que la Lechuza indicó al Duende, como el sitio donde, á su juicio, estaban las hermanas de la Caridad.

Las gruesas piedras que el rigor de las estaciones ha desprendido de aquella masa de granito, han ido reduciendo cada vez mas las tierras, que á fuerza de trabajo producen apenas el pan suficiente para el alimento de cuatro personas.

Otra porcion de terreno labrado, no mayor que la de los cereales, está destinada al cultivo de la hortaliza, y mas por adorno que por utilidad, se alzan entre las verduras cuatro jóvenes árboles frutales.

Una pared tortuosa, formada con los cantos que rodaron desde la cima de la montaña, cerca la reducida llanura, en medio de la cual se vé la modesta casa de que nos ocupamos, y en la que vive la familia del guarda de un monte inmediato.

Sobre la techumbre de esta pobre vivienda estienden su frondoso ramaje dos corpulentos nogales, que rompen con sus potentes raíces las piedras que sirven de base á la montaña.

Las últimas crestas de los montes que rodean la Peña-Sacra están cubiertas de nieve, y se confunden con las nubes que cubren el horizonte, ocultando á la simple vista los límites de la tierra.

Entre las breñas, adonde llegó la comitiva del Duende, tres días despejados y serenos habian permitido al sol fundir la nieve, que por espacio de un mes habia caido de continuo.

Desde la gruta adonde se alojaron para tomar algun descanso y pensar en la manera de apoderarse de las hermanas de la Caridad, hasta la casa del guarda-bosque, habia poco trecho; pero un hondo barranco, sembrado de precipicios y abierto naturalmente por las aguas que habian bajado antiguamente por allí, se interponia entre ambos lugares como un foso escarpado, ancho y profundo.

La vista alcanzaba á distinguir los mas imperceptibles objetos, y con facilidad podia oirse la voz desde un punto á otro; pero para llegar á la casa del guarda-bosque era preciso andar cerca de media legua, á no disponer un puente para salvar el barranco. Solo se sabia de un hombre que se hubiese atrevido á cruzar de un lado á otro, bajando hasta el fondo del barranco por una de sus paredes de piedra perfectamente perpendiculares al fondo, y subiendo del mismo modo por el lado opuesto. Pero este mismo hombre habia preferido en otra ocasion dejarse prender por la gente que le perseguia, antes que repetir tan peligroso escalamiento.

De esto se ocupaban los que iban en compañía del Duende, oyendo como á un oráculo á la Lechuza, que era el único que conocia prácticamente el terreno.

Los primeros rayos del sol llamaban mientras tanto á la puerta del miserable albergue del guarda-bosque, cuyos



moradores habian despertado ya al oir el canto del gallo, que se oyó al asomar los cazadores en la cima de la montaña, como se diera la voz de alerta á sus amos

Los pájaros, que, fatigados de buscar en aquellas áridas breñas un arbusto donde posarse, habian fijado su residencia en aquel modesto panorama de la vegetacion, respondieron á la voz del vigilante cantando las maravillas de la nueva aurora.

La puerta se abrió en el momento en que los siniestros cazadores acababan de ocultarse en las entrañas de la roca, y una mujer, desgredñada y súcia, de tez morena y áspera, se dirigió al reducido huerto, y arrancando algunas plantas, las colocó en el delantal y volvió á entrar en la casa.

Esta mujer era la esposa del guarda-bosque, amigo de Cabezota, y á quien éste habia confiado la custodia de las dos hermanas de la Caridad durante su permanencia en la corte.

El guarda habia cumplido fielmente las órdenes de su amigo, y ayudado de un camarada de Cabezota, habia pasado en vela toda la noche rondando la casa.

Cuando llegó la comitiva del Duende se hallaban recorriendo el lado opuesto del barranco, donde se abria una estrecha senda, por donde Cabezota habia conducido la silla de posta; que no quedó, como creia la Lechuza, en la venta del Diezmo, sino que estaba oculta entre los dos nogales, cubierta con ramas secas como un monton de leña.

Los caballos habian sido conducidos á la casa de la dehesa por orden de Cabezota, que aunque no creyó que nadie pudiese sospechar el paradero de las hermanas de la Caridad, quiso alejar todo indicio, por remoto que fuera.

El guarda entró en la casa, dejando á su compañero de vigilante en la parte mas alta de la Peña-Sacra, y tomando asiento en el hogar de la chimenea, se dirigió á la mujer que acababa de cortar las verduras, y la dijo:

— ¿Se han levantado ya las monjas?

— Hace una hora que las he servido el desayuno,— contestó la mujer con voz áspera y bronca.

— ¿Tan temprano?

— ¡Toma!... Me levanté yo á las cinco, y ya estaban ellas haciendo oracion... ¡Estoy por decir que no se han acostado!...

— Se habrán echado vestidas, porque como las camas valen poco...

— El que dá lo que tiene no está obligado á mas... y bien mirado, no las tendrán ellas mejores en su convento... ¡Pero lo que me estraña es lo poco que comen!... La jóven puede decirse que no ha probado bocado desde que está aquí.

— ¡Pues ya hace cuatro días!...

— ¡Cuatro!... ¡Como cinco!... Hoy hace cinco dias que vinieron.

— Y tres que se marchó Cabezota.

— Ese vendrá tarde.

— ¡Qué sé yo!... Cosas de mucha importancia tendria que hacer en Madrid, cuando prefirió que yo me quedara encargado de estas monjas, y marcharse él mismo á la córte.

— ¡Como tú conoces estos sitios mejor que él!...

— Tambien él los ha paseado bastante... Pero, en fin, él sabrá mejor que yo lo que le conviene. Las únicas palabras que me dijo al marchar, fueron estas: «Cerezo, adios; »no te digo mas... Si les ocurre algo á esas señoras, que »salga tu cadáver á darme la noticia.»

— Y tú, como eres tan tonto, serias capaz de dejarte matar por defenderlas.

— Ya lo creo... no pago yo de otro modo á Paco Serrano... Ya te he contado lo que él ha hecho por mí otras veces.

— ¡Sí; pero tú nunca has robado monjas!...

— ¿Y eso que importa?

— ¡Importa mucho!... Figúrate tú que viene la justicia á buscarlas, y que el señor cura te escomulga...

— El primero que entre aquí, sea quien sea, ha de pasar por encima de mi cadáver.

— ¿Y si viniera el señor cura?

— No entraría.

— Calla, hereje, no digas esas cosas... Es una atrocidad el haber robado dos monjas.

— ¿Y qué sabemos nosotros si las han robado? ¿Te lo han dicho ellas?

— No tal... al contrario... Hacen muchos elogios de Cabezota.

— Pues ya véis... Te digo que mientras yo viva nadie ha de tocarlas al pelo de la ropa... Ahora me voy á dormir un rato... Si ocurre la menor cosa, avisame al momento...

El guarda dijo estas últimas palabras saliendo de la cocina, sin soltar la escopeta de la mano.

Su mujer siguió aderezando el almuerzo para sus dos hijos pequeños, que llegaron, tiritando de frío, adonde estaba su madre, y diciéndola:

— Ya hemos besado la mano á las monjas...

— ¿Y por qué habeis entrado allí?

— Porque la mas bonita ha venido á buscarnos á la cama... y ella misma nos ha vestido.

— A mí, — dijo uno de ellos, — me ha lavado la cara.

— Y á mí tambien, — replicó el otro.

— Sí; pero yo he sido el primero.

— Pues bien, mejor... — repuso el otro llorando.

La madre los tranquilizó dando alternativamente la razon á ambos, y dejándolos en la cocina, se asomó á la puerta de la sala principal, y dijo:

— ¿Se les ofrece á ustedes algo?

— No, señora, — replicaron á un tiempo las dos hermanas de la Caridad, que se hallaban en aquella habitacion.

Sor Adelaida estaba sentada en un taburete de pino, con su mano derecha sobre las de la superiora, que ocupaba la única silla de madera con asiento de esparto que habia en la sala.

El mueblaje era muy reducido, y á escepcion de una mesa de pino, cubierta con una colcha de percal, y un espejo de seis pulgadas en cuadro que habia sobre ella, todo se reducía á despojos de animales, colgados en las paredes, como trofeos adquiridos por el dueño de la casa en sus encuentros con las fieras del bosque.

Tres ó cuatro jarras de barro de distintos colores, algunos vasos de cristal, y dos figuras de yeso, eran los adornos de la mesa. Las primeras habian sido regalo de cuatro diferentes amigas del ama de la casa el día de su boda con el guarda-bosque, y los vasos eran recuerdos que el marido habia traído á su esposa de las ferias á que habia asistido en los pueblos vecinos.

Las dos amigas no habian salido un solo momento de aquella habitacion, ni dejado de hablar un solo instante, como si despues de veinte años de ausencia estuviesen en vísperas de separarse para no volverse á ver mas.

La escena violenta que les habia ocurrido cuando acababan de reconocerse en casa del conde de San Fabian, sirvió á la superiora para darla fuerzas contra los remordimientos de su conciencia, y la voz interior, que no habia podido sofocar con la calma del Hospital, habia callado en el albergue de la Peña-Sacra.

El placer de estar al lado de la hija de Margarita en un momento tan terrible, la hizo olvidarse de que quizá ella era la causa de aquella desgracia.

Llorando sobre el pecho de sor Adelaida en el interior del carruaje, y acostumbrándose á alzar los ojos delante de ella en la oscuridad de la noche, habia adquirido valor para mirarla de frente, sin el rubor que sentia al atravesar el Salon del Prado la tarde funesta de la prision del conde.

Cuando la mujer del guarda-bosque las interrumpió para preguntarlas si se las ofrecia alguna cosa, estaban refiriéndose por cuarta vez sus pasadas aventuras.

Desde que entraron allí, y principalmente desde que habia marchado Cabezota, no dejaron de hablar un solo momento.

Sor Clotilde habia referido á sor Adelaida, con prudente reserva, toda la vida de su desdichada madre, y la joven hermana de la Caridad no habia omitido ninguno de los acontecimientos de su desgraciada existencia.

Sus amores con Fernando habian ocupado un lugar preferente en la relacion de sus pasados infortunios, y la imposibilidad de su matrimonio la hizo, como siempre, derramar copiosas lágrimas.

— Pero decís, mi querida madre, — dijo sor Adelaida continuando su conversacion despues de contestar al ofrecimiento de la mujer del guarda, — decís que el abad de Maqueda no tiene otros motivos para perseguirme que el de no haber heredado el titulo de mis abuelos maternos, y yo no creo que mi muerte hubiese facilitado sus designios. —

— Tu muerte no, hija mia, y por eso quizá no la ha intentado. —

— ¡Qué no la ha intentado!... ¿Pues qué otra cosa pretendia al tratarme de una manera tan cruel?

— Vengarse de no haber sido el primogénito de tu casa, y de vivir en un estado que á la fuerza y en sus primeros años le hizo abrazar su familia. —

— ¿Y qué culpa pude yo tener en todo esto? —

— Ninguna... pero ese desgraciado eclesiástico, cuyo corazon no ha pronunciado nunca los votos del sacerdocio, juró antes de tu nacimiento el esterminio de toda su familia, y por esto te ha tratado tan cruelmente, despues de haber hecho perecer, ¡Dios sabe cómo! á tu pobre madre. —

— ¡Mi madre!... — exclamó sor Adelaida sollozando; — ¡pobre madre mia! —



La superiora enjugó sus ojos anublados de lágrimas, y después de un momento de silencio dijo:

—Lo que no puedo comprender aun, es cómo te entregaron en poder de don Lorenzo desde tu infancia, y por qué ese buen señor te volvió á poder del tío de Margarita, después de cumplir los diez y nueve años de edad.

—De lo primero nada puedo decirlos... Desde que tengo uso de razón he vivido en compañía de Eugenia... No recuerdo haber conocido otras personas que á su pobre madre, que murió estando yo en el colegio, y á su hijo Fernando... En cuanto al día en que me arrancaron de los brazos de don Lorenzo, ya os he dicho lo que sucedió... El padre de Eugenia me dijo que el honor de una familia respetable le imponía el sacrificio de nuestra separación.

—¿Pero dices que fué el mismo abad el que se presentó en casa de don Lorenzo?

—Sí, señora... ¡Ay! no se me ha olvidado nunca el gesto amenazador que lanzó á don Lorenzo cuando yo hablé delante de él de mi matrimonio con Fernando...

—¿Y no le preguntaste nunca la causa de esa imposibilidad, que él confirmaba con su amenaza?

—Muchas veces, pero jamás quiso darme respuesta alguna.

La superiora, que ya había repetido esta pregunta en diferentes ocasiones, quedó pensativa por algunos momentos, y dijo:

—¿Cómo se llamaba la madre de Eugenia?

—Cecilia Eguren...

—¿De veras? —gritó sobresaltada la superiora.

—Así se llamaba, —repitió asombrada sor Adelaida.

Y viendo que sor Clotilde se había quedado pálida, y con los ojos levantados al cielo, la preguntó:

—¿Pero qué teneis?... ¿por qué me haceis esas preguntas?

—Sor Clotilde no contestó á las últimas palabras de sor Adelaida, y después de un largo silencio, dijo:



—¿Dices que en la caja de marfil hay un retrato?...—

—Así me lo dijo Eugenia...—

—Dáme la llave.

—¡Pero no dijimos ayer que no debíamos abrirla!—

—Para leer los papeles, no... para ver lo que hay dentro de ella es diferente.

—Mirad que yo renuncio á saber ese secreto, que solo una persona tiene derecho á conocer despues de la muerte de don Lorenzo.

—No importa; la responsabilidad es mia... Sin leer esos documentos podremos averiguar ese secreto que hace imposible tu matrimonio con Fernando... Dáme la llave...

—Perdonad... no me atrevo...—dijo sor Adelaida temblando...—¡Un presentimiento, que no acierto á explicaros, me dice que no debemos abrir esa caja!...

—Sea cómo tú quieras, hija mia,—replicó la superiora...—pero yo creo que Dios ha inspirado á ese bandido el pensamiento de entregarnos ese tesoro para aliviar tus penas... Si yo viese el retrato que encierra esa caja, podria decirte en lo que consiste la imposibilidad de vuestro matrimonio... Creo haber sospechado ya la causa.

—¡Y si vemos que es insuperable y que nunca podré esperar vencerla!

—Saldrás de la incertidumbre que hoy te devora.

—Teneis razon; pero cuando todo hace creer que la realidad será horrible, vale mas vivir con la esperanza quimérica de las ilusiones.

—Siento oirte decir esas cosas, hija mia: la pasion trastorna tu espíritu y te hace desconfiar de la misericordia divina.

—Yo no dudo nunca de la bondad del cielo...

—Ya lo sé, hija mia; y sé que eres buena, y que tu fé no desmaya nunca; pero temes perder la esperanza de ver algun dia recompensado tu amor, porque crees que te han de faltar las fuerzas para sobrellevar la noticia de que tu matrimonio con Fernando es imposible.

— ¡Me lo han repetido tantas veces!

— Pero no te han dicho por qué, y aun confías en que esos obstáculos podrán desaparecer con el tiempo.

— La esperanza no nos abandona jamás.

— Verdad es, pero cuando es insensata y la alimentamos mucho tiempo en nuestro corazón, el desengaño nos mata luego. ¿Dime, hija mía, hablaste alguna vez de esos amores á la madre de Eugenia?

— No, señora... cuando yo viví á su lado era muy niña, y luego solo la veía una vez cada mes.

— ¿No os visitaba en el colegio?

— Pocas veces; pero yo la hablaba con mucho respeto... jamás la hubiera confiado cosa alguna... siempre se apartaba de mi lado llorando.

— ¡Infeliz! — murmuró la superiora, — ¡á qué precio la vendieron el placer de devolverla su hija! ¿Y no la oíste hablar nunca de tu madre?

— ¡Jamás!... Dos veces me atreví á hacerla algunas preguntas, y no me dió contestacion ninguna.

Sor Clotilde quedó pensativa por algunos instantes, mirando con ternura á la jóven hermana de la Caridad, y en su semblante se pintaba una impaciencia desordenada, que los que no hubieran conocido la causa, hubieran calificado de curiosidad pueril.

Adelaida, por el contrario, reflejaba cada vez mas en su rostro la tranquilidad de su espíritu y la dulce calma de sus facciones, atestiguaba la sinceridad de sus protestas al negarse á inquirir el secreto.

Algo amortiguaba el afán de la superiora la resignacion de la jóven, pero seguía atormentándola el deseo de aclarar sus sospechas, y alzándose en pié de repente, dijo:

— Dáme la llave, es preciso que yo vea el retrato que se encierra en la caja.

— Tomad, — dijo sor Adelaida, sacando del pecho la llavecita dorada que halló en el vestido de Eugenia.

## CAPITULO XLI.

## La caja de marfil.

Recibió la superiora la llave de manos de sor Adelaida, y entrando en una reducida alcoba que se veía al extremo de la sala, volvió á salir al punto con la caja de que tanto se han ocupado todos los personajes de esta historia, y en la que era indudable que se encerraban noticias relativas al nacimiento de sor Adelaida.

La joven hermana de la Caridad se estremeció al ver delante de sí el codiciado tesoro, y adelantándose hacia sor Clotilde, la dijo:

— ¡Mirad lo que haceis, madre mia!... Ya os he dicho que una persona no mas es la que puede penetrar este misterio despues de la muerte del padre de Eugenia... Esta caja, cuyo secreto deseaba conocer antes de las revelaciones que me habeis hecho, podrá ser hoy la tumba de mis esperanzas... Dejadme vivir entregada á las ilusiones que forja mi mente, y no turbeis la calma que hoy siento renacer en mi pecho al oir en vuestros lábios el nombre de la mujer que me llevó en su seno.

Sor Clotilde quedó suspensa al oir la súplica de sor Ade-

laida, y volviéndose á su asiento puso sobre sus rodillas la caja de marfil, retirando la llave que precipitadamente iba á introducir en la cerradura.

Sor Adelaida se sentó á su lado y continuó diciendo:

— Cuando ignoraba el nombre de mi madre y me consolaba hablando con las personas de su época, ansiaba descubrir aquel misterio, y quizás me habria atrevido á rasgar el velo que lo cubria á mis ojos. Pero hoy, que he hallado en vos una segunda madre... que me habeis referido su vida, y que sin cesar oigo en vuestros lábios las virtudes que la adornaban... ¿qué me importa ya el secreto?... ¿Valdrán mas esos testigos mudos de mi nacimiento que la presencia y el amparo de la única persona que vivió con mi pobre madre como una hermana? ¿No fuisteis el único testigo de mi nacimiento?... Pues dejadme bendecir á vuestro lado la memoria de mi pobre madre, y habladme á todas horas de ella.

La superiora bajó los ojos avergonzada, pero sin soltar la llave de la mano, como si estuviera dispuesta á llevar adelante su propósito á pesar de los ruegos de sor Adelaida, y la dijo:

— Sea como tú quieras, hija mia, no abriremos la caja... pero es preciso que deseches los temores infundados; agenos de un alma que se siente con resignacion para sufrir las desgracias... La fé no consiste en huir los peligros, sino en arrostrarlos con la esperanza de salir triunfante de ellos.

— Teneis razon, madre mia; pero no es el miedo de recibir un desengaño funesto lo que me impide abrir esta caja y devorar con la vista el contenido de los papeles que encierra...

— ¿Pues qué?

— La maldicion que don Lorenzo lanzó sobre su hija si osaba abrirla antes ó despues de su muerte...

— ¡Pero aquella maldicion no puede alcanzarnos á nosotras!

—El padre Romualdo es el primero que debe enterarse del secreto.

—Para comunicártelo luego...

—Sí, señora; pero despues de la muerte de don Lorenzo... Y, ya os lo he dicho antes de ahora, á semejante precio renuncio para siempre... He perdido ya la esperanza de que sea posible algun dia mi union con Fernando.

—Yo tambien sospecho lo mismo,—dijo la superiora.

—¡Ah!... ¡Tambien vos!—esclamó sobresaltada sor Adelaida.—¿Creeis que mi matrimonio es imposible?...

—Sí.

—¿Y por qué?

—No puedo decirlo... necesitaba ver el retrato que se encierra en esta caja.

—¿Nada mas que el retrato?

—Nada mas.

—Y si lo viéseis, ¿podríais decirme?...

—Te diria en qué consiste la imposibilidad.

—¿Con que es cierto que entre el amor de Fernando y el mio hay un abismo insuperable?

—Así te lo ha dicho repetidas veces don Lorenzo.

—Pues entonces, ¿qué me importa averiguar la causa? Basta que nuestra union sea imposible... No quiero saber el por qué...

—Quizá el retrato nos sacaria de dudas... Si no fuese de la mujer que yo creo... entonces...

—Entonces, ¿qué?...

—No habria el obstáculo que tanto te atormenta.

—Pues abramos la caja,—dijo sor Adelaida sobresaltada, y cogiendo la llave dorada que tenia la superiora, la introdujo con mano trémula en la cerradura.

Dió una vuelta á la llave, sin levantar la caja de las rodillas de la superiora, y apenas vió que cedia la tapa, se retiró asustada.

Sor Clotilde estendió la mano derecha sobre la caja, y

acariciando con la izquierda la encendida frente de la jóven, la dijo:

— Valor, hija mia, valor... El miedo es impróprio de las almas virtuosas y buenas. Dios, que te ha dado resignacion y fuerzas para soportar los grandes infortunios, no te abandonará ahora que acaso vas á tocar el término de ellos...

— ¡El término, Dios mio!... Mis males no acaban nunca.

— ¡Adelaida!... —replicó la superiora, esforzándose por disimular su turbacion, y dando á su voz un acento de autoridad que dificilmente podia sostener entonces. — ¡Adelaida, no desconfíes nunca de la misericordia divina!...

La jóven hermana de la Caridad bajó los ojos avergonzada, y sor Clotilde, besándola en la frente, la dijo:

— Cálmate, hija mia, y no ofendas á Dios dudando de su divino poder... ¿Protegió tu orfandad y tu inocencia cuando no podias mezclar en tus oraciones el nombre de la persona que te habia dado el sér, y temes que te abandone hoy que te ha concedido esta gracia?... ¡Hoy, que hace brillar mas que nunca tu virtud, poniéndote á mi lado para que mi confusion y arrepentimiento te sirvan de ejemplo y de orgullo!

— ¡De orgullo! —repitió asombrada sor Adelaida.

— Si, de orgullo... —dijo la superiora... — A tu edad no podia yo envanecerme de haber conservado mi inocencia... Habia sido cómplice en la ocultacion de tu nacimiento.

— No hablemos mas de aquella época... —repuso sor Adelaida, viendo asomar las lágrimas á los ojos de sor Clotilde.

Y recobrando súbito la alegría inocente, que jamás brilla en el semblante de la persona que ha empañado alguna vez la pureza de su alma, estrechó con efusion la mano de la superiora.

— Ea, —la dijo sonriendo, — voy á abrir la caja; pero dadme palabra de no ver mas que el retrato.



Sor Clotilde la miró con sobresalto, asustada de aquella mudanza tan repentina, porque no comprendía que su alegría fuese natural.

Creía la superiora imposible que después de haberse estremecido á la sola idea de abrir la caja, pudiese ella misma querer hacerlo con semblante risueño y como si tratara de una cosa indiferente. No veía en aquel cambio un sacrificio generoso del corazón inocente, para aliviar el dolor del alma angustiada por los remordimientos.

Sor Adelaida no temía participar de la responsabilidad de inquirir aquel secreto, por distraer el recuerdo que atormentaba á la superiora.

Pero ésta, que no adivinaba aquella abnegación, la siguió mirando con asombro, y por fin la dijo:

— ¡Dios castiga mi falta haciéndome admirar tus virtudes!

Sor Adelaida abrió por fin la caja, y al ver su rostro agitado y convulso en el interior de la tapa, que estaba cubierta por un cristal azogado, lanzó un grito y se levantó del asiento.

Pero sor Clotilde, cuya curiosidad era superior á los tormentos que sufría entonces, y que ansiaba vivamente averiguar si eran ciertas sus sospechas, se apresuró á leer el secreto que se presentaba á sus ojos.

Un pañuelo de batista, guarnecido de encaje, fué lo primero que se ofreció á su vista, y lo arrojó con violencia sobre el sofá, apartando en seguida un paquete de cartas atado con una cinta azul, y un lio de papeles sujetos con una doble faja, y sellado con un escudo de armas, estampado en lacre negro.

Sor Adelaida se había apoderado del pañuelo que cubría los papeles, y llevó sus labios á una de las puntas, en la que estaban bordadas las iniciales M. C. debajo de una corona ducal.

La superiora, mientras tanto, sacó del fondo de la caja

un anillo de oro con un grueso zafiro, en el que estaban grabadas una A. y una M. con una corona ducal encima, y empezó á regar con sus lágrimas los papeles que tenia á la vista.

Sin soltar el anillo de la mano, puso ésta sobre el corazon, y despues de un momento de silencio, durante el cual Adelaida se acercó á abrazarla, la dijo:

—Hija mia, este anillo es un testigo de la inocencia de tu pobre madre... El hombre que le puso en su mano, juró al dárselo ser su esposo... El Señor, que permitió la seducción de aquella infeliz, fué testigo del juramento...

Y al pronunciar estas palabras, quedaron abrazadas las hermanas de la Caridad, vertiendo ambas copiosas lágrimas.

La hija de Margarita Cáceres enjugó las suyas con el pañuelo que acababa de recoger, ¡primera prenda del amor maternal que estrechaba sobre su corazon! y soltándose de los brazos de la superiora, la dijo:

—Esta alhaja no se apartará nunca de mí... Mi madre oirá mis plegarias desde el cielo, y yo conservaré siempre viva su honra, vertiendo lágrimas de perdon sobre este precioso sudario, que enjugó quizás las de su arrepentimiento.

—Sí, hija mia, sí,—replicó sor Clotilde, reparando en el pañuelo que habia apartado con indiferencia.—Tus lágrimas renovarán las de esta prenda que te ha robado las que tu pobre madre vertió por ti en este mundo. Llévale siempre sobre tu corazon, y él te defenderá de todos los peligros...

—Sí, madre mia; él sostendrá mi fé, como el escapulario que Eugenia recibió de su madre en los últimos momentos de su vida.

—¿La madre de Eugenia dió á su hija un escapulario al morir?—preguntó la superiora.

—Sí, señora; el escapulario de la Fé.

—¡Ah!... ¡No hay duda!...—gritó sor Clotilde.—¡Era ella!

— ¿Quién? — preguntó sobresaltada sor Adelaida.

— ¡Margarita!... — exclamó la superiora, alzando los ojos al cielo.

— ¡No os comprendo!

Sor Clotilde volvió á callar de nuevo, y despues de un largo rato de silencio, en el que parecia halagar con ceño sombrío una idea fija en su mente, dijo:

— ¿Tendrias valor para saber de una manera positiva que tu matrimonio con Fernando es imposible?

— Si, — respondió con voz trémula sor Adelaida.

— Si el destino te hubiese unido á él con otros lazos que con los del matrimonio, ¿sabrias bendecir resignada esos vínculos?

Sor Adelaida dejó caer su cabeza sobre el hombro de la superiora, y ésta continuó:

— Contéstame, hija mia; ¿te humillarias ante los decretos del Altísimo, si el que tu corazón eligió para esposo estuviese unido á tí por otros vínculos?

— ¡Pariente mio!... — replicó sor Adelaida, incorporándose sobre el taburete... ¿Y eso podria hacer imposible nuestra union?

— Si, — replicó sor Clotilde.

— ¿Pues Fernando de quién es hijo?

— Fernando... — repitió la superiora... — Fernando es tu hermano.

— ¡Mi hermano!... — exclamó con acento tristísimo la desconsolada jóven...

— Si, tu hermano.

— ¿Y quién os lo ha dicho? — preguntó sor Adelaida, deseando que sor Clotilde se equivocára en sus sospechas.

La superiora abrió precipitadamente un medallon de oro que habia visto en el fondo de la caja, y presentando á sor Adelaida un retrato que habia dentro de él, la dijo:

— ¿Conoces este retrato?

— No, señora.

—¿Será posible?—gritó sor Clotilde.

Y acercando el medallón á sus ojos, añadió:

—¡Oh! no hay duda... ¡es ella!... sus grandes ojos negros... sus labios de coral... la dulzura de sus facciones... y aquella sonrisa angelical que brillaba en su semblante antes de los últimos meses que pasamos juntas las dos...

Lo besó repetidas veces, y presentándolo de nuevo á sor Adelaida, la volvió á preguntar:

—¿Con que no conoces este retrato?... ¿No has visto nunca una fisonomía muy parecida á esta?

—¡Jamás!

—¿La madre de Eugenia?...

—No se parecía en nada á este retrato...

—¡Será posible!... en tal caso...

—¿Qué?—preguntó con ansiedad sor Adelaida.

—¡No adivino cuál pueda ser el obstáculo que se opone á tus amores con Fernando!

—¿Con que os habeis engañado?

—Sí... creía que Margarita Cáceres, cuyo segundo nombre y apellido era Cecilia Eguren, había sido la esposa de don Lorenzo.

—¡Con que este es el retrato de mi pobre madre!...—gritó sor Adelaida.

Y cayendo de rodillas, permaneció largo rato con los ojos alzados al cielo y los labios clavados en el medallón.

Después, alzándose de repente, fijó los ojos en la miniatura; la observó con detención, y pasándose la mano por la frente, como si quisiera disipar algunas nieblas que ofuscaban su vista, dijo:

—¡Cielos!... ¡qué veo!... Sí, estos eran sus ojos... pero su mirada era triste y sombría... sus mejillas estaban siempre lividas... ¡Ah!... no es ella... En su melancólico semblante no brilló nunca esta sonrisa angelical.

—¿Y no crees tú que los sufrimientos pudiesen haberla robado esa alegría?...—dijo sor Clotilde, que se había ido

acercando á sor Adelaida. — ¡Tan difícil te parece perder la pureza del semblante, despues de perdida la del corazon!... La cara es un espejo del alma, y cuando la paz del espíritu se ahuyenta, no puede reflejarse en el rostro.

— Teneis razon, — dijo sor Adelaida. — ¿Con que es decir que ya hemos descubierto el misterio que hace imposible mi union con Fernando?...

— Sí, hija mia... Dios lo ha dispuesto así; resignate con su divino mandato.

— Al contrario, madre mia, yo bendigo la disposicion del cielo.

— ¿Tú?

— Sí, señora... Antes sabia que habia un obstáculo que me impedía amar á Fernando... ahora sé que ese obstáculo no existe, y que puedo amarle libremente.

— ¡No comprendo!...

— Habia perdido la esperanza de tener un esposo, y Dios me envia un hermano... El hombre que yo habia elegido por dueño de mi corazon, será de hoy mas el ángel protector de mi orfandad y de mi inocencia... Sola en el mundo, sin conocer siquiera el nombre de las personas que me habian dado el sér, sin poder hallar un pecho en que latiese mi propia sangre... mi alma necesitó buscar otra que la comprendiese, que la ayudase á sentir su desgracia... Y unidas ambas en una sola voluntad, quise formar con ellas el lazo del parentesco, roto para mí entonces...

La superiora no dejó continuar á sor Adelaida, y dejó caer la cabeza sobre su pecho, quedando ambas en pié en medio de la sala.

Pero de repente se oyó un silbido á la parte exterior del edificio, y en seguida dos disparos de fusil.

Las dos amigas corrieron sobresaltadas hácia la reja de la habitacion, cuya puerta se abrió, entrando allí la mujer del guarda, acompañada de sus dos hijos y con una escopeta en la mano.

— ¿Qué ocurre? — preguntó sor Clotilde.

— Nada, — replicó la mujer; — aquí dejo los niños...  
cierren ustedes la puerta, y no tengan cuidado.

Y sin dar lugar á que las hermanas de la Caridad se  
opusiesen á su designio, salió de la habitacion.



## CAPITULO XLII.

### La mujer del guarda-bosque.

Los disparos de fusil, que justamente alarmaron á las tranquilas y descuidadas amigas, no habian causado la menor estrañeza á la mujer del guarda-bosque.

Mientras las hermanas de la Caridad se ocupaban en examinar los objetos contenidos en la caja de marfil, el vigilante que dejó el guarda en lo alto del monte habia dado la voz de alarma, y el amigo de Cabezota salió inmediatamente á reconocer el campo, volviendo al poco rato á dar á su mujer las instrucciones necesarias, para el caso en que fuese precisa su ayuda.

Aquel momento acababa de llegar, y sin los dos tiros que se oyeron seguidamente, el silbido habria sido bastante para que la mujer del guarda se aprestase á la defensa de las dos beatas, de cuya seguridad respondia la cabeza de su marido.

Acostumbrada la guardesa á desempeñar la plaza de su marido, en ausencias y enfermedades, estaba tan familiarizada con las armas de fuego, que en mas de una ocasion habia diezmado las fieras del bosque; y las gentes de la comarca se hacian lenguas de lo certero de su puntería y de

la agilidad con que trepaba por aquellas escarpadas rocas.

A los que vivían de *merodear* la leña del monte del Diezmo, les era mas fácil sorprender la vigilancia del guarda que la de la guardesa. Ella no se dormía un solo momento, y así daba la vuelta al monte á la media noche, como en el centro del día y á las primeras horas de la mañana. A pié y á caballo, era el terror de los merodeadores de oficio, y ni la asustaba la impetuosa carrera del jabalí, ni el corzo saltaba impunemente á su vista. Se echaba el fusil á la cara con admirable sangre fría, y solía abandonar la fiera si, despues de haberla revolcado sobre la arena, veía que la bala no la habia herido donde ella se habia propuesto. Continuamente decia que la nobleza de las fieras las hacia indignas de una mala muerte, y su vida estuvo en peligro mas de una vez, por no disparar el arma cuando no podia hacer una puntería cierta sobre el testuz del animal.

Sus formas nervudas y desarrolladas por el continuo ejercicio de la caza, revelaban á primera vista sus inclinaciones, y la daban un aspecto enteramente varonil.

Era de estatura elevada, de tez cobriza y salpicada de manchas claras, resultado de las viruelas que sufrió en los últimos años de su infancia; sus cejas, pobladas y negras, aparecían unidas, y á poco trecho del cabello que la nacía en medio de la frente, formando un ángulo saliente sobre el entrecejo.

Su bigote hubiera sido poco perceptible en un hombre, á causa del color oscuro de su rostro; pero en ella lucía lo bastante para contribuir á la completa fealdad del suyo.

Animaban, sin embargo, su ruda fisonomía dos ojos grandes y negros como el azabache, con un brillo tal, que no les faltaba razón á las gentes para decir que daban luz en las tinieblas de la noche.

Su talle corpulento, sus anchas espaldas, y sus brazos nervudos y cubiertos de vello, completaban la belleza salvaje

del centinela, que con la llave de la escopeta en la mano derecha, y descansando el cañon sobre la palma de la izquierda, estaba pronta á rechazar cualquiera invasion que se intentára.

Por acudir solícita al puesto que de antemano la habia señalado su marido, no tuvo tiempo de arreglar su traje, segun acostumbraba en tales casos. Pero apenas se hubo colocado delante de la puerta de entrada, y despues de haber dirigido una mirada á un lado y á otro de las montañas, arrió la escopeta á la pared; apartó los cabellos, que caian sobre sus ojos, sujetándolos con un pañuelo blanco, doblado en forma de venda, que cruzó sobre la frente, y ató á la espalda las puntas del manton que cubria su pecho. Recogió sobre los hombros las mangas del jubon, dejando enteramente descubiertos los brazos, y arrolló la falda del vestido en la cintura, descubriendo un refajo de bayeta verde, que dificilmente habria alcanzado á cubrirla las ligas, si hubiera llevado calcetas. Y para dejar las piernas completamente desnudas, arrojó lejos de sí los zapatos, clavando sus anchas plantas sobre la tosca piedra que formaba el dintel de la puerta de entrada.

Volvió á coger la escopeta del mismo modo que antes, y adelantando la cabeza por encima del arma, la inclinó sobre el hombro izquierdo, como si tratára de que los rumores que pudieran sonar en la atmósfera llegasen pronto á su oído.

Pero nada turbaba el silencio que reinaba allí. Los pájaros habian suspendido su canto desde que sonaron las detonaciones de los fusiles, y el eco de éstas habia dejado en pos de sí una calma solemne, que, en medio de aquellas breñas, habria puesto terror en el ánimo mas esforzado.

Solo la guardesa del monte del Diezmo era capaz de conservarse enclavada en su puesto, sin pensar siquiera en un peligro remoto. Ignoraba el número y calidad de los que habian de atacarla; pero tenia una buena carga en la

escopeta; montada la llave, y el dedo pulgar de la mano derecha sobre el gatillo, y estaba segura de no morir, sin haber muerto á alguno primero.

Si las fieras la hubieran dado tanto tiempo para prepararse, y tan buena posicion para defenderse, ninguna de ellas habria pasado dos veces por delante de su vista.

Así pasaron cinco minutos, que debieron de parecerla cinco siglos, y cansada de no oir ni ver nada, se aventuró á dar algunos pasos hácia el baranco, sin perder de vista la puerta de la casa.

Miró á todos lados, y nada descubria; con lo que se volvió de nuevo á continuar la centinela.

Su marido, al salir precipitadamente de la casa, avisado por su compañero, no la habia dicho mas palabras que estas:

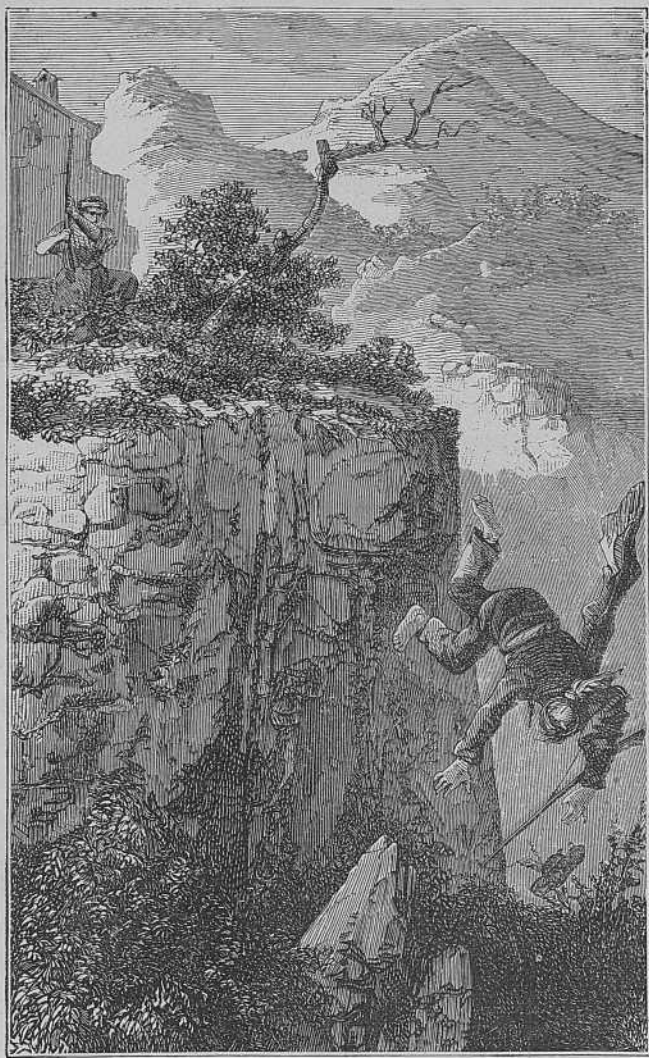
— Ya vienen en busca de la monjas... enciérralas con los chicos en la sala, y tú defiendes la entrada... Si se atreven á llegar hasta aquí, no cuentes, ni conmigo, ni con *Bocanegra*, porque es señal de que no hemos quedado para contarlo. Nada te importa que sean monjas ó lo que quieran... Es preciso dejarse matar por defenderlas, aunque vengan en su busca una legion de curas y frailes.

Ni el guarda se detuvo á dar mas esplicaciones, ni su mujer se las pidió tampoco. Le bastaba saber que era preciso defender á balazos la entrada en la casa, para cumplir con su obligacion.

Sin embargo, ella habia creído que aquellas monjas no podian ser buscadas sino por las autoridades, y de consiguiente, esperaba que fuesen soldados los que se presentasen á hostilizarla.

— Si es gente de tropa, — decia para sí, — tanto mejor; así se la verá venir mas fácilmente... ¡Pues trabajo les mando si han de poder andar por estos riscos con botas y pertrechados como de costumbre!... Pero no se vé á nadie, — añadía; — ni viene Cerezo tampoco... Y el último tiro que





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — El eco del disparo la indicó que no había errado el tiro.



sonó era suyo... conozco la voz de su fusil mejor que la suya.

Así discurría consigo misma la guardesa, sin dejar de recorrer con mirada inquieta y penetrante el vasto terreno que se descubría á sus ojos, cuando de repente, y con una tranquilidad y un aplomo digno de un aguerrido veterano, se encaró el arma, apoyando la culata en el hombro, y con voz áspera y broncea, gritó:

—¿Quién vá?

Nadie respondió á la voz, y se oyó un ruido parecido al de las culebras, cuando arrastran su áspera piel por entre las hendiduras de una roca.

—¿Quién vá? —volvió á gritar la guardesa, despues de haberse parado á escuchar un rato.

—¿Quien vá? —gritó por tercera vez, oyéndose mas distintamente aquel extraño rumor.

Y dirigiendo su mirada al borde del barranco, que servia de foso impracticable á la casa del guarda, vió asomar, en el mismo sitio adonde tenia fija la puntería de su arma, unas manos nervudas, que se enclavaron con ahinco en la piedra.

La guardesa no dijo una sola palabra, y al descubrir una cabeza medio cubierta con un pañuelo encarnado, y un fusil horizontal, sujeto por el porta-fusil con los dientes de una boca amoratada y negra, como el resto del semblante, sin moverse un punto de la posicion que habia tomado, gritó:

—¡Atrás!!!

El hombre que escalaba el barranco hizo el último esfuerzo sobre las palmas de las manos, y descubrió medio cuerpo, presentándose á la vista de la guardesa como una aparicion mágica salida por escotillon sobre las tablas de un escenario.

El centinela no volvió á preguntar una sola palabra, y soltó el gatillo sin hacer nuevas intimaciones.

El eco del disparo la indicó que no habia errado el tiro,

y el ruido del cuerpo que cayó á lo profundo del barranco, acompañado de un sordo, pero desgarrador aullido, la confirmó el acierto de su puntería.

Sin cuidarse de los gritos de las hermanas de la Caridad, que seguían encerradas en la sala, y sin perder la calma que había conservado hasta entonces, sacó un cartucho del delantal, cargo de nuevo la escopeta, y se acercó al borde del barranco, sin dejar de mirar hacia la puerta de la casa.

—No era militar,—dijo con admirable sangre fría, después de haber mirado al fondo del precipicio;—tiene trazas de cazador; pero... bien muerto está... servirá de escarmiento á los que quieran andar por terreno vedado.

Oyó pasos á la espalda de la casa, y se volvió á su puesto, echándose de nuevo el arma á la cara; pero oblicuando sobre la izquierda, por haberla parecido que el ruido sonaba hacia aquella parte.

Silbaron de una manera extraña, y bajando la escopeta, descubrió, al poco rato, al guarda, que se acercaba allí, seguido de Bocanegra.

—¿Qué ha sido eso?—preguntaron á un tiempo los dos hombres.

—Nada... que he aprovechado un cartucho,—respondió con horrible tranquilidad la guardesa.

—¿Has visto alguien?

—Asómate al barranco, y me ahorrarás de contestarte.

El guarda y su compañero se acercaron al sitio que con la vista les indicaba la guardesa, y retrocedieron espantados.

—¡Un hombre muerto!...—esclamó el guarda.

—¿Se parece á los que habeis matado vosotros?—replicó la mujer.

—Nosotros no hemos muerto á nadie...—repuso el guarda.

—¿Con que es decir, que aquellos dos tiros que sonaron fueron pólvora en salvas?...

—Sí; me dispararon un tiro, y no me dieron; contesté con otro, y me sucedió lo mismo... No hemos vuelto á ver nada mas. Pero dime, ¿cómo has matado á ese hombre?

—Le mandé que se retirara... no me hizo caso, y solté el gatillo...

—¿Pero venia con intenciones hostiles?

—No lo sé; y ya me parece demasiado tarde para preguntárselo; pero ya ves que traia un fusil, y si me hubiera detenido á hacerle tales preguntas, sus balas me habrían dado la respuesta.

—¿Y cómo ha podido llegar hasta aquí?... ¡Nosotros no hemos perdido de vista el puente de las Tablas!

—Verdad es,—repuso Bocanegra;—por allí no han pasado ni moscas...

—Pues por aquí querian pasar animales de mas bulto que las moscas... ya lo habeis visto.

—Sí; ¿pero cómo ha pasado el barranco?... ¡Estaria de la parte de allá cuando le hiciste fuego!

—¡He disparado desde la puerta; con que figúrate si alcanzaria la bala hasta allí!

—¿Con que es decir, que estaba de la parte de acá?

—Es claro.

—¿Y cómo ha podido ser eso?

—¿No has visto nunca bajar por aquella tapia y subir por esta otra?

—Sí; pero solo hay un hombre en el mundo capaz de hacerlo, y éste solo lo hizo una vez.

—Pues el que lo ha hecho ahora, si era la primera, tampoco lo hará la segunda.

—¡Parece imposible!—dijo Bocanera, asomando la vista al barranco.

—Mira la sangre que ha dejado en la piedra, y verás cómo traia las uñas cuando clavó las manos en la orilla... Yo le aseguro que no estaba su pulso tan firme como el mio para hacer la puntería...

—Pues, chica, me sorprende lo que me has contado...—dijo el guarda.—La Lechuza era el único que se había atrevido á atravesar el barranco por este sitio...

—No sé quién es ese hombre...

—Tú no le has conocido... se retiró de aquí antes que yo me casara contigo; pero me has oído hablar de él muchas veces.

—No me acuerdo.

—Sí tal... aquel hijo del fiel de fechos que se huyó al monte por haber muerto al juez de primera instancia, y que luego se defendió él solo de cuatro salvaguardias, matando á dos é hiriendo á otro, despues de caer al suelo con un balazo en la cabeza.

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo... pero dime; ¿qué hacemos ahora?

—Nada; yo no sé qué gente es la que anda por ahí... El ventero de la Esperancilla me ha dicho que son seis ginetes... que los vió anoche venir hácia aquí...

—¿Y qué?

—Nos defenderemos, si se acercan, hasta que venga Paco, y luego veremos... No debe tardar mucho en venir... yo le esperaba esta madrugada...

—Á mí me parece,—dijo Bocanegra,—que deben estar hácia la cueva del *Ave-Maria*.

—Creo lo mismo,—replicó el guarda...—Es la única donde pueden haber ocultado los caballos... Y lo mejor que podemos hacer, es que tú te vuelvas arriba, y allí, debajo de la encina grande, por entre las copas de los nogales, veas si se asoma alguien á la boca de la cueva, y avisa al momento...

Bocanegra obedeció las órdenes de su compañero, y con el fusil al brazo trepó á lo alto de la Peña-Sacra.

—¿Se habrán asustado las monjas?...—dijo el guarda, quedando solo con su mujer.

—Yo lo creo,—replicó ésta;—mas gritaron ellas que el muerto, cuando oyeron el tiro...

— ¿Están los chicos con ellas?

— Si.

— Pues deja la escopeta, y entra a tranquilizarlas... Yo me quedo á la puerta por si ocurre algo.

La guardesa lo hizo como su marido lo habia dispuesto, y soltándose la falda del vestido, que se habia prendido á la cintura, se quitó el pañuelo que la sujetaba el cabello, y entró en la sala donde estaban las hermanas de la Caridad.

Mucho habian sufrido las dos amigas en el largo espacio de tiempo que pasaron sin saber lo que ocurría fuera de aquel recinto, y sin poder adivinar cuál seria su suerte, abandonadas en medio de una sierra desconocida, en poder de personas estrañas, y sin otra garantia que la palabra de un hombre, á quien solo habian conocido por una accion generosa, que ellas no podian apreciar en su verdadero valor.

No estaban acostumbradas al trato de esta clase de gente, y ni el porte generoso de Cabezota con sor Adelaida en la Torre del Duende, ni el haberlas libertado últimamente de sus perseguidores, eran motivos suficientes para tranquilizarlas.

Asustadas por las detonaciones lejanas que oyeron al entrar allí los niños de la guardesa, y por los preparativos de ésta, se sobrecogieron de terror cuando oyeron un nuevo disparo á la puerta de su habitacion.

Ambas cayeron de rodillas, sin soltar los niños de la mano, y con la vista elevada al cielo, pedian al Señor que las conservase en su divina gracia si era llegada su última hora.

Sor Clotilde, como de ánimo mas esforzado que su compañera, trató de estar pronta para defenderse en caso necesario, aunque juzgaba desesperada toda resistencia, en un país desconocido, entre gente estraña, y sin saber lo que intentaban hacer con ellas, ni quiénes eran los enemigos y cuáles los defensores. Para la superiora, la accion desinte-

resada y noble de Cabezota no habia sido sino un ardid para engañarlas mas fácilmente. La parecia que tardaba demasiado en volver de la corte, y de ahí tomaba pretexto para suponerle capaz de una accion cobarde é indigna de los sentimientos generosos que abrigaba en su alma.

Sor Adelaida, por el contrario, todo lo esperaba de aquel hombre, que la habia tratado con tanto respeto en su viaje á Gibraltar, y absorba en las ideas que la habian atormentado momentos antes, apenas daba importancia alguna á los peligros que la rodeaban.

En el momento de sonar los primeros disparos ocultó el pañuelo en su pecho, guardando los papeles que habian sacado de la caja, y dejó el anillo y el retrato al cuidado de la superiora.

Abrazó al mas pequeño de los hijos del guarda, que tendria cinco años escasos, y sentado sobre las rodillas, con la cabeza reclinada sobre su brazo derecho, le tenia cuando entró allí la guardesa.

—¿Se han asustado ustedes?— las dijo.

—Sí, señora,— contestó sor Clotilde.

—¿Qué ocurre?— preguntó sor Adelaida.

—¡Nada, sino que se ha presentado gente sospechosa en el monte, y como el señor Paco nos encargó tanto el cuidado de ustedes!...

—¿Serán ladrones?— preguntó la superiora.

—¡Quién sabe lo que serán!

—¿Son muchos?

—Media docena; dicen...

—¿Y están muy lejos de aquí?...

—Ahí enfrente.

—¡Jesús, María y José!...— gritó sor Clotilde.

—Desde aquí se vé la cueva donde están metidos,— dijo la guardesa, acercándose á la reja.

Y señalando con el dedo hacia el lado derecho de la puerta de entrada, dijo:



—¿Vé usted aquella piedra grande, muy grande, colorada, que parece un altar?

—Sí,—respondió la superiora.

—¿No vé usted otra, un poco á la izquierda, blanca, y así, á modo de una silla?

—Sí; la veo.

—Pues allí detrás está la cueva del Ave-María.

—¡Del Ave-María!...—repitió asombrada la superiora.

—Sí, señora; la llaman así, porque, aunque no haya nadie dentro, siempre que alguien pasa por allí y dice: *Ave-María*, sale una voz de entre las piedras que contesta: *Sin pecado concebida*...

—¿Y hay quién crea semejantes cosas?—preguntó la superiora.

—Usted sería una de tantas, si lo hubiera oído como yo.

Sor Adelaida se sonrió, recordando las patrañas que había oído contar de la Torre del Duende, y la guardesa le dijo:

—No se ría usted, madrecita: en esa cueva han ocurrido cosas muy atroces... y yo, que no soy muy vieja, he conocido á los arrieros que pasan por la sierra venir los veranos, el día de la *Virgen de la Vendimia*, á poner unas lucas de aceite á la entrada de la cueva, en acción de gracias por que no han tenido ningún tropiezo en los caminos... Ahora, hace mas de un año, que no hay nadie en ella; pero antes siempre estaba llena de ladrones. Pregúntenselo ustedes al cura de Manzanares, que cuando vino una vez á bendecirla, no se atrevió á decir *Ave-María*, y apenas lo hubo dicho el alcalde, cuando salió una voz de dentro de la cueva, que dijo: *Sin pecado concebida*... Si estuviéramos mas despacio, las habia de contar á ustedes la historia de esa cueva.

—Sí, sí... cuéntela usted, madre...—dijeron á la vez los dos niños, que, soltándose de los brazos de las hermanas de la Caridad, se agarraron del vestido de la guardesa apenas la vieron entrar allí.

— Yo no tengo gracia para cuentos... A lo mejor me equivoco, y se me olvida lo que llevo contado... Si las madres quieren oírlo, Bocanegra se la contará á la noche.

— Tendremos mucho gusto en ello, — dijo sor Adelaida.

— ¿Y quién tiró aquel último tiro que sonó tan cerca? — dijo la superiora.

— Yo, — replicó bruscamente la guardesa.

— ¿Usted? — preguntó estremecida sor Adelaida. — ¿Al aire quizá para asustar á alguno?

— ¡Si al aire!... Pregúnteselo usted al difunto, que está en el barranco.

— ¡Cielos! ¡Con que ha habido una muerte! —

— No se presentó mas que un hombre, y no pude matar al segundo.

— ¡Qué horror! — repitieron á la vez las dos hermanas.

— Mas horror habria sido que las hubiesen muerto á ustedes. No hay remedio... donde las dan las toman, y de los adelantados nacen los avisados... Le dije tres veces que se retirára... no hizo caso... y pataplum... le encaje un tiro... Ahora, si á ustedes no se les ofrece alguna cosa, me voy á disponer la comida.

— Vaya usted con Dios, — dijeron las hermanas de la Caridad, horrorizadas de la sangre fria con que aquella mujer las daba cuenta del reciente asesinato.

En la guerra de la independencia habria sido digna de admiracion una mujer que conservára semejante tranquilidad despues de haber dado muerte á uno de los extranjeros invasores. En el caso presente, no sabemos cómo calificar, ni qué nombre dar, á la sangre fria de la mujer del guarda-bosque.

## CAPITULO XLIII.

### Ataque y defensa.

El lector habrá conocido ya al desgraciado, que intentó sorprender la vigilancia de la guardesa, atravesando penosamente el barranco que servia de foso á la casa del guarda.

Despues de un deliberado exámen sobre lo que convenia hacer para apoderarse de las dos infelices mujeres, que con tanto afan perseguia el Duende, éste resolvió intentar un asalto, y encargó de la direccion de la empresa al Sepulturero.

La Lechuza era el mas práctico en aquel terreno, y así le fué fácil enterarse de que las gentes de la casa no los aguardaban dormidos. Observó que Bocanegra estaba de atalaya en lo alto de la Peña-Sacra, y dió aviso inmediatamente al jefe de la expedicion.

El Sepulturero le preguntó entonces si se atrevia á dirigirse á la casa, atravesando el foso, y el bandido dijo que sí, encargando que los demás llamasen mientras tanto la atencion de Cabezota y de los suyos por el Puente de las Tablas.

Hízose tal cual lo habian dispuesto, y el resultado no fué favorable á sus intenciones. El Sepulturero y Pestaña se adelantaron hácia el puente, de donde los rechazó el guar-

da, ayudado de Bocanegra, y la Lechuza cayó herido mortalmente por la guardesa.

El Duende, acompañado del resto de su gente, iba á retaguardia del Sepulturero, esperando que la Lechuza entrase en la casa para ir él mismo á apoderarse de las hermanas de la Caridad.

Oyó los tres disparos que sonaron allí, y creyó que el último habia sido el aviso que, segun convinieron, daria la Lechuza, de haber logrado su designio.

Semejante error le habria costado caro quizá, si el guarda y Bocanegra no hubiesen abandonado el puente en el momento de oir el tiro que quitó la vida á la Lechuza. Avanzaron todos apenas vieron libre el paso, y cuando Bocanegra llegó á la mitad del monte, descubrió al Sepulturero y á Pestaña, seguidos á lo lejos por tres hombres, armados todos.

Bajó precipitadamente por un despeñadero, que jamás habia practicado persona alguna, y llegó á la casa azorado, despues de haber oido silbar las balas de los enemigos por encima de su cabeza.

— ¡ Ahí están !... ¡ Ahí están !...

— Serénate, — dijo el guarda. — ¿ Dónde están ?

— Junto al Alamillo...

— ¿ Qué gente viene ? — replicó la guardesa.

— Cinco hombres han pasado el puente.

— ¿ Nos defenderemos ? — preguntó la mujer, dirigiéndose á su marido.

— ¡ Hasta morir ! — dijo éste. — Pero estando tan próximos, y siendo tantos, no debemos esperarlos aquí... Desde dentro podremos hacer mas negocio.

— Por las ventanas del pajar, — repuso la guardesa.

— Justamente, — dijo el guarda.

Y entrando dentro todos, cerraron la puerta de la casa, asegurándola interiormente con una gruesa viga, que entraba por ambos extremos en el quicio de piedra.

La intrépida cazadora fué la primera que subió á la improvisada aspillera, sin detenerse á contestar á las hermanas de la Caridad, que, alarmadas con los disparos que acababan de oír, y con los preparativos de la gente de la casa, corrían á informarse de lo que pasaba.

Bocanegra siguió á la mujer del guarda, y éste, que siempre profesó la máxima de que lo cortés no se opone á lo valiente, se paró á tranquilizar á sus huéspedes.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó sor Clotilde asustada.

— Nada, señora; unos truhanes, que parece que no traen buenas intenciones, y vamos á espantarlos... No se asusten ustedes aunque oigan tiros... Aquí no ha de entrar ni la sombra de uno de ellos.

— No se espongan ustedes por nosotras, — exclamó sor Adelaida con acento angelical y dulce, y sin soltar los niños de la mano.

— Pierda usted cuidado... Se gasta mucha pólvora en salvas.

— Sin embargo... ¡Antes murió un hombre!...

— Uno tenemos de menos ahora... Y en fin, es preciso defender á ustedes... Mi vida es de Paco Serrano, y él me dijo al marchar estas palabras: « Si ocurre algo á estas señoras, que salga tu cadáver á darme la noticia. »

— ¡Qué hombre tan bueno! — exclamó sor Adelaida.

— ¿Y cómo no ha vuelto aun? — preguntó la superiora.

— ¡Qué sé yo! — repuso el guarda. — Yo le esperaba esta mañana de madrugada... pero no habrá podido... Cuando uno vá á la corte, se le pasa el tiempo sin saber cómo.

— ¿Y no se sabe qué gente es la que está ahí? — dijo sor Clotilde.

— Yo no lo sé; pero me figuro que vendrán en busca de ustedes... Cabezota me dijo que, por si acaso, estuviese prevenido, y así lo he hecho... Si ustedes quieren verlos desde las ventanas del pajar, no hay peligro.

— Yo subiré, — dijo la superiora.



—No...—replicó sor Adelaida.—Yo, que conozco á mis perseguidores.

—En ese caso es mucho mejor,—dijo el guarda.

—No te espongas, hija mia,—dijo sor Clotilde.

—No tengais cuidado.

—Descuide usted, señora...—repuso el guarda;—la primera bala que entrase en la casa seria para mí.

Sor Clotilde abrazó á sor Adelaida como si fuera á emprender un viaje eterno, y la jóven hermana de la Caridad dió un beso á los niños, entrando en la cocina, precedida del guarda.

—Difícilmente podrá usted subir por esta escalera,—dijo el guarda, poniendo el pié sobre el tronco de un árbol, que servía de primer peldaño á una escalera, casi perpendicular, que se alzaba junto á la chimenea...—¡Pero cómo ha de ser!...—añadió;—no hay otra... Alcese usted el hábito, y déme la mano.

Sor Adelaida lo hizo así, poniendo su blanca mano entre los nervudos dedos de su guía, que casi á pulso, y á riesgo de descoyuntarla el brazo con el peso del cuerpo, la subió los doce peldaños de aquella difícil escalera.

Llegados al término de su ascension, la hizo doblar el cuerpo, entrando ambos á gatas, como suele decirse, en el pajar, que no era otra cosa sino un reducido caramanchon, cuyo techo de vigas solo se alzaba una vara del pavimento por la parte de las ventanas.

Por las dos últimas, que eran dos agujeros de poco mas de un palmo de diámetro, asomaban la vista Bocanegra y la mujer del guarda, tendidos boca abajo sobre el suelo, con la mano en la llave de la escopeta y el cañon del arma tres dedos avanzado á la cara.

Volvió la suya la guardesa, y al ver á su marido entrar allí con sor Adelaida, le dijo:

—Llévate esa mujer de ahí... no seas tonto... Si grita, somos perdidos.



—¿Han doblado ya la punta del *Ahorcado*?—preguntó el guarda.

—Sí.

—¿Cuántos vienen?

—Hasta ahora no se ven mas que dos.

—Detrás vienen los otros tres...—replicó Bocanegra.

—Asómese usted á esa ventana,—dijo el guarda, señalando á sor Adelaida el único agujero que estaba desocupado.

Y volviéndose á su mujer, que le hacia señas de impacientarse, la dijo:

—Viene á ver si los conoce, y nos dice quiénes son.

—¡Y qué falta nos hace esa noticia!... ¿No has dicho que era preciso defenderse?

—Sí.

—Pues si los matamos, examinará los cadáveres... No quedarán tan desfigurados que no pueda decirnos quiénes eran... Llévatela pronto, que ya se acercan.

—¿Conoce usted á alguno de ellos?—preguntó el guarda á sor Adelaida, que con el mayor trabajo asomaba la cabeza por aquel reducido agujero.

—No, señor;—replicó la hermana de la Caridad.

—Pues vámonos abajo, y no se asuste usted aunque oiga tiros.

—Ahí vienen los otros...—dijo la mujer del guarda.

—¡Dios mio!...—gritó sor Adelaida, fijando la vista en los nuevos personajes que acababa de anunciar la guardesa.—¡Es él!... ¡El abad!

—¡El abad!—repitió asustada la guardesa.—¡No te lo decia yo, que esta defensa nos habia de costar alguna escomunion!...

—Pues aunque me costára ciento, no ha de entrar aquí el lucero del alba,—replicó el guarda.—Si tienes miedo, véte abajo con los niños...

—¡Miedo!...—repuso la guardesa.—Llévate corriendo á esa monja, y ahora verás si tengo miedo.

El guarda sacó medio arrastrando á sor Adelaida, que no acertaba á moverse, sobrecogida de espanto por haber descubierto al Duende entre los hombres que avanzaban armados hácia la casa.

Entró sobresaltada en la sala, donde la esperaba impaciente la superiora, y echándose en sus brazos, la dijo:

— ¡Somos perdidas!... El abad de Maqueda viene á buscarnos.

— ¿Qué dices? — gritó asustada la superiora. — ¡Pero no le dejarán entrar aquí!... — añadió, dirigiéndose al guarda.

— ¡Se hará lo posible!... — replicó éste sonriendo. — Tres vidas no se acaban tan pronto... Tenemos además buena provision de cartuchos, y la puerta es fuerte... El señor abad habrá de dispensarme por esta vez; pero aunque tenga razon para venir á buscar sus monjas, se lleva chasco... Están ustedes en mi casa; he jurado morir primero que entregarlas, y poco me importa qué se hayan escapado del convento.

— Nosotras no nos hemos escapado... — dijo la superiora.

— Tanto mejor... se lo diré á mi mujer, que ya creía que el abad iba á escomulgarla.

— Paco nos libró de ese hombre, que nos busca para matarnos.

— Pues me parece que se volvió la tortilla, y el muerto será él.

— ¡Ah... no!... — gritó sor Adelaida, — ¡Piedad!... ¡Es el tío de mi pobre madre!

— Haga usted lo que Paco le ha dicho, — repuso sor Clotilde. — Si entra aquí ese hombre, somos perdidas.

— Pierda usted cuidado, — replicó el guarda... — Pero ruego á ustedes que, aunque oigan lo que oigan, no se asusten, y sobre todo no griten.

— Nos pondremos á hacer oracion, para que Dios ha-

ga desistir á esas gentes de su loco empeño... —dijo sor Adelaida.

—Y si no desisten, ya he dicho á ustedes que tenemos cartuchos de sobra.

—¡Dios es bueno!... —añadió la jóven hermana de la Caridad,—y nos manda que no desconfiemos nunca de su misericordia.

—Sí; pero tambien dice: «Ayúdate y te ayudaré.» Con que, señoras, lo dicho... Ahí se quedan ustedes con los chicos... no hay cuidado de que griten... han oido ya muchos tiros...

—Yo disparé el otro día la escopeta... —dijo, brincando de gozo, el mayor de los niños, cuya edad llegaría apenas á los diez años.

—Vamos callando... —repuso el padre; —no incomodeis á estas señoras.

Y saliendo de la habitacion, la cerró con llave por la parte afuera, y se volvió al pajar.

—¿Están á tiro? —preguntó, disponiéndose á tomar en la tronera vacante la misma posicion que sus dos compañeros.

—¡Ya lo creo!... —dijo en voz baja la guardesa.

—¿Pues por qué no les haceis fuego? —replicó del mismo modo el marido.

—Porque desde aquí no se puede hacer puntería, y seria espantar la caza sin provecho... No nos corre prisa; esperémoslos á boca de jarro, y es cosa segura... Tres tiros cuando lleguen á las retamas, son tres hombres en tierra...

—¿Qué harán allí reunidos?

—Pensar si han de venir todos juntos, ó cada uno por distinto lado, —dijo Bocanegra.

—De todos modos, han de pasar por delante de la retama, —repuso la guardesa; —con que no hay cuidado.

—No me parecen muy prácticos en el terreno, —dijo Bocanegra; —han dado vuelta á la *peña del Arroyo* para venir hasta ahí....

—Pues el que ha pasado el barranco no era la primera vez que andaba por estos sitios,—replicó la mujer del guarda.

—Ya echan á andar...—dijo el guarda.—No vienen mas que dos... los otros se retiran.

—Irán á dar la vuelta por detrás de los nogales.

—¡Silencio!—dijo la guardesa, moviendo su escopeta sin hacer el menor ruido.

Lo mismo hicieron el guarda y Bocanegra, incorporándose los tres cuanto permitía la poca elevacion del techo.

Y de rodillas, sentados sobre los talones, con el cuerpo doblado hácia delante, y los codos apoyados sobre los muslos, se encararon las escopetas y dispararon sobre el Sepulturero y Pestaña, que eran los que se habian adelantado.

Los dos primeros tiros, que salieron casi á la vez, fueron del guarda y de Bocanegra, que habian apuntado sobre Pestaña, y dieron con él en tierra.

El primer fogonazo advirtió al Sepulturero de las bocas de fuego que le apuntaban, y sin detenerse un punto, con la mayor sangre fria, se echó el fusil á la cara, precisamente á tiempo que la guardesa le habia entrado dos postas en el corazón.

Su cuerpo vaciló un momento; pero cayó por fin sobre el de su desgraciado compañero, que se revolvía aun con las ánsias de la muerte.

Bocanegra y el guarda se retiraron asustados de las troneras, mientras la guardesa hacia alarde de su rara habilidad en el manejo de las armas de fuego, cargando de nuevo su escopeta, á pesar de las dificultades del local, que apenas la permitian volverse de un lado á otro.

—Los otros tres han ido por la puerta principal,—dijo el guarda;—vámonos hácia ella.

—Todos no,—repuso la guardesa...—¿Quién se queda aquí?

—Que se quede Bocanegra,—dijo el guarda.

Y bajando la escalera, seguido de su esposa, atravesaron la cocina, entrando en la sala, donde estaban las hermanas de la Caridad de rodillas delante de la reja.

— Quitense ustedes de ahí... — dijo la guardesa; — vienen por este lado, y podrian hacerlas daño.

— ¿Y ustedes?... — preguntó sor Adelaida. — ¡Han de esponer su vida para salvar la nuestra!... ¡Oh... no... yo no puedo consentirlo!... Déjenlos ustedes entrar... Y si se empeñan en llevarnos consigo... ¡cómo ha de ser! Dios, que me ha librado de mayores peligros, sabrá defenderme ahora....

— ¡Pobre señora!... — replicó la mujer del guarda, volviéndose hácia su marido. — ¡Qué buena es! Daria mi vida por ella...

— ¡No temes ya la escomunion! — dijo el guarda sonriendo.

— No, — contestó la guardesa.

Oyeron entonces pasos por delante de la puerta de entrada; y poco despues un balazo, que dispararon contra la cerradura, los puso en alarma á todos.

Ligera como el rayo, la guardesa metió á las hermanas de la Caridad en la alcoba, desoyendo las súplicas de sor Adelaida para que se ocultára con ellas y con sus hijos, y abriendo la ventana se presentó á cuerpo descubierto delante de la reja con la escopeta al brazo.

Su marido se asomó al pasillo al propio tiempo para observar el estrago que habia causado la bala, y vió con satisfaccion que solo habia movido un poco la cerradura.

Disparó su fusil con la mayor serenidad, parapetado con la puerta, y sin otro objeto que dar á entender á los enemigos que no estaba desamparada aquella parte, y su mujer secundó la operacion haciendo fuego al aire desde la reja, despues de haber oblicuado todo lo posible, por si la era fácil hacer puntería sobre alguno.

Pero el Duende y sus compañeros habian visto desde

lejos caer á los dos camaradas, y luchaban desesperados por entrar en la casa.

Dispararon á la vez sus fusiles sobre la puerta, y ya esta vez saltó en astillas una gran parte de ella, á cuyo extraño ruido contestaron gritando las hermanas de la Caridad.

— Cien onzas de oro al primero que entre, — gritó el Duende desde la parte afuera de la casa.

— ¡ Dos onzas de plomo al que se atreva á pisar el escalon de la puerta ! — contestó con bronca y horrible voz la guardesa.

Y acometida de una de esas inspiraciones rápidas, exclusivas de las mujeres, sacó dos colchones de la alcoba, y antes que los sitiadores hubiesen acabado de cargar de nuevo sus armas, habia cubierto con ellos la brecha que abrieron en la puerta.

Ayudada por su marido, que secundó tan acertado pensamiento, formó detrás de la puerta un parapeto de sillas, mesas y cuantos muebles habia en la casa, y haciendo lo propio en la reja, oyó con serenidad los repetidos disparos de los enemigos, contestando por su parte á tontas y á locas, como ella decia, parapetada detrás de los colchones.

Oyóse un tiro por la espalda, y esta nueva complicacion los desconcertó algun tanto; pero Bocanegra los tranquilizó, bajando á decirles:

— Ya no hay cuidado por allá arriba... Se movia uno de los muertos, y me ha dado lástima verle sufrir.

— Bien hecho, — repuso el guarda; — pero esto vá malo... Esa gente vá á destruir el parapeto... No tenemos por dónde hostilizarlos...

— Pues dejadlos que entren en el pasillo... nos batiremos á cuerpo descubierto, — dijo Bocanegra.

— No hay otro remedio, — replicó la guardesa.

— ¿ Pero y las monjas ?

— Una cosa me ocurre... — repuso la mujer.



Y con la rapidez con que acostumbraba á hacer todo lo que concebía, se dirigió á la alcoba, sacó á las hermanas de la Caridad y á los niños, y los llevó á la cocina, protegiendo su paso por el corredor con su propio pecho. —

—¿Qué piensas hacer? —la dijo el guarda.

—Tenerlas prontas para que salgan por la puerta del corral, si esa gente logra entrar aquí.

—En el campo estarán mucho peor. —

—No lo creas... las meteremos en el carruaje, y allí estarán ocultas debajo del monton de leña.

—¡Feliz idea!... —gritó el guarda. —Entre los nogales estarán seguras.

El Duende oyó las palabras del guarda, y mandó á uno de sus hombres que se situara á la espalda de la casa, encargándole que hiciese fuego sobre el primero que intentara escaparse por allí.

Mientras tanto, habian roto ya completamente la puerta, y seguian destruyendo el parapeto; pero Bocanegra y el guarda esperaban casi á cuerpo descubierto, y con los fusiles á la cara, que les rompiesen el último atrinchamiento.

La guardesa imponia silencio con el dedo pulgar estendido sobre el lábio á las desoladas hermanas, y sin soltar la escopeta, llevó la mano á la llave de la puerta del corral, para estar pronta á realizar su propósito.

—¡Adelante de una vez!... —gritó con voz terrible el Duende. —Adentro antes que lleguen aquellos dos ginetes que bajan galopando por la montaña.

Y disparó su fusil, haciendo lo propio su compañero.

El guarda y Bocanegra contestaron al brusco saludo de los que, para cargar de nuevo los fusiles, se abrieron sobre ambos lados de la entrada, y se oyó de repente el eco de un agudo y lejano silbido.

—¡Nos hemos salvado! —gritó el guarda.

—¡Aun no!... —repuso el Duende.

Y con el arma á la cara, avanzó en el pasillo, diciendo:

— ¡Entregaros ó sois muertos!...

— ¡Atrás!... — repuso el guarda, apuntando sobre el Duende.

— ¡Villanos!... — gritó éste, sin soltar el gatillo de la escopeta.

— ¡Atrás!... — repitió el guarda con inexorable y rudo acento.

— Acabemos de una vez, — gritó con rabia Bocanegra.

Y sin detenerse á cargar de nuevo el fusil, le armó con el cuchillo de monte, lanzándose osado hácia los dos hombres que se trevian á penetrar allí.

A tiempo que la guardesa, abriendo la puerta del corral, recibió un balazo en el hombro izquierdo, que la hizo lanzar un ¡ay! desgarrador y horrible.

— ¡Dios mio! — gritaron á la vez las hermanas de la Caridad, adelantándose á recoger en sus brazos á su intrépida defensora.

— ¡Dejadme! — gritó ésta, desasiéndose de sor Adelaida, y disparando su escopeta con sola una mano.

— ¡Maldicion! — gritó el Duende, oyendo inmediato el galopar de los caballos.

Y huyendo precipitadamente de allí, se dirigió con su compañero hácia la espalda del edificio, donde estaba el otro camarada, que no habia podido ser herido por la mujer del guarda.

## CAPÍTULO XLIV.

### La enfermera.

No habia andado desacertado el Duende en huir de allí antes de que llegáran los dos ginetes, que á la vista de la casa, y por evitar un rodeo de cien varas para entrar en ella á caballo, se apearon, saltando la cerca de la huerta con pasmosa agilidad, y sin soltar de la mano los trabucos que empuñaban sobre el arzon de la silla.

El Duende, que ya habia oido clara y distintamente la voz de sor Adelaida, y que despues de tantos esfuerzos habia conseguido romper la puerta y penetrar en la casa, quiso hacer la última desesperada tentativa, arrojándose con denuedo sobre la puerta de la espalda.

Ya no se trataba solamente de apoderarse de las hermanas de la Caridad, sino de vengar la muerte de sus compañeros, y castigar la osadía con que de diversos modos habian atentado contra su vida las gentes de la casa.

Si al dirigirse allí le hubiesen dicho la resistencia vigorosa que habian de oponerle, quizá habria desistido de su propósito, porque, como sabe el lector, en la guerra que hacia á sor Adelaida no le animaba otro deseo que el odio,

y el esterminio que habia jurado á todos los individuos de su familia.

Pero lo difícil en la senda del mal es dar el primer paso; y el Duende habia dado muchos ya en esta ocasion para que le fuese posible retroceder fácilmente.

Era la primera vez que, en las maquinaciones ocultas que formaban la historia principal de su vida, se presentaba á cuerpo descubierto. Su invisibilidad le habia valido el apodo de Duende, y únicamente en la sierra de Segura era donde, á merced de un disfraz, habia ejercitado sus instintos feroces, luchando cuerpo á cuerpo con la tropa y con los bandidos. En la cueva del Ave-María, su opinion fué la de sorprender la vigilancia de los guardadores de las hermanas de la Caridad, entrando cautelosa y traidoramente en la casa del guarda. Pero fácilmente habia aceptado el plan de la Lechuza, porque creia que Cabezota se hallaba allí. No sospechó lo contrario hasta que se acercó á la puerta, y oyó las voces de los que hablaban dentro de la casa. Y no le quedó duda alguna de que era así, cuando descubrió á los dos ginetes que precipitadamente se acercaban allí.

Semejante contratiempo escitó su amor propio, despertando su furor de una manera horrible.

Haber sido humillado por Cabezota, no le habria importado tanto como verse rechazado por unos desconocidos, capitaneados, segun presumia, por una mujer, cuyo valor le irritaba, á pesar de que uno de los hombres que le acompañaban se lo habia exagerado mucho antes de salir de la cueva.

Pero lo que mas habia despertado su cólera, fué el ver caer al Sepulturero y á Pestaña, y hallar el cadáver de la Lechuza al acercarse á reconocer el barranco.

Por esto, antes de huir de allí, quiso hacer el último esfuerzo, dando el asalto por la espalda.

Ciego de cólera al ver en el dintel de la puerta á sor Adelaida, luchando por retirar á la guardesa, disparó el fusil, sin detenerse á hacer una puntería certera, logrando

solo arrancar un pedazo de piedra del quicio donde se clavó la bala.

La guardesa, sin detenerse ante la otra arma de fuego con que el compañero del Duende la apuntaba casi á quemarropa, empujó hácia adentro á las hermanas, y corrió tras del Duende con la escopeta cogida por el cañon, y pronta á descargarle un golpe en la cabeza con la culata.

La encrespada cabellera de aquella intrépida amazona, su mirada fosfórica, y sus facciones horriblemente contraídas por la mezcla del dolor y de la rabia, hubieran puesto miedo á otros hombres menos valientes que los que dieron el último asalto.

El arrojo temerario impone y desconcierta muchas veces á los ánimos esforzados y á la gente aguerrida; pero ni el Duende ni sus compañeros hubiesen desistido de su intento, á no asomar por encima de aquella fúria los fusiles del guarda y de Bocanegra, que acudieron con presteza al punto del ataque.

Habian oido ya la voz de Cabezota, que les gritó al apearse del caballo para saltar la pared del huerto, y no temian dejar desamparada la puerta principal.

El Duende cargó, á pesar de todo, su arma; pero sus compañeros habian apelado á la fuga, temerosos de ver llegar el refuerzo de los sitiados, y le fué forzoso apelar á este humillante recurso para salvar la vida.

— ¡Canalla!... — gritó, corriendo detrás de sus compañeros, que en vez de dirigirse esta vez por el rodeo de la peña del arroyo, el instinto de la conservacion les habia inspirado otro camino mas corto para ponerse en salvo.

— ¡A ellos!... — gritó con voz áspera, pero esforzada, la guardesa, cayendo al suelo desmayada por la falta de la sangre que habia brotado de su herida.

— ¡Jesús!... — exclamó el guarda, arrojando al suelo el arma, y corriendo á levantar á su esposa, en cuya herida no habia reparado hasta entonces.

Bocanegra hizo lo propio, y á este tiempo se oyó en el pasillo la voz de Cabezota, que gritaba con inquietud:

— ¡Señorita Perla!...

Sor Adelaida, ocupada en recoger por sí propia, y ayudada de la superiora, el cuerpo de la mujer del guarda, no oyó la voz de su libertador, y éste, despues de haber examinado la sala, entró desesperado en la cocina, á tiempo que volvian á ella las hermanas de la Caridad sosteniendo á la desgraciada mujer, y seguidas del guarda y de Bocanegra.

— ¡Cerezo! — dijo Cabezota, compendiando en el tono con que pronunció este nombre todas las dudas que en aquel momento asaltaban su imaginacion.

— Ya se han escapado, — contestó el guarda, afligido con la desgracia de su esposa.

— ¿Por dónde?... — preguntó Cabezota, que, como su compañero, llevaba en la mano derecha, y como si fuera una pistola de combate, un enorme trabuco.

— Tres, camino del otro mundo, — respondió Bocanegra; — los otros hácia el puente de las Tablas.

— Vamos allá corriendo, — dijo Cabezota, disponiéndose á salir por la puerta principal, á causa de impedirle verificarlo por la de la cocina el extraño grupo que se habia formado allí. — Vamos corriendo, — repitió, dirigiéndose á su compañero.

— ¡No!... — gritó con voz solemne sor Adelaida, que, ocupada en sostener á la guardesa, parecia no haber prestado atencion á lo que pasaba allí.

Cabezota no replicó una sola palabra, y desistió de su empeño... Era la primera vez que obedecia tan fácilmente; pero tambien era el primer mandato que le hacia aquella jóven, á quien el bandido respetaba como á una santa, y á quien servia con fanatismo.

Creyendo dar en ello una muestra de sumision á la jóven hermana de la Caridad, y deseoso de hacer algo mas



que obedecer simplemente el mandato, dejó el trabuco en un rincón del pasillo, y ayudó á llevar á la cama á la guardesa, trasformándose por la primera vez de su vida en enfermero.

El guarda, preocupado con la desgracia de su mujer, no pudo advertir la estraña docilidad de su antiguo camarada, y seguido de Bocanegra y de sus dos hijos, entraron todos en la sala.

Sor Adelaida abandonó á la guardesa en los brazos de la superiora y de Cabezota, y cogiendo ella misma dos colchones de los que habian servido de parapeto, los estendió sobre una de las tarimas de madera que habia en la alcoba, y como mejor pudo aderezó una mullida cama, donde pronto descansó su cuerpo la guardesa.

Apartó de allí á los niños, que lloraban junto al cuerpo de su madre, encargando de ellos á Bocanegra; hizo seña á los hombres para que salieran á la sala, y todos la obedecieron estupefactos.

Nada tenia de estraño el asombro que sor Adelaida causaba á aquellas gentes... Otras mas acostumbradas á ver esos tipos raros de belleza angelical, cuyas copias parecen inverosímiles cuando las dá vida la mano del artista, colocándolas á los piés del trono del Altísimo, hubiesen experimentado igual emocion.

Nos seria imposible hacer una descripcion exacta de la fisonomía de la jóven hermana de la Caridad en aquel momento.

En su frente, despejada y serena, brillaba esa aureola de pureza y de candor, que una vez perdida no reaparece jamás.

Su dulcísima mirada y el rubor que coloraba sus mejillas, eran nuevas señales de la pureza de su corazón, y nadie, al ver la ternura que brillaba en su cándido semblante, habria adivinado las escenas que, por primera vez de su vida, acababa de presenciar, y los peligros á que habia estado espuesta.

Para poder apreciar estos detalles, era preciso dirigir la vista alternativamente á las dos hermanas de la Caridad.

Sor Clotilde, aunque de ánimo más esforzado que su compañera, tenia envenenado su corazon por una escesiva experiencia del mundo, y acostumbrada á desconfiar de cuantas personas veia, dudaba de las que tenia entonces á su alrededor.

Su mirada recelosa é inquieta, la agitacion que se advertia en su semblante y la inaccion en que habia quedado, á pesar de haber visto entrar allí á Cabezota, indicaban que aun temia algun mal de aquellas gentes.

Ni el haberla salvado en Madrid de las manos del Duende, ni el denuesto con que las habian libertado de los que las acometieron en su retiro, ni el tener en sus brazos el cuerpo de aquella mujer, herida por defenderlas, nada era suficiente á calmar sus temores.

Finalmente, el asombro que se advertia en su rostro, al ver la serenidad con que sor Adelaida atendia al cuidado de la enferma, fascinando á cuantos estaban allí, era la mejor prueba que podemos presentar al lector para que pueda comprender la diferencia de sentimientos que las dominaba.

La noticia de los asesinatos que acababan de cometerse allí, el estruendo del ataque y la presencia del Duende, á quien no habia vuelto á ver desde que huyó de la Torre, hubiesen sido motivos suficientes para abatir el espíritu de sor Adelaida.

Las almas virtuosas y buenas, donde los sentimientos de humanidad y de ternura han echado hondas raíces, se contristan y se sobrecogen de espanto al presenciar ciertas escenas de crueldad y de barbarie; pero como nada temen por sí mismas; como la tranquilidad de su conciencia las ofrece una muralla inespugnable contra todos los males de la vida, se reaniman en medio del peligro, si su ayuda puede servir para amenguar aquellas desgracias.

Esto pasaba en el corazón de sor Adelaida en el momento de consagrarse al cuidado de la guardesa. Había olvidado los pasados sufrimientos, y no se acordaba de que la mujer que tenía entre sus brazos acababa de cometer más de un asesinato.

Y no podía influir en el ánimo de la joven hermana de la Caridad la mezquina idea de que aquella herida había sido recibida por defenderla de sus perseguidores... no. Con ellos habría hecho lo propio; y para prueba de esto, nos permitirá el lector que le recordemos la eficacia con que intercedió por la vida del Duende, entregando en sus manos la suya propia.

Una consideración calculada, por decirlo así, la impulsaba quizás á obrar de este modo, y no queremos, al sospecharlo, amenguar el mérito de su inapreciable virtud. Pero parece imposible que al ver la herida de la guardesa no se acordara de la que recibió Fernando, cuando mereció los cuidados de las hermanas de la Caridad en el hospital de Vitoria.

De todos modos, su extraordinario celo en aquel momento hubiese cautivado la admiración de los mismos empleados del Hospital de Madrid, entre quienes, como ya hemos dicho, era proverbial su evangélica caridad para con los enfermos.

Pero donde se podía estudiar mejor que en ninguno de los que estaban allí el efecto que producían las virtudes de sor Adelaida, era en Cabezota.

Este hombre rústico, de aspecto feroz y salvaje, permanecía inmóvil en medio de la sala, siguiendo con la vista todos los movimientos de la joven, y espresando en su fisonomía que, más que obedecer sus órdenes, deseaba adivinar sus pensamientos.

Una sola palabra había bastado para que no fuera en seguimiento del Duende ni de los suyos; una mirada había sido suficiente para convertirle en un enfermero pacífico,

haciéndole ahogar, repentinamente, sus planes de venganza.

Acababa de romper los juramentos que habia hecho en Madrid, cuando le dijeron que el Duende habia salido por segunda vez en busca de las hermanas de la Caridad, y este sacrificio no le habia costado trabajo alguno.

Sin apartar la vista, como hemos dicho, de sor Adelaida, continuó de pié al lado del guarda y de su compañero, mientras Bocanegra llevaba los niños á la cocina, cerrando la puerta y recogiendo los fusiles, que los contrarios habian dejado abandonados en medio del campo.

Las dos hermanas quedaron solas con la mujer del guarda, y separadas de los tres hombres por una cortina de percal, que dividia la sala de la alcoba.

Desnudaron con el mayor cuidado á la infeliz paciente, que ya habia abierto los ojos diferentes veces, y dado otras señales de vida, y sor Clotilde reconoció la herida, limpiando la sangre que se habia coagulado sobre ella.

Tenia la superiora una larga práctica de hospitales, por cuya razon, al aproximarse las tropas carlistas á la córte, la habian destinado á los hospitales de la sangre, y sor Adelaida la cedió el puesto de cabecera. Pero ella no estaba ociosa mientras tanto, y con su aliento reanimaba el semblante de la guardesa, sirviéndola de calmante eficaz, á los agudos dolores que sufria, la candorosa mirada de su solícita enfermera.

Ni el ópio, ni las aspiraciones del éter, ni el moderno cloroformo, habrian sido mas eficaces para embotar la sensibilidad de la enferma, mientras la superiora registraba la herida.

Así la fué, no solo fácil examinar el sitio adonde habia quedado la bala, sino hasta extraerla, sin otra ayuda que la de sus propios dedos.

—Aquí está la bala...— dijo sor Clotilde, enseñando á la enferma el plomo homicida, que por una circunstancia

algo rara, habia quedado allí, aunque la dispararon casi á quema-ropa.

Y á pesar de los esfuerzos de sor Adelaida, que la sujetaba, la paciente cogió el plomo con la mano derecha, y dijo:

— Está entera; no habrá hecho mucho daño.

— No... —replicó sor Clotilde. — Afortunadamente ha dado sobre el mollar del brazo, entre el tejido celular y la musculatura... Si nos hubiéramos descuidado, se habria corrido á lo largo del brazo, en vez de formar un quiste, que en nada le habria perjudicado despues... Pero mejor ha sido que hayamos dado con ella...

— ¿Y qué hemos de hacer ahora? — preguntó con ansiedad sor Adelaida.

— ¡Si hubiera cerato simple!... — dijo con gravedad quirúrgica la superiora.

— ¿Y no habiéndole?... — interrumpió sor Adelaida.

— Una plancha de hilas... — contestó la superiora; — pero de todos modos es preciso cubrirlas con el cerato.

Sor Adelaida no oyó estas últimas palabras, y ligera como el rayo, rasgó un pañuelo, que sacó del bolsillo, y como por encanto, presentó á la superiora un puñado de hilas.

La guardesa, que la miraba con entusiasmo, sorprendida de la alegría que espresó su semblante, cuando oyó decir que la bala no habia hecho estrago de consideracion, dijo, suavizando todo lo posible su voz desabrida y bronca:

— No se incomode usted, madre... que venga mi marido, y él me pondrá un poco de *ingüento*, como el que me puso en la pierna cuando me mordió la javalina.

Sor Adelaida salió á la sala á cumplir el encargo de la guardesa, y el marido se encogió de hombros, diciendo:

— Se ha concluido ese *ingüento*... habrá que ir, si es preciso, á Manzanares por otro.

—¿Sirve este?—dijo Cabezota, sacando del bolsillo un botecito de hoja de lata, y buscando con su mirada la aprobacion de la jóven.

—Escelente...—contestó sor Clotilde, despues de recibir el bote de manos de su amiga.—No es precisamente el que yo buscaba... pero es igual, es el cerato de Galeno.

—Si no es bueno,—replicó Cabezota, voy corriendo por otro.

—No hace falta,—repuso la superiora.—Parece que le habian á usted dicho lo que iba á suceder.

—Algo hay de eso, señora... Yo no traje la pomada por que creyera que iba á necesitarla ninguno de mis amigos. Lo último que me ocurre cuando voy á matar, es que puedan matarme ni herirme... pero hace dias que no parece sino que al oido me dicen lo que vá á suceder... Parezco brujo.

Sor Clotilde vendó el brazo de la guardesa; la señaló la posicion que debia guardar en la cama, y sor Adelaida, mientras tanto, corrió á la cocina á ver si podia disponer un caldo para la enferma.

—No se incomode usted, señorita,—la dijo Cabezota siguiéndola;—estas gentes son como las fieras: se curan ellas solas.

—No hable usted así, Paco,—replicó sor Adelaida;—aunque supiera que habia de caer en poder del Duende, no saldria de aquí sin dejar completamente restablecida á esta pobre madre... Mire usted cómo lloran sus pobres hijos.

Sor Adelaida se acercó á enjugar las lágrimas de los niños, que lloraban mas bien por haber sido retirados de la alcoba, que por la desgracia ocurrida á su madre.

—No digo yo que salga usted de aquí,—repuso Cabezota.—Eso no corre prisa... La daré á usted cuenta de las comisiones que me encargó, y dispondrá la vuelta á Madrid cuando se le antoje... Mala es esta choza para vivir con co-



modidad; pero estando yo aquí, no las ha de faltar á ustedes seguridad y descanso.

—Estas gentes se han portado muy bien con nosotras.

—¡No faltaba mas!...—dijo Cabezota.

Y volvió á seguir á sor Adelaida, que entró en la sala con una taza de caldo para la enferma.

## CAPÍTULO XLV.

Eugenia y sor Adelaida.

Eugenia, que las señoras de la casa habían estado mirando la conducta de la mujer del guardia, y que de la sala, por indicación de sor Adelaida, se había ido á la enferma con el almuerzo, y que se había ido á la sala.

La superiora tenía una curiosidad que se había ido á la sala, y que se había ido á la sala.

La superiora tenía una curiosidad que se había ido á la sala, y que se había ido á la sala.

La superiora tenía una curiosidad que se había ido á la sala, y que se había ido á la sala.

La superiora tenía una curiosidad que se había ido á la sala, y que se había ido á la sala.



## LIBRO CUARTO.

### CAPITULO XLV.

#### Eugenia á sor Adelaida.

Despues que las hermanas de la Caridad hubieron terminado la curacion de la mujer del guarda, salieron de la alcoba, por indicacion de sor Clotilde, para dejar sola á la enferma con el silencio que requería el estado en que se hallaba.

La superiora tenía mas curiosidad que sor Adelaida por saber lo que Cabezota había hecho en Madrid, y el bandido deseaba asimismo dar cuenta de su comision.

Tomaron asiento ambas en los taburetes de la sala, y á una seña de Cabezota se retiraron de allí el guarda y el otro camarada.

—Siéntese usted, Paco, —dijo la superiora, —y cuéntenos usted cómo le ha ido en su viaje.

—Con licencia de ustedes, —replicó Cabezota, dirigiéndose á sor Adelaida, antes de sentarse.

—¿Son tan tristes las noticias de allá como las de aquí?

—No, señora... ¡Pero qué ha habido aquí mas que la derrota de esos perros!... ¿Las ha ofendido á ustedes alguien?

—Al contrario,—dijo con voz dulce sor Adelaida;—usted no sabe lo buena que ha sido con nosotras esta familia... ¡Y cómo han dado su vida por salvar la nuestra! ¡Ah!... Me estremece el pensarlo... ¡Decir que yo soy la causa de esas muertes y de la desgracia de esta infeliz madre, me horroriza!...

—¡Usted, señorita!...—replicó Cabezota.—¡Usted, mas buena que los ángeles, tener la culpa de nada!... ¡Pues me gusta la aprension!... ¿Qué daño le ha hecho usted al Duende para que la persiga de este modo?... ¡Oh! Yo le juro que me las pagará todas juntas...

—¡Paco!...

—Señorita... Ahora nada le digo... Usted se empeñó en que no le siguiera... y basta. Si hubiese usted dicho: ponte delante de él y que te afusile, lo mismo hubiese sido...

—Yo no quiero semejante cosa... Solo le suplico á usted...

—¡A mí!... ¡Suplicarme usted á mí!...

—Sí; yo le pido á usted que no le haga daño ninguno.

—¿Y si trata de perseguir á usted?...

—No tratará.

—¿Pero y si se empeña, y quiere hacer á usted daño?

—Nos defenderemos... Es lo único que el Señor nos permite: la propia defensa... Pero ofender, jamás.

—Sin embargo, hay ocasiones en que, de buenas á primeras, no le dejan á uno en estado de poderse defender, y entonces...

—No pensemos en esto, Paco... Confíemos en que nunca nos volveremos á ver en otro peligro...

—Y si nos vemos metidos por casualidad, ya sabremos buscarnos la salida. Ahora, tome usted esta carta que me dió la señorita de la calle de Leganitos.

—¿Eugenia?...—preguntó alborozada sor Adelaida.—  
¿Y cómo está?... ¿La ha visto usted?

—Sí, señora... Y al papá de la señorita tambien le he visto... y me dió mucha lástima, porque está demente...

—¿Demente?...—replicó asustada sor Adelaida.

—Quiero decir, que no sabe lo que se pesca, porque está alorado; pero no se le quita el gusto para pedir de comer... Dos veces estuve allí, y no le oí mas palabras que pedir pan, y decir que le matan de hambre...

—¡Infeliz!—murmuró sor Adelaida, rompiendo el sobre de la carta que habia recibido de manos de Cabezota.

Y dirigiéndose á la superiora, la brindó con la lectura de aquel papel.

—A tí, hija mia, es á quien escribe Eugenia... Tú sola debes leerla.

—¡Yo sola!...—repitió sor Adelaida.—¿Con que ya no quereis servir tambien de confidenta y de amiga á mi pobre hermana?

—Sí, hija mia..... Despues leeré la carta con sumo gusto...

—El undécimo, no estorbar,—dijo Cabezota.—Ustedes querrán hablar solas, y yo me retiro...

—No, Paco,—interrumpió sor Adelaida;—usted no estorba nunca, ni tenemos secretos para usted tampoco... ¿Qué podrá decir Eugenia que usted no haya visto?... Qué-dese usted, Paco, y luego que leamos la carta, nos dará cuenta de los demás encargos... Voy antes á ver cómo sigue la enferma.

—No la hables,—dijo la superiora.

Y sor Adelaida entró con el mayor cuidado, y marchando sobre las puntas de los piés, en la alcoba donde estaba la mujer del guarda.

—¿Vió usted al conde?—preguntó sor Clotilde cuando quedó sola con Cabezota.

—Sí, señora; pero no en su casa.

- ¿Pues dónde?
- Le han trasladado al cuartel de Guardias.
- ¿Preso?
- Sí... pero esto era cuando yo estaba en Madrid... Ahora...
- ¿Qué?
- Ahora... será otra cosa.
- Esplíquese usted.
- Pues nada... pero digo yo que toda su vida no ha de estar preso... Y si ha salido en libertad...
- Mucho me alegraría.
- Pues váyase usted alegrando, por si acaso.
- ¿Usted le habló?
- Sí, señora; y le entregué la carta... y le dije dónde y cómo estaban ustedes... También se lo he dicho á la señora condesa, para quien me dió usted aquella carta...
- La condesa de Baza...
- Quería venirse conmigo á ver á ustedes... pero yo la dije que el camino era muy malo y muy espuesto, y se convenció...
- ¡Mi pobre tia me quiere tanto! Pero es muy anciana.
- Mucho... Y ahora que me acuerdo, —añadió Cabezota, poniéndose en pié, — me dió unos cartuchos de oro para usted...
- Sí; diez mil reales... Se lo decia yo en mi carta.
- No sé; conforme me los dió los eché en la alforja... y allí se están... Con la trapisonda no me he acordado de sacarlos; voy ahora.
- No corren prisa; luego irá usted por ellos.
- Nada me cuesta ir ahora mismo, —replicó Cabezota, saliendo de la habitacion.
- Sor Adelaida volvió á la sala, diciendo:
- Tiene un sueño muy tranquilo... ¿Será malo?
- No, hija mia, al contrario... El sueño, por regla general, es una de las mejores medicinas; y siendo natural,



como será el que ella disfruta, es un síntoma de que no hay peligro.

— ¡Si quisiérais verla!...

— ¿Por qué no? — replicó sor Clotilde, entrando en la alcoba, acompañada de sor Adelaida.

— Lo dicho, — añadió, saliendo de nuevo á la sala; — es un sueño tranquilo, y está limpia de calentura... aunque bien mirado, no es tiempo aun de que tenga fiebre...

— ¿Se pondrá peor luego?

— Estará mas postrada; pero no tiene nada de extraño.

— ¡Pobre mujer!... Yo debí de haber recibido la herida.

— Vaya, déjate de tonterías, y lee la carta de la pobre Eugenia... A ver si nos dice algo de nuestras compañeras.

— ¡Ya no está en el Hospital!... — dijo sor Adelaida, pasando rápidamente la vista por la carta que le habia entregado Cabezota. — Escribe desde su casa.

— Siéntate, hija mia, — repuso la superiora; — siéntate, y veamos lo que dice.

Sor Adelaida obedeció á la superiora, y leyó en voz alta lo siguiente:

«Querida hermana mia: Nuestras desgracias no tienen término nunca; sin embargo, en este momento debo bendecir á Dios, porque me ha permitido saber de tí y de tu dignísima superiora...»

— ¡Se acuerda de mí! — interrumpió sor Clotilde.

«Imposible seria explicarte la amargura que se apoderó de mi corazón la noche en que, esperándote á cada momento, supe que habíais desaparecido de Madrid, y que en vano se habian hecho diligencias para hallaros... Sor Gregoria y yo llorábamos juntas vuestra ausencia, y yo, por mi parte, te hablo con franqueza, creí que todo lo que me habia pasado desde que entré en el Hospital habia sido un sueño... He necesitado ver tu carta para convencerme de que existes, y de que no es un sueño que el cielo me permitió verte, para renovar mi dolor, separándote luego

»de mi lado... Lo que me cuentas del hombre que te tuvo  
»encerrada en la torre, y que hoy te persigue de nuevo, no  
»me ha sorprendido... Al día siguiente de vuestra desgra-  
»cia, la vieja María me contó algunas palabras que había  
»oído en el cuarto de la beata de la boardilla, y me dijo, hor-  
»rorizada, que se trataba de echar de Madrid á un fraile...  
»y á la superiora del Hospital General...»

— ¡Dios mío! — gritó sor Adelaida. — ¿Con que no ha  
sido por ir en mi compañía solamente el haberos traído aquí?

— Ya te lo decía yo... El abad no me perdonará nunca  
el haber sido testigo, ó mejor diré cómplice, del crimen  
que cometió en París.

«La señora María oyó muchas cosas á doña Inés y á  
»tres hombres que vinieron á hablar con ella; pero no pudo  
»entender todo lo que decían... Se asustó mucho cuando  
»supo lo que te había sucedido, y ahora está á mi lado,  
»mientras te escribo, llorando como una niña... ¡Si vieras  
»qué cosas ha hecho por mí esta mujer!... Yo me salí al día  
»siguiente del Hospital, y ella se encargó de hacer trasla-  
»dar á mi buen padre... Este infeliz sigue como cuando tú  
»estabas aquí, y aun puedo asegurarte que cada día tengo  
»menos esperanzas de que recobre la razón... Maquina-  
»mente pronuncia mi nombre; pero ni me conoce, ni sabe  
»distinguir mi voz; continuamente me dá encargos para su  
»hija Eugenia, sin manifestarse sentido de no verla ni dar  
»ninguna de aquellas muestras de cariño que tú has recibi-  
»do como yo tantas veces... Cada día vá siendo mayor su  
»decadencia, y se halla hoy en un completo idiotismo... Ríe  
»cuando se le habla de comer, y se incomoda si alguien se  
»le acerca cuando está comiendo... ¡Su estado me mata...  
»querida hermana mía!... ¡Yo me aflijo, y no sé qué decir,  
»ni qué hacer, para que Dios le devuelva la razón!... Le ha-  
»blo del triunfo de sus opiniones políticas, y me contesta  
»con una risa burlona, que parece una dura reprensión por  
»mi lenguaje artificioso... Pronuncio el nombre de mi ma-

»dre (Q. D. H.), y me mira con un semblante iracundo, que  
»me hace estremecer...»

— ¡Pobre madre mia!... — exclamó sor Adelaida. —  
Dios habrá premiado tus padecimientos; así como las lá-  
grimas de dolor que derramaste en esta vida purificaron tu  
honra.

«Si le hablo de ti, unas veces se sonríe y otras me mira  
»con ceño adusto... El otro día, no te lo quisiera decir,  
»Adelaida... pero no sé callarte nada... el otro día le ha-  
»blé de Fernando, de su querido hijo Fernando, y de ti,  
»para ver qué efecto le hacían vuestros nombres juntos; y  
»mirando á todas partes, como si temiese que alguien le es-  
»tuviera escuchando, me cogió las manos, y me dijo son-  
»riendo, de una manera que me dió miedo, estas palabras:  
»*Fernando y Adelaida... tal para cual... No tienen nada que  
»echarse en cara el uno ni el otro.*»

— No puedo mas... ¡Dios mio! — dijo sor Adelaida, re-  
clinando la cabeza sobre el hombro, y dejando caer la carta  
que tenía en la mano.

— Vamos, hija mia, sigue leyendo, y no te aflijas nun-  
ca por las desgracias que nos envía el cielo... ¡Qué te im-  
porta á tí de las palabras de ese infeliz anciano, cuya ca-  
beza está completamente trastornada!

Sor Adelaida permaneció inmóvil algunos momentos, y  
después continuó leyendo:

«Me pedías que te hablase de mi padre, y creo ha-  
»ber abusado de tu paciencia... ¡Pero qué extraño es que  
»yo lo haga así!... A nadie sé hablar de otra cosa, y me-  
»nos á tí, mi querida amiga, que tanto le quieres... Yo,  
»por mi parte, también he estado espuesta á sufrir una gran  
»desgracia... tanto mayor, cuanto que privándome de es-  
»tar al lado de mi padre, habría causado de seguro su  
»muerte...»

— ¿Habrán querido robarla también?... — interrumpió  
sor Clotilde...

Sor Adelaida continuó leyendo con mayor avidez, y dijo:

«Una acusacion de robo pesaba sobre mí al salir del Hospital...»

— ¡Cielo santo! — gritaron á la vez las hermanas de la Caridad.

«Habian supuesto que las camisas que llevaba cuando me encontraron acometida del accidente en la calle de Alcalá, eran robadas... Segun me ha dicho la señora María, todo habia sido dispuesto entre doña Inés Montilla y el caballero alto, seco y amarillo, á quien los chicos del barrio llaman el *Aguilucho*.»

— ¡El Duende! — exclamó sor Adelaida. — ¡Siempre ese hombre!...

«En el corte, que era toda mi esperanza, dijeron que yo no sacaba ropa de allí... y era la verdad... Por un sentimiento de vergüenza, de que hoy me arrepiento, me valia de un segundo nombre... y en los libros de las costureras no constaba Eugenia Bargas, sino Encarnacion Enguren...»

— ¡El apellido de mi madre!... — exclamó sor Adelaida.

« ¡ Pero pásmate, hermana mia! Cuando ya el juez habia dado el auto de prision contra mí, y sin remedio iban á decretar la muerte de mi padre, arrancándome de sus brazos... el jóven que me persigue por todas partes, el Vizco, de quien tanto me has oido hablar, se presentó á declarar en mi favor, y desbarató todo el plan... Esto último lo he sabido por el caballero que ha traído tu carta...»

— ¡ Gracias, Dios mio! — dijo sor Adelaida, interrumpiendo la lectura y alzando al cielo los ojos...

«Y no contento con librarme de aquel infortunio, — añadió leyendo, — ha dispuesto la prision de doña Inés.»

— Me alegro... — interrumpió la superiora.

« ¡ Ah! Si yo hubiera podido verle, le habria suplicado que no hiciese ningun mal á esa desdichada... ¡ Toda la vecindad ha tenido un dia de alegría hoy al verla llevar

»presa, y yo, aunque ignoraba la causa, sufría tanto!...  
 »Te aseguro que no tengo un momento de tranquilidad  
 »desde que sé que por mí está sufriendo esa mujer. La se-  
 »ñora María se incomoda conmigo por esto; pero yo no  
 »puedo remediarlo...

»Hoy hace siete días que estoy en casa, y aun no he  
 »salido á la calle...

»Desde que he empezado á escribirte, he querido con-  
 »tarte una cosa que me estremece, y casi estaba por ocul-  
 »tártela... pero no puedo... Nos han robado la caja de  
 »marfil!...

— ¡Infeliz!... — exclamó sor Adelaida. — Yo no quise de-  
 cirlo nada... Ignora quién la ha robado... Y nosotras he-  
 mos sido tan indiscretas, que la hemos abierto...

— ¿Estás arrepentida de saber el nombre de la mujer  
 que te dió el sér? — dijo sor Clotilde.

— ¡Ah, no! — exclamó sor Adelaida, sacando de su pe-  
 cho el pañuelo y llevándolo á los labios.

«Sé, — continuó leyendo, — que te alarmará esta noticia...  
 »aunque, si son ciertas mis sospechas, no lo sentirás tanto  
 »como yo... Tú no te ofenderás, mi querida hermana, si te  
 »digo una cosa que he recelado... Perdóname si mi juicio  
 »no es exacto... Creo que la caja está en tu poder... ¡Ay,  
 »ojalá sea así!... Estaría tranquila si tal sucediera.»

— ¡Oh, es un ángel! — gritó entusiasmada sor Ade-  
 laida.

«En este momento, — añadió continuando la lectura, —  
 »llaman á la puerta, y no puedo continuar... Será la per-  
 »sona que te ha librado de las manos del Duende...

«Si no puedes volver pronto aquí, escíbeme al instan-  
 »te, porque sin tus cartas me falta la vida. Mañana hace  
 »dos meses que no tengo noticias de Carlos.

»Compadece á tu hermana, — EUGENIA.»

— ¡Tu hermana!... — repitió sor Adelaida. — ¡No sabe  
 la infeliz cuán justamente puede darme este nombre!



— ¡Dios quiera que no lo sepa nunca! — replicó sor Clotilde. — Tú has sabido la falta de tu madre cuando ya la habia reparado con su arrepentimiento... Eugenia, por el contrario, cree que era inocente cuanto le dió el sér.

— No importa; Eugenia conoce mejor que yo las virtudes que adornaban á nuestra desgraciada madre.

— No hablemos mas de esto... — interrumpió la superiora.

— Continuaré leyendo, — dijo sor Adelaida.

— ¿Pues no se ha concluido la carta?

— Falta este papelito, que venia dentro de ella.

Y desdoblando un pequeño papel, sor Adelaida recorrió rápidamente su contenido, y gritó alborozada:

— ¡Cielos!... ¡Fernando en España!...

— ¿Qué dices? — repuso sor Clotilde, quitándola el papel de las manos, y leyendo en voz alta lo siguiente:

«Abro la carta para darte una noticia, que no sé si podrá ser funesta ó agradable... pero no quiero tener ningún secreto para tí... Fernando ha entrado en España... Acabo de recibir carta desde Clermont que me lo anuncia. Pero me habla de una larga carta que me escribió hace unos cuantos correos, y no la he recibido...»

— ¡La que entregó la señora Maria en el Hospital!... — dijo sor Adelaida.

«En ella, — continuó leyendo la superiora, — me explicaba los graves motivos que le hacian emprender su viaje... pero estaba decidido á ello, aunque por no irritar á nuestro padre, le hubiera sido preciso dejar de verle... Segun me indica, todo se refiere á cosas tuyas... Ha adquirido, cuando estuvo en Paris, grandes noticias acerca de tu nacimiento.

»Pero Carlos no me escribe... y mi hermano nada me dice de él... ¡Qué desgraciada soy!»

— ¡Y yo no he leído esa carta! — exclamó sor Adelaida.



—¿Dónde está?—preguntó la superiora.—¿Quién la tiene?

—No lo sé,—replicó sor Adelaida.—Cuando fui acometida de aquel desmayo en la sala de distinguidas, la tenia en la mano... ¿Sabeis quién me llevó al dormitorio?

—Seria sor Gregoria...

—¿Quién tendrá la carta?—dijo sor Adelaida.

—¡Yo!...—gritó desde el pasillo Cabezota, que golpeaba la puerta con los nudillos de la mano, solicitando permiso para entrar allí.

—Adelante,—contestó sor Clotilde.

Y cabezota entró en la sala con cuatro cartuchos de ochentines en la mano.

## CAPITULO XLVI.

### Cabezota y sor Adelaida.

—Guárdelo usted,—dijo sor Clotilde á Cabezota, que la presentaba los cartuchos de oro con que entró en la sala.

—¿Y para qué?

—Para que sea usted nuestro tesorero, si queda algo despues de pagar los gastos del viaje.

—Todo está pagado ya.

—Es igual; habrá que abonárselo á la persona que lo haya adelantado.

—No puede ser...—replicó Cabezota riendo.—Me lo ha prohibido la señorita Adelaida.

—¡Yo!—dijo ésta asombrada.

—Sí, señora. ¿No me ha dicho usted que no vaya á buscar al Duende?

—Sí.

—Pues éste es el que ha suplido todos los gastos... Le dió un gran bolsillo de oro á Gazapos, y como ese mozo se quedó enfermo á la mitad del camino, yo me encargué de los fondos, y aun hay dinero para algun tiempo.

—En tal caso,—dijo sor Clotilde,—es preciso devolver á ese hombre el bolsillo con todo el dinero que tenia.

—Si ustedes quieren fiarse de mí, yo arreglaré este negocio.

—Tiene usted toda nuestra confianza,—dijo sor Adelaida;—pero no olvide usted lo que le tengo dicho...

—Descuide usted, señorita; no le haré daño ninguno.

—Sí, Paco, yo se lo ruego á usted... Ese desgraciado es tío de mi difunta madre.

—¿Qué dice usted, señorita?... ¿Con que el niño Enrique era tío de usted?...

Sor Adelaida, que no tenia el menor conocimiento de sus parientes, guardó silencio, y sor Clotilde dijo:

—¡Pobrecito!... Le asesinaron unos bandidos cuando iba á los baños con el aya.

—¡Dios mio!—gritó sor Adelaida.

Cabezota bajó sus ojos, mordiéndose los labios de coraje al recordar la parte activa que habia tenido en la captura de aquel inocente, en cuya muerte no quiso ser cómplice, y de la que habló con tanto horror al Vizco.

—¿Y vive el padre de Enrique?—preguntó sor Adelaida.

—No,—contestó sor Clotilde;—era el hermano mayor del abad, padre de Margarita, y como murió despues del asesinato de su hijo, heredó el título el segundo de la familia, el actual duque de Alcira... A este infeliz le hicieron pasar mucho tiempo por loco... Si el conde de San Fabian no anda listo, consiguen hacerle perder el juicio de veras. En cuyo caso, el abad de Maqueda seria hoy duque de Alcira.

—¿Y quién pudo tener empeño en trastornar el juicio al duque actual?—preguntó sor Adelaida.

—El mismo, tal vez, que hizo asesinar al pobre Enrique.

—¿Y quién es ese hombre?

—¿No lo adivina usted?—replicó Cabezota.

—¡El Duende!...—dijo la superiora dudando.

Cabezota hizo un movimiento afirmativo con la vista, y bajó de nuevo los ojos.

— ¡Qué horror!... — exclamaron á la vez las dos hermanas de la Caridad.

El bandido se pasó la mano por la frente, como si quisiera apartar de su imaginacion una idea que le atormentaba desde que habian empezado á hablar de aquel asesinato, y procurando disimular su turbacion, dijo:

— Vaya, señorita, no piense usted ahora en tales cosas... ¿Ha leído usted ya la carta de su amiga?

— Sí, — respondió con indiferencia sor Adelaida, que no podía olvidar lo que acababa de oír.

— ¿Y qué carta era esa de que hablaba usted cuando yo entré aquí?... — preguntó Cabezota, esforzándose por sonreír.

— Una que tengo en el Hospital; — respondió sor Adelaida, reanimándose con el recuerdo de la carta de Fernando.

— ¿Era de usted la carta? — preguntó el bandido.

— Sí.

— Lo siento, — replicó Cabezota tristemente. — Yo creía que se trataba de alguna carta que no venia dirigida á usted.

— Precisamente... — repuso con viveza sor Adelaida; — el sobre decía...

— *A la señorita doña Eugenia Vargas*, — interrumpió Cabezota, — *calle de Leganitos, número 59, cuarto segundo interior... Madrid.*

— ¡Así decía!... exclamó asombrada sor Adelaida.

— Y encima, — añadió con alegría Cabezota, — decía *Espague ó Espagua.*

— *Espagne*, — interrumpió con clara pronunciación francesa sor Adelaida... — ¿Pero quién le ha dado á usted estas noticias?...

— ¡Sé yo leer de corrido! — contestó Cabezota con aparente ingenuidad.

— Ya lo creo... ¿Pero usted ha visto la carta?

— Ni mas ni menos que usted si se la enseñáran.

— ¿Quién la tiene? — preguntó con ansiedad sor Adelaida.

— Usted, — respondió con aire de satisfaccion el bandido, sacando del bolsillo una carta, y poniéndosela en las manos.

— ¡Esta es! — dijo asombrada sor Adelaida. — ¿Pero quién se la ha dado á usted?

— Yo le diré á usted... tanto como dárme la de *motu proprio*, nadie; porque me costó el trabajo de pedirla...

— ¿Pues quién le dijo á usted?...

— La misma persona que la tenia... Allá una compañera de ustedes, muy curiosa por cierto, que me hizo cien preguntas cuando fui á informarme de si estaban allí don Lorenzo y la señorita... Hablando, hablando, me dijo que tenia una carta, que se le habia caido á usted un dia de la mano, y que cuando se marchó doña Eugenia no se acordó de dársela... Yo me hice el tonto, y me despedí... pero dos horas despues ya estaba allí otra vez pidiendo la carta de parte de la señorita... La hermana me la dió al momento, diciendo: — Diga usted á esa jóven que, aunque está roto el lacre, yo no he leído la carta; que estaba así cuando la perdió nuestra hermana Adelaida. — ¡Por supuesto! — la repliqué. — ¡Quién habia de pensar que usted leyera una carta que no era suya!...

Sor Clotilde se acercó á examinar la carta, y dijo:

— No quisiera hacer malos juicios... pero me parece que sor Gregoria ha leído esta carta.

— De la cruz á la fecha... — replicó Cabezota. — ¡No vé usted, señora, que prevencion con tiempo malicia arguyel... Si no la hubiera leído, no me hubiese advertido nada.

— ¿Y por qué no entregó usted esta carta á Eugenia? — dijo sor Adelaida.

— Porque habia oido que era usted la que la tenia en

su poder antes de salir de Madrid, y porque... la verdad, hace algunos días que tengo el tino de hacerlo todo al derecho, sin saber cómo... Bastante tiempo he estado sin que me saliera bien nada de cuanto traía entre manos... Pero si no he hecho bien en traer aquí esta carta, en llevándola á su dueño, estamos despachados... Abra usted los lábios, y ya está andando este papel hácia la calle de Leganitos.

—Gracias, Paco.

—¡Qué gracias, ni qué calabazas, señorita!... A mí no me dé usted gracias nunca. Me vale á mí mas el servir á usted, que á usted el dejar que yo la sirva... Pero ya se vé, ustedes no comprenden estas cosas... Se les figura que porque un hombre haya andado por los montes cazando prójimos, no puede tener su corazón como cada hijo de vecino... Y es todo lo contrario... Yo soy un bestia, que fuera del Cristus, que aprendí en la escuela, no sé mas teologías; pero discurre á mi modo, y sé en lo que consiste todo esto... El Duende y otros señores que se han criado en buenos pañales, no vierten una lágrima aunque vean perecer á docenas los niños ó las mujeres. Y yo, en buen hora lo diga, aun no he mirado con malos ojos á ninguna mujer... escepto á la bruja que estaba allá en la Torre, y que ahora vivía en la calle de Leganitos... ¿La dice á usted la señorita Eugenia en la carta lo que le ha sucedido?

—Sí, —respondió sor Adelaida, — y lo siento... — ¡Pobre mujer!

—¡Esto ya es demasiado, señorita!... Yo soy compasivo; pero no tanto... A fé que si ella hubiera podido, su amiga de usted estaría en la cárcel ahora... Y sin haberla hecho ningun daño, que es lo que mas me irrita... porque cuando las personas vengan alguna ofensa, pase... pero así, sin mas ni mas, perseguir á una jóven inocente, que trabaja dia y noche por mantener á su padre... es una villanía.

— Me gusta mucho oír hablar á usted así, Paco, — interrumpió con efusion sor Adelaida; — déme usted palabra



de tener estos sentimientos toda su vida, y de no hacer daño á nadie.

—Yo no hago daño nunca, señorita... Castigo á las personas que abusan de su fuerza para oprimir al débil.

—Dios,—replicó con acento evangélico sor Adelaida,—Dios es el único juez y señor de todo lo criado, y á él solo le corresponde imponer los castigos... Los buenos y los malos son hijos de un mismo padre, y ninguno de ellos tiene derecho para castigar al otro.

—Verdad es,—replicó Cabezota;—pero cuando los malos hacen daño á los buenos...

—El Señor lo dispone así, para castigar despues á los primeros y premiar á los segundos.

—¿Y no seria mejor que no permitiera esos abusos?... ¿De qué sirve la gente mala en el mundo?

—De hacer brillar las virtudes de los buenos... Si no hubiera pecadores, no habria justos que les perdonáran sus maldades para alcanzar la gloria eterna...

—¿Y no podriamos ser justos todos los hombres?

—Dios nos presenta al nacer la senda del bien y la del mal del mismo á todos.

—Sí; ¿pero qué culpa tiene el niño de que sus padres le eduquen en el vicio, y le hagan malo antes de que pueda distinguir el bien del mal?

—Si cuando conoce que ha obrado mal hasta entonces, se arrepiente, el Señor le acoge con mayor júbilo que al que ha sido bueno desde su nacimiento.

—¡Y si no se atreve á retroceder en el camino del crimen, porque las gentes honradas huyen de su compañía como de la peste!

—Es señal de que su fé no es grande, y el Señor castiga su desconfianza, condenándole á perder su divina gracia eternamente.

—Señorita,—dijo Cabezota confundido,—usted es muy buena, y sabe mas que yo de esas filosofías; pero si conocie-

ra lo difícil que es poderse arrepentir, aunque se desee con ahinco... Al ladrón, por ejemplo, que, cansado de andar esponiendo su vida por los caminos, privando de ella á sus semejantes por adquirir un pedazo de pan, se presenta en las poblaciones para ganar honradamente su sustento... todos le huyen. Solicita trabajo, y se lo niegan; pide un rincón donde pasar la noche, y todos desconfían de dormir bajo el mismo techo que él... Solo unas puertas se le abren de par en par, convidándole á entrar allí... Solo los criminales tienden la mano que él rehusó en los caminos... Y así, acosado del hambre y del cansancio, vuelve á entrar en la senda del mal, donde unas veces por vengar el desprecio de los hombres de bien, y otras por adormecer los disgustos de su vida criminal, comete las mayores atrocidades...

— En este caso, — contestó sobresaltada sor Adelaida, — Dios le ha elegido por instrumento de la venganza divina.

— ¿Y si ese hombre asesina á un niño inocente, que no ha hecho daño á nadie?

— Paco... — replicó cada vez mas confusa sor Adelaida, — no hablemos mas de esto... Los decretos del Altísimo deben respetarse siempre...

— ¿Sin comprenderlos? — dijo Cabezota.

— El Señor no nos ha hecho dignos de tanta merced... Sirvámosle de corazón, y no dejemos nunca de implorar su misericordia para con los mismos que nos han ofendido... Las oraciones de la víctima alcanzan muchas veces el perdón del verdugo, aplacando la ira del Señor... Pero á nosotros no nos compete indagar los misterios de la Divinidad.

— Sea como usted quiera, — dijo Cabezota, resignándose á callar con alguna violencia; — pero prométame usted que no será esta la última vez que hablemos de estas cosas... Yo soy muy cabiloso, y tengo ciertas dudas...

— Pues piérdalas usted todas, y crea sinceramente que el poder de Dios es grande y eterno... No desconfíe usted

nunca de su divina gracia, y la fé le dará valor para arros-  
trar las mayores tribulaciones... Esta virtud hizo triunfar  
á los mártires de los tormentos de sus perseguidores, y sin  
ella no se lleva á cabo ninguna empresa, por pequeña que  
sea. Jesús les decia á sus discípulos, cuando dudaban de sus  
milagros, estas palabras: «Siuviéseis tanta FÉ como un  
»granito de mostaza, podreis decir á ese monte: trasláda-  
»te de aquí allá, y se trasladará; y nada os será impo-  
sible.»

Cabezota miraba con asombro á sor Adelaida, cuyo sem-  
blante, ruborizado desde las últimas dudas del bandido, ha-  
bia recobrado una dulzura angelical, que divinizaba, por de-  
cirlo así, sus facciones.

Su voz era pura y suave; y con tal candor pronunciaba  
sus palabras, que aunque no hubiesen tenido tan gran fondo  
de verdad, habrian seducido á cuantos las hubiesen es-  
cuchado.

Sor Clotilde la oia extasiada, y mas de una vez volvió  
la cara para secar sus lágrimas, sin ser vista de su amiga.

—Los nobles sentimientos de su corazon,—añadió sor  
Adelaida;—y la generosidad que ha usado con nosotras,  
todo me indica que Dios infunde en usted su divina gracia  
y que arde en su pecho la llama de la fé... ¿Cree usted, por  
ventura, que hubiera podido burlar la vigilancia del Duen-  
de, si la fé no hubiera dirigido su brazo?

—¿La fé?.....—repitió Cabezota, encogiéndose de  
hombros...

—Sí, la fé... ¿Esperaba usted ser vencido por el hom-  
bre que estaba encargado de llevarnos al poder del Duende?

—No, señora... Ya he dicho á usted antes, que cuando  
voy á matar, jamás me ocurre que puedan matarme ni he-  
rirme... Si no tuviera confianza en mi brazo, era hombre  
perdido... Bien sé yo que, por mucho que valga un hom-  
bre, contra tres ó cuatro, puede hacer bien poca cosa; pero  
si yo pensára en ello cuando me acomete mas de uno...

hombre al agua... Es preciso entrar con la esperanza de salir vencedor para no quedar vencido.

—Pues esa es la fé, Paco... Si usted dudára en el momento de pelear, seria vencido siempre... Tenga usted confianza en el poder de Dios, y nunca le abandonará la misericordia divina.

Cabezota, que se habia ido poniendo en pié hacia un momento, cayó de rodillas delante de sor Adelaida, y la besó la mano, sin que ella pudiera impedirselo.

Pero se levantó de su asiento ruborizada y confusa, y le dijo:

—Levántese usted, Paco.

—No me hable usted así, señorita, —dijo éste con una humildad que habria parecido fingida á sus antiguos camaradas.

—¿Pues cómo quiere usted que le hable?

—De *tú*, y no con ese cumplido, que parece que no tiene usted confianza en mí.

—Yo no sé hablar de otro modo.

—Pues yo la pido á usted este favor, señorita; me dá miedo que usted me hable con esa ceremonia... Y á usted la digo lo mismo, —añadió, dirigiéndose á sor Clotilde, que permanecia silenciosa y conmovida con el diálogo que acababa de escuchar.

—Démosle gusto, —dijo la superiora, volviéndose á sor Adelaida.

—Sí, sí, —interrumpió Cabezota.

—Pues bien, —repuso avergonzada sor Adelaida; —si así está usted contento...

—Así no, —replicó sonriendo Cabezota.

—Si así estás contento...

—Eso... eso... Y usted ni mas ni menos que la señorita.

—Descuida, —repuso sor Clotilde.

—Con los que son iguales á mí, aunque sea la primera vez que nos vemos, los tuteo y ellos á mí... Me hablan de

*usted* muchas gentes; pero las que son mas que yo y que quiero servir las, no me gusta que me hablen así. Con que, señorita, ya estamos corrientes... Ahora ustedes dispondrán cuándo quieren dar la vuelta á Madrid... La tia de esta señora, —añadió, señalando á sor Clotilde, —me dijo que la mandase recado para salir con su coche á recibir á ustedes, porque dice que no conviene que vayan derechas al Hospital, y que en su casa estarán ustedes hasta que se vea lo que debe hacerse.

—Por mi parte, —dijo sor Clotilde, —al momento.

—Yo, —repuso sor Adelaida, —si esta mujer estuviese en estado de venir con nosotras...

—¿Y para qué la necesitamos? —dijo Cabezota.

—Para curarla completamente la herida.

—¡Eh! No haga usted caso de eso, señorita; nosotros tenemos piel de culebra y siete vidas como los gatos... Mañana á estas horas está ya en el monte batiéndose con un jabalí: es de bronce esa mujer.

—Pues si Dios quiere que sea así, mañana emprendemos nuestro viaje.

—Como usted guste... Lo que yo siento es que aquí no hay diversion ninguna que ofrecer á ustedes. Si el piso no estuviera tan malo, iríamos á ver la cueva del Ave-María.

—¡Qué horror!... —gritaron á la vez las hermanas de la Caridad.

—Ahora no hay miedo... —dijo Cabezota; —¡antiguamente si que habia mala gente!...

—El Duende estaba allí esta mañana, —repuso sor Clotilde.

—Pero ahora ya se habrá marchado... Si fuera tropa la que le persiguiera, podia estar allí con toda calma, seguro de que no daban con él... pero conmigo y con Cerezo no gastará él esas bromas... Si nos oyera toser á la boca de la cueva, rezaba el Credo... Y esto no es decir que no sea va-

liente como el primero ; pero conocemos nosotros muy bien aquellas encrucijadas.

—¿Tan grande es la cueva?—preguntó sor Clotilde.

—Un batallon cabe dentro de ella ; y escepto una sala muy grande que hay en medio , en todo lo demás apenas caben dos personas de fondo.

—Yo me alegraria de poderla ver.

—Pues mañana temprano vamos allá... Estoy seguro de que las ha de gustar á ustedes.

—Primero será preciso informarse si se ha retirado el Duende...—dijo sor Clotilde.

—¡Quién lo duda!—replicó Cabezota.

Y pocos momentos despues se percibió confusamente un tiro hácia el otro lado del barranco.

Cabezota corrió á informarse de lo que era , sin decir nada á las hermanas , á tiempo que entró allí el guarda , diciendo :

—Esa gente se vá.

—Buen viaje , —replicó Cabezota ; — tienen permiso de la señorita para ir via franca donde se les antoje.

Y bajando la voz , añadió :

—¿Pero quién ha disparado esa escopeta?

—No ha sido escopeta , —replicó el guarda ; — ha sido una pistola... Cada uno de los tres llevaba un caballo del diestro , y el que hace de jefe se incomodó por que el suyo se encabritaba al acercarse al barranco , y sin apearse del otro , le dejó seco de un tiro.

—Si hubieran hecho lo mismo con los otros dos , se ahorran de que nadie les pidiese cuenta luego de los ginetes... Me alegraria que la justicia viese los cadáveres y los detuviera en el camino... Al diablo le ocurre una torpeza semejante.

—¡Sabes que no han sido mas que dos los muertos!

—Pues ¿y el otro?

—Creimos que le habiamos muerto , porque quedó ten-



dido en el suelo; pero ahora no hay allí mas que un cadáver y el que está en el barranco... Los dos los ha matado mi mujer...

—Vale mas que tú.

—Tiene mejor puntería.

—Y mas intencion.

—¿Quién dirás tú que era el que quiso pasar el barranco, ó mejor dicho, el que le habia pasado ya?

—La Lechuza.

—Te lo has figurado, porque no conoces ningun otro que sea capaz de hacerlo...

—Por eso, y porque sabia que venia con ellos.

—Pues cabalito... mi mujer le puso la bala en mitad de la frente.

—¿Y habeis quitado estorbos de en medio?

—Ya está todo corriente.

—Ahora es preciso averiguar dónde ha ido á parar el otro.

—A morir veinte pasos mas lejos.

—¿Le has visto tú?

—No; pero cayó con dos balazos... y además Bocanegra, que le vió moverse, le arrimó otro tiro.

—No importa; es preciso saber dónde está, —replicó Cabezota.

Y dirigiéndose á sor Adelaida, que, retirada con su amiga, estaba abriendo la carta del sello negro, la dijo en voz alta:

—Señorita, me voy á reconocer la cueva mientras que ustedes leen esa carta.

—Espera á que se hayan alejado esos hombres.

—No tenga usted cuidado... Pero haré lo que usted desea... Y mientras tanto, voy á la cocina á tomar un refrigerio... Y ustedes no se descuiden en hacer otro tanto: cuando quieran comer lo dicen.

—Cabal, —dijo el guarda.

—Dentro de un momento,—dijo sor Adelaida;—y si á Paco no le apura mucho el hambre,—añadió sonriendo,—comeremos juntos.

—¡Señorita!—esclamó el bandido.

—¿No quieres comer conmigo? ¿O es que no puedes esperar á que yo lea esta carta?

—Esperaría yo hasta el día del juicio, seguro de no morir de hambre, solo por hacer lo que usted me manda; pero no sabría probar bocado al lado de usted.

—Pues es preciso que te acostumbres á obedecerme en todo.

—Obedecer es amar,—dijo Cabezota.

Y saludando respetuosamente, se retiró de allí con el guarda-bosque.

## CAPITULO XLVII.

### La carta de Fernando.

Cabezota y el guarda salieron al campo con ánimo de seguir las huellas del herido, ó muerto resucitado, como le llamaba Bocanegra, y que, como sabe el lector, no era otro sino Pestaña, uno de los *ojeadores* que el Duende sacó de Madrid para que le descubriesen el paradero de las hermanas de la Caridad.

A los pocos pasos encontraron un rastro de sangre que perdieron al borde de un despeñadero, y que en vano trataron de seguir despues. Les quedó, por lo tanto, la duda de si Pestaña habria caído en aquel precipicio, donde no lograron tampoco hallar su cuerpo, ó si habria continuado su penoso viaje para buscar la salvacion á mayor distancia.

Su fusil habia quedado con el de su compañero, en el sitio donde fué herido por Bocanegra y el guarda. Este y Cabezota se dirigieron á la cueva del Ave-María, armados con las escopetas, para registrarla y convencerse de que nadie habia en ella, antes de que sor Adelaida y la superiora fuesen á verla.

Las hermanas de la Caridad se ocuparon, mientras tanto, en leer la carta de Fernando.

Sor Adelaida, que habia roto el lacre negro, palpitando de gozo por el anuncio, que del contenido de la carta le habia anticipado su amiga Eugenia, desdobló el papel con mano trémula, y dijo:

—Tampoco nos pertenece este secreto... la carta viene dirigida á Eugenia.

—Desecha, hija mia, tales escrúpulos,—la replicó sor Clotilde;—tus hermanos no pueden tener secretos para tí... Sabes, además, que se trata de tí en esta carta; y si Fernando hubiese sabido que estabas en Madrid, te hubiera escrito directamente.

—Casi estoy segura de ello,—repuso sor Adelaida;—pero, sin embargo, Eugenia es la única persona que tiene derecho á leer esta carta.

—¿Te obstinas en no leerla?

—Si pudiera prescindir de las revelaciones que en ella se hagan, y leer solamente los párrafos en que Fernando hable de sí propio, ya la hubiese leído.

—¿Temes salir de una vez de las dudas que te han atormentado toda tu vida?

—No, señora; tengo valor para todo... Pero si lo que Fernando escribe á su hermana es la relacion de lo que en Paris le hayan dicho acerca de mi nacimiento, gracias á vuestras bondades, me son inútiles tales noticias.

—Sin embargo, yo nada sé de lo que ocurrió despues de tu nacimiento. Ignoro cómo volviste á los brazos de tu madre, y nada sabia del matrimonio de mi desgraciada amiga con don Lorenzo... Además, no debes olvidarte de que el hombre que te dió el sér, si es cierta su muerte, como te dijo don Lorenzo, tiene su familia en Paris. Lee esta carta, hija mia, y sabremos de una vez á qué atenernos en un asunto, cuya noticia ha de fijar para siempre tu destino futuro. Fernando escribió á su hermana, y tú adquiriste ese titulo antes que Eugenia.

—¡Dios me perdone esta indiscrecion! —esclamó sor

Adelaida, fijando su vista en la carta, que tenia desdoblada en la mano.

Y con voz agitada y trémula, teñido su rostro de un vivísimo carmin, que realzaba su modestia y su hermosura, leyó lo siguiente:

*Clermont 18 de Diciembre.*

«Mi querida hermana Eugenia: Cuando veas el contenido de esta carta, me perdonarás el que no te haya escrito desde Paris, y que haya dejado pasar ocho dias despues de mi vuelta á este punto sin decidirme á hacerlo. Temia confiarte un secreto, que mas tarde ó mas temprano, llegará á tu noticia, y que te llenará de asombro. Ahora mismo he rasgado tres ó cuatro cartas que habia empezado á escribirte, y no sé si me atreveré á continuar la presente.

«Lo que voy á decirte es demasiado grave para una jóven como tú, que ama con delirio la memoria de nuestra pobre madre, y que pierde su vida trabajando por sostener á nuestro desgraciado padre; pero tu discrecion, tu talento, y mas que todo, las virtudes que te adornan, me dan valor para todo. Perdóname si te causan disgusto mis revelaciones.

«¡Yo no tengo en el mundo nadie mas que á tí á quien confiar mis secretos!...»

— ¡Nadie!... — repitió sobresaltada sor Adelaida; y despues de un momento de silencio, continuó leyendo:

«Un descubrimiento funesto me ha arrancado la vaga esperanza que alimentaba en mi pecho, de que algun dia desaparecieran los obstáculos que se oponian á mi felicidad... Nuestro padre tenia razon al decir que mi enlace con Adelaida era imposible... ¡Ya no puedo amarla nunca!...»

— ¡Nunca!... — exclamó horrorizada sor Adelaida.

— Sigue leyendo, hija mia, — dijo sor Clotilde.

— ¡Que no puede amarme nunca!... ¡Ah!... ¡No le bas-

ta el cariño de una hermana!... ¡Su corazón necesita otro amor!... El que nació á la vez en nuestros corazones... el que colmaba nuestros mayores deseos, y por el que jurábamós vivir siempre el uno para el otro... Fernando romperá ahora ese nudo... se considerará libre, y su corazón buscará una compañera para toda la vida... Y entonces, ¿qué será de mí?... ¡Dios mío!... Muertas las personas que me dieron el sér; al borde del sepulcro la que me otorgó lo que no merecí á mi propio padre... y viendo en los brazos de otra mujer al hombre á quien habia consagrado mi corazón, ¿qué será de mí?... ¡Dios mío!... Eugenia vivirá feliz con Carlos, y yo volveré á mi retiro, sola... sin mi fiel y única compañera de infortunio... Al querer averiguar el nombre de las personas que me dieron la existencia, he perdido la esperanza de ser feliz algun día... ¡La esperanza... mi única amiga!...

— ¿Tu única amiga? —replicó con acento cariñoso sor Clotilde.

— ¡Perdon, madre mia, perdon! —dijo sor Adelaida.— He ofendido al Señor pensando de nuevo en mis pasiones mundanas, y no es extraño que en mi delirio olvidase lo mucho que os debo.

— Al contrario, hija mia, —replicó sor Clotilde;—yo soy la que debo pedirte perdon por haber sido la causa de todos tus padecimientos.

— ¿Y qué podriais haber hecho para impedir lo que el tío de mi pobre madre habria llevado á cabo por sí solo?... Si no me hubiéseis confiado al nacer en brazos de una nodriza, mi sangre habria corrido mezclada con la del niño Enrique... cuya muerte no se borrará nunca de mi memoria... ¡Y si supiérais la idea que me atormenta desde que he sabido ese asesinato!

— ¿Qué idea, hija mia?

— Sospecho que el hombre que me sacó de la Torre del Duende fué el ejecutor de tan horrible asesinato. Me estre-



mece pensar que debo mi libertad á la persona que tiñó sus manos en la sangre del inocente niño.

—¿Qué motivos tienes para pensar semejante cosa?

—Algunas palabras que oí entonces, y que recuerdo perfectamente ahora.

—¿Pues no me has dicho que el hombre que te libró del poder del Duende era un viejo generoso y compasivo, que usó contigo de las mayores atenciones?

—Sí, señora; pero á veces, entre los criminales, los mejores rasgos de generosidad y de abnegacion son debidos á una venganza ruin ó á un interés mezquino... Sin embargo, me cuesta mucho trabajo creer que aquel hombre hubiese tenido valor para derramar la sangre inocente de Enrique.

—Paco nos sacará de la duda.

—No he tenido valor para preguntárselo.

—Luego se lo diremos. Sigue leyendo, y olvida por un momento tu amor; acuérdate que me ofreciste amar á Fernando como á un hermano, y vivir contenta bendiciendo el nombre de tu madre.

—¡Mi madre!—repitió sor Adelaida.—¡Pobre madre mia!

Y despues de enjugar las lágrimas que asomaban á sus ojos, continuó leyendo con voz clara y firme lo siguiente:

«Privado de sus noticias hace ya tres años, he pasado »todo este tiempo leyendo sus cartas continuamente, y es- »cribiéndole un diario de mi vida, que rasgaba hoja por ho- »ja despues. Me habíais prohibido pensar mas en ella, y hoy »no sé si vive; pero nunca he dudado de su amor... Si vive, »estoy seguro de que su pasion no ha muerto.»

—¡Ah!... ¡No!...—gritó con entusiasmo sor Adelaida.—No ha muerto mi pasion... Vive... ¡pero vive muerta!

«De todos modos, —continuó leyendo,—nuestro amor »es imposible... ¡Ojalá haya olvidado la infeliz esa pasion »funesta!... ¡Plegue al cielo que cuando llegue á su noticia »lo que voy á revelarte, halle en los brazos de otro hombre

»el amor que hoy le niegan los de su hermano Fernando.»

Sor Adelaida no pudo continuar leyendo, y estrechada contra el seno de la superiora, permaneció largo rato vertiendo abundantes lágrimas.

Después, con voz apagada, pero serena y firme, continuó la lectura:

«Si, querida Eugenia... fruto de unos amores desgraciados, y mejor dicho, de una seducción infame, Adelaida debe su existencia á nuestra desgraciada madre... Si creyera que tú eras capaz de atreverte á juzgar siquiera la conducta de la mujer que nos dió el sér á todos, yo te recordaria únicamente la vida de amargura que ha pasado esta infeliz señora, y los torrentes de lágrimas con que expió una falta que su propio tío la arrastró á cometer.

»Una casualidad, que puede llamarse providencial, ha hecho que el padre de Adelaida haya exhalado su último aliento en mis brazos...»

—¡Dios mío!—gritó sor Adelaida, cayendo desmayada sobre el respaldo de la silla.

Sor Clotilde corrió á la cocina en busca de agua para rociarla el semblante; medicina vulgar, que de nada sirvió esta vez, como generalmente sucede.

Abrió la ventana para hacerla respirar aire libre, y después de una hora de inútiles esfuerzos, sor Adelaida abrió los ojos, empezó á llorar, y estrechó la mano de la superiora, que se apresuró á ocultar la carta.

—¿Sufres mucho, hija mía?—dijo sor Clotilde.

—No, señora,—replicó con voz dulce sor Adelaida;—hacedme el gusto de continuar la lectura.

—Mas tarde la leerás tú misma.

—¡Ah, no! Hacedme ese favor.

—Sea como tú quieras,—repuso la superiora, sacando la carta, que habia ocultado entre los pliegues del hábito.

—Sí, madre mía; quiero saber los últimos momentos del autor de mis días... Dios ha permitido que, así como mi-

madre, haya muerto en los brazos de un hermano mio... y esto me prueba que la misericordia divina no me abandona nunca.

—Tu conformidad me encanta,—dijo sor Clotilde.

Y sin soltar la mano de su amiga, leyó lo siguiente:

«Antes de que la revelacion que me hizo del nacimiento de Adelaida me hubiese hecho conocer que la persona de que se trataba era nuestra pobre madre, me ofreci á vengar su honra, haciendo un viaje á Madrid para desafiar á su tio, el hermano del duque de Alcira... El duque de Mont-Marsan, que tal es el título del padre de Adelaida, perdió el conocimiento y espiró... sin que yo pudiese retirar mi juramento de exigir una reparacion de la deshonra de la madre de Adelaida, á un tio de la que asimismo lo era mia... Desde que me enteré de esta funesta noticia, no volví á oir la voz del duque, que murió despues de reconocer solemnemente á Adelaida por hija suya, y de haberla instituido su única heredera... Los sacerdotes, los parientes y los amigos que rodeaban su lecho, todos se retiraron conmovidos de la resignacion cristiana con que se desprendió de la vida, á la edad de cincuenta años, y cuando su semblante, lleno de salud y de vigor, indicaba hallarse en lo mejor de su vida.

»Llamó á las gentes de su servidumbre, y uno á uno les pidió perdon á todos.

»Cuando ya no podia hablar, me recordó con la vista el juramento que le habia empeñado, y mi mano fué la última que sintió el calor de la del desgraciado duque... Su muerte ha sido muy sentida por cuantos le habian tratado en el último tercio de su vida, y su familia le ha perdonado los desórdenes de su juventud.

»Yo tambien olvidé, al verle morir arrepentido y contrito, que habia sido la causa de los tormentos que acibaron la existencia de nuestra pobre madre, y le perdoné la desgracia á que me habia condenado con su imprudente

»revelacion... En aquel momento, hermana mia, no sentia  
»como ahora el haber perdido para siempre la esperanza  
»que constitua mi única felicidad... Yo te aconsejo, Eugene-  
»nia, que no quieras nunca andar el camino que separa las  
»ilusiones de las realidades... Al término de él no hay otra  
»cosa que los desengaños... No te anticipes nunca el por-  
»venir si quieres vivir feliz con el presente, por triste que  
»sea... Acuérdate siempre de aquellos versos, que tantas ve-  
»ces nos repetia, cuando niños, nuestro buen padre:

»Y pues vemos lo presente

»Cuan en un punto se es ido,

»Y acabado;

»Si juzgamos sabiamente,

»Daremos lo no venido,

»Por pasado.

»Tenia razon el poeta Jorge Manrique para espresarse  
»de este modo... Yo, que cuando te escribí la última vez  
»creia que no era posible otra situacion mas desgraciada  
»que la mia, envidio hoy aquel estado de angustiosa incer-  
»tidumbre, en el que me era dado al menos el placer de  
»alimentar alguna esperanza.

»Voy ahora á referirte brevemente mis cortas relaciones  
»con el duque de Mont-Marsan, para que no estrañes la re-  
»solucion que he tomado de pasar á esa contra los precep-  
»tos de nuestro padre... Quizá el estado en que se halla el  
»infeliz me permitirá verle sin causarle el disgusto de saber  
»que le he desobedecido, entrando en España, y jurando  
»unas banderas contra las que he peleado por espacio de  
»cinco años.

»Cuando me internaron de órden del gobierno de Ma-  
»drid, sin que yo supiese la causa, y originándome los per-  
»juicios que sabes, me presenté á nuestro embajador en Pa-  
»ris, que me recibió de una manera muy cortés, convidán-  
»dome á comer un dia en que le acompañaba á la mesa el

»padre de Adelaida. Deseoso el duque de averiguar el paradero de su hija, que ya sabia que estaba en España, iba á menudo á ver á nuestro embajador, contrayendo amistad con los españoles que veia allí, y á todos les hablaba de su hija con mas ó menos rebozo. A mí me hizo igual confesion, dándome tantas noticias, que llegué á comprender que se trataba de Adelaida; pero no me atreví á decirle que me habia criado con ella como una hermana, porque le oí hablar con mucha indignacion de las personas que habian entregado á su hija en poder del tio de su madre.

»Lo que me dijo de ese hombre me horrorizó de tal modo, que ofrecí tomar á mi cargo el castigo de sus maldades; y mi indignacion subió de punto cuando oí el maltrato que habia dado á la pobre Adelaida, encerrándola en una torre, desde donde la infeliz me escribia las cartas que llevo siempre sobre mi corazon, y en las que era imposible conocer lo que estaba sufriendo... Sus palabras alegres, y que revelaban una envidiable tranquilidad de espíritu, parecen los acentos de los mártires de la cristiandad entre las hogueras del gentilismo.»

Sor Adelaida bajó los ojos avergonzada, sin dejar de verter copiosas lágrimas, y sor Clotilde le besó la mano, continuando la lectura de la carta:

«El duque logró una vez saber el paradero de su hija entre las escabrosidades de la sierra de Segura, y se dirigió allá con gente armada para rescatarla del poder del abad de Maqueda; pero éste emprendió un viaje forzado á Gibraltar, llevándola en su compañía.»

— ¡Dios mio! — exclamó sor Adelaida. — Huia de mi padre, cuando creía salvarme de la muerte, que, segun me dijeron, nos iban á dar unos malhechores.

«El duque, — continuó sor Clotilde leyendo, — encaminó tambien sus pasos hácia Gibraltar; pero la gente que llevaba consigo, aunque españoles muchos de ellos, no cono-

»cian aquel terreno, y no pudieron llegar tan pronto como  
»la comitiva de Adelaida. Cuando llegaron á Gibraltar ya  
»no estaba allí su hija, y una carta que recibió, anuncián-  
»dole que su padre queria abrazarle antes de morir, le hizo  
»volver á Paris sin entrar de nuevo en España.

»Desde entonces todas sus diligencias habian sido inú-  
»tiles, y solo logró saber, aunque con poca seguridad, que  
»Adelaida se habia escapado del poder del abad de Ma-  
»queda.

»Nada me dijo entonces del paradero de la sobrina del  
»duque de Alcira, despues de haber dado á luz á su hija en  
»los brazos de su amiga Clotilde, actual condesa de Baza.»

La superiora suspendió la lectura para enjugar las lá-  
grimas que anublaban sus ojos, y continuó:

«Yo ignoraba la parte mas importante del secreto, y  
»creia ya desvanecida la imposibilidad de mi enlace con  
»Adelaida. Renové mi juramento de buscar al abad de Ma-  
»queda para que defendiera su vida de mi espada, y lavar  
»con su sangre y con la mia la deshonra de la madre de  
»Adelaida, vendida traidoramente por él á su antiguo ami-  
»go el duque, segun confesion de éste, que lloraba conti-  
»nuamente su falta. Yo bien sé, hermana mia, que al ate-  
»nuar la culpabilidad del duque, me dejaba llevar del egois-  
»mo de ver en él al padre de la mujer que poseia mi cora-  
»zon, y cuyo amor era mi única felicidad.

»Diariamente andaba buscando medios de declarárselo  
»todo, y de pedirle la mano de su hija, si lograba arrancarla  
»á las personas en cuyo poder estuviera; pero temia que el  
»duque, que dejaba á su hija una riqueza inmensa, creyese  
»desigual nuestra boda, y me negase su consentimiento.  
»¡Oh! ¡Cuán distante estaba yo entonces de creer que otra  
»barrera mas insuperable se habria de oponer á mi union  
»con Adelaida! Orgulloso de mi nacimiento, no temia otro  
»obstáculo que el de los bienes de fortuna; y sin embargo,  
»la sangre es la que hoy hace imposible mi felicidad... Ese



»nacimiento, que yo creia poder alegar como un título á mi favor, es hoy un impedimento invencible.

»Pero no quiero fatigarte mas tiempo con estas reflexiones, á que desesperadamente me entrego dia y noche. Concluiré diciéndote, que la Providencia no quiso que yo vieses con vida al seductor de nuestra infeliz madre... En los últimos momentos del duque fué cuando supe toda la inmensidad de mi desventura... Entonces me estrechó la mano; me pidió perdon de sus culpas, y me dijo estas palabras, que fueron las últimas que salieron de sus lábios:

—«Yo os suplico que vayais á vuestro país, y que no descanséis un momento hasta encontrar á Adelaida, y obtener de ella el perdon de su infortunado padre...»

—¡Padre mio!—dijo sor Adelaida, cayendo de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cruzadas, como si estuviera orando al pié del sepulcro del duque.

La superiora guardó el mas profundo silencio, y se decidió á no concluir por entonces la lectura de la carta. Pero pasado un cuarto de hora, sor Adelaida se puso en pié y la dijo con voz muy débil, pero al parecer tranquila:

—Continuad.

«Dadme palabra, —añadió sor Clotilde continuando la lectura, —de hacerlo así, y de ser siempre el amparo de mi desgraciada hija...

»Yo se lo ofrecí, conmovido por el acento solemne de su palabra, y él me añadió:

—«Vos perdonadme el haberos privado de una esposa... dándoos... una... hermana... ¡Dios me perdone!...—dijo, y la voz se le heló en la garganta.»

Sor Clotilde llevó el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima, y abrazando á su amiga, volvieron á guardar silencio por algunos momentos.

Así hubieran permanecido, sin concluir la lectura de la carta, si la superiora hubiese esperado á que sor Adelaida hablase. La jóven huérfana no alzaba la cabeza del pecho,

y solo alguna vez elevaba al cielo sus melancólicas miradas.

Pero sor Clotilde, deseosa de abreviar semejante suplicio, concluyó la lectura, diciendo:

«Los pocos minutos que sobrevivió no apartó su vista de  
»mí, espresando en ella lo mucho que estaba sufriendo.

»Sali de Paris dos dias despues de la muerte del duque,  
»habiendo acompañado su cadáver á la última morada, con  
»pasaporte para España, desde donde he ofrecido al nota-  
»rio que otorgó el testamento, y á un primo del duque, su  
»único pariente inmediato, avisarles el paradero de Ade-  
»laida.

»Mañana salgo de aquí con direccion á Bayona, y des-  
»de allí entraré en España por Valencia, para pasar por la  
»sierra de Segura á adquirir las noticias que deseo.

»Ya no anhele otra cosa sino ver á Adelaida para pe-  
»dirla que sea una buena hermana, y que cuando su cora-  
»zon elija dueño, esté segura de que Fernando hará votos  
»al cielo por su felicidad.»

— ¡Ah!... ¡No puedo mas!... — exclamó sor Adelai-  
da. — ¡Dios ha oido mis ruegos!... ¡Fernando!... ¡Herma-  
no mio! ¡Tu hermana Adelaida vivirá eternamente para  
tí!...

## CAPITULO XLVIII.

### La cueva del Ave-Maria.

Ya hacia dos horas que el sol derramaba sus rayos por aquellas montañas, cuando las hermanas de la Caridad abrieron los ojos á la luz del nuevo dia, rezando fervorosamente la oracion de la mañana.

Las emociones violentas que habian sufrido el dia anterior, y mas principalmente la inquietud con que habian cerrado sus ojos al sueño desde que salieron de Madrid, las permitió disfrutar mayor descanso que en los dias anteriores.

El sueño de sor Adelaida fué menos tranquilo que el de su compañera. Su imaginacion, exaltada y aturdida, habia pesado, por decirlo así, sobre sus párpados, cuyas luengas pestañas revelaban con su estremecimiento la fiebre que abrasaba aquel semblante, teñido de encendida púrpura.

Su cuerpo estaba mas postrado que dormido, y por esto se revolvía sin cesar, dando gritos de vez en cuando, y abriendo los ojos á menudo para dar salida á las lágrimas que se agolpaban en ellos.

Afortunadamente, estos continuos desahogos fueron calmando la agitacion que sufría la infeliz hermana de la Ca-

ridad, y pudo disfrutar dos horas de sueño tranquilo, que repararon en parte sus fuerzas.

Desde que concluyó de leer la carta de Fernando, hasta las doce de la noche, no se habia separado del lado de la guardesa, cuyo estado no ofrecia ya ni el mas remoto peligro, y fué preciso llevarla á otra alcoba para lograr que se apartase de la enferma y atendiese al descanso, de que tanto necesitaba su espíritu.

Y apenas concluyeron la plegaria de la mañana, se dirigieron ambas á saludar á la enferma, y á informarse de cómo habia pasado la noche.

El guarda, que habia quedado de enfermero, las dijo:

— Está muy bien; ha pasado toda la noche en un sueño.

— Efectivamente, — contestó sonriendo la enferma; — toda la noche la has pasado durmiendo... haces un enfermero excelente.

— ¿Y tú no has dormido? — replicó el guarda.

— Yo sí; he dormido tres horas, y te he visto dormir las restantes.

— ¿Y cómo se encuentra usted ahora! — la preguntó sor Adelaida.

— Muy bien... no me he levantado ya, porque ustedes no se incomodáran.

— ¡Levantarse!... — replicó sor Clotilde. — ¡Qué disparate!... Debe usted guardar cama unos días.

— ¡Qué dice usted, señora!... — repuso riendo la guardesa. — Pues si yo no me levantára hoy, ¿para qué queria mas enfermedad que estar en la cama?... Seria peor la medicina que el balazo.

La superiora la tomó el pulso; la puso la mano en la frente; la registró la lengua, y dijo asombrada:

— ¡Ni destemplanza tiene siquiera!...

— ¡Si nosotros somos de bronce! — replicó la guardesa. — ¡Ya se vé, toda la vida entre fieras, algo se nos ha de pegar de ellas!... — Comemos su carne; bebemos el agua

que ellas beben; tomamos el mismo viento, y dormimos casi todo el año bajo las mismas sábanas de nieve que cubren estas sierras... ¡qué ha de suceder!

—Sin embargo,—repuso sor Clotilde,—esos mismos animales se encierran en sus cavernas cuando les acomete la calentura...

—O salen al campo á curarse de ella, corriendo y sudando,—replicó la mujer del guarda.

—No importa,—dijo sor Adelaida;—usted no puede abandonar la cama tan pronto; tiene usted hijos que cuidar, y no debe esponer su vida por un capricho.

—¿Y las fieras, no tienen hijos tambien?—preguntó riendo la guardesa.

—No diga usted eso ni en broma,—repuso sor Adelaida.—Dios nos ha dado al nacer una inteligencia superior á la de todos los animales, y es ofenderle el compararse con ellos. Las fieras podrán sentir las privaciones del cuerpo; pero nunca la del alma, que Dios ha concedido únicamente á la especie humana. El leon ruge cuando se siente herido; pero no aumenta su dolor el remordimiento de lo que sufre la victima que dejó herida sobre el campo.

—¡Toma!... Pues lo mismo me sucede á mí,—replicó la guardesa.—Yo tampoco me acuerdo mas que de mis males, cuando los tengo... Y lo que siento ahora no son los dolores de los que cayeron heridos ayer, sino el que se escapára sano y bueno el que me dió el balazo. ¡Una rábia me dió anoche cuando me dijeron que los habian dejado escapar!...

—Yo se lo pedí á Paco,—replicó sor Adelaida.

—Y fué muy bien hecho,—contestó el guarda.—El hombre debe defenderse siempre, pero ofender nunca.

—¿Y qué haces con los que te han ofendido? ¡Pedazo de bestia!...—esclamó la guardesa.

—Si huyen, nada.

—Tiene razon,—dijo sor Clotilde;—y así lo siente nuestra enferma, aunque diga lo contrario.

— Yo siempre digo lo que siento. — repuso la guardesa, agradeciendo con un rubor vengonzante la lisonja de la superiora.

Sor Adelaida no volvió á decir una sola palabra; pero no apartaba la vista de la guardesa, mirándola con mezcla de compasion y de ternura.

Cabezota llegó á la alcoba despues de haber pedido permiso para pasar adelante, y dirigiéndose á sor Adelaida, la dijo:

— Buenos dias, señorita Perla. ¿Cómo ha pasado usted la noche?

— Bien, Paco; ¿y usted?... ¿Ha descansado ya del viaje?

— El caballo es el que ha de descansar, señorita; yo no me canso nunca cuando voy en piés ajenos... Pero veo que con las glorias se le han ido á usted las memorias, y ya no se acuerda del trato que hicimos ayer.

— ¿Qué trato?... ¡No me acuerdo!... ¡Si usted no me lo dice!...

— ¡Usted!... ¡Usted!... Ya volvemos á las andadas.

— Será el trato de hablarle siempre de *tú*, — dijo la superiora.

— Precisamente, — replicó Cabezota.

— ¡Qué aprension! — dijo sor Adelaida.

— No es aprension, señorita; quiero que usted me trate como al último de sus criados.

— Como al mejor de mis amigos, — repuso sor Adelaida.

— No se burle usted, señorita.

— No me burlo, Paco; me has salvado la vida en varias ocasiones; me has entregado unos papeles que ansiaba tener siempre, y ayer me entregaste una carta, cuyo contenido me importa mucho, por mas que haya llenado de luto mi corazón.

Sor Adelaida dejó asomar á sus ojos algunas lágrimas, y Cabezota la preguntó con viveza:



—¿Quién ha ofendido á usted, señorita? ¿De quién es la carta?

—De mi hermano,—respondió sor Adelaida.—Pero nadie me ha ofendido... Me dan noticias en ella que con precision habian de entristecerme.

—¡Con que es decir que yo he sido un torpe en dar á usted la carta!... ¡Bestia de mí!... ¡Por eso venia el sobre para la señorita Eugenia!... Soy un bárbaro.

—Al contrario, Paco; has hecho muy bien en dármela.

—De todos modos, el mal está hecho; y como usted es tan buena, dirá que sí, aunque haya sido un disparate..... Pero hablando de otra cosa... ¿á qué hora vamos á ver la cueva?

—Cuando ustedes quieran,—dijo sor Adelaida.

—Pues vamos allá,—contestó Cabezota;—que se quede Cerezo á cuidar de su mujer, y Bocanegra nos guiará por el camino mas corto.

—El mejor es el de los Grajos,—dijo la guardesa.

—¿Y cómo quieres tú que vayan por allí estas señoras?...—replicó el guarda.—¡Bueno está el piso por allí!

—Pues entonces tienen que ir por el puente de las Tablas.

• —Es claro.

Cabezota dió un silbido, á cuya señal acudieron su compañero y Bocanegra, armados con un trabuco el primero, y con una escopeta el segundo.

Las hermanas de la Caridad saludaron á la guardesa, y salieron de la alcoba.

—¿Te parece que vayamos con el hábito?—preguntó sor Clotilde á Cabezota.

—Como ustedes gusten: los vestidos que me dió la señora condesa para que ustedes se disfrazáran al volver á Madrid, ahí están, y pueden ponérselos si gustan; pero si lo hacen por que nadie las vea, es escusada la precaucion... No hemos de encontrar á nadie en el camino...

—Siendo así, iremos con los hábitos,—replicó sor Adelaida.

—Como ustedes gusten,—dijo Cabezota.

Y retirándose á la cocina, se desnudó de la chaqueta de pieles que cubria sus espaldas, y se puso el gaban azul y el sombrero de copa alta con que se presentó en casa de don Lorenzo y en el cuartel de Guardias.

Semejante trasformacion escitó la risa del guarda, de su mujer y de Bocanegra, que no pudo menos de decirle:

—¡Vaya, hombre, que pareces un señor mal comparado! Cualquiera diria que ibas á un baile, y no á una cueva de ladrones.

—Voy acompañando á estas señoras, y no está bien ir hecho un perdido,—contestó Cabezota.

—Por nosotras,—replicó sor Adelaida sonriendo,—has hecho mal en incomodarte.

—Yo no me incomodo nunca, aunque haga lo que quiera que sea por usted, señorita; y aunque voy algo mas cómodo con la chaqueta, sin embargo, no estaba decente ir así con ustedes.

Bocanegra y el otro hombre marcharon delante con las armas terciadas sobre el brazo, y Cabezota siguió al lado de sor Adelaida, que daba el brazo á la superiora.

Pocas palabras hablaron durante el camino, y Cabezota se adelantaba á apartar las piedras que interceptaban el paso, ó á colocarlas de manera que fuese fácil á las hermanas de la Caridad asentar sobre ellas la planta, sin humedecerse los piés con el agua que corria, perdida en distintas direcciones, por entre aquellas peñas.

La cueva del Ave-Maria distaba algo mas de un cuarto de legua de la casa del guarda; pero, como hemos dicho en otra ocasion, esto consistia en la falta de un camino directo por encima del barranco, en cuyo caso la distancia no seria mas que de dos tiros de fusil.

Hizo alto la comitiva en el puente de las Tablas, y allí

se sentaron las dos amigas un momento á instancias de Cabezota, y contemplando extasiadas el cuadro sorprendente que ofrecia á su vista la naturaleza.

Rodeadas de montañas altísimas, cuyas crestas, cubiertas de nieve, ocultaban sus contornos entre las transparentes nubes del horizonte, oían detrás de sí el ruido lejano del nacimiento del Manzanares, cuyas aguas bajaban desechas por entre las rocas.

Los desnudos árboles del monte de las Pueblas asomaban sus esqueletos por encima de la casa del guarda, y la maleza que se veía entre ellos era un indicio seguro de la calidad de sus moradores.

— ¿Habrà fieras en la cueva del Ave-María? — preguntó sor Clotilde.

— ¡Fieras!... — repitió riendo Cabezota. — No, señora; las de cuatro piés los tienen muy delicados para andar sobre peña viva, y las de dos marcharon ya ayer tarde.

— ¿Es decir, que no hay peligro?

— Para ustedes no lo habria nunca.

— ¿Y para los demás? — preguntó con impaciencia sor Adelaida.

— Tampoco: ¿no ha oído usted decir que nunca se vá con mas seguridad por un camino que cuando acaban de robar en él? Pues así nos sucede á nosotros ahora... El Duende y su familia se darán por muy contentos con que no les hayamos seguido la pista, y los demás se guardarán muy bien de venir por estos sitios á incomodar á los huéspedes de Antonio Cerezo... Ustedes no saben aun quién es el patron en cuya casa estamos... ¡Pues no digo nada su mujer! Desde que se casó con la *Zagala*, le tiembla todo el mundo.

— ¿Se llama Zagala la guardesa?

— Sí, señora; desde la edad de quince años quedó al frente de una cabaña de merinas, y adquirió una gran reputacion entre los lobos. A los dos meses de estar ella cuidando del ganado, ya no se le acercaba ninguno á cobrar

el diezmo... Mas fácil era sorprender á los mastines que á ella; y tenia tal tino para sacudir la honda, que donde ponía el ojo ponía la piedra... Verdad es que hoy hace lo mismo con la escopeta... No tiene que acusarse de haber desperdiciado muchas balas, ni gastado un solo grano de pólvora en salvas.

Oyendo el panegirico de la guardesa llegaron á la cueva del Ave-María, á cuya entrada, que ya conoce el lector, estaban Bocanegra y el compañero de Cabezota.

Por órden de este último, quedó su compañero defendiendo la entrada, y Bocanegra pasó adelante.

—Pon una luminaria en la *sala de Declaraciones*, y otra en el *calabozo del Corregidor*, —dijo Cabezota; —pero que alumbren bien y que no den humo.

Y volviéndose á las hermanas de la Caridad, que habian quedado suspensas al asomar la cabeza por aquella hendidura de la roca, las dijo:

—Si entrásemos sin luz no verian ustedes nada, pues aunque hay algunas claraboyas, en viniendo del sol se queda uno á oscuras... Ahora, —añadió sonriéndose, —diremos Ave-María, y pasaremos adelante.

—¡Paco!... —dijo con tono de dulce reconvencion sor Adelaida. —¿Tambien tú crees esas patrañas?

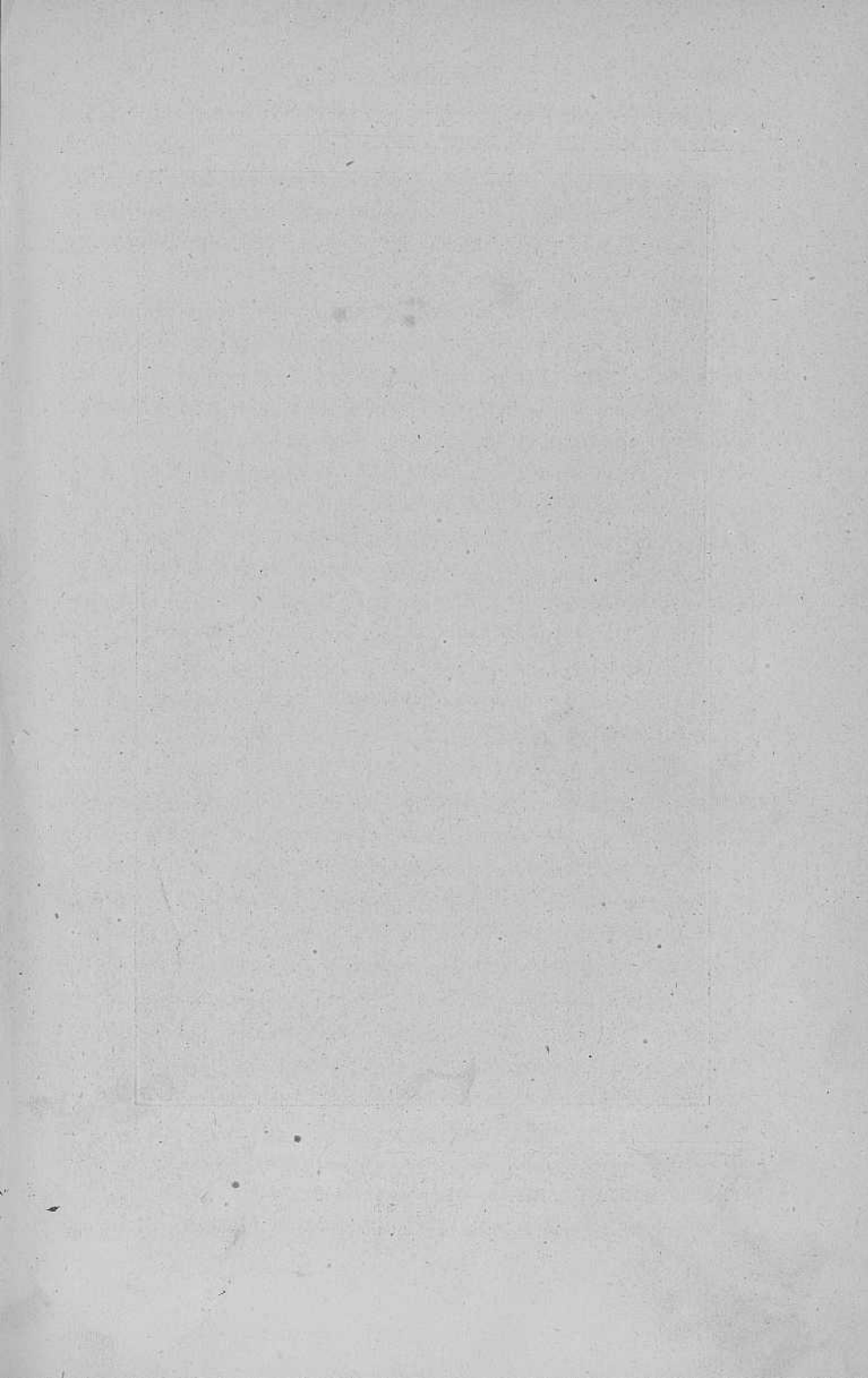
—Yo no creo nada, señorita; pero cuentan las gentes que en diciendo esas palabras, contestan: *sin pecado concebida*; y no sé mas...

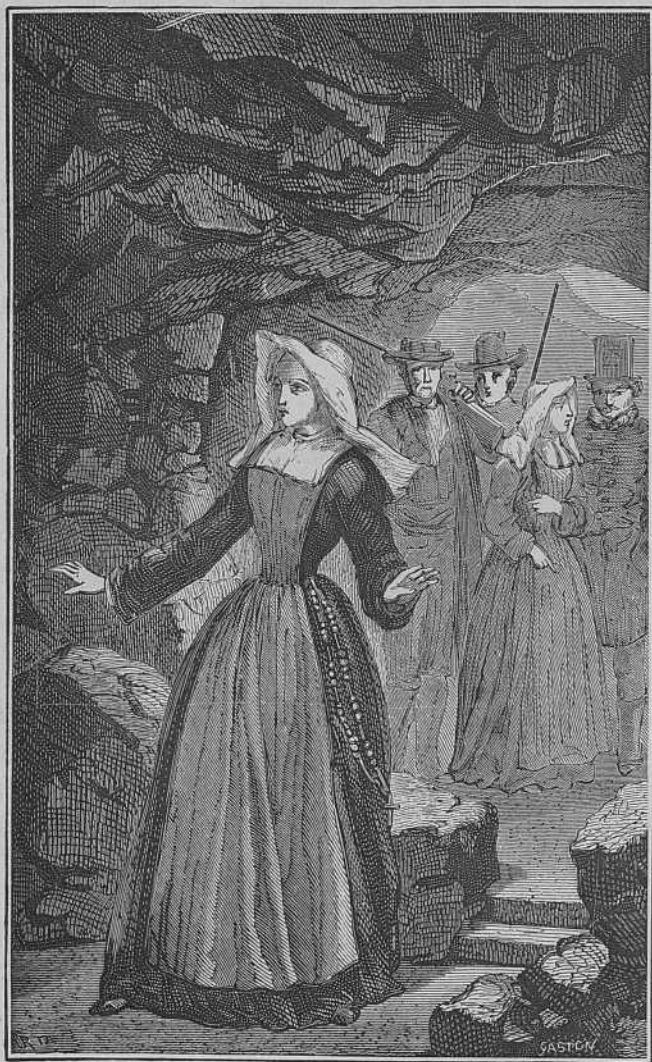
—¿Las has dicho tú alguna vez?

—Yo... nunca... ¡Para bromas estaba yo siempre que he entrado aquí!... ¡Ya, ya!... Cuando no oía silbar las balas por encima de mi cabeza, sentia el frio de las bayonetas en las espaldas.

—Pues eso es una supersticion, y nada mas, —replicó sor Adelaida.

—No lo crea usted, señorita; esas son cosas que inventan los que tienen miedo; oyen siempre los ruidos antes de





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—Sin pecado concebida,—dijo un eco doliente  
y apagado allá en el interior de la cueva.



que suenen, y ven lo que no está á la vista... Pero nosotros entraremos sin saludar á Dios ni al diablo, si ustedes quieren... Yo solo lo decia por que supieran lo que se cuenta de esta cueva.

—Nos lo dijo ayer la guardesa.

—Esa lo cree como artículo de fé.

—Pues bien: nosotros ahora, lejos de callar, pronunciaremos el divino nombre de María, —dijo sor Adelaida.

Y entrando con planta resuelta y ánimo decidido en la cueva, dijo con voz suave, pero firme:

—¡Ave-María!...

—*Sin pecado concebida*, —respondió un eco doliente y apagado allá en el interior de la cueva.

Sor Clotilde y Cabezota, que estaban algo retirados del sitio donde sor Adelaida pronunció las palabras, nada oyeron de la contestacion, y cuando la jóven retrocedió asustada, dijo Cabezota:

—Tiene usted razon, señorita, son patrañas.

—¿No han oido ustedes nada? —dijo sor Adelaida con voz temblorosa y dirigiéndose á la superiora.

—Nada, —contestó sor Clotilde; —¿qué hemos de oir?... Ya se sabe que esas son ilusiones que forja el miedo insensato de las gentes supersticiosas.

Sor Adelaida quedó aturdida, sin atreverse á confesar lo que habia oido, y temiendo creer que habia sido una debilidad suya, y nada mas, lo que tan clara y distintamente habia sonado en sus oidos.

Volvió á entrar, precedida de sor Clotilde y de Cabezota, y con voz débil, para que no se apercibieran de sus dudas, repitió de nuevo las palabras, sin que nadie respondiera. Y sin poderse convencer de que fuera una ilusion lo que habia oido, siguió marchando, guiada por Cabezota y la superiora, y alumbrada por el resplandor rojizo que despedian las hogueras que habia encendido Bocanegra.

La entrada de la cueva, ancha de una vara, y alta como

de seis piés, forma un callejon tortuoso y lleno de cien distintas revueltas, en las que á cada paso parece verse el fondo de la cueva.

Sin embargo, aquellas ramificaciones de encrucijadas y de galerías forman un complicado laberinto, en el que es muy difícil la entrada y la salida.

Despues de haber andado cerca de doscientos pasos por distintos corredores, que se ensanchan mas ó menos, pero que no permiten marchar, por ninguno de ellos, sino una persona tras de otra, llegaron á un patio perfectamente circular, de mas de treinta varas de diámetro por diez de alto, en medio del cual habia encendido Bocanegra un monton de leña.

El aspecto que ofrece la *Sala de Declaraciones*, que así llaman los bandidos al patio, es sorprendente, y cautivó la admiracion de las hermanas de la Caridad.

Las paredes están tapizadas de cristales de diferentes tamaños y distintas formas: blancos y opacos los unos, transparentes y de diversos colores los otros, en todos ellos reflejaba el trémulo resplandor de la hoguera, dándoles mayor brillo y hermosura.

La bóveda, erizada de agujas mas ó menos largas, y blancas todas ellas, como si fueran formadas de finísimo mármol de Carrara, semeja una poblacion gótica asentada en la techumbre, y suspendidas en el aire sus afligranadas torres.

En el pavimento se ven diferentes dibujos circulares, caprichosamente formados por la naturaleza, que parece haberse ensanchado espontáneamente allí, para abrir un museo con cien maravillas del reino mineral.

Es imposible imaginarse nada mas variado ni mas notable en su género que las *estalactitas* y las concreciones calizas y silíceas que se han agrupado en tan corto trecho y con tan estraña regularidad.

Tres distintas entradas, asimismo naturales, hay en

aquel patio; y las galerías que parten desde cada una de ellas tienen sus paredes cubiertas del mismo modo.

Los diferentes moradores de la *Sala de Declaraciones* han señalado su estancia allí, destruyendo una gran parte de aquellas bellezas de la creacion.

El humo de sus cocinas ha ennegrecido algunos rincones; y arrancando pedernales para las escopetas, han formado con mano destructora un zócalo de mas de una vara de alto al rededor de la sala.

Varios vasos rotos por el suelo, un cántaro y algunos otros objetos por el estilo, son los únicos testigos de la mano del hombre en aquella obra esclusiva de la naturaleza.

Los asientos con que Bocanegra brindó, y que aceptaron las hermanas de la Caridad, eran testigos de otra clase de escenas.

Sor Clotilde y sor Adelaida se sentaron cada una sobre un cofre, que no indicaba haber sido abierto con mucho cuidado.

Sobre otra caja, asimismo descerrajada y rota, tomó asiento Cabezota al lado de sor Adelaida.

## CAPITULO XLIX.

### El alma del corregidor.

Largo rato estuvieron las hermanas de la Caridad sentadas en la Sala de Declaraciones sin decir una sola palabra, asombradas de ver aquel palacio de cristal, que tal parece el subterráneo adonde las habia conducido Cabezota.

Este las miraba sin cesar, temiendo preguntarlas si les parecia bien aquella cueva, como tiembla una madre el juicio de los estraños sobre la hermosura de sus hijos. Poco tiempo habia vivido Paco Serrano en aquella sierra; pero tenia un cariño estraordinario á la cueva, donde en mas de una ocasion habia salvado su vida, y la considérraba como de su propiedad.

A Bocanegra le era de todo punto indiferente la opinion de las hermanas de la Caridad, y sin pensar en ellas para nada, lió un cigarro y empezó á fumar tranquilamente.

Sor Clotilde fué la primera que rompió aquel silencio, diciendo:

—¿Y es esta cueva donde dicen que han pasado tan estraños sucesos?

—Pregúnteselo usted á este mozo,—dijo Cabezota, señalando á Bocanegra.

— Si las paredes pudiesen hablar, —repuso Bocanegra sonriendo, — no estarían estas señoras tan tranquilas... ¡Qué cosas han visto estos pedernales!...

— ¿Han sido siempre habitadas estas grutas por ladrones? — preguntó sor Clotilde.

— De todo ha habido, señora, — repuso Bocanegra; — especialmente desde que empezó la guerra civil... Los facciosos la tuvieron mucho tiempo como cuartel general, y aquí solían traer á los prisioneros.

— ¿Y qué hacían con ellos?

— Tenerlos en rehenes hasta que venían á rescatarlos... La mayor parte de ellos eran personas acomodadas, á cuyas familias les pedían una cantidad de dinero con arreglo á su fortuna...

— ¿Y había quien se atreviese á ir por el dinero?

— Diga usted mas bien, si había quien se atreviese á llevarlo... Los tenían mas miedo que á una nube de piedra, y bastaba un simple aviso para que acudieran á entregar la cantidad que les habían pedido... Además, los facciosos tomaban sus precauciones, y elegían un sitio á propósito para esos rescates... Un sitio en que ellos pudieran ver sin ser vistos... Si se presentaba la persona designada, sola, sin aparato de fuerza armada, llegaban al sitio, recogían el dinero, y cuando estaban en salvo ponían en libertad al prisionero... Generalmente no hacían daño á nadie, y solo se sabe de un prisionero que muriese en estos calabozos, donde estuvo encerrado quince meses.

— En cuyo tiempo, — replicó Cabezota, — debió pasar la pena negra, si es cierto lo que yo he oído contar de él... ¡Porque supongo, — añadió dirigiéndose á Bocanegra, — que hablarás del corregidor!

— Si.

— Pues si aquel hombre no ha ganado el reino de los cielos, no lo gana nadie... ¡Buen purgatorio le hicieron pasar en este mundo!

Las hermanas de la Caridad se estremecieron al oír las palabras de los bandidos; y la superiora, sobrecogida de espanto, apretó la mano á sor Adelaida, que permanecía como distraída desde que entró en la cueva.

—Después de haberle atormentado de mil maneras distintas,—dijo Bocanegra,—y amenazándole todos los días con fusilarle, se empeñaron últimamente en acostumbrarle á no comer, y fueron poco á poco disminuyéndole la ración, hasta que se murió de hambre.

—¡Qué horror!...—esclamó sor Clotilde.

—Su alma,—añadió Bocanegra,—dicen que anda de un lado para otro en estos subterráneos; y hay quien asegura que él es el que contesta á las palabras de Ave-María á la entrada de la cueva.

Sor Adelaida se estremeció, á pesar suyo, recordando lo que había oído al entrar allí; y las reflexiones que se había hecho después no impidieron que preguntára á Bocanegra:

—¿Y usted ha oído alguna vez esas palabras?

—Yo sí, señora,—respondió Bocanegra;—pero me hacen reír, y alguna vez me he divertido en decirlas al revés.

—¿Cómo al revés?

—Diciendo *sin pecado concebida*, para ver si me contestaban *Ave-Maria*.

—¿Y qué?—preguntó con ansiedad sor Adelaida.

—Nada... se conoce que la tal voz no sabe decir mas palabras que aquellas; pero no siempre me han respondido, aunque haya preguntado en regla... Y á pesar de lo que sucedió cuando vino el cura, y de lo que yo mismo he oído, creo que la tal voz es una aprension... Muchas veces vá uno por el campo y se le antoja que oye voces y lamentos, y es el viento que mueve las hojas de los árboles, ó un pajarito que canta, ó agua que cae por entre las piedras...

—Verdad es...—dijo sor Adelaida confundida.

—Lo que yo puedo asegurar á ustedes, y en esto no hay ilusion ni cosa que lo valga, es lo que sucede con las



luces en el calabozo donde estuvo encerrado el corregidor...

—¿Qué sucede?—preguntó sor Adelaida.

—Que se apagan apenas asoman á la puerta...

—¿De veras?...

—Lo que usted oye... Y según dijo un señor cura muy listo y muy *aquel*, que pasó por aquí el año pasado, las sopla el alma del corregidor para que nadie la vea.

—Esas son brujerías,—replicó sor Clotilde, harto angustiada ya con la relación de Bocanegra.

—Sin embargo,—dijo este,—contra lo que está á la vista no puede decirse nada; ahora iremos allá con una tea, y verá usted cómo se apaga al momento... Los arrieros que vienen aquí por la Virgen de Agosto, cuando no hay ladrones, y ponen lámparas encendidas en todas estas galerías, han querido colocar alguna en el calabozo, y nunca han podido.

Sor Adelaida sufría mucho, por no poderse explicar la causa de aquellos fenómenos, y cada vez mas preocupada con lo que había oído al entrar en la cueva, hizo un esfuerzo sobre sí propia, y tratando de apurar cuanto le fuese posible aquel misterio, dijo:

—¿Qué mal había hecho el corregidor á esa gente para que le tratáran con tanta crueldad?

—No se sabe de cierto,—contestó Cabezota;—pero, según dicen, dió soplo al gobierno del paradero de la facción, y le anduvieron esperando, hasta que un día le cazaron y le trajeron aquí.

—¡Qué soplo ni qué niño muerto!...—replicó Bocanegra.—La verdad es que si no hubiese tenido una hija muy hermosa, nadie se habría metido con él.

—¿Quiere usted contarnos esa historia?—dijo sor Adelaida.—La mujer de Cerezo nos aseguró ayer que usted la sabía muy bien.

—Toda, no, señora; pero conozco alguna parte de ella, y no tengo inconveniente en contarla.

—Pues dá gusto á la señorita,—dijo Cabezota.

Y arrimando Bocanegra su asiento al de las hermanas de la Caridad, dijo lo siguiente:

—Pues, como iba diciendo, en Guadalix, que es pueblo cuya vega empieza al pié de la cañada de Manzanares, vivia un señor mayor, cuyo nombre no recuerdo en este momento, y que tenia una hija jóven, muy hermosa, de la cual se habia enamorado un muchacho del mismo pueblo; pero que estaba estudiando en Madrid, y que solo iba allí la temporada de las vacaciones... El buen señor habia sido corregidor de Madrid en tiempo del absolutismo, y vivia en Guadalix, retirado con aquella hija, único resto de su familia. La nota de libertino que tenia el jóven, hizo que el padre se opusiera á la boda; pero como la niña estaba muy enamorada del estudiante, fué preciso encerrarla y castigarla para que olvidase semejantes amores. Mas de un año estuvieron los amantes sin verse, y sin que nadie en el pueblo hubiese sabido el paradero de la hija, cuando se presentó la justicia á sacarla en depósito á instancias del jóven, y el padre dijo que habia muerto en un viaje que con ella hizo al extranjero. Fácil fué al corregidor probar el viaje, porque era verdad que habia estado ausente del pueblo medio año; pero en cuanto á la muerte, segun decia el amante, no habia podido hacerla constar... Lo cierto es que el estudiante, irritado, juró hacerse justicia por sí propio, vengando la muerte de su novia, y levantó una partida de hombres armados, que tituló defensores de Carlos V, y de la que se hizo capitán. Se instaló en esta sierra sin hacer daño á nadie al principio, y pagando cuanto necesitaba su gente; pero luego se hizo temible, y le llamaban el *Verdugo de la Sierra*. No daba cuartel á nadie; fusilaba á cuantos caian en su poder, y siempre estaba saliendo tropa de Madrid para esterminarle, sin conseguir nada nunca... En esta cueva se ha burlado meses enteros de la vigilancia y de la persecucion activa de los soldados. Su principal cuidado era apoderarse del

corregidor, y mas de una vez intentó entrar en el pueblo; pero siempre fué rechazado, y se limitó á esperar que la víctima saliera de caza, ó fuese á cualesquiera de los pueblos de la comarca. Tenia espías dentro del pueblo, que le daban aviso de todo.

—¡Maldito oficio!...—esclamó Cabezota.—Si hubiesen quemado vivo al primer espía que hubo en el mundo, no nos veriamos hoy tan perdidos como nos vemos.

—Sin embargo,—repuso Bocanegra,—sin los espías no le hubiera sido posible apoderarse del corregidor, como lo hizo. Él mismo salió á sorprenderle, y á no ser por uno de sus compañeros, le baja por esas rocas atado á la cola de su caballo...

—¡Dios mio!—esclamó sor Adelaida.

—No siga usted,—repuso sor Clotilde,—cuya lengua estaba pegada al paladar desde que empezó á hablar Bocanegra.

—¡Pues si ahora empieza la historia!—replicó el bandido.

—No importa; yo, por mi parte, la doy por oida... renuncio á saber los tormentos que sufrió el infeliz; me basta lo que ustedes me han dicho, de que murió de hambre en estos subterráneos...

—Los dos primeros meses,—continuó Bocanegra, sin hacer caso de las palabras de sor Clotilde,—le trataron con mucha amabilidad, y si él hubiese dicho dónde estaba su hija, no le habrían hecho nada. Pero se empeñó en decir que vivia y que no queria darles cuenta de nada mas.

—¡Qué obstinacion!—dijo Cabezota.

—¡Pobre padre!—esclamó sor Clotilde;—preferia la muerte antes que consentir en la desgracia y en el deshonor de su hija.

—Pero si ella estaba enamorada del estudiante,—repuso Cabezota,—¿qué inconveniente habia en dejar que se casase con él? Si era malo, ella le hubiese hecho bueno.

—¡Tal vez!—repitió sor Adelaida.—El corregidor estaba obcecado.

—Pues le tuvieron en capilla,—añadió Bocanegra,—diez ó doce veces para ver si se enmendaba, y nada; siempre lo mismo. Los compañeros del estudiante me han dicho muchas veces, que no saben cómo tuvo calma para sufrir la terquedad del viejo, sin matarle... ¡Ya se vé, como él estaba enamorado, queria esperar á que, cansado de sufrir, le dijese dónde estaba su hija!... Pero todo menos eso... El corregidor seguia cada vez mas firme en sus trece, y hasta se insolentaba con el capitan de la partida... y un dia parece que quiso matarle; con lo cual firmó la sentencia de su muerte. Entonces fué cuando le encerraron en la gruta de que hemos hablado antes, tapando la entrada con una gran piedra, y dándole la comida por un agujero... hasta que se murió... despues de haber pasado veinte dias, sin otro alimento que un panecillo y dos vasos de agua.

—¡Por piedad!...—gritó sor Clotilde.—No siga usted esa historia; salgamos de aquí al momento.

Y puesta en pié la superiora, cogió de la mano á sor Adelaida, que permanecia sentada y profundamente conmovida con lo que estaba oyendo.

—Ya falta poco,—dijo Cabezota,—creyendo que sor Adelaida queria oir hasta el final de aquella historia.

—He omitido adrede todos los tormentos que le hicieron sufrir antes de encerrarle en el sótano, que hoy se llama el Calabozo del corregidor,—dijo Bocanegra,—y ya no falta otra cosa sino decir que se murió, y que, segun cuentan las gentes que le vieron despues de muerto, estaba de pié, recostado en un rincon y con la boca abierta.

Sor Adelaida se levantó estremecida, y Cabezota la preguntó:

—¿Con que, señorita, quiere usted ver el calabozo?

—Como ustedes quieran...—respondió con voz apagada.

—Pues vamos allá,—dijo Bocanegra,—y saldremos por el pasillo de la *Sangre azul*.

—Aun no sé yo por qué le dan ese nombre,—dijo Cabezota.

—Porque en tiempo de la guerra trajeron aquí en rehenes á un marqués, y tanto les fastidió con decirles que era de sangre azul, que lo sangraron en ese pasillo con una puntilla de Albacete para ver si era verdad lo que decia... Y resultó que la sangre era colorada como la de otro prójimo cualquiera.

Y tomando Bocanegra una tea encendida, dió otra á Cabezota, y ambos marcharon delante de las hermanas de la Caridad, que les seguían con paso trémulo.

Al llegar á la entrada del calabozo, que no era sino una gruta de poco mas de dos varas en cuadro y vara y media de elevacion, abierta naturalmente en una galería de las mas espaciosas que habia allí, y que era la llamada de la Sangre azul, dijo Bocanegra:

—Ahora verán ustedes cómo se apaga la luz. Retira tú esa otra,—añadió dirigiéndose á Cabezota,—para que no nos quedemos á oscuras.

Cabezota lo hizo así, y Bocanegra introdujo la tea en el sótano, riéndose al ver cuán prontamente se apagó la llama.

Las hermanas de la Caridad se sobrecogieron de espanto, porque ignoraban la causa de aquel fenómeno, que nada tenia de extraño. Pero sor Adelaida, que habia prestado una gran atencion á cuanto refirió Bocanegra, recordó que al corregidor le habian hallado muerto de pie, y dirigiéndose á Cabezota, le quitó el hacha de la mano, y la introdujo en la cueva, tropezando con la llama en el techo.

La tea siguió ardiendo, sin advertirse otra cosa que una ligera oscilacion en la llama, y los bandidos se volvieron asombrados á mirar á sor Adelaida, en la cual tenia fija la vista la superiora.

—¡Milagro!... ¡Milagro!...—gritó Cabezota.—¡Bien decía yo que era usted una santa, señorita!

Sor Adelaida bajó los ojos avergonzada, y arrepentida de lo que acababa de hacer, dejó caer la tea y se acercó á la superiora.

—¿Vámonos, hija?—dijo sor Clotilde.

—Vamos,—repitió sor Adelaida, confusa con lo que acababa de ver.

Al introducir la tea tan alta, no habia tenido presente otra cosa sino que el infeliz que habia muerto allí pareció indicar que solo en la parte superior de la cueva se podia respirar para vivir, y sor Adelaida creyó que quizás sucederia lo mismo con las luces.

Y al obrar así por inspiracion, por casualidad, ó por lo mucho que habia trabajado su fé cristiana para no dar crédito á los rumores del vulgo, que la habian asaltado al entrar en la cueva, habia hallado la verdadera causa de aquel fenómeno.

Por una de esas alteraciones del terreno, que los naturalistas llaman, con sobrada arrogancia, aberraciones de la naturaleza, la gruta del corregidor estaba formada de piedras calizas, y el gas carbónico que se desprendia en ella, impropio para la respiracion, lo era asimismo para la combustion, y por eso se apagaban las luces. Pero como el gas, por razon de su densidad, distinta á la del aire, no ocupaba la parte superior, claro es que las personas podian respirar á mayor altura que las capas del gas, y arder las luces del mismo modo.

Si sor Adelaida lo hubiese sabido así, se habria retirado mas satisfecha de la cueva.

Al salir al campo se acordó de las palabras que oyó al entrar, y nada quiso decir; pero se habia adelantado con ánimo de hacer un nuevo ensayo, y al pronunciar las palabras consabidas oyó un quejido desgarrador, de que asimismo se apercibieron los que le acompañaban.



A sor Clotilde se le heló la sangre en las venas, y quiso salir precipitadamente de allí; pero sor Adelaida, que se habia acercado á escuchar hácia el sitio donde se oyó el quejido, los detuvo á todos.

Y como ya el ruido de las pisadas no turbaba el silencio del subterráneo, oyeron clara y distintamente estos gritos lastimeros, que resonaron en la galería de la izquierda.

— ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Con ánimo esforzado y decidido; con el valor temerario de la ignorancia del peligro, ó el de la esperanza de vencerlo, se lanzó sor Adelaida en la galería, sin que pudiese contenerla Cabezota, que, agarrándola del brazo, la dijo:

— ¡No entre usted, señorita!... No entre usted...

Cuando llegó Cabezota, no pudo impedir que la caritativa hermana de la Caridad se acercase imprudentemente á un hombre que estaba tendido sobre el suelo; pero el bandido se aproximó á él, y le dijo:

— ¿Quién eres?

— Déjale... — gritó sor Adelaida; — saquémosle de aquí para curarle... Lo que ahora importa es salvarle la vida.

— ¿Qué tienes? — preguntó Cabezota.

— ¡La maldicion!... — contestó con voz apagada y débil el hombre. — Quiero... que... me... acabes de matar.

— ¡Dios mio!... — exclamó sor Adelaida; — ¡Dios mio!... Salvad la vida á este infeliz para que no muera blasfemando contra vuestro divino poder.

Bocanegra se acercó á ayudar á Cabezota, y entre los dos trasladaron el cuerpo á la boca de la cueva, donde habia quedado sor Clotilde inmóvil y aturdida con lo que estaba presenciado.

Sor Adelaida salió detrás de la comitiva, y al examinar Bocanegra el semblante del herido á la luz del sol, dijo:

— ¡Calla!... Este es el que matamos á la espalda de casa ayer mañana.

—Sería el que dejásteis de matar, —replicó el compañero de Cabezota, —porque está vivo.

—Sin embargo, —repuso Bocanegra; —del último balazo que yo le planté en el pecho, no sé cómo se ha de librar.

El bandido tenía razon: sor Clotilde, que, escitada por sor Adelaida, y con esa caridad que tanto distingue á las hijas de San Vicente Paul, se acercó á reconocer las heridas, declaró que la del pecho era mortal.

—¿Pero no habrá ningun remedio? —preguntó angustiada sor Adelaida.

—Será muy difícil, —respondió la superiora.

—Pues bien: llevémosle corriendo á la casa, y allí le cuidaremos... Paco, tú irás á buscar al cirujano y las medicinas que se necesiten.

—Señorita, yo haré lo que usted me mande; pero mire usted que este hombre es uno de los que venian á prender á ustedes.

—Paco, —replicó con dignidad sor Adelaida, —este hombre es un hermano, que Dios nos envia para que le curemos sus dolencias.

—Pues no se hable mas, —repuso Cabezota.

Y cruzando dos escopetas, armó al punto unas parihuelas de campaña, sobre las que tendió su gaban y las mantas de sus compañeros, para que fuese con mayor comodidad el herido, en quien el lector habrá conocido ya á Pestaña.

Bocanegra y el compañero de Cabezota cargaron con la camilla, y sor Adelaida desprendió su toca, y cubrió con ella la cara de Pestaña para defenderle de los rayos del sol.

---

## CAPITULO L.

### La muerte de Pestaña.

Dos dias pasaron las hermanas de la Caridad sin apartarse un punto del lado de Pestaña, cuyo estado se fué agravando por momentos desde que le tendieron sobre el lecho que hasta entonces habia ocupado la mujer del guarda.

La rústica Zagala descubrió en esta ocasion, como en todas las de su vida, su carácter indómito, y á pesar de las súplicas de sor Clotilde, cuando llegó la comitiva de vuelta de la cueva, ya se habia levantado, y medio vestida y envuelta en un capote de monte de su marido, salió á recibir al herido.

El respeto ó la admiracion que la causaban las hermanas de la Caridad, no la permitió decir una sola palabra sobre el herido, y cediendo á la fuerza del dolor, mas que á los ruegos que de nuevo la hicieron las dos amigas, estuvo dos dias sin salir de la sala, logrando de este modo una curacion casi completa de su herida.

El dia de que hablamos, ya habia podido vestirse las mangas del jubon, y con el brazo derecho suspendido por un pañuelo que se ató al cuello, pudo entregarse á las faenas de su casa.

Sor Clotilde, mientras tanto, contaba los instantes de vida que le quedaban al infeliz Pestaña, y su amiga le interrogaba sin cesar, deseando oír una palabra de esperanza y de consuelo.

Pero el estado del enfermo era desesperado, y todos los recursos de la ciencia hubieran sido inútiles para salvarle la vida.

Cabezota manifestó desde el primer momento que era escusado avisar al cirujano, porque no querría asistir al herido sin orden expresa de la justicia, y sor Adelaida insistió con afán en que se hiciese así, á pesar de todo. Pero la confianza que le inspiraban los conocimientos quirúrgicos de la superiora, y las reflexiones que esta la hizo para que desistiera de un empeño en el que, sin conseguir ninguna ventaja para el enfermo, hallarian nuevos disgustos y complicaciones en su desgracia, la hizo ceder por fin.

No sucedió lo mismo en cuanto á los auxilios espirituales, y ambas se empeñaron en que se buscara un sacerdote; comision de que se encargó Bocanegra, ofreciendo traer al primer cura que hallase en cualesquiera de los pueblos inmediatos.

Pero el estado del enfermo iba siendo cada momento mas alarmante, y ya hacia dos horas que, adormecido por los calmantes que le administraron, habia dejado de gritar y de proferir blasfemias, cuando llegó Bocanegra, diciendo:

—No se encuentra un diablo de un cura en ninguna parte. El de Maliciosa dice que está constipado y que no puede ponerse en camino... El de Manzanares se ha ido á la feria de Alcalá, y el de Miraflores está de caza.

—¿Y qué haremos?... ¡Dios mio! — exclamó sor Adelaida.

—¡Qué hemos de hacer!... — dijo Bocanegra. — Dejarle que se muera sin sacramentos... Así como así, él no se habia de confesar... ¡Ya vé usted que trazas tenia ayer de arrepentirse!...

— ¡Silencio!...— replicó sor Adelaida.— No hablen ustedes así... Bastante desgracia tiene el infeliz...

— ¿Habrá tiempo aun de volver á Miraflores á buscar á ese señor cura que estaba de caza?— dijo Cabezota, dirigiéndose á sor Clotilde.

— Sí,— interrumpió vivamente sor Adelaida.— El corazón me dice que Dios conservará la vida de este infeliz hasta que pueda escuchar las palabras del sacerdote, y alcanzar el perdón de sus culpas... Paco, ves corriendo, no tardes.

— Me parece escusado...— repuso sor Clotilde, aproximando su oído sobre el pecho del enfermo.

Pero Cabezota no se cuidó de las palabras de la superiora, y salió precipitadamente de la habitación.

Pestaña abrió entonces sus moribundos ojos, cuya mirada, vidriosa y vaga, hacia mas triste aun el aspecto cadavérico de su descompuesto semblante.

Su boca hundida, su nariz afilada, sus pómulos lustrosos y salientes, y sus cabellos erizados, como si quisieran huir el contacto de aquel cadáver, horrorizaron á las personas que rodeaban el lecho, á escepcion de sor Adelaida, que cobró alguna esperanza de que se prolongase la existencia del enfermo.

Sor Clotilde por el contrario, y despues de haberle reconocido detenidamente, dijo:

— ¿Está muy lejos Miraflores?

— Dos leguas de mal camino,— contestó la guardesa.

— Llegará tarde el sacerdote...— repuso la superiora.

— ¡Ah, no!...— dijo sor Adelaida.— Dios oirá nuestros ruegos, y le dejará morir en su divina gracia.

El enfermo sacó los brazos de entre las sábanas, puso los ojos en blanco, y con voz apagada y doliente pronunció algunas palabras inconexas, mezcladas con horribles imprecaciones.

El guarda, su mujer, y hasta Bocanegra, se estremecieron.

cian al oírle, y se santiguaban á cada blasfemia que salía de los lividos y enjutos lábios de Pestaña.

Las hermanas de la Caridad, por el contrario, disimulando el horror que les causaban aquellas palabras, procuraban ahogarlas, haciendo resonar en los oídos del enfermo, con acento suave y religioso, las exhortaciones cristianas.

Sor Adelaida ponía en juego, para disipar las tinieblas que ofuscaban la razón de aquel infeliz, todos los recursos que la dictaba su piadoso espíritu. Buscaba con una mirada cariñosa y dulce la del bandido, que si alguna vez salía de debajo de los párpados, donde la tenían encerrada las contracciones de la agonía, era para mirar con furor á las personas que rodeaban su lecho. Con la sonrisa en los lábios le exhortaba sin cesar que perdonase á sus enemigos, y en nombre del divino Salvador, con un acento angelical y dulce, le ofrecía el perdón de sus culpas, si el arrepentimiento era sincero.

Pero el bandido, lejos de repetir las exhortaciones de la virtuosa hermana de la Caridad, maldecía á las personas que le habían dado el sér, y pedía con acento horrible una hora de vida para vengarse del Duende.

— ¡Compañeros...— gritaba con voz áspera y débil,— no me dejéis aquí!... Llevadme adonde puedan curarme de estas heridas que me dan la muerte... Atadme por caridad á la cola de un caballo, ó dadme una pistola para que ponga fin á esta existencia maldita... No me hagáis morir aquí de dolor con una agonía lenta y horrible... Yo quiero morir de una vez, para no sufrir este fuego que me abrasa las entrañas... Pero os vais... ¡villanos!... Huís de mi lado, haciendo burla de mí, para que muera abandonado y solo en este infierno... ¡Ah!... ¡No!... Venid por caridad... llevadme con vosotros... yo os lo suplico... ¿No me oís?... ¡Ay!... ¡Ya se fueron! Malditos seáis... y malditas sean las mujeres que vinisteis á buscar á estas montañas...



Sor Adelaida no pudo reprimir su dolor al oír estas últimas palabras, y arrodillándose junto al lecho, exclamó:

— ¡Perdon, hermano, perdon!... Yo he sido la causa de vuestra desgracia... Yo sola merezco la muerte...

El acento con que pronunció estas palabras conmovió á todos los circunstantes, inclusa sor Clotilde. La guardesa volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que anublaban sus ojos, y que no habia vertido desde niña; y al guarda y á Bocanegra les sucedió otro tanto.

El enfermo fijó tambien los ojos en la humilde hermana de la Caridad, y en su frío y cadavérico semblante se advirtieron unas ligeras señales de la agitacion que le dominaba.

Aquellas palabras habian despertado su atencion de una manera estraña, y su mirada parecia indicar que estaba libre del delirio febril que habia trastornado su razon.

Fija su vista en el semblante de sor Adelaida, y conmovido por el angelical acento de su voz, parecia quererla interrogar acerca de la horrible pesadilla que le habia acometido.

Miró despues á un lado y á otro de la cama, como si, despertando de un sueño, quisiera recordar el sitio en que se hallaba; probó á mover los lábios, y no pudo conseguirlo. Su boca estaba seca, y su lengua, pegada al paladar, no le permitió decir una sola palabra.

Sor Clotilde le acercó un vaso de agua á los lábios, y el enfermo la miró con asombro, dándola gracias con un movimiento de ojos; lenguaje ordinario de los enfermos, que la superiora comprendia perfectamente.

Despues le pulsó de nuevo, y acercándose á sor Adelaida, la dijo en voz baja:

— Levántate; enjuga las lágrimas, y no le digas quiénes somos... Le quedan pocos momentos de vida, y es preciso ver si los aprovecha en salvar el alma... Nuestra presencia podria irritarle, y entonces seriamos responsables ante Dios de su condenacion.

— ¡Ah!... Yo quisiera que me perdonára el haber sido la causa de su muerte... — replicó sor Adelaida.

— Tú no has tenido la culpa de nada. Bandido de profesion, este hombre habria de haber encontrado una muerte violenta mas tarde ó mas temprano. Muere, porque Dios lo ha dispuesto así, y ha querido que tú seas el ángel que le prolongue la vida, para darle ocasion al arrepentimiento.

— ¡Si llegára á tiempo el sacerdote! — exclamó sor Adelaida.

— Sospecho que no, hija mia, — dijo sor Clotilde; — y es preciso aprovechar los momentos, porque la vida se le acaba por instantes.

El enfermo, mientras tanto, empezó á revolverse de un lado para otro, y tendiendo los brazos por encima de la colcha, cogia puñados de ropa; miraba con inquietud por todas partes, y el estertor iba siendo cada vez mas fuerte, produciendo un ruido como el del crugido de la sal echada sobre las áscuas.

La superiora volvió corriendo á la cabecera de la cama, y no sabiendo cómo empezar la exhortacion á aquel hombre, que tanto habia blasfemado, y que ninguna muestra daba de arrepentimiento, sacó el Crucifijo que pendia del rosario que llevaba á la cintura, y lo presentó al paciente, murmurando algunas pláticas piadosas.

El enfermo lo miró con atencion, y pasando luego su vista por los semblantes afligidos que rodeaban el lecho, bajó los ojos, y continuó agarrando puñados de ropa.

Sor Clotilde le acercó el Crucifijo á los labios, y el enfermo abrió los ojos sin besarlo ni rechazarlo. Entonces sor Adelaida, que habia logrado enjugar sus lágrimas, dijo algunas oraciones con fervoroso acento, y Pestaña, que habia ido alargando su cabeza, extasiado con aquella voz dulcísima que mitigaba los dolores de su agonía, besó el Crucifijo que tenia delante de los labios, y á instancia de sor Adelaida repitió todas las palabras del Acto de Contricion

con tanta fé, que á todos los circunstantes les hizo derramar copiosas lágrimas.

La superiora le exhortaba sin cesar á que se arrepintiera de sus culpas para hacerse digno de la gracia divina, y sor Adelaida parecia estar fuera de sí en aquellos momentos.

Trémula y agitada, con sus grandes ojos abiertos sobre el desencajado rostro del enfermo, queria darle con su aliento una nueva vida, para que se arrepintiera de sus pecados y pidiese á Dios la gloria eterna.

Habia en el semblante de la jóven hermana de la Caridad una mezcla de alegría y de dolor inesplicables.

Estaba segura del arrepentimiento de aquel desgraciado, y miraba con inquietud hácia la puerta de entrada para ver si Cabezota llegaba con el sacerdote. Pero al propio tiempo no cesaba de pedir al enfermo el perdon de las personas que le habian ofendido, hasta que este, por su parte, pidió, con lágrimas en los ojos, el de todos los circunstantes, y repitió por sí solo y con muestras de verdadero arrepentimiento el Acto de Contricion.

Pidió luego con voz cada vez mas apagada y oscura un poco de agua, y ya no pudo beberla. Sor Adelaida le humedeció los lábios con su propio pañuelo empapado en agua, y el enfermo clavó en ella sus turbios ojos; la besó la mano, sin que pudiera impedirlo, y con acento desgarrador, pero débil y bronco, dijo:

— ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Dios mio!

Sor Adelaida acercó precipitadamente su rostro para examinar el del infeliz que habia exhalado ya el último suspiro, y abrió sus ojos para convencerse de aquella horrible realidad, cómo la madre que vé morir sobre su regazo al niño inocente que ha nacido de sus propias entrañas.

La superiora, que no estaba menos conmovida, la arrancó de allí, y al salir á la sala todos, vieron entrar á Cabezota, precedido de un hombre, vestido de negro, con capa parda y un sombrero hongo á la cabeza.

— Aquí está el sacerdote, — dijo Cabezota, dirigiéndose á sor Adelaida.

— ¡ Ya es tarde!... — exclamó esta.

— ¿ Ha muerto?...

— Ahora mismo, — repuso la superiora.

Y dirigiéndose al sacerdote, añadió:

— Padre, entre usted á recomendarle el alma bajo condición.

El sacerdote lo hizo así, entrando en la alcoba, mientras las hermanas de la Caridad se arrodillaron á orar.

La guardesa, su marido, Bocanegra, Cabezota y su compañero imitaron el ejemplo de las dos hermanas, y los niños se arrodillaron también, alzando al cielo su inocente mirada.

El eclesiástico salió al poco rato, y sorprendido de la augusta escena que se ofrecía á sus ojos, dobló también en tierra las rodillas, y se puso á rezar en voz alta la letanía, á la que respondieron con fervoroso acento las hermanas de la Caridad, repitiendo sus palabras todos los presentes.

Alzóse después el cura, y con él todas las gentes que había en la sala, y sor Clotilde le saludó, dándole gracias por su asistencia, y asegurándole que el enfermo había dado muestras de verdadero arrepentimiento.

. . . . .

El cura pasó allí el resto del día y la noche, sin que Cabezota le diera ocasión de satisfacer su curiosidad respecto á la presencia de las huéspedes del guarda, y sor Adelaida no cesó de derramar copiosas lágrimas en todo este tiempo.

Pasaron la noche las hermanas de la Caridad en un reducido aposento que estaba inmediato á la cocina, y antes de la madrugada Cabezota hizo dar sepultura al cadáver; mandó á Bocanegra y á su compañero que engancháran la silla de posta, y entrando á saludar á sor Adelaida, la dijo:

— Señorita, ya está todo dispuesto para volver á Ma-

drid; quítense ustedes los hábitos, y cuando quieran echar á andar, me avisan.

—¡Paco!...—dijo suspirando sor Adelaida.—¡Soy la mas infeliz de las criaturas!... La sangre que se ha derramado por mi causa, ha llenado de amargura mi existencia, y ya no me queda otro consuelo que la muerte.

—¡Adelaida!... ¡Hija mia!...—replicó sor Clotilde, estrechando á su amiga entre sus brazos.—No ofendas al Señor pidiéndole la muerte... Vive para sufrir los trabajos que te envíe, y aparta de tu mente los pensamientos sombríos que la ofuscan... El verdadero valor de las almas cristianas no consiste en saber morir, sino en llevar con resignacion y sin abatimiento las miserias de la vida.

—¡Tiene razon la señora!—repuso Cabezota.—Y sobre todo, usted no ha ofendido á nadie nunca... Esa sangre no se ha vertido por usted... Los que han muerto venian á matarla.

—Pues bien: yo les hubiera dejado saciar su furor en mí, y se habrian ahorrado tantas víctimas inocentes... ¡Ay! ¡Ojalá que hubiese caido en poder del Duende, y encerrada de nuevo en una torre, no habria presenciado estas desgracias!...

—¡Con que siente usted hallarse á mi lado!—esclamó con amargura Cabezota.

—No, Paco, eso no... y espero que no volverás á la vida pasada, y que te veré continuamente.

—Sí... señorita... sí... yo seré siempre un criado de usted... Pero vístase usted pronto, porque no estoy tranquilo hasta que la vea á usted fuera de aquí.

—¿Hay algun nuevo peligro?—preguntó sor Clotilde alarmada.

—No, señora, sino que veo lo mucho que están ustedes sufriendo, y por eso deseo verlas en Madrid entre sus amigas.

—¿Se marchó el señor cura?—preguntó sor Adelaida.

—Sí, señora,—respondió Cabezota;—le hice tomar

esta mañana el portante; él queria entrar á despedirse de ustedes, pero yo no le dejé.

—¿Y por qué?

—Porque tiene unas letras muy gordas para hablar con ustedes.

—¡Paco... habla con mas respeto de los sacerdotes!

—¡Si usted le hubiera visto como yo andar todo el dia con la honda tras de las vacas!...

—No importa; los sacerdotes están, como hombres, es-puestos á todas las debilidades humanas; pero Dios nos manda respetarlos como á su imagen sobre la tierra.

—Yo los respeto...—dijo Cabezota, retirándose del aposento.

Y al poco rato salieron de él las hermanas de la Ca-ridad.

Sor Clotilde llevaba un traje azul oscuro, con sombrero del mismo color, y un velo blanco que la cubria el rostro. Sor Adelaida, con un vestido negro, un sombrero de paja y un velo negro, daba mayor realce á su hermosura; y la palidez de su semblante, exagerada por la blancura de la to-ca, disminuyó considerablemente con los nuevos adornos. Sus grandes ojos negros brillaban al través del espeso velo que caia por delante de su rostro, y su talle elegante y es-belto ocultaba sus delicados contornos entre los pliegues de una manteleta que cubria sus espaldas.

La guardesa la miraba con asombro, y sor Adelaida, re-cogiendo el velo del sombrero, y arrasados en lágrimas los ojos, la abrazó, y la dijo:

—Pronto espero que nos volvamos á ver; procure usted mientras tanto educar á estas criaturas en el santo temor de Dios, y déme palabra de no volver á usar las armas sino para los animales del monte, cuando la sea necesaria la ca-za para el sustento de su familia.

—Yo se lo ofrezco á usted, señorita,—respondió la guardesa, queriendo arrodillarse para besarla la mano.—



Acostumbrada á no ver nunca los cadáveres de mis enemigos, hasta ayer no he comprendido lo que vale la vida de un hombre.

—Vale tanto,—replicó sor Adelaida,—que solo Dios puede volverla, una vez perdida.

Sor Clotilde abrazó tambien á la guardesa, que lloraba con efusion, y despues de besar ambas á los niños, salieron al campo y subieron á la silla de posta, donde estaban esperando Cabezota y sus compañeros.

Allí se volvieron á despedir de la Zagala y de sus hijos, y al quererlo hacer de los demás, el guarda las dijo:

—Nosotros vamos á acompañar á ustedes hasta la salida de la sierra.

Efectivamente, el guarda y Bocanegra marcharon delante del carruaje con las escopetas al hombro; Cabezota subió al pescante, y su compañero tomó el diestro al caballo delantero.

## CAPITULO LI.

### El señor Trifon y la señora Crispina.

La prision de doña Inés de Montilla, de que ya tiene noticia el lector por la carta que Eugenia escribió á sor Adelaida, fué un acontecimiento estraordinario en el barrio de Leganitos.

Los inquilinos de la casa número 59, acostumbrados á vivir en lo que ellos llamaban *paz octaviana*, estaban asustados de que la policia les hubiese hecho dos visitas en el corto espacio de quince dias, y ya hacia cinco que se habian llevado presa á doña Inés, y aun no se hablaba de otra cosa en la vecindad y en todas las tiendas del barrio.

Pero la discusion permanente era en el portal de la casa, bajo la presidencia de Crispina la zapatera, que no hubiera tenido dia mas alegre que el de la prision de doña Inés, aunque hubiese acertado tres números de la lotería primitiva.

Sin faltar un ápice á la verdad histórica, pero disfrazándolo y revistiéndolo con cien distintas formas para que el asunto no pareciese monótono á los que la escuchaban una y otra vez, no dejaba de repetir los pormenores de la prision, haciendo mil comentarios acerca de ella.

El lector, que ya tiene alguna idea de cuán opuesto al de la Crispina era el carácter de su marido, comprenderá lo que sufriría oyéndola hablar continuamente de lo mismo.

El sexto día, después de la prisión referida, aun había encontrado entre los vendedores de la Plazuela del Gato, quien quisiera escucharla su historia, tal vez á trueque de darle mermada la mercancía; y poniendo precipitadamente los pucheros en el fogón, se bajó al portal á acompañar á su marido con la calceta en la mano.

El zapatero estaba reconociendo unas botas que le acababan de entregar para que las remontara el piso, y su mujer le dijo:

—¡Hola!... ¡Tenemos obra nueva! ¿Quién te la ha traído?

—Aquel parroquiano, que vivía en la casa de Pajes, y que se fué luego empleado al portazgo de Vallecas.

—¿Le han quitado el destino?

—Sí.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo!... No me lo ha dicho.

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—¿Pues cómo te lo había de decir, si no se lo preguntabas?... ¡Pareces bobo!...

—¡Como á mí no me importa saberlo!...

—¡Ya!... Si solo habíamos de preguntar lo que nos importa, nunca hablaríamos nada.

—Pues ¿qué quieres?... A mí no me gusta meterme donde no me llaman.

—Siento no haber estado aquí cuando vino, porque tú no le habrás sabido contar lo de la prisión de la bruja.

—No se lo he contado ni bien ni mal.

—¡Capaz serías de haberlo hecho así!...

—¡Lo que oyes!... ¿Qué le importa á él de esa historia?...

— ¡Jesús!... ¡Qué hombre tan pavo! Vergüenza me dá que seas marido mío... ¿A quién se le ocurre olvidarse de una cosa como esa?... En la plazuela no se habla de otro asunto estos días; hasta los periódicos han dado la noticia de la prision... y tú... nada... impávido, como si fueras un leño... Por lo mismo que yo tengo este génio tan franco, Dios me ha castigado dándome un marido capaz de pasarse un año sin hablar.

— ¿Y no lo has conocido hasta ahora?— dijo el zapatero sonriendo.— ¿Después de treinta años que llevamos de matrimonio, te ocurre pensar en eso?

— Es que antes no eras así... Me acuerdo que cuando trabajabas la obra prima, sabias todo lo que pasaba en Madrid, y teníamos nuestros ratos de murmuración.

— Te contaba lo que oía en casa de mi maestro. ¡Como allí iban tantos parroquianos! Pero la experiencia me ha enseñado á ser prudente, y no hablo sino cuando me preguntan.

La zapatera hizo un gesto de desagrado, y volviendo la cabeza hácia la calle para saludar á una vecina que se asomaba á la puerta de su tienda, la dijo:

— Ya la han puesto en comunicacion...

— ¿A quién?

— A la bruja; y según me dijeron esta mañana, la van á trasladar hoy á la cárcel de Villa... Luego pienso ir á informarme de si es verdad que la sacan de allí, para ir á verla por la carrera.

— ¿Y se sabe ya por qué la han preso?— preguntó con ingenuidad la vecina.

— Esta mujer es tonta...— dijo en voz baja la zapatera;— se lo habré contado mas de cien veces todo.

— Ya ves como no soy yo solo...— replicó el zapatero.

— Porque la tendera es otra como tú... Hubiérais hecho una pareja escelente... Me dá ánsia oirla decir que hay

parroquiano que entra en su casa hace cinco años, y que aun no sabe su nombre.

—En cambio lo sabrás tú,—replicó el zapatero.

—Ya se vé que sí... ¿Y qué tiene eso de particular? ¿Ofendo yo á nadie con preguntar ciertas cosas?

—Sí... Se quejan de que eres demasiado curiosa.

—¿Quién?... Dílo... Siempre será el bribon del mandadero de las monjas el que te lo haya dicho... Ese es un jesuita falso... Despues que el otro dia tuve que taparme los oidos por no escuchar lo que decia de las pobrecitas religiosas, aun tiene valor para hablar...

—Yo no he dicho que es el mandadero.

—Pero lo sé yo, porque ayer pasó á mi lado, é hizo como que no me veia... ¡Canalla!... ¡Así me paga el favor que le hice de hablar á don Cosme, el médico de la diputacion, para que le diera por exento del servicio de la milicia nacional!... ¡Si no se puede hacer favores á nadie!... Pero déjate, que cuando yo le vea, yo le diré cuántas son cinco á ese tio pucheritos, qué parece que no ha roto un plato en toda su vida, y es mas malo...

—¡Crispina!...—replicó el zapatero.—Yo no te he dicho nada.

—Sí, sí,—añadió la zapatera, sin cuidarse de las palabras de su marido.—Y soy muy abonada para irme al toro, y llamar á la madre Rita, que es una señora de mi génio, y contarla lo que ese bribon dice de ellas... Ya veremos si le quedan ganas de contar á voces en la tienda, y delante de todo el mundo, el mal trato que dá la comunidad á una jóven religiosa, que quiso exclaustrarse cuando salió la órden para que se volviese á su casa la que quisiera... Y dice que la hacen pasar por loca, y que la ponen á dormir en el suelo... y...

—¡Crispina!—gritó el zapatero.

—Y cuando fué el jefe político tuvieron soplo, y la pusieron la cama en alto, y lumbré en la celda... Y que no la

dejan vestir el hábito, y en fin, otras cosas que me dijo, y que no se me han olvidado... Todo se lo contaré á la madre Rita.

—¿Quieres callar... mujer ó demonio?—gritó el zapatero.—Ya me vas fastidiando con tanta tontería... El señor Roque no me ha dicho nada de tí.

—Pues si no ha sido él, habrá sido la sacristana de la capilla... ¡Otra que tal!... Mejor fuera que no apagase la lámpara apenas cierra la iglesia su marido, y que no fuese á la cerería á vender las velas de á media libra que le llevan para alumbrar al santo Cristo... Ya se vé, pone siempre dos, y á todos los devotos les dice que aquellas son las suyas.

—Crispina, no seas cavilosa... ni esa mujer, ni nadie me ha dicho nada... ha sido cosa mia.

—¡Tuya!... ¡Que si quieres!... Tú hablas por boca de ganso.

El zapatero no replicó una sola palabra, y empezó á aturdir á la vecindad machacando suela, á tiempo que entró en el portal un caballero de poca estatura, grueso y colorado, vestido de negro y con un alzacuello de eclesiástico.

Saludó entre dientes al pasar por delante del zapatero, y la señora Crispina le preguntó:

—¿A qué cuarto vá usted?

—Al segundo,—respondió el cura, volviendo la cabeza incomodado.

—Creí que iba usted al de doña Inés, y le queria ahorrar el trabajo de subir la escalera... porque la han llevado á la cárcel hace cinco dias.

El cura continuó su marcha sin replicar una sola palabra, y la zapatera añadió, alzando la voz:

—Los periódicos dicen que la han preso por carlista; pero no es verdad: la han preso por bruja.

—Pero, mujer,—esclamó el zapatero,—¿qué le importa á ese buen señor lo que le cuentas?... ¡Si ya te ha dicho que vá al cuarto segundo!...



—Pues bien, déjame... quiero decirlo, —respondió la zapatera.

Y volviendo la cabeza para saludar á la vieja María, que entraba en el portal, la dijo:

—¿Ha sabido usted algo de esa mujer?

—No, señora, ni quiero; en la gloria hemos quedado sin ella.

—¡Ya lo creo!... Para eso el tonto de mi marido no se alegra de que la hayan preso.

—Yo no me alegro del mal de nadie, —respondió el zapatero.

—Yo tampoco, —replicó la señora María; — ¡pero como doña Inés era tan mala!

—Eso mismo digo yo...

—Sí; pero tú no dejas un minuto de hablar de ella, y por eso me incomodo. Por lo demás, también á mí me gusta que se castiguen los delitos y que la justicia cumpla con su deber... Pero... ¡qué sé yo!... Tengo acá mis escrúpulos de que en esa prision juega la política... y lo sentiria, ¡porque si esa pobre mujer es de las mismas opiniones políticas que yo!...

—¿Qué harías?

—Ya veríamos...

—Me dá soberbia oírte hablar así... —dijo enfurecida la zapatera. —Pareces bobo algunas veces...

—Y si lo cree así, —repuso la señora María, — ¿qué le quiere usted hacer?... Cada uno es dueño de pensar como le acomode... pero si el señor Trifon la conociera como yo, no diria eso.

—No lo crea usted, vecina; este es á la buena de Dios, y todo se lo traga... Pero ese garbanzo no se ha cocido en su olla... Apostaria yo una oreja, y estoy segura de no perderla, á que eso se lo ha dicho el mandadero de las monjas, ó el portero de la casa del *Pecado Mortal*...

—¿Quién? ¿El señor Ramon? —preguntó la vieja María.

— El mismo.

— No seas tonta, Crispina; Ramon no me ha dicho nada.

— Pues habrá sido el mandadero.

— Tampoco.

— Aunque lo niegues, yo lo he de saber muy pronto... ¡Ya se vé, como la bruja hacia tantas limosnas á las monjas!... ¡Y cuando ellas la enviaban rosquillas y acericos, le daba al señor Roque una peseta de propina, dice que era una santa!... ¡Si sabremos aquí lo que pasa!... ¿O crees tú que nos mamamos el dedo?... Aunque me ves siempre metida en casa, ya sé lo que anda por las agenas... Al dia siguiente que prendieron á doña Inés pusieron las monjas un par de velas al *Cristo del Zapato*, y empezaron una novena á la Virgen de las Amarguras... A mí no se me escapa nada cuando quiero.

— ¿De verás? — preguntó la señora María.

— ¿No vé usted que las tenia embaucadas á todas, y las habia ofrecido hacerlas un convento nuevo cuando viniera Carlos V á Madrid?

— ¿Y quién es ella para semejantes ofrecimientos? — dijo la señora María.

— Una trapisondista, — replicó la zapatera. — Pero preguntéselo usted á mi marido, que tambien le tenia ofrecido darle no sé qué destino cuando triunfáran los carlistas.

— No la haga usted caso, vecina.

— ¿Con que no... eh?... ¿No te ofreció un dia, delante de mí, colocarte en palacio?

— Sí... pero eso fué que, hablando de las muchas relaciones que ella tiene, me dijo... así... en broma...

— Sí... en broma, — interrumpió la zapatera. — Pues tú bien lo creiste... Y siempre me estabas diciendo que el uniforme seria con franja de oro... y que llevarias sombrero de tres picos... y qué sé yo cuántas cosas mas.

— Pero te lo decia por reirme... Yo nunca creí que ella

pudiera hacerme jefe del guarnés de las caballerizas reales.

— ¡Con qué ese era el destino que le habia ofrecido á usted! — replicó la señora María, — ¡Pues es una friolera!... El que le tenia antiguamente era amigo de mi difunto, *que de Dios goce*, y era un señor de mucha prosopopeya.

— Lo que es por eso... — contestó picada la Crispina, — no tenia nada de particular que se lo diesen á mi Trifon.

— ¡Ya lo creo! — repuso la señora María.

— Es que sepa usted que mi marido, donde usted le vé, echando punteras todo el dia, sabe muy bien de leer y de escribir, y de cuentas cuantas usted le ponga.

— No lo dudo.

— Es que hay muchos que, como le ven siempre machacando suela y dando *cheira* á la cuchilla, piensan que no sirve para otra cosa, y se llevan chasco... Si él estuviera al frente de una oficina cualquiera... lo habia de hacer mejor que otros muchos... Mi Trifon, aunque no me esté bien el decirlo, es capaz de todo.

— Seguramente, Crispina, y no sé por qué me dice usted á mí esas cosas.

— A usted no, sino que es un decir...

— Yo, — replicó la señora María, — me he reído, porque doña Inés es una trapisondista.

— Y tanto; yo soy la primera á reconocerlo, y siempre lo he dicho... ¡Oh! En echando yo el ojo á una persona, negocio concluido... Desde que la ví en la calle con aquellas gentes tan mal encaradas, conocí lo que era.

— Lo que yo no creo que sea verdad, — interrumpió la señora María, — es lo del envenenamiento...

— ¿Qué envenenamiento? — preguntó asombrada la zapatera.

— ¡Qué! ¿No se lo he contado á usted?

— ¡No, señora!... ¡No me ha dicho usted nada!

— Pues parece que la causa de haberla preso ha sido

por que se ha descubierto que ella fué la que envenenó al general Ayamonte.

— ¡El general Ayamonte! — repitió el señor Trifon, soltando la suela que tenia en la mano; — ese sirvió conmigo en la guerra de la Independencia... Es decir, yo estuve á sus órdenes en los campos de Talavera... Era muy valiente y muy buen oficial de filas... Teniente primero fué de mi compañía, y me acuerdo...

— No te acuerdes de nada, — interrumpió la zapatera, — y deja que hable la vecina.

— Es que no creas tú que hay muchos hombres como el general Ayamonte...

— Pues bien, calla... á tí, en hablándote de aquellos tiempos, ya tienes cuerda para charlar todo el día.

— Verdad es... — dijo entusiasmado el señor Trifon. — Si por algo siento ser viejo, es por no poder tomar otra vez el fusil, y andar á balazos con los franceses, si se presentara la ocasion... Y sábetelo que yo habria hecho fortuna en el ejército... Cuando tomé la licencia absoluta era ya cabo segundo, y muy querido de mis jefes... Eso sí, nadie tuvo que decir de mí nada.

— Vecina, — interrumpió la zapatera, — no le haga usted caso, y cuéntemelo usted todo; porque no sabia una palabra siquiera.

— Pues... nada; lo que he dicho... Parece que la han acusado de haber dado un veneno al general en una jícara de chocolate... y ahora piensan sacar el cadáver para que los médicos digan si murió envenenado ó no.

— ¿Y hace mucho tiempo de eso?

— Cuatro ó cinco años.

— ¡Pues vétele ya á buscar el veneno!... Quizás no parezca el cadáver tampoco.

— Eso no importa...

— ¡Que no importa!... ¡Si supiera usted la tracamunda que anda en los campos santos!... Nosotros teniamos un

parroquiano que era enterrador, y ese nos ha contado atrocidades... Un solo día que pase sin renovar la propiedad del nicho, lo sacan y lo echan al hoyo. Y otras veces lo cambian al cabo de cierto tiempo... porque ¡como los de unas filas son mas caros que los de otras!...

—Sí; pero de todos modos la justicia hará sus indagaciones.

—Sí; pero verá usted cómo sale libre ese demonio de mujer.

—¡No sé lo que la diga á usted, amiga mia! Los hijos del general son los que andan en ello, y ya tenían algunas sospechas.

—Los hijos... —repitió el señor Trifon. —¡El señorito Juan y el señorito Paco!... Cuando el general estaba en mi compañía, era soltero aun y muy jóven; se casó siendo coronel, y yo conocí despues á los señoritos de cadetes en Guardias Walonas... Pero no los he visto hace mas de quince años... Ya se vé, aunque los vea en la calle no los conoceré... Á su padre tampoco le habia vuelto á encontrar hacia mucho tiempo; pero oí decir que se habia muerto, y tuve un verdadero pesar... Cuando me dieron la noticia, recé un Padre nuestro por su alma, y lloré como un niño... ¡Era tan bueno y tan llano!... Siempre que me veía, aunque fuera vestido de gala, me habia de parar para darme un cigarro...

—Pues mira,—repuso la Crispina sonriendo,—tu amiga le envenenó.

—No gastes esas chanzas, Crispina; yo no soy amigo de esa mujer... y si fuera verdad lo que dice la señora María...

—No se sabe de cierto; pero que la acusan de la muerte, me lo ha dicho el escribano que tiene la causa.

—¿Y cómo pudo ser eso?... —preguntó el zapatero.—  
¿Vivia ella con el general?

—No, señor; pero... dicen... no sé qué verdad tenga, que la visitaba muy á menudo, y...

—Lo creo,—interrumpió Trifon;—habrá muerto, como buen artillero, al pié del cañon; siempre fué muy aficionado mi teniente á las hijas de Eva.

—¿Sí?... ¡Pues buen gusto tuvo si la dijo siquiera *por ahí te pudras* á doña Inés!...—replicó la zapatera.—Si yo fuera hombre, aunque no hubiera mas mujeres que ella en el mundo, segura estaba.

—Ahora es ya vieja,—repuso Trifon;—pero habrá tenido sus quince como otra cualquiera...

—Siempre habrá sido su cara remedio contra tentaciones del demonio,—dijo la zapatera.—Pero si te gusta,—añadió picada y celosa,—ves á verla á la cárcel, que allí tendrá el tiempo de sobra para escucharte.

—¡Qué tonta eres!

—Pues digo bien; no parece sino que estás enamorado de ella.

—Ea, vecinos,—dijo la señora María,—me voy arriba un rato á ver á la señorita Eugenia. Ha pasado una noche fatal lidiando con su padre.

—¿Sabe usted que está insufrible el buen señor?

—¡Qué quiere usted, amiga! Su hija se porta muy bien con él, y le sufre todas las incomodidades.

—Ahora creo que tienen visita, porque ha subido un cura al piso segundo, y he oído cerrar la puerta del cuarto de don Lorenzo.

—¡Un cura!...—repitió la señora María.—Será el padre Romualdo... Hasta luego, vecinos.

—Adios, señora María,—dijeron á la vez los zapateros.

---



## CAPITULO LII.

### El padre Romualdo.

La señora María habia sospechado la verdad: el eclesiástico que acababa de subir al cuarto segundo era el padre Romualdo, ex-prior de uno de los conventos suprimidos, y confesor del conde de San Fabian.

No le sorprendió la noticia que le habia dado la zapatera de la prision de doña Inés, porque ya tenia conocimiento de ella por los periódicos, y aun le enfadó la impertinencia de la Crispina, hasta el punto de entrar en la habitacion de don Lorenzo, diciendo:

— ¡Qué mujer tan habladora es la zapatera!

— ¿Pues qué le ha dicho á usted, padre?— preguntó Eugenia, besando respetuosamente la mano al religioso.

— Habladurías de esas gentes, que siempre se entrometen donde no deben... El populacho es feroz, y goza con las desgracias del prójimo... ¿Qué le importará á ella de que hayan preso á la pobre señora de la boardilla?

— ¡La pobre señora!— repitió Eugenia con admiracion.

— Cabalito...— dijo el fraile, sentándose sin mas preámbulos al lado de don Lorenzo.— Esa señora es una víctima del furor de los liberales, y ha hecho muchos servicios á la

causa del rey... Con razon la llaman la madre de los carlistas.

—¿Usted lo cree así, padre? —dijo Eugenia.

—No soy yo solo á pensar de este modo... El conde de San Fabian opina lo mismo, y ayer un señor magistrado que estuvo á verla en la cárcel, dijo que era una señora muy principal y muy virtuosa... ¡Pero cómo ha de ser!... El Señor ha querido acrisolar su santidad con este nuevo infortunio... El crimen de que la acusan es una impostura horrible, que, manejada con bastardía, le hará perder en el concepto de algunos; pero que servirá para mejor probar su inocencia y confundir á sus detractores.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted á esa mujer? —preguntó Eugenia, cada vez mas sorprendida del lenguaje del padre Romualdo.

—Es mi hija de confesion, —dijo el fraile por toda respuesta.

—En ese caso...

—Sé muy bien lo que me digo... Esa señora ha consumido sus cuantiosas rentas socorriendo las necesidades de los religiosos, dotando doncellas, y últimamente, facilitando recursos á los defensores de la religion y el rey.

Eugenia, que, como sabe el lector por la carta que escribió á sor Adelaida, lamentaba la desgracia de doña Inés, sabia, sin embargo, quién era por lo que habia dicho la señora María, y estaba asombrada del entusiasmo con que hablaba de ella el religioso.

Su padre le habia elogiado en diferentes ocasiones las virtudes del padre Romualdo, y esto le hacia dudar por lo menos, pareciéndole sinceras las palabras del fraile; pero no se atrevió á creerlas despues de las maldades que habia oido contar de aquella mujer.

Si lo que pretendia el religioso era hacer que Eugenia se compadeciese de la suerte de doña Inés, sus palabras producian un efecto contrario, arrancándola hasta el sen-

timiento de compasion y de lástima; único que podia inspirarle la persona que se habia atrevido á fulminar contra ella la horrible acusacion de que tiene noticia el lector.

Don Lorenzo, mientras su hija hablaba con el padre Romualdo, y desde que este entró allí, fijó en él su vista con la espresion de vaguedad y de idiotismo de que hemos hablado en otra ocasion.

La sonrisa nerviosa que continuamente se veia en sus lábios desde que habia salido del Hospital, se convirtió en un gesto adusto, que unido al ceño severo del entrecejo, daba á su semblante un aspecto taciturno, pero suspicaz y malicioso.

El padre Romualdo habia visitado una sola vez á don Lorenzo desde el dia en que le refirió su desgracia el conde de San Fabian, y no se habia detenido á examinar el estado verdaderamente funesto de su antiguo amigo.

Por esto, refiriéndose al dia en que no pudo lograr que don Lorenzo le reconociera, y suspendiendo la conversacion que habia empezado al entrar allí, se dirigió á Eugenia, y la dijo sonriendo:

—¿Cómo sigue este hombre?

—Lo mismo...—respondió Eugenia enternecida.—Siempre pidiendo de comer, que es su muerte.

—No lo creas... déjale que coma cuanto quiera... la mejor señal de los enfermos es que tengan hambre...

—El médico me lo ha prohibido, porque dice que si le repite el accidente, morirá sin remedio.

—¿Qué saben los médicos?—replicó el fraile.—En nuestro convento teniamos un compañero en el mismo estado que tu padre, y le bajaban al refectorio entre dos legos, y allí se atracaba de cuanto queria... Así vivió dos años, gordo y colorado como un canónigo.

—¡Moriria de alguna indigestion!...

—No se sabe... se acostó sano y bueno, y amaneció cadáver.

—¿Lo vé usted, padre?... Pues eso temo yo que suceda á mi pobre papá...

—No lo creas; tambien á aquel le tenían prohibido los médicos que comiese, y no hizo caso nunca... ¿Qué le parece á usted, don Lorenzo?...—añadió el fraile sonriendo.—¿No es verdad que tengo razon... que le deben dar á usted mucho á comer?...

Don Lorenzo hizo un gesto de desagrado, cosa inusitada en él cuando alguien aprobaba su estremado apetito, síntoma funesto de la enfermedad que sufría.

—¡Hola!—dijo el padre Romualdo.—¡Parece que no le gusta que se lo ofrezcan!... Le habrás dado tantos chascos, que ya no es extraño que crea que se burlan al decirle si quiere comer.

—Yo no engaño nunca á mi pobre papá,—dijo Eugenia, esforzándose por contener las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Y acercándose á dar un beso á su padre, añadió:

—¿Verdad, papá, que yo no te engaño nunca? Tú te haces cargo de que el comer mucho te mataria, y no comes sino lo preciso.

Otro gesto igual al que habia hecho al fraile fué la contestacion que dió don Lorenzo á su hija, que no pudiendo contener por mas tiempo las lágrimas, las dejó caer sobre el rostro del anciano.

—Eugenia,—dijo el fraile, queriendo tranquilizarla,—no hagas tonterías... Eso es ofender á Dios, y nada mas... Hace tiempo que tu padre está con un pié en la sepultura, y casi le haria el Señor un favor en sacarle de este mundo, donde ya ni pena ni gloria.

Al decir estas palabras, el fraile no habia contado con que don Lorenzo, que pocas veces conocia á su hija, y que parecia desconocer á todos los demás, oia perfectamente cuanto le decian; así fué que se quedó sorprendido cuando le vió sacar la cabeza de entre los brazos de su hija, y abrien-

do los ojos cuanto le fué posible, decir con voz balbuciente y torpe, pero fuerte y altiva, estas palabras:

— ¡Eugenia!... ¡Echale!... ¡Echa de aquí á este hombre, que quiere que me muera!

— ¡Papá!...—replicó Eugenia.— ¿No le conoces?

— ¡No!...—respondió con acento terrible don Lorenzo.

— Soy un amigo de usted, —dijo el fraile.

— ¡Es mentira!... Usted quiere que me den de comer mucho para que me muera pronto.

— ¡No... papá!...

— ¡Sí... échale... Eugenia... échale! ¡Llama á los vecinos para que te ayuden á echar de aquí á este hombre!

— ¡Dios mio!...—esclamó Eugenia, abrazando á su padre y alzando al cielo los ojos.— ¡Qué desgraciada soy!...

— ¡Pobre hombre... está demente! —dijo el fraile.

— ¡Demente!—gritó con voz desesperada y terrible don Lorenzo.

Y haciendo un esfuerzo violento para apartar á su hija, cogió el baston que tenia al lado derecho de su silla, y añadió:

— Yo haré salir de aquí á este picaro... ¿Con que estoy demente?

— ¡Papá, por Dios!...—gritó Eugenia abrazando á su padre.—No te incomodes... es el padre Romualdo...

A don Lorenzo se le cayó el baston de la mano al oír este nombre; bajó los ojos al suelo; sus facciones se contrajeron visiblemente, y en todo su cuerpo se advirtió un temblor convulsivo, precursor funesto de una gran desgracia.

Su hija, aturdida, se volvió á mirar al fraile, como demandándole auxilio en aquel trance apurado, y oyó, por única contestacion, estas palabras:

— ¡Pobre hombre!

— Acérquese usted á consolarle, padre;—dijo con acento dulcísimo la angelical criatura.—Dígale usted que le perdona el haber faltado al respeto á un sacerdote, y po-

dremos librarle de la muerte que le amenaza... Yo voy mientras tanto á preparar una infusion de hojas de sálvia... No es la primera vez que Dios ha querido calmarle con esta bebida.

—Descuida, hija,—respondió el fraile, levantándose perezosamente de su asiento, á tiempo que llamaba á la puerta la señora María.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó el padre Romualdo con la franqueza peculiar á algunas de las gentes educadas en los conventos, que, desprendidas de ciertos miramientos sociales, no reservan ninguna palabra de cuantas le vienen á los lábios.

—¡Mi segunda madre!...—respondió con entusiasmo Eugenia.—El cielo nos la envia para ayudarnos á salvar á mi padre.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó asustada la señora María.

—¡Mire usted!...—dijo Eugenia, sin cesar de llorar y llamando la atencion de la vecina sobre el estado en que se encontraba don Lorenzo.

La vecina se acercó á examinar el estado del anciano, que continuaba con los ojos bajos, la boca torcida, y moviendo convulsivamente el cuerpo.

—¿Quiere usted que vaya á avisar al médico?—fué la primera pregunta que hizo, dirigiéndose á Eugenia.

—¡Si usted me hace ese favor!...

—¡Favor!... No me diga usted á mí eso, señorita... ¿Dónde vive?

—No me acuerdo... Pero la condesa de Baza, que me le envió, sabrá dónde vive... Si no le encuentra usted...

—Aviso al primero que se presente...—interrumpió la vieja;—pierda usted cuidado.

Y salió precipitadamente de la habitacion.

Eugenia se retiró á la cocina para disponer el agua de sálvia, y el padre Romualdo quedó solo con don Lorenzo.



Este infeliz alzó los ojos; reclinó la cabeza en el respaldo de la silla, y la convulsion que oprimia sus miembros era cada vez mas fuerte.

El padre Romualdo le tomó el pulso; le puso la mano en la frente, y dijo:

— ¡Don Lorenzo!... ¿Cómo estamos?... ¿Se vá pasando?

El anciano no respondió una sola palabra; pero dirigió su mirada en busca de la voz del fraile, y este continuó:

— Resignacion, amigo; el Señor le envia á usted estos trabajitos para que gane la gloria eterna... Piense usted en los que pasó el Divino Señor en la Cruz, y... ¡cómo ha de ser!... Cuando Dios lo dispone así, no hay que hacer otra cosa sino conformarse con su divina voluntad... ¿Quiere usted confesarse?... ¿Tiene hecha ya su última disposicion para cumplir con el mundo?

Eugenia, que habia oido estas palabras del fraile, salió asustada á la sala, y le dijo:

— ¡Oh! ¡No hable usted así, padre!... Yo se lo suplico... Si no ha perdido el conocimiento, deberá sufrir mucho oyendo esas palabras.

— ¿Qué dices, Eugenia?— replicó el fraile.— ¿Con que quieres que no aprovechemos estos momentos, quizás los únicos que el Señor le concede para que atienda á la salvacion de su alma?... Cuando le acometa el accidente ya no será tiempo... No podrá confesar sus culpas, y yo seria responsable ante Dios de haberle dejado morir sin sacramentos... Ya que la Providencia me ha traído aquí á tan buena ocasion, es preciso no desperdiciar un momento.

— ¡Padre mio!...— gritó Eugenia, arrojándose al cuello de su padre, y cubriéndole el rostro con sus cristalinas lágrimas.

El anciano fijó en ella los ojos cada vez mas turbios, pero vidriosos siempre, y fuese por sujetarle los brazos su hija,

ó por que en realidad se calmaba la convulsion, lo cierto es que su temblor era ya menos sensible; pero su rostro estaba cada vez mas encendido y parecia brotar sangre por todos lados; sintoma funesto, cuyos presagios conocia perfectamente la infeliz Eugenia.

—¡Papá!... ¡Papá!...—repitió diferentes veces al oido de don Lorenzo, sin que este diese muestras de oirla; y volviéndose al fraile, le dijo:

—¿Lo vé usted, padre?... ¡No oye! Si el médico llega á tiempo y le sagran antes de que le acometa el accidente, Dios querrá salvarnos de esta nueva desgracia... y entonces podrá usted hablarle lo que guste.

—¿Tiene hecha alguna disposicion testamentaria?—preguntó el fraile.

Eugenia se estremeció al oir esta pregunta, y el fraile añadió:

—¿No te ha hablado nunca de unos papeles que debias entregarme á su muerte?

—Sí, señor,—contestó Eugenia temblando.

—¿Y dónde están?

Eugenia guardó silencio por algunos minutos, y dijo estremecida:

—Los han robado.

—¿Quién?...—preguntó con desesperacion el fraile.

—No sé,—respondió Eugenia.—Mientras estuvimos en el Hospital...

—Pues es preciso saber dónde paran esos papeles... De lo contrario, tu padre se condenará.

—¡Oh! ¡No!...—gritó Eugenia asustada.—Mi padre es inocente... Yo soy la culpable...

—¿Tú?...

—Sí, pero yo le ruego á usted que no hablemos ahora de eso... salvemos á mi padre, y...

—¿A quién se los has entregado?—dijo el fraile, sin hacer caso de las últimas palabras de Eugenia.

—Yo no se los he dado á nadie... Ya he dicho á usted que fueron robados.

—¿Pero quién los tiene?

—No sé... pero los tendrá la persona á quien le pertenecen, —replicó con energía Eugenia.

—¡Infeliz!... ¿Qué has hecho?... Has deshonrado á tu padre... ¡Su esposa te maldecirá desde el cielo!

—¡Perdon!... ¡Dios mio!... ¡Perdon!—esclamó Eugenia, arrojándose á los piés del padre Romualdo.

—Vaya... levántate, —dijo el fraile.—Dios te perdona si confiesas tu culpa y arrancas ese secreto á la persona que hoy los tiene en su poder... Hasta despues de la muerte de tu padre, nadie puede leer esos papeles.

—¡Mi padre me lo habia dicho así!—esclamó Eugenia, alzándose en pié.

Y fijando la vista en don Lorenzo, hizo un esfuerzo, y corrió á la cocina, volviendo al poco rato con una taza de infusion de sálvia.

La acercó con mano temblorosa á los lábios del anciano, en cuyo contraido semblante obró una reáccion pasmosa el aromático vapor que se desprendia de la taza.

Por mucho que recomienden los hombres de la ciencia esa planta medicinal para las apoplegías sanguíneas ó las serosas, no se convencerán nunca de cuán saludables son sus efectos en algunos casos.

Era preciso que hubiesen presenciado la escena que referimos, para conocer que, no solo puede calmar la contraccion de los nervios usándola de continuo, sino que sus virtudes anti-espasmódicas pueden ser tan rápidas como los efectos de una evacuacion de sangre, ó de otro revulsivo cualquiera.

Verdad es que tampoco nosotros lo hubiésemos creído, á no haber visto cómo volvió á su sér natural la boca de don Lorenzo, *entrando en caja*, permitasenos la espresion, todas las facciones de su rostro.

Animada Eugenia con este síntoma de ventura, y viendo que su padre aplicaba con ansiedad los lábios al borde de la taza, le dió á beber hasta la última gota del líquido, preguntándole con acento cariñoso y dulce:

—¿Quieres mas, papá?

—Otra...—balbuceó don Lorenzo.

Y su hija le dió gusto en seguida, loca de entusiasmo con la mejoría de su padre.

El fraile ayudó á Eugenia, sosteniendo la cabeza de don Lorenzo, y este le besó la mano apenas hubo sorbido la última taza del agua de sálvia, dejando sorprendida á su hija, que parecia haberse engañado al confundir aquellos síntomas con los que otras veces habian sido precursores de la congestion cerebral.

—¡Gracias, Dios mio!—esclamó, alzando los ojos al cielo.—Gracias, por el milagro que acabais de hacer, librando á mi pobre padre de la muerte.

—Eugenia... Eugenia,—dijo con voz balbuciente don Lorenzo,—véte...

—¡Vuelve á perder la razon!...—esclamó Eugenia.

—Véte...—repitió el anciano, esforzando la voz.—Déjanos solos...

—¿Me conoce usted, don Lorenzo?—dijo el fraile.

—El padre Romualdo...—respondió don Lorenzo.—Sí... le conozco á usted... quiero hablarle...

—Déjanos, Eugenia,—repuso el padre Romualdo.

—Me iré á la alcoba...—dijo Eugenia afligida.

—¡No... no!...—gritó el anciano.—¡Fuera... fuera!...

Eugenia lanzó un hondo suspiro, y se dirigió á la puerta de la habitacion, llamando aparte al padre Romualdo, y diciéndole:

—¡Padre, no se olvide usted del estado en que se encuentra mi pobre papá... yo no tengo otro amparo en el mundo mas que él... y si Dios no permite que nuestras vidas acaben á un tiempo... la mia será muy desgraciada!...

—No te aflijas, hija, —contestó el fraile. —¿Sabe tu padre dónde están los papeles?

—¡Ah! Se me olvidaba. ¡No le diga usted nada!... ¡Yo no me he atrevido á decirle que los habian robado!

—¿Pero tú me dirás dónde están?...

—Luego hablaremos...—contestó Eugenia temblando.—Déme usted palabra de no decirle nada.

—Descuida.

—Yo esperaré en el pasillo á que vuelva la señora María, y en su cuarto estaré hasta que ustedes concluyan de hablar... No tiene usted mas que abrir la puerta, y bajaré al momento.

Eugenia besó la mano que la presentó el padre Romualdo, y este tomó asiento al lado de don Lorenzo.

## CAPITULO LIII.

### La confesion de don Lorenzo.

Apenas se hubo sentado el padre Romualdo, pronto á escuchar lo que don Lorenzo quisiera decirle, ya fuese bajo el secreto, y con las fórmulas de la confesion cristiana, ó como una simple confianza de amigo, el anciano bajó los ojos al suelo, y probó á santiguarse, lo que no pudo conseguir completamente á causa del temblor del brazo.

Sus facciones habian perdido algo del encendido carmin que las cubria momentos antes, y en su frente brilló un sudor copioso, sintoma de la reaccion que habia obrado en su cuerpo el liquido que acababa de beber.

Si su hija hubiera estado allí, se habria apresurado á conservar la traspiracion, que rara vez conseguia, aun despues de administrarle toda clase de sudoríficos.

Pero el padre Romualdo no conocia el estado del enfermo, y ni aun enjugó con su pañuelo la frente del anciano.

—No se moleste usted,—le dijo, viendo que no acertaba á persignarse;—la intencion basta... El Señor quiere que le amemos con el corazon, y cuando la devocion no puede espresarse por signos exteriores, el recogimiento del espí-



ritu es suficiente... ¿Quiere usted hacer una confesion formal de sus culpas?

—No, padre,—contestó con voz débil don Lorenzo...—necesitaria haberme preparado con un exámen de conciencia.

—Está en un error, amigo mio,—le contestó el fraile;—el estado de su cabeza le permite pocos intervalos como el presente, y debe de aprovecharlos para tener pronta su alma, cuando á Dios le cumpla hacerla comparecer ante su divina presencia.

—¡He sido un gran pecador!...—dijo el anciano, alzando al cielo sus ojos, preñados de lágrimas.

—Si ya no lo es y se arrepiente con todo corazon de sus culpas, el Señor le abrirá las puertas de la gloria.

Don Lorenzo no contestó una sola palabra, y quedó por algunos instantes en silencio, vertiendo abundoso llanto, y sin alzar los ojos del suelo.

Despues pidió al padre Romualdo que le diese á besar la mano, y haciéndole señas para que aproximára la silla, le dijo con voz débil, pero al parecer tranquila, estas palabras:

—Padre: yo conozco que mi vida se acaba por momentos, y que pronto me llamará el Señor á darle cuenta de mis culpas... La divina Providencia ha querido que en el momento de ver á usted... ¡por última vez quizás!... recobre el uso de mis sentidos como en los tiempos de mi juventud... Me hallo en este momento como si despertára de un profundo sueño, y cien ideas distintas se agolpan á mi mente. Pero una entre ellas, que no he revelado á nadie nunca, es la primera, la única tal vez que acude á mis lábios, y quiero apresurarme á contarla, padre mio, porque esta mejoría de mi cabeza es seguramente un funesto presagio...

El padre Romualdo abrió los ojos, alargó el cuello, y con el codo derecho apoyado sobre las rodillas, cogiéndose la barba con la mano, colocó el oido izquierdo inmediatamente á los

lábios de don Lorenzo para no perder una sola palabra de aquella revelacion.

— Cuando haya confiado á usted este secreto, si Dios me conserva el uso de las facultades intelectuales, rogaré á mi confesor que venga para oir el último actô de contricion de este pecador desdichado, que no confia en la pequeñez de su merecimiento, sino en la generosidad del juez de jueces, y señor de los señores... amantísimo padre Jesús de Nazareno.

Don Lorenzo derramó de nuevo algunas lágrimas, y balbuceó algunas palabras, que el fraile no pudo entender.

— Si se aflige de esa suerte, — le dijo, — ofenderá á Dios, y le castigará por el mal uso que hace de su divina gracia... Aproveche estos momentos preciosos que el Señor le ofrece para que se arrepienta de sus pecados.

— Perdóneme usted, padre, — replicó don Lorenzo, asustado por el tono áspero con que le habia reprendido el padre Romualdo.

Y esforzándose por aparecer sereno y tranquilo, continuó:

— Diez y ocho años estuve casado con mi difunta Margarita, sin que nadie sospechára quién era ni á qué familia pertenecía, y lo que es mas aun... sin que la mancha que antes de ser mi esposa habia empañado su honra reflejára sobre la mia... Nadie supo nunca el secreto de nuestro matrimonio, y hoy puedo decir que usted es el único que lo conoce.

— Yo no... — se apresuró á decir el padre Romualdo.

— ¿Qué dice usted?... — repuso don Lorenzo asombrado. — ¿Mi esposa no se lo reveló á usted todo al morir?...

— ¿Todo?... Yo no sé... Pero sea lo que quiera, no puedo faltar al secreto de la confesion... Usted hable de sí propio, y figúrese que está en presencia de un sacerdote que nada sabe.

— Como usted guste, padre... Tanta reserva me prueba

su mucha virtud, y que no en vano le tenian en el convento en opinion de santidad.

—Ea, déjese ahora de elogios, y no pierda los instantes,—dijo el fraile, en cuyo agitado semblante se advertia la ansiedad, mezclada con el temor de que el paralítico perdiese de nuevo el conocimiento, y no pudiera terminar la revelacion comenzada.

Pero los temores del fraile eran infundados: don Lorenzo estaba cada vez mas sereno, y con voz firme, aunque escasa, dijo:

—Pues ya que es preciso contar á usted detalladamente la historia de mi matrimonio, cuya felicidad apareció siempre amenguada por un sentimiento de honra mal entendida, é injusto y tiránico por mi parte... ruego á usted que escuche con calma lo que voy á decirle... Pasaré en silencio los desórdenes de mi juventud antes del año 14, en que despues de establecida la monarquía de Fernando VII, pasé á la capital de Francia á desempeñar una comision importante, por encargo especial de mi soberano (Q. E. G. E.). No habiendo tenido valor para rehusar esta gracia de mi querido monarca, ó lo diré de una vez, ¡aunque sufra mi alma al recordarlo!... considerándola como un destino de la Providencia, para evitar un enlace desventajoso por razon de intereses, cometí la villanía de separarme de una pobre jóven, con quien vivia hacia dos años, despues de haberla seducido bajo palabra de casamiento... Pero usted me perdonará, padre, que no le diga nada mas de aquella época... Un año estuve en Paris, y á mi vuelta á la corte hacia seis meses que la infeliz habia fallecido, víctima de la vergüenza, de su deshonra y del dolor de mi ausencia... ¡Ah!... En medio de su desgracia, Dios la permitió el consuelo de morir sin haber visto que otra mujer llevaba el título de esposa, que ella habia obtenido primero... Entré en Madrid casado ya con la mujer á quien usted recibió la última confesion de sus culpas. Mi matrimonio fué tambien

una expiacion del crimen horrible que cometí, abandonando á una mujer que no habia conocido mas hombre que yo, y que se hizo madre por un juramento solemne, al que mas tarde falté, sin tener en cuenta la deshonra de aquella infeliz... Veintiocho años hace ya de esta infamia, y sin embargo, aun se arde mi cabeza al recordarla... Aun me parece que oigo las súplicas de aquella infeliz, que me demandaba un nombre para su hijo, á precio de su propia vida... «Llévame al altar,» decia la infeliz, sin conocer que entonces desgarraba mi corazon, y que yo lo habria hecho á haberlo permitido mi familia... «Dáme la mano de esposo delante de Dios, y no me volverás á ver mas á tu lado... Desde el rincon de un cláustro alcanzaré tu felicidad y la de nuestro hijo, rogando incesantemente al Eterno...» ¡Ah! Tales eran las justas reconvenciones de aquella infeliz, á la que abandoné traidoramente despues, siéndome preciso... ¡horroriza pensarlo!... quemar sus cartas sin leerlas!... Porque... tenia miedo... padre... tenia miedo de que sus palabras penetrasen en mi alma... y de que su llanto renovára mis juramentos...

Don Lorenzo no pudo continuar hablando, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

El padre Romualdo alzó la suya y respiró con libertad, recogiendo de nuevo el aliento para disponerse á continuar oyendo la confesion del anciano.

Este hizo un nuevo esfuerzo, mas penoso que los anteriores, y con voz cada vez mas débil continuó:

—Negándome á cubrir con mi nombre la deshonra de que yo propio habia sido autor, y de acariciar en mis brazos á mi propio hijo... Dios permitió que solicitase... sí, padre, que solicitase ocultar bajo mi nombre la deshonra ajena, amparando la orfandad del fruto de unos amores ilegítimos... Ciegamente enamorado de Margarita Cáceres, y de acuerdo con su tio, el abad de Maqueda, la declaré mi passion, que ella rechazó decidida, y pidiendo por única gra-

cia que la dejasen vivir sola en el mundo, devolviéndola á la hija de sus entrañas, que una amiga infiel la habia arrebatado en el momento de darla á luz.

—¿El nombre de esa amiga?...—preguntó con viveza el padre Romualdo.

—No puedo decirlo... es un secreto que no me pertenece.

El padre Romualdo se mordió los labios arrepentido de su imprudencia; pero queriendo vengarse de la negativa de don Lorenzo, dijo en voz baja:

—Clotilde... la condesa de Baza.

—¿Quién le ha dicho á usted su nombre?—preguntó admirado don Lorenzo.

El fraile guardó silencio, y don Lorenzo continuó:

—La negativa de Margarita y la noticia de su deshonra las recibí á la vez; al enamorarme de ella ignoraba completamente aquel misterio... Sin embargo, mi razon, ofuscada, no podia luchar con el corazon, y decidí ofrecerla de nuevo mi mano, aun á precio de reconocer á su hija... Pero Margarita era demasiado buena para consentir en ello, y se negó tambien á esta nueva súplica... Fué preciso que su tío, verdadero autor de su deshonra, la obligase á contraer matrimonio conmigo, amenazándola con que de otro modo jamás veria á su hija... Y un año hacia del nacimiento de esta niña, cuando yo di la mano de esposo á la inocente víctima del libertinaje del duque de Mont-Marsan; consumando así el perjurio á que me habia arrastrado, primero una vanidad mal entendida, y mas tarde una pasion desenfrenada... ¡Ay, el mismo dia en que yo juraba en la capital de Francia fidelidad eterna á la madre de Adélaida, espiraba en Madrid la mujer que hubiera podido acusarme ante Dios de seductor y de perjurio!... Margarita Cáceres, á quien desde entonces llamé siempre Cecilia Eguren, ignoraba el crimen, que me perdonó mas tarde, á pesar de haberla impuesto una condicion mas dura que todas las que ella exigió de mí...

—¿Qué condicion fué esa?—preguntó el padre Romualdo.

—Entre los papeles que os entregarán á mi muerte, hallareis una partida de bautismo que os informará de todo.

—¿Y esos papeles?—dijo el fraile, *olvidándose* de la palabra que habia empeñado á Eugenia.

—Están allí...—contestó don Lorenzo, señalando al baul de que ya tiene noticia el lector;—dentro de una caja de marfil. La mayor parte de los documentos que hallareis en ella me los entregó el dia de mi boda la desgraciada Cecilia... La infeliz ha vivido diez y ocho años al lado de su hija sin darla nunca este nombre, y ocultándose á llorar en su gabinete cuando la oia preguntar quiénes eran sus padres... Yo quiero á esa jóven como á mi propia hija... Hoy ignoro su paradero, porque empecé mi palabra con el abad de Maqueda de devolverle á Adelaida despues que muriera su madre... El miedo de cometer un segundo perjurio, que quizá habria sido grato á los ojos de Dios, no fué el que me hizo entregar á esa jóven en poder de un hombre que ha jurado el esterinio de su familia... Las vanidades del mundo, el ridiculo temor de que se hiciese pública mi deshonor, me hizo cumplir aquella funesta palabra... Desde entonces no he tenido un momento de tranquilidad; y ahora... voy á morir, sin el consuelo... de abrazarla y de pedirla perdon por haberle robado el placer de abrazar á su pobre madre... ¡Dios no puede perdonarme tantas maldades, padre mio!... Yo sé cuán grande es la misericordia divina; pero conozco la gravedad de mis culpas...

—La desconfianza es el crimen mayor que pueden cometer los mortales,—dijo el padre Romualdo, viendo que don Lorenzo se deshacia en lágrimas, y que su voz se iba apagando por momentos.—Haga un acto de verdadera contricion,—añadió,—y Dios le abrirá el camino de su divina gracia.

Don Lorenzo murmuró algunas palabras, golpeándose el



pecho fervorosamente, y con voz apagada y balbuciente, dijo:

—¡Yo me muero, padre!... ¡No... puedo... mas!...

—¿Quiere usted que avise á su confesor?

—Ya no habrá tiempo... siento que se me arde el... pecho.. y la cabeza se me desvanece...

—¿Tiene ya hecho el testamento y asegurados los sufragios por su alma?...

—Mi declaracion de pobre... está tambien en el baul,— dijo don Lorenzo, hablando cada vez con mas trabajo y haciendo grandes esfuerzos por hacerse oir del fraile.

Este le dijo algunas palabras al oido, y encargándole que hiciera la señal de la cruz sobre la frente, se puso de pié, murmuró algunas palabras en latin, y le dió la absolucion.

Don Lorenzo le besó la mano, y dejando caer con angustioso afan la cabeza sobre el respaldo de la silla, dijo con voz apenas perceptible:

—¡Eugenia!... ¡Eugenia!... Que venga mi querida Eugenia...

El fraile abrió la puerta de la habitacion, y al momento se presentó allí Eugenia, seguida de la señora María.

—¿Y el médico?—dijo el padre Romualdo.

—Le dijimos que ya no era necesario...—contestó Eugenia sobresaltada.

Y corriendo al lado de su padre, que, con la boca horriblemente contraída y los ojos en blanco, no dejaba dudar del estado funesto en que se hallaba, gritó:

—¡Padre mio!...

Don Lorenzo fijó la vista en su hija; pero quiso hablarla y no pudo... Sus dientes apretados solo le permitieron pronunciar algunos acentos ininteligibles de todo punto.

Eugenia corrió á la cocina en busca del agua de sálvia, que ya le fué imposible hacer tragar á su desgraciado padre.

La señora María, asustada con aquel acontecimiento, que nunca habia esperado menos que entonces, por las noticias que le habia dado Eugenia, miró alternativamente al padre Romualdo y á don Lorenzo, y dijo entre dientes:

— ¡Pobre señor!... ¡Qué le habrá dicho este bendito religioso!

Despues se asomó al pasillo, y dió una voz llamando á la Crispina, que no tardó un segundo en presentarse allí, preguntando con afán:

— ¿Qué ocurre?

— Lo que estábamos esperando hace tiempo... — dijo la señora María; — ¡le ha repetido el accidente!

— Era de esperar, — replicó el fraile, mezclándose en la conversacion de las dos vecinas. — Y Dios hará un favor á su pobre hija en llevársele... ¡Para verle sufrir!...

— No diga usted eso, — repuso la señora María; — la muerte de don Lorenzo costará la vida á la señorita Eugenia.

— Todos hemos pasado por trances iguales, y no nos hemos muerto, — dijo el sacerdote. — Los padres no han de vivir siempre...

— Sí; pero los hijos no quisieran que se muriesen nunca, — contestó la zapatera.

Y apartándose del fraile, corrió á ayudar á la señora María para llevar á la cama á don Lorenzo, que, sin hacer el menor esfuerzo, y como si hubiera cerrado tranquilamente los ojos al sueño, dejó caer el cuerpo sobre el respaldo de la silla.

— Un médico... corriendo... que venga un médico cualquiera, — gritó desconsolada la infeliz Eugenia, despues de haber intentado en vano reanimar con su aliento el de su pobre padre.

La Crispina salió precipitadamente en busca del médico, y el padre Romualdo se acercó á Eugenia, y la dijo:

— Ya se ha confesado, y si no se le puede administrar

el Santo Viático, ¡cómo ha de ser!... Que le sangren inmediatamente... aunque, á su edad, no puedes tener muchas esperanzas...

— ¿Tiene usted mostaza para ponerle unos sinapismos mientras viene el médico?... — dijo la señora María.

— Creo que sí... — contestó Eugenia, llorando sin cesar.

— Yo me voy á comer, — añadió el fraile; — luego volveré para que me digas dónde está la caja... Tu padre me ha hablado de ella... Si ocurriese alguna cosa de repente... ya sabes dónde vivo... avísame... Los amigos son para las ocasiones.

Eugenia no contestó, ni oyó siquiera los ofrecimientos del padre Romualdo, y le dejó marchar sin decirle nada, corriendo á buscar unos trapos para estender los sinapismos que estaba haciendo la señora María.

## CAPITULO LIV.

### El diagnóstico y el pronóstico.

Los sinapismos, las friegas, y otros revulsivos por el estilo, que el cariño filial por una parte, y la medicina casera por otra, inspiraban á Eugenia y á la señora Maria, no hicieron efecto alguno en el postrado cuerpo de don Lorenzo.

Entre los dos años que hacia que el infeliz anciano se vió atacado por primera vez de la apoplejía sanguínea, que los hombres de la ciencia calificaron entonces de ataque epiléptico simplemente, esta era la cuarta vez que le repetía el horrible accidente.

Pero la postracion del enfermo era mayor que en los dos primeros ataques, únicos que Eugenia habia presenciado; porque el tercero ocurrió cuando ella estaba en el Hospital, como el lector sabe. Los síntomas externos eran mucho mas graves que en las ocasiones citadas, y con razon podia calificarse de fulminante la apoplejía de que era víctima don Lorenzo.

Así lo conocia su infortunada hija, y arrasados en lágrimas sus ojos, veia entreabiertos los de su padre; la abrazaba el calor que despedía su frente; parecia que su rostro

brotaba sangre por todos lados, y la respiracion producía un ruido angustioso y horrible.

Mirábanse recíprocamente Eugenia y la señora María, como demandándose los medios de salvar al infortunado anciano, y despues de haberle aplicado en las estremidades sinapismos, ladrillos calientes y botellas de agua hirviendo, se afligian por no saber qué hacer en trance tan apurado.

Todas sus esperanzas estaban en la vuelta de la señora Crispina, que debia traerlas el médico de la condesa de Baza, ó cualquier otro, si este no se hallaba en su casa en aquel momento.

Para comprender el sobresalto de Eugenia, y la ansiedad con que enclavaba los ojos en la puerta de entrada, antojándosela á cada instante oír pisadas en el corredor, es indispensable haberse hallado alguna vez en situacion semejante. Es preciso haber visto postrada en el lecho del dolor á una persona querida, y contar uno tras otro esos minutos eternos, que no acaban de pasar nunca para el que sufre en ellos mas que el enfermo mismo.

Fijos los ojos en el paciente, y viendo desaparecer rápidamente todos los sintomas de una vida, que es el único sosten de la nuestra; dirigiéndole palabras de consuelo, que ya no escucha; miradas de amor, que no vé; lágrimas que recibe indiferente sobre su cadavérico semblante, y ofreciéndole recursos, que no bastan á atajar los progresos del mal, es como únicamente se comprende el dolor del hijo que vé acabar aquella vida que engendró la suya.

Los hombres de la ciencia son, en estos momentos terribles y solemnes, los ángeles que el Señor envía, no solo para curar las dolencias del paciente, sino para alentar la fé de su familia y de sus amigos.

Aunque el médico no acierte en estos casos á conocer la enfermedad que es llamado á curar, y Dios, que ha resuelto ya la muerte de aquel individuo, no le inspire los recursos que pueden restablecer el equilibrio de la economía

animal, aun puede el doctor, que *yerra la cura*, alentar la esperanza de los parientes, haciéndoles aguardar un milagro de su ciencia oscura é incierta.

El hijo, que seria capaz de emprender una lucha desesperada contra la enfermedad que aflige á su padre, si el mal no se burlára de él esquivando el combate, recoge las lágrimas en presencia del médico; le dirige sin cesar sonrisas de cariño; estudia su fisonomía, para adivinar sus pensamientos, y oye sus palabras con una fé ciega en los recursos del arte.

Su vida pende de los lábios del médico, y con la ansiedad del reo condenado á muerte, oye el fallo del tribunal de la ciencia.

Si el médico ofrece alguna probabilidad de vida, aunque á costa de grandes sacrificios, el hijo le interrumpe, diciéndole que disponga sin reparo, resuelto á no tener por imposible nada de cuanto sea preciso hacer por salvar aquella existencia querida.

Es indudable que si los profesores de la ciencia de curar supiesen apreciar debidamente su elevada mision en semejantes casos, se dedicarían con mayor afán á arrancar á la naturaleza todos sus secretos.

Si se persuadieran sinceramente del papel casi divino que representan á la cabecera del enfermo, no dividirían los estudios del arte de curar en escuelas rivales, abrazando sistemática y esclusivamente una de ellas cualquiera, ó lo que es mas sensible aun, siguiendo indistintamente la una ó la otra, por *dudar* cuál de ellas es la mejor ó la verdadera.

¡LA DUDA!...

¿Qué diría la familia angustiada que rodea el lecho del dolor, si supiera que aquel hombre que ha elegido por árbitro de la vida ó de la muerte del enfermo, despues de haber estudiado y conocido la enfermedad, tiene dudas sobre el método que ha de seguir para combatir el mal?... ¿Qué



seria de la fé con que dá treguas al dolor, si le viera dudar entre dos medicamentos tan opuestos como el de propinar la disminucion ó el aumento de la sangre?

¡Estremece pensar que la vida de los hombres depende muchas veces de un capricho, como horrorizaría saber que el juez que habia de sentenciar á un reo ignoraba en qué artículo del código estaba comprendido el delito!

¡Buena estaria la sociedad el dia, no muy remoto, por desgracia, en que la confusion de los códigos hiciese dudar á los magistrados entre la absolucion ó la muerte de los procesados!

Pues por horrible que parezca semejante disyuntiva, este es el estado actual de la medicina, desde que el sistema de Hanhemann ha tomado las proporciones de una escuela absoluta, amenazando tragarse á la verdadera medicina, que le dió el sér, y de la que jamás será otra cosa que un miembro cualquiera. Así ha sucedido siempre con las diferentes escuelas que, exageradas por la moda, se han refundido mas tarde en la verdadera ciencia, de donde desertaron.

Pero volvamos la vista al angustioso y triste aposento donde se encuentra el padre de Eugenia, y perdónenos el lector si el dolor de esta infeliz criatura nos ha llevado demasiado lejos en nuestras reflexiones. Sin embargo, todo lo que hemos dicho pasaba en aquellos momentos por su mente.

Media hora de angustia horrible, cuyos minutos contó la pobre jóven con terrible afan, pasó desde que el padre Romualdo se habia retirado de allí para ir á comer á su casa, hasta que volvió la señora Crispina sofocada y sin acertar á decir una sola palabra. Tal era la precipitacion con que habia subido la escalera.

—¡Sola!...—gritó angustiada Eugenia, despues de haberse asomado al corredor en busca del médico.

—¿No ha encontrado usted ninguno?—preguntó con afan la señora María.

La zapatera movió afirmativamente la cabeza, y dijo con voz agitada:

—Uno... sí... viene detrás de mí... Pero no es el de la señora condesa, porque no estaba en su casa... Me dijeron que le hallaría en la del marqués de Santa Rita, porque le habia dado un ataque de nervios á la marquesa... y fui allí, y no estaba... En su casa le dejé recado, por si acaso...

—¿Pero ha traído usted uno?...—dijo la señora María, asustada de ver la agitacion de Eugenia.

—Sí, señora... Uno de mucha fama, y viejo...

—Tanto mejor; esos tienen mas esperiencia que los jóvenes.

—Es claro; médico viejo, cirujano joven y boticario cojo,—replicó la señora Crispina, aprovechando la ocasion de ingerir un refran...—¡Me ha costado mas trabajo encontrarle!... ¡Ya.. ya!... ninguno queria venir... El uno decia que iba á comer, y que vendria despues de dormir la siesta... el otro, que habia hecho muchas visitas, y que estaba cansado... ¡Jesús... cómo se hacen *de* rogar esos hombres!... Y á todo esto, ¿cómo sigue el pobre don Lorenzo?

—¡Muy mal!...—dijo en voz baja la señora María.—Deseo y tiemblo que venga el médico, porque esto vá á ser un desconsuelo para su pobre hija... En cuanto le vea, lo primero que pide es la Uncion... Está medio muerto.

—Ya está aquí...—dijo la Crispina, que al oir pisadas en la escalera, se habia asomado al corredor.

Eugenia lanzó un grito de alegría al ver asomar al médico, que, sin descubrirse la cabeza y con un baston con puño de oro en la mano, entró sin detenerse en la alcoba del enfermo.

Era el Esculapio un hombre de algo mas que cincuenta años, grueso, colorado, de cuello corto y con todos los síntomas del mal que venia á curar.

La Crispina no se habia descuidado en explicarle la en-

fermedad del paciente, y así le fué escusado hacer pregunta alguna á las gentes de la casa.

Eugenia, la señora María y la zapatera rodeaban la cama con las manos cruzadas sobre el pecho, como si implorasen la salvacion del enfermo por la mediacion del médico.

Este pulsó á don Lorenzo, mientras las mujeres le miraban con religiosa atencion; le abrió los ojos, acercándole una luz, le puso una mano en la frente, y dijo:

—Un cirujano corriendo; que le haga una sangría de diez y seis onzas, vejigatorios á las estremidades y nieve á la cabeza.

Y llamando aparte á la señora Crispina, precaucion prudente, no siempre usada por los médicos, la añadió:

—Esto vá por la posta; vea usted el medio de decirlo á la señorita, y que vayan corriendo á la parroquia para que vengan á administrarle la Estrema-Uncion... Yo mismo le sangraré mientras tanto, para que no se pierda tiempo... pero que traigan corriendo las cantáridas y la nieve... y sanguijuelas, y...

—¡Trifon... Trifon!...—gritó la zapatera, asomándose al corredor,—sube corriendo.

Eugenia mientras tanto, aturdida con las palabras del médico, dobló el cuerpo sobre la cama, cubriendo de besos y de lágrimas el rostro encendido y abotargado de don Lorenzo, á cuyos lábios asomaba una espuma sanguinolenta, síntoma terrible, que el médico observó bien pronto.

Alzóse de repente, implorando del médico la salvacion de su padre, y rogándole que le dijera con verdad su estado.

—Es muy alarmante, señorita,—contestó el doctor;—yo no puedo engañar á usted... el mal ha venido con espada en mano; pero vamos á apurar todos los recursos de la ciencia.

—¡Dios mio... Dios mio!...—esclamó con acento trístimo la infortunada Eugenia.

—No llore usted, señorita,—la dijo la señora María;—afligirá usted mucho á su pobre padre.

—Su padre,—replicó el doctor, clavando la lanceta en el brazo derecho,—ni vé, ni oye, ni entiende.

Y recogiendo en una taza la sangre que salía gota á gota de la ancha herida que se había abierto en la vena, añadió:

—No me he equivocado... es imposible impedir el derame...

Eugenia quería enjugar sus lágrimas; pero la era imposible, y la señora María forcejaba por sacarla de la alcoba, llevada de ese celo erróneo con que los amigos pretenden aliviar el dolor de las familias en tales ocasiones, sin conocer que les privan del único alivio que puede dárseles en su desgracia.

Al lado de la prenda querida; siguiendo paso á paso los progresos del mal, se goza con los síntomas aparentes ó reales de la mejoría, y ocupándose de aplicar el remedio, se encuentra valor para sufrir la pena que desgarrá el pecho.

Lejos del sitio del dolor, la imaginación avanza mas que la enfermedad misma; los períodos indispensables de la reacción parecen siglos, y cuando se vuelve al lado del enfermo, no se pueden apreciar debidamente ciertos síntomas esquisitos, y á veces casi imperceptibles, que presagian la crisis favorable del mal.

Ultimamente, si la ciencia triunfa, como no se han sentido uno á uno todos los desastres de la enfermedad, no se goza bien la satisfacción del triunfo; y si el enfermo sucumbe, el dolor de no haberle visto exhalar el postrimer suspiro, y el remordimiento muchas veces de haberle entregado en manos mercenarias en el último instante de su vida, deja en el alma una amargura eterna, que no nos abandona jamás.

Así lo creía con razón Eugenia, y en vez de seguir los

consejos de la señora María, hizo un esfuerzo para dominar su pena, aplicando por sí propia todas las medicinas que habia recetado el facultativo.

Pero nada se habia conseguido, ni con las incompletas evacuaciones generales, ni con las locales, y los revulsivos inspiraban poca confianza al médico.

Mientras el zapatero corria á la parroquia en busca de la Estrema-Uncion, pensaba el facultativo en pedir una consulta con uno ó mas profesores, cuando llegó allí el médico de la condesa de Baza.

Jóven, elegante y de modales distinguidos, el nuevo Esculapio *se puso á los piés* de Eugenia, descubriéndose momentáneamente la cabeza, y la preguntó:

—¿Usted es alópata ú homéopata?

Eugenia le miró sobresaltada, sin comprender aquella pregunta, y le replicó:

—¡Caballero!... ¿Usted no es el médico que vino aquí esta mañana, y que la señora condesa de Baza me ha hecho el favor de enviarme?

—El mismo... y me ha encargado la condesa que asista al enfermo con todo interés, porque desea salvarle á todo trance... Por eso la he preguntado á usted si quiere que empleemos la medicina alopática ó la homeopática para curar á su papá...

—¡Qué pregunta!...—interrumpió la señora Crispina.—Sávelo usted, y sea como quiera.

—Es que en estos casos debe obrarse á gusto de la familia.

—La vida de mi padre es lo que yo quiero... ¡la vida de mi padre!...—esclamó Eugenia, sin apartar la vista de aquel hombre.—Corra usted, —le dijo; —corra usted á salvarle.

Y le miraba con un respeto y una ansiedad indecibles, admirada de que la diese á elegir entre *dos distintos medios* de salvar á su padre, cuando el médico de cabecera la habia significado ya que no habia *ninguno*.

El joven Esculapio pasó á la alcoba, y cambió un saludo con el que estaba entonces ocupado en examinar si era del todo imposible al enfermo sacar la lengua, para convencerse de que la parálisis era completa.

Antes de pulsar al individuo hicieron retirar á las mujeres, y el médico de cabecera, que veía por primera vez al recién venido, le dijo:

—Tengo mucho gusto de que sea una persona tan digna la que haya de ilustrarme en este momento... pero creo que la ciencia es impotente, y lo que tenemos aquí es mas bien un cadáver que un hombre. Es casi imposible hacer el diagnóstico de este mal, tanto por que yo veo hoy por primera vez al enfermo, cuanto por que el estado en que se encuentra es muy grave. Hay contractura y rigidez; la respiración es difícil; la sangre se presenta, como usted vé, en la boca y en las narices, y de consiguiente el derrame ha sido completo. He dispuesto las evacuaciones de sangre, que han sido incompletas, y que no dejan esperanza ninguna; sanguijuelas á las yugulares; la nieve á la cabeza y los vejigatorios á los muslos. En esto último tengo poca fé; estoy, por el contrario, por un método diluyente y anti-flogístico... Pero repito que todo es inútil... Mi pronóstico es muy grave; veo ya los signos del reblandecimiento y los del estertor, y con ellos la muerte del individuo.

El médico joven habia escuchado con atencion al compañero, y despues de pulsar al individuo; de aplicar el oído sobre el pecho, y de practicar otros reconocimientos, dijo:

—De acuerdo enteramente con el diagnóstico que usted me ha hecho, y conforme en parte con el pronóstico, no veo, sin embargo, tan grave el estado del individuo... Creo que si la ciencia alopática no puede hacer ya nada, la homeopatía, por el contrario, puede intentar salvarle.

—¡La homeopatía!...—repitió horrorizado el médico viejo.—¡Con que usted es discípulo de Hanhemann!... Pues,



señor, siento que no me lo haya usted dicho antes para haberme ahorrado de entrar en esplicaciones con usted.

—¿Y por qué no?—dijo el médico jóven.—Yo soy tambien alópata.

—¿En qué quedamos?...—replicó sonriendo el doctor viejo.—¿Es usted de los que se van, ó de los que se quedan?... ¿Es usted *similia*, ó *contraria*? Clarito.

—Soy partidario de la homeopatía en este momento. Creo que habiendo probado que los remedios *contrarios* al mal han sido ineficaces hasta ahora, deben emplearse los *semejantes*... Pero la señorita de la casa debe decir qué método quiere que se emplee para curar á su padre.

—¿Y se atreverá usted á hacerla semejante pregunta?

—Ahora mismo,—replicó el homéopata.

Y saliendo á la sala, repitió á la desconsolada Eugenia la estraña pregunta que tanto la habia sorprendido.

La dijo que el otro médico ya habia desahuciado al enfermo; pero que aun podria hacerse algo con el tratamiento homeopático. Y Eugenia, que no podia articular una sola palabra, le indicó con la vista que aprobaba cuanto se hiciera por salvar á su pobre padre.

El homéopata pidió entonces un vaso de agua clara y una cuchara de plata, y sacando del bolsillo un estuche de oro, abrió una cajita poco mayor que un real de plata, y cogiendo un globulito blanco, menor que un grano de mostaza, lo disolvió en un cortadillo de agua; vertió esta en un cuartillo del mismo líquido, y llevó media cucharada á los labios del paciente.

El alópata disimuló la risa, y despidiéndose del discípulo de Hanhemann, le dijo en voz baja:

—Insisto en que este cadáver no lo resucita sino Dios... Si hace usted el milagro, no deje de avisarme... Pero de todos modos, conste que la alopátia, esto es, la verdadera medicina, aun tenia algunos recursos que emplear, aunque sin grandes esperanzas.

Y volviéndose á la señora Crispina, le añadió:

— Ese hombre está muerto... Que no se descuiden en darle la Uncion... lo demás es perder el tiempo...

— ¡Ya está ahí!...—dijo la Crispina, viendo por las rendijas de la puerta el resplandor del farol que alumbraba al último Sacramento.

— Esta es aquí la única medicina...—repuso el médico viejo, descubriéndose al entrar allí el sacerdote, seguido del sacristan, del zapatero y de casi todas las mujeres de la vecindad.

— ¡Le han asesinado con las sangrías!...—dijo el homéopata, saliendo de la alcoba.

Eugenia, sostenida por la señora María, cayó de rodillas á los piés de la cama, y así permaneció mientras el sacerdote ungía con el santo óleo á su moribundo padre.

## CAPITULO LV.

### El agonizante.

Las gentes de la vecindad acompañaron al sacerdote hasta el umbral de la puerta de la calle, y solo el zapatero, por encargo especial de su mujer, siguió hasta la parroquia de San Márcos, de donde era feligrés el enfermo.

Todos los vecinos volvieron luego á ofrecer sus servicios á la desconsolada Eugenia, de la que no se apartaba ni poco ni mucho la señora María; y ambas quedaron en la alcoba, prontas á ejecutar las órdenes del homeopático doctor.

Pero este no cesaba de repetir que las sangrías habian asesinado al enfermo, y trató segunda vez de hacerle tragar media cucharada del agua clara, que, gracias á la inmersión del globulillo, podia llamarse *presuncion* acuosa de extracto idem de belladona.

La señora Crispina, como mujer dispuesta para el caso, hacia los honores de la casa en aquellos momentos, y daba gracias á los vecinos por sus ofrecimientos, admitiendo gustosa las diferentes reliquias de santos que la ofrecieron para salvar la vida á don Lorenzo.

Un rosario de huesos de aceituna de los olivos donde

oró el Señor; una cinta de raso tocada al cuerpo de San Isidro Labrador; un manto de la virgen de la Agonía; un pedazo del hábito de San Antonio; escapularios, estampas, cruces y otras muchas reliquias, cubrieron bien pronto la cama del enfermo, y en la mesa de la alcoba se encendieron dos cabos de vela que habian ardido en el monumento de la Semana Santa.

Mientras tanto, el vecino del cuarto principal, único inquilino aristocrático de la casa, y que no era sino un administrador cesante del real patrimonio, hablaba con la Crispina acerca del estado del enfermo.

— ¿Qué dice el médico? — la preguntaba.

— Nada... le ha desahuciado, y se ha ido.

— ¿Pues no está ahora en la alcoba?

— No, señor... ese es otro, que ha venido preguntando á la señorita de qué manera queria que curase á su padre... ¡Como si la medicina fuese un oficio cualquiera!...

— ¿Es posible?... — dijo asombrado el vecino del piso principal.

— Lo que usted oye... Como el sastre, que pregunta si quieren la levita corta ó larga, ó como mi Trifon cuando dice á los parroquianos si quieren romas ó cuadradas las puntas de los zapatos, ó con tapas ó sin ellas.

— ¡No me queda mas que oír!... — exclamó el vecino. — ¡Hasta dónde ha llegado el furor de la moda!... ¿Y no ha podido recibir el Viático?

— No, señor... Gracias que esta mañana estaba aquí un exclaustrado cuando se sintió malo, y pudo confesarse... Por cierto que ya era hora de que volviese... se fué á comer, y aun está por allá.

— ¿Y no hay ningun sacerdote en la alcoba?

— No, señor...

— Pues no se estén ustedes así... es preciso avisar corriendo á ese religioso, ó á otro cualquiera... Digaselo usted á la señorita.

— ¡Pero si el enfermo está como un tronco! Ni oye... ni vé, ni entiende...

— No importa... puede tener algun momento despejado... y sobre todo, en los últimos instantes de la vida debemos tener un sacerdote á la cabecera de la cama... para que al menos nos recomiende el alma al abandonar el cuerpo.

— Pues voy á buscar uno corriendo, — dijo la zapatera.

— Dígaselo usted antes á su hija.

— No hay necesidad... es muy buena cristiana, y se alegrará de que lo hagamos así...

La Crispina salió de la habitacion, despues de hablar en voz baja con la señora María, y el vecino del piso principal se volvió á la suya.

Las mujeres de la vecindad, que quedaron solas en la sala, se retiraron, diciendo:

— Vámonos... Aquí parece que estorbamos...

— ¡La zapatera del portal es la que lleva la voz!...

— ¡La vieja de la boardilla es la única que entra en la alcoba!...

— Despidámonos, — dijo una de ellas.

— Agur... — replicó la otra.

— ¡Si no se ofrece nada... nos vamos! — repuso la primera.

Eugenia, que no habia apartado su vista de la de su padre desde que se retiró el teniente cura de la parroquia, oyó las últimas palabras de las vecinas, y salió corriendo á la sala.

Sus ojos, hinchados y enjutos, se cubrieron de lágrimas, y abrazándolas á todas, quiso hablar y no pudo.

— ¡Pero qué es esto... doña Eugenia?... — la dijo una de ellas. — ¡Yo creí que tenia usted mas talento!... ¡De qué nos sirve la reflexion sino para conformarnos con estas desgracias!... Si usted cae enferma, todo se ha perdido...

— Esto ya lo podia usted tener tragado hace mucho

tiempo... —dijo otra;—y para verlo sufrir sin esperanzas de que se curára nunca, vale mas que Dios se lo lleve.

—Ultimamente, —repuso la tercera de aquellas mujeres, —aun no se ha muerto, y Dios puede hacer un milagro si conviene... Tenga usted confianza en la cinta de San Isidro que yo le he traido, y que se cumpla la voluntad del Señor... Desahuciada estaba yo cuando me la pusieron encima de la cama, y gracias á Dios, ya vé usted qué buena estoy ahora...

La señora Crispina, que llegó allí seguida de un sacerdote, interrumpió la conversacion de las vecinas, que, animadas con el abrazo de Eugenia, ya no pensaron en retirarse á sus respectivas habitaciones.

El cura que venia con la zapatera era alto, delgado, y vestia riquísimo manteo de paño de sedan, en el que se veia bordada una gran cruz de seda blanca; la sotana era de raso doble; los zapatos de charol con hebillas de oro, y el sombrero de teja parecia hecho de finísima pluma.

La Crispina le habia encontrado á la puerta de la calle al dirigirse en busca del padre Romualdo, y llevada de su génio abierto y franco, le preguntó si tendria inconveniente en subir con ella á agonizar á un enfermo. El eclesiástico la contestó que sí al momento, y sin mas palabras entraron en la habitacion de don Lorenzo.

Sin alzar los ojos del suelo, con los brazos pegados al cuerpo, y ocultos debajo del manteo, el cura hizo un saludo á todas las personas que allí habia, y dejó el sombrero en el suelo; accion mas propia de un hijo de San Ignacio de Loyola, que de un clérigo elegante, que trascendia de cien leguas á dean de un cabildo ó á obispo *in partibus*.

Eugenia se estremeció al ver entrar al eclesiástico, y á pesar de su espíritu religioso y de la costumbre que habia adquirido desde niña de besar la mano á los sacerdotes, no tuvo valor para hacerlo con el que presagiaba su inevitable desgracia.



Lanzóse corriendo á la alcoba, á tiempo que el médico jóven se retiraba repitiendo:

— ¡Le han asesinado con las sangrías!

Y dirigiéndose al cura, añadió:

— No sacará usted tampoco mucho fruto... porque ya, ni oye, ni entiende... Tal vez se presente un intervalo de mejoría; pero será muy pasajero, y morirá al momento. Si así fuese, que lo dudo, aproveche usted la ocasión para exhortarle.

— ¿Con que no hay esperanzas?—dijo la señora María.

— Ninguna...—replicó el homéopata.— Cuando haya muerto, llamen ustedes al otro médico para que estienda la certificación.

— ¿Usted se retira?

— Sí, señora... tengo muchas visitas que hacer aun, y mi presencia es inútil... Si hubiera podido tragar media cucharada del líquido, habria sido otra cosa...

— Pues probaremos otra vez...—dijo la señora María.

— Ya es inútil,—repuso el homéopata, saliendo de la habitación.— ¡Le han asesinado con las sangrías!

El cura entró en la alcoba sin alzar los ojos del suelo, á tiempo que don Lorenzo movió con desasosiego la cabeza, y abriendo los ojos, dejó ver sus pupilas horriblemente dilatadas.

En el semblante de Eugenia brilló una súbita alegría, y miró con ansiedad á las personas que la rodeaban, cuyo silencio la dió á entender que aquel síntoma no significaba nada absolutamente.

— ¿Cómo se llama el enfermo?—preguntó el agonizante.

Eugenia rompió á llorar de nuevo al oír aquella pregunta, y la señora María contestó:

— Don Lorenzo Vargas.

— ¡Don Lorenzo!...—gritó el cura, acercándose al oído del enfermo.— ¡Don Lorenzo!...

El enfermo dió muestras de haber oído la voz, y el cura se volvió hácia las mujeres, y las dijo con tono humilde y respetuoso:

—Señoras, háganme ustedes el favor de salirse á la sala, porque el médico me ha dicho que la mejoría seria muy corta, y que conviene aprovecharla...

—Se confesó esta mañana, —dijo la señora María.

—Tanto mejor,—repuso el sacerdote;—pero ahora veremos si quiere reconciliarse, y por lo menos le dirigiré algunas exhortaciones.

El eclesiástico fué obedecido, y quedó solo con don Lorenzo, saliéndose á la sala Eugenia con todas las demás mujeres.

. . . . .

Era ya la hora del crepúsculo vespertino, y en la sala luchaban los últimos rayos de la luz del sol, con el resplandor que á través del cortinaje arrojaban las velas que ardian en la alcoba.

El cuadro no podia ser mas triste ni mas horrible, sobre todo para la angustiada Eugenia, que, arrodillada sobre el suelo, reclinaba su frente sobre la vidriera del balcón, y alzaba de vez en cuando los ojos al cielo.

La debilidad que sentia desde que salió del Hospital la habia quitado las fuerzas, y solo el ardor de la fiebre que estaba sufriendo la sostenia en pié.

Las lágrimas que vertian sus ojos eran el lenguaje con que se dirigia á Dios, implorando su divina misericordia en aquel trance horrible, y en la ansiedad con que fijaba sus ojos en los últimos rayos que se perdian en el horizonte se podian leer estas palabras:

*Si este día de amargura y de tormento ha de ser el último de la vida de mi padre, hazed, Señor, que el sol no se ponga nunca, para que viva eternamente.*

Se estremecía al resonar en sus oídos las palabras que el sacerdote dirigia á su padre, y su fiel amiga María, que

estaba arrodillada á su lado, la sostenia en sus hombros... sobre los que, al retirarse el último rayo del sol, dejó caer su cabeza la desdichada criatura, lanzando un tristísimo, pero desgarrador gemido.

Crispina lloraba al contemplar aquella escena de dolor, y las vecinas no acertaron á continuar murmurando entre dientes, como lo habian hecho hasta entonces.

El débil resplandor que salia de la alcoba triunfó por fin de la luz del dia, y esparciendo un fulgor siniestro, llenó de sombras las paredes de la sala.

Ya no se oia allí mas voz que la del sacerdote, cuyos gritos eran cada vez menores, hasta el punto de no entenderse lo que decia.

Ultimamente dejó de hablar, y solo se oia susurrar los lábios, como si estuviera leyendo la recomendacion del alma.

Arrodilláronse todas las mujeres, rezando entre dientes el Acto de Contricion, y segun dijo luego la señora Crispina, oyó en aquel momento la voz de don Lorenzo, que se reconciliaba con el cura.

Empujaron á este tiempo la puerta de la habitacion, que estaba entreabierta, y entró allí un hombre vestido con un gaban azul, sombrero de copa alta y pantalones con campanas de cuero.

Quedó suspenso al ver aquel cuadro; pero descubriendo su cabeza, se arrodilló detrás de la señora Crispina.

Esta se volvió para ver quién era el recién venido, y lanzando un grito, se levantó asustada.

A pesar de la escasa luz que allí habia, pudo reconocer en aquel hombre á Cabezota, á quien no habia visto desde que, saliendo de la habitacion de doña Inés, pasó por delante de ella sin saludarla.

Nada se volvió á oir en la alcoba, y todas las mujeres se levantaron sin fijar su atencion en el grito de la Crispina, ó creyendo que solo habia sido por la inesperada presencia de un hombre.

Solo quedaron de rodillas, y abrazadas la una á la otra, Eugenia y la señora María.

Cabezota se acercó con timidez, y despues de contemplarlas largo rato en silencio, dijo con voz débil:

—Señorita Eugenia...

Eugenia alzó los ojos para mirarle, y los volvió á bajar sin decir una sola palabra.

—¿No me conoce usted, señorita?... ¡Soy Paco!... El que salvó á la señorita Adelaida...

—¡Adelaida!...—repitió con voz apagada Eugenia.—  
¡Adelaida!...

—Un vaso de agua,—dijo el cura, asomando la cabeza por entre las cortinas de la alcoba.

Eugenia quiso ser la primera en llevar el agua á su padre; pero no se lo permitió la señora María.

—¡Mal hecho!...—dijo Cabezota, dirigiéndose á las mujeres;—déjenla ustedes entrar á ver á su padre...

—¡Sí... sí!—esclamó Eugenia.—Yo quiero entrar...

—¡No puede ser!...—gritó el eclesiástico desde la cabecera del enfermo.

Y sacando el brazo por entre las cortinas, recibió el vaso de agua de manos de la señora Crispina.

Cabezota hizo un movimiento al oir la voz del cura, y preguntó:

—¿Quién está en la alcoba?

—El agonizante,—respondió la señora María.

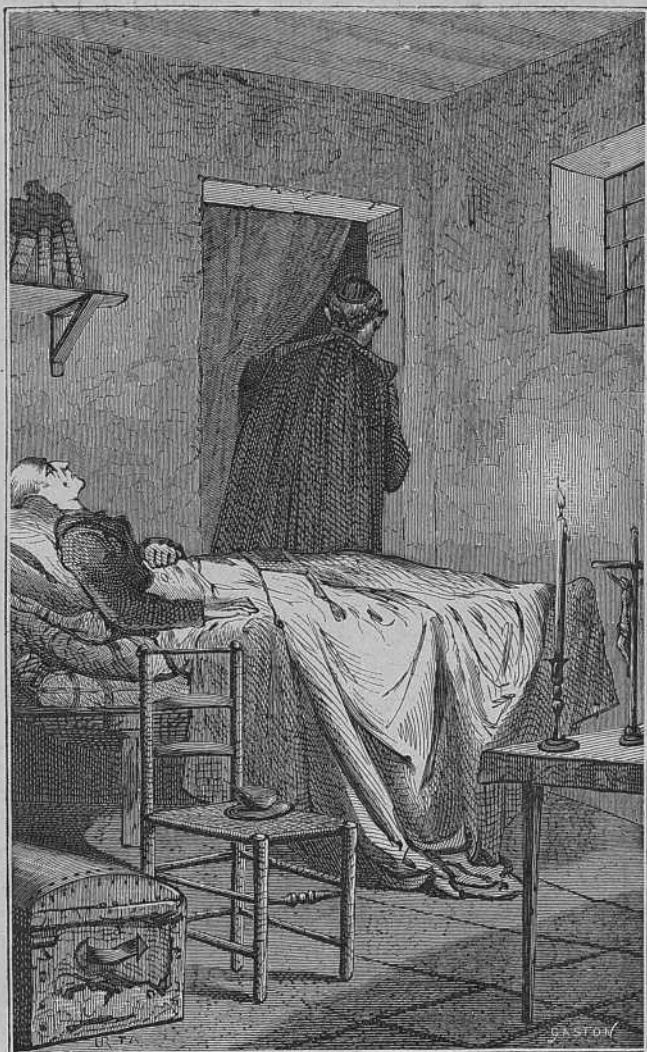
—¿Nadie mas?

—Nadie mas.

Hizo un gesto Cabezota, como si quisiera rechazar una idea que le pasaba por la imaginación en aquel momento, y acercándose á Eugenia, la dijo con voz cariñosa y dulce, aunque bronca:

—No se aflija usted, señorita... Ya no tiene remedio... La pobre señorita Adelaida no sabe nada aun... Acabamos de llegar á Madrid, y queria venir aquí al momento; pero la





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — Encomiéndenle ustedes á Dios.



condesa no se lo ha permitido, porque su médico la ha dicho lo que ocurría... A mí me ha mandado que viniese corriendo, y que la dijera á usted que luego vendrá á buscarla para llevársela á su casa...

—¡Yo no salgo de aquí!—dijo Eugenia horrorizada.

—Pero ¿y si don Lorenzo se muere?... —repuso Cabezota.

—¡Pobre padre mio!...—gritó desconsolada Eugenia.

Y cayó desmayada en brazos de Cabezota.

La señora María y las demás mujeres acudieron á recogerla, y la reclinaron en una silla, dándola á oler vinagre, rociándola la cabeza con agua, y poniendo en juego todos los recursos que la medicina casera aconseja en tales casos.

Volvieron á oírse entonces las exhortaciones del agonizante, entre las que se percibía confusamente la torpe voz de don Lorenzo, y el padre Romualdo entró en la habitación, preguntando:

—¿Ha muerto?

Nadie se ocupó de contestarle, y se acercó con curiosidad al grupo que rodeaba á Eugenia, á tiempo que ya habían cesado de nuevo los gritos del agonizante.

Pero de pronto se descorrieron las cortinas de la alcoba, y el cura se asomó allí con los ojos bajos, diciendo:

—Encomiéndenle ustedes á Dios.

. . . . .

Las mujeres que rodeaban á Eugenia soltaron el llanto, y Cabezota, que habia vuelto la cabeza, hizo un movimiento de sorpresa al ver al cura, y exclamó:

—¡El Duende!...

El eclesiástico, que, como acababa de decir Cabezota, no era otro sino el abad de Maqueda, le lanzó una mirada siniestra, y dirigiéndose á recoger el sombrero, trató de salir de la habitación.

Pero Cabezota se retiró del lado de las mujeres, y acercándose al eclesiástico, le cogió la mano, y le dijo:

—Tenemos que hablar... espérese usted, y nos iremos juntos...

—No puede ser....—contestó con energía el Duende.

—Será,—replicó Cabezota.

—Yo ya no soy el mismo de antes,—repuso el Duende con aparente humildad, y bajando los ojos al suelo.

—No importa,—dijo Cabezota;—no nos hemos visto despues que estuvo usted á buscarme en la Peña-Sacra, y tenemos que arreglar la cuenta del dinero que dió usted á Gazapos para el viaje.

—De nada me acuerdo... Aquellas historias no me pertenecen ya...

—Sin embargo, me debe usted una partida, y hasta que no me la pague no puede retirarse del mundo... Despues es usted dueño de hacer lo que quiera... Y si se resiste á que vayamos juntos, diré que se ha disfrazado con este traje para venir á asesinar al enfermo.

—Dilo...—contestó sonriendo el Duende.—¡Es una noticia estupenda!... Sobre todo, para el médico, que me le entregó desahuciado.

—No importa, espéreme usted.

—¡Eh! No seas tonto,—dijo el Duende;—¡tan mal estás con tu vida que quieras perderla por hacerme daño!... Seamos todos libres para obrar como mejor nos plazca.

—Es que yo no habia de delatar á usted nunca... Me basto y me sobro para hacerme la justicia por mi propia mano.

—Pues esa clase de guerra queda admitida... ya sabes que yo no rehuyo el cuerpo nunca.

—Lo que yo sé es que no estaria usted aquí á estas horas, si no me hubieran prohibido perseguirle cuando huyó de la casa del guarda.

—Circunstancias por el estilo me han sacado á salvo en otras ocasiones; con que... déjalo estar... Pero hiciste mal en no haberte aprovechado entonces, por si no te ves en otra.

— Yo estoy siempre dispuesto...

— Pues yo vivo donde vivia... — contestó el Duende, aprovechando el reto para salir de la habitacion.

Cabezota le dejó marchar, no solo por volverse al lado de Eugenia, sino porque Adelaida le habia prohibido que le hiciera daño, y porque nada habria adelantado saliendo de allí con él.

Así fué que ayudó á subir á la desmayada jóven al cuarto de la señora María, por disposicion de esta última.

El padre Romualdo, que habia entrado en la alcoba á recomendar el alma á don Lorenzo, salió á la sala, donde habia quedado sola la señora Crispina, y preguntó asustado:

— ¿Ha hecho alguna disposicion el enfermo?

— ¿Cuándo?

— Hoy... ahora... — dijo sobresaltado el fraile.

— No... señor... — contestó asombrada la Crispina.

— ¡Por fuerza!... — repitió el padre Romualdo. — Tiene los dedos manchados de tinta, y hay una pluma de plata encima de la cama...

— ¡Pues no sé!... Ahí no ha entrado nadie mas que el médico y el agonizante...

— ¿Cómo se llama el agonizante?

— ¡Qué sé yo!... Fué el primer cura que encontré en la calle... y como corria prisa...

— Pues, señor, no hay remedio, — murmuró el padre Romualdo; — ha hecho alguna declaracion antes de morir... ¿Y dónde está Eugenia? — añadió, alzando la voz.

— En casa de la señora María, — contestó la Crispina, aburrida ya con tanta pregunta. — Pero no se la puede ver ahora...

— Pues tengo precision de verla...

— Mañana será otro dia, — replicó amostazada la zapatera. — Ya le avisaremos á usted si deja mandadas algunas misas.

— No sea usted insolente, — la dijo el fraile.

Crispina torció la cabeza, y oyendo pasos, se asomó al corredor, y vió á un mozo, cargado con un baul y una sombrerera, que la dijo:

—¿Sabe usted dónde vive don Lorenzo de Vargas?

—Aquí vivía, —contestó la zapatera;—pero acaba de morir ahora mismo.

—¡Demonio!...—replicó el mozo.—Pues aquí me mandó traer este baul un señorito que acaba de llegar en la diligencia de Albacete...

—¿Y quién es él?

—No sabré decirlo... pero debe ser pariente del difunto, porque el baul y la sombrerera tienen el mismo apellido Vargas...

—¡Qué oigo!... ¿Será el hermano de la señorita?... Voy corriendo á decírselo á la señora María, para que vea lo que dispone... ¡Cinco años sin ver á su padre, y llegar aquí cuando acaba de espirar!...

La zapatera subió á las boardillas, y el padre Romualdo quedó solo en la habitación de la desdichada Eugenia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LIBRO QUINTO.

### CAPITULO LVI.

#### La Partida del Trueno.

Quizá haya sospechado el lector el objeto de esta sociedad comanditaria de jóvenes calaveras por el retrato que hicimos de su jefe, el *Vizco*, en la parte primera de nuestra historia. Pero entonces ofrecimos dar algunas noticias acerca de su estraña organizacion, y hoy vamos á cumplir nuestra palabra. Así lo exige tambien el órden de los sucesos, de los que no hemos querido apartarnos, ni poco ni mucho, hasta ahora. El deseo de conservar, en lo posible, la parte verídica de esta historia, nos ha hecho renunciar muchas veces á las ventajas de la fábula, aun á riesgo de fatigar la imaginacion del lector, saltando, sin el mayor órden, de unas escenas en otras.

Pero repetimos que este trastorno no ha sido arbitrario, y que hemos preferido narrar los sucesos por el órden con que fueron ocurriendo, pasando en silencio algunos de ellos, por temor de que pareciesen inverosímiles, y desfigurando otros muchos por igual motivo.

Las entrevistas del *capitan Centellas* con Cabezota y con

doña Inés, y últimamente, su presencia en el baile de la marquesa de Santa Rita, nos ahorrará el trabajo que nos costaría dar al lector una idea cabal del género de vida de aquel hombre por solo su retrato.

Entonces indicamos la historia de su juventud, esculpida en su rostro con señales indelebles; réstanos ahora decir algo de su manera de vivir en una sociedad donde su nombre solo inspiraba terror, y en la que mas de una vez habia sido temido hasta de las autoridades.

Jamás tenia domicilio fijo; y sin embargo, nunca le faltó donde vivir cómodamente, ni un asilo donde burlar la vigilancia de sus perseguidores.

Puede decirse que en cada barrio, y hasta en cada calle de Madrid, tenia una casa á su disposicion, donde vivir como en la suya propia cuando le convenia hacerse invisible.

Pero esto no era un obstáculo para que tuviese una casa de su propiedad, en la que residia alguna temporada del año, quedando el resto en poder de los criados, ó cerrada y sin muebles, como sucedió en mas de una ocasion, cuando á la fuerza fué ocupada por la justicia.

Esa casa estaba situada al extremo de la calle de Hortaleza, con puerta de escape por la de San Mateo, y en ella es precisamente donde le vuelve á ver el lector, despues de las escenas del sotanillo de la Melitona.

Son las dos de la madrugada, y aun no ha vuelto el Vizco, que salió al anoecer. El portero le aguarda sin impaciencia: está acostumbrado á hacer lo mismo por espacio de un mes entero. Si viene, no le hará esperar á la puerta; si falta, no lo dirá ni aun á los demás criados.

Pero semejante indiferencia no es hija de la organizacion especial que el Vizco ha dado á su casa: en las de todos los hombres solteros sucede lo propio.

Para que haya una persona querida que se impaciente contando los minutos de la ausencia; que se asome al bal-



con, creyendo que de ese modo vendrá mas pronto el ausente, y que pregunte á voces á los que pasan si le han visto por casualidad, es preciso darse un baño de Vicaría una vez en la vida siquiera. Las mujeres se han dado tal maña á hacerse las necesarias, que no hay medio de vivir sin ellas.

Han hecho un secreto de la ciencia llamada economía doméstica, y como ellas tienen el privilegio de invencion por toda la vida, para encontrar una mujer casera es preciso encargarla en la Vicaría, y dejarse pregonar con ella tres veces en la misa mayor de la parroquia.

Los eclesiásticos son los únicos celibatos que suelen estar bien asistidos, y esto consiste en que sus amas de gobierno se han convencido de que no pueden sacar de ellos otro partido que el de asistirles vitaliciamente cuando mas. Si pudieran tener esperanzas de casarse algun dia con ellos, no les gobernarían la casa hasta que les hubiesen echado las bendiciones.

Si el Vizco estaba persuadido de esto mismo, no habia puesto por obra aun su matrimonio, y su casa estaba entregada á los criados.

Tres de sus amigos habian entrado allí por la calle de Hortaleza, y sin preguntar por el dueño de la casa, se posesionaron de un gabinete, cuyos muebles, en completo desorden, confirmaban lo que acabamos de decir.

Sobre un divan de terciopelo granate, que parecia presidir aquella borrascosa sesion de prendería, habia algunas ropas confundidas y revueltas con varios periódicos, y un libro abierto, en el que descansaban un par de botas de charol, que dias antes habia llevado el zapatero. Unos espolines, ocultos debajo de un periódico, parecian esperar á que alguno buscase asiento en el sofá para hacerle levantar corriendo.

Las sillas no estaban menos adornadas que el divan, y en una de ellas se veia una docena de camisas que habia

entregado aquel mismo día la planchadora; en la otra el freno de un caballo; en la de mas allá los estribos; en esta una caja de pistolas; en aquella un sombrero; y todas, en fin, estaban ocupadas del mismo modo. Nunca, con mas razon que entonces, pudo haber dicho una mujer hacendosa «que no habia silla donde sentarse.»

Tambien el velador, donde entre el tintero y los periódicos habia quedado el servicio del té con que se desayunó el Vizco, estaba, poco mas ó menos, como las sillas.

En la meseta de la chimenea, llena de guantes en estado de medio uso; de billetes de teatro; de cigarros y de cartas abiertas, se veia un reloj de bolsillo; unos botones de brillantes; una sortija de lo mismo, y varios alfileres para corbata de diferentes formas. No faltaban algunos frascos del vino anti-reumático y del jarabe de goma, confundidos y revueltos con las aguas de olor; y las cajas de pastillas digestivas y de pasta pectoral, indicaban que al dueño de la casa le recordaba su salud á menudo los excesos de su juventud.

Sobre la alfombra que cubria el pavimento se veian dos caretas de esgrima y dos floretes; el uno de estos partido por la mitad.

En la chimenea ardian á la vez dos arrobas de leña, y en las butacas que habia al rededor, únicos muebles que podian estar en el libre ejercicio de sus funciones, tomaron asiento los tres amigos del Vizco, que llegaron allí casi á la vez.

Sin embargo, el primero que entró en el gabinete fué un jóven de veinte años escasos, delgado y rubio, de mirada inquieta, y con el brazo derecho suspendido por una correa de charol negro, que pendia de su cuello.

—*Trompeta...*—gritó, quitándose el sombrero y arrojándole sobre el divan.

Un criado se presentó allí al momento, y el jóven añadió:

—Quítame el gaban... Con tiento... ¡bárbaro!... Que me haces daño en el brazo... ¿No han venido aun?

—No, señor...—contestó el criado.

—Los habrán entretenido sus queridas... Son unos pobres hombres... Tráeme cigarros y ron...

El criado obedeció las órdenes del jóven, y este empezó á beber y á fumar, tendido sobre el lado izquierdo en una de las butacas.

Al poco rato entraron allí dos jóvenes de lo menos seis años mas de edad que nuestro personaje, y este, mirándolos con lástima, les dijo:

—¿Las habeis dado palabra de casamiento?

—¿Te has divorciado ya de la condesa?—le preguntó uno de ellos, quitándose la capa, y arrojándola sobre una silla.

—¡Qué mas divorcio que no haberla visto hace un mes!—replicó el jóven.—Ayer fué á buscarme mi dichosa suegra para que hiciéramos las paces...

—¿Y qué?

—Nada... la recibí, porque estaba de buen humor... Se acababa de marchar la Almerinda de mi cuarto, y contra su costumbre, no me habia pedido que la comprase nada... Me encargó únicamente que fuese á verla esta noche despues que concluyese de cantar la *Norma*... Y ya veis; estoy aquí...

—Bravo, Eduardo... te vas portando como un hombre,—dijo el segundo de los recién venidos, que asimismo tomó asiento delante de la chimenea.

—¿Y qué tienes en ese brazo?—le preguntó el otro, reparando en la correa de charol.

—¡Qué preguntas tan cándidas tiene este diablo de Ventura!—replicó Eduardo.—¡Como si no hubiese sido él el que me pegó ayer el botonazo en el hombro!

—¿Con que es esa la causa?—dijo Ventura riendo.—Pues, chico, dí que eres de algodón, ó que has tenido ganas

de hacerte el interesante con las mujeres... Si á cada leccion de florete te has de vendar el brazo, necesitas alquilar ciento antes de saberte poner en guardia.

—No lo creas,—contestó Eduardo;—ya verás cuando esté bueno si me vuelves á pegar una estocada.

—Pues tiraremos con la mano izquierda; si te acomoda, ahora mismo.

—Déjame fumar este cigarro, y luego hablaremos.

—Sea como tú quieras; pero cuéntame mientras tanto lo que te dijo tu suegra.

—Lo de siempre, chico, lo de siempre...—contestó Eduardo ahuecando la voz.—Que el honor de su familia está interesado en que se acabe ese entredicho... que su hija es un ángel... y en fin... lo que dicen todas las suegras en semejantes casos.

—¿Y tú que la dijiste?

—¡Yo!... Nada... Que me hallo muy bien así; que quiero hacer mi santa voluntad, y que puesto que la experiencia de un año de matrimonio nos ha demostrado que no hemos nacido el uno para el otro, que la doy carta blanca para que haga lo que se la antoje.

—Bien dicho.

—Luego vino el ama de cria con el recién nacido, y el demonio del chiquillo parecia que estaba en el secreto, porque lloraba como un desesperado... ¡Mira tú qué emisario había buscado mi suegra para la union del matrimonio!... Y la burra de leche no hacia mas que decir que el niño se parecia á mí, y que era mi propio retrato... Tanto mejor para su madre, decia yo entre mí; que se quede con la copia, ya que la privan del original los encantos de Almerinda... ¡Qué diferencia entre mi mujer y ella!... La una hablándome siempre del mayordomo, del cortijo y de la familia del arrendador, y diciendo que quería vivir en el pueblo... y otras cien tonterías á cual mas prosáicas... La otra, por el contrario, ponderándome los encantos de Lóndres y

de San Petersburgo, en cuyas capitales causó la admiración de todo el mundo con su talento artístico... Delante de mí rasga todos los días las cartas de los príncipes rusos y de los lores ingleses que la declaran su pasión, y ha dejado por mí la amistad de los primeros capitalistas de la corte... Yo la debo el sacrificio de su felicidad.

Ventura miró al joven con quien había entrado hasta allí, y ambos se sonrieron á la vez.

—¿Os burláis de mí porque me creéis enamorado de Almerinda?...—dijo Eduardo.—¡Qué disparate!... Yo no me enamoro de ninguna mujer... todas me parecen iguales.

—Sin embargo,—replicó Ventura,—la una te habla del arrendador y de los mayordomos, y la otra de los príncipes y de los lores...

—Eso es verdad; pero yo no amo ni á la una ni á la otra; mi corazón está seco y hastiado de caricias.

—¿Cuántos años tienes?—le preguntó sonriendo el compañero de Ventura.

—Todos los días me haces la misma pregunta... ¿Te figuras que mis veinte años no son ya cuarenta de los tiempos de nuestros padres?... Hoy día se vive muy aprisa.

—Efectivamente,—replicó Ventura;—y tú has marchado en camino de hierro. ¡Antes de cumplir los diez y nueve años ya te habías casado!...

—Ese es un favor que debo á mi célebre tía la duquesa de Monte-oscuro... Se empeñó en que me había de casar, para que me llamasen conde de la Torre-parda, en vez de Eduardo Ponce á secas, y esa fué la causa... ¡Y no hay duda que el título es bonito!... Vergüenza me dá usarle en las tarjetas...

—Señorito conde,—dijo el criado, entrando en el gabinete con una carta en la mano,—aquí está un criado con esta carta, que espera contestación.

—Algun desafío,—dijo Ventura sonriendo.—La hora es sospechosa... Llévame de padrino.

— ¡Vaya una ocurrencia! — dijo Eduardo, poniéndose en pié, despues de haber leído la carta.

— ¿Tenemos lance? — preguntó el amigo de Ventura.

— No es nada .. — contestó Eduardo; — sino que todas las mujeres son iguales; ahora se le antoja á Almerinda que vaya á su casa...

— ¿Y qué?... ¿No irás?... Dila que estás con tus amigos.

— Es claro... los amigos son antes que las queridas.

— Dice que si no voy al momento, en cuanto amanezca vá á la habitacion de mi mujer... Y ya veis, eso produciria...

— ¡Un escándalo!... — replicó Ventura. — ¡Magnífico!... Es todo lo que te hace falta para recibir el bautismo de calavera... Verás como entonces no se opone el capitan á tu entrada en la partida...

— Sin embargo, — contestó Eduardo, — voy allá á preguntarla con qué derecho me escribe esta clase de cartas.

— ¿Está muy fuerte?

— ¡Atroz!... Son dos líneas, pero aprovechadas... medio en francés y medio en español.

— Veamos, — dijo Ventura.

Eduardo leyó lo siguiente:

«*Monsieur le conde*: Usté está un mal caballero, é si no »es venido aquí al momento de recibir este billet, mañana »enterraré yo á la esposa suya de todo lo que pasa, y usté »temblará la venganza de ALMERINDA.»

— ¡Soberbio cartel de desafío!... — exclamó Ventura. — Yo no iba:

— Ni yo, — repuso el otro amigo.

— ¿Y si vá á mi casa?

— Que vaya enhorabuena... Nos iremos todos á tu cuarto, y veremos los toros desde lejos.

— No quiero... voy allá, — replicó Eduardo; — mañana serian capaces de decir que habiamos tronado, porque yo no podia sostenerla con tanto lujo como el baron del Arfil; y no me acomoda que se diga eso.



— ¿Y á tí qué te importa?... Todo el mundo sabe que el baron cuenta para esos gastos con las rentas del marqués de Santa Rita.

— Sin embargo, yo tengo mas dinero que él.

— Gracias al sesenta por ciento mensual que das á los prestamistas, — dijo Ventura sonriendo.

— Sea como quiera, voy allá... — repuso Eduardo, dejando que el criado le pusiese el gaban sobre los hombros. — Tengo el coche á la puerta, y vuelvo al momento.

— Hasta mañana, — le dijeron riendo los amigos.

— No lo creais... la voy á dar un trueno, y vuelvo!

— No te hagas ilusiones, Eduardo; estás muy enamorado de esa mujer... lo que se llama hecho un rocín.

— ¿Quién?... ¿Yo?... — dijo Eduardo, volviendo desde la puerta. — En tal caso ella... Ya veis... ¡Bajarse á escribirme!... Eso significa mucho en su orgullo... la habrá costado una violencia inmensa.

— ¡Oh! ¡Inmensa!... — repuso Ventura. — Dínos mañana lo que te cuesta el reconciliarte con ella ahora.

Eduardo salió corriendo del gabinete, y Ventura añadió:

— ¡Pobre conde!... ¡Qué caro le vá á salir el hacerse calavera! Antes de que logre serlo, se vá á ver abriendo la puerta de una *timba* (1).

— Al paso que vá, no tardará mucho: tiene empeñadas todas las rentas de su casa... Yo no sé qué gusto ha tenido Daniel en traernos ese neófito, que no nos dará nunca ni honra ni provecho.

— Se lo recomendó el baron del Arfil.

— ¡Su rival!

— ¡Qué rival ni qué niño muerto! El verdadero amante de la Almerinda es el baron... Eduardo es el que está á la vista para responder de daños y perjuicios.

---

(1) La plaza de portero que se sirve gratuitamente en las casas de juego, es el último escalon de los caballeros de industria.

— Y á todo esto, ¿dónde andará nuestro Daniel, que ni estuvo esta mañana, como me dijo, en el paseo de Atocha, ni ha ido esta noche á la *partida grande*?

— No sé; pero me temo que nos vamos á quedar sin capitán... está muy enamorado de esa chiquilla.

— Eso creo... ¡Pero, hombre, parece imposible!... ¡Una cosa que empezó en broma!...

— ¡Dimelo á mí, que debí haber sido el encargado de cazar á esa chica!... ¡A mí me tocaba en suerte la primera que se presentara en el barrio de Leganitos!... Pero él dijo que la conocía, y permutamos...

— ¿Con quién?

— Ya no me acuerdo... Hace tanto tiempo, que no sé con cuál de ellas fué... pero se me figura que debió ser con la sobrina del obispo... De aquel obispo, que, á decir verdad, era un santo varón.

— ¿Pero á tí te gustaba la sobrina del santo varón?

— Tanto como gustarme... no; pero yo he sido siempre esclavo del servicio, y cuando me ha tocado sitiar una fortaleza, he procurado no pensar en si valia mucho ó poco, para dar con fé el asalto.

— Si; pero á aquella muchacha se la podia enamorar con los ojos abiertos.

— Eso no es posible nunca; desde que uno hace el disparate de acercarse á una mujer, ya vá ciego y loco.

— Pues loco y ciego, apuradillo anduviste entonces.

— Ha sido el lance que mas me ha costado, y por un tris no me pescan en el anzuelo.

— ¡Buen sobrino de obispo habrias hecho con ese aire temerario que tienes!

Así era, en efecto: Ventura tenia un aspecto provocativo, altanero y audaz.

## CAPITULO LVII.

### Los dos amigos y el capitán.

Ventura se sonrió al oír á su amigo decirle que tenia aire temerario, y pasando la vista por un periódico que tomó maquinalmente en la mano, dijo:

— Ya hace tiempo que no nos dicen nada los periodistas.

— Bien se conoce que no has leído *La Colmena*, — replicó el otro.

— Ni la he leído, ni sabia siquiera que se publicára semejante periódico; será ministerial, porque la colmena es siempre el patrimonio de los ministros.

— Es un periódico sin color político.

— Dificilillo se me hace creerlo; pero si es así, vivirá poco tiempo... En España no pueden sostenerse mas periódicos que los que están ciegamente afiliados á un partido político.

— A ese no le hace falta esa circunstancia, porque es un periódico dedicado á los empleados.

— En ese caso, le viene de molde el título de colmena, porque los empleados son los verdaderos zánganos del país... ¿Y qué dice de nosotros?

— Nos dedica un artículo de fondo, nada menos... Daniel está suscrito... búscale, y te reirás un rato... Exagera de tal modo nuestras fechorías, que si el periódico fuese á Inglaterra, no quedaba un lord inglés que no hiciese un viaje á Madrid por conocernos.

— ¿De veras?... — dijo Ventura riendo.

Y rebuscando entre los periódicos que estaban sobre el sofá, sacó uno pequeño, y añadió:

— Poco veneno no mata... Por mucho que quiera decir de nosotros esta raquítica fracción de la prensa, no será gran cosa.

— Léelo y verás.

Ventura colocó sobre el velador una de las bujías que ardian en la meseta de la chimenea, y leyó en voz alta lo siguiente:

« Hemos guardado silencio hasta ahora sobre los hechos de que diariamente se ocupa la prensa, y que con razon tienen alarmado á este pacífico vecindario, porque creíamos que las autoridades hubiesen puesto un remedio tan eficaz y pronto como el mal exige. Nuestros lectores habrán adivinado ya de lo que hablamos. El grave asunto que, contra el propósito que habíamos hecho desde un principio, pone hoy la pluma en nuestras manos, son las tropelías de todo género que comete diariamente esa turba de jóvenes calaveras, bautizada con el horrible nombre de *Partida del Trueno*.

» Alentados en un principio con la celebridad que alcanzaban sus maldades, comentadas en los cafés y referidas imprudentemente por la prensa periódica, se envalentonaron, con menosprecio de la autoridad, que trató de perseguirlos, y que solo consiguió ser víctima muchas veces de la astucia de esas gentes.

» Organizados despues con estatutos al efecto, infundieron la alarma y el terror en las familias honradas, blanco constante de sus desafueros. La jóven virtuosa y sencilla;

la esposa honrada y fiel; la madre cariñosa y tierna, todas fueron siendo víctimas de la infame seducción de esos jóvenes libertinos, que, introducidos en el tranquilo hogar de los ciudadanos honrados y buenos, aseguraban, con la mas refinada hipocresía, la impunidad de sus atentados.»

—Terrible acusacion fiscal es esta,—dijo Ventura riendo.—Este artículo está escrito por el novio de alguna de nuestras queridas.

—Sigue leyendo, y verás cómo se acalora el pobre mozo,—repuso el amigo de Ventura.

—»Si hubiera una sola persona,—continuó Ventura leyendo,—que no estuviese horrorizada con la existencia de esa turba desenfrenada y procaz; si sus vicios no fuesen tan públicos y tan escandalosos, nos detendríamos á citar algunos casos recientes, para que, no ya la autoridad, sino el gobierno mismo, y la sociedad toda, viesen la razon que nos asiste para pedir el esterminio de esos hombres.

»Por otra parte, detenernos á narrar escenas cuyo solo recuerdo estremece, seria incurrir en el error cometido hasta el dia por la prensa periódica. El haber revestido esas maldades con las galas de la novela ha alentado á los individuos de la Partida del Trueno á proseguir con audacia en la perpetración de crímenes de todo género.

»En las principales sociedades de la corte se elogian y aplauden esos atentados contra la honra y la tranquilidad de las familias, y no faltan señoras que envidien la suerte de las que han sido blanco de la seducción de tales hombres... Estremece decirlo; pero es muy cierto, por desgracia, que la joven que no ha logrado fijar la atencion de los individuos de la Partida del Trueno, es reputada por mujer de mal tono en ciertos círculos.»

Ventura suspendió la lectura del periódico, y dijo:

—Vaya, yo no tengo paciencia para seguir leyendo este sermón...

—Pues pasa de largo esas reflexiones, y al final del ar-

título hallarás las bases que, según dice el periodista, forman el reglamento secreto de nuestra sociedad.

—¿Y están exactas?

—Algunas de ellas sí; las otras son una pura invención.

—Pues es preciso averiguar quién les ha dado esas noticias.

—¿Para qué?

—Para darle un susto.

—Se lo daremos al periodista, que es lo mas acertado... Precisamente la esposa del director de *La Colmena* es una moza que merece darse un mal rato por hacerla el amor.

—¿Has hablado ya con Daniel de este asunto?

—No; pero se lo diremos, y aprobará mi plan... A tí te toca la empresa.

—¿De veras?

—¿Cuántas tienes en lista?

—Dos...

—Pues te falta una.

—Tienes razón, y me alegro de ser tan afortunado... Los suscritores á este periódico van á tener un buen rato, si el que hoy les cuenta lo que pasa en las casas ajenas, les dice luego lo que pasará en la suya propia.

—No cantes victoria antes de tiempo, porque la empresa es mas difícil de lo que tú crees... Te la tendrás que haber con un marido muy celoso...

—Tanto mejor, es el género de maridos que mas me gusta...

—Hay además en la casa dos hermanas de la mujer, solteras, y la madre del marido.

—Pues ya hay mas de lo que yo necesitaba... La familia me dará hecho la mitad del trabajo,—repuso Ventura.

Y cogiendo de nuevo el periódico, añadió:

—Voy á ver qué reglas son las que dicen que tenemos, para practicar todo lo contrario.



— Ahí las tienes al fin del artículo.

— Sí, aquí están, y dicen de esta manera:

« Para que nuestros lectores formen una idea cabal de la audacia con que esos jóvenes Tenorios se han lanzado sobre la sociedad para deshonorar las familias y cubrir de oprobio los nombres mas respetables de la corte, haremos un ligero extracto de los artículos de su reglamento interior, del que por una casualidad ha llegado á nuestro poder una copia.

» Primeramente, se declara que el objeto de la sociedad es deshonorar las familias, refiriendo en los cafés y en los sitios públicos anécdotas falsas; pero siempre fundadas sobre hechos ciertos. No galantear á ninguna mujer, por hermosa que sea, siempre que esté libre, y no pueda resultar perjuicio de tercero. Las jóvenes que estén en visperas de contraer matrimonio deben ser el género predilecto de los individuos de la Partida del Trueno, y en su defecto las casadas, aprovechándose para ambas de las menores faltas que con ellas cometan sus novios ó sus maridos.

» Todos los individuos de la partida deben hacer juramento de conservarse solteros, á menos que no se presentára ocasion de contraer matrimonio con ventajas considerables. Para esto, debe tenerse presente que, cuanto mas jóven y bonita sea una mujer, mayor dote ha de traer consigo para que la partida autorice la boda del individuo. Por ejemplo: un capital de cuatro millones de reales, apenas será suficiente para casarse con una niña de quince años; al paso que dos serán bastantes para una de cuarenta, y con treinta mil duros es un gran negocio casarse con una vieja de sesenta.

» Diestros en el manejo de toda clase de armas, los individuos de la partida ofrecerán á los maridos ultrajados un medio de lavar su deshonra; pero no admitirán ningun duelo propuesto por los padres ni por los hermanos de las jóvenes solteras: para esta clase de parientes deben usarse

diferentes armas. Y en el caso de que se viesen comprometidos á contraer matrimonio por caso de honra, darán inmediato aviso al capitán de la partida, que tiene diferentes recursos para cortar estos nudos gordianos.»

—Dígalos si no Federico,—interrumpió el amigo de Ventura.

—Ese es un majadero, que sale de una para caer en otra.

—Verdad es; pero si no hubiera sido por el capitán, le pescan... Le habían echado un lazo escurridizo al cuello, que... yo digo la verdad, creí que no se escapaba de aquella... ¡Qué ganas tenía el padre de dar salida á su hija!

—Pues no fuiste tú el que menos parte tuvo en el negocio,—replicó Ventura.—Yo estaba en el secreto, y sin embargo, creí que le disputabas de veras la novia; parecías un americano lleno de pesos duros...

—Vosotros me preparásteis muy bien el camino; y como el padre tenía ganas de un yerno rico, le fué fácil soltar á Federico cuando vió un moro americano en campaña.

—¿Y cómo te soltaste luego del compromiso? Porque eso no lo supe nunca.

—Muy fácilmente; como no me había dado por entendido de los amores de la niña con Federico, cuando mi presunto suegro le dió la licencia absoluta, redoblé mi diligencia, y de repente me hice el incomodado. Llamé al padre, y le dije que extrañaba mucho que un hombre tan honrado como él no me hubiese dicho que su hija tenía dada palabra de matrimonio á otro hombre, y que así daba por roto mi compromiso. Se incomodó mucho; pero creyó que un fraile que iba de visita á la casa era el que me había impuesto en todo, y descargó su furia con el pobre religioso.

—¿Y no le volviste á ver?

—No... Luego buscaron por una segunda persona á Federico, y este tomó el aire de víctima, y contestó:—Ya es tarde!... ¡Esa mujer ha envenenado mi corazón con un

desengaño funesto! ¡Me ha despreciado porque soy pobre!

Ventura se disponia á continuar la lectura, cuando se oyeron pasos en la escalera, y á los pocos momentos se presentó en el gabinete el Vizco, con el sombrero redondo ladeado sobre la ceja derecha y cubierto con una capa verde.

Sin decir una sola palabra, ni bajar el embozo que le cubria el rostro, se dejó caer en una de las butacas.

— ¡Dichosos los ojos que ven al capitán!... —dijo el amigo de Ventura.

— ¡Estás mudo, Daniel?

El Vizco siguió guardando silencio, y Ventura añadió:

— Habrá estado el canónigo en la partida... ¡Oh! ¡Es un punto fatal!... A mí no me estraña que haya banqueros que recojan en cuanto le ven entrar por la puerta... No se dá una talla de provecho donde está ese hombre.

— No lo creas, —replicó el amigo de Ventura;— el capitán no viene de jugar ahora; he estado yo toda la noche en la partida grande, y no le he visto.

— Pues de todas maneras, si sigue así, se vá á callar muy buenas cosas... Lástima que se haya marchado el tonto de Eduardo... ese quizá le haria hablar.

— Lo dificulto mucho... Daniel no habla porque está absorto en lúgubres meditaciones... Mándale hacer un epitafio para el sepulcro de un viejo que murió de un ataque apoplético, y verás cómo responde.

— ¿Crees tú que viene ahora del cementerio? —dijo Ventura.

— Ahora precisamente, no; pero no habrá dejado de ir esta tarde siguiendo á la jóven enlutada hasta el Campo Santo de la puerta de Fuencarral... Yo los ví ayer, y te aseguro que tuve un rato delicioso... Ella iba con la cabeza baja, y...

— ¡Silencio!... —dijo el Vizco, mirando con altivez al compañero de Ventura.

— Déjale que me cuente esos amores románticos...

— No quiero... — replicó el Vizco. — Yo no sufro exámenes de mis operaciones; hace años que salí de la tutela, y campo por mis respetos.

— ¡Como eres el capitán!... — dijo con tono irónico Ventura.

— Lo soy siempre, cuando se trata de operaciones de que no debo dar cuenta á nadie.

— Sin embargo, la jóven de la calle de Leganitos fué *decomisada* á la partida, y es ya un asunto que nos interesa á todos.

— Pero como yo soy el jefe, resuelvo el negocio gubernativamente, y no doy cuenta á nadie.

— En dando por perdida la apuesta, y pagando una comida, estamos despachados.

— ¿Y si no la pierdo?...

— Ha trascurrido ya el plazo...

— Pues pido próroga de un mes, — replicó el Vizco.

— Vaya, dejémonos de bromas, — repuso Ventura; — nosotros te vemos en el mal camino, y queremos apartarte de él... Nos han asegurado que piensas casarte con esa jóven.

— ¿De veras?... — dijo el Vizco sonriendo.

— Y sería una vergüenza, — añadió Ventura, — que el capitán de la partida se casase... ¿Y con quién? ¡Con una chica mas pobre que un cómico en cuaresma!...

— ¿Qué te parece á tí de lo que dice este mozo?... — dijo el Vizco, tocando en el hombro al amigo de Ventura.

— Que no sé qué pensar, — contestó este. — Yo hubiera jurado á cualquier hora que no te casabas nunca; pero despues de lo que he visto, dudo mucho...

— ¿Pero crees que me caso?

— Sí... lo creo... De otro modo, no sé cómo explicar ese amor platónico, que ha cambiado tu génio y tus costumbres en poco tiempo... Un amigo tuyo decia el otro dia que esta-

bas tan cabizbajo y tan taciturno, que no estrañaría verte tomar el hábito en un convento de capuchinos, si hubiese frailes hoy... y yo dije para mí: «No entrará fraile; pero hará otra cosa peor todavía.»

—¿Con que es decir, que vosotros me habeis desahuciado ya?... —

Los dos amigos se encogieron de hombros, y el Vizco añadió riendo: —

—¡Estareis pensando en mi destitucion, y en nombrar un nuevo capitan antiplatónico!... —

—Eso no, — contestó Ventura; — pensamos, por el contrario, en salvarte de ese precipicio.

—Gracias por vuestro celo; pero no le necesito... me basto y me sobro á mi mismo para salir del caso presente.

—Es claro: con un baño de Vicaría estás despachado... no te dirá que no la muchacha... pero eso es escaparse por la tangente.

—Ea, Daniel, déjate de cuentos, y levanta el sitio; es lo mejor que puedes hacer para salvarte... Dáte por vencido, y te perdonamos la comida de fonda.

—Y si es preciso, — añadió Ventura, — no se hará mérito de esta derrota en tu hoja de servicios. Así como así, hubiera sido la primera... con que no vale la pena de que se estrene con tal borron.

—¡Pero si no hay semejante derrota! — replicó el amigo de Ventura. — ¿Tiene mas que robar á esa muchacha cuando vá al cementerio?... —

—Es claro, — contestó Ventura.

—El medio es ingenioso, — dijo con tono irónico el Vizco, — y sobre todo, nuevo... Despues del trabajo que nos ha costado probar que no tuvimos arte ni parte en la fuga de las hermanas de la Caridad, seria una idea muy acertada la de robar á esa pobre niña.

—¡Pobre niña! — repitió Ventura. — Esa palabra no se pronuncia sino en la antesala de la Vicaría... Estás herido

de muerte, pobre Daniel; no lo niegues; cuanto mas te revuelves, mas te clavabas la espada.

—Pues bien... no lo niego... estoy enamorado...—dijo el Vizco, alzándose de la butaca y soltando la capa de los hombros.

—¡Enamorado!...—repitieron á duo los dos amigos.

—Sí,—replicó el Vizco;—estoy enamorado... enamorado como un cadete..... como un niño..... Estoy lo que se llama...

—Hecho un rocin...—repuso Ventura.

—Justamente; estoy en el caso de anatema que marcan los estatutos.

Los dos amigos se miraron con asombro, sin atreverse á decir una sola palabra, y el Vizco siguió paseando por la habitación.

Cuatro veces se habia acercado á la bujía que ardía en el velador con intencion de encender un cigarro que traía en la mano al llegar allí, y otras tantas lo habia llevado á la boca, siempre apagado.

Tal era la distraccion que perturbaba sus sentidos en aquel momento.

El estravismo de su mirada habia perdido la fiereza que ordinariamente daba al semblante, y tenia, por el contrario, un aspecto de dulzura y de bondad que solo acertarán á comprender los que hayan observado este defecto de la vista en el rostro hermoso de algunas jóvenes, en el que, lejos de ser una deformidad, es á veces un nuevo encanto.

La palidez de sus facciones disimulaba, ó encubría, por mejor decir, las cicatrices que surcaban su rostro, y la elegancia de su figura, de que ya tiene noticia el lector, contribuía á hacerle perder el aspecto siniestro con que le vimos en la boardilla de la calle de Leganitos.

Despues de un largo silencio, que sus amigos no daban señales de atreverse á interrumpir, volvió á sentarse en la butaca, y les dijo:







FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.— Os voy á contar mis amores con esa muchacha.

— Ya sabeis que he profesado siempre la opinion de que el hombre no debe ser bueno ni malo por hipocresia... El ¿qué dirán? no me ha importado nada nunca, y si conforme he sentido inclinacion á las mujeres y al juego, hubiese sido aficionado al robo y al asesinato, habria tenido orgullo en ser ladron y asesino... Desde que era estudiante de filosofía me llamaban el nuevo don Juan Tenorio, y siempre se me ha encontrado burlando la vigilancia de los padres, ó batiéndome con los maridos.

— ¿Y á qué viene ahora esa profesion de calavera?— dijo Ventura.

— No es alarde de calavera lo que voy á hacer ahora,— replicó el Vizco.

— Pues bien, será de cartujo. De todos modos, á nosotros no tienes por qué darnos esplicaciones... estamos obligados á salvarte, y te salvaremos.

— ¡No hareis tal!...— gritó el Vizco.— Y precisamente por eso voy á confiaros mi resolución... pero habeis de saber que es irrevocable.

— Pues ea, oigamos lo irrevocable,— dijo el amigo de Ventura.

— Os voy á contar mis amores con esa muchacha.

— ¡Mis amores!...— repitió Ventura.— Esto huelo á historia de matrimonio.

Y encendiendo un cigarro, atizó el fuego de la chimenea, y ambos amigos oyeron la relacion del capitan Centellas, que por lo estraña merece capítulo aparte.

—Y ¿sabeis que he profesado siempre la opinion de que el hombre no debe ser bueno ni malo por hipocresia... El ¿qué digo? no me ha importado nada nunca, y si entorpeciese me he sentido inclinacion á las mujeres y al juego, habiessido alicionado al robo y al asesinato, habiessido tenido orgullo en ser ladron y asesino... Desde que era estudiante de filo- sofía me llamaban **CAPITULO LVIII.** y siempre se me ha encontrado durante la vigilancia de los padres, á batallando con los maridos.

—¿Y á qué viene ahora esa profesion de calavera?—

### Los amores del Vizco.

—No es alarde de calavera lo que voy á hacer ahora, replicó el Vizco.

—Fues bien, será de carujo. De todos modos, á nosotros no nos importa por que harnos esplicaciones... estamos obli-

El Vizco miraba alternativamente á sus amigos, sin dar muestras de començar la relacion ofrecida, y ellos, por su parte, le observaban con asombro. Cosa que nada tenia de particular, si se atiende á que Daniel no les habia hecho nunca confianzas de este género, y á que pecaba mas de reservado que de expansivo.

Ventura, con quien el Vizco habia tenido siempre una amistad muy íntima, y que sin ser de los primeros héroes de la partida, era de los mas audaces, y el mas maldiciente de todos, tenia carta blanca para decir cuanto se le antojaba, sin que sus palabras hubiesen producido nunca un solo lance sério. Era fama, que por decir un chiste sacrificaba al mejor de sus amigos; pero, sin embargo, ninguno se daba por ofendido de sus bromas. Tenia lo que se llama buen fondo, y pocas veces sentia su corazon lo que decian los labios. Se habia hecho individuo de la Partida del Trueno por engañarse á sí propio creyéndose calavera, y esta profesion de fé le habia costado graves disgustos. Pero los arrostró todos con valor, como el jóven que sufre un mareo y otro hasta adquirir el vicio del tabaco. Este no se cree hombre

honrado hasta que fuma, y Ventura no se hubiera tenido nunca por calavera sin pertenecer á la Partida del Trueno. Sin ser él capaz de acometer por sí solo ninguna de las calaveradas que formaban el objeto de la sociedad, sus palabras inducian á los sócios á perpetrar las mayores atrocidades, en las que, sin verdadera vocacion, y porque no le tuviesen en menos que á los otros, tomaba parte siempre.

El jóven que habia entrado con él en la habitacion del Vizco era, por el contrario, peor en el fondo de lo que revelaban sus palabras y sus obras. Habia sido uno de los fundadores de la Partida del Trueno, y todos temian verle al frente de una broma cualquiera, porque las llevaba adelante todas á sangre y fuego.

Pero ambos eran los mejores, quizá los únicos amigos del Vizco, y por esto se aventuraba á hacerles una revelacion, que, por otra parte, no podia ocultar por mas tiempo.

Ventura fué el primero que se cansó de aquel silencio, y le interrumpió diciendo:

—¿Estás haciendo exámen de conciencia antes de empezar la confesion, ó te arrepientes ya de lo que ibas á decirnos?

—Déjale, —replicó el otro amigo;— estará buscando la mejor manera de dorar la píldora matrimonial que quiere hacernos tragar.

—No es nada de eso, —repuso el Vizco, —sino que dudo mucho que podais comprender todo lo que está pasando por mí hace mucho tiempo.

—Lo que por tí pasa ya lo sé yo...— dijo Ventura;— y extraño mucho que no nos creas capaces de comprenderlo... Las pasiones grandes son las que no están al alcance de todos, pero la tuya la comprende cualquiera... No hay empleado en loterías, ni curial, ni hortera, ni oficial de milicias, ni artesano, en fin, que no haya sentido lo mismo que tú... Te pondrás colorado delante de tu novia; bajarás los ojos si ella te mira; le harás un desaire en público, cre-

yendo que de este modo nadie adivina tus amores... y ella entonces te dará mas muestras de cariño que cuando esteis solos, para que todo el mundo sepa que tú eres su novio, y...

— Basta... — interrumpió el Vizco; — no seas nécio; ya te he dicho que mi mayor desgracia consiste en que no lograré casarme con ella.

— ¿Y si pudieras, te casarías?

— Sí.

— ¿De veras?

— Sí.

— ¡Qué barbaridad!... ¿Y vivirías con ella?

— Sí... viviría eternamente con ella en la última aldea de España, si este era su gusto.

— ¿Con un perrito dogo y una tarima de pino... y secando los pañales del primogénito sobre el respaldo de una silla... y paseándole de noche para que dejase dormir á su madre?... —

— Sí... sí; no me asustas con esas tonterías... Sin esa mujer detesto la vida matrimonial en un palacio... con ella la deseo en una boardilla.

— ¡Qué barbaridad!... — replicó Ventura. — ¡Qué barbaridad!... Te llamarían *don* Daniel, y serías *vecino honrado*... Vaya, chico, tú no has pensado bien lo que es ser vecino honrado. Irás hecho un Robinson con un chuzo al hombro, rondando de noche por las calles; y cuando os den ¿el quién vive? tendreis que contestar: «La ronda de vecinos honrados.» Y te encargarán que formes el padron de los vecinos del barrio... y te harán alcalde de idem, y serás suscriptor al *Diario de Arisos*, para saber dónde se venden los mejores garbanzos de Fuente Saucó; y llevarás el calendario colgado del ojal de la levita para no dejar de comer besugo el día de Santa Catalina, cordero en Pascua de Resurreccion, y puches el día de todos los Santos; y te oirás llamar *marido* á boca llena por tu cara *costilla*... y saldrás con ella á la calle en los últimos meses del embarazo... ¡Qué horror!...



El Vizco se reía oyendo la ridícula descripción que hacía Ventura del matrimonio, y después que hubo acabado de hablar, le dijo:

—¿Crees haberme contado alguna cosa nueva?

—No; pero tampoco es nuevo para el reo de muerte saber que hay un Dios que le ha de juzgar en el otro mundo, y el agonizante se lo repite para que no se condene su alma.

—¿Y tú te figuras?...

—Que vas á hacer el último disparate de la vida... y que ahora estás asistiendo á los funerales de tu libertad.

—Si pudiera casarme con Eugenia, habría vendido mi libertad á buen precio, y no me llamaría á engaño... Pero para que no me juzgueis equivocadamente ni tú ni este otro zorzal que se hace el mudo, voy á daros una ligera idea de lo que por mí está pasando.

—Yo espero oírlo, y por eso me callo,—dijo el amigo de Ventura.

—Pues atención, muchachos,—añadió el Vizco, esforzándose por sonreír.—Ya sabéis que hace un año, poco más...

—Catorce meses y un día,—interrumpió Ventura;—ayer lo estuve viendo en el libro de comisos.

—Pues bien, catorce meses y un día hace que me tocó en suerte...

—No te tocó tal... la pediste tú... Cuenta las cosas tales como fueron...

—Es igual; déjame hablar, y no me interrumpas. Yo sentí que Eugenia hubiese sido decomisada á la partida, porque hacía mucho tiempo que andaba detrás de ella, y tenía pensado seducirla de mi propio riesgo y cuenta, sin vuestra noticia... Al encargarme oficialmente de su conquista, creía conocer perfectamente el terreno que pisaba, y saber las entradas y salidas del enemigo sitiado; pero ignoraba que aquella fortaleza era inespugnable... Pasé días enteros en el callejón de Osuna, esquina á la calle de Leganitos, sin conseguir ganar al zapatero del portal, que es

un veterano honrado á prueba de oro, ni menos á una vieja que iba siempre acompañando á Eugenia... Yo os habia ofrecido una comida de fonda antes que pasára un mes, á la cual, como de costumbre, habia de asistir Eugenia, y ya habian trascurrido dos sin que tuviera ni esperanzas de poder cumplir mi palabra... Mi pasion era cada vez mayor, y estaba decidido á atropellar por todo... Así lo hice en efecto. El primer dia que la vi salir sola de su casa, marché detrás de ella sin que me viese, y poco á poco me fuí acercando á hablarla... Oyó mi voz, y sin volver la cabeza apretó el paso... Yo hice lo mismo, y me puse á su lado... Entonces me pidió encarecidamente que la dejase en paz, y al fijar su vista en mí lanzó un grito.

—¿Te conocia ya?

—¡Es claro! No salia una sola vez de su casa sin que yo estuviese á la esquina, y toda la vecindad sabia quién era el centinela... El susto que la causó mi presencia podia yo interpretarlo de dos distintas maneras: ó me conocia y me odiaba, ó queria darme á entender que ya se habia enterado de mi amor... De todos modos, como corria por huir de mí, parándose desconcertada en las boca-calles, como la liebre acosada por los galgos, que se para y duda la senda que ha de seguir, no me daba buena esperanza de lograr mi intento... Pero mi orgullo irritado no podia ceder ante la resistencia ó el capricho... ¡Entonces no adivinaba yo que aquello era virtud!

—¡Virtud!...—repitieron sonriendo los amigos.

—Virtud... sí... virtud,—añadió el Vizco;—como no habeis visto nunca ninguna... ¡Si yo lo hubiese adivinado entonces, no seria hoy víctima de un *amor sin esperanza!*...

—Ese es el título de una novela francesa,—dijo Ventura...

—Ese es el estado en que yo me encuentro ahora,—repuso el Vizco.—Pero acabaré de contaros mi historia... Huyendo de mí Eugenia, y encontrándose lejos de su casa

al anochecer de una tarde de invierno, se refugió en la iglesia de San Andrés...

—¿Hasta allí te llevó entretenido.

—Allí llegamos, despues de haber rodado por diferentes calles, y sin que Eugenia, trémula y desconcertada, supiese por dónde iba siquiera... Entró en la iglesia, y yo entré detrás de ella, convertido en otro estudiante de Salamanca, cuando iba siguiendo á *la blanca dama del gallardo andar*.

—Con la diferencia,—interrumpió Ventura,—de que aquel la seguia despues de haber sido su amante, y tú antes de serlo...

—Y con la de que yo,—añadió el Vizco,—lejos de jurar y de maldecir al entrar en el templo, me acobardé de tal modo, que... os lo confieso, no supe lo que me pasaba... Ella avanzó hasta las gradas del altar mayor, y allí cayó de rodillas, cruzando las manos sobre el pecho... Yo quise seguirla para arrancarla violentamente de allí, y no pude... Sé que os vais á reir, si os lo digo... pero no importa... quedé enclavado junto á la pila del agua bendita sin poder mover la planta.

Los dos amigos soltaron una carcajada, que en otra ocasion les hubiera valido un choque violento con el Vizco; pero este no hizo caso, y continuó:

—Yo me reia, y me rio ni mas ni menos que vosotros; pero lo cierto es que no pude avanzar un solo paso, y que decidí esperar allí á que la jóven saliera del templo... y así lo hubiera hecho, si sus lágrimas no hubiesen cambiado mi resolucion... Ya sabeis el influjo que ha ejercido siempre sobre mí el llanto de las mujeres, cuando es verdadero.

—Lo cual no ocurre nunca,—dijo Ventura.

—Ocurre pocas veces,—dijo el Vizco,—y esta era una de ellas... Volvió la cabeza para ver si estaba yo en la iglesia, y como habia poca luz, no pudo verme... Yo procuré ocultarme detrás de un confesonario, decidido á hablarla cuando saliera, asegurándola que ya no iria detrás

de ella... ¡Pero ojalá no hubiese hecho semejante disparate!... Cuando la pobre niña marchaba por el centro de la iglesia con timidez, mirando á un lado y á otro, se acercó á tomar el agua bendita, y como aquel rincon estaba oscuro, sin verme, oyó mi voz; y sin que pudiera decirla lo que deseaba, lanzó un grito, y huyó de nuevo hácia el altar mayor... Las cinco ó seis viejas que habia esparcidas por la iglesia empezaron á gritar tambien, y yo salí de allí, ocultándome en un portal de la Plaza de los Carros, para ver en qué paraba aquello... El sacristan se asomó corriendo á la puerta... y ya era de noche, cuando, cogida del brazo de una de las viejas que habia en la iglesia, volvió Eugenia á su casa. Yo las fui siguiendo á lo lejos, sin que todas las reflexiones que me ocurrían en aquel momento pudiesen apartarme de semejante propósito.

—¿Y desde entonces estás enamorado de esa jóven?

—Desde entonces me decidí á no engañarla ni á consentir que la engañe ningun otro... Y siempre rondando su casa, sin lograr hablarla un solo dia, sin haberme sido posible aliviar la miseria en que vivía con su anciano padre por medios indirectos, y decidido á pretender su amor con toda clase de condiciones, he pasado cerca de un año sufriendo diariamente vuestras chanzas, y prestándome á todo cuanto ha sido necesario hacer en obsequio de la partida.

—Efectivamente,—replicó Ventura;—por tí no se ha descompuesto nunca nada, y ahora, que te veo en el último grado de la tisis matrimonial, me admira que no hayamos conocido esos síntomas, cuando distribuías las cargas concejiles de la sociedad, y hasta desempeñabas las que te cabían en suerte. Porque mientras has *hecho el oso*, verdaderamente el oso, á Eugenia, has evacuado otras varias causas de comiso...

—Ninguna...—interrumpió el que habia callado hasta entonces.—¿No es verdad, Daniel?

—Tienes razon,—respondió el Vizco.

—¿Con que no fué verdad que la recién casada de la calle de Fuencarral se escapó contigo á la Granja?...—dijo Ventura.

—No.

—¿Y fué falso tambien lo que nos dijiste de que habias hecho dar un destino en Ultramar al marido de aquella rubia, cuya conquista se sorteó con tantas formalidades?

—Sí.

—Pues nos debes una porcion de comidas.

—Que nos convide á la de la boda,—repuso el otro.

—Convenido,—dijo Ventura.—Tendremos arroz y gallo muerto; repartirá los dulces á los postres el cura que te haya echado las bendiciones; haremos que te dé una serenata la murga; alquilarás tres coches simones para que nos lleven á nuestras casas cuando se acabe el baile; y aunque la novia esté al dia siguiente colorada como un pavo, te prometo decirla que está pálida, y que *tiene ojeras*... ¡Oh! Esta frase es de rigor el dia de la tornaboda... Es una galanteria que anda siempre de boca en boca entre los convidados.

—A tí te parece que ese cuadro me asusta, querido amigo, y es todo lo contrario. ¡Seria mi bello ideal!... Os repito que me consideraria feliz llamándome esposo de Eugenia.

—¿Y si te llamarán marido?

—Aunque me llamasen consorte... que es algo peor... Me conoceis lo bastante para saber que no soy capaz de decir una cosa por otra nunca... he pensado bien en mi situacion, y os aseguro que esa boda seria mi única felicidad.

—Pues, chico, ¿quieres que te diga francamente mi opinion?—dijo el amigo de Ventura.

—Sí.

—Pues oye; si hablas con franqueza, y es cierto que estás tan enamorado de esa mujer, tírate al Canal.

— ¡Eh!... No gasteis bromas; ¡todo lo haceis igual!... ¡No parece sino que estais hablando con Eduardo ó con otro tonto por el estilo!

— Yo no te hablo en broma, sino que lo que ha de ser despues de casado, vale mas hacerlo de soltero... A menos que no quieras proteger á los comerciantes, dejando en el mundo una viuda que compre lutos. Y en último resultado, no veo yo que tengas motivos para creer imposible tu matrimonio con Eugenia... ¡Cualquiera diria que se trataba de una princesa!

— Es algo mas que princesa... es el ángel de la virtud.

— Pues casándose con el del vicio,—interrumpió Ventura,—y convirtiéndole, lo cual me parece algo difícil, habrá hecho una obra mas grande que la de Santa Mónica con su hijo San Agustin... Nosotros te ofrecemos asistir en cuerpo todos los de la partida á tu conversion; y así como se anuncia en los periódicos el bautizo de los moros y de los judios, pondremos un párrafo diciendo: «Hoy toma el bautismo matrimonial en la iglesia de... un nuevo creyente... ¡Pecador, odia el pecado y compadece al pecador!»

El Vizco oía con calma las chanzas de los dos amigos; pero les daba á entender bien claramente que no le hacian efecto alguno, y el amigo de Ventura, que lo comprendió así, le dijo:

— Estoy convencido de que tu vocacion matrimonial es irrevocable, y no quiero seguir dándote broma sobre este asunto; pero te repito que no sé cómo dices que no puedes casarte con esa muchacha... ¡Es lo último que podria suceder al capitán Centellas!

— Pues precisamente no tiene nada de particular,—repuso el Vizco.

— ¡Con que te resignas á que rechace tu blanca mano una jóven pobre!... ¡Tú, que, sin palabra de casamiento, has alcanzado el amor de tantas mujeres hermosas!... Porque mira que tu repertorio tiene mas de treinta nombres...



— Cuarenta y uno, — contestó el Vizco; — ayer rasgué la lista y todos los comprobantes de ella.

— Es decir, — interrumpió Ventura, — que ya vas limpiando la conciencia de tu cartera, para que la futura no tropiece con alguna frase de aquellas de *¡no vivo mientras no te veo!* Ó de las que concluyen diciendo: *¡Ojalá no le hubiera conocido á usted nunca!*... Pues, señor, ¡bravo!

El Vizco se desentendió de las palabras de Ventura, y continuó hablando con el otro.

— También yo, — le dijo, — creía, como tú, que bastaría á cualquiera de nosotros abrir la boca y decir, «quiero casarme,» para que no se resistiese ninguna... Pero entonces no veía otra clase de mujeres que las que, por su desenfreno ó por sus debilidades, habían escitado nuestra atención, y como sus conquistas estaban hechas antes de que las intentásemos, me pareció que habría de sucederme lo mismo con todas. Pero créeme, Genaro; tú y yo, y todos, nos engañábamos al pensar así. Existen una porción de familias virtuosas y honradas, sordas al lenguaje de la seducción, y ciegas á los halagos de la vanidad y del lujo... Y en ese mundo, asilo sagrado de la virtud, es donde se proclama la impotencia de nuestros esfuerzos; y contra el muro de la honradez y de la laboriosidad, se quiebran las armas del libertinaje y del vicio.

— Pero rindiendo esas armas... — repuso Genaro.

— ¿Y cómo se hace creer ese milagro?... — dijo el Vizco. — ¿Crees tú que el pastor no retiraría sus ovejas por que el lobo le dijera al venir al rebaño que, aunque llevaba piel de fiera, traía corazón de cordero? Además, hay otra razón mas fuerte para que Eugenia no pueda amarme nunca...

— ¿Y cuál es?

— Está enamorada de otro... — dijo con abatimiento el Vizco.

— Pues buen remedio... le haremos tomar el portante.

— Sí... tienes razón; ¿pero se iría mas lejos que donde

está ahora?... Cinco años hace que no se han visto, y sin embargo, ella le es fiel aun.

—Pues, chico, esa es una virtud salvaje...—replicó Ventura.—¿Y quieres casarte con una mujer que sabe amar mas de cinco años?... Valdria mas que te cogiera un toro de Gaviria que una mujer constante... Si vivieras en mi casa, oirias al asistente del piso segundo cantar esta copla:

Es la constancia en las mujeres  
Mas que constancia vanidad,  
Y es la virtud mas insufrible  
Que se puede imaginar.

—¡Eh! Déjanos en paz, —dijo el Vizco con tono áspero.—Enhorabuena que en los cafés se digan esas tontearías... todos las dicen, y ninguno las siente; pero aquí, entre nosotros, se debe hablar con franqueza. La mujer es la mitad de nuestra existencia; por ella vivimos, ella guia nuestros primeros pasos en el mundo, y la esperanza de alcanzar su amor nos hace acometer las mas difíciles empresas. Sin ese ángel que Dios nos envia para aliento de nuestra fe, y como premio á nuestro trabajo, ¿qué hubiera sido de los grandes hombres?

—Cásate, chico, cástate,—interrumpió Ventura.—Esa es la definicion que hacen de la mujer todos los novios... Pronto la volverás por pasiva, cuando seas marido.

## CAPITULO LIX.

### Conjuracion.

Mientras Ventura seguia ensartando epigramas sobre el matrimonio, sin conocer que sus palabras no podian producir el efecto que queria, Genaro, calavera de mas intencion y de mayor aplomo, se habia persuadido de que la resolucion del Vizco era irrevocable, y se decidió á tratarla seriamente.

Era tal vez el único de los individuos de la partida que aborrecia de corazon el matrimonio; y los motivos que habia tenido para pensar así, le hacian mas á propósito que ningun otro para comprender el imperio de las pasiones. Por otra parte, unido en estrecha amistad con el Vizco habia mas de diez años, conocia perfectamente su carácter, y solo mientras creyó que hablaba en broma pudo reirse de sus amores con Eugenia; pero cuando se convenció de lo contrario se dispuso á contestarle de distinta manera.

El Vizco estaba persuadido de que así habia de suceder, y aunque amaba con delirio á Ventura, porque conocia las buenas cualidades que le adornaban, se dirigia en esta ocasion á Genaro, como persona mas á propósito para comprender lo que pasaba en su corazon.

Así fué que, cansado de oír las chanzas de Ventura, le dijo:

—Siempre te he tenido por botarate y atolondrado; pero temo mucho, si sigues hablando de ese modo, creer que eres tonto.

—¿Te escuecen mis chanzas?...—replicó Ventura riendo.—Pues, chico, perdona, que no te volveré á decir nada... Cásate, en buen hora, y Dios te haga buen marido... Las burras de leche de la Plazuela de Santa Cruz están rogando á Dios que aumente el número de los casados, para que sea mayor el de los recién nacidos.

—He creído,—repuso el Vizco, sin hacer caso de la última chanza de su amigo,—que vosotros érais los únicos á quienes podía confiarme, y veo que me he engañado... pero es igual... De todos modos, yo he resuelto abandonar la vida que he tenido hasta hoy, y sabré cumplir mi propósito...

—Esas son ya palabras mayores,—interrumpió Ventura;—nos has dicho que pensabas casarte; pero no que ibas á dejar de ser nuestro capitán...

—¿Y crees tú compatibles ambos empleos?

—El de casado le considero incompatible con todos; pero por lo demás, no veo ningún inconveniente en que sigas siendo nuestro capitán, aunque te cases... Quizá esto contribuya á que la partida sea más respetada... ¡Figúrate tú cómo andaría la máquina, si hiciesen alcalde de barrio al capitán de la Partida del Trueno!

—Mejor que ahora,—repuso Genaro;—bien sabes tú que si las autoridades conociesen todos los rincones de Madrid como nosotros, no quedarían impunes los delitos... Pero yo no soy de tu opinión; si Daniel se casa, no puede seguir en la partida.

—Tienes razón,—replicó el Vizco;—yo no puedo seguir en la partida.

—¿Pues no tenemos una infinidad de socios casados?—dijo Ventura.—Pepe, Eduardo, Anselmo...

—Esos no son casados,—repuso el Vizco.

—¿Pues qué son?

—Tontos.

—Convenido,—esclamó Ventura;—ese es el apellido de la gran familia de los casados.

—Esos empezaron á vivir por donde debieron haber concluido; y así es que sienten la necesidad de ser calaveras, cuando ya deberían cuidar de que no lo fuesen sus hijos. Cuando apenas cuentan veinticinco años de edad, llevan siete de matrimonio y cinco de aborrecer á sus mujeres. Empiezan á conocer el mundo casi al mismo tiempo que sus hijos, y el marido y la mujer andan á ciegas por la sociedad, cayendo incautos en las redes que les tendemos los que andamos estudiando el mundo á costa de esos tontos. Desengáñate, Ventura; si no se hiciesen de ese modo las bodas, no habria tantos matrimonios infelices. Pero se empeñan en que esas parejas no se han de componer de un ciego y de un lazarillo, si no de dos ciegos, y de ahí resulta que ni la mujer sabe lo que vale la honra de su marido, ni este puede apreciar la de su esposa.

—Preciso es convenir,—interrumpió Ventura,—en que traes muy bien estudiada la cuestion matrimonial.

—Que te diga Genaro si no me ha oido decir siempre lo mismo.

—Verdad es,—contestó Genaro;—pero no perdamos el tiempo en estas discusiones, y haga el diablo que tu criado oiga lo que hablamos, y se instruya mas de lo que debe.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo Ventura.—¿Y qué nos importa que Trompeta se entere de los peligros que trae el casarse demasiado jóven?

—A tí no,—respondió Genaro.

—¿Y á tí?

Genaro se sonrió, sin contestar á la pregunta de Ventura, y este añadió:

—¿Tiene novia quizás ese bárbaro?

— La vizcaina mas bonita que has visto en tu vida, — repuso el Vizco.

— ¡Ah... ya caigo!... — dijo Ventura, dirigiéndose á Genaro. — ¿Y tú piensas impedir la boda?

— ¡Dios me libre de hacer semejante disparate! Me he ofrecido, por el contrario, á ser el padrino, y...

— Detente, lengua, — interrumpió Ventura riendo. — Dios los haga bien casados... Valiera mas que tuviesen por padrino á Luzbel.

El Vizco se levantó de su asiento; miró el reloj que estaba sobre la chimenea, y abriendo las maderas del balcon, dijo:

— ¿A qué hora amanece?

— ¿En qué mes estamos?... — preguntó Ventura.

— En Enero, — respondió el Vizco.

— Pues entonces, amanece... amanece... mira, chico, no lo sé; hace mucho tiempo que no veo esos milagros de la naturaleza... No hay panorama que mas me aburra que el de la madrugada. Si yo fuera poeta, haria mejor una oda á la luz del gas, y aun á la de un candil manchego, que á la de la aurora... Me gusta mas un reverbero que el mejor sol de Andalucía.

— Amanece á la seis, — dijo Genaro.

— ¿Y tú, de qué lo sabes? — replicó Ventura. — ¿Eres de los que madrugan, ó de los que no se acuestan?

— Segun y cómo... Pero hubo una época en que fui aficionado á las criadillas.

— No me gusta ese plato, — dijo Ventura; — tengo yo un paladar muy delicado, y me rechinan los dientes con la arena.

— A buen hambre no hay pan duro, — replicó Genaro: — cuando yo hacia el amor á las criadas, mis fondos no me permitian pagar al sastre para hacer el amor á las señoras... Pero di tú, Daniel, ¿por qué quieres saber á qué hora amanece?



— Porque tengo que salir de aquí á esa hora.

— ¿Ha dicho Eugenia en su casa que vá á confesar por la mañana temprano? — dijo Ventura. — Lo mismo hacia una querida que yo tuve el verano pasado.

— Me voy convenciendo de que eres tonto, — dijo el Vizco con tono áspero... — No sabes distinguir de personas... Lo mismo me dices á mí que podrias decirle á Eduardo.

— Si te incomodas...

— Yo no me incomodo nunca con mis amigos, ni me extraña que vean las cosas de distinto modo; pero me gusta que, así como yo respeto su opinion, respeten ellos la mia... Eugenia saldrá mañana, ó mejor dicho, hoy temprano, de su casa; pero sin estar de acuerdo conmigo... ¡Qué mas quisiera yo sino que fuese así!... Yo quiero verla, porque es lo único de que no he podido privarme ni un solo dia. Conozco que mi presencia la atormenta, aunque hoy ya no se asusta como antes...

— Pues ese es un gran síntoma, — dijo Genaro.

— Eso, — repuso el Vizco, — no significa nada mas, sino que es tan buena, que solo con haberse convencido de que no trato de hacerla daño está tranquila... Pero es imposible que me ame nunca.

— ¡Nunca!... ¿Y por qué? ¿Te has olvidado de que la Partida del Trueno puede ayudarte á conseguir la mano de esa jóven?

— ¡La Partida del Trueno! — repitió asombrado el Vizco. — No te burles, Genaro; yo ya no puedo continuar con vosotros.

— Estás equivocado... Seguirás siendo jefe nuestro... Me ha ocurrido un plan excelente...

— ¡Veo que no has comprendido todo el amor que tengo á esa jóven!

— Tú eres el que no has entendido lo que yo pienso hacer con ella y contigo... Dí, ¿no somos nosotros los fundadores de la partida?

—Sí.

—¿No podemos reformar sus estatutos, y hasta suspender la sociedad de hecho si nos acomoda?

—Sí.

—Pues me ocurre otra cosa mejor.

—¿Cuál es?

—Cambiar el objeto de ella.

—¿Casándonos todos en un día?—dijo Ventura.

—No,—contestó Genaro...—estableciendo una agencia matrimonial.

—¡Famosa idea!...—esclamó Ventura.—Así podríamos hacer lo que los comerciantes con la venta de géneros procedentes de una quiebra: dar salida al género averiado. ¡Qué contentas se pondrían las víctimas si les proporcionásemos un mozo con las cuatro RRRR: rico, rubio, rollizo y rehumático!... Por mi parte, queda aprobado el pensamiento... Dataremos á la sociedad las partidas que nos ha cargado en cuenta corriente.

—Pues no lo tomes á broma,—dijo Genaro:—seria una vergüenza que el capitan de la Partida del Trueno no lograra casarse con esa muchacha... ¡Una mano tan codiciada por las principales señoritas de la corte!... Habria señora de la aristocracia que por hacer tu conversion se divorciaria de su marido.

—¡Tantas conozco yo que se divorciarian gratis!...—replicó Ventura.

El Vizco no atendia á las palabras de sus amigos, y paseaba distraido por el gabinete; pero Genaro se acercó, y le dijo:

—¿Qué te parece de mi plan?

—¡Famoso!...—contestó el Vizco riendo.

—Pues no te rias, porque es preciso llevarlo á cabo... tú no tienes mas parientes en Madrid que nosotros, y cuando se trata de verificar un matrimonio, sucede como en los desafios: el ahijado no tiene arte ni parte; solo los padri-

nos arreglan las condiciones... ¿Te has declarado á la muchacha?

—No.

—¿Has hablado á la familia?

—Tampoco.

—Pues déjalo de nuestra cuenta; Ventura y yo iremos á pedir su mano.

—No hareis tal, —replicó con viveza el Vizco. — Yo estoy convencido de que mi boda con Eugenia es imposible; pero quiero que ella tenga siempre una buena opinion de mí.

—¿Y la formaria mala si la dijeras que querias casarte con ella?

—Por conducto vuestro, sí.

—No lo creas; tú verás qué bien hacemos el papel de embajadores matrimoniales.

—Es imposible: cuando sepais lo que ocurre, me dareis la razon.

—Pues dínoslo, y veremos; pero dificulto mucho que los que hemos sido hábiles para deshacer tantos matrimonios, no sepamos llevar á cabo uno siquiera.

—Cosa, —interrumpió Ventura, —que está al alcance de un patan cualquiera.

—Sin embargo, —repuso el Vizco, —no es posible... Y tú, Genaro, eres tan amigo como yo del hermano de Eugenia.

—¿Quién es?

—¿Te acuerdas de Fernando Vargas?

—¿El guardia de Corps que se marchó á la faccion?

—El mismo... Ese es el hermano de Eugenia.

—¿Y no te ha visto nunca seguirla?

—Ha llegado á Madrid el mismo dia de la muerte de su padre... Hace pocos dias le ví en la calle, nos abrazamos, me preguntó por tí, y él fué quien me dijo que su hermana estaba enamorada de un tal Carlos Sandoval...

—¿Que ha sido faccioso tambien?—interrumpió Ventura.—Es muy amigo mio; fuimos compañeros en el Seminario de Nobles... Chico, es un memo de marca mayor... ¿Y ese rival te dá miedo?

—A mí no me dan miedo nunca los rivales... Me importa poco que sean altos ni bajos, valientes ó cobardes, cuando no son correspondidos; pero si las mujeres los prefieren á mí, ya no soy hombre.

—¿Y tú le dijiste á Fernando que estabas enamorado de su hermana?

—No por cierto, ni aun le dije que la conocia siquiera... El me preguntó si me habia casado, y le contesté que no; pero nada mas... Me ofreció su casa...

—¿Y no has ido á verle?

—Ni iré; porque su hermana se asustaria al verme, y le diria lo que la habia pasado conmigo.

—Pues, chico, —dijo Genaro, —el negocio es mejor de lo que yo pensaba... ¿Dónde vive Fernando?... Yo voy á verle hoy mismo.

—Harás mal... mejor es que esperes unos cuantos dias.

—Convenido; pero con la condicion de que has de hacer lo que yo te diga.

—Segun y conforme... Yo te impondré de todo lo que ocurre, y verás cómo el cuento es mas complicado de lo que tú crees. De todos modos, me alegro de poder contar con vosotros, porque si estais decididos á olvidar las empresas amorosas, y teneis corazon para otras de mas importancia, podemos hacer maravillas.

—Cuenta conmigo para todo, —dijo Ventura.

—¿Y tú? —dijo el Vizco, dirigiéndose á Genaro.

—La pregunta me ofende... Dí lo que es preciso hacer, y te daré una respuesta práctica...

—¿Ya conoceis al Duende?

—Sí.

—Pues es preciso desbaratar todos sus planes... Euge-

nia, su hermano, el conde de San Fabian y aquellas dos hermanas de la Caridad que robaron hace días, son el blanco de sus iras... Nosotros los vamos á poner todos bajo nuestra proteccion... Ocupándome de perseguir á ese hombre, me atormentará menos esta pasion que hoy me devora... Pero os advierto, que ya no es el Duende que conocisteis en casa de la Peregrina, sino que ahora su guerra, es sorda, y sus armas la hipocresía y la intriga.

— ¡Magnífico! — exclamó Genaro. — Me pinto solo para luchar con esa clase de gente... Fué lo único que aprendí en el colegio de los Jesuitas... No me has podido buscar una ocupacion mas de mi gusto.

— Pues os enteraré de todo, porque no podemos perder tiempo... Quizá mañana habrás de ir tú á la cárcel á ver á una bruja que está allí presa, y que es el alma del Duende. Es una mujer tan sagaz, que ya ha ganado al juez de la causa, y aunque ha sido presa por un delito ordinario, se hace pasar por víctima política, y todos los personajes del partido apostólico la van á ver á la cárcel.

— Yo seré uno de tantos, — dijo Genaro.

— Has de ir muy prevenido, porque sabe mucho; pero yo te daré el santo y seña para que puedas hacer de ella lo que quieras.

— ¿Es decir, que yo me encargo de esa vieja?

— Sí.

— ¿Y yo del Duende? — dijo Ventura.

— No; ese me toca á mí... A tí, si no fueras tan atolondrado, te daría uno de los mas peligrosos y temibles.

— Venga... ¿Cuál es?

— Temo que no lo hagas con el aplomo y la mala intencion que se necesita... Es un enemigo formidable.

— ¿Alguna suegra tal vez?

— ¡Eh!... No seas tonto... Siempre has de salir con una patochada...

— Pues no he dicho ningun disparate, porque, inclu-

sa la serpiente boa, no hay animal mas temible que una suegra.

—Es algo mas que suegra.

—Imposible... ó no es tan formidable como dices... Mira, Daniel, si fuera posible que las mujeres naciesen sin madres, no seria tan desesperado el casarse... ¡Pero cargar con una suegra!...

—¿Es decir, que no conoces otro enemigo mas temible?

—No.

—Pues el enemigo de que te hablo es un fraile.

—¿Un fraile?

—Sí.

—¿Y eso te apura? ¡Habiendo tantos molinos de chocolate!...

Genaro y el Vizco se sonrieron al oir á Ventura, y este añadió:

—¡Un fraile!... Pues si me he criado entre ellos, ¡cómo quieres tú que no los conozca á fondo!...

—Es que este sabe bien dónde le aprieta el zapato, y goza de muy buena opinion en la corte.

—Yo empezaré por ensalzarle hasta las nubes.

—No me parece mal pensado.

—Cuando se cae desde muy alto, es mas seguro el golpe.

—Con que ya estais enterados,—dijo el Vizco;—os espero á almorzar, y acordaremos el plan de batalla.

—¿Y si viene Eduardo?—dijo Ventura.

—Se le dice que vaya á la escuela,—repuso Genaro.—Me incomoda ese mequetrefe.

—Yo le recibiré,—dijo el Vizco,—y no volverá... no tengais cuidado.

Y cogiendo de nuevo el sombrero y la capa, miró el reloj, y añadió:

—Si os quedais aquí, ahí teneis camas, y diré que no os despierten hasta que yo vuelva... Almorzaremos á las doce.

—Daniel,—dijo Genaro, estrechando la mano del Viz-



co, —ó pierdo el nombre que tengo, ó te has de casar con Eugenia.

—Juro no comer pan á manteles,—añadió Ventura sonriendo,—si no sucede así antes de un año.

—La felicidad de esas gentes es lo que me interesa,—dijo el Vizco.

—Y á esa compañía de séres felices, bien se puede agregar uno mas, que serás tú,—replicó Ventura;—Cárlos Sandoval está en Francia, y ausencias causan olvidos.

—Hasta luego,—dijo el Vizco, saliendo del gabinete.

—Adios, Daniel,—contestaron los dos amigos, entrándose Genaro sin hablar una sola palabra en la alcoba, y quedándose solo Ventura, tendido sobre una butaca.

## CAPITULO LX.

### La casa chica de Alcira.

Al extremo de la calle del Nuncio, esquina á la Costanilla de San Pedro, hay un palacio, cuya existencia artística se remonta á los tiempos de la fundacion de Madrid.

Su antiquísima fachada es de piedra sillería en el primer cuerpo del edificio, y de fábrica ordinaria en los dos restantes. El último de estos es notable por su mezquindad y por su mal gusto. Le forman cinco ventanas de media vara en cuadro, abiertas en la pared sobre cada uno de los balcones del piso principal.

La elevacion del segundo cuerpo es extraordinaria; circunstancia que se advierte á primera vista, por ser demasiado estrechos los huecos de los balcones, atendida su mucha altura.

Una cornisa de granito, ancha de una vara, corre por debajo de los balcones, aislando aquel cuerpo del primero.

La puerta principal es altísima y proporcionalmente estrecha; y á uno y otro lado de ella, debajo de los balcones del piso principal, se ven dos rejas largas y estrechas, formadas por gruesos barrones de hierro.

Las tres argollas del propio metal, que, enclavadas en la

pared, se ven sobre la puerta, han quedado huérfanas desde que la revolucion arrancó las cadenas con que nuestra pasada nobleza pregonaba su servidumbre.

No hacia mucho tiempo que habia desaparecido de allí ese signo de esclavitud, testimonio vergonzoso y humilde de la entrada del rey en aquel palacio, y no parecia que su dueño habia perdido las esperanzas de ostentar de nuevo sus grillos, si se atiende á que habia dejado las argollas de donde pendia la cadena.

Verdad es que no han sido menos previsores algunos establecimientos públicos, en cuyas muestras solo han borrado, ó mejor dicho cubierto, el apellido *Real* de una manera interina, pronta á reaparecer sin estrépito al menor síntoma reaccionario.

Las medidas provisionales son el sello de la originalidad española del siglo XIX; pero... volvamos á nuestra historia.

El portal del palacio de la calle del Nuncio es inmenso, y el pavimento, que, segun atestiguaban las argollas de hierro, habia tenido la honra de ser hollado por régias plantas, está formado de losas de piedra, en las que se ven aun los surcos de los carruajes que antiguamente rodaban sobre ellas.

Como la altura del cuerpo inferior del edificio es grande, el techo del portal es muy elevado, y le forman diferentes naves, cuyos medios puntos y adornos de piedra son de un gusto detestable, y ofrecen un laberinto de arcos ridiculos y en completo desacuerdo con todas las reglas del arte.

Sin unidad de ninguna especie entre esas bóvedas y la escalera que conduce al piso principal, el ramal de esta, que se vé frente á la puerta de entrada, se parte luego en dos brazos mas estrechos, que conducen á una espaciosa galería, cuyo techo es de peor gusto que el del portal.

Una balaustrada de bronce corre por ambos lados de la

escalera, cuyas mesetas de piedra berroqueña presentan unos bordes gastados por el uso, hasta el punto de haber desaparecido completamente algunos trozos en el centro de la escalera. Los balaustres no están en mejor estado, y tambien han sido entresacados algunos.

Esto último probaria que el palacio habia estado algun tiempo deshabitado, si el viejo portero no se apresurara á decir que el bronce que falta lo arrancaron los franceses invasores en la guerra de la Independencia para la fundicion de cañones.

El aposento de ese criado antiguo de la *casa chica de Alcira* está situado en un rincon del portal, oculto á la simple vista; pero desde donde se vé perfectamente el umbral de la puerta.

Dan á este edificio el nombre de casa chica de Alcira, porque siendo propiedad del ducado de este título, y antigua morada de sus señores, forma el patrimonio del inmediato heredero al ducado.

Como todos los palacios de su clase en las casas de la grandeza española, es mas bien un monumento de pasadas glorias, que un teatro de las presentes; y suele ser el panteon de los empleados antiguos de la casa, cuyos diversos aposentos son otros tantos sepulcros de viudas y de jubilados.

Pero no es hoy ese el destino que tiene el palacio de la calle del Nuncio. El hermano del duque de Alcira le ha elegido para vivienda suya, y ya no ha quedado allí nadie mas que el portero. Las cincuenta y cinco familias que se albergaban en solo las habitaciones interiores del piso principal y en las del segundo, han salido de allí, distribuyéndose en otros varios edificios de la casa, gracias á la munificencia del duque, su señor.

El abad de Maqueda, solo con un ayuda de cámara, ocupa hoy el piso principal.

Las demás personas de su reducida servidumbre viven

en las habitaciones del piso segundo; y en la mejor de ella está un cura jóven, que es el capellan de la familia, y sirve de paje al abad de Maqueda.

La galería desde donde nos volvimos para decirle al lector el nombre y el destino del palacio de la calle del Nuncio, se estiende con regularidad en derredor de un gran patio cuadrado, en medio del cual hay una fuente de piedra, cuyo pilon está seco, y sin la menor señal de haber recibido agua en muchos años.

La yerba que ha crecido en el dintel de las diferentes puertas que se ven en el patio, es un indicio seguro de que no se han abierto hace mucho tiempo, y todo indica que es muy remota la fecha de haber pisado persona alguna aquel sucio pavimento.

Igual observacion puede hacerse en las puertas del piso principal, que se ven en la galería, á pesar del cuidado que puso el portero en sacudir las telas de araña que las cubrian cuando llegó allí el abad de Maqueda.

En uno de los ángulos de esa galería se vé un retablo mezquino, fijo en la pared; y delante de un cuadro, en cuyo lienzo seria difícil averiguar lo que pintó el artista, arde, trémula y avergonzada, una luz de aceite, dentro de un farolillo de vidrio sucio y opaco.

Al frente de este retrato se vé una gran puerta de dos hojas abiertas, que conduce á las habitaciones del abad de Maqueda.

Antes de pasar adelante, bueno será tomar la vénia del portero y reponernos de la angustia que nos ha causado la imperfecta descripcion que acabamos de hacer.

. . . . .  
Para que el lector diese crédito á lo que habrá oido decir de esos palacios de duendes, donde en las altas horas de la noche se oyen ruidos estraños y se siente el frio contacto de un poder invisible que nos detiene el paso y hiela el sudor de nuestro cuerpo, seria preciso que recorriese todo el

palacio de la calle del Nuncio momentos antes del crepúsculo vespertino.

Al asentar su planta sobre el pavimento del portal, oiria en las bóvedas un eco que remedaba sus pasos, y que rodando de unas en otras, llegaba á producir á la vez el ruido de muchas pisadas, que ora se acercan y ora se apartan, quedando atrás unas veces, y otras haciéndose oir delante como por encanto.

En la escalera le pareceria ver crecer y levantarse las sombras de los balaustres, proyectadas en diferentes direcciones por la escasa luz que á tales horas y por distintos puntos alumbraba la escalera.

Tambien aquellas bóvedas repetirian el eco de sus pisadas, que oiria cada vez mas fuerte y mas cercano cuanto mas se afanára por ganar los escalones.

Casi antes de poner el pié en los cláustros de la galería, oiria al extremo de ellas pisadas de personas que se le iban acercando, sin que lograrse verlas nunca, y un silbido melancólico y suave le saludaria al pasar por delante de las puertas.

El ruido de estas le darian á entender que todas pensaban abrirse para recibirle, y sin embargo todas permanecian cerradas.

Si se paraba á averiguar la causa de aquellos rumores, no oiria nada; y cuando quisiese avanzar á paso lento y sordo hácia las sombras, mayor seria el eco de sus pisadas; y al arrastrar de su planta le pareceria oir el murmullo de gentes que hablaban al extremo de la galería, y que suspendian su conversacion apenas se detuviese á escucharlas.

Solo el viejo portero, que habia aprendido á andar en aquellos cláustros, y que no habia dormido fuera de la casa ni un solo dia en los sesenta años de su vida, era el único criado de la casa capaz de recorrerla toda de noche, sin luz, ó lo que es peor aun, llevando en la mano una linterna.

Pero aun este hombre, al que cada piedra del edificio



le era tan familiar y tan conocida como los miembros de su cuerpo, se sentía bañado de un sudor frío cuando visitaba ciertos rincones del palacio en días de tempestad. Para bajar á los sótanos, cuando el viento azotaba los cristales de la galería, se santiguaba, y no cesaba de murmurar *Pater noster* y *Ave-Marias*, hasta que había desempeñado su comisión.

Se reía cuando oía decir que la casa estaba habitada por duendes; pero si él hubiera sido el dueño de ella, la habría tenido siempre llena de gente. Creía en la existencia de esos seres invisibles, y á menudo solía decirse á sí mismo que la ocasion hace al ladrón, y que en boca cerrada no entran moscas. Con lo cual indicaba perfectamente que no las tenía todas consigo de que algún duende eligiese para su morada la casa chica de Alcira.

Si él hubiera sabido que su nuevo amo era conocido con semejante apodo, hubiese abandonado quizá la portería.

Pero lo ignoraba, y por esto le vemos ahora condenado, como los dependientes del comercio en los mostradores, á ser figura de medio cuerpo la mayor parte del día, enseñando el busto á los entrantes y salientes.

Así estaba, y así continuó en el momento en que una berlina negra, tirada por dos caballos del propio color, turbó el silencio sepulcral de aquellos ámbitos, rodando sobre el portal, y parándose delante de la primera piedra de la escalera.

Era el carruaje de la casa, que había entrado allí, y sin embargo, el portero no se movió de su asiento, ni aun se descubrió la cabeza. Señal infalible de que ni su amo, ni ninguno de sus amigos, ocupaba la berlina.

Así era en efecto: la persona que bajó del carruaje, sin que el lacayo usara con él otra ceremonia que la de abrirle con mal modo la portezuela, era el ayuda de cámara del Duende.

El lector no tiene mas que hacer, sino seguir sus pasos, para ver á uno de los personajes principales de esta historia.

El ayuda de cámara del Duende, que, sirviéndose del coche de su amo ha debido llevar alguna comision importante de este, subió precipitadamente la escalera, sin cuidarse ni poco ni mucho del eco de sus pisadas; y el carruaje, que se retiró á la cochera, ensordeció la atmósfera, haciendo estremecer el edificio al rodar sobre el pavimento.

El criado cruzó asimismo ligero la galería, entrando por la única puerta que halló abierta en una antesala, cuyas paredes están cubiertas de lienzos de gran mérito, en los que no se vé pintada otra cosa sino batidas de perros y escenas de caza.

Al extremo de este salon, poco menos largo que uno de los costados de la galería, hay una mampara, vestida de damasco carmesí, y el ayuda de cámara la abrió, entrando en una sala, llena asimismo de cuadros, y adornada de muebles tan antiguos como el edificio.

Detrás de una mesa, cubierta hasta el suelo por un paño de damasco carmesí galonado de amarillo, estaba sentado un hombre como de cincuenta años, de rostro enjuto y gesto avinagrado.

No se movió de su asiento al ver entrar al ayuda de cámara, y este le dijo:

— ¿Está solo?

— Sí, — respondió secamente el portero de estrados, que tal es el destino de aquel hombre.

— ¿Tardó mucho en marcharse, despues que yo me fui, la marquesa de Santa Rita?

— No me acuerdo.

El ayuda de cámara, que era un hombre de cuarenta años escasos, y de semblante altivo, se mordió los labios, oyendo la contestacion del portero, y quiso disimular su enojo con una sonrisa, diciendo:

— La berlina negra tiene buen movimiento; pero hemos

ido por unas calles tan mal empedradas, que vengo molido.

—¿Ha llevado usted el coche del amo?—preguntó el portero asombrado.

—Sí,—contestó el ayuda de cámara.

—Le oí entrar en el portal; pero creí que habria venido en él el capellan.

—Seria la primera vez que sucediera semejante absurdo...—dijo el ayuda de cámara con tono despreciativo.

—No es la segunda que usted ha ido solo en el carruaje del señor... ¿Y qué ha sido ello?

—No me acuerdo,—contestó el ayuda de cámara, satisfecho de haber podido devolver al portero sus mismas palabras.

—Me importa menos ese secreto que á usted el de la marquesa de Santa Rita,—dijo el portero picado.

—¿Qué secreto?...—replicó el ayuda de cámara.—¿El de saber á qué hora ha tenido usted que incomodarse para abrir la mampara? ¡Pues tiene lances!

El portero le miró con ceño adusto, y el ayuda de cámara abrió una mampara vestida de damasco amarillo, y entró en el gabinete del Duende.

El raso azul que cubria las paredes de este aposento ofrecia un aspecto blanquecino, rastro destructor de la accion de los años, y la tela que cubria las banquetas habia asimismo entregado su color azul á la luz de la atmósfera, que en el trascurso del tiempo se le habia ido comiendo, como dice el vulgo. El resto de las banquetas era de caoba, con molduras doradas, ni mas ni menos que los sitiales que habia esparcidos en medio del gabinete.

A la derecha de la puerta de entrada habia una gran estantería de caoba, que se estendia á lo largo de la pared, llena de libros, y sobre ella se veian cinco bustos de mármol de otros tantos papas: San Dámaso, el rival del anti-papa Ursicino; Bonifacio II, que lo fué de Dioscoro; San Gregorio el VI, rival de Silvestre; Inocencio II, á quien

Pedro Leon, llamado Anacleto II, promovió cruda guerra, y Eugenio VI, rival del duque de Saboya, último de los antipapas: eran los cinco retratos que se veían sobre la librería.

Las cabezas, asimismo en mármol blanco, de los cuatro evangelistas, descansaban sobre otras tantas columnas de caoba en los ángulos de la sala.

Delante de la librería había una mesa de despacho, ocupada por grandes libros de teología, abiertos, y una escribanía de plata. En frente de la mesa una imagen de Nuestra Señora de la Concepcion, era el único lienzo que había en la sala.

Los huecos de los dos altísimos balcones que había en el gabinete estaban colgados de raso azul y amarillo, dando apenas paso por debajo de sus pabellones á una luz angustiosa y pálida.

Pero esto no impedía que frente á la puerta de entrada se viese otra, con una cortina azul medio corrida, detrás de la cual se ocultaban un altar embutido en la pared y un reclinatorio de nogal, sobre el que se veía un breviario abierto.

El altar se reducía á una meseta como la de las chimeneas francesas, sobre la que se alzaba un sencillo dosel carmesí, dentro del cual había un crucifijo de marfil y seis velas de cera apagadas en candeleros de plata, primorosamente cincelados.

El abad de Maqueda, á quien seguiremos llamando el Duende, estaba vestido con una riquísima sotana de raso morado; distincion episcopal, que solo podia usar en su abadía; donde, deber nuestro es decir, no se presentó nunca, ni los feligreses tuvieron por fortuna suya el gusto de conocerle.

Era la abadía una especie de patronato de la casa de Alcira, y llevaba el título de ella el individuo de la familia que abrazaba el estado eclesiástico; pero ordinariamente se

proveía en un sacerdote, con anuencia y por medio de un breve de Su Santidad.

El Duende, que, como sabe el lector, no observaba ninguna de las prácticas del sacerdocio, hacia mucho tiempo que no vestía el hábito talar.

Sobre la sotana, y colgado de los hombros, tenía un balandran de finísimo paño negro forrado de verde, con esclavina y mangas sueltas; un gorro morado, que casi tenía la forma de un solideo, y que remataba en una bellota de oro, cubría su cabeza; y el resto del traje le formaban unas medias del mismo color que la sotana, y babuchas moradas.

Cuando entró allí su ayuda de cámara estaba vuelto de espaldas á la puerta de entrada, con el dedo pulgar de la mano izquierda en los labios, y el codo apoyado sobre el brazo derecho.

El ruido de la mampara le hizo salir de su distraccion, y volviéndose á ver quién entraba allí, dijo:

—¿Llegaste á tiempo?

—Sí, señor.

—¿Cuando nos dejan los autos?

—Mañana á las diez.

—¿Por mucho tiempo?

El criado se encogió de hombros, y el Duende le dijo:

—Sería la primera cosa que hubieses hecho bien desde que estás conmigo.

—Como vucencia me dijo...

—Silencio... ¿Has visto á doña Inés?

—No, señor, porque no permiten la entrada á nadie.

—¿Pues cómo?—dijo el Duende, acercándose al ayuda de cámara.

—Porque dicen que es tanta la gente que iba á verla, que ha mandado el juez que no entre nadie hasta consultar al gobierno.

El Duende se sonrió, y de repente abrieron la mampara, entrando allí el portero de estrados.

—¿Qué hay?—dijo con tono áspero el Duende.

El portero, sin inmutarse, anunció con voz solemne:

—Don Romualdo Espino.

—¡Don Romualdo!—repitió el Duende, como queriendo recordar este nombre.

—Es un cura,—repuso el portero.

—Que no se detenga el padre Romualdo,—dijo el Duende.

E hizo seña al ayuda de cámara para que se retirara con el portero.



## CAPITULO LXI.

**El padre Romualdo y el Duende.**



Los breves instantes que el confesor del conde de San Fabian se detuvo en la antecámara del palacio de la calle del Nuncio le sirvieron para componer su semblante y tranquilizar su espíritu, que al entrar allí parecia traer algo agitado.

El portero creyó que el exclaustrado habria subido precipitadamente la escalera, y que esta era la causa de la agitacion con que se acercó á preguntarle por su amo.

Este, que tambien se habia inmutado al oir el nombre del padre Romualdo, se tranquilizó al momento, y acercándose al dintel de la puerta, le recibió con una sonrisa maligna, que el fraile pagó con otra no mas sincera y espontánea.

Pero en el rostro colorado y robusto del padre Romualdo asentaba mejor esa muestra de bondad y de dulzura, que en el semblante amarillento del dueño del palacio.

En los encendidos lábios del fraile era la sonrisa una espresion natural y que podia tenerse por espontánea; en la boca repugnante y lívida del Duende era un adorno pos-

tizo, que hacia mas horrible el ordinario aspecto de su rostro macilento y enjuto.

Desde que se suprimieron las órdenes religiosas, pocas veces habia vestido el padre Romualdo la ropa talar, y esta era una de ellas. En casa del conde de San Fabian, y en la de don Lorenzo, recordará el lector haberle visto con traje de seglar. La sotana y el manteo le eran familiares, porque habia poca diferencia entre estas prendas y la del hábito de su orden; pero el sombrero de teja y el alzacuello eran dos *muebles* incómodos, como él decia, á que no se acostumbraria jamás.

En lo del alzacuello tenia mucha razon el exclaustrado. Su sobrebarba, libre de todo obstáculo, habia crecido á su antojo, y no se avenia á verse encerrada en el collarin. Le sucedia en esto lo que á las mujeres que abandonan su cuerpo todo el año, y quieren luego encerrarle un dia determinado en una coraza de ballenas. Terciábase muy bien el manteo, y con el sombrero debajo del brazo entró en el gabinete del Duende, haciendo una profunda reverencia.

El Duende inclinó la cabeza con respetuosa gravedad, y brindó al religioso uno de los sitios que estaban al redor de la mesa, cogiéndole por sí propio el sombrero, á pesar de los esfuerzos del fraile.

Este permaneció de pié delante del sitio hasta que se hubo sentado el Duende, y advirtiéndole que se habia descubierto la cabeza al verle, le dijo:

—Hágame vuecencia el obsequio de cubrirse.

—Estoy como debo, —replicó el Duende; —pero ruego á usted que suprima el tratamiento... de lo contrario...

—A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, —interrumpió el fraile. —El hermano de vuecencia ha muerto sin hijos, y yo no conozco otro duque de Alcira...

—Desde que abracé el estado eclesiástico no soy sino un humilde sacerdote, y le suplico á usted que no me trate nunca sino como el mas indigno de sus compañeros.

—Sea como usted guste, —repuso el padre Romualdo, mirando con estraña curiosidad al Duende.

Este se entretenia en atusar las borlas de seda negra que pendian del cuello del balandran, arqueando las cejas, sin alzar los ojos del suelo, y el fraile añadió:

—Dias há que tenia pensado venir á ver á usted para hablarle de un asunto, de que le considero ya impuesto con solo haberle anunciado mi visita.

—¿Se trata del fallecimiento del señor Vargas? —dijo el Duende. —Murió como un verdadero cristiano... Yo tuve la dicha de pasar por delante de su casa en el momento en que un sacerdote era la única persona que podia procurarle algun consuelo; la enfermedad le habia herido de muerte; así me lo dijo el médico al entrar allí.

—Yo le habia recibido la confesion de sus culpas aquel mismo dia, antes de acometerle el accidente, —dijo el padre Romualdo.

—Lo sé, —repuso el Duende; —el pobre señor no tuvo nada que añadir, y le aseguro á usted que dejó este mundo arrepentido y contrito.

—La última declaracion que hizo debió afectarle mucho, —dijo el fraile con hipocresia.

Y sus palabras desconcertaron al Duende, que alzó rápidamente la vista, y se encontró con la del padre Romualdo; pero acostumbrado á no retratar en su semblante el sobresalto de su espíritu, se tranquilizó al momento, y con aparente ingenuidad, dijo:

—No sé nada de esa declaracion, ni aun me ocurrió preguntar si tenia hecho testamento... Pero supongo que sí, porque, como hacia tanto tiempo que estaba enfermo...

—Lo tenia hecho desde antes que muriese su esposa doña Margarita Cáceres, —repuso el fraile con marcada intencion.

—¡Mi pobre sobrina! —esclamó el Duende, dejando á su vez desconcertado al fraile.

—¿Era sobrina de usted la madre de doña Eugenia?

—¿Era su hija de confesion? —replicó el Duende.

—Sí... lo fué poco tiempo antes de morir.

—En ese caso, ya sabrá usted algo mas de lo que yo pueda decirle.

—Yo la conocí con el nombre de Cecilia Eguren...

—¿Pero le dijo á usted que su verdadero nombre era el de Margarita Cáceres, sobrina del abad de Maqueda, con quien vivia en París cuando se casó con don Lorenzo?

—Me dijo algo mas, —interrumpió el fraile con intencion.

—¡Lo creo! —esclamó el Duende. —Pero eso pertenece al secreto de la confesion, y usted, como buen sacerdote, sabrá callarlo... Yo lo sé por mi desgracia, y sufro mucho al recordarlo... Por grandes que sean las faltas de una persona con quien nos unen vínculos estrechos de parentesco, no podemos aborrecerla nunca.

—Eso mismo decia la pobre Margarita, —replicó el fraile, —y murió perdonando á todos sus enemigos.

El Duende movió la cabeza tristemente, como si sufriera oyendo lo que decia el padre Romualdo, y le dijo:

—Hablemos de otra cosa cualquiera... Me hace mucho mal recordar la existencia de mi desgraciada sobrina... El Señor habrá tenido compasion de sus culpas.

—Sin embargo, —repuso el fraile, —es preciso que hablemos de ese asunto, porque á la muerte de don Lorenzo debia yo haberme entregado de unos papeles que, en gran parte, están en poder de usted.

Una sonrisa de lástima fué la única contestacion que dió el Duende á las palabras del padre Romualdo, y este añadió:

—Así lo declaró don Lorenzo...

En el semblante del Duende brilló una alegría diabólica al oír esa réconvencion, y dijo: —

—¡Con que don Lorenzo declaró que yo tenia unos pa-

peles!... Pues yo le suplico á usted que traiga la declaracion, y veremos qué papeles son esos, porque yo no tengo noticia, y quisiera entregarlos al punto.

—Don Lorenzo no dijo que usted los tuviera, sino que estaban en una caja de marfil.

—Pues allí estarán...

—Faltan algunos...

—¿Usted sabia cuántos eran los que debia haber en la caja? — preguntó el Duende, procurando disimular su turbacion.

—Sí, señor, — repuso el fraile, — y faltan precisamente los mas importantes.

—¡Qué lástima! — exclamó el Duende. — ¿Y no sabe su hija quién podrá tenerlos?

El padre Romualdo miró con atencion al Duende, y despues de un momento de silencio, le dijo con energía:

—Conmigo, señor abad de Maqueda, es inútil el fingimiento... Cuando por orden de usted fué estraida la caja de casa del señor Vargas, se ocultaron ciertos documentos, entre ellos la partida de bautismo del jóven don Fernando Vargas, que acredita no ser hijo de su sobrina de usted, sino de una señora con quien debió haberse casado don Lorenzo.

El Duende le miró con insolente descaro, y el fraile añadió:

—Entre nosotros son escusadas ciertas reservas.... Si tiene usted algun interés en ocultar esos papeles, puede decirmelo, y lejos de descubrirle, si no hay perjuicio de tercero...

El Duende se obstinaba en guardar silencio, revelando, á pesar suyo, el mal reprimido furor que le devoraba, y el padre Romualdo, que, como habrá conocido el lector, no era tan sagaz como su antagonista, tuvo la desgracia de interpretar aquel silencio favorablemente, y dijo:

—¿Nada responde usted á lo que le acabo de decir?

¿Cree usted, por ventura, que yo tengo interés en proteger á esa jóven hermana de la Caridad?... ¿Qué piensa usted?... Veamos.

—Estoy pensando, —replicó el Duende, — que la revolucion les quitó á ustedes los hábitos, pero les dejó la audacia.

—No sé, —añadió con refinada hipocresía, —si el que me habla es un ministro del Dios de verdad y de justicia, ó un especulador intrigante y artificioso, que pretende jugar con lo que hay de mas sagrado en el mundo: la honra de las familias.

Las palabras del Duende trastornaron de tal modo al padre Romualdo, que, á pesar de las noticias que tenia del abad de Maqueda por la confesion que, *in articulo mortis*, le habia hecho su propia sobrina, temió haberse escedido suponiéndole capaz de las maldades de que le acusaban generalmente todos.

Sor Clotilde le habia dicho al entregarle la caja de marfil, y reconvienrila porque faltaban los principales documentos, que el abad de Maqueda la habia tenido en su poder, y que los habria estraído; y, sin embargo, sentia el fraile haber acogido esa sospecha.

Largo rato estuvo con los ojos bajos y el rostro encendido, sin atreverse á replicar una sola palabra, y el Duende, que no deseaba tenerle por enemigo, sino únicamente amedrentarle para disponer de él mas á su antojo, cambió de tono, y le dijo:

—Yo sé muy bien que lo que usted acaba de decirme no es obra suya. Otras personas le habrán dado la comision de humillarme de ese modo... pero ¡cómo ha de ser! el Señor lo quiere así; cúmplase en buen hora su santa voluntad.

El padre Romualdo cobró algun valor con las últimas palabras del Duende, y queriendo salir pronto de dudas, trató de tomar su vénia para retirarse de allí.

Pero el Duende, que aun no habia logrado averiguar lo que deseaba, se apresuró á decirle:



— Conozco que me he escedido en mis reconvenciones, y ruego á usted que me dispense si en algo le he ofendido.

— Yo soy, por el contrario, — repuso el padre Romualdo con sarcasmo, — quien ha ofendido á usted, y por eso me retiro... El fraile intrigante y audaz no puede estar mas tiempo al lado del amigo del señor duque de Mont-Marsan.

— El amigo del duque de Mont-Marsan, — repitió el Duende, reprimiendo su cólera, — fué completamente extraño á la seducción de su sobrina.

— Me lo ha dicho sor Clotilde, — replicó el fraile, volviendo á recobrar el imperio que creyó tener sobre el Duende al empezar la conversacion.

— ¿Es usted el confesor de esa virtuosa prelada? — dijo el Duende con acento de cólera mal reprimida.

— No, señor.

— Lo siento, porque le rogaria á usted que la absolviese de haber causado la deshonra de su amiga, y de haberle robado mas tarde á su hija.

— Ignoro sus culpas; pero si tuvo la debilidad de consentir en aquellas maldades, hoy sirve de madre á esa misma criatura.

Las reconvenciones del padre Romualdo iban trastornando al Duende, que habia pensado poderle dominar completamente, creyéndole, lo que era en efecto, un fraile de poco mas que *de misa y olla*, como se dice vulgarmente. Pero el fraile, que no podia prevenirse contra una acusacion repentina, como la que le hizo el Duende, era, por otra parte, bastante astuto para aprovecharse de la superioridad que iba alcanzando con sus palabras, y devolverle la humillacion que habia sufrido.

Así fué que, lejos de abstenerse de hablar por miedo de una nueva derrota, continuó usando el tono sarcástico, sin reparar en la bilis que asomaba al semblante del Duende.

Verdad es que la escasa luz que habia en la habitacion favorecia los designios de ambos. Si hubieran podido exa-

minarse mutuamente sus rostros, de seguro no habrían retardado el momento de ponerse de acuerdo.

—¿Y cree usted,—dijo el Duende, disimulando su turbacion,—que el hermano de Eugenia no es hijo de mi sobrina?

—No lo creo, lo sé; y la partida de bautismo que estaba en la caja es una prueba concluyente.

—¡Lástima que se haya perdido!

—No tal; parecerá...

—Es claro: sabiendo buscarla...

—¿Quién no sabe ir á la calle del Sauco, número 2?—dijo el padre Romualdo con marcada intencion.

—¿Cree usted que está allí ese documento?

—Están las gentes que lo robaron, y es lo mismo.

—En ese caso,—dijo el Duende sonriendo,—no hay mas que ir allá.

—Seguramente,—contestó el fraile, despechado de ver que sus palabras no bastaban á intimidar al Duende.

Este, sin alzar los ojos del suelo, y con una sonrisa maligna que daba á su semblante un aspecto siniestro, replicó:

—Esa actividad le honra á usted sobremanera; hace vuesa paternidad un excelente escribano de diligencias.

—Cuando otros sacerdotes ejercen el odioso oficio de fiscales, bien podemos los demás hacer de abogados defensores.

—La inocencia no necesita que la defiendan... triunfa por sí sola...

—Tiene usted razon; debajo de la gloria del justo está el infierno del pecador.

—Está usted demasiado bíblico, padre,—repuso el Duende.

—No era ese mi objeto al venir aquí.

—Pues esplíquese usted; ¿cuál era?

—Informarme de la declaracion que hizo al morir don Lorenzo.

— Su hija lo sabrá,—repuso con tranquilidad el Duende.

— Su hija no sabe nada... yo soy el que lo sé.

— Pues en ese caso se ahorra usted preguntarlo.

— Yo no pregunto si hizo declaracion, sino qué fué lo que dejó declarado,—replicó el fraile, cada vez mas sobre sí.

— ¿Y á quién se lo pregunta usted?

El padre Romualdo miró al Duende con sonrisa burlesca, y le dijo:

— Se lo pregunto al dueño de la pluma de plata que habia sobre la cama del difunto.

Si la oscuridad del gabinete no hubiera sido tanta, la fisonomía del Duende hubiese indicado al fraile que su triunfo era completo; pero bastante pudo comprender por el aturdimiento y la precipitacion con que le preguntó:

— ¿Quién tiene esa pluma?

El fraile no se dió prisa á contestar, y cuando el Duende repitió la pregunta, le dijo con calma:

— Yo... no sé... Se la llevaria alguna de las vecinas que entraron allí... Yo dije que le laváran los dedos al difunto, porque los tenia manchados de tinta... y nada mas.

— ¿Pero vió usted la pluma?...—dijo el Duende con inquietud.

— Soy el único que la ha visto,—repuso el fraile, tratando de imponer al Duende.

Y este, que sentia haber dejado conocer su sobresalto, dijo:

— Al pobre enfermo le engañaban los deseos... bien me lo dijo el médico, que le duraria muy poco el intervalo de lucidez... Apenas cogió la pluma en la mano perdió el sentido y murió.

— ¿Sin poder firmar?—dijo el fraile.

— Sin poder escribir,—replicó el Duende.—Y yo, con el dolor de ver aquella tristísima escena, me dejé olvidada la pluma... Y lo siento, porque era regalo que me hizo al morir un prelado muy virtuoso.

—Ví sus iniciales grabadas sobre el mango,—dijo con aparente credulidad el fraile.

—Aquellas iniciales son las mías,—replicó con energía el Duende.—Las hice grabar despues de morir el prelado.

—¿Con que, en resumidas cuentas, usted no sabe qué fué lo que declaró el señor Vargas?—dijo el fraile, alzándose del asiento.

—No declaró nada, al menos en mi presencia,—repuso el Duende.

—¿Ni tiene usted noticia de los documentos que faltan en la caja?

El Duende guardó silencio por algunos momentos, y viendo que el fraile se decidia á marcharse, le dijo:

—¿Se retira usted ya?

—Sí.

—Hágame usted el obsequio de acompañarme á tomar chocolate, y hablaremos despacio de ese negocio.

—Es ya muy tarde,—replicó el fraile,—y no acostumbro á andar de noche por las calles.

—Tendré el gusto de que mi carruaje le lleve á usted á su casa.

—¡Si usted se empeña!..—dijo el fraile, y tomó asiento de nuevo.

El Duende tiró del cordon de la campanilla, y al presentarse el portero le dijo:

—Luces, y que nos hagan chocolate y agua de naranja.

Despues, volviéndose al fraile, añadió:

—¿Acostumbra usted á tomar alguna otra cosa?

—No, señor... es precisamente mi refresco ordinario... Un cuartillo de agua de naranja y una jícara de chocolate con bizcochos...

—Con bizcochos,—repitió el Duende sonriendo, y dirigiéndose al portero.

—Así se puede fumar luego un cigarro.

—Los tengo escelentes,—repuso el Duende.—Y tam-

bien yo estoy acostumbrado á ese refresco, porque, como he tenido tanto trato con los frailes...

—Es cosa sabida,—replicó el padre Romualdo riendo.—Los frailes y los guardias de Corps eran los principales consumidores del soconusco; por eso nos llamaban *chocolateros*.

El portero salió del gabinete, y aguardando su vuelta hablaron el Duende y el padre Romualdo de cosas indiferentes.

## CAPITULO LXII.

### Los secretos del chocolate.

Para comprender la escena que pasó entre el padre Romualdo y el Duende, se necesita un conocimiento que los críticos tacharán de vulgaridad risible, y que los lectores tendrán por fabuloso cuando menos. Valor se necesita para sostener nuestra idea, conociendo la oposicion que ha de sufrir por los unos y por los otros. Seguramente que no tendríamos suficiente fé para hacerlo así, si una observacion detenida y constante no nos hubiera dado la certeza de lo que vamos á decir. Por otra parte, y aunque no pudiera asentarse como regla general, el lector nos hará la justicia de creer que, en el caso presente, sucedió tal cual lo vamos á referir.

Y para que de una vez se rian los criticos y los lectores, les diremos que el conocimiento que reputamos por indispensable, ó útil cuando menos, para entender la entrevista del Duende con el padre Romualdo, es la influencia del chocolate en los frailes.

Así como los soldados ingleses se emborrachan para entrar en accion, los franceses se aturden los oidos con los ecos marciales de himnos patrióticos, y los portugueses



multiplican por cuatro el número de sus ginetes para creerse superiores en fuerza numérica á sus contrarios, así un fraile necesita sorber dos onzas de chocolate, en compañía de una persona, para adquirir confianza y espontanearse.

De nuevo repetimos que esto parecerá una paradoja, aun á los que saben que Jovellanos se proponía gobernar á los españoles con solo *pan y toros*; pero de nuevo decimos también, que, si no es exacto generalmente hablando, lo fué en el caso á que nos referimos.

El mismo abad de Maqueda, que hizo servir el refresco al reverendo, ignoraba quizás toda la influencia del soco-nusco, del agua de naranja y del humo del tabaco; pero como su sagacidad era tanta, le fué fácil aprovechar los efectos del convite.

Sin embargo, preciso es confesar que en este obsequio habia alguna inteligencia, porque es seguro que si el convidado hubiese sido un inglés le habria servido un té, y no hubiera omitido un plato de *polenta* en el festin de un italiano.

Es indudable que los alimentos á que estamos acostumbrados tienen en nosotros la misma influencia que los demás hábitos y afecciones, y que si es fácil ganar la amistad de un fumador con un buen cigarro, y el aprecio de un bebedor con una botella de vino añejo, no puede ser imposible obtener las simpatías de un fraile con una jicara de chocolate.

Estamos persuadidos de que, en circunstancias determinadas, esto es, cuando el fumador ha estado privado por algun tiempo del tabaco, y el bebedor del vino, nadie nos negará la posibilidad de lo que decimos, y que, no sucediendo lo propio en el caso presente, podrán recusarnos el ejemplo; pero nosotros diremos que contra los hechos enmudecen las teorías, y que lo que se cuenta en este capítulo es original y cierto.

Y si despues de estas observaciones aun pretenden te-

ner razon el lector y el crítico, no insistiremos mas en decir que lo que sucedió fué por influencia del chocolate; pero sí afirmaremos y afirmamos que sucedió lo siguiente.

Hablando de cosas indiferentes al asunto principal de la entrevista, pasaron el fraile y el Duende los breves momentos que tardaron los criados en cumplir las órdenes de este último.

El portero de estrados puso sobre la mesa de despacho una lámpara encendida, con pantalla verde; cerró las maderas de los balcones, y se retiró para abrir la puerta á un lacayo portador del refresco.

Sobre una mesita ovalada, de las que los ingleses llaman mesas de té, colocaron los criados una bandeja con cuatro vasos grandes de agua de naranja, y dos jícara de chocolate.

Otra mas pequeña vino llena de bizcochos y bollos de diferentes clases.

El Duende hizo una seña á los criados para que se retiráran, y volvió á quedarse solo con el padre Romualdo.

La fisonomía del fraile nos hubiera ahorrado del preámbulo de este capítulo, á ser posible que el lector la hubiese examinado. Los preparativos que hizo para acercarse á la mesa del refrigerio, serian el complemento de nuestro mayor deseo.

Enganchada la servilleta por una punta, entre el alzacuello y la sotana, cubrió la parte de esta, que el tabaco rapé no tenia muy limpia, y se puso en pié, mirando con inquietud por todos los rincones del gabinete.

—¿Qué busca usted?—le dijo el Duende.

—Nada,—contestó el fraile, retratando en su semblante una alegría mayor quizá que la de Santo Tomás cuando acabó de escribir los libros de *la Summa*.

Y cogiendo por sí propio, y con gran cuidado, la mesita, la acercó á una de las banquetas de raso azul, donde el reverendo quedó reverendamente sentado.

— Perfectamente... — añadió al sentarse; — esto ya es otra cosa... Estos sillones son muy altos, ó la mesa demasiado baja, y es preciso conciliarlo todo.

— ¿Quiere usted otro sillón mas bajo, ó una mesa mas alta? — dijo el Duende sonriendo.

— No, señor... así estoy muy bien... Parece que estos muebles se han hecho el uno para el otro; pero pueden traerlo para usted si gusta.

— Yo estoy acostumbrado á estos sillones, — replicó el Duende, acercando uno de ellos á la mesa del refresco.

— Mal hecho... hay que bajar demasiado la cabeza, y no aprovecha la comida... Yo soy muy escrupuloso en este punto, y cuando puedo estar mejor, no me gusta estar bien solamente... Decía un guardian que tuvimos en nuestro convento (murió el pobre de una apoplejía cenando), que el chocolate era una de las cosas que debían tomarse con mas reposo... y tenía razón. Yo no sé en qué consiste; pero no saboreándolo bien, hasta es una bebida desagradable.

— Yo soy de la misma opinion que el difunto guardian, — dijo el Duende, disimulando perfectamente la risa que le retozaba en el cuerpo, á pesar de su carácter sombrío y de lo preocupado que estaba con el asunto que traía entre manos.

— Es exactísimo, — replicó el fraile.

Y arrellanándose bien en el asiento, después de haber aflojado el cordón del manteo, y recogido este para que dejara holgados y libres los brazos, cogió con ambas manos uno de los vasos del agua de naranja, y en dos sorbos le dejó vacío.

En seguida, y acercándose una de las jícaras de chocolate, de poco menos cabida que medio cuartillo, con la mano derecha sobre la batea de los bizcochos, y el rostro radiante de alegría, dijo:

— Sabe bien la naranja, y se conoce que estamos en

casa donde el azúcar se tiene por junto, porque está dulcecito y bueno.

—Beba usted mas, —dijo el Duende.

—No, señor; un vaso y basta... porque me estragaria el estómago... Cada uno de estos hace mas de un cuartillo... Ya se vé,—añadió lleno de gozo,—son dignos compañeros de estos jicarones de chocolate... que, á decir verdad, son de los mayores que he visto... El refitolero que fué de mi convento llama *púlpitos* á los míos; pero no son tan grandes como los de usted.

—Yo soy muy chocolatero, —dijo el Duende, deseando ganarse á tan poca costa la confianza y las simpatías del padre Romualdo.

—Una jicara de chocolate bien hecho, —replicó el fraile, —es lo que hay que tomar... y este es exquisito... No lo he tomado tan bueno desde que murió un consejero de Indias, á cuya casa solia ir por las tardes.

—Si le gusta á usted, me tomaré la libertad de enviarle una tarea, —repuso el Duende.

—Sí que me gusta; pero no quiero abusar de la bondad de usted...

—¡Qué disparate!... —dijo el Duende.—Una tarea de chocolate y un cajon de cigarros se admiten sin ceremonia de toda clase de personas.

—Pues, señor, nos dejaremos querer... y ya que usted insiste... muchas gracias.

El Duende le acompañaba, al parecer, con repugnancia, á tomar chocolate, y deseando aprovechar la ocasion en que el fraile andaba saltando la vista de uno en otro bizcocho, y bañándolos con placer en aquel lago de chocolate, le dijo:

—¿Y usted ha visto ya á doña Eugenia, despues de la muerte de su padre?

—Dos veces,—contestó el fraile, sin alzar la vista de la jicara.—Como yo sabia que al morir su padre me dejaba

encargado de abrir la caja de marfil, y de recoger esos documentos, no paré hasta que logré verla, y tuve que dirigirme á casa de la señora condesa de Baza, que es donde la trasladaron por el pronto.

—¿Ya no está allí?

—No, señor... Como vino su hermano aquel mismo día, viven juntos los dos.

—Se pondría muy contenta Adelaida cuando usted la dijo quiénes eran sus padres.

—Yo no la he dicho nada aun,—repuso el fraile, sin conocer que esa era la contestacion que deseaba el Duende.—Necesito primero examinar muy despacio los documentos, porque don Lorenzo dispuso que se revelára el secreto á su muerte, sin consultar entonces otra cosa mas que su honra; pero ahora está en mí el atender á la de otras personas que pudieran hallarse aun en ese caso.

El Duende se sorprendió al oír las palabras del padre Romualdo, y alzó los ojos para examinar si eran sinceras; pero le vió con la cabeza caída sobre el pecho y la vista fija en el ardiente caldo americano, y no pudo adquirir una certeza de lo que ya empezaba á sospechar; esto es, que el fraile pudiera ser el mas dócil de sus instrumentos contra las hermanas de la Caridad.

La conversacion que habian tenido al llegar allí el fraile, le hacia desconfiar de lo que estaba oyendo, y temia que una credulidad imprudente le convirtiese en víctima, de quien, por su escasa capacidad, y por otras razones que están al alcance del lector, podía ser verdugo.

El reverendo no se apercibió de las dudas del Duende, que, á pesar de su sagacidad, se retrataban en su semblante, y cuando fué á levantar la jicara para sorber el resto del chocolate, dijo riendo:

—No ha quedado ni una gota... insensiblemente lo he sacado todo á pulso...

—¿Quiere usted que le traigan mas?

—No, señor... Ahora lleno la jicara de agua clara, y es el mejor plus chocolate que se conoce... Fumaremos un cigarro, y punto concluido... Serán las seis, y ya estoy despachado hasta las ocho, que es la hora de la cena... En las comidas sigo la regla de nuestro santo fundador: no las he alterado ni un solo día.

El Duende tiró del cordon de la campanilla, y al entrar allí el lacayo, le dijo:

—Llévate eso y trae cigarros.

El padre Romualdo tendió la mano á la batea de los bizcochos, y cogió un bollo, diciendo:

—Soy como los muchachos... En no acabando de comer con un pedazo de pan ó de bollo seco, se me figura que no he comido.

—¿Quiere usted que dejen aquí la bandeja?—dijo el Duende, sin acertar á disimular la risa.

—No, señor; ya tengo bastante... En chanza, en chanza, he comido mas de media libra de bizcochos y un cantero de panecillo.

—Pues trae los cigarros,—volvió á decir el Duende.

El lacayo obedeció las órdenes de su amo, y en una bandeja de plata presentó al fraile una docena de cigarros imperiales.

—Estos tienen dos años encerrados en la caja,—dijo el Duende.—Son los que yo fumo; si usted los quiere mas frescos, tambien los háy.

—No... son escelentes,—replicó el fraile;—pero demasiado largos... Partiré uno.

—¿Para qué?

—Porque me cansaria si lo fumase entero.

—Pues cuando usted se canse, lo tira.

—Es una lástima.

—No importa.

El padre Romualdo movió la cabeza con satisfaccion, y el Duende hizo seña al lacayo para que saliera, diciéndole:



—Mañana llevarás á casa de este señor una caja de las de regalia, otra de las de dama y otra de estos.

El lacayo inclinó la cabeza, y salió del gabinete.

—Está visto, señor abad, —dijo el padre Romualdo, dando por primera vez este nombre al Duende, —que no se puede elogiar nada de lo que tiene usted aquí, sin que...

—¡Eh! No hablemos de esa bagatela, —interrumpió el Duende.

—Pero sobre el asunto de que antes nos ocupábamos, —repuso el fraile, volviendo, por mayor comodidad, á sentarse en el sillón de brazos, y aflojando la cinta del alzacuello para dar libertad á la barba. —Volviendo á ese asunto, yo le diré á usted lisa y llanamente lo que hay en él... A mí me dijeron, personas que no hace al caso nombrar aquí, que usted habia tenido encerrada á Adelaida en una torre mucho tiempo, y que, mas que como tío de su difunta madre, la habia tratado como un padrastro... Yo, ya se vé, como no tenia el gusto de conocerle, y solo le habia visto un momento el dia de la muerte del padre de Eugenia, ni creí ni dudé de lo que me decian... Luego, como de los papeles que habia en la caja, faltaban los principales, y me aseguraron que usted los tenia, vine hoy aquí... la verdad... decidido á exigirle una explicacion de todo.

El semblante del Duende se cubrió de gozo, como que ya consideraba segura la presa del fraile, y replicó con afectada hipocresia:

—Ni es usted la primera persona que ha dudado de la rectitud de mis intenciones, ni soy el único hombre contra quien se han inventado calumnias groseras y fábulas denigrativas...

—Yo no he dudado de usted... —se apresuró á decir el padre Romualdo.

—Es igual, —dijo el Duende; —no pienso tampoco sacar á usted de su error... Unicamente le haré una confe-

sion que no puede hacerse á todos... pero usted es una persona muy ilustrada, y podrá comprenderla.

—Por supuesto, —repuso el fraile.

—Creo que podré confiarle...—dijo el Duende.

—Sí; diga usted.

—El cielo quiso que yo naciera el segundo de mi casa, y la costumbre establecida en ciertas familias me obligó á recibir la primera tonsura antes de tener uso de razon. Mas tarde no pude tampoco impedirlo. Contra mi voluntad me hallé en el estado eclesiástico, y los pocos años me hicieron no guardar el decoro debido á un ministerio que habia abrazado á la fuerza... De mis locuras de jóven tomaron pretesto muchas gentes para calumniarme... Hé aquí todo el fundamento de cuanto habrán dicho á usted.

El Duende bajó los ojos al terminar estas breves palabras, y el padre Romualdo, cuyo semblante soñoliento revelaba hallarse poco mas ó menos en la misma situacion que despues de la comida con el conde de San Fabian, dijo con voz balbuciente y torpe:

—Ya he dicho á usted que nada he creído, y para darle una prueba, quiero manifestarle lo que hay en ese negocio.

—Yo le suplico á usted que no me diga nada,—replicó con viveza el Duende...—y únicamente le ruego que ya que don Lorenzo le dejó encargada la tutela de esa jóven, no la abandone... A pesar de lo ocurrido, me es imposible olvidar que es hija de mi sobrina.

—A mí no me dió semejante encargo el difunto, y mi comision estaba cumplida revelándola el nombre de sus padres; pero hasta esta noticia es inútil.

—¿Pues cómo?...—dijo el Duende sobresaltado.

—Delante de mí, y antes de morir don Lorenzo, se lo descubrió el conde San Fabian.

El Duende se mordió los lábios, y el padre Romualdo añadió:

—Fué una imprudencia por parte del conde; y la prueba es que aquella misma tarde se escapó con la superiora de las hermanas de la Caridad, á quien usted debe de conocer.

—Sí... es Clotilde... ¡Dios ha querido que no vuelva á verla desde la deshonra de mi sobrina!

—Pues ahora viven juntas, y no piensan, á lo que creo, volver al Hospital... Me han dicho que dejaban el hábito... Siempre he tenido poca fé en la virtud de esas beatas.

—Sin embargo,—replicó el Duende,—es una institucion muy útil á la humanidad.

—Hay de todo.

—Yo las venero, y creo en su virtud,—dijo el Duende.

—Yo tambien las respeto; pero repito que hay de todo.

La alegría del Duende era cada vez mayor por el lenguaje del fraile, y satisfecho al ver la espontaneidad con que le daba cuenta de todo, le preguntó:

—¿Ha hablado Clotilde con usted de su salida de la corte?

—No, señor... es un asunto que de intento no he querido tocar al hablar con ella. Además, que no la he visto sino una sola vez desde que murió don Lorenzo, que fué cuando me dió una limosna para misas... La caja me la entregó Adelaida, contra la voluntad de doña Clotilde... y cuando fui el otro dia á decirla que faltaban algunos papeles de los que habia dicho don Lorenzo, una vieja, que siempre está allí, me dijo... lo que le conté al empezar nuestra conversacion: «que de órden de usted se habia estraído la caja del cuarto de Eugenia.»

—¡Tiene razon!...—esclamó el Duende.—Eso y otras muchas cosas se las debo á doña Inés Montilla.

—¿Con que tiene usted esos papeles?

—No, señor... pero creyendo esa mujer hacer un favor á Adelaida, hizo robar la caja... y aunque yo se la mandé entregar al escribano de la causa...

—Ese me ha dicho; que la rescataron por medio de un escribano, —dijo con ingenuidad el fraile.

—¡Pues!... ¡Como que yo me asusté de lo que habia hecho doña Inés! Por eso dirán que sustraje algunos papeles...

—Así son todas las cosas...—replicó el fraile, haciéndose una cruz sobre la boca, que ya no era la primera vez que se le abría. Pero ¿quién tendrá los papeles? —añadió.

—No sé, —dijo el Duende.

—¿Los habrá sustraído Adelaida?—preguntó el fraile.

Nada respondió el Duende; pero se sonrió, como si quisiera afirmarlo sin contraer responsabilidad, y el padre Romualdo añadió:

—Ellas son las que los tienen, no hay duda; ya me extrañaba yo que de *motu proprio* me diesen la caja, diciéndome que no la habían abierto... ¡Mujeres, y no ser curiosas! Imposible... Pero no comprendo qué interés tengan en engañarme, porque al cabo y al fin á mí poco me importa.

—Ellas lo harán tal vez, —dijo el Duende con aire de sencillez, —porque, como Adelaida está enamorada de Fernando...

—¿Y ha de temer que un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto la diga que no quiere casarse con ella, siendo hoy heredera de una inmensa fortuna y de uno de los primeros títulos de Francia?

—No será eso; sino que, como don Lorenzo les tenia dicho que su matrimonio era imposible... no diciendo que son hermanos...

El padre Romualdo se horrorizó de la suposición del Duende, y á pesar de su estado soñoliento, dijo:

—¿Y creería usted á esa jóven capaz de cometer á sabiendas tamaño crimen?... Y no puede ser lo que usted dice, porque precisamente uno de los documentos que debieron de hallar en la caja es la partida de bautismo que acredita que Fernando no es hermano de Adelaida...

—Así se lo dijo á usted don Lorenzo...—repuso el Duende.

—¿Y usted cree que no es así?

—Yo... no sé...

—Pero Fernando no es hijo de su sobrina de usted...

—Ahórreme usted el disgusto de explicarle esa historia.

—¿Es decir, que el matrimonio de Fernando con Adelaida es imposible?

—Hablemos de otra cosa...—repuso el Duende, satisfecho de las interpretaciones del fraile, y convencido de que era el mejor agente que podía tener cerca de sus víctimas.

El portero abrió la mampara, causando con su impertinencia gran enojo al Duende, que le preguntó irritado:

—¿Qué hay?

—Señor... un caballero se empeña en ver á usted...

—Dile que no recibo.

—Me ha dicho que tiene precision de hablar con usted.

—Yo me retiro,—dijo el fraile, aprovechando aquella coyuntura para volverse á su casa á reposar el chocolate.

—¿Cómo se llama?—replicó el Duende.

—Don Daniel Mendoza,—repuso el portero.

—No le conozco.

El portero se retiró, y viendo el Duende que el fraile insistía en quererse marchar, tiró de la campanilla, mandando que le pusieran el coche, y le despidió, haciéndole los mayores cumplidos y ofrecimientos.

—Señor,—dijo el portero, volviendo á entrar en el gabinete,—dice que es el capitan Centellas.

—¿El capitan Centellas?—repitió el Duende asombrado.

—Sí, señor.

—Que no se detenga el capitan.

Y cogiendo el breviario, que estaba en el reclinatorio, se sentó en un sillón, esperando la visita del capitan de la Partida del Trueno.

## CAPITULO LXIII.

### El Vizco y el Duende.

Si el alma del Duende hubiera arrojado al semblante lo que sentia desde que el portero anunció la visita del Vizco, con solo hacer su retrato habriamos salido del compromiso; pero acostumbrado á ocultar sus menores pensamientos bajo la máscara audaz de la mas refinada hipocresia, el estudio de sus facciones no nos serviria de nada.

Modestamente sentado en uno de los sillones de brazos, y con los suyos pegados humildemente al cuerpo, tenia la cabeza caida sobre el pecho y fijos los ojos en el breviario que habia cogido del reclinatorio.

En su rostro, pálido y macilento, era difícil sospechar otra cosa que la falta de salud como resultado de las vigili-  
lias del estudio; y si á esto se añadia su traje eclesiástico, cualquiera hubiese creído que las penitencias y los ayunos le daban aquel aspecto cadavérico.

Pero como el lector sabe ya quién era el huésped de la casa chica de Alcira, nos creemos dispensados de decirle lo que en realidad pasaba en su alma.

Fija en su mente la idea de impedir el matrimonio de Adelaida con Fernando para hacer imposible la felicidad



de la desgraciada joven, y empeñado en perseguir á Eugenia, sin otro motivo ni otra razon que la de ser hija de su sobrina Margarita, estaba satisfecho de su entrevista con el padre Romualdo; porque, aunque nada nuevo habia sabido, le bastaba con tener al fraile á su devocion.

Esto le hubiese dado un aire de triunfo que se habria leído en su fisonomía, á ser el Duende menos sagaz para ocultar sus afecciones y sus sentimientos.

Su semblante era inalterable, como el de un busto de mármol; si alguna vez asomaba la sonrisa á sus lábios, era para ocultar un arrebato de cólera; y cuando parecia estar dominado por la tristeza, entonces solia tener una satisfaccion y un gozo interior, que pocas veces era completo.

El nombre del capitan Centellas, de cuyo talento y arrojó tenia noticias exageradas, y á quien, sin embargo, no habia hablado nunca, hubiese despertado en su alma el orgullo de la audacia y del valor, de que con frecuencia hacia alarde.

Antes de haberse decidido á adoptar la hipocresía de la santidad, para la mayor impunidad de sus maldades, hubiese recibido al Vizco con altanería y con aire provocativo; envidiaba su reputacion de calavera temerario, y se habria alegrado de luchar con él frente á frente.

Pero no podia obedecer á sus naturales impulsos sin echar por tierra el castillo que queria construir á toda costa para burlarse de la persecucion de los hombres, hiriendo á mansalva á sus víctimas, y esta fué la causa de que recibiera al Vizco con estremada humildad y dulzura.

No se alzó en pié hasta que el capitan Centellas hubo entrado en el gabinete, para dar tiempo á que le viera entregado al rezo, y con estudiada afectacion aparentó querer ocultar el libro que tenia en las manos.

Murmuró entre dientes algunas palabras, como si quisiera concluir una oracion comenzada, y en silencio brindó un asiento al recién venido.

Este le aceptó del mismo modo, despues de soltar con notable desembarazo el sombrero, y tomando una postura insolente y audaz, aguardó á que el Duende le dirigiera la palabra.

—¿Podré saber,—le dijo,—á qué debo la honra de esta visita?

—No vengo á confesarme,—respondió secamente el Vizco.

—Ya lo supongo, porque si así fuera, no me buscaria usted en este sitio.

—Es que hay mas todavía, porque, aunque no vengo á confesarme, de confesion se trata.

—Pues diga usted lo que se le ofrece,—dijo el Duende, sin alzar los ojos del suelo.

—En primer lugar, diré á usted quién soy para que no se violenté fingiendo... Alce usted los ojos, y menos farsas.

—¡Caballero!... —gritó el Duende sin descomponerse.

—¡Señor abad!... —dijo el Vizco riendo.

—Reflexione usted que está en mi casa...

—Si estuviera en la mia, no hablaria con tanta mesura. Pero le he dicho á usted que no finja, y se lo repito, porque pierde el tiempo y el trabajo... Sé muy bien quién es usted, y basta....

El Duende se retorció las manos por debajo del balandran y no contestó una sola palabra.

—Vengó decidido,—añadió el Vizco,—á que usted me conteste á cuanto voy á preguntarle... y conmigo es escusada la hipocresía... Ni la sangre del niño Enrique, ni los atentados de la Torre del Duende, se lavan con esa hipocresía ridícula, ni esa capa de santidad puede santificar al hombre que robó á sor Adelaida.

El semblante del Duende se cubrió de una tinta azul, como si las venas se hubiesen dilatado por todo lo ancho del rostro, y alzando los ojos del suelo, los enclavó con ceño iracundo en el Vizco.

— Así me gusta, — dijo este riendo; — mirémonos cara á cara; la mia no es, á la verdad, muy hermosa; pero no vale mucho mas la de usted, y nada perdemos en el cambio. Por otra parte, mirándonos mutuamente, los gestos escusarán la mitad de las palabras.

— Pues hable usted, — interrumpió el Duende, con mezcla de altivez y de humildad.

— Hablo... — dijo el Vizco, sin dejar de sonreír.

Y aproximando su silla á la del Duende, le preguntó:

— ¿Qué hizo usted con don Lorenzo antes de morir?

— Auxiliarle.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— Perfectamente, — exclamó el Vizco, satisfecho, al parecer, con la contestacion del Duende. — ¿Y por qué quiso usted robar á las hermanas de la Caridad?

— ¿Con qué derecho me hace usted esas preguntas? — exclamó el Duende.

— Con ninguno, — contestó el Vizco, aparentando una turbacion que estaba lejos de sentir. — Si usted no quiere contestarme, es muy dueño de hacerlo: á mí me interesan muy poco sus esplicaciones... Vengo resuelto á oír lo que buenamente quiera decirme; ya ha visto usted que nada le he réplicado... Me ha dicho que no hizo mas que auxiliar á bien morir á don Lorenzo, y lo he creído; si me dice que ayudó á bien morir á su sobrino Enrique, lo creeré tambien... Cabezota me enseñó á ser crédulo en este asunto.

— ¿Cabezota?... — preguntó el Duende irritado.

— Sí, — replicó el Vizco; — no se exalte usted, señor abad... los centinelas de la marquesa de Santa Rita no son mudos.

Esta nueva tramoya, que el Vizco echaba en cara al Duende, le trastornó bastante; pero procuró disimular su turbacion, y siguió retorciéndose las manos por debajo del balandran.

— Yo, — añadió el Vizco, — no exijo que usted me conteste de esta ó de la otra manera; pregunto, y es natural que se me responda... Dígame usted que no fué quien robó á las hermanas de la Caridad, y pasaré adelante en el interrogatorio.

— Pues así es la verdad, — contestó el Duende; — no fuí yo quien sacó de Madrid á esas mujeres.

— ¿Murió Gazapos? — preguntó el Vizco con cierto aire de indiferencia, y como si quisiera cambiar de conversacion repentinamente.

— No le conozco.

— Adelante... Tres veces negó San Pedro á Cristo... ¿Y qué hizo usted con aquellas señoras en la Peña-Sacra?

— No sé lo que usted me pregunta, — dijo el Duende turbado.

El Vizco se sonrió, y sacando un cigarro, se levantó de su asiento, y con el mayor desembarazo se dirigió á encenderlo en la lámpara que ardía sobre la mesa.

El Duende le miraba con sobresalto, y cuando se hubo sentado de nuevo, le dijo:

— Repito que no sé con qué derecho me hace usted esas preguntas, caballero.

— Llámeme usted capitan, — repuso el Vizco; — reconozcámonos nuestras categorías... Usted es abad de Maqueda, y yo capitan de la Partida del Trueno.

— Cuya fama, justamente adquirida, puede decirse que es hoy casi europea, — dijo el Duende con acento afectuoso, y queriendo ganarse de este modo la simpatía del Vizco.

— Pues estoy á punto de perder esa fama, — repuso el Vizco sonriendo.

— ¿De veras?

— Lo que usted oye... Me ha ocurrido copar con ella una carta, y temo perder todo el capital de una vez.

— ¿Una carta?... — dijo el Duende asombrado.

—Sí, señor abad; ¡figúrese usted qué será de mí si viene la contraria!

—No vendrá; no tenga usted cuidado.

—Eso digo yo, que no vendrá; me alegró que sea usted de mi opinion... Pero si viene, con pegar un tiro al banquero antes de pagarle, me ahorro de tirarme al Canal.

El acento terrible, aunque risueño, con que el Vizco pronunció estas últimas palabras estremeció al Duende, que, esforzándose por aparecer tranquilo, le preguntó:

—¿Y qué partida es esa, donde usted piensa copar de ese modo?

—Una reunion de gente honrada y buena, donde talla un tahir disfrazado con la máscara de hombre de bien... Ha estado mucho tiempo burlándose de todos, y yo nada le he dicho; pero ahora ha llevado á su partida á una jóven virtuosa, de quien me he declarado padrino, y me he empeñado en que las pague todas juntas.

El Duende conoció que el Vizco estaba resentido por lo que habia hecho con Eugenia, y loco de alegría, creyendo que habia descubierto la manera de librarse de aquel terrible rival, le dijo:

—¿Y si el banquero no admitiese á jugar en su partida á esa jóven?

—Si no la admitiese...—replicó el Vizco.

—¿Qué?

—Si no la admitiese... tendria un punto menos de que pedirle cuentas.

—¿Y si la devolviera el capital que la hubiese robado?—preguntó con afan el Duende.

—Entonces... no tendria tanto dinero que restituirme.

—¿Con que es decir, que usted se ha propuesto vengar á todos los puntos de la partida?

—Sí, señor abad: me he propuesto vengarlos á todos,—dijo con admirable sangre fria el Vizco.

—Y si por rescatar á esa jóven le pidiesen á usted que

no se mezclára en los negocios de los otros puntos, ¿qué haría usted?

—Nada... porque cuando me dán lo que me pertenece, no acepto condiciones.

—Pues ea, hablemos claro, —dijo el Duende, decidido á transigir con el Vizco.

—¿Pues cómo hemos hablado hasta aquí? —replicó el capitán de la Partida del Trueno, desconcertando con su sangre fría al Duende.

—Dejemos el tono irónico, —añadió este, —y transijamos.

El Vizco se sonrió, sin dejar de fumar, y despues de aturdir al Duende con sus miradas torcidas y diabólicas, se encogió de hombros, y le dijo:

—Dispense usted que le diga que no le entiendo... Ni estoy hablando con ironía, ni tengo nada que transigir con usted... Me he tomado la libertad de venir á hacerle unas cuantas preguntas, porque no me gusta obrar á ciegas... No he concluido aun de preguntar, y me estraña que usted crea haber acabado de responder... Si le molesto, me retiro, y cuando usted guste, en mi casa estoy siempre á su disposicion.

Menos le agradaron al Duende estas palabras que las anteriores, y su mal reprimida cólera estaba á punto de estallar, con escándalo del traje que vestia y de todos los adornos de aquel gabinete, especie de cámara oscura de la hipocresía y del fingimiento.

El Vizco conocia muy bien la superioridad que habia adquirido sobre su antagonista, y trataba de exasperarle con la ironía y el sarcasmo; armas suficientes para arrancar la máscara á otra persona menos malvada.

Se alzó en pié; se dirigió en busca del sombrero, como si estuviera resuelto á salir de allí, y el Duende le dijo con acento de mal comprimido furor:

—Siéntese usted.



— Me siento, — repuso el Vizco, volviendo á ocupar el sillón de brazos, y guardando silencio.

— ¿Usted sabe, — le dijo el Duende, — quién es Adelaida?

— No me importa saberlo, — replicó el Vizco.

— Pues entonces, ¿á qué ha venido usted aquí?

— A preguntar; no á responder.

— En ese caso, siga usted preguntando.

— No tal; estoy decidido á dar á usted gusto en todo... Continúe usted.

— Adelaida es hija de una sobrina mia...

— Hermana de Enrique, á quien no llegó á conocer... Lo sé... — interrumpió el Vizco.

El Duende se mordió los labios, y continuó:

— Su padre me la dejó encargada, y despues de tres años de estar en mi compañía, se huyó de mi lado con un hombre...

— ¡Algun amante!... — dijo con tono de burla el Vizco.

— Lo ignoro, — respondió el Duende: — dos años he estado sin saber de ella, y por fin la he hallado con el hábito de las hermanas de la Caridad... Dígame usted ahora si tengo derecho á reclamarla.

Mucho mas que el que la robó de Madrid, — dijo con ironía el Vizco.

— ¡Eh!... ¡Dejémonos de tonterías!... — repuso el Duende incomodado. — Yo fui el que quiso sacar de Madrid á las hermanas de la Caridad.

— Mire usted lo que dice, señor abad... eso no es cierto... la primera es la que vale, y antes me aseguró usted que no habia tenido parte en ese robo...

— No dije tal.

— Muchas gracias.

— Dije que no las habia sacado, y dije la verdad; demasiado sabe usted lo que sucedió... y no dejará de haber sufrido burlas por el estilo.

— Como no tengo criados, y lo hago todo por mí mismo, no es fácil engañarme... Si usted hubiese tenido que preguntarme alguna cosa, me habria enviado un hombre cualquiera... yo, por el contrario, he venido en persona...

— Con que ahorrémonos de razones, — dijo el Duende, cada vez mas exaltado. — Yo no sabia que usted tenia puestas los puntos á Eugenia...

— Hable usted con mas respeto de esa jóven, — dijo el Vizco sin alterarse.

El Duende se desentendió de esta nueva provocacion, y continuó:

— Si lo hubiera sabido, no habria hecho nada contra ella, aunque me era preciso apoderarme de los papeles que obraban en poder de su padre... Usted me los quitó despues... ¡cómo ha de ser!

— Listo anduvo usted en ese negocio, y torpe la persona que fué por la caja á casa de la Peregrina... Tal vez á mí no me los habrian vuelto á robar...

— De poco me sirvió la astucia... Me los arrancó de nuevo un escribano, y los entregó imprudentemente á la persona interesada.

El Vizco ignoraba que la caja de marfil hubiese pasado á poder de sor Adelaida, porque Cabezota le habia ocultado esta circunstancia, ó se olvidó de decírsela cuando le vió breves instantes al venir á Madrid por encargo de sor Adelaida. Pero el Duende no se apercibió de la sorpresa del Vizco, á quien creia en contacto directo con las hermanas de la Caridad, y continuó:

— Yo siento que las hermanas de la Caridad hayan creido que mi ánimo es hacerlas daño alguno... Obro por instruccion del padre de Adelaida, y todo mi afan seria labrar la dicha de la hija de mi sobrina.

— Lo creo así, y ha hecho usted muy bien en asociarse, para conseguirlo, con la marquesa de Santa Rita... Es una señora de mucho mundo, y el baron del Arfil, agradecido á

que usted no la sorprendiera de visita en su casa, recibirá por la embajada buenas noticias de París.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó sobresaltado el Duende.

—¡Nada!... ¿No es embajador francés el baron?

—Sí; ¿y qué?

—Que recibirá usted buenas noticias de París.

—¡Parece que lo dice usted con un tono!...—dijo el Duende aturdido.

—Estoy resfriado, y mi voz parece algo bronca,—contestó el Vizco, exaltando cada vez mas con su sangre fria la cólera del Duende.

A este tiempo se abrió la mampara, y se presentó un criado, á quien el Duende hubiera querido tragarse con la vista, y anunció:

—El señor baron del Arfil.

—*J can 't receive him now*,—contestó con viveza el Duende.

—Que no puede recibirle,—dijo el Vizco, volviéndose hácia el criado, para dar á entender al Duende que no le habia servido de nada dar sus órdenes en inglés.

Semejante réplica tenia el carácter de una demasía insolente, que el Duende no hubiera consentido á ninguna otra persona, en su propia casa, que no fuese el capitan de la Partida del Trueno; pero de nuevo disimuló la ira que le abrasaba, y apretó los dientes en silencio.

—Siento que por mi causa se prive usted de recibir al baron,—dijo el Vizco.

—Ya le veré mas tarde.

—Son las diez,—replicó el Vizco, consultando su reloj,—y si ha recibido de París el último testamento del duque, será tarde luego para acusar el recibo... el correo sale á las doce en punto.

El abad de Maqueda no pudo resistir por mas tiempo los ímpetus violentos de la cólera que rebosaba en su sem-

blante, y alzándose en pié cón ademan iracundo y con voz balbuciente de ira, le dijo:

—¿Viene usted á proponerme la guerra?

—¿La guerra? —repitió con sonrisa burlona, y sin inmutarse ni moverse de su asiento, el Vizco.—¿Declarar la guerra al abad de Maqueda el capitan de la Partida del Trueno?... ¿Y delante de un crucifijo?... ¡Qué disparate!... Serénese usted, señor abad, que yo me marchó... No quiero guerra con nadie.

—Es que yo estoy pronto, —gritó el Duende, recordando de repente toda la audacia y el furor que á los ojos del padre Romualdo habia sabido ocultar debajo de la túnica morada.

—¡Pronto!... ¿Y á qué?

—A batirme.

—¿Con qué armas? —dijo el Vizco, sin dejar de sonreirse ni perder un solo momento su insolente calma.—Yo no sé manejar la estola, ni sirvo para lanzar excomuniones.

—Pues yo sé manejar el sable, —repuso ciego de cólera el Duende, —y sirvo para disparar una pistola.

—Lástima que la Iglesia haya robado á la milicia tan bravo adalid, —dijo el Vizco, alzando la vista para mirar al Duende, que cada vez se le aproximaba mas.—No tiene nada de particular que sepa usted manejar las armas, porque el que fué cocinero antes que fraile, sabe lo que pasa en la cocina; pero le advierto á usted que no soy hermana de la Caridad.

—Ni yo jóven incauta de las que usted ha seducido impunemente.

—Aquellas jóvenes, señor abad, tenían hermanos y amantes que las defendiesen.

—Tambien las hermanas de la Caridad tienen en usted un defensor, con quien puedo entenderme.

—No hay inconveniente.

El Duende creyó que el Vizco le ofrecia por fin ocasion de desahogar su cólera, y le dijo:

— ¿Con que admite usted el lance?... Me alegro.

— ¿Qué lance? — preguntó el Vizco riendo. — Yo tengo mucho respeto al ministerio que usted ejerce, y no puedo admitir esas proposiciones... ¡Qué se diria luego de mí!

— Pues bien: me queda el derecho de decir que es usted...

— Un cobarde, — replicó el Vizco riendo. — A mí me queda el derecho de oirlo, y de no hacer caso. ¿No ha oido usted decir que las mujeres y los eclesiásticos no pueden agraviar á nadie?... Pues yo le recuerdo lo que don Quijote le dijo al cura del duque: «que las armas de los togados y las de la mujer son la lengua.»

Al decir estas últimas palabras se puso en pié el Vizco, no por que le hubiesen exaltado las palabras del Duende, sino por que temió otra provocacion mas directa, y no queria perder en un duelo las ventajas que habia sacado en su entrevista.

El Duende sufría doblemente con el desprecio del Vizco, porque, habiendo abrazado contra su voluntad el estado eclesiástico, le irritaban las condiciones de él. Es seguro que, si el capitan de la Partida del Trueno no toma la resolucion de abandonar su asiento, el Duende le señala la cara de una manera afrentosa, que en el carácter de ambos no podia haberse lavado sino con la muerte de uno de ellos.

El Vizco, á pesar de la confianza que tenia de salir vencedor en un lance de esta especie, por el ejercicio que de ellos habia hecho toda su vida, lo rehusó hasta el punto que el lector ha visto, porque aun el matar al Duende en desafío le parecia poco para el rencor que le tenia.

Así fué que, sin perder su sangre fria y sin dejar de sonreir, cogió el sombrero que habia dejado en una de las banquetas de raso, y dijo:

—¿Con que usted me ha nombrado defensor de oficio de esas señoras?... Pues admito el nombramiento.

No acertaba el Duende á replicar al Vizco, y en su semblante, amarillo de cólera, y arrojando chispas por los ojos, se traslucía un furor terrible.

El Vizco abrió la mampara, y le dijo en voz alta:

—Beso á usted la mano, señor abad.

Nada respondió el Duende, y él añadió bajando la voz:

—No se olvide usted de ver al baron, porque si no parece pronto el *último* testamento del duque, se tendrá por válido el primero.

El Duende quiso precipitarse hácia el hombre que le habia insultado de una manera tan cruel, y que poseía el principal de sus secretos; pero el Vizco cerró detrás de sí la mampara, diciendo:

—No puedo consentirlo, señor abad... Retírese usted.

Tiró precipitadamente de la campanilla el Duende, y cuando entró el portero de estrados á recibir órdenes, le dijo:

—A ese hombre que acaba de salir... tú y Jorge... lejos de este barrio.

El portero comprendió la orden de su amo, y buscando al criado á quien el Duende habia hablado en inglés, ambos bajaron corriendo la escalera, y mientras llegaron al portal partió al escape el carruaje donde habia entrado el Vizco.

Marcharon precipitadamente detrás del coche, y cuando Jorge, que corria mejor que un caballo de su país, logró asirse al estribo de la trasera, el cochero le dejó caer aturdido, cruzándole la cara con la fusta de castigar los caballos.

Al otro criado no le alcanzó igual suerte, porque no pudo avanzar tanto como el inglés, que gruñía irritado, viéndose castigado de una manera tan afrentosa sin haber cumplido las órdenes de su amo.

. . . . .





FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.—No puedo consentirlo, señor abad :—retírese usted.



El coche en que iba el Vizco tenía un cordon acústico para comunicarse en silencio con el cochero, y este volvió las riendas en dirección opuesta, después de haber aplicado la trompetilla al oído, y recibido la contraórden secreta de su amo.

## CAPITULO LXIV.

## Una visita al cementerio.

La tarde del día siguiente a la entrevista del Duende y del Vizco, era una de esas despegadas y serenas de los últimos días de Enero, cuando las montañas alboran de la primavera.

Alumbra las débiles tintas verdes del campo un sol puntual, cuyos rayos se dilatan por la trandolla atmosférica, reflejando su luz en la celeste esfera.

Las bellas de este panorama no las comprenderían con nuestra descripción los pueblos del Norte, y para nuestros compatriotas sería incompleto cuando les dijéramos.

¿Quién no ha visto en la corte de España, en medio de la estación de los hielos, hacer trogas el frío, humedecerse la atmósfera, y verter las nubes sobre la endruciada tierra un rocío tibio y benéfico? La constancia de un sol despejado y sereno, que da muchas veces a los campos en el mes de Enero ese aliento fecundador propio de la primavera?

Cuantos días de invierno, deslumbrada la vista por las nieves que cubren las montañas de la vecina sierra, hemos fundido nuestra planta en la verde alfombra del campo

## CAPITULO LXIV.

### Una visita al cementerio.

La tarde del día siguiente á la entrevista del Duende y del Vizco, era una de esas despejadas y serenas de los últimos días de Enero, precursoras de los primeros albores de la primavera.

Alumbraba las débiles tintas verdes del campo un sol purísimo, cuyos rayos se dilataban por la tranquila atmósfera, reflejando su luz en la celeste esfera.

Las bellezas de este panorama no las comprenderían con nuestra descripción los pueblos del Norte, y para nuestros compatriotas sería incompleto cuando les dijéramos.

¿Quién no ha visto en la corte de España, en medio de la estación de los hielos, hacer treguas el frío, humedecerse la atmósfera, y verter las nubes sobre la endurecida tierra un rocío tibio y benéfico? La constancia de un sol despejado y sereno, ¿no dá muchas veces á los campos en el mes de Enero ese aliento fecundador propio de la primavera? ¿Cuántos días de invierno, deslumbrada la vista por la nieve que cubre las montañas de la vecina sierra, hemos hundido nuestra planta en la verde alfombra del campo

que engalana la tierra, como espuma precoz de la vegetación!

Son demasiado frecuentes estos fenómenos de la naturaleza para que nos detengamos á describirlos. Es indudable que apenas pasa un año sin que se repitan esas maravillas, y que en esos días, especialmente en las horas en que el sol pesa perpendicularmente sobre nosotros, se disfruta una temperatura propia de los meses de Marzo y Abril.

Es cierto también que esa bondad del clima pasa rápidamente como los vidrios de una linterna mágica, y que el prematuro verdor de los campos desaparece de repente; pero no lo es menos que el cuadro que se ofrece á nuestra vista es completo, y que la ilusión es casi perfecta.

Las plantas no se alzan altivas, como en la primavera, á teñir sus flores con los rayos de la luz, ni los árboles se visten precipitadamente para defenderlas con su sombra de los ardores del sol; pero las unas y los otros presienten la bondad de la atmósfera, y ensayan, por decirlo así, sus verdes tintas, como el pintor que prueba los colores de la paleta en el fondo del lienzo.

El árbol, cuyo seco ramaje parecía estar condenado en última instancia á morir quemado en la chimenea, se tiñe de verde, y traspira por todos sus poros un rocío fecundador y blando; sus brazos, quebradizos como el cristal, ceden al halago del viento, como el hierro candente que al salir de la fragua dobla el artista á su antojo.

A semejanza del cuerpo humano, que, yertos y paralizados sus miembros por la ausencia del calórico, abre sus poros á una traspiración copiosa por el influjo de la ropa ó de otro sudorífico cualquiera, así los esqueletos de la vegetación se reblandecen con el suave aliento de la atmósfera, y reciben nueva vida por la reacción benéfica que obra el calor en sus entrañas.

Las aves no son indiferentes tampoco á la estemporánea bondad del clima, y cruzan la atmósfera reconociendo el

campo para elegir los sitios donde han de construir sus viviendas en el verano.

Tal era el risueño cuadro que ofrecían los alrededores de Madrid en la tarde de que hablamos.

Las cuatro no eran aun, cuando por el portillo de Recoletos salía una carretela cubierta, tirada por dos fogosos alazanes.

El cochero y el lacayo que la servían, colocados, según la costumbre antigua, cada uno en su respectivo lugar, vestían librea azul con chaleco de grana, calzon de lo mismo y botines pardos.

En ambas portezuelas, y en el paño azul que cubría el pescante, se veía una corona de conde sobre las iniciales C. B.

El carruaje tomó á la izquierda por el paseo de la ronda hasta la puerta de Bilbao, torciendo luego á la derecha hácia la carretera de Francia.

A la mitad de este paseo, que se une á poca distancia con el de la puerta de Fuencarral, detuvo el cochero los caballos; y el lacayo se acercó á la portezuela, con el sombrero en la mano, para tomar órdenes de las personas que iban allí dentro.

Eran estas dos señoras, jóvenes ambas, de poca mas edad, al parecer, la una que la otra, y se bajaron de la carretela, marchando despues cogidas del brazo por entre la doble fila de árboles que hay á la derecha del paseo.

El coche las siguió á paso lento y á distancia respetuosa. El lacayo marchó detrás de ellas por el paseo de los árboles.

La mas joven de las dos señoras, que aparentaba contar poco mas de veinte años, iba sencillamente vestida de luto, con una modesta basquiña de lana negra, una mantelita de lo mismo y una mantilla de casco, guarnecida de tul, sin otro adorno que unas cintas de raso negro.



Su fisonomía, sentimental y dulce, revelaba un fondo de tristeza y de abatimiento difícil de describir.

Fija la vista en el suelo, era imposible adivinar si su mirada participaba del dolor que nublaba su hermosura; pero la pena que debía agobiar su alma, se retrataba perfectamente en todas sus facciones, pálidas, transparentes y frías como la superficie de una piedra opalina.

La indiferencia con que había recogido sus cabellos, dejando despejada su pálida frente, era un nuevo indicio de su dolor. El encendido carmin de sus labios era el único signo de la vitalidad que habría distinguido su cabeza de la de una estatua.

Su compañera era quizá la única mujer que en un juicio como el de París se habría presentado á disputarla la preferencia, y los jueces hubieran dudado entre las dos á cuál de ellas correspondía la manzana.

Eran ambas igualmente hermosas y de tipos muy parecidos, si no exactos.

A pesar de esto, si la segunda hubiese sido proclamada por mas hermosa, habrían hecho justicia los jueces á la mayor espresion de su fisonomía y á la esquisita perfeccion de sus facciones; detalles que rara vez acompañan á la belleza del conjunto en un mismo semblante.

Pero esto era precisamente lo que hacia incomparable su hermosura, y lo que, á pesar de haberlo intentado repetidas veces, no lograremos explicar suficientemente al lector.

Sufrir la dulce fascinacion de su penetrante mirada; deslumbrarse con el brillo seductor de sus dulcisimas facciones, y sentir en el alma la angelical sonrisa de su semblante, todo seria preciso para que el lector comprendiera lo que nosotros sentimos al hacer su retrato.

Y aun si se exigiera de nosotros que trazásemos este pálido boceto en presencia de esta jóven, nos seria imposible. La viva luz de sus miradas turbaria la nuestra; el eco argentino de su voz nos anudaria la lengua en la garganta, y la

sencilla majestad de su rostro nos absorberia la razon, trastornándonos el juicio.

Repetimos, que si el lector la hubiese visto bajar del carruaje, apoyado su breve pié en el estribo, lejos de acusarnos de exagerados, diria que no habiamos acertado á hacer su retrato, por ser superior á nuestras fuerzas.

Pero que cada lector enamorado se pinte en sueños la imágen de su amor, y tendrá una idea aproximada de la hermosura de esta jóven, á la que de seguro habrá conocido ya con lo que llevamos dicho.

No habiendo en lo humano otra belleza mas perfecta que la suya, no hay en esta historia otro personaje de quien podamos hablar con tanto elogio sino sor Adelaida.

Ella era la que, vestida de luto, daba el brazo á su desconsolada amiga Eugenia, gozando ambas de la bondad de la atmósfera por entre los desnudos árboles.

Eran las prendas de su traje de mas valor que las de Eugenia, á pesar de que constantemente rehusaba las galas que la brindaban con afan sor Clotilde y su prima la condesa de Baza, á quien pertenecia la carretela en que salieron de Madrid las dos amigas.

Su peinado era tan sencillo como el de Eugenia, y su semblante, aunque melancólico y triste, conservaba la angelical dulzura con que la hemos visto siempre en sus mayores conflictos; tenia ese aspecto cariñoso y tierno, testimonio indeleble de la Fé y de las demás virtudes del alma, y que no puede ser jamás una mercancía al alcance de las coquetas.

El sello de la inocencia, que solo brilla una vez en la frente de las jóvenes, era lo que daba mayor realce á la hermosura de las dos amigas. Jamás lo habia empañado un solo pensamiento indigno de ninguna de ellas, y por eso le conservaban radiante y puro como los primeros rayos de luz que bajan del firmamento.

Pero sin que sea nuestro ánimo establecer una diferen-

cia radical entre ambas, nos vemos obligados á confesar aquí lo que el lector habrá conocido ya en las páginas de esta historia: que sin ser mayor la virtud de Adelaida que la de Eugenia, la fé de esta era menos sólida, efecto sin duda de su menor fortaleza de espíritu.

Sin embargo, sus sentimientos eran los mismos, sus inclinaciones iguales, y unos eran en todo su voluntad y su deseo. Podia decirse con razon que habian nacido la una para la otra.

Así, al verlas, iguales en estatura y en belleza, marchar cogidas del brazo con direccion al cementerio de la puerta de Fuencarral, era difícil distinguir la una de la otra.

Poco trecho las faltaba para llegar al término de su viaje, cuando sor Adelaida rompió el silencio que habian guardado hasta entonces, diciendo:

—Hoy venimos mas tarde que ayer.

—¡Cada dia estoy menos tiempo al lado de mi pobre padre!...—repuso Eugenia, suspirando y sin alzar los ojos del suelo.

—Y si sigues así, será preciso prohibirte que vengas... Tú harás que yo me prive de este consuelo,—dijo Adelaida con tono de reconvenccion cariñosa.

—¡Ah!... ¡No!... ¡Déjame venir todos los dias!—esclamó Eugenia, buscando con sus hermosos ojos los de su amiga.—Si sor Clotilde se empeña en que no vengas conmigo, yo la rogaré que te dé licencia, y juntas pediremos á Dios por el alma de nuestro buen padre.

—Eso díselo á Fernando, que es el primero que te lo ha prohibido.

—De ti hará mas caso... Si tú se lo dices, no me negará este consuelo... ¡Ay! ¡Es el único de mi vida!

—¡Eugenia!... ¡Eugenia!...—dijo con voz apagada y triste sor Adelaida.—No desconfíes así de la misericordia divina, ó creeré que, estinguida en tu alma la Fé, has perdido la Esperanza de ser feliz algun dia.

— ¡Feliz!... — repitió con amargura Eugenia. — ¿Puedo serlo ya en este mundo?

— ¡Tienes razon!... — replicó tristemente Adelaida. — Tú, á quien Dios ha enviado un hermano cariñoso y bueno en el momento mismo de privarte de tu anciano padre... ¡no puedes ser feliz!... Yo, que lo he perdido todo en un dia, ¡seré mas afortunada que tú!...

— ¿Mi hermano no lo es tuyo tambien?... — dijo Eugenia.

— Si... — respondió con voz apagada Adelaida; — el infeliz no tiene fuerzas para estar á mi lado despues de esa revelacion, que yo bendije al oirla por primera vez... ¡Desde que ha llegado á Madrid aun no le he visto mas que un solo dia!... ¡Tú lo sabes!...

— ¡Pobre Adelaida! — exclamó Eugenia, estrechando la mano de su amiga.

Y en el momento de llegar ambas á la puerta del cementerio, se vió á lo lejos un jóven alto y delgado, que, cubierto hasta los ojos con una capa verde, habia marchado hasta entonces oculto detrás del carruaje.

---

## CAPITULO LXV.

**Beati mortui qui in Domino moriuntur.**

La puerta, adonde se detuvieron las dos amigas, es grande y ancha, de dos hojas, con postigos, y está pintada de verde.

A un lado y á otro de ella se estiende una pared de doce piés escasos de altura, como las bardas de un corral, y aquella entrada mas parece la de una huerta que la de un cementerio.

Eugenia levantó con mano trémula el picaporte del postigo derecho, y al ruido extraño del pesado porton, que giró sobre las visagras, salió el alcaide de la fortaleza á recibir á las dos amigas, cerrando de nuevo el postigo apenas hubieron entrado en una especie de callejon que servia de pórtico al cementerio.

Era el alcaide bajo de cuerpo, cargado de espaldas, de rostro ancho y cejijunto, y vestia una chaqueta de paño pardo y pantalon de lo mismo. Su oficio ordinario era el de enterrador, y como conserje del campo-santo tenia además la obligacion de abrir el postigo, cuando llevaban allí el cadáver de algun pobre; una de las hojas, si era de la clase media, y la puerta de par en par, si el difunto habia

pertenecido á la clase mas elevada de la sociedad, ó sus parientes le hacian entierro de lujo.

En el umbral de aquella entrada eran, á pesar de esas distinciones, verdaderamente iguales todos. Si el aristócrata moria pobre, le recibian como el último mendigo, y á este le abrian las puertas de par en par si habia dejado dinero para costear un entierro de lujo.

Sobre la compuerta del cementerio se proclama, con las palabras latinas que sirven de epígrafe á este capítulo, la bienaventuranza de los que mueren en el Señor, y frente á ese segundo dintel se vé una modesta capilla, cuyas puertas, ordinariamente cerradas, solo se abren cuando se abre de par en par la principal del edificio.

El jorobado apenas contestó al afectuoso saludo de las dos amigas, y con ceño adusto se volvió á entrar en su habitacion, donde se oian los débiles quejidos de un niño que habia nacido allí el dia anterior.

Su esposa estaba en cama de resultas del parto, y el enterrador dijo á la matrona que la asistia:

—Ya están ahí las hijas del número 98.

Así llamaba siempre á sus huéspedes, aunque supiera el nombre de ellos.

—Mucho carruaje y mucho lujo,—continuó,—y le trajeron en una caja de *medio herraje*, y le enterraron en una *sepultura*.

—¿No le han puesto en nicho aun?—preguntó la partera.

—Ni le pondrán...—replicó el enterrador;—lo dijeron el otro dia, porque les daba vergüenza que las vieses arrojadas en el suelo... Las hacia falta media docena de chilquillos á cada una para que dejáran de venir á gazmoñear al campo-santo. Ahora se las ha antojado saber dónde está enterrada su madre, que murió hace siete años, y que la pusieron en nicho... dicen... ¡Sabe Dios lo que seria!

—¿Y no hay quién sepa darlas razon?



—Sí, señora; en el libro de entradas estará sentado, si es verdad que vino aquí; pero si no renovaron el pago del nicho á los cuatro años en la visita eclesiástica, habrán ido á parar los huesos al *pozo grande*... y ¡vételes á buscar!

—¿Qué pozo es ese? —preguntó cada vez mas sobreco-gida de terror la matrona.

—El osario general, donde van por fin chicos y grandes, los ricos y los pobres, todos revueltos... Aquí no se espera ni un solo dia á nadie... el que no renueva el pago del alquiler con anticipacion, se fastidia.

El lenguaje audaz del conserje del cementerio tenia horrorizada á la matrona; pero él, sin fijar su atencion en ella, añadió con insolente cinismo:

—Si se empeñan en que ha de parecer el cadáver, habrá que darlas unõ cualquiera, y que le pongan en nicho... Al cabo y al fin, lo mismo dá... Ni el uno ni el otro han de volver al mundo.

—Pero, sin embargo, —repuso la matrona asustada, — ¡es un consuelo tan grande venir á llorar sobre el sepulcro de una persona querida!

—No lo crea usted: vienen por moda todas estas señoritas.

—Usted es muy mal pensado, señor Cirilo... Ya se vé, no tiene nada de particular... Son ustedes como los sacristanes: andando siempre entre los difuntos, les han perdido el miedo.

—No lo crea usted, señora... Lo que sucede es que, como hace veinte años que estoy en este oficio, y mi padre, que de Dios goce, murió sirviendo esta plaza, conozco perfectamente el mundo... La primera semana que está aquí un cadáver vienen todos los dias los parientes á llorar y á fastidiarme con preguntas nécias, como la de decirme si estaria vivo cuando le enterraron, y si entrarán de noche á desenterrarle, y otras sandeces por el estilo. Luego no suelen venir sino cada dos dias, y por último no parecen sino el

dia de Todos los Santos, cuando mucho. Y entonces ya no lloran, ni gimen, ni hacen preguntas... La hija, que me pedía por Dios que la dejara morir sobre el sepulcro de su padre, viene oyendo las galanterías de su novio; el esposo, que quería á la fuerza que le enterrasen con la difunta, trae del brazo á la nueva esposa, y se detiene á leer todos los epitafios, menos el de su primera mujer; y la madre afligida, que corria por estos patios con la mantilla tirada á la espalda, cogiendo puñados de aire en busca de su hijo, se para delante del nicho para hacer deletrear el epitafio al niño que trae de la mano.

—¿Pero, hombre, quería usted que las penas fuesen eternas? —dijo la matrona.— ¡Seria cosa de morirse!

—No lo crea usted; nadie se muere hasta que Dios quiere... En todo el tiempo que llevo aquí, solo un amante, que se pegó un pistoletazo delante del sepulcro de su querida, es el único difunto que ha entrado por su pié... Y aun ese, para que el diablo no se ria de la mentira, debo decir á usted que tampoco se quedó aquí, porque se lo llevó la justicia, y luego le enterraron en el de la puerta de Toledo... Yo no soy de piedra, y tengo un corazon tan sensible como el de cualquier hijo de vecino; pero me hacen reir las lágrimas de ciertas gentes... No les digo nada, porque conozco que es una calentura que pasa mas ó menos pronto... Si usted estuviera aquí una semana siquiera, pensaria lo mismo que yo... Vé usted muchos que parece que se quieren comer las letras de las lápidas, y apenas empieza á oscurecer, huyen de aquí como desesperados... Todo el cariño del mundo no basta para andar por estos patios de noche... El año pasado se empeñó un militar, coronel era por cierto, en que le dejara una noche junto al nicho de su novia, y aun no eran las nueve cuando vino con la espada desenvainada y mas pálido que un difunto á pedirme por Dios que le abriera la puerta... Salió de aquí como alma que lleva el demonio, y no ha vuelto á venir ni de dia siquiera.

— ¿Y usted no tiene miedo nunca? — preguntó asustada la matrona.

— Sí, señora; pero no á la gente de casa, sino á la de fuera: hace dias que anda por ahí una partida de *matuteros* (1).

— ¡Jesús!... ¡Qué hombres!... — exclamó con la lengua pegada al paladar la matrona. — ¿Y no tienen miedo?

— A los carabineros, — replicó el enterrador.

Y cogiendo un libro con forro de pergamino, se puso á sumar las entradas de la semana, diciendo con brutal sarcasmo:

— Ya están llenas todas las casillas del libro de entradas, y aun está en blanco el de salidas... Aquí no se dá de alta á nadie, — añadió con insolente sonrisa.

Luego dejó el padron de los difuntos, y cogió en brazos al recién nacido.

Las dos amigas, que habian estado mientras tanto orando arrodilladas en los escalones de piedra que forman el vestíbulo de la capilla, hicieron la señal de la cruz sobre su frente, y se pusieron en pié.

Entrando por un callejon angosto, abierto á la derecha de la capilla en un gran patio, fueron hollando con planta trémula la yerba que crecía sobre el pavimento.

Las paredes del patio no son mas altas que las del exterior del edificio, y las hileras de lápidas que se ven en ellas forman una perspectiva monótona y angustiosa.

Iguales en tamaño los medios puntos de aquellas andanadas, se diferencian únicamente en el mayor ó menor lujo de los adornos de las inscripciones. Los bajo-relieves de mármol y las letras de bronce embellecen los sepulcros, al par que los privan de la elocuente gravedad que tienen los que se reducen á un rótulo trazado sobre yeso con caracteres negros.

---

(1) Especie de contrabandistas al por menor, producto legítimo de las aduanas interiores, que introducen de noche sus alijos por las tapias de la Ronda.

Hay entre los epitafios algunos en verso, que ordinariamente, cuando han sido inspirados por el dolor de las familias, llenan de dolor á la poesía, si la crítica osa clavar el diente en aquella silenciosa mansion.

De nuestra incumbencia no es ahora semejante exámen, y fija la vista en los personajes de nuestra historia, solo vemos el profundo dolor de Eugenia, que, acompañada de su no menos afligida amiga Adelaida, han cruzado ambas el patio grande con el respeto del sábio, que atraviesa en silencio las primeras salas de una biblioteca donde no se halla el libro que piensa consultar para sus estudios.

Los patios de nuestros cementerios, desnudos de árboles, y con esa estantería mezquina, donde no se lee otra cosa sino los nombres de las personas que yacen allí apiñadas, semejan perfectamente las salas de una inmensa librería.

Hacinados y revueltos, en aquella biblioteca de lo pasado, los títulos de las obras que allí reposan, olvidadas de la generacion presente, condenada á sufrir igual desprecio de la venidera, forman un índice, en el que cada viviente busca la página de su corazon.

Adelaida y Eugenia, que conocian el lugar donde reposaban los inanimados restos de don Lorenzo, cruzaron el patio grande, y otro de no poca estension, en el que vieron una señora enlutada y jóven, sentada en un magnífico sillón, delante de un nicho.

Si las afligidas jóvenes hubiesen parado su atencion en aquella desconsolada madre, la habrian visto abrir el cristal que cubria la lápida de mármol del sepulcro de su hijo con una llavecita dorada, que sacó del pecho, pendiente de una cadena de oro.

Todos los juguetes con que el niño habia disipado su mal humor de niño, estaban en aquel reducido escaparate, y su madre depositaba este dia una corona de flores, guardando en su pecho una hoja de la que habia llevado el dia anterior.

Al extremo opuesto del patio habia una jóven, asimismo vestida de luto, arrodillada sobre el suelo y grabando con un alfiler una inscripcion en la lápida de un nicho, donde yacia un capitan de granaderos, que habia bajado al sepulcro soltero, á la edad de veinticuatro años.

Pero las dos amigas no se apercibieron ni de aquellas dos mujeres, ni de un jóven, que, con el sombrero en la mano, apoyaba el codo derecho sobre el hombro de un nicho, donde se veia grabada una palma y un nombre de mujer.

Despues de atravesar los dos patios, entraron con paso lento en el tercero, siempre con planta incierta y trémula, como si temieran hollar las generaciones que yacian á sus piés.

El pavimento de este patio está, como los anteriores, partido en cuadrilongos de siete piés de alto por tres de ancho, orlados por la yerba que crece entre las junturas de los ladrillos; especie de corona fúnebre con que la naturaleza llora sobre las sepulturas de los pobres que no pueden pagar quinientos reales, mas las *costas* de la parroquia, por un rincon en la estantería de la biblioteca.

Encaminaron sus pasos sobre el lado derecho, y antes de llegar al extremo del ángulo, cayeron ambas de rodillas sobre la sepultura señalada con el número 98, en la que se veia una lápida de piedra de Colmenar, de poco mas de un pié de superficie, con esta sencilla inscripcion, grabada en la misma piedra:

*Aquí yacen los restos mortales*

DE DON LORENZO VARGAS.

*Falleció el dia 22 de Enero de 1840.*

R. I. P.

Las lágrimas, que corrian en abundancia por el pálido rostro de Eugenia, regaron el epitafio al tenderse sobre el suelo para besarlo, con los brazos abiertos.

Adelaida, con las manos cruzadas sobre el pecho, alzaba al cielo sus hermosos ojos, y su mirada, fija en el firmamento, parecia rasgar las nubes, penetrando mas allá de la celeste esfera.

Tambien rodaron sobre sus mejillas, teñidas por el rubor de la inocencia, dos gruesas lágrimas, diáfanas y puras como las hojas del lirio, que crecia á corto trecho de la sepultura de don Lorenzo.

Sus encendidos labios se movian con una suavidad apenas perceptible, como si el acento de su plegaria, ignorado de los mortales, llegase al trono del Eterno, y sus párpados, inmóviles y abiertos, tenian confundidas con las cejas sus luengas pestañas.

Eugenia, mientras tanto, convulsivamente asida á la sepultura, parecia quererse incrustar en el pavimento que la ocultaba la vista de su padre, por cuya memoria vertia abundoso llanto.

Adelaida bajó por fin sus ojos al suelo, y poco la faltó para dejarse caer en tierra como su amiga; pero volvió de nuevo á orar con la vista elevada al firmamento, y cogiendo despues por el brazo á Eugenia, con un esfuerzo superior al estado de abatimiento en que se hallaba, con acento trémulo, la dijo:

—Basta... Eugenia... levántate...

Eugenia no dió muestras de haber oido las palabras de su amiga, y continuó tendida sobre el suelo; pero sintiéndose coger del brazo, dijo con voz ahogada por el llanto:

—Déjame... déjame...

Adelaida sintió que le flaqueaban las rodillas, y sin dejar de verter lágrimas, se puso en pié, rogando de nuevo á su amiga que hiciera lo propio.

Pero esta no la contestaba, y seguia con los labios pegados á la piedra donde estaba grabado el nombre de su padre.

—¡Eugenia!... ¡Eugenia!— repetia sin cesar y con acen-



to tristísimo Adelaida. — Levánte, y vámonos de aquí, que es muy tarde... Dios oye nuestros votos desde todas partes, y la memoria de tu buen padre te sigue tambien fuera de este cementerio... ¡Ah! Si no fuera así, no podria yo pedir á Dios por el alma del mio, cuyo cadáver reposa muy lejos de aquí, sin que quizá haya quien vierta una lágrima sobre su tumba... Tú puedes llevar en tu pecho la yerba que crece sobre este sepulcro, y yo no tengo ni el polvo de las flores que caerán marchitas sobre el de mi padre... Y ni aun puedo en cambio regar con mi llanto la ignorada sepultura de mi pobre madre... Tú pudiste llorar algun tiempo sobre la lápida que cubria sus restos, y yo á nadie encuentro que me enseñe el lugar donde hoy reposan...

Ninguna señal daba Eugenia, adherida cada vez con mayor fuerza á la sepultura, de oir las palabras de su amiga.

Al principio el débil sollozo de su llanto respondia á la voz de Adelaida... Despues nada se oia, sino el eco tristísimo de las palabras de esta.

Sonido débil, que la atmósfera húmeda y glacial que allí se respiraba absorbía en silencio, despues de dejarlo rodar sordamente sobre las lápidas de los sepulcros.

## CAPITULO LXVI.

### La mano invisible.

Los últimos reflejos del sol, que ya habia ocultado su lumbré en Occidente, vertian una luz rojiza sobre la frente de Adelaida, y las sombras de la noche, que avanzan rápidas en las tardes de invierno, amenazaban querer sepultar aquella dolorosa escena entre los pliegues de su negro manto.

Adelaida instaba en vano para que se levantara, cuando despues de resonar en aquel patio del cementerio las pisadas de gente que atravesaba el segundo, asomó allí el jorobado, seguido de un hombre delgado y seco, que traia al hombro un azadon y una esportilla.

La amiga de Eugenia se estremeció involuntariamente al ver á aquellos hombres, que con semblante indiferente, y hablando con voz descompuesta, avanzaron hácia el sitio donde ella estaba.

Hizo un esfuerzo violento para levantar á su amiga, y lo consiguió con no poco trabajo, cuando ya los enterradores habian llegado allí, y descansado sus armas sobre la sepultura de don Lorenzo.

Eugenia, que no se habia enterado hasta entonces de

la llegada de aquellos hombres, lanzó un grito asustada.

Ninguno se dió por entendido, y el enterrador le dijo al conserje.

—¿Tienes tabaco?

—No,—replicó este,—ni dinero para comprarlo.

El enterrador se quitó la chaqueta; empuñó el azadon, y fué á descargar el primer golpe junto á la piedra donde estaba grabado el epitafio de don Lorenzo.

Eugenia gritó horrorizada, y Adelaida, deteniendo el brazo del enterrador, impidió que consumára el golpe.

El sepulturero la miró con asombro, y desasiéndose bruscamente de ella, volvió á levantar la azada.

—¿Qué es esto? ¡Dios mio!—gritó Eugenia.

—¿Qué van ustedes á hacer?—preguntó Adelaida.

—A abrir esta sepultura,—respondió con indiferencia el jorobado.

—¿Y para qué?

—¡Ay!... Déjalos,—gritó Eugenia con un alborozo horrible.—Déjalos,—repitió:—me van á enseñar á mi padre.

—¡Eugenia!...—dijo Adelaida, con ese acento solemne, cuya elocuencia nos ha sido imposible describir en otras ocasiones.—Mira...—añadió señalando al cielo.

Y volviéndose á los enterradores, que maquinalmente habian llevado la vista hácia donde señalaba Adelaida, les dijo:

—¿Qué van ustedes á hacer aquí?

—A traer otro prójimo,—contestó con brutal sonrisa el jorobado.

—¿A esta misma sepultura?

—Justo y cabal...—replicó con insolente sarcasmo el jorobado;—así no estará tan solo papá... Son cuatro los que hay, y falta uno.

—¡Ah, no, por Dios!—dijo Adelaida.—Yo le ruego á usted que espere hasta mañana... Traerán la licencia del vicario para ponerle en nicho...



tada, porque ignoraba que el Vizco la siguiese hasta la mansion de los muertos.

—Antes de ayer, despues que ustedes se marcharon,—añadió el jorobado,—entró aquí, y estuvo escribiendo en la lápida.

—¿En la de mi padre?—preguntó Eugenia con sobresalto.

—Sí, señora: mire usted..... bien claro está lo que puso.

Eugenia se bajó á ver lo que le señalaba el conserje, y leyó estas palabras, grabadas sobre la piedra:

*Daniel Mendoza, 29 de Enero de 1840.*

—¡No le conozco!—esclamó sorprendida Eugenia.

—Ni yo...—replicó Adelaida.

—Será,—dijo el enterrador, que habia callado hasta entonces,—pariente de alguno de los otros difuntos que hay en esta misma sepultura...

—Eso será,—contestó el jorobado, disponiéndose á salir del patio.

Eugenia quiso arrodillarse de nuevo sobre el sepulcro de su padre; pero Adelaida no se lo permitió, y cogiéndola del brazo, atravesaron juntas los tres patios hasta llegar á la capilla, en cuyas gradas se prosternaron segunda vez.

Las primeras sombras de la noche hacian doblemente solemne esta escena religiosa y tierna, y puestas por fin en pié ambas amigas, salieron del cementerio por el postigo, que ya el lacayo, impaciente con la tardanza de su señorita, tenia abierto.

Pasaron en silencio por delante de la tosca cruz de madera que se eleva delante del campo-santo, y subieron á la carretela, despues de haber dicho Adelaida al lacayo:

—A casa.

El Vizco, embozado en su capa verde, vió partir el car-

ruaje desde uno de los ángulos de la fachada exterior del cementerio, y entró en Madrid á pié por la puerta de Fuencarral.

La carretela siguió al trote por el mismo camino que habia llevado al dirigirse al cementerio.



## CAPITULO LXVII.

### La condesa de Baza.

Aturdida Eugenia por las fuertes emociones que habia experimentado en el campo-santo, entró maquinalmente en el carruaje, sin enterarse de la órden que su amiga habia dado al cochero hasta que llegaron á la puerta de una casa de antiquísima fachada en la Plazuela del Duque de Frias.

Allí vivia la condesa viuda de Baza, prima de sor Clotilde, y de quien habia recibido el título por renuncia que la superiora de las hermanas de la Caridad hizo al tomar el hábito, segun recordará el lector que dijimos en la primera parte de esta novela.

La condesa viuda era una señora de bastante edad, y por efecto de sus muchos achaques, apenas salia de su casa, ni lo que es mas aun, de un gabinete, especie de oratorio, donde pasaba rezando la mayor parte del dia. Así, cuando su prima la escribió desde la Peña-Sacra recomendándola á Eugenia y á don Lorenzo, no pudo ir á visitarlos, y se limitó á mandar á su mayordomo para que les socorriese con cuanto necesitáran; ofrecimiento que Eugenia rehusó con ahinco, admitiendo únicamente los servicios del médico, que asimismo le envió la condesa.

Cuando volvieron á Madrid las dos hermanas de la Caridad, quiso la prima de sor Clotilde, de acuerdo con esta, llevarse á su casa á la desdichada huérfana; pero su hermano Fernando se opuso, y decidió que viviera en su compañía en una modesta casa de huéspedes.

Por eso, si Eugenia hubiese oído que Adelaida mandaba al cochero llevarlas directamente á casa de la condesa, le habria dicho que la dejase primero en la de su hermano.

Y así, cuando advirtió que el carruaje habia parado en la Plazuela del Duque de Frias, y que el lacayo abria la portezuela, dijo:

—¿Por qué no me han dejado en casa antes de venir aquí?

—¿En tu casa?...—repitió Adelaida.

—Sí; ahora tienen que incomodarse en llevarme hasta allá.

—Ahora,—dijo Adelaida,—vas á subir conmigo un rato: hace dos días que no has visto á mi superiora, y ya sabes que te quiere tanto como si fuera madre tuya.

—Mañana vendré á verla.

—No importa: esta noche eres nuestra.

El afecto con que Adelaida pronunció estas palabras no permitió que Eugenia insistiera en su negativa, y bajó de la carretela, subiendo á las habitaciones del piso principal de la casa, apoyada en el brazo de su amiga.

—En la primera antesala, escasamente alumbrada por dos luces de aceite, encerradas dentro de un enorme farol de cristal, roncaba, profundamente dormido, un criado de librea, que, sin embargo, se puso en pié como por máquina al pasar delante de él las señoritas.

No hay para qué detenernos á describir los muebles que adornaban esta antesala, ni á indagar la época de su colocación allí. Bastará decir que despues de siglo y medio no habia memoria de que hubiesen sacado ni uno siquiera, y á pesar de los diferentes condes de Baza que habia habido en

todo este tiempo, nunca se hizo almoneda á la muerte de ninguno de ellos.

Si hubieran resucitado los padres del bisabuelo de sor Clotilde, no habrían hallado innovacion alguna en el adorno interior de su palacio.

La fachada se habia revocado diferentes veces; pero esto habia sido por cumplir los preceptos municipales. De otro modo, aun existirían en ella las camas de las primeras golondrinas que anidaron en sus antiquísimos muros.

Las personas de la servidumbre eran consideradas ni mas ni menos que los muebles, y la doncella que no tenia la debilidad de casarse con el mayordomo, y solicitar una administracion para su marido en alguno de los estados de la casa, acababa allí sus dias por consuncion, y á los ochenta abriles aun no habia perdido el derecho de llevar una palma sobre el ataúd.

Ninguna de las que á la sazón tenia á su servicio la condesa de Baza era menor de cincuenta años, y ya estaba mas próxima á los sesenta que á los cincuenta y cinco la que destinaron al servicio de Adelaida.

Esperando á su nueva señorita, en el gabinete de esta se hallaba cuando llegaron allí las dos amigas.

Saludó con espresion de afectuoso respeto á Eugenia, de cuya desgracia le habia impuesto la condesa, y fiel observadora del ceremonial de la etiqueta, quiso desprenderla la mantilla antes que á Adelaida; pero Eugenia no lo consintió, diciendo:

—No se incomode usted; me voy á marchar al momento.

—Muy pronto lo has dicho, —replicó Adelaida riendo; —ya estás en mi cuarto, y aquí mando yo.

—Pero mi hermano estará con cuidado si no voy pronto, —replicó Eugenia.

—Le mandaremos un recado, —repuso Adelaida.

—No hay necesidad de que usías se incomoden, —dijo

la doncella.—El hermano de esta señorita, ¿no es don Fernando Vargas?

—Sí,—repuso con viveza Adelaida.

—Pues ya hace mas de una hora que está en el gabinete ochavado, hablando con su esclencia la señora prima de su esclencia mi señora la condesa.

Adelaida se inmutó con la noticia de la doncella, y se levantó, decidida al parecer á ir corriendo al gabinete ochavado; pero si tal era su proyecto, se arrepintió bien pronto, y avergonzada y confusa volvió al lado de Eugenia.

Esta, que apenas entró allí se habia sentado en una de las banquetas de raso amarillo que adornaban el gabinete, se dirigió á la doncella, y la dijo:

—Pues hágame usted el favor de ir allá, y decirle que estoy aquí, no sea que se vaya sin vernos.

—No puede ser, señorita; porque, segun me ha dicho doña Mónica, ha prohibido su esclencia que entre nadie en el gabinete... Lo que haré será estar con cuidado para cuando salga, y avisarle.

—Sí, si; vaya usted allá, y diga usted á doña Mónica que nos avise,—dijo Adelaida.

La doncella salió á cumplir las órdenes de su señorita á tiempo que llegaba allí otra dueña á anunciar que era la hora de rezar el rosario.

Esta costumbre piadosa era inmemorial en casa de los condes de Baza, y todas las personas de la servidumbre, desde el mayordomo hasta el último lacayo, acudían al gabinete de la condesa todos los dias al oscurecer.

Una de sus doncellas, que solia ser la vieja que á la sazón llegaba al aposento de Adelaida, recorria todos los departamentos de la casa, avisando que era llegada la hora del rezo.

Asistir á este acto era la mejor prueba de buenos servidores que podían dar á su ama los criados de la casa, y rara vez faltaba ninguno, á escepcion del portero de estrados

que estaba de servicio, y alguna vez el cochero, y las gentes de la cocina y repostería.

La doncella de Adelaida se volvió para interrogar con la vista á su señorita si le permitía asistir á la práctica piadosa, y Adelaida la dijo:

—Dé usted ese recado á doña Mónica; pero no deje de asistir á rezar el santo rosario con su señora... Nosotras iremos tambien... ¿No es cierto, Eugenia?

—¿Y tú me lo preguntas?...—replicó la afligida jóven, alzándose en pié y dirigiéndose con su amiga hácia las habitaciones de la condesa.

En la travesía hallaron varios criados, que marchaban en igual direccion y con el propio objeto, y en la antecámara de la condesa se iban reuniendo todos, esperando á que su esclencia los mandase pasar adelante.

Adelaida y Eugenia no se detuvieron allí, y entraron en el gabinete, donde se hallaba la prima de sor Clotilde, condesa viuda de Baza, sentada en un sillón de terciopelo azul, con un velador á la derecha, sobre el que se veían varios libros de devocion, un rosario de gruesos granates enarrazados en oro, y un *trísagio* de perlas con el mismo enzarce.

A pesar del estado de postracion á que la tenían reducida sus continuos achaques, quiso ponerse en pié al ver entrar á Eugenia, y esta no lo consintió, corriendo á su lado para saludarla.

La condesa la besó en la frente, y la hizo sentar á su lado, diciéndola:

—¿Cómo se encuentra usted, hija mia?... Antes he tenido el gusto de ver al hermano, y le he reñido por que no la dejaba á usted venir aquí.

—Mi hermano no tiene la culpa...

—Ya me lo ha dicho,—repuso la condesa.—El no venir consiste en usted, que no quiere ni salir á paseo, ni ir á ninguna parte, y eso es muy mal hecho. Que no viniera us-

ted á verme á mí, pase, porque soy una vieja, y aun no he podido pagar á usted la visita...

Eugenia quiso protestar de las palabras de la condesa, y esta la interrumpió, diciéndola:

—Sí, señora; yo habria visitado á usted ya, si no fuera por que hace ocho dias que ni siquiera puedo ir al jubileo de las cuarenta horas, ni á ver mis monjitas Descalzas, que las he ofrecido pasar con ellas una tarde entera... Pero el que no vaya á ver á usted, no es razon para que deje de venir á hacer compañía á su hermana Adelaida... ¿No es cierto, hija mia?—añadió la condesa, dirigiéndose á Adelaida.

—Ya se lo he dicho muchas veces, —contestó esta con indiferencia, preocupada su imaginacion con la noticia que le habia dado su doncella.

No la quedaba duda ya de que Fernando estaba tratando de un asunto reservado con sor Clotilde, puesto que, no solo habian dado orden de no recibir á nadie mientras durase la entrevista, sino que parecia que hasta se habian recatado de la condesa.

Esta advirtió la distraccion de Adelaida, y cogiéndola cariñosamente las manos, la dijo:

—¿En qué piensas, hija mia?

—En nada,—respondió friamente Adelaida.

—No puede ser,—repuso la condesa.—Eugenia será mas franca... ¿En qué pensaban ustedes al venir aquí?...

Eugenia no sabia qué contestar, y la condesa añadió:

—¿Adónde han ido ustedes á pasear esta tarde?... ¿Al cementerio quizá?

—Sí, señora,—respondió Eugenia.

—Mal hecho,—replicó la condesa.—Mal hecho por parte de usted, y peor aun en Adelaida el consentirlo... ¡Con qué van ustedes juntas para que usted no se encierre en el campo-santo, y ni por esas!... Adelaida no debió de haber accedido á ese deseo.



— ¡Me quiere tanto!... — dijo Eugenia.

— Pues por lo mismo debiera de evitar á usted esos momentos de tristeza y de pena... Y es preciso que renuncie usted á volver al campo-santo.

— ¿Por qué? — preguntó Eugenia con desconsuelo.

— Porque así como no debemos ahogar los dolores del alma con estruendos ni festines, tampoco es bueno cebarse en ellos de una manera inconsiderada, y que fácilmente se convierte en una censura impía del poder divino.

— Yo acato y venero la voluntad del Señor, — se apresuró á decir Eugenia.

— Lo creo, hija mia; pero si pierde usted su salud por afligirse continuando un dia y otro esas visitas estériles al cementerio, ¿no habrá usted atentado contra su propia vida, y por ello será responsable ante el Trono del Eterno?

Eugenia bajó los ojos avergonzada, y la condesa la besó de nuevo en la frente.

Adelaida, impaciente por saber lo que habian hablado sor Clotilde y Fernando, deseaba que la condesa convocase á su servidumbre para empezar y concluir el rezo ordinario.

Así se lo rogó que lo hiciera, y la condesa la dijo:

— Pero ustedes no se quedarán aquí, porque las seria muy molesto... Yo tengo muchas oraciones particulares, y rezo muy despacio.

— No importa, — dijo Adelaida; — ya sabe usted que desde que estoy aquí no he faltado un solo dia.

— Sí, ya lo sé; pero Eugenia...

— A mí tambien me gusta... En vida de mi pobre mamá rezábamos el rosario todos en familia.

— ¡Verdad es! — exclamó Adelaida.

— Pues siendo así... no quiero hacerlas esperar mas tiempo... Mónica... — añadió la condesa, llamando á su doncella. — A rezar.

Al punto se abrió de par en par la puerta del gabinete,

y entraron hasta diez ó doce dueñas, cuatro porteros, dos lacayos, el repostero, el mayordomo y otros criados.

Todos hicieron un saludo á su ama, arrodillándose despues delante de ella, y volviéndole la espalda por dar frente á un lienzo de vara y media, en el que estaba pintada una imágen de Nuestra Señora del Rosario.

La condesa cogió en la mano izquierda el libro de *los misterios*, y con la derecha se dispuso á pasar las cuentas del rosario de granates.

Apenas habia pronunciado las primeras palabras del Acto de contricion, que rezó á coro con toda la servidumbre, observó que Adelaida y Eugenia se habian arrodillado, y las dijo, interrumpiendo el rezo:

— Siéntense ustedes, y ya se arrodillarán cuando lleguemos á la letania.

— Estamos muy bien así, — contestó Eugenia, sorprendida de que la condesa interrumpiese el rezo para decirlas que no estuviesen de rodillas.

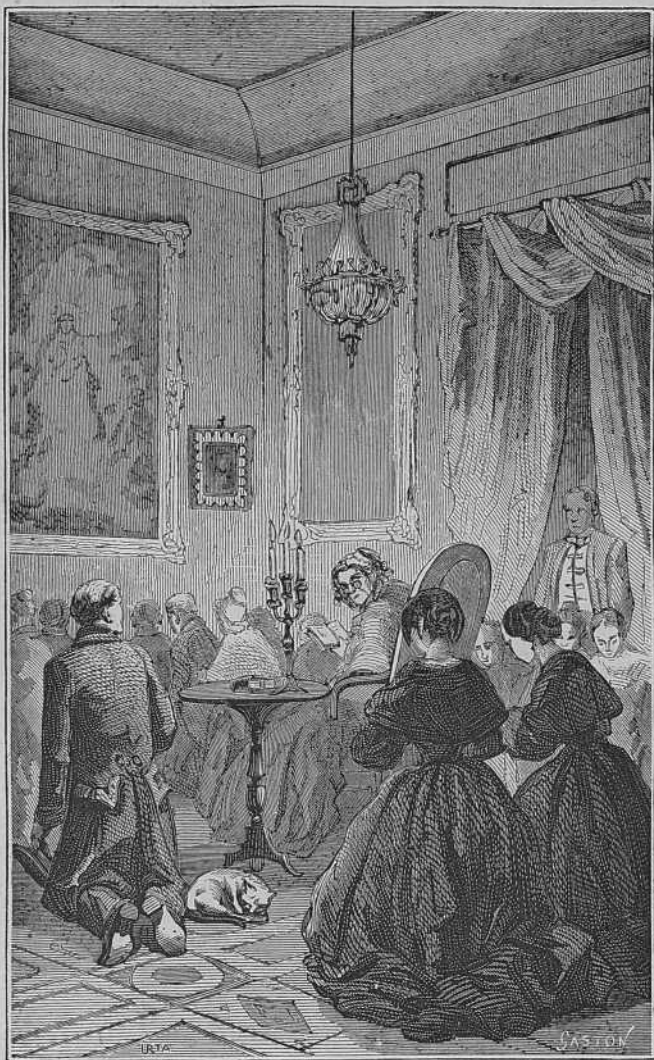
Pero el asombro de Eugenia creció de punto cuando observó la estraña manera que tenia de rezar la condesa.

Seguramente que la persona que no estuviese prevenida de antemano, no podia menos de sorprenderse al oir mezclar las órdenes para sus criados con los *Pater-noster* y las *Ave-Marias*.

Nada exageramos al decir que en su rezo habia tantas palabras profanas como divinas, y que por esta razon empleaba mas de una hora en este ejercicio piadoso.

El lector nos perdonará que le citemos un trozo del rezo que hizo en presencia de Eugenia, para que vea hasta qué punto llegaba la estravagancia de la condesa.

— *Padre nuestro*, — dijo, — *que estás en los cielos...* Clara, de mañana no pasa que vayas á ver cómo sigue la monja de las llagas... *santificado sea tu nombre...* don Ruperto, súbame usted luego la cuenta de los encargos que le hice el otro dia... *venga á nos tu reino...* Oye, Domingo, ¿te informaste



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD. — Siéntense ustedes, y ya se arrodillarán cuando lleguemos á la letanía.



de si era verdad aquel anuncio de cebada que vino en el *Diario*?... *y hágase tu voluntad*... No te duermas, Pascuala; todos los días tenemos lo mismo... *así en la tierra*... lo mismo le sucede á Roque... *como en el cielo*... no será por lo mucho que madruga. ¡Jesús! el diablo teneis en el cuerpo para quitarme la devoción. *Padre nuestro que estás en los cielos*...

Semejante ridiculez (no nos ocurre otra manera de calificar esta costumbre) era ya imposible de corregir en la condesa. Fuera de las doncellas que estaban á su servicio, apenas veía durante el día á ninguno de sus criados, y había adquirido el hábito de salpicar las frases del rezo con apóstrofes y con encargos, según le iban ocurriendo á la vista de las gentes de su servidumbre.

Así se informaba de la salud de los criados enfermos, aprobaba ó desaprobaba la habilidad del repostero; indicaba los platos que le había de poner en la mesa al día siguiente; y en suma, se comunicaba con todos ellos del modo y forma que acaba de ver el lector.

El día de que hablamos continuó poco mas ó menos lo mismo hasta terminar el rosario, y rezar despues una multitud de *Pater-noster* por el alma de otros tantos ascendientes de su ilustre familia. También por la salud del mozo de mulas, que estaba enfermo, rezó una *Salve*, y otras por varias necesidades secretas.

Y empezaba el trisagio, cuando se abrió de repente la puerta del gabinete, y asomándose allí doña Mónica, dijo:  
—Señorita Adelaida, que venga usía.

Adelaida marchó gozosa y alegre á saludar á sor Clotilde, con la esperanza de hallar allí á Fernando.

La superiora la salió al encuentro, y rebosando alegría en el semblante, la echó los brazos al cuello, diciéndola:

—Dios ha oído nuestros votos, y se ha compadecido de tu dolor... Mi esperanza no es un sueño... Fernando...

—¿No está aquí ya?—dijo Adelaida, registrando con una mirada rápida el gabinete ochavado.

— No, hija mia... Yo le he dicho que se retirára.

— ¡Sin verle! — exclamó Adelaida, ocultando el rubor de su semblante sobre el hombro de sor Clotilde.

— Sí, hija mia; yo lo he dispuesto así... pero no tardarás en verle...

— Aquí está Eugenia, — dijo Adelaida.

— Sí, ya lo sé; pero es preciso que ignore lo que voy á decirte... Mi esperanza no era un sueño: ya no es imposible tu amor con Fernando...

— ¡Dios mio! — gritó Adelaida con un acento difícil de explicar.

— Fernando no es hermano tuyo, y el hijo de don Lorenzo Vargas puede ser esposo de la heredera del duque de Mont-Marsan.

— ¡Dios mio! — repitió con delirio Adelaida.

Y estrechando en sus brazos á la superiora, permaneció largo rato con la vista fija, y sin acertar á pronunciar una sola palabra.



## CAPITULO LXVIII.

**¡Está loca!**

Si sor Clotilde hubiese esperado á que Adelaida rompiese el silencio en que quedaron ambas despues de la importante revelacion que acababa de hacerla, largo rato habrian permanecido la una en los brazos de la otra sin decirse una sola palabra.

Si el exceso del placer diera la muerte, Adelaida no hubiera sobrevivido un solo instante á la noticia que le habia dado sor Clotilde.

Para comprender la reaccion de su espíritu en aquellos momentos, es preciso conocer la historia de los primeros años de su juventud.

Los que la han visto en medio de sus mayores aficciones invocar la imágen querida, como el único emblema de felicidad que halagó los últimos ensueños de su infancia;

Los que han oido siempre en sus lábios el nombre de Fernando como el último asidero que habia perdido en la desecha borrasca de su vida;

Los que hayan comprendido el dolor profundo de su alma siempre que la decian que su amor con Fernando era imposible;

Los que, hayan visto, en fin, la inquietud y el afán con que abría sus hermosos ojos delante de su oscuro porvenir, como si quisiera rasgar con su mirada el impenetrable misterio que se oponía á su felicidad... esos comprenderán la angustiosa alegría de su corazón al oír las palabras de su superiora y amiga.

Ni con el desvalido piloto que, roto el timón del buque, sufre los embates de las irritadas olas, confundido en la oscuridad de la tormenta;

Ni con el fatigado peregrino que, perdido en medio de un bosque, vaga errante de un lado para otro, y cae en tierra desesperado de no hallar una senda que le guíe al término de su viaje;

Ni con la inocente paloma que bate sus alas cruzando el horizonte, sin hallar un punto donde posarse para reponer sus fuerzas y continuar su vuelo;

Solo con el náufrago que, perdida la esperanza de descubrir tierra, desarbolado y roto el buque, se entrega en los brazos de la tempestad, sin otro consuelo que el de hallar la muerte en el fondo de los mares... solo con el dolor de este río de muerte, es comparable la aflicción de Adelaida antes de oír las palabras de sor Clotilde.

Imagínese el lector la alegría de ese náufrago, si cuando creyera entregarse en poder de la ola que había de dar fin de su existencia, se viera de repente, no ya tendido sobre la dura tierra, sino en los brazos de las prendas de su corazón, cuyo recuerdo invocaba en su agonía; y habrá comprendido el gozo de Adelaida.

Los últimos acontecimientos de su vida, desde que estrechó entre sus brazos á Eugenia para saber que Fernando existía, fueron la recopilación, por decirlo así, de los tormentos que la habían afligido por espacio de cinco años seguidos.

El hábito de las hermanas de la Caridad y los ejercicios piadosos á que se entregaba con inimitable celo en el Hos-

pital, habian alejado de su imaginacion los odiosos recuerdos de sus verdugos de la Torre del Duende.

El amor de Fernando era el único pensamiento que existia grabado con caracteres eternos en su corazon. No habia conocido otro padre, ni otro hermano, ni persona alguna mas que él que se interesára en su suerte, y que hubiera comprendido la ternura de sus sentimientos.

Fernando era para ella un nombre querido, que mezclaba de continuo en sus oraciones, purificándole con su angelical acento de los recuerdos mundanos que pudieran profanar sus plegarias.

Le habia aprendido como el único símbolo de su existencia, y era para ella el lábaro de su inestinguible fé, y el codiciado triunfo de su *imposible* victoria.

Los sucesos que el lector conoce la habian obligado á enterrar ese nombre en su corazon, adorando sus cenizas, como el único resto de su soñada felicidad.

Pero de repente, la noticia de que Fernando existe, y de que la ama como en el dia de su última entrevista, resuena en su corazon como la trompeta del *Apocalipsi* en los sepuleros de los mortales, y turbada la aparente calma de su espíritu, se alza soberbia su mal reprimida pasion.

Olvida por un momento las últimas palabras de don Lorenzo, y la imposibilidad de su amor con Fernando, vuelve á sonar en sus oidos como la exhortacion del agonizante en los del reo de muerte, que despierta despues de un ensueño de felicidad en el lecho funeral de la capilla.

Sus verdugos de la Torre del Duende se alzan tambien de los sepuleros del olvido, en que ella los habia enterrado, y la persiguen otra vez con encarnizado furor.

A precio de tantas angustias supo la infeliz Adelaida la existencia de Fernando, y apenas habia gozado el placer de estrechar su corazon contra el de su hermana Eugenia, la arrancan de sus brazos para robarla toda esperanza de felicidad.

Rodeada de enemigos officiosos, que la envidian hasta el triste placer de hallarse en los brazos de la mujer que la arrancó de los de su madre, abre la caja donde se encerraba el misterio de su existencia, y sabe por fin los nombres de las personas que la dieron el sér.

Pero el lector tiene ya noticia del precio á que la vendieron semejante revelacion aquellos documentos.

La mujer que ella creia madre de Fernando lo era tambien suya, y se convenció de que la daban un hermano en cambio de su amante.

Sin embargo, pasados los primeros breves momentos del dolor, bendijo el nombre de su madre, se prosternó ante los designios del cielo, y arrancó de su corazon la imágen querida del amante, grabando en su lugar la del no menos querido hermano.

Tal era el estado en que se encontraba Adelaida cuando oyó la importante revelacion de sor Clotilde.

Rendida de luchar contra los rigores del destino, como el náufrago que busca nadando la suspirada tierra y le faltan las fuerzas al tocar la orilla, se encontraba Adelaida despues de haber oido las palabras de su amiga.

En su inmóvil y pálido semblante no se podian conocer los sufrimientos de su alma.

Era demasiado violenta la dicha que oprimia su corazon entonces, para que pudiera retratarse en el rostro, y concentrada en el fondo de su pecho, parecia que el temor de perderla la obligaba á no publicarla con signos exteriores.

Sor Clotilde, que no habia tenido una impresion tan profunda, se sobresaltó al verla apoyada sobre su hombro, con los ojos abiertos y fijos, sin responder á sus palabras, y, con no poco trabajo, la reclinó sobre el sofá.

— ¡Adelaida!...—decia sin cesar la superiora.— ¡Adelaida!...—repetia, buscando con su mirada la de la impasible jóven.—Hija mia, mírame... ya eres feliz... Fernando...

Este nombre sacó de su estupor á Adelaida.

Movió sus hermosos ojos; miró con ansiedad en derredor suyo; llevó las manos á la frente, como si quisiera rechazar el influjo de alguna pesadilla funesta, y estrechando la mano de la superiora, con mirada angustiosa y vaga, repitió:

— ¡Fernando!... ¡Fernando!

— Sí, hija mia, sí,—la replicó con amabilidad sor Clotilde;—Fernando vendrá aquí dentro de un momento, y vuestro enlace quedará concertado hoy mismo.

— ¡Mi enlace!... —dijo Adelaida con aire de duda, y como si aun no hubiera comprendido la revelacion de sor Clotilde.

— Sí, tu enlace con Fernando... Te ama como siempre, y vuestro amor no es imposible ya.

— ¿Con que no es imposible?... —preguntó Adelaida con un tono de indiferente curiosidad, que hizo estremecer á sor Clotilde.—Cuénteme usted... Cuéntemelo usted todo,—añadió con sonrisa burlona.

Sor Clotilde la soltó las manos y se acercó á examinarla con detencion, horrorizada de que fuesen ciertas las sospechas que se despertaban en su mente.

Adelaida la miraba con asombro, y su vista inquieta seguia todos los movimientos de su desconsolada amiga, sin dejar de sonreír de una manera cruel.

En su semblante se advertian las señales horribles de esa candidez precursora de la enagenacion mental.

La sonrisa que bañaba sus lábios no era aquel testimonio constante de la pureza de su corazon y de las virtudes de su alma, sino el sello de la estupidez, que anuncia la falta de la razon en el semblante del idiota.

Ni con los síntomas de un sonambulismo cómpete, ni con las señales de una alegría exagerada, podia confundirse desgraciadamente el estado en que se encontraba Adelaida, y sor Clotilde penetró bien pronto la gravedad del caso.

Cansada de procurar en vano volverla la razon, que pa-

recia haberla abandonado por completo, y viendo que solo respondia á sus palabras con una sonrisa desgarradora y cruel, puso en movimiento á todas las gentes de la casa; mandó avisar á Fernando y á los médicos, y contemplándola con ternura, arrasados en lágrimas sus ojos, exclamó:

— ¡Está loca!... ¡Dios mio!... ¡Está loca!...



## CAPITULO LXIX.

### Adelaida en los brazos de Eugenia.

Los gritos de sor Clotilde, publicando el estado alarmante en que se hallaba la heredera del ducado de Mont-Marsan, pusieron en movimiento á todas las gentes, y el rosario que se rezaba en el gabinete de la condesa concluyó bruscamente, como dice el vulgo que terminó el de la Aurora.

Todos los criados acudieron presurosos al gabinete ocharvado, y sor Clotilde solo permitió la entrada allí á Eugenia y á doña Mónica.

Esta *doncella*, viuda de un paje del rey Carlos III, que habia terminado sus dias en la casa de locos de Toledo, tenia algun conocimiento en materia de enagenaciones mentales, y su presencia parecia indispensable allí.

De acuerdo con sor Clotilde, quiso impedir que Eugenia se precipitára en los brazos de su amiga; pero no pudo lograrlo.

Asustada con las aterradoras palabras de la superiora, entró allí la desconsolada huérfana con las manos cruzadas sobre el pecho, sus grandes ojos negros abiertos con espan-

to, y pintada en su semblante una angustiosa y terrible ansiedad.

Adelaida, reclinada en el sofá, con la cabeza caída y las manos sobre las rodillas, no presentaba ya ninguno de los síntomas que habian alarmado á sor Clotilde. Pero Eugenia, que no podia apreciar esta mudanza, demasiado rápida para que dejase de ser un presagio funesto, creyó que ese era el verdadero síntoma de la enagenacion mental, y abrazándola con ahinco, la dijo con voz triste y fuerte:

— ¡Adelaida!

Su amiga no dió señales de oirla, y Eugenia se arrodilló á sus piés para buscar con su mirada la de la infeliz Adelaida, que, alzando la frente, y mirando con sobresalto en derredor suyo, la rechazó de su lado.

— Adelaida... — volvió á decir Eugenia. — Adelaida... hermana mia...

Y viendo que nada la respondia, y que se retiraba con la vista espantada, como si quisiera huir de su presencia, se volvió hácia la superiora para preguntarla la causa de aquel extraño accidente.

Sor Clotilde no contestó nada, ni hacia otra cosa que alzar las manos al cielo aturdida, y correr de un lado para otro, reprendiéndose en su interior por haber cometido la imprudencia de revelarla una noticia tan importante de una manera harto brusca en verdad.

Diferentes criados habian salido en busca de médicos, y sor Clotilde se impacientaba, porque hubiese querido tenerlos allí al momento para evitar que el delirio hiciera los progresos que eran de temer, atendidos los primeros síntomas con que se habia presentado.

Eugenia no cesaba de intentar el restablecimiento de Adelaida, hablándola de diferentes maneras, sin conseguir otra cosa sino que la mirára con ceño adusto, y con ese recelo que anuncia la ausencia de la razon en el cerebro de los maniáticos, y mejor diremos, de los dementes.

El estado en que se hallaba Adelaida parecia ser un intervalo lúcido de la locura, de que, sin embargo, aun no habia ofrecido ningun sintoma esencialmente característico; pero que con razon habia temido sor Clotilde.

Su fisonomía variaba á cada momento, y sus ojos, siempre brillantes, sus facciones encendidas y su boca seca, revelaban el ardor que abrasaba su cabeza.

Doña Mónica apreciaba estos sintomas mejor que las dos amigas, y viendo la consternacion de ambas, las dijo:

—No hay motivo para tanta alarma...

—¿De veras?...—preguntaron á la vez sor Clotilde y Eugenia.

—Lo que ustedes oyen... Algo roja y ardorosa está la piel de la frente, y la mirada no es muy clara; pero no hay cuidado... Si la sangran con tiempo no se desarrolla la locura.

Sor Clotilde, que tenia noticia de la práctica de doña Mónica en esa funesta enfermedad, la oyó como á un oráculo, y salió corriendo del gabinete para mandar nuevos criados en busca de médicos.

Doña Mónica salió tambien de allí para volver, segun dijo, con una receta que le habia dado una amiga suya, precisamente el mismo dia en que murió su marido; pero que á cuantos se la habia recomendado despues les probó como *mano de santo*.

Eugenia quedó sola con su amiga Adelaida, y á pesar del desvío que esta la manifestaba, se volvió á arrodillar delante de ella, la cubrió de besos las manos, y esforzándose por sonreír, la dijo:

—Adelaida... mírame... Fernando vá á venir ahora...

No observó Eugenia la alteracion del semblante de su amiga al oír el nombre de Fernando; pero estaba persuadida de que si esa palabra no la restituia la razon, serian inútiles todos los remedios del arte. Por eso tenia mas confianza en la llegada de Fernando que en la de los médicos,

y sin cesar miraba á la puerta de entrada, deseando que su hermano se presentára allí.

Pero la condesa de Baza, á quien, conmovida y aterrada, dió cuenta sor Clotilde de lo ocurrido, creyó con razon que seria una imprudencia mayor que la primera la de hacer entrar allí á Fernando, y encargó que le llevasen á su gabinete, sin dejarle ver á Adelaida.

Así conoció su error la superiora, y dió las órdenes al efecto, á tiempo que se presentaba allí un médico, que, informado rápidamente de lo ocurrido, voló al punto al gabinete ochavado.

Eugenia, mientras tanto, habia conseguido vencer por completo el desvío de Adelaida, y sentada á su lado, la sostenia la cabeza sobre su pecho, pasándola el brazo izquierdo por encima del hombro, y estrechando con la mano derecha las de su amiga.

El dolor, la alegría y el sobresalto estaban pintados en el semblante de la jóven.

La inquietud con que miraba en derredor suyo, y la inmovilidad de su cuerpo, revelaban el sobresalto de la madre cariñosa, que, á la madrugada de una noche de insomnio, ha logrado dormir al hijo querido sobre el regazo materno, y teme que el viento pueda despertarlo.

Hubiese ella querido hallarse entonces en una soledad absoluta, y cada pisada que oia en las habitaciones inmediatas penetraba en su corazon como el filo de una espada.

Apoyados sus lábios sobre la frente de su amiga, caian sobre el rostro de esta las lágrimas que brotaban sus ojos, y aun este llanto bienhechor, que apagaba el fuego de la abrasada frente de Adelaida, hubiese recogido Eugenia. Su mal reprimido aliento era otro bálsamo consolador para su amiga, y Eugenia, sin embargo, se esforzaba por contenerlo. Lo propio hacia con los frecuentes latidos de su corazon, y el sobresalto se pintaba en su fisonomía siempre que Adelaida hacia el mas leve movimiento.

A cada paso temia que su amiga huyera de sus brazos, y cada vez la estrechaba con mayor ahinco, siempre con una espresion de ternura imposible de describir.

Su vista, caida sobre la cabeza de Adelaida, se fijaba alguna vez en la puerta de entrada, y cuando oyó las pisadas de sor Clotilde y del médico, que se acercaban allí, clavó sus ojos en el dintel de la puerta, y con angustioso afán les hizo seña para que se retiráran.

El médico era, por fortuna, uno de los pocos que tiene la ciencia de curar, observadores y prontos á confiar la curacion de los enfermos mas á los remedios de la propia naturaleza, que á las drogas de la botica.

Desde que le dijeron lo que habia ocurrido allí, y la causa del trastorno cerebral, que habian calificado de locura, sospechó que se trataba de un delirio pasajero, producido por una fuerte escitacion independiente de toda inflamacion del cerebro.

Al dirigirse al gabinete creyó encontrar una jóven agitada, temblorosa, dando gritos y con todos los síntomas del delirio nervioso; pero apenas hubo asomado la cabeza y visto el cuadro que presentaban las dos amigas, él mismo se anticipó á los deseos de Eugenia, é impidiendo la entrada á sor Clotilde, la dijo en voz baja:

—Silencio...

Despues, sin moverse de allí, y observando con detencion á la enferma, añadió:

—Duerme... A procurar el sueño se habrian limitado todos los remedios que yo hubiese dispuesto.

—¿Y no seria bueno sangrarla?—preguntó sor Clotilde.

El médico frunció el ceño, y como si hubiera escuchado una blasfemia médica en boca de un doctor de la ciencia, dijo:

—En la lengua era preciso sangrar al que haya propinado semejante absurdo.

Y volviéndose á doña Mónica, que venia corriendo por el pasillo con un papel en la mano, la dijo:

— ¡Silencio!... Retírese usted.

— ¡Vaya! ¡Que me retire!... No, señor, — contestó la dueña. — Si yo traigo aquí una receta, que la pondrá buena al momento.

— La mejor medicina para la enferma es que se vaya usted de aquí, y que no deje entrar á nadie.

Sor Clotilde confirmó con la vista la orden del médico, y doña Mónica se retiró, diciendo:

— ¡Ya la hemos echado á perder!... Entraron los médicos, punto concluido... Por hacer caso de ellos se murió mi difunto, que Dios haya.

Al médico no le era fácil examinar bien el semblante de Adelaida, oculto sobre el pecho de su amiga, y pareciéndole que estaba dormida, se fué acercando poco á poco, haciendo señas á Eugenia para que continuára sin moverse.

Sor Clotilde quedó á la puerta, y el médico pasó por delante de Adelaida sin que esta hiciese el menor movimiento; la examinó con detencion, y despues de registrarla el pulso y de ponerla la mano sobre la frente y sobre el corazon, dijo:

— Si se conserva así un par de horas, se habrá salvado.

Eugenia se estremeció de gozo, y el médico la dijo:

— No se mueva usted, señorita.

— No puedo enjugar el llanto, y temo que se despierte.

— Al contrario, esas lágrimas mitigan el ardor de su frente, y han contribuido á procurarla el sueño.

Eugenia continuó inmóvil sobre el sofá, y el médico se retiró de allí para que sor Clotilde le refiriera mas extensamente todo lo ocurrido, y poder pensar lo que convenia hacer en el momento que Adelaida despertase.

Hemos dicho que el médico que entró allí era uno de los pocos pensadores que se encuentran en esa ciencia, cuyo fundamento es la observacion, cuya historia y origen es una



série de observaciones, y que si algun dia ha de merecer el omnipotente dominio que hoy ejerce, necesita que sus hijos pasen una y otra generacion observando.

Tenia además este médico una circunstancia muy importante en la ocasion presente, y era la de haber consagrado una gran parte de su vida al estudio de las enageneraciones mentales. Y para esto, no habia visitado simplemente y por mera curiosidad los hospitales de dementes, en los pocos países civilizados donde se ha hecho algo por aliviar esa horrible dolencia, sino que habia curado por distintos métodos á diferentes enfermos, y consignado multitud de observaciones en una obra que estaba escribiendo sobre tan importante materia.

El descuido en que este estudio se halla entre nosotros, y lo poco que se ha escrito con seguridad sobre las alteraciones del órgano del pensamiento, habian llamado vivamente la atencion del célebre profesor de que hablamos.

Horrorizado al ver en los hospitales de locos franca la entrada para el público, como en una casa de fieras; al observar que el loquero hace al llegar á cada jaula la historia del infeliz que yace allí tendido y desgarrado sobre el duro suelo, é indignado, en fin, de que las personas que andan á su alrededor se entretengan en escitarles las mismas ideas ó pasiones en el sentido de su delirio, el médico que habia acudido el primero á visitar á Adelaida se entregó con afan al estudio de esas enfermedades.

En dos distintas ocasiones se habia encargado de la direccion de una de las casas de locos de España, y siempre tuvo que abandonarlas, porque, lejos de secundar el gobierno su plan, le hacia imposible con sus disposiciones.

Sangrías abundantes, que las mas veces aumentan el mal, destruyendo siempre los elementos de que podria disponerse para curarlo; amenazas y castigos, con los que, lejos de desistir el enfermo de la idea que trastornó su mente, la halaga y aborrece á los que intentan arrancársela; las

chanzas groseras, ó la idea contraria á la que constituye la escasa vida de su perturbada razon, tales son los llamados métodos curativos que se emplean entre nosotros para corregir el trastorno continuo ó intermitente de las facultades intelectuales.

Con razon puede decirse, por mas que estremezca el pensarlo, que si en casi todos los pueblos civilizados han adelantado poco ó nada en esta materia, en España estamos en un estado de lamentable atraso.

Aquí no se intenta siquiera curar la locura, sino defenderse de sus efectos, huyendo de los locos como si fueran bestias feroces. Nada se hace por restituir la razon al que se vé privado de ella, sino que en el momento se le dá de baja en la sociedad, y se le abre una jáuila en el hospital de locos. Si es *divertido*, como allí dicen, se le presenta á los curiosos en lugar preferente, y á costa suya gana el loquero una propina.

Si por el contrario, está *furioso*, una *camisola de fuerza* y el látigo, á veces, son todos los remedios que le aplican.

En suma: á tal punto horroriza el estado de esos establecimientos en nuestro país, que no podemos entrar hoy en las reflexiones que se agolpan á nuestra cabeza, por temor de que nuestra censura tome un carácter agresivo, que no queremos usar en esta historia. Quizá en otra ocasion podremos estendernos sobre esta materia, á la que somos un tanto aficionados.

Sigamos ahora observando al médico, que despues de haber hecho preguntas muy acertadas sobre Adelaida, y enterándose del grado de sus relaciones con Fernando, dijo:

—Cuando despierte no conviene que vea á su alrededor sino á las personas con quienes estaba cuando usted la llamó para hablarla de sus amores.

—Estaba rezando el rosario con mi prima,—repuso sor Clotilde.

—Pues bien... perfectamente... Que vaya allí esa seño-

ra para que cuando vuelva en sí se halle rodeada de los mismos objetos que antes de perder la razón, ó de perturbársela momentáneamente; porque no es otra cosa lo que creo que ha sucedido hasta ahora.

—¿Y no teme usted,—dijo sor Clotilde,—que recuerde la noticia que yo la he dado, y que se impaciente al ver que todo ha sido un sueño?

—Eso es precisamente lo que yo busco,—replicó el doctor.—Considerándolo como un sueño, no la parecerá imposible que sea mas tarde una realidad, y habremos conseguido lo que deseamos.

A este tiempo se oyeron voces en la antesala donde se habia situado doña Mónica, y el médico, que corrió á la puerta del gabinete ochavado para impedir que entrasen allí, observó con satisfaccion que la enferma seguia durmiendo, y que ya su semblante era mas tranquilo y menos encendido el color de la piel.

Llegó á tiempo de impedir que Cabezota, que era el que habia atropellado las canas de doña Mónica, entrase en el gabinete ochavado.

El médico le miró con estrañeza; pero suponiendo que seria algun criado de la casa, le señaló con el dedo el aposento en que estaba sor Clotilde, y le dijo:

—Allí.

Cabezota miró á su vez con asombro al médico, y le replicó:

—Quiero ver á la señorita.

—Allí,—repitió con ceño adusto el doctor.

Y en el gabinete donde se hallaba sor Clotilde rendida de dolor, entró Cabezota, preguntando con afán:

—¿Dónde está la señorita?

—Durmiendo,—contestó la superiora en voz baja.

Y observando la estrañeza del médico, que volvió de nuevo allí, le dijo:

—Doctor, le presento á usted á Paco Serrano... A él

le debo la vida, y la enferma á quien usted está visitando ahora le debe lo propio en mas de una ocasion.

El médico recibió con indiferencia la presentacion que le hacia sor Clotilde; pero esta añadió:

—Sepa usted que este hombre es el amigo íntimo de esa jóven, y un discípulo muy aprovechado.

Cabezota bajó los ojos, como si se avergonzara de oir aquellos elogios, y el médico, siempre observador y perspicaz, llamó aparte á sor Clotilde, y la pidió mayores esplicaciones sobre aquel hombre.

La superiora le hizo brevemente la historia de todo, añadiendo estas palabras:

—Nos ha sido imposible hacerle aceptar recompensa ninguna, y hasta se ha negado á admitir una habitacion en esta casa... pero viene todos los dias á dar leccion de doctrina cristiana. Encanta, —añadió conmovida sor Clotilde,—ver el entusiasmo con que Adelaida le esplica á su modo, y por medio de comparaciones y ejemplos, los principios de moralidad y las máximas del Evangelio.

—¿Y á qué hora suele ser ese ejercicio?

—Ahora, dentro de un momento.

—¿Quién mas está en la habitacion cuando viene este hombre?

—Mi prima y yo solemos estar presentes.

—Pues en ese caso, esta es la escena que hemos de preparar para cuando despierte la enferma,—dijo el médico.

Y dirigiéndose á Cabezota, le enteró del papel que habia de desempeñar cuando llegase el momento, admirándose de ver la facilidad con que le adivinaba el pensamiento aquel hombre de fisonomía ruda y tosca.

---

# LIBRO SESTO.

---

## CAPITULO LXX.

### El médico y Adelaida.

Todo sucedió como lo habia previsto el médico.

Adelaida volvió en sí tranquilamente, aunque con la razon algo perturbada, y cuando abrió los ojos se halló entre sus amigas, la condesa, sor Clotilde y Eugenia. Cabezota estaba tambien en el gabinete, dispuesto á cumplir los preceptos del médico, que consistian en no hablar nada á la enferma, sino esperar á que ella rompiese el silencio, y hacerla una oposicion templada á lo que dijera.

Esta comision parecia harto delicada para un hombre tan tosco como Cabezota; pero el médico habia adivinado perfectamente el alto grado de entusiasmo que tenia por Adelaida, y no dudó del acierto con que desempeñaria su encargo.

Quedó el doctor en la sala contigua, despues de haber encargado á doña Mónica, de acuerdo con sor Clotilde y con la condesa, que apenas hubiese vuelto en sí Adelaida, anunciára su visita como la de un amigo íntimo de la casa.

Hízolo la dueña como se lo habian mandado, no sin mur-

murar primero del médico, resentida del desaire que habia hecho á su prodigiosa receta para curar la locura, y el médico entró allí, tomando asiento al lado de sor Clotilde.

Esta tenia á su derecha á Adelaida, que estaba sentada en el sofá con su amiga Eugenia, y Cabezota se hallaba á una distancia respetable de todos, sentado en uno de los sillones, á despecho de la condesa, cuyas virtudes no eran suficientes para acallar el orgullo de su aristocrática y rígida etiqueta.

Jamás en su presencia habia tomado asiento ninguna persona de clase inferior á la suya, y Cabezota era para ella uno de tantos. Toleraba, sin embargo, esta escepcion, porque apreciaba mucho á Adelaida, y porque deseaba vivamente *la conversion*, como ella decia, del bandido.

Cuando el médico entró allí, ya habia vuelto en sí completamente Adelaida, y despues de mirar con espanto á las personas que estaban á su alrededor, se pasó la mano por la frente, como si quisiera recordar lo que la habia ocurrido, y fijando su vista en Cabezota, le dijo:

— Buenas noches, Paco...

— Téngalas ustá felicísimas, señorita, — contestó el bandido, alzándose en pié y esforzándose por sonreír para distraer á Adelaida.

— ¿Por dónde has entrado, que no te he visto?

— ¡Ahí verá usía!... Soy brujo.

Sor Clotilde no comprendió que Cabezota hablaba con cierto tono de broma para distraer á Adelaida, y le dijo:

— Eres muy olvidadizo, Paco... ¿No te ha dicho la señorita que no la des tratamiento?

— ¡Verdad es! — respondió con aparente ingenuidad Cabezota. — Ya no me acordaba... Pero en cambio no me sucede eso con la leccion de anoche; me la sé de memoria... como un loro.

— ¿De veras? — dijo con indiferencia Adelaida.

— Sí, señorita; me acuerdo muy bien de lo que usted



me dijo, de que Dios quiere que haya gente mala en el mundo...

—Yo no he dicho semejante cosa...—dijo Adelaida, asustada de que Cabezota hubiese interpretado sus palabras de distinto modo de como ella las habia pronunciado.

Y el bandido, satisfecho de que la señorita hubiese caído en la red que la habia preparado de intento, se apresuró á interrumpirla, diciendo:

—Tiene usted razon, señorita... soy un bestia... Lo que usted me dijo fué que el Señor presenta á los justos la senda de la salvacion, y que á los pecadores les ciega el camino de la gloria.

Cabezota desempeñaba perfectamente el papel que le habia ensayado el médico; sus nuevos errores produjeron un efecto maravilloso en Adelaida, que olvidada de la idea que atormentaba su espíritu, y sin hacer caso de doña Mónica, que anunciaba en aquel momento la visita del médico, se apresuró á decir:

—Paco... Paco... ¿qué disparates son esos? ¿Ahora estamos ahí?... Cuando yo creía haber desvanecido tus dudas en esa materia, me encuentro que has dado á mis palabras una interpretacion errada. Lo que yo te dije ayer, aclarándote lo que no habias podido comprender en la Peña-Sacra, y lo que te repetiré ahora y siempre, es que Dios es el único juez y señor de todo lo criado, y que á él solo le corresponde imponer los castigos... que los justos y los pecadores son igualmente hijos suyos, y que á todos nos presenta del mismo modo al nacer la senda del bien y la del mal.

—Pues eso es lo que yo digo... solo que no sé explicar-me...—repuso con aire de ingenuidad Cabezota.

Y Adelaida, que se disponia á continuar desvaneciendo aquellos errores, sin conocer la intencion con que los cometa el bandido, se detuvo al ver entrar al médico.

Todos guardaron silencio, fijando sus miradas en la joven, y el médico se dirigió á sor Clotilde, diciéndola:

—Si mi presencia es causa de que ustedes no sigan hablando, me retiro.

—No, señor,—replicó sor Clotilde.

—Observo,—añadió el médico, señalando á Cabezota,—que el señor, que tenía la palabra cuando entré aquí, se calla, y que se ha quedado en pié como en actitud de retirarse, y no quisiera yo ser la causa...

—Siéntate, Paco,—dijo sor Clotilde,—y sigue hablando lo que quieras... Este caballero es persona de confianza, y muy aficionado á esas cuestiones religiosas, única base del verdadero socialismo.

—¡Hola! ¡Se trataba de asuntos de tanta gravedad!—repuso el médico sonriendo, y fijando su vista como por casualidad en Adelaida.—Pues hágame usted el obsequio de continuar, porque quizá tome yo parte en la discusion, si ustedes me lo permiten... ¿Y cuál de estas señoritas es la que tiene pedida la palabra para replicar al preopinante?

Sor Clotilde señaló á Adelaida, y dijo:

—Esta señorita, de quien hablé á usted dias pasados, se entretiene todas las noches en explicar á Paco las principales máximas de la religion, para desvanecer ciertos errores que pudieran serle funestos.

—Ocupacion muy digna de una jóven,—contestó el doctor.—Pues calleemos, y que sigan hablando.

—Habiamos concluido ya,—dijo ruborizada Adelaida.—Paco tenía algunas dudas sobre lo que hablamos anoche, y...

—Las tengo aun...—replicó Cabezota, obedeciendo á una seña del médico.—Yo siento ser algo torpe; pero no entiendo bien lo que usted me dice de que Dios es justo castigando al que no tiene una fé ciega en el poder de la misericordia divina... Para que Dios fuese justo, seria preciso que á todos los hombres les diese al nacer la misma cantidad de fé... De lo contrario, el que tiene mucha no está tan espuesto á quedarse sin nada como el que tiene poca, ó

el que ha nacido sin ninguna... Hay muchos niños que desde que vienen al mundo no oyen mas que blasfemar y maldecir de Dios y de los santos, y esos por necesidad han de ser malos... Al paso que otros no tiene gracia que sean buenos, porque, como usted me dijo el otro dia, los han criado en el santo temor de Dios...

Adelaida, cuya fé, como sabe el lector, era tan grande que habia bastado para darla valor en medio de sus mayores desgracias, se asustó al oir las reconvenciones de Cabezota, y aunque se habia propuesto guardar silencio ínterin se hallase allí el médico, se apresuró á replicarle.

—Veo con dolor, Paco, que mis palabras no han sido suficientes para calmar esas dudas, que ayer creí haberte disipado completamente, y hoy han tomado unas proporciones colosales, superiores ciertamente á la escasa fuerza de mi talento... Ya te he dicho que el poder divino se ostenta del mismo modo á la vista de los mortales, y que todos somos testigos de su grandeza, y le debemos al nacer iguales beneficios... De ahí nace la fé, que no es otra cosa sino la esperanza que tenemos en la omnipotencia del Supremo Hacedor; y de consiguiente, no puede decirse que Dios reparte con desigualdad el sentimiento de la fé entre sus hijos... Esto equivaldria á suponer que el sol no alumbra por igual para todos, y que la tierra no nos sustenta del mismo modo á los unos que á los otros. Pero veo que mis razones no pueden iluminar tu fé, y desconfío de disipar las tinieblas de tu alma.

Todos guardaron un profundo silencio despues que hubo hablado Adelaida, y Cabezota bajó los ojos avergonzado, porque en realidad sentia, aunque fuese fingido, rebelarse con tanta tenacidad contra las palabras de la mujer á quien adoraba, y á la que consideraba como á un sér sobrenatural.

Pero el médico, que quizá no hubiese imaginado una situacion mejor para desviar completamente á Adelaida de la

idea que la habia producido el delirio nervioso, tomó la palabra, y dijo sonriendo:

—Permitame usted, señorita, que tome parte en la discusion, y la pido á usted perdon si por la primera vez que tengo el gusto de hablarla no estoy de acuerdo con sus opiniones. Yo no he dudado nunca de la omnipotencia divina, á pesar de la idea que vulgarmente se tiene de los que profesamos la medicina. Los teólogos se han apresurado siempre á esquivar la discusion con los que se dedican al estudio de las ciencias naturales, por suponerlos incapaces de reconocer el poder absoluto del Divino Hacedor, creyéndolos enteramente materialistas. Este es un error, que creo inútil desvanecer, porque es harto sabido que nadie aprecia mejor los quilates del oro que el alquimista. Los que profundizan hasta lo mas íntimo las leyes de la naturaleza, pueden conocer mejor que nadie las maravillas de la creacion. Lo único que me sorprende, señorita, es que, reprendiendo usted á Paco por que no tiene fé, le dé usted el fatal ejemplo de perder la suya, renunciando á la esperanza de vencerle.

Adelaida halló justa la reconvencion del médico, y bajó los ojos avergonzada.

—Siga usted explicándole las dudas que le ocurran,—añadió el médico,—y cuando usted vea que ese lenguaje no sirve, emplee otro, y otro, presentándole ejemplos dentro de sus mismos errores, y así conseguirá su objeto. En suma, señorita,—continuó el médico riendo:—haga usted en esta ocasion lo que desgraciadamente hacemos nosotros con los enfermos. El alma que duda y que ha perdido la fé, es un cuerpo que sufre por falta de salud. Nosotros ensayamos mil remedios, y nos valemos de distintos sistemas para curar la enfermedad y devolver la salud; haga usted lo mismo para desvanecer las dudas y restituir la fé á ese corazon enfermo. ¿Qué seria de los profesores de la oscura ciencia de curar si no tuvieran fé en los medicamentos que disponen

para dar la salud al enfermo? ¿Y qué hubiera sido de los apóstoles de la religion cristiana, si se hubiesen declarado impotentes para triunfar de las impugnaciones de los incrédulos? En la salud del alma sucede lo mismo que en la del cuerpo: menos mal se hace al enfermo con dejarle abandonado á la fuerza del mal, que con intentar su curacion para declararle luego incurable. Abandonado á sí propio, la esperanza remota de que su enfermedad cese algun dia, le dá fuerzas para resistir el mal; pero despues que se ha puesto en cura, si le dicen que su enfermedad no tiene otro término que el de la muerte, la desesperacion se apodera de él, y la fé huye para siempre de su corazon. El gran beneficio que han creido hacer á la humanidad doliente los hombres de la ciencia, declarando incurables un número determinado de enfermedades, es un tormento diabólico, que no habria inventado el mismo Lucifer. Los individuos que yacen en el lecho del dolor, en esas camas donde la beneficencia ha grabado las oficiosas y desconsoladoras palabras de *Hospital de Incurables*, sufren unos padecimientos análogos á los del enfermo, que, llevado por una funesta equivocacion al cementerio, abre sus ojos dentro del ataúd donde ha de terminar su ya breve existencia...

Eugenia se estremeció al oir estas palabras del médico, á pesar de que á su padre no le habian dado sepultura hasta el tercer dia despues de su muerte.

Cabezota, atónito y suspenso con lo que oia, no apartaba su vista del médico, creyendo en su interior que aquel hombre, que así se atrevia á reprender á Adelaida, debia de ser otro santo como ella. Imposible le hubiera sido decir una sola palabra en aquel momento; no se atrevia á mover su lengua, pegada al paladar, y esperaba que Adelaida contestase al doctor, seguro de que habria de quedar triunfante en la polémica.

Pero la hija del duque de Mont-Marsan, que, escepto á don Lorenzo, cristiano ramplon y rancio, como diria el vul-

go, á ningun otro hombre habia oído esplicarse con tan buenos principios de religion y de fé cristiana, estaba atónita, y no acertó á replicar una sola palabra.

El médico conoció que la enferma estaba completamente distraida del recuerdo que habia oscurecido su razon, ocasionando el delirio, y para lograr una victoria completa, se dirigió á Cabezota, y continuó hablando de la siguiente manera:

— Dichoso usted, amigo, que ha encontrado un médico demasiado humilde, y que no insiste por sistema en sus opiniones... El silencio de esta señorita me indica que se ha convencido de que nunca se debe desmayar de la virtud de los remedios, aun cuando su accion no sea inmediata ni eficaz. Esta señorita sabe muy bien, y yo me complazco en creerlo así, que los médicos del alma son, ni mas ni menos, que los del cuerpo, y que desconfiar de la virtud de los medicamentos en los segundos, seria como dudar del poder de Dios en los primeros. Las medicinas que se aplican al cuerpo humano no son otra cosa sino una série de palabras que el lenguaje de la ciencia dirige á los órganos enfermos para preguntarles por el paradero de la salud perdida. Desahuciar al paciente por que el mal haya permanecido sordo á las primeras voces del arte, y desistir de ensayar, siempre con fé, ambos recursos, seria lo mismo que dar por muerto al hombre dormido que no despierta á los primeros gritos. Si el labrador abandonára el cultivo de las tierras por que han sido estériles el primer año, jamás se recogerian los frutos; y si por que el árbol nace torcido no le enderezára el hortelano, nunca se haria corpulento, ni conservaria los jugos de la tierra con la frondosa sombra de su ramaje. Dios llama una y otra vez hácia sí á las criaturas estraviadas, y sus hijos no tienen derecho á dejar de hacer lo propio.

Las palabras del médico habian cautivado completamente la atencion de todas las personas que estaban en el gabinete. Ya no eran Adelaida y Cabezota los únicos que es-



taban asombrados de oír hablar al médico; Eugenia, sor Clotilde, y aun la condesa, participaban de igual admiracion. En todas las fisonomías se retrataba esa espresion de asentimiento y de identidad de opiniones, que cuando se advierte en el auditorio de una asamblea, hace crecer la elocuencia y el entusiasmo del orador.

El médico lo advirtió así, y deseoso de llegar al término que se habia propuesto al empezar su discurso, continuó diciendo:

—Si el soldado no peleára con la esperanza del triunfo; si no construyera nuevos parapetos cuando le han derribado los primeros, y si no confiára, en fin, en el refuerzo de los suyos ó en el desaliento de los contrarios, jamás alcanzaria la victoria. Si del mismo modo el náufrago, que ha perdido una por una todas las esperanzas de salvacion, no saltára sobre la débil lancha, al hundirse el buque, y remára con fé, esperando el socorro del lejano puerto ó la arribada á la orilla, su propia desconfianza le haria presa prematura de las irritadas olas. La esperanza es un áncora que no debemos perder ni al borde del sepulcro, porque sin ella la vida seria una carga insoportable. Los sueños de felicidad y de ventura que halagan nuestra mente no deben tenerse nunca por imposibles, porque esto seria dudar del poder del cielo, renunciando á las ventajas que Dios nos ha dado sobre los demás animales, por suponernos inferiores al mas débil de todos ellos. Si la hormiga creyese imposible reconstruir sus graneros cuando el hombre se los aniquila con un solo golpe de azada, moriria de hambre en el invierno. Todos los animales, desde el mas sagaz al mas torpe, sienten sus males, y sin embargo los sufren, porque un secreto instinto les hace presagiar el término de ellos. El caballo no se tenderia veloz en la carrera, si no esperára el alimento y el descanso al término de ella; el gusano de seda no labraria el capullo, si no tuviese esperanza de sustraerse dentro de él á los rayos de luz que impiden su metamorfosis; y la fiera que,

herida en medio del bosque, se arrastra hasta llegar á su caverna, no se impondría ese bárbaro martirio, si no presintiera el alivio que ha de encontrar su mal bañándose en las aguas del cristalino arroyo, ó dejando que otros individuos de su misma especie le apliquen con afán la lengua sobre la parte dolorida. Pero conozco, —añadió el médico sonriendo, — que estoy abusando de la paciencia de ustedes, y que esta señorita me calificará con razón de poco galante, al ver el empeño con que insisto combatiendo unos errores en que seguramente no ha incurrido nunca.

— Al contrario, — dijo con voz trémula y dulce Adelaida; — no sabe usted todo el bien que me hacen en este momento esas palabras...

— ¿De veras? — replicó el médico. — Usted es demasiado buena, señorita, y quiere disculpar mi atrevimiento á costa suya... Yo tenia algunas noticias de usted antes de ahora, y sé que su fé es demasiado grande para que necesite fortalecerse con la de un hombre que, por su desgracia, ha sufrido muchos desengaños en sus mejores ilusiones.

— Pero á usted, por lo que veo, no le ha abandonado nunca la esperanza, — repuso Adelaida.

— Ni á usted tampoco, — la replicó el doctor. — Estoy persuadido de que no dudará nunca de la misericordia divina, y de que, haciendo tan buenas curas como la de Paco, cuyas dudas son la mejor prueba de su conversion, sabrá usted ser mas fácilmente consejera de sí propia.

— ¡Ay! ¡Ojalá! — exclamó con voz débil Adelaida, cuya fisonomía revelaba en aquel momento una expansion mal reprimida, y un pesar de no poder abrir su corazon en aquel momento para buscar un consuelo al dolor que la aquejaba.

En el semblante del médico se advertia un gozo extraordinario, como si hubiese conseguido la curacion completa de un enfermo desahuciado.

Sus palabras habian ido preparando y robusteciendo la razón de Adelaida para revelarla de nuevo, y de una manera

concluyente, lo que con tan triste resultado le refirió sor Clotilde.

Mucho hubiera deseado el médico hallarse á solas con la hija del duque de Mont-Marsan para terminar su discurso; pero esto no le era posible, y aunque sor Clotilde le indicó por señas que podia hablar lo que quisiera delante de las personas que allí habia, el médico no se atrevió á hacerlo así, y continuó diciendo:

— La muerte de las pasiones y de todos los afectos del alma consiste en la pérdida de esa virtud. La caridad se pierde cuando falta la esperanza de hacer con ella el bien de nuestros semejantes; el orgullo se humilla si no hay ocasion de ostentarlo; cede la soberbia cuando no halla víctimas sobre quienes descargar su iracundo golpe, y el amor muere cuando no tiene esperanza de ser correspondido, ó desaparece el objeto amado... Pero todos esos afectos viven mientras existe la esperanza de verlos cumplidos... y el corazón que late por ellos, no debe desprenderse jamás de ese áncora de salvacion, que mas tarde ó mas temprano le ha de llevar á puerto seguro... Los obstáculos no deben entibiar nunca nuestra fé, porque si las criaturas revelan su impotencia en todas sus obras, para el autor de esas mismas criaturas, y de la tierra en que viven, y de las obras en que se estrella su impotente trabajo, no hay nada imposible...

— ¡Nada imposible!... — repitió asustada Adelaida. — ¡Nada imposible!... — volvió á decir, mirando con inquietud á sor Clotilde.

El médico comprendió que habia llegado el momento de terminar aquella penosa discusion, que habia continuado sin otro objeto que la que el lector sabe, y ya se disponia á pronunciar las últimas palabras, cuando entró en el gabinete un criado, y dirigiéndose á la condesa, dijo:

— Señora, el secretario de la legacion de Francia.

— ¡El secretario de la legacion de Francia!... — repitió

la condesa, con la pesadez propia de su mucha edad. — No sé quién es...

— Dice que tiene que hablar con vucencia.

— Hazle pasar al salon de columnas.

— Ya le he llevado allí, y al juez que viene en su compañía lo mismo.

— ¿Un juez?—preguntó alarmada la condesa.

— Sí, señora, — contestó el criado; — los alguaciles se han quedado en la antesala.

— Clotilde, — dijo asustada la condesa, — hazme el favor de ir á recibirlos, y á saber qué es lo que quieren los alguaciles en mi casa.

Cabezota, que no habia pestañado siquiera desde que empezó á hablar el médico, se acercó á sor Clotilde, que salia corriendo del gabinete, y la dijo:

— Señora, no se olvide usted de que estoy yo aquí.

Sor Clotilde, que iba harto preocupada con el anuncio del criado, no dió muestras de haber oído lo que la decia Cabezota, y este preguntó en voz baja al lacayo:

— ¿Están los alguaciles en la antesala?

— Sí, señor.

— Pues dígales usted que se marchen á esperar á la calle.

— ¡Yo!... — dijo asustado el asturiano. — Me guardaré muy bien de decirles nada... ¡Para que me prendan!

— Se lo diré yo, que es lo mismo, — replicó Cabezota, marchando con el criado hácia la antesala.

Adelaida habia oído con indiferencia la noticia de la llegada del juez, preocupada con el recuerdo de lo que la habia dicho sor Clotilde, y dispuesta á creerlo, despues de las palabras del médico.

Este, que, como sabe el lector, era la primera vez que visitaba la casa, ni tenia por qué alarmarse con el anuncio del criado, ni le dió la mayor importancia, á pesar del asombro y del susto de la condesa.

Era, como ya hemos dicho y demostrado, una escepcion honrosa de la generalidad de los hijos de Esculapio, y lo mismo, y aun mas de lo que hizo en esta ocasion, habria hecho si la enferma hubiese pertenecido á una clase menos elevada.

Preferia visitar á los enfermos pobres, donde muchas veces su bolsillo arbitraba los recursos que escaseaba la indigencia, á guardar, en menoscabo de la ciencia y en perjuicio de la humanidad, deferencias fatales para los enfermos de la aristocracia, donde la etiqueta y el capricho de las familias imponen leyes en oposicion con los severos principios del arte.

La casualidad de ser el único que se hallaba en su casa cuando los criados salieron por todas partes en busca de médicos, le habia llevado allí, y preciso es decir que hay casualidades que parecen providencias.

Por esto sor Clotilde no titubeó en confiarle lo que ocurría, y retirándose con él á una pieza inmediata, le dijo:

—Los esfuerzos de usted han sido en vano... ¡Todo se ha perdido!...

—Cálmese usted, señora,—dijo el médico:—¿qué ocurre?

—Que quieren sacar de aquí á Adelaida...

—¿A la jóven enferma?—preguntó con inquietud el médico.—Primero pasarán por encima de mi cadáver... Ignoro los motivos que puedan tener los jueces para proceder de esa manera; pero si yo he de seguir encargado de la curacion de esta señorita, ni aun á notificarla semejante orden entrarán aquí.

—¡Gracias! ¡Dios mio! ¡Gracias!—dijo sor Clotilde, alzando las manos al cielo.

Y dirigiéndose al médico, añadió:

—Yo habia pensado avisar corriendo al médico que nos asiste ordinariamente para que certificase de que está enferma; pero...

— No hay necesidad, señora, —replicó el doctor;— y sin perjuicio de que ustedes le llamen cuando gusten, yo la ruego que me conduzca adonde se hallan esos señores; volviéndose usted al lado de su familia para evitar que nadie pronuncie la menor palabra sobre lo que acaba de referirme... Diga usted lo que quiera para que no se asusten, y esté segura de que, mientras el *individuo* esté á mi cargo, no recibirá otras impresiones que las que yo prescriba.

Sor Clotilde se volvió al gabinete, despues de hacer conducir al médico al salon de columnas, y Cabezota, que habia vuelto allí, oyó las últimas palabras del médico, y fué corriendo á su lado, diciéndole:

— ¿Sirvo de algo?

— De mucho, —le replicó el doctor, siguiendo su camino; — espérame aquí.



## CAPITULO LXXI.

### Ventura y Genaro.

Consecuentes á la palabra que habian empeñado al Vizco los dos sócios de la Partida del Trueno, visitaron, el uno á doña Inés Montilla, y el otro al padre Romualdo, casi al mismo tiempo que Daniel Mendoza habia tenido la entrevista que el lector conoce con el abad de Maqueda.

Ventura, á pesar de su carácter frívolo, y de las chanzas con que trataba siempre los asuntos de mayor entidad, habia tomado con empeño el negocio del Vizco, y olvidado de sus empresas amorosas, la nueva conjuracion contra el Duende fué para él un asunto preferente, de que se ocupó sin trégua ni descanso.

Genaro habia desempeñado perfectamente su comision con *la madre del partido apostólico*, y en dos veces que estuvo á verla ganó su confianza, haciéndose dueño de alguno de sus secretos.

Pero ninguno de ambos amigos habia dado cuenta al capitan del resultado de sus trabajos, ni se volvieron á reunir hasta la misma noche en que ocurrían los sucesos de que tiene noticia el lector en casa de la condesa de Baza.

No era hora aun de que el capitan de la Partida del

Trueno volviese á su casa, cuando entraron en ella Ventura y Genaro, instalándose en el gabinete que el lector conoce.

Los muebles seguian en el mismo desórden de siempre, y á juzgar por ellos de la regeneracion que habrian sufrido los sentimientos y las ideas del dueño de la casa, cualquiera hubiese dicho que aun hacia la vida desordenada y calaveresca de otro tiempo.

Pero no era así en verdad, y Daniel Mendoza, cada dia mas enamorado de Eugenia, iba modificando insensiblemente su vida, y aun puede decirse que habia cambiado completamente sus inclinaciones.

Así lo conocian ya sus amigos Ventura y Genaro, de quienes tambien podria creerse que habian abandonado la vida disipada y loca, á juzgar por los actos exteriores de sus últimas empresas.

Desde aquella madrugada en que, libres de la impertinente presencia de Eduardo, habian oido la conversion de su capitan y cambiado los estatutos de la diabólica sociedad que tenia aterrados á los habitantes de Madrid y á las autoridades, nada se habia vuelto á decir de la Partida del Trueno.

Los periódicos, asustadizos siempre, y cuya mision en ciertos asuntos parece ser la de esparcir la alarma, exagerando los sucesos, no habian oido nada que poder contar á sus lectores, y hasta ese silencio les daba motivos para asustar al público. Dos dias hacia ya que no cesaban de escitar á las autoridades para que estuviesen prevenidas contra las maquinaciones ocultas de *los enemigos del reposo público* (así llamaban á los individuos de la Partida del Trueno), que sin duda meditaban alguna diablura de importancia. Y sobre este tema escribian sendos artículos, de los cuales habia leído alguno Genaro, cuando al entrar con Ventura en el gabinete del Vizco, le dijo :

— Tiene razon Daniel en decir que á nosotros nos han

borrado ya del padron de las gentes honradas y buenas... Será preciso que nos casemos, si hallamos con quién, para que vuelvan á darnos de alta en la sociedad.

—¿Crees tú que es preciso casarse para que le tengan á uno por hombre de bien? —replicó Ventura.

—Casi, casi lo voy creyendo.

—Pues renuncio á semejante título; quiero ser hombre *de mal*... Es muy caro el aprecio de la sociedad, y puestos en venta todos sus individuos, no valen el sacrificio de mi persona... Cuando *baje* ese papel no tengo inconveniente en comprarle; pero mientras pidan de *prima* que yo haga el *primo* casándome, renuncio á comprar títulos de honradez y de formalidad... No me gusta el papel del *dos*, que venden en la vicaría... estoy por el otro dos que se compra, se vende y se cambia á voluntad... Con esta clase de deuda quiebras hoy y te armas mañana; pero con la otra, si quiebras una vez, no te levanta ni la *Paz y Caridad*... ¡Y ya ves tú cuántos matrimonios quebrados hay en el mundo!

—Tienes mucha razon, amigo Ventura; pero tambien es muy triste que la sociedad no estime á los hombres que no se casan, y crea que los solteros somos incapaces de desempeñar ciertos cargos.

—Esa es una red que nos tienden para que apechugemos con el matrimonio... ¡Como los casados están en mayoría!... *Stultorum infinitus est numerus*.

—¿De dónde has sacado ese latinajo?

—¿Qué sé yo?... Puede que no me acuerde de ningun otro, á pesar de haber estudiado tres años la gramática del padre Calixto Hornero.

—Pues no soy capaz de otro tanto, y eso que allá en mis tiempos era el sobresaliente en el colegio de los Esculapios.

—No te pese... el latin es un idioma inútil, que, rechazado de todas partes, ha buscado un asilo en los misales y en las farmacopeas... Tú no has de ser cura ni boticario; con que para nada te hace falta.

—Sin embargo, me alegraría saberlo, porque es la madre de todas las lenguas.

—Sí; pero es una madre que murió hace tiempo, y lo que hoy nos interesa son las hijas... Yo aborrezco por sistema á todas las madres.

—Aun te he de ver haciendo la córte á alguna, —dijo Genaro sonriendo.

—No te diré que no; de extravagancias por el estilo están llenas las casas de locos.

—El mejor día pierdes la chaveta por unos ojos bonitos, hijos de una viuda militar, y no hay remedio... empiezas á adorar el santo por la peana.

—Es probable que no, porque como tengo bastante estatura, alcanzaré á la imagen sin subirme sobre la peana.

—Al tiempo doy por testigo; vas á caer, como Daniel, donde no puedas salir sin el auxilio del vicario.

—No lo creas: siendo niño aun, me acuerdo que leí al padre Almeida, y aquel pobre varon dice, que cuando uno pretenda una cosa que deba conseguir fácilmente y halle obstáculos, que renuncie á ella, porque es señal de que no le conviene... Y yo, en materia de conquistas de mujeres, sigo la máxima del padre Almeida.

—Aturdido estoy, —repuso Genaro, —de verte tan erudito, hablando en latin, y citando al padre Almeida.

—¡Soy un pozo de ciencia!... —esclamó Ventura riendo. — Sé mas de lo que algunas mujeres quisieran que supiese. Pues si me hubieras visto hablando con el fraile de cuya seducción me encargué el otro dia, te habrias quedado atónito... Estuve edificante, célebre... *superior á mí mismo*, como dicen los periódicos cuando hablan de las bailarinas. Y á tí, ¿qué tal te fué con la bruja?

—A pedir de boca; y te aseguro que en vez de hacer un servicio á Daniel, me lo he hecho á mí mismo, tratando á esa mujer... ¡Qué culebra, chico, qué culebra!... En tu vida has visto nada por el estilo.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.— Pero, hombre, ¿qué le habrá hecho esa familia, que tan mal le quiere?...

12—  
read on  
17



—¡; pero con el tiburón que la ha caído encima ya tiene bastante.

—No creas tú,—replicó Genaro,—que es tan fácil comerse ese pez... tiene muchas agallas...

—¿Y qué importa? Tú te le tragarás con agallas y todo.

—Me parece que sí,—contestó Genaro riendó;—estoy deseando que venga Daniel para darle cuenta de mis comisiones.

—¿Has hecho mas de una?—preguntó Ventura.

—La de la bruja y la del hermano de Eugenia.

—¿Has visto á Fernando?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Muchas cosas: le he encontrado tan buen amigo como siempre; pero el infeliz me dá lástima... Está tan enamorado ó mas que Daniel de esa jóven que era hermana de la Caridad.

—¿De veras?... ¡Pues estamos metidos de patas en la peste!... Si de esta vez escapamos sin ir á la Vicaría tú y yo, somos dos héroes... Daoiz y Velarde serán niños de teta á nuestro lado, y los solteros deberán celebrar el aniversario de la independendencia masculina, como los españoles el de la independendencia nacional.

—Pero el matrimonio del pobre Vargas no es difícil como el de Daniel, sino que es imposible,—dijo Genaro.

—¡Imposible!—repitió Ventura.—Así es el mío. ¡Imposible!...

—Está enamorado de una mujer con quien todas las dispensas del mundo no bastan para permitir el matrimonio.

—¿Y en qué país se crían esa clase de mujeres?—preguntó Ventura, siempre incansable en sus bromas.—Díme dónde hay otra por el estilo, porque esa sería una gran ocasión para cumplir con el mundo, y quedar uno libre, des-

pues de haber hecho las pruebas para entrar en el gremio.

—No lo tomes á broma,—dijo Genaro:—me ha dado lástima el pobre Fernando... Tú sabes ya lo bueno que él era antes de marcharse á la facción, adonde, á pesar suyo tal vez, le llevaron los compromisos de su padre; pues bien: aun ahora es mejor que entonces... ¿Y tú sabes quién es la jóven de quien está enamorado hace ocho años?

—¡Qué barbaridad!—esclamó Ventura.—¡Ocho años!...

—¿Te acuerdas,—continuó Genaro,—de aquella jóven tan bonita que tenía en su casa, y que nadie sabia quién era?...

—¡Estás fresco!...—repuso Ventura.—¿Con que nadie sabia quién era?... Nadie, digo yo, ignoraba que era hija de don Lorenzo.

—Pues se engañaban los que tal decían... era hija de la madre de Fernando.

—¡Con aquella señorita virtuosa y austera, que nunca salía de casa, estaba en relaciones!...—dijo Ventura.—Fíate en la Virgen, y no corras... Desengáñate, Genaro: estoy convencido de que todas las mujeres son iguales: la que no la hace á la entrada, la hace la salida.

—Pues bien: sea lo que quiera, el caso es que aquella jóven modesta, á quien nunca nos atrevimos á decir ni una galantería...

—No se las dijimos,—interrumpió Ventura,—porque entonces éramos unos pollos.

—Es igual: á otros gallos, y muy gallos, les sucedía lo mismo... Pero eso no hace al caso ahora; lo que yo te digo es que aquella jóven es la hermana de la Caridad que robó el Duende, y de quien está enamorado Fernando.

—Algo jamona estará ya,—dijo Ventura.

—No lo creas,—replicó Genaro;—tendrá veinticinco años lo mas.

—Le faltan cinco para empezar á ser cecina... Las mujeres se pasan á los treinta años.

—De treinta y cinco y cuarenta te escogería yo un bonito haren.

—Sería un museo de antigüedades...—replicó Ventura riendo.—Pero dime, ¿por qué no se casa Fernando con ella?

—¡Vaya una pregunta!... Porque son hermanos de madre...

—¡Es verdad!... ¿Y él no lo sabía cuando se enamoró de ella?

—¡Otro disparate!... Si lo hubiera sabido, ¿se habría enamorado?

—¡Como dicen que el amor no se manda ni se sujeta, y que es un niño antojadizo!...

—Sí; pero no tanto.

—Y ella, ¿no lo sabía tampoco?

—¡Qué tonto eres!—replicó Genaro.—¡No sé cuándo dejarás de usar bromas á costa de todo el mundo!... Y ya tienes edad para ello.

Ventura se disponía á no dejar sin contestacion la censura de su amigo, cuando se oyó tararear hácia la escalera el *Casta diva* de la Norma.

—Ya tienes ahí al imbécil de Eduardo,—dijo Genaro.

—Vendrá á darnos cuenta del triunfo escénico de Alme-rinda,—contestó Ventura:—pues de veinticinco lunetas, respondo que no ha salido ni un solo aplauso... Me las envió esta mañana para que las distribuyera entre los amigos, con la precisa condicion de que aplaudieran, y tal como las recibí están sobre mi mesa de noche... ¡Me dió una soberbia cuando entraron á despertarme con una carta urgente de ese tonto, que hasta pensé repartir los billetes para que silbáran!... Luego modifiqué la sentencia, y me he contentado con mantenerme neutral.

—A mí me mandó doce, y un palco,—dijo Genaro,—y todo se lo regalé á mis patronas... Estoy seguro de que creyeron que eran falsos los billetes, y enviarían al despacho

á informarse de su legitimidad. Desde las cuatro de la tarde sus hijas, y varias amigas de estas, andaban llenándose de lazos y moños para ir al teatro. Mi criado fué el encargado de arrojar doce ramos de flores y cuatro coronas que me mandó Eduardo.

—A mí tambien me envió dos banastas de flores; y eso es lo único que he aprovechado. Al salir de casa ví que de la tienda del carpintero llevaban á enterrar un niño una caterva de chiquillas de la vecindad, con los cabellos sueltos y flores en la cabeza.—¿Quereis mas flores?—las pregunté.—Si usted nos las diera...—me contestaron.—Animal,—grité á mi criado,—dáles á estas niñas esas espuestas de flores que envió don Eduardo.

—En nombrando al ruin de Roma, cátratele que asoma,—dijo Eduardo, entrando en el gabinete.

Y dejándose caer sobre una butaca, añadió en voz alta:

—Trompeta, tráeme un vaso grande de agua y una copa de ron.

El criado del Vizco obedeció las órdenes del amigo de su amo, no sin haberse informado primero de si Ventura y Genaro querian que les sirviese alguna otra cosa.

## CAPITULO LXXII.

Almerinda Stringetti.  
Rossina Sfogatti.

El joven Eduardo Ponce, conde de Torre-Parda, á quien vió el lector en ese mismo gabinete la noche citada en el capítulo anterior, se hallaba elegantemente vestido de rigurosa etiqueta, debajo del paletot que dejó sobre el sofá al entrar allí.

Ventura se alzó de su asiento, despues que el criado se hubo retirado, y examinando la cabeza al conde, como si quisiera hallar alguna cosa entre el peinado, le dijo:

—¿Dónde están los laureles que *habeis* alcanzado esta noche?

—¡No será por lo que tú has contribuido á ello!—replicó Eduardo.—Todas las localidades han estado ocupadas, menos las que yo te mandé... Así dirán mañana los periódicos amigos de la Rossina que en el beneficio de Almerinda no hubo entrada llena.

—Por poco te apuras,—dijo Ventura:—yo haré poner

en los otros diarios que se vieron dos filas de lunetas vacías, y que eso prueba la mala fé de los apasionados de Rossina, que las compraron para tenerlas desocupadas.

—¡Famosa idea!... Pero mejor habria sido que las hubieras repartido entre tus amigos. Ha sido mucha atrocidad no presentarse ni uno siquiera.

—¿Quieres que te diga la verdad?... No encontré á quién dárselas, porque todos tenían asientos de sobra... Te has despachado á tu gusto; pero habrás gastado mucho dinero.

—No lo creas; yo no he comprado mas billetes que los tuyos...

—Y los míos, —interrumpió Genaro.—Yo ya has visto que los he aprovechado.

—Perfectamente; algo ridículas estaban tus patronas; pero el mismo entusiasmo con que aplaudían las daba cierto aire de espontaneidad, que ha hecho muy buen efecto en el público.

—¿Y qué tal los versos y los retratos?

—Todo ha salido muy bien... *hemos* tenido un triunfo completo.

—Ya lo creo.

—Pues yo temí una catástrofe, porque Almerinda tuvo la desgracia de dar un galli-pavo; pero el público la aplaudió á pesar de todo.

—El público, —dijo Ventura,—es muy tolerante cuando asiste gratis al teatro.

—Siempre tienes gana de bromas, —contestó Eduardo.—El público aplaudió porque vió que la culpa no estaba de parte de ella, sino de la orquesta, que subió de repente medio tono... Y luego, todos sabían que Almerinda salió incomodada, porque la bestia de la modista la había puesto una puntilla de encaje mas en una manga que en otra. Es lo que ella dice: los artistas de este país son atroces.

—Pues hace mal en no irse á cantar al suyo, —con-



testó Genaro incomodado.—Sino que allí no las quieren oír, y vienen aquí á pasar por notabilidades.

—Y á lucir las coronas que por su inimitable mérito artístico,—dijo con énfasis burlesco Ventura,—la ha arrojado tu inteligente patróna. ¡Cómo hará ella valer en el extranjero el triunfo que ha obtenido entre los salvajes!... Fortuna que allí las conocen de sobra, y á cada una la dan lo que la corresponde.

—Lo mismo hace la Rossina,—contestó picado Eduardo.

—Si hará; pero hay una gran diferencia entre el mérito de la una y el de la otra.

—¡Ya lo creo! Almerinda es una gran tiple, y la otra no ha sido nunca mas que una *comprimaria*... Almerinda es cantante de *primo cartello*, y en todos los teatros de Europa ha estado ajustada de *prima donna absoluta* y á *perfetta vicenda*...

—Por Dios, Eduardo, no digas eso delante de nadie, porque se reirán de tí. La misma Almerinda se estrañará de que creas tales patrañas.

—¡A vosotros os parece así!... Pues bien; pasado mañana lo veremos.

—¿Qué hay pasado mañana?

—Que salen las dos juntas á cantar, cada una un acto de una ópera.

—¿Sí?...—dijo Ventura.—Pues apostemos una comida de fonda á que no se ejecuta la funcion por indisposicion de la señorita Almerinda... No seas bobo, Eduardo: *tu señora* no puede sufrir la competencia con Rossina.

—Pues bien, allá lo veremos... Por de pronto, ella está deseando que llegue la hora, y como la autoridad quiera...

—¿Y qué tiene que ver la autoridad?

—¡Friolera!... ¡Buena broma ha habido sobre cuál de las dos se ha de anunciar primero en el cartel!...

—Es natural que sea la Rossina,—dijo Genaro.

—¡Por supuesto!... —contestó Eduardo.—No, señor;

la primera debe ser Almerinda, y salir á cantar la última.

—¿Y eso por qué?—preguntó Genaro.—¿Hay alguna ventaja en cantar antes ó despues?

—¡Y grande!... Los apasionados de la última que canta, han visto hasta dónde llega el triunfo de su rival, y pueden esforzarse en preparar otro mayor.

—Vaya, chico, no creí que fuéreis tan necios.

—Y al cabo, ¿qué se ha decidido?—dijo Ventura.

—Que se pongan los nombres en cruz, para que ninguno esté primero que el otro.

—No lo entiendo,—dijo Genaro.

Eduardo se levantó de su asiento, y acercándose al velador, cogió una pluma y escribió los nombres de las primadonnas en líneas diagonales, cruzadas, como las que hemos puesto á la cabeza de este capítulo.

Ventura y Genaro se rieron mucho de la ocurrencia, y por largo espacio de tiempo continuaron atormentando con sus chanzas al jóven conde de la Torre-Parda, que se volvió á su asiento, apurando una copa de ron.

Ventura era el que mas se divertía con el desdichado neófito, y cansado de ridiculizarle, llamándole *partichino*, y diciéndole que por qué no habia salido á la escena con la *prima donna*, le preguntó:

—Y la condesa, ¿qué dice á todo eso? ¿No ha estado en el teatro á ver el triunfo de su rival?

—No sé... Su dichosa madre quiso impedir que se ejecutára el beneficio, amenazando á Almerinda con que la haria desterrar de Madrid, si no rasgaba su escritura... Y el caso es que mi mujer no se mezcla en nada; pero esa maldita suegra...

—Calla, hombre, calla,—dijo Genaro.—Dá rabia oír lo que estás diciendo. Es una atrocidad que hayas abandonado de una manera tan inícuá á tu mujer y á tu hijo...

—¡Hola!... ¡Esas tenemos!...—repuso Eduardo.—¿Tambien tú eres moralista?... Yo creí que el único diablo

predicador era Daniel ; pero ya veo que la Partida del Trueño se vá convirtiendo en un convento de cartujos... Era natural que sucediese así ; si el abad juega á los naipes, ¿ qué harán los frailes?... Se convirtió el capitan, y todos los soldados van haciendo lo mismo... Dios os haga unos santos, — añadió riendo.

— Si lo fuéramos, no podríamos hacer el milagro de evitar que fueses tonto, — replicó Genaro con tono áspero.

— Mucho fervor tienes, — repuso Eduardo con dulzura.

— No tanto, — contestó Genaro algo mas templado, — como tu amor á la *prima donna*.

— ¿ Quién, yo? — dijo riendo Eduardo. — No sé amar... ya... se me ha olvidado.

— Tiene razon, — interrumpió Ventura ; — se le ha olvidado cómo le amaba su nodriza hace diez y ocho años... No tiene nada de particular... ¡ Solo mamó veinticuatro meses!...

Eduardo temió seguir hablando en aquel tono con los dos amigos, y les dijo :

— Vaya, estais de mal talante... Hablemos de otra cosa... ¿ Habeis visto á Daniel?...

— No, — respondió secamente Genaro.

— En el teatro ha estado un momento.

— ¿ En el teatro?

— Sí ; pero no ha hecho mas que entrar y salir... Por cierto que ha llamado la atencion de todo el público. Estaban cantando aquello de *mira Norma á tuoi ginnochì*, en medio de un silencio sepulcral, cuando entró Daniel, atravesando toda la platea, y llegando á la luneta del baron del Arfil, le dió una palmada en el hombro y salieron juntos del teatro... Como ninguno de los dos se sonreía ni se hablaron, algunos curiosos creyeron que se trataba de un lance, y salieron detrás de ellos...

— ¿ Y qué? — preguntaron á la vez los dos amigos.

—No sé... pero nadie dijo nada luego, y yo no me moví de mi asiento.

—¡No faltaba mas!...—dijo Ventura.—Contenta se habria puesto la *prima donna* si te hubieses retirado de la luneta...

—Al presentarse Daniel en el teatro, —continuó Eduardo, desentendiéndose de las bromas de Ventura, —hubo un murmullo general, y luego, cuando se acabó el acto, no se hablaba de otra cosa sino de él y de la Partida. Muchos decían que está disuelta... y no les falta razon.

—Tú podrias regenerarla si quisieras, —dijo Ventura riendo.

—Ya se vé que sí...—repuso Eduardo; —yo soy libre, y no tengo esos amores impertinentes y ridiculos que acaban con la dignidad y la independencia del hombre; yo soy dueño de mi persona, y...

—Señorito conde, —dijo un criado, entrando en el gabinete, —abajo esta en un coche la *cantanta* del teatro, y dice que si no baja usía corriendo, que sube ella.

—Que suba, —dijo Ventura.

—No, no, —gritó Eduardo, levantándose precipitadamente de la butaca.

—Sí, sí; que suba, —repitió Genaro.

Y sin despedirse de sus amigos, ni detenerse siquiera á recoger el paletot, salió corriendo de allí.

—Adios, hombre desenamorado y libre, —le gritó Ventura.

Y apenas habria llegado al portal Eduardo, cuando entró en el gabinete el Vizco, dejándose caer sobre el sofá, sin saludar á sus amigos, y con laire del mayor abatimiento, exclamó:

—¡La esperanza es un sueño!

## CAPITULO LXXIII.

### **¡La esperanza es un sueño!**

Ventura y Genaro se miraron mutuamente en silencio, encogiéndose de hombros, como declarándose cada uno de ellos inocente de la pena que, al parecer, aquejaba á su amigo.

Y este, tendido sobre el sofá, arrojó lejos de sí el sombrero, llevó las manos á la cabeza, y enmarañando con frenesi sus cabellos, volvió á murmurar estas palabras:

— *¡La esperanza es un sueño!*

Las manchas cobrizas que salpicaban el semblante del Vizco, la palidez de sus labios y el satánico movimiento de sus ojos, revelaban la ira que abrasaba su corazón en aquel momento, y sus amigos sabían, por una dolorosa experiencia, lo arriesgado que era decirle ni una sola palabra en semejante situación.

Genaro era el único que hubiera podido hablarle sin miedo; pero no quiso, porque profesaba la máxima de que, siendo la vida una serie constante de placeres y de dolores, conviene no interrumpir jamás ni los unos ni los otros, sino dejar que el corazón disfrute á sus solas de la alternativa.

Consideraba el bien y el mal como el claro-oscuro de la

vida, y convencido de que no existiría la alegría si no fuese precedida de la tristeza, creía que ambos afectos del alma eran goces indispensables para el corazón.

La sonrisa del melancólico, á quien sus imprudentes amigos aturden con la seductora perspectiva de los placeres, era para él lo que el valor del soldado que se embriaga para no ver los peligros del combate; y mas de una vez le habian oido decir sus amigos, que la alegría repentina, arrancada por violencia en medio del dolor, es como el sueño que produce el ópio, ó como la insensibilidad del cuerpo narcotizado.

La tristeza, decia Genaro, tiene un período mas ó menos largo; pero siempre fijo y esclavo de la causa que la ha producido; quererla arrancar de repente por medio de emociones gratas y lisonjeras, es hacer aborrecibles estas, eternizando así el afecto que se pretende curar. Del mismo modo que el enfermo, que busca el reposo en las virtudes del ópio, vá aumentando la dosis insensiblemente hasta hacer imposible el sueño natural, y no hallar alivio con el medicamento.

Familiarizarse con ciertos afectos del alma, abusando de los objetos que los producen, es como ensayar las virtudes de los medicamentos en estado de completa salud; cuando los órganos están enfermos, su curacion es imposible.

Creía además Genaro, que es mas eficaz la accion de la medicina cuando el enfermo siente la necesidad de buscarla, que cuando ella oficiosamente acude á buscar al enfermo.

Por esto esperó siempre á que el corazón afligido sintiese la necesidad de comunicarse con el suyo, y esa expansion aguardaba en Daniel, cuando aparentando no mirarle siquiera, no dejó de observarle ni un solo momento.

Ventura guardaba silencio por distintas razones.

Su carácter, ligero y frívolo, no le permitia obrar nunca



por convencimiento tan profundo, y aun puede decirse que jamás habia estudiado de una manera filosófica esos sentimientos íntimos del alma. Pero lecciones harto duras le habian hecho relegar sus bromas en ciertas ocasiones graves, y el recuerdo de un duelo, cuyas heridas le habian obligado á guardar la cama por espacio de un mes, estaba demasiado presente en su memoria, para que quisiera esponerse á un segundo lance.

Amaba, por otra parte, demasiado á Daniel, con quien nunca habia tenido un disgusto de trascendencia, y no queria causarle el menor mal en la situacion presente.

Por eso, acercándose á Genaro, le dijo en voz baja:

—Tempestad tenemos.

—Y grande,—contestó del mismo modo Genaro;—mira lo que haces,—añadió;—no seas imprudente; sufre mucho el pobre Daniel, y no debemos gastar chanzas.

—¡Es claro!... ¡Pues no faltaba mas! ¿Qué le habrá sucedido?

—¡Qué sé yo!... ¡Como está enamorado!

—No lo creas... no es cosa de amores... Apostaria una oreja á que viene de jugar y de perder.

—Lo segundo seria indudable, si fuese cierto lo primero,—dijo Genaro;—pero hace mucho tiempo que Daniel no entra en ninguna *timba*.

—Pues en ese caso, no sé por qué dice que *la Esperanza es un sueño*... Desengáñate, Genaro; esas palabras no se oyen sino en boca del jugador, que pone el último dinero á una carta, y vé venir la contraria .. La esperanza del jugador es un sueño, que resiste mas ó menos golpes; pero que nunca llega á ser una realidad.

Mientras así seguian hablando los dos amigos, el Vizco se alzó en pié, y despues de haber dado algunos paseos por el gabinete, con el cabello erizado, y apretando sin cesar los puños, como en señal de desesperacion, se acercó á Genaro, y dándole una palmada sobre el hombro, le dijo:

—¡Genaro!...

—¡Daniel!...—le contestó secamente su amigo, alzando la cabeza para mirarle por encima del respaldo de la butaca.

Y ambos volvieron á guardar silencio, sin que Ventura dijera una sola palabra; y el Vizco se sentó entre los dos amigos, al frente de la chimenea, sobre cuyo hogar descansó sus charoladas botas.

El trémulo resplandor de la azulada llama, que iba evaporando lenta y trabajosamente la humedad de la leña, reflejaba en su melancólico semblante, dándole un aspecto satánico, parecido al de esas cabezas fantásticas con que los pintores simbolizan en los lienzos bíblicos el alma de los desesperados.

Su mirada torcida y siniestra; las rápidas alteraciones de su rostro, y la agitacion que se advertia en el resto de su cuerpo, revelaban bien el estado de inquietud en que se hallaba.

Pero examinadas detenidamente estas señales de sobresalto y de pena, se veia que no eran producidas por la ansiedad de un mal pasajero, del que mas tarde ó mas temprano hay esperanza de librarse.

Las desconsoladoras palabras que habia pronunciado al entrar allí se leian tambien en su semblante, y no era fácil equivocar el estado de postracion de aquella alma incrédula y falta de fé, con el desasosiego de la incertidumbre y del temor, que parecian revelar sus agitadas facciones.

Ventura le miraba de hito en hito, sufriendo mucho por no atreverse á romper aquel extraño silencio, hasta que por fin se determinó á hablar, y dijo:

—¡Daniel!...

—¿Qué quieres?—le preguntó con dulzura el Vizco.

Genaro hizo seña á Ventura para que callára, y el Vizco, que sentia vivos deseos de comunicar con sus amigos la pena que le afligia en aquellos momentos, les dijo:

— ¡La Esperanza es un sueño, amigos míos! Hemos acudido demasiado tarde á reclamar el derecho que renunciamos en los primeros años de nuestra juventud, y ya le han hecho caducar nuestros antiguos compañeros... La sociedad nos ha dado de baja en los círculos de las gentes honradas y buenas.

— Esplicate, — dijo Ventura, sin reparar en las señas que le hacía Genaro, imponiéndole silencio.

— Pues es muy claro lo que digo, — replicó el Vizco; — nos hemos apresurado á estudiar la sociedad sacrificando la honra de sus individuos, y los hermanos de las víctimas nos condenan á seguir haciendo el papel de verdugos.

— ¿Es decir, — interrumpió Ventura sonriendo, — que tú crees que el hijo pródigo vuelve demasiado tarde á la casa paterna?...

— Justo y cabal, — contestó el Vizco sonriendo: — me ha gustado la comparacion, y es una de las pocas veces que has estado feliz.

— Gracias por la lisonja, — dijo Ventura.

— Os aseguro, — añadió el Vizco, — que estoy desesperado... Me he convencido ya de que la Esperanza es un sueño para nosotros, y nuestro arrepentimiento es tardío.

— Buen remedio, — replicó Ventura, — no nos arrepintamos, y continuemos hasta morir la vida que hoy hacemos.

— Vosotros hareis lo que os acomode... Por mi parte renuncio á ella... He tomado mi resolucion, y sabré cumplirla.

Genaro, que habia callado hasta entonces, se estremeció al oir las últimas palabras del Vizco, porque descubria en ellas un pensamiento horrible, y le dijo:

— Daniel, ¿te acuerdas de lo que hablamos al volver del entierro del pobre Ramiro?

El Vizco miró con estrañeza á Genaro, y le replicó:

— Sí... me acuerdo... pero no es lo mismo.

— Verdad es, — contestó con ironía Genaro; — entonces

declaramos que jamás habia razon para el suicidio; pero convinimos en que si alguna vez podian presentarse circunstancias atenuantes, era *solo* en aquella ocasion.

—Yo no he resuelto suicidarme,—dijo Daniel avergonzado.

—Pero has pensado en ello, y es lo mismo. Me he llevado un gran chasco contigo; te creia hombre de mas corazon.

—¡Ojalá no tuviera tanto!

—No te pese... el demasiado corazon no estorba.

—Pero cuando se le vé caer hecho pedazos...—dijo el Vizco con amargura.

—La cabeza,—interrumpió con energía Genaro,—debe de recoger esos pedazos, defendiéndolos de los embates de las pasiones.

—Cuando el corazon consulta á la cabeza, la pasion es mentira.

—Al contrario,—dijo Genaro:—cuando el corazon obra por sí solo, el afecto es una ilusion pasajera, que, avergonzada de sí propia, teme prestarse á discusion. Todos sabeis la historia de mis primeros amores... si yo hubiese amado solo con el corazon, con la infame conducta de Elisa, ó me habria dado la muerte en un arrebató de orgullo mal entendido, ó el cariño de otra mujer cualquiera hubiera bastado á mi venganza... Pero como la cabeza me habia aconsejado aquellos amores, sancionando el impulso de mi corazon, renuncié para siempre al matrimonio, seguro de no amar nunca á otra mujer como á Elisa.

—Y sin embargo, cualquiera diria que buscas otro amor,—repuso Ventura.

—Efectivamente,—respondió Genaro con sarcasmo,—le busco, vengando en todas las mujeres que encuentro el agravio que pudo perdonar el corazon, pero que no olvidará nunca la cabeza.

—Todo eso,—dijo Daniel,—no tiene nada que ver con lo que á mí me pasa.

—¿Qué te pasa? Dilo,—replicó Genaro;—¿qué nuevas cosas te han ocurrido desde la otra mañana, que ni siquiera confías en el desempeño de las comisiones que nos encargaste... ni aun nos preguntas el éxito de ellas?...

—¡Todo es inútil ya!... El cuadro lisonjero que trazamos entonces es imposible.

—¡Imposible!...—repitió Ventura.—¿De cuándo acá hay imposibles para Daniel Mendoza? ¿No habíamos desterrado esa palabra de nuestro vocabulario?

—Sí, quedó proscrita, y ninguno de nosotros la ha usado nunca... Siempre hemos vencido los obstáculos que se oponían á nuestras empresas; pero era porque jamás volvimos la vista atrás. Para atentar contra la inocencia y la honra de las familias, no reparamos en los medios... Marchamos rápidamente por el camino á nuestro libre albedrío, sin pensar nunca en la vuelta, y hoy nos encontramos cegada por nuestra propia planta la senda de la virtud y de la honradez. Los mismos que aplaudían nuestras calaveradas por diversion ó por miedo, nos cortan la retirada, obligándonos á seguir adelante. Elegimos el papel de verdugos, sin conocer que las leyes de la sociedad nos harían seguir ejerciendo por toda la vida ese oficio... En una palabra, amigos míos: no derribamos el edificio como el arquitecto que piensa construir con aquellas mismas piedras otro nuevo, sino como el bárbaro destructor que le reduce á polvo, porque no piensa edificar nunca. Hemos aprendido á conocer á los hombres hojeando el libro del gran mundo; pero habiendo rasgado todas sus páginas, nuestro trabajo ha sido inútil... Yo no había hallado en él sino una sola hoja, á la cual me había asido con fuerza, y la sociedad me disputa su posesión, y me la arranca, como la ola embravecida, que arrebató al náufrago la débil tabla en que cifraba la última esperanza de salvación.

Genaro y Ventura se miraron, sorprendidos del lenguaje de su amigo, y ninguno de ellos se atrevió á interrumpir.

pirle, hasta que, pasado un largo intervalo de silencio, continuó el Vizco diciendo:

— Vosotros no sabeis cuán estéril es hoy para mí esa experiencia del mundo que me atribuyen las gentes, ni el precio á que nos ha vendido la sociedad el reconocimiento que hemos practicado en su seno. Nosotros creíamos examinar las vísceras del cuerpo social sin destruir su organismo, y nos hemos hallado con un cadáver al terminar la autopsia. Sin fé, sin creencias, sin ilusiones y sin esperanzas; rompiendo todos los elementos de la vida, hemos hecho alto al llegar á la víscera mas importante del cuerpo, y en vano ha querido respetarla nuestro escalpelo... Allí se encerraba el alma... y el alma no podia ser patrimonio de los que habian convertido el cuerpo en un cadáver... La fé no puede residir en el cementerio de las creencias, y la virtud no quiere asentarse sobre un trono de ilusiones agostadas y de esperanzas marchitas... ¡Oh!... ¡Estoy harto convencido de lo que os digo!... Un año de lucha cruel me ha puesto en un estado, del que en vano intento sustraerme. ¡Vosotros no sabeis aun hasta dónde iban á parar mis proyectos, casándome con Eugenia!

Ventura no pudo resistir á la impertinente tentacion de decir un chiste, y á pesar de hallarse no menos asombrado que Genaro con el lenguaje del Vizco, le dijo riendo:

— Perdona, Daniel; pero mas allá de la Vicaría, no sé yo que pueda el hombre llevar su locura. Don Quijote, con ser el rey de los locos, no llegó á casarse con Dulcinea.

— Eres un imbécil... — dijo con desprecio el Vizco. — Si no estuviera convencido de tu buen corazon, hace tiempo que no serias mi amigo... Estás diciendo siempre lo contrario de lo que sientes, sin conocer que la prueba mas miserable que pueden ofrecer los hombres, es la de avergonzarse de sus propios sentimientos... buenos ó malos.

— No le hagas caso, — replicó Genaro, conmovido con el discurso del Vizco, — y cuéntanos tus proyectos.



— Me importa poco que tú también te burles,—dijo el Vizco.

— No me burlo... Si fuera así, te lo habría dicho hace tiempo; no me muerdo la lengua por nada ni por nadie.

— Ya lo sé.

— Pues sigue.

— Sigo,—dijo el Vizco.

Y continuó hablando de esta manera:

— Yo pensaba haber hecho á Eugenia una confesion franca de mi vida pasada, y decidido á la reparacion de mis calaveradas, la hubiese asociado á mí para emprender esa obra... O mejor dicho, ella sola, ¡ángel puro de amor y de inocencia! habría sido el instrumento de mis nuevas acciones. Pero me es imposible tanta dicha, y habré de renunciar á devolver á la sociedad las prendas que la he quitado.

— Dificultosa me parece la restitution,—dijo Genaro con tono de broma por distraer al Vizco;—las esposas que han muerto ya, divorciadas de sus maridos por tu culpa; las jóvenes que abandonaron por tí á sus novios, y la paz de las familias, que turbaste con tus anónimos... son cosas de imposible reparacion.

— ¡Es cierto, Genaro!... Estoy convencido de que el arrepentimiento es imposible, y de que la esperanza es un sueño...

— Alto ahí... señor doctor,—dijo Ventura, sin dejar su tono ligero y cáustico;— recoja usted esa impiedad que se le ha escapado... si no quiere que yo, á mi vez, le acuse de decir lo contrario de lo que siente... El sermón había ido muy bien hasta aquí; pero eso de decir que el arrepentimiento es imposible, no podemos permitirlo los doctores de la iglesia católica.

— Pues bien,—dijo el Vizco, siempre con acento de desesperacion;—lo digo y lo siento: el arrepentimiento es imposible. Yo he tratado de persuadirme de lo contrario, llamando en mi auxilio mi fé de niño...

— Sí... ¡échala un galgo á tu fé de niño! — replicó Ventura. — Se la repartieron entre sí las primeras mujeres de quienes te enamoraste.

— ¿Con que convienes conmigo en que es un delirio el que pensemos en recobrar las virtudes que arrojamos en medio de esa sociedad, que, avara de nuestro reposo, nos consintió mil goces en los primeros años de nuestra juventud?

— Es posible que sea verdad lo que dices; yo no he hecho la prueba aun, y no sé lo que hay de cierto en ese asunto.

Genaro parecia impaciente por saber los motivos que tenia Daniel para espresarse de ese modo, considerando perdido un negocio, del que solo habia ejecutado una tercera parte, y le preguntó:

— Pero dime, Daniel, ¿qué descubriste en tu entrevista con el Duende, que tan desesperado te hállas?

— La confirmacion de lo que os habia dicho antes de ir allá: que el baron del Arfil, baldon del cuerpo diplomático, ha tenido grandes pérdidas estos últimos dias...

— Sí, ya lo sé, — replicó Ventura; — en la partida grande le han llevado cincuenta mil duros en cuatro dias.

— Pues bien: ha recurrido al Duende, y este le lleva por el interés del dinero que le ha dado un precio infame. Entre los dos han confeccionado un testamento falso, por el cual el duque de Mont-Marsan nombra al Duende tutor de Adelaida, y deshereda á esta, si no contrae matrimonio con un jóven francés, cuyo nombre no he podido averiguar.

— Bien... ¿y qué? — dijo Genaro.

— ¿Te parece poco?

— Ni poco ni mucho... Eso no me parece nada, porque no puede ser, aunque ellos quieran.

— Estás equivocado... Ya han pedido el depósito de la jóven, y la justicia se lo ha concedido.

— Pero Fernando presentará el testamento de que ha sido portador...

—Es de fecha anterior al del Duende; el duque le otorgó algún tiempo antes de su muerte... y el que hoy presentan suponen que le hizo en los últimos momentos de su vida.

—Entonces estaba allí Fernando, y no puede ser verdad lo que dicen... Además, la tutela de Adelaida es imposible, porque, según creo, ha salido de la menor edad.

—Hasta eso ha previsto el Duende... Como él robó de la caja de marfil las partidas de bautismo legítimas de Adelaida y de Fernando, no hay documento que acredite lo que tú pretendes.

—Pero eso es de fácil remedio... con escribir á Paris...

—Mientras tanto, el Duende se ha apoderado ya de Adelaida.

—¡Qué absurdo!... ¿Pues por qué no pide ella un depósito judicial?

—Como no desconfiaba del baron, ha accedido á ir á su casa.

—De todos modos,—dijo Genaro,—no veo el motivo de tu desesperacion...

—Pues es muy fácil... Si yo pudiera penetrar en el seno de esa familia, y ganarme su confianza, yo desbarataria los planes del Duende... Pero esta noche he ido á casa de la condesa de Baza, decidido á hacerla una confesion franca de lo que ocurría, y en una de las antesalas me encontré con una vieja maldita... ¡Huy!... ¡De mejor gana la habria retorcido el pescuezo!... Figúrate tú que apenas me vió, empezó á gritar: «¡El Vizco!... ¡El Vizco!... ¡El seductor de la señorita Eugenia!» Precisamente salía de allí Fernando, y yo me embocé en la capa... El quiso descubrirme, y yo no lo permití... le di una tarjeta de Ventura, que por casualidad llevaba entre las mias, y le cité para esta noche misma.

—¿Con que tenemos lance?...—dijo Ventura, esforzándose por sonreír.

—No tal,—replicó el Vizco,—le di la tarjeta, porque

no quise que supiese que era yo el embozado hasta que nos viésemos á solas.

Antes de que el Vizco pronunciase las últimas palabras, llamaron á la puerta de la calle, y al poco rato entró el criado con una tarjeta, diciendo:

—Un caballero me ha dado esta tarjeta para usted, y espera...

—Que pase adelante,—dijo el Vizco al criado.

Y volviéndose á sus amigos, añadió:

—¡Él es!... Dejadnos solos.

Ventura y Genaro se entraron en la alcoba, y el Vizco salió á la puerta del gabinete á recibir á Fernando.

## CAPITULO LXXIV.

**¡La esperanza es la vida!**

Fernando, cuyo retrato tal vez aguarda con impaciencia el lector, era de mediana estatura, aunque mas bien pudiera tenersele por alto que por bajo.

Su rizada cabellera rubia daba á sus facciones una dulzura angelical, mas propia de una imagen de Murillo, que de la cabeza de un guerrero; pero la arrogante mirada de sus rasgados ojos azules, los luengos bigotes, que se rizaban, cubriendo sus encendidos lábios, y la rubicundez de su rostro, no dejaban duda de que aquel jóven, cuya edad podria ser la de veintisiete años, habia curtido su tez en los campos de batalla.

Su piel, tostada por los rayos del sol, y endurecida por los rigores de la atmósfera, parecia haber recibido de los cabellos la tinta dorada que embellecia su semblante.

Nacido en Alemania, Fernando hubiese sido el verdadero tipo del país, y su figura no habria llamado la atencion de nadie; pero los que sabian que era español, y le vieron en el campo de batalla con la espada desnuda, siempre el primero en el combate, le apellidaron con sobrada razon el ángel de la guerra.

Modestamente vestido de negro; cubiertos sus hombros con un gaban de cuero blanco, y con el sombrero en la mano, se presentó en el gabinete del Vizco.

—¡Mendoza!... —dijo sorprendido, y parándose en el umbral de la puerta.

—Buenas noches, Fernando, —contestó el Vizco con voz apagada, y haciendo seña á su amigo para que pasára adelante.

—¡Con que eres tú el seductor de mi hermana!... —dijo Fernando con dignidad y entereza.

—No, —respondió el Vizco.

—¿Pues quién me dió la tarjeta?

—Yo.

—¡Mendoza!... —repuso con arrogancia Fernando.

—Siéntate, —dijo el Vizco, —y hablaremos.

Fernando cedió á la invitacion del Vizco, y este le dijo:

—Primeramente nos ocuparemos de tí y de tu desgraciada Adelaida.

—¡Mendoza!... —replicó Fernando. —¿Has olvidado ya quién yo era antes de salir de Madrid?... ¿No sabes que toda nuestra amistad no basta á impedir que me des una satisfaccion tan cumplida como grande ha sido el ultraje que me has hecho? Atreverte á pensar en seducir á mi hermana, estando yo ausente... es una accion cobarde é indigna... Con que así, no te canses... ahorremos dilaciones, y dame pronto una satisfaccion...

El Vizco guardó silencio, y Fernando le miró sorprendido.

—¡Callas!... —le dijo. —¡Será posible que lo hayas perdido todo!...

Al oir estas palabras se estremeció involuntariamente el Vizco; pero tranquilizándose al punto, replicó:

—Por la calma con que escucho tus ofensas conocerás que no puedo aceptar el duelo que vienes á proponerme.



—Porque tienes miedo...—dijo con acento impetuoso Fernando.

—No, —respondió con frialdad el Vizco.

—Pues bien... me queda el derecho de decir...

—¡Que soy un cobarde! ¿No es verdad?... Dilo...

La sangre fria del Vizco habria trastornado á cualquiera que no hubiese tenido noticia de quién era el capitan de la Partida del Trueno; pero Fernando, que habia sido su íntimo amigo en los primeros años de su juventud, no acertaba á esplicarse aquella frialdad tan estremada, que ya no podia calificar de miedo.

Aturdido con lo que estaba viendo, y avergonzadó de continuar al lado de aquel hombre, de cuya vida presente le habia hecho una relacion exagerada y horrible la señora María, se puso en pié, y trató de retirarse, diciendo con dignidad y entereza:

—Adios, Daniel, y ten entendido que Fernando Vargas prohíbe al capitan Centellas mirar... pasar siquiera por la calle donde esté su hermana.

—Siéntate, Fernando.

—Si osas contravenir á lo que te he dicho, —continuó Fernando, sin hacer caso de la invitacion del Vizco, —tengo el derecho de matarte sin dejar que te defiendas. Cuando me dijeron la vida que hacias actualmente, creí que todo lo habias perdido menos el valor... ahora conozco que los villanos no pueden ser otra cosa que... cobardes.

—Has apurado, —dijo el Vizco sin inmutarse, —todos los medios de provocar un duelo, y ya solo te falta el de escupirme al rostro, ó el de señalarme la cara con un látigo... Doy por recibido este último ultraje, y no quiero defraudar por mas tiempo tus esperanzas...

—¿Nos batiremos? —dijo Fernando.

—Sí, y tú arreglarás todas las condiciones del lance; pero antes es preciso que oigas lo que quise decirte en casa de la condesa.

— ¿A mí?

— Sí... yo iba en busca tuya... porque no conozco á nadie mas que á tí, de todas las personas que habia en la casa... A tu hermana no la he hablado ni una sola vez... Adelaida no me ha visto nunca, y sin embargo, hace mucho tiempo que me ocupo de librarla de su implacable enemigo el Duende.

— ¿El Duende? — repitió Fernando asombrado.

— Sí ; así llaman vulgarmente al abad de Maqueda, tio de la madre de Adelaida.

— ¿ Tú conoces la historia del nacimiento de Adelaida?

— Yo descubrí su paradero... pero esto no hace al caso ahora ; siéntate, y oye lo que voy á decirte.

Fernando se sentó al lado de su amigo, retratando en su fisonomía una gran ansiedad por oir aquella revelacion, que ni siquiera habia sospechado al ir allí.

El Vizco le refirió lo que momentos antes habia contado á sus compañeros, maldiciendo sin cesar su mala estrella, que le habia impedido desconcertar los planes del Duende.

Atónito quedó Fernando con las noticias que le dió su amigo, y de las que nada habia querido decirle sor Clotilde, que, como sabe el lector, estaba impuesta de todo por la visita que habia recibido, hallándose con el médico en el gabinete ochavado.

Pesábale de haberse escedido en su lenguaje con el Vizco, despues de oirle decir que no habia hablado ni una sola vez á Eugenia, y deseoso de averiguar lo que hubiese de cierto en lo que solo habia sabido por la vieja María, se apresuró á decirle:

— Daniel, conocias mi carácter antes de que me fuera al ejército carlista, y no habrás estrañado el lenguaje impetuoso con que te he hablado hasta aquí... Sabes tambien que ahora, como entonces, no tengo otro patrimonio que

mi honra, y que, al presentarme delante del hombre á quien me habian señalado como seductor de mi hermana, no podia hablarle de otra manera... Pero si, como espero, y me prueba la conducta que acabas de usar conmigo, las calaveradas indignas á que hoy te entregas no han estinguido en tu corazon aquellos nobles sentimientos con que te honrabas en los primeros años de nuestra juventud, dime lo que hay de cierto en lo que me han dicho de tí con respecto á Eugenia... Dime que no has pensado nunca en ella, y lo creeré.

Mendoza bajó los ojos sin responder á las palabras de su amigo, y este continuó:

—Pero callas... ¡Ah!... No me habian engañado... Te prohibo tambien nombrar á Adelaida... en tus labios se empañan las reputaciones; el bien de tu mano mancharia á la mujer que lo recibiera... Adelaida no necesita de tu auxilio para triunfar de sus perseguidores... Cuando nuestro amor le parecia imposible, una fé ciega la hizo soportar grandes males; hoy que ha desaparecido aquel funesto fantasma, yo lucharé solo por librarla del extraño furor de su verdugo; y mientras tanto... la esperanza de llamarme algun dia esposo suyo, le dará valor para soportar los trabajos que hoy la amenazan.

— ¡La esperanza! —dijo el Vizco suspirando. — ¡La esperanza es un sueño!

— Calla, blasfemo, — gritó Fernando: — *¡la esperanza es la vida!* El hombre muere en el momento en que ella le falta... Sin esa inestimable virtud, que Dios nos envia para fortalecer nuestro espíritu y hacernos dignos de las grandes empresas, la vida es una carga pesada... No busques otro origen á las grandes obras de la humanidad, sino la fé de los que las emprendieron... Si la esperanza del triunfo no hubiese alumbrado la senda de las conquistas y el camino de la gloria, no hubiera habido nunca guerreros ni conquistadores. Los mártires predicaban el Evangelio bajo la cu-

chilla de sus verdugos, porque su fé les brindaba con la gloria eterna por término de su suplicio... y los descubridores del Nuevo-Mundo soportaron con resignacion heroica las penalidades de sus viajes, porque en su alma estaba imperecedera la esperanza de descubrir la tierra codiciada... Cien distintos reveses, y otras tantas esperanzas frustradas, no pudieron apagar su fé, fija en el porvenir y en la gloria... Si no tuviéramos esa virtud sublime, testimonio eterno de la existencia del Criador, los tesoros de que la naturaleza nos hizo al nacer dueños y señores, serian perdidos para nosotros, ó gozaríamos de ellos de una manera material y salvaje, como los demás animales de la creacion... Pero es inútil,—añadió Fernando,—que yo te hable de cosas que no puedes comprender ya. Has perdido la fé, y tu alma, descreída, no vive en tí sino para inspirarte sentimientos mezquinos y despreciables. El recuerdo de nuestra antigua amistad es lo único que puede hacerme baticarte contigo, considerando como caballero al que ha perdido todas las cualidades de tal...

Fernando se puso en pié en ademan de retirarse, y añadió:

—Sin escándalo, sin farsas ridículas y al momento, desígname la persona que haya de entenderse con la que yo nombraré por mi parte... No sé ahora de quién valerme, porque cinco años de ausencia han bastado para que haya perdido todos mis amigos... ¡Hoy no tengo uno siquiera á quien poder saludar con ese nombre!

El Vizco, que habia dado señales de una fuerte emocion desde las primeras palabras de Fernando, movia sin cesar sus ojos, haciendo los mayores esfuerzos para reprimir las lágrimas que los nublaban; fenómeno extraordinario que, aun viéndolo, no hubiesen creído sus amigos.

Pero Fernando se hizo cargo de todo, y como tenia una idea muy elevada del valor personal de su amigo, no pudo convencerse de que el miedo le hubiese reducido á tan ver-

gonzosa situación, y cambiando el tono usado hasta entonces, le dijo con dulzura:

— ¡Daniell!...

La voz se anudó en la garganta del Vizco, cuando alzando los ojos para mirar á Fernando, le preguntó:

— ¿Qué quieres?

— Que despachemos hoy mismo... dentro de una hora, si es posible, ese lance...

— ¿Qué lance?

— ¿Rehusas darme una satisfaccion?

— No... al contrario... lo deseo vivamente... Por eso te supliqué que vinieses aquí...

— Pues nombra un testigo...

— Entre nosotros es escusada esa ceremonia... pero si te empeñas...

Y alzándose de su asiento, se acercó á la puerta de la alcoba, y gritó:

— ¡Genaro!

El amigo de Ventura se presentó allí al punto con los brazos abiertos para estrechar en ellos á Fernando, que retrocedió, diciendo:

— ¡No estábamos solos!

— Con el antiguo camarada Genaro, — dijo este, — que tiene un gran placer en abrazarte, sacándote del error en que estás, creyendo que Daniel ha deshonrado á tu hermana, ni con el pensamiento siquiera.

Fernando miró con estrañeza á Genaro, y este continuó:

— Todo lo que te hayan dicho de Mendoza es cierto, y sin embargo, ni tú mismo eres mas celoso que él de la honra de tu hermana.

— ¡Genaro! — dijo Fernando con seriedad.

— A mí no me vengas con fierezas ni con amenazas, — replicó Genaro sonriendo. — Siéntate, y oye, que te vá en ello mas de lo que tú piensas. Nos conoces demasiado para

creer que tratamos de esquivar un duelo... Hace diez años que andamos en el oficio, y si hoy nos negáramos á batirnos, nadie lo creería en Madrid, y se diría aquello de que en casa del herrero no puede haber cuchillo de palo... Cuando tú sepas por qué no ha contestado Daniel á tus provocaciones, le tendrás, como yo, lástima, y le pedirás perdón de la ofensa que acabas de hacerle.

Fernando tomó asiento de nuevo, dispuesto á oír lo que quisiera decirle Genaro, y este continuó:

—Para que tú comprendas el estado en que se halla este mozo, es preciso que te imagines el suplicio de una coqueta arrepentida que, al presentarse con su esposo en un sarao, se hallára con uno de sus antiguos adoradores. Daniel no es ya capitán de la Partida del Trueno; hace un año que está arrepentido de su vida pasada, y hoy solo piensa en reparar sus estravíos.

—Pero hay reparaciones que exigen sangre, —interrumpió Fernando.

—Si que las hay... ¿quién lo duda? Y si Daniel no tuviese bastante en sus venas para reparar un agravio, puede contar con la de sus amigos...

—Pues no se hable mas, —dijo Fernando; —yo estoy pronto.

—¿Hace mucho tiempo que has abandonado la milicia? —dijo con calma Genaro.

—Cuando entré en Francia, por no haberme querido adherir al convenio de Vergara, colgué para siempre la espada, que solo se habia desenvainado para defender unos principios políticos... pero la espada de mi propia honra la tengo siempre en la mano.

—Así lo creo, —replicó Genaro, estrechando con efusión la mano de su amigo, —y al lado de esa espada hallarás siempre las de tus antiguos camaradas Daniel y Genaro.

—Gracias, —contestó secamente Fernando.

—Pero ahora, —añadió Genaro, —no hay ofensas que



reparar, porque te repito que Daniel, lejos de mancillar tu honra, es un celoso defensor de ella... Platónicamente enamorado de tu hermana Eugenia, á quien sigue hace un año desde lejos, y como si fuera su propia sombra, ese amor sin esperanza, como él le llama, le ha hecho renunciar á nuestra compañía, y... ¡pásmate, chico!... hasta ha conseguido nuestra conversion... Se ha disuelto la Partida por ese amor... Pregunta á tu propia hermana, y ella te dirá si el horror que la inspiraba en un principio, no se ha convertido en reconocimiento...

—¿Reconocimiento?...—dijo Fernando.

—No le hagas caso, —interrumpió el Vizco.

—¡Silencio!...—repuso Genaro. —Me has nombrado testigo de este lance, y los ahijados callan cuando hablan los padrinos.

—Sin embargo, te prohibo decir una sola palabra mas...

—Sea como tú quieras... pero si no le decimos á Fernando la verdad de todo, será preciso llevar la cuestion á un terreno en el que yo no puedo acompañaros... Seria el primer lance injusto que habria autorizado con mi presencia, y no quiero hacerlo...

Fernando habia quedado pensativo desde que oyó la explicacion de Genaro, y'alargando su mano al Vizco, le dijo:

—¿Eres tú acaso el que impidió la formacion de la causa infame que habian entablado contra Eugenia al salir del Hospital?

El Vizco guardó silencio, y bajó los ojos avergonzado.

Fernando le estrechó entonces entre sus brazos, diciéndole:

—Perdóname, Daniel... tu prudencia me ha dado una leccion, que no olvidaré nunca.

—Llámame siempre tu amigo, y habrás colmado mis mayores deseos... La idea del suicidio habia cruzado por mi mente... y gracias á tus palabras la miro ahora con horror

y con vergüenza... Tú me has hablado de la fé, y yo siento un rayo de esperanza que reanima mi espíritu y me dá valor para lanzarme á luchar contra el destino.

—Contra el destino, no,—replicó Fernando,—porque serías vencido. El destino de las criaturas se cumple siempre...

—En ese caso,—dijo desconsolado el Vizco,—la esperanza...

—No sigas,—interrumpió Fernando,—la esperanza es la vida... Si el hombre conociera el destino que le aguarda sobre la tierra; si le fuera dado leer en el impenetrable libro del porvenir, encaminaria sus pasos hácia ese objeto, cifraria su anhelo en verle cumplido, y no diria nunca que la esperanza es un sueño... La esperanza es un sueño cuando el hombre se afana por conseguir lo que no puede alcanzar... Cuando se limita á no desear otra cosa que lo que no escede de sus fuerzas, y trabaja con fé hasta conseguirlo, entonces... *la esperanza es la vida.*

—Gracias á Dios,—dijo Genaro,—que os habeis entendido... Lo que ahora hace falta es enterar á Fernando de la nueva organizacion que hemos dado á nuestra sociedad, de los proyectos que hoy tenemos, y de los pasos que hemos dado para ayudar sus planes contra el Duende...

—Yo empecé mi palabra en Paris de verter su sangre en un duelo...—dijo Fernando.

—Es indigno de esa honra...—replicó el Vizco.

—Lo juré sobre la mano de un moribundo.

—El duque de Mont-Marsan,—dijo el Vizco.

—¡Estás enterado de todo!...

—Ya hablaremos, y verás hasta qué punto conozco ese negocio,—dijo el Vizco, cada vez mas entusiasmado y cubierto de gozo el semblante.—Te lamentabas hace un momento de no tener ni un amigo en Madrid... tres hallas dispuestos á ayudarte, y gentes de toda clase á nuestra devocion para secundar nuestros esfuerzos.

— Triunfaremos del Duende, no lo dudes, — dijo Fernando.

— Con tu fé y con tu ayuda, — replicó gozoso el Vizco, — no conozco imposibles... Ahora, — añadió, — sabremos lo que hizo este en su entrevista con uno de los enemigos mas temibles... doña Inés Montilla...

— ¿La madre del partido apostólico... como la llaman mis fanáticos correligionarios políticos?

— La misma, — dijo Genaro.

— Es una impostora.

— Es el primer cómplice del Duende

— ¿De veras?

— Ahora lo sabrás todo... — dijo el Vizco; — voy á llamar á Ventura.

— Vete allá dentro con él, porque quisiera hablar dos palabras á solas con Fernando, — dijo Genaro.

— ¡La franqueza me gusta! — replicó el Vizco, entrando en la alcoba, y cerrando detrás de sí la puerta.

Genaro se aproximó á Fernando, y ambos quedaron solos en el gabinete, cuando ya hacia media hora que los primeros rayos de la luz del nuevo dia abatian el débil resplandor de las bujías que ardian sobre la chimenea.

## CAPITULO LXXV.

### Fernando y Genaro.

Apenas hubieron quedado solos en el gabinete del Vizco el hermano de Eugenia y Genaro, cuando este dijo:

—Dos veces he ido á tu casa con intencion de hablarte de lo que ahora oirás, si me prometes no incomodarte, ni romper por ello la nueva liga que acabamos de formar para ayudarte en tu empresa.

—¿Y qué es lo que vas á decirme?... —replicó Fernando turbado.

—Pero... ¿me das palabra de no incomodarte?

—Segun sea lo que me digas...

—¡Es decir, que no concedes nada á nuestra antigua amistad!... Vas á hacer conmigo lo mismo que con otro cualquiera: á examinar el género, para decir despues si quieres ó no comprarlo... En ese caso, me callo... Yo creí que el estudiante de leyes que se escapaba del colegio de *los Verdes* de Alcalá para venir á Madrid á pasar unos dias de broma con el caballero guardia de Corps, tenia algun derecho á ser tratado de distinta manera por su amigo... pero ya veo que no es así, y me callo.

—Habla, *sopista*, habla, —dijo Fernando sonriendo y

avergonzado de haber tratado con demasiada severidad á su amigo.—Yo te ofrezco no incomodarme por nada.

Genaro estrechó la mano de Fernando, y devolviéndole el afectuoso apodo con que este le había saludado, le dijo:

—Pues oye, querido *chocolatero* (1); oye.

Con el preámbulo de Genaro creyó Fernando que se trataba de un asunto de la mayor importancia, y sin atreverse á pestañear, oyó en silencio lo siguiente:

—Habrás oído contar,—dijo Genaro,—cien mil aventuras diabólicas de nosotros, desde que, con el título de Partida del Trueno, no hicimos otra cosa sino organizar nuestras calaveradas. Dice el vulgo que hasta el *Pater-noster* puesto en cuento, es un chisme, y así nos ha sucedido á nosotros. Poetizadas nuestras diabluras por la prensa periódica, la fama de la Partida ha volado por toda Europa, y como los franceses son tan amantes de lo maravilloso, han ensalzado hasta el quinto cielo nuestras proezas, haciéndonos pasar á los ojos del mundo por una tribu de *Convidados de piedra*, y presentándonos á cada uno como á un nuevo don Juan Tenorio. Si tuviera tiempo ahora de referirte lo que hay de verdad en esos dichos, te quedarías asombrado al ver lo que han mentido; pero á nosotros nos halagaban esos elogios, y hasta nos hacíamos la ilusion de creer que eran justos. Estábamos seguros de que por nuestra causa ninguna jóven ha tomado el velo en el convento de las Arrepentidas; y sin embargo, nos parecia verdad lo que decían los periódicos de Paris, de que era tan grande el número de las jóvenes que habíamos seducido, que habia sido preciso fundar nuevas casas de Recogidas. Creíamos tambien que era cierto lo que ellos aseguraban de que España estaba poblada de anacoretas austeros, y de que á docenas se arrojaban al Canal los novios burlados por la Partida del

---

(1) Así llamaban á los guardias de Corps, porque siendo todos ellos de familias distinguidas, se suponía que su rancho de desayuno era el chocolate.

Trueno. Lo que hay de cierto en esto, es, por el contrario, y como dice con mucha gracia Ventura, que muchos esposos presuntos han venido á darnos gracias por el favor que les hemos hecho, probando en la piedra de la coquetería los pocos quilates de la fidelidad de sus futuras... Ventura añade que su busto estaria en todas las plazas de Madrid si cada novio de los que él ha apartado del precipicio le hubiese erigido una estatua en agradecimiento. La verdad es, querido Fernando, que nosotros, dueños de la capital que vosotros abandonásteis por ir á batiros en las provincias del Norte, hemos sido los únicos gallos en este inmenso gallinero. Si durante la guerra se hubiera hecho una estadística de sexos en Madrid, habrian resultado cien mujeres para un solo hombre. Lo que decíamos por broma en los primeros años de nuestra juventud, de que llegaría día en que las mujeres nos solicitarán por medio de memoriales, se ha realizado en esta época... y ya tú ves, querido amigo, que cuando al hombre le brindan con un haren, no le queda mas recurso sino hacerse sultan...

—No sé,—interrumpió Fernando, cada vez mas asombrado del discurso de su amigo,—lo que te propones con esa relacion...

—Déjame concluir, y lo sabrás.

—¿Pero era eso,—replicó Fernando,—lo que temias que me incomodára?... ¡Qué disparate! Demasiado sé yo que vosotros podreis estar extraviados; pero jamás envilecidos... Si vuestras reprensibles calaveradas os han hecho olvidar por algun tiempo la educacion que recibisteis cuando niños, los principios de la religion y de la honradez no se habrán estinguido completamente en vuestros corazones.

—Así es la verdad,—dijo Genaro, estrechando la mano de su amigo;—hemos sido calaveras por gusto y por lujo, y hoy lo somos por fuerza... y...

—¿Por fuerza?...—repitió Fernando.



—Sí, por fuerza... Tú no sabes que el amor propio y el orgullo son siempre los consejeros del hombre...

—Pero el amor propio,—interrumpió Fernando,—es bastardo cuando no vá acompañado de la dignidad... y en continuar vosotros haciendo esa vida, no sé yo que haya dignidad ninguna.

—Tienes mucha razon; y sin embargo, hace mucho tiempo que no nos sostiene unidos otra cosa que el orgullo y el ¿qué dirán?

—¿Y quiénes son los que han de decir?

—Las gentes, que nos tienen en menos cuando pasa algun tiempo sin que se cuente alguna calaverada, y nos miran con lástima cuando nos ven estar con formalidad en los sitios públicos, sin hollar con nuestra omnipotente audacia todos los principios sociales y las leyes de la justicia.

—¿Y pensais seguir sacrificando vuestra dignidad y el nombre de vuestros padres á ese orgullo mal entendido?

—No tal; ya te hemos dicho que está disuelta la Partida.

—Pues bien; en ese caso todo se ha concluido, y ahora os toca empezar una vida enteramente contraria á la que habeis seguido hasta el dia.

—Ciertamente... pero la cosa es mas difícil de lo que á tí te parece... ¿Qué cliente habrá que quiera serlo mio cuando yo abandone el tapete de la casa de juego por abrir el bufete de abogado, y empiece á repasar las *Partidas* del rey Sábio, en vez de hojear el libro de las cuarenta, y ver si amarran el rey de copas?

—Todos,—contestó Fernando,—en cuanto se persuadan de que eres un abogado estudioso, y que trabajas con celo en el bufete y en el foro... Con un año de constancia llegarás á ser el primer jurisconsulto de la corte.

—¡Un año! Ya me contentaria yo con lograr algo menos despues de media docena de ellos.

—Pues no dudes que lo lograrás, si para acreditarlo te consagras á la defensa de los pobres.

—¡Oh! Ese es mi bello ideal... ¡La defensa de los presos pobres!... He hecho de ellos un estudio muy detenido, y puedo decir, sin que sea orgullo, que tendré muchas ocasiones de ilustrar á los jueces.

—¡Esceleste idea!—dijo Fernando.—De ese modo harás útil á la sociedad el estudio, que bien puede decirse que has hecho á costa suya; pero acaba de contarme lo que te habias propuesto al decir á Daniel que se retirára... Hasta ahora, lejos de oír nada que me incomode, solo me has dado motivos de estrechar mas y mas nuestra amistad.

—Lo que te he dicho ha sido una protesta que creí necesaria para que no nos juzgases por lo de que nosotros habrias oído hablar; pero el motivo de nuestra entrevista á solas es el de hablarte de los amores de Daniel...

—¿Con mi hermana?—dijo Fernando alterado.

—Con tu hermana, no; *por* tu hermana, sí.

—Espícate,—repuso con impaciencia Fernando.—

—Es inútil,—continuó Genaro,—que yo te hable ahora de la entrañable amistad que ha existido siempre entre Daniel y yo... Tú sabes que, criados ambos por personas mercenarias, y sin haber conocido nunca á nuestros padres, ni sabido quiénes fueron, apenas teníamos diez y nueve años de edad, cuando nos vimos por primera vez; siendo la identidad de nuestra infancia el vínculo eterno de nuestro cariño. Un mismo origen teníamos ambos, y aunque nacidos y educados en distintos puntos, la desgracia nos habia hecho el uno para el otro. La orfandad de los desamparados era nuestra madre comun. Verdad es que Daniel traía mucho dinero consigo; pero no es por eso menos cierto que, como yo, habia huido de su casa, y que ambos entramos en la corte en un mismo dia, dirigiéndonos instintivamente á la misma casa de huéspedes. Allí, por un fenómeno, que no he podido explicarme despues que he conocido lo que son

esas gentes que se alquilan con sus muebles y su casa al primero que llega, encontramos con la célebre doña Hermenegilda Alzugoicorretumea... (apellido, por cierto, que tardé en aprender un año), noble vizcaina, que fué para nosotros una verdadera madre, y que llegó á dominarnos mas que si fuéramos hijos suyos. A los pocos meses de estar en Madrid, habíamos gastado una gran parte del dinero que tenia Daniel, y á este le ocurrió la feliz idea de entregar el resto á doña Hermenegilda, la cual, con su habilidad, como ella decia, de hacer de un duro cuatro, no nos pidió nada por darnos de comer tres años seguidos, haciéndonos, mientras tanto, seguir los estudios de filosofía con los frailes de Santo Tomás. En fin, tú sabes bien que un consejero de Indias, que iba de visita á su casa, me alcanzó una *beca* en los Verdes de Alcalá, y otra á Daniel en el del Rey de la misma ciudad. Por aquel tiempo murió doña Hermenegilda... y lo demás, tú lo sabes... Nadie se ha presentado á decirnos: «Yo soy tu padre;» pero en cambio Daniel y yo hemos seguido siempre unidos como dos hermanos, no teniendo que comer muchas veces... nadando en oro otras, y en fin... ya ves que nunca nos hemos muerto de hambre. Hoy, lejos de eso, podemos ofrecerte dos ó tres mil duros cada uno de nosotros, sin hacer uso de nuestro crédito, que es inmenso.

— Muchas gracias, — contestó Fernando.

— ¡Qué gracias, ni qué diablos! — dijo Genaro. — ¿No partíamos el bolsillo cuando eras guardia, y nuestros fondos eran comunes siempre?

— Verdad es... pero á mí no me hace falta nada, y te doy las gracias.

— Pues sea como tú quieras... — repuso Genaro. — Te he recordado mi amistad con Daniel, para que no estrañes el que yo haga hoy las veces de padre suyo, pidiéndote para él la mano de tu hermana...

— Mucho tiempo habríamos ahorrado, — dijo Fernando,

dominando el disgusto que le causaba aquella demanda,— si hubieses empezado por decirme el motivo de nuestra entrevista.

— Recuerda, — interrumpió Genaro, — que me has dado palabra de no incomodarte.

— No me incomodo; al contrario, me sirve de una satisfacción que mis amigos hayan pensado tan noblemente en una hermana mía; pero en cuestiones de esa especie, yo no tendré jamás otra intervencion que la de velar por su honra, y enseñar á estocadas los quilates de su virtud á los que se acerquen á hablarla de una manera indigna.

— ¿Supongo que esa amenaza no irá con nosotros? — dijo Genaro riendo.

Fernando guardó silencio, y su amigo añadió:

— La prueba de que Daniel ha sabido distinguir á tu hermana entre todas las mujeres, es la manera con que la ha tratado en el tiempo que la ha conocido... Ha preferido sufrir en silencio tormentos que tú no puedes imaginarte, primero que decirle una sola palabra... Por eso te dije antes que no se trataba del amor de Daniel *con* tu hermana, sino *por* tu hermana... Son dos cosas muy distintas.

— Lo sé, y te repito que estoy muy agradecido; pero que es negocio en el que no me mezclaré jamás.

— ¿Pero te conservarás neutral?

— Sí.

— ¿Y permitirás á Daniel la entrada en tu casa?

— Yo no puedo prohibírsela á ninguno de mis amigos, siempre que su proceder para conmigo no les haga indignos de esa confianza... Además, yo quiero que Eugenia tenga por uno de mis mejores amigos al que la salvó de la deshonra, que una calumnia infame queria arrojar sobre ella.

— Pues bien, Fernando: Daniel se ha opuesto á que yo te hablara de sus amores, y yo he querido hacerlo, porque siempre me ha gustado despejar las situaciones, aunque detrás de ellas haya un desengaño horrible. Daniel dice que

ama sin esperanza, porque sabe que el corazón de tu hermana no es libre ya...

—¿Que no es libre?... —dijo Fernando. —¿Y quién se lo ha dicho?

—Está enterado de sus amores con un tal Carlos que estuvo contigo en el ejército, y que hoy se halla en Francia.

—¡Carlos!... —repitió Fernando. —¡Pobre Eugenia! —murmuró despues.

—¿Ha muerto Carlos? —dijo Genaro, sin poder disimular su alegría.

—No, —contestó con pena Fernando. —¡No ha muerto!

—Pero algo funesto ocurre, cuando tú hablas de ese modo.

—¡Oh, sí! Una desgracia, que yo no sé cómo ocultar por mas tiempo á Eugenia... Carlos es un muchacho de excelente corazón, pero de pocos alcances, y aunque mientras hemos estado en las Provincias parecia cada vez mas enamorado de Eugenia, una griseta, á quien tuvo la desgracia de conocer á los pocos dias de estar en Francia, se dió maña á engañarlo, y hoy es su esposa...

Al oir estas palabras Genaro, dió muestras de la mayor alegría, como si él mismo fuera el amante de Eugenia.

—No lo creas, —dijo Fernando, contestando á la significativa espresion de su amigo; —mi hermana no podrá amar ya á ningun otro hombre.

—¡Quién sabe!...

—Hace mucho tiempo que no recibe cartas tuyas, y está inconsolable... Mi indiferencia al hablar de Carlos la confirma sus sospechas de que haya podido serla infiel... ¡No sabe la infeliz hasta qué punto es cierta su desgracia!...

—¿Y tú no le dijiste nada á Carlos?

—Se casó estando yo en París, y á mi vuelta por Clermont huyó siempre mi presencia... La mala opinion que goza allí su esposa, y la miseria en que viven, es una expiacion harto dura de su inconstancia.

— Cuando Daniel sepa lo que ocurre, enloquecerá de alegría.

— No le digas nada.

— Como gustes; pero prométeme que no será esta la última vez que nos ocupemos de este asunto... Ya conoces su buen corazón, y cuando veas lo que ha cambiado en su modo de pensar, tendrás un placer en contribuir á hacerle feliz.

— Sin embargo, yo no podré desear nunca que sea marido de mi hermana el hombre que ha pensado una vez en el suicidio.

— Si conocieras el grado de su pasión, le perdonarías esa falta, que yo mismo le he reprendido.

— Solo á los niños, — dijo Fernando, — se les puede perdonar, nunca consentir, los ímpetus violentos con que arrojan un juguete cuando no aciertan á divertirse con él... El hombre, desde que tiene uso de razón, debe moderar sus deseos, ó intentar conseguirlos, sin desesperarse cuando no puede alcanzarlos.

— Oyéndote hablar, — replicó Genaro conmovido, — parece muy fácil alcanzar la felicidad.

— No será por que haya pasado mi juventud en medio de ella... Sufriendo reveses de todo género, he aprendido la resignación como único camino de la felicidad.

— Tienes mucha razón, — dijo Genaro; — pero si hubieras oído á Daniel antes de entrar aquí, no te quedaria duda de la sinceridad de su arrepentimiento... Estremece ver lo avergonzado que está de su vida pasada, y la desesperación que le domina por creer imposible el repararla.

— Pues por eso es por lo que no puede inspirar confianza su arrepentimiento.

— No lo creas... ya verás cómo á tu lado es otro hombre... Yo no he de parar hasta que seáis hermanos... Pero lo que ahora nos interesa es arrancar esas víctimas del poder del Duende, y que tu felicidad sea el bautismo de nues-



tras nuevas empresas. Ahora vendrá Daniel y Ventura, y acordaremos lo que conviene hacer.

— Yo me retiró, — dijo Fernando, — y volveré á la hora que digais... Adelaida quedaba descansando cuando salí de casa de la condesa, y voy á informarme del estado de su salud... Sor Clotilde no me dijo nada de lo que me ha contado Daniel; pero no lo extraño, estaba aturdida. Yo la arrancaré la confesion de todo para ayudarlas á salir de ese estado.

— No consientas de ninguna manera en que acepten el depósito de Adelaida en la embajada, ni la dejes salir de casa de la condesa bajo ningun pretexto; y lo demás corre de nuestra cuenta.

— Pues hasta luego, — dijo Fernando, alargando la mano á su amigo, y saliendo del gabinete.

— Hasta luego, — contestó Genaro, estrechándole la suya, y volviendo á llamar á sus amigos, despues de haber despedido á Fernando.

El Vizco se presentó allí solo, porque Ventura dormia profundamente, tendido sobre una de las camas de la alcoba, y apenas habian empezado á hablar de la escena ocurrida allí, cuando entró Eduardo diciendo:

— Hasta ahora ha durado el encierro de los bichos de Gaviria... Se escaparon tres, y toda la noche han estado buscándolos.

— ¿Y no te ha cogido ninguno? — dijo Genaro. — Lo siento...

— Pues no lo sientas, — repuso Eduardo riendo, — porque en cambio me ha cogido mi suegra, y me ha dado un solo de reflexiones morales, ¡que ya!... ¡Yo tuve la culpa!... Me fui anoche á casa desde la de Almerinda, y me cazó encamado como las liebres... Por no oirla me he salido de casa, y Curro Cañamones, á quien he encontrado al venir aquí, me ha dado esas noticias del encierro. El dice que no ha visto nunca ganado mejor que el de esta tarde... Yo sen-

tiré no poder ver toda la corrida, porque Almerinda tiene ensayo de la ópera nueva, y...

—Mira, —dijo el Vizco, acercándose á Eduardo, — para que te sobretiempe para todo, empieza por largarte de aquí ahora mismo.

—Déjale, —replicó Genaro; —entreguémosle al brazo secular de Ventura, y tiene bastante.

Eduardo quedó sorprendido con la brusca salutacion del Vizco, y Ventura, que se habia despertado al oir su voz, gritó desde la cama con tono soñoliento:

—Genaro!.. tráeme aquí al *primo-donno* absoluto del teatro de la Opera, el *signor conte de la Torre-Pardini*.

—Me darás una satisfaccion de este insulto, —dijo Eduardo casi entre dientes, y despues de haber dudado algun tiempo si debia aventurarse á desafiar á sus maestros de esgrima.

—¡Roque! —gritó el Vizco, llamando á su criado: —este niño está aquí demás.

No necesitó Eduardo que el Vizco repitiese la orden, y temiendo que el criado lo ejecutase tal cual se lo mandaban, se apresuró á salir del gabinete, oyendo, al bajar la escalera, la voz de Ventura, que gritaba con tono de burla:

—¡Llévale á la escuela... Roque, á la escuela!

## CAPITULO LXXVI.

**Una revelacion importante.**

Si una casualidad, que bien podemos llamar providencial, no hubiese llevado al médico de quien hemos hablado en los artículos anteriores á casa de la condesa de Baza, todos los proyectos de Genaro y de sus amigos habrian sido inútiles... Si otra persona que este ilustrado profesor de la ciencia de curar hubiese hablado al juez, no habria desistido quizá de su empeño, y la infeliz Adelaida hubiese caído de nuevo en manos de su implacable perseguidor.

Cuando Fernando entró en casa de la condesa ya se habian retirado el juez y el diplomático, y solo un alguacil de vista quedó en la antesala, habiendo consentido el médico, no sin gran trabajo, en que reconociera á Adelaida, para la identidad de su persona, desde lejos, y sin que la jóven se enterase de lo que pasaba.

En la misma ignorancia quedaron las demás gentes de la casa, y Eugenia, que no quiso abandonar á su amiga, recibió instrucciones del médico sobre la conducta que debería usar con ella.

El sábio doctor no se retiró de allí hasta las primeras horas de la madrugada, dejando sorprendida á sor Clotilde

por su bondad, por el acierto con que lo dispuso todo, y principalmente por la facilidad con que habia comprendido el carácter y la situacion de la enferma.

Sin el poderoso auxilio del médico, Fernando no habria llegado á tiempo de impedir los designios de los agentes del Duende (que tal nombre podemos dar al secretario de la embajada francesa y al juez de primera instancia que le acompañaba), á pesar de que ambos obraban engañados, y solo en cumplimiento de su obligacion.

Como ninguna de las personas de la casa se habia retirado á descansar hasta las primeras horas de la mañana; eran ya las diez cuando llegó Fernando, y el mas profundo silencio reinaba en el palacio de la condesa de Baza.

El portero estaba sentado junto á una modesta mesa de pino, cubierta con un hule negro, sobre el que se veia un tintero y un pliego de papel, á cuya cabeza se leian estas palabras:

*Las señoras no reciben.*

*La señorita Adelaida ha pasado mal la noche.*

*La señora condesa ha tenido cuatro jaquecas.*

Y en aquel álbum, dispuesto á contener los nombres de las personas que acudiesen á visitar á las señoras, no habia aun sino una sola línea, escrita por el padre Romualdo, que, al salir de celebrar el sacrificio de la misa, habia decidido tomar chocolate en casa de la condesa.

Pero el portero no le permitió que pasára adelante, á pesar de su obstinado empeño, y el fraile se vió obligado á escribir lo siguiente:

*Aquí he estado á informarme de la salud de mi señora la condesa, de su prima la beata y de la señorita doña Adelaida, y por no haberme dejado subir el portero, pongo esta nota, que firmo — YO ROMUALDO ESPINO.*

Una sola persona, quizá la mas conmovida de cuantas habian presenciado la escena de la noche anterior, era la única que velaba allí.

Cabezota, despues de haber acompañado al médico hasta su casa, instruyéndole en el camino de la historia de Adelaida, tal cual él la conocia, paseaba en la calle por delante del edificio, embozado en su capa parda, y con el sombrero de Calaña caido sobre el ojo derecho.

Desde muy lejos descubrió á Fernando, y dejando caer el embozo de la capa, se acercó á él respetuosamente, y le dijo:

— Señorito, están durmiendo.

— ¿Quién vino anoche aqui? — preguntó con impaciencia Fernando.

— Haga usted cuenta que nadie, — replicó Cabezota, — porque se fueron por donde habian venido.

— ¿Y no se llevaron á Adelaida?

Cabezota movió la cabeza sonriendo, y Fernando añadió:

— ¿Se la llevaron?... ¿Y adónde?... ¿Dónde están esos hombres?

— En su casa estarán.

— ¿En la embajada? ¡Ah, voy corriendo!

Fernando quiso marchar precipitadamente á casa del baron del Arfil, poco distante de la de la condesa, y Cabezota le detuvo, diciéndole:

— ¿Adónde vá usted, señorito?

— A arrancar á Adelaida del poder de esa gente.

— ¿De qué gente?

— De los amigos del Duende.

— ¿Pues le parece á usted que si estuviéramos en ese caso se hallaria Paco Serrano cruzado de brazos y vivo?

— ¿Con que es decir que Adelaida no ha salido?

— Ni saldrá mientras yo viva.

— Gracias, Paco; pero no hay necesidad de que te incomodes...

— ¡Incomodarme yo por defender á la señorita!... Vaya, don Fernando, usted no me conoce aun.

— Sí; pero ya estoy yo en Madrid, y ahora...

— Ahora, — repuso Cabezota, — tengo una persona mas á quien guardar... y no se ofenda usted de lo que le digo... Ya sé que es usted tan valiente como el primero; pero hay personas con quien usted debe tener á menos el batirse, y para esa clase de gente estoy yo aquí.

— Adelaida te ha prohibido hacer daño á nadie.

— ¡Bastante lo siento!... Y la verdad, señorito; yo no he quebrantado aun mi palabra... pero voy á pedir á usted un favor...

— ¡Si es cosa que yo puedo!...

— Sí, señor.

— Pues concedido.

— Mire usted, señorito: yo tengo que ver al Duende para asuntos nuestros... de él á mí solamente; y si por casualidad... no digo yo que suceda, pero es de suponer... Las palabras son como las cerezas, las unas se enredan con las otras... y sin poderlo remediar, como aquel que dice, donde menos se piensa salta la liebre...

— ¡No entiendo lo que quieres decir! — replicó Fernando.

— Pues... nada; pero supóngase usted que él me dice, y que yo le digo... y que, como el hombre no tiene siempre la paciencia en el bolsillo, nos enredamos á hablar de la señorita, y sucede que él se propasa, y que yo no me puedo contener.

— Pues es preciso.

— Sí, señor; ya sé que es preciso disimular y tragar bilis; pero supóngase usted que no puedo...

— No vayas á verle.

— Es imposible; tenemos que ajustar unas cuentas.

— Pues ten prudencia.

— ¿Y si no la tengo?



—Acuérdate de lo que te manda Adelaida, y la tendrás.

—Verdad es; pero yo quisiera que, si me propaso, tuviese usted la bondad de decir á la señorita que me perdónara... Mire usted, ayer estaba yo dispuesto á darla gusto, y aunque el Duende me hubiera dicho mil perradas de todos ustedes, no le habria contestado siquiera... por ahí te pudras; pero hoy no puedo contenerme, y me ahoga la bilis... Esta mañana fui á casa de la Peregrina, y no estaba; si le encuentro allí, me parece que... pero mas vale callar... la señorita no quiere que yo le toque ni al pelo de la ropa, y eso me desespera.

—Déjalo de mi cuenta, Paco; yo soy el que debo entenderme con ese hombre.

—¿Usted? ¡Pues no faltaba mas!

—Te prohibo que te mezcles para nada en este negocio, —dijo Fernando, leyendo en el semblante de Cabezota una intencion siniestra.

—Es que yo tengo resentimientos particulares...

—Pues bien, no importa: yo tengo hecho un juramento sagrado de librar á Adelaida de ese hombre, y sé lo que debo hacer.

—Eso es otra cosa, —dijo Cabezota, aparentando quedar convencido con las palabras de Fernando; —y si usted cree que mi presencia estorba, —añadió, —me retiraré ahora mismo...

—Al contrario; quiero que no te muevas de aquí... Adelaida no puede tener mejor guardia de honor que tú.

—Como usted guste; pero ahora, si usted se queda aquí, iré yo á dar una vuelta á mi casa.

—Ves donde quieras, si me das palabra de no buscar al Duende.

—¡Usted me lo ha prohibido!...

—¿Pero tú me das palabra de hacerlo así?

—¡Además, tambien me lo ha dicho la señorita!...—

repuso Cabezota, esquivando soltar prenda, que no parecía dispuesto á pagar.

—¿Pero me das palabra de no buscarle?

—¿De no buscarle?... Sí, señor.

—Pues anda en buen hora, y vuelve pronto.

—Antes quisiera decir á usted dos palabras sobre un asunto de que no me he atrevido á hablar á la señorita.

—¿De qué se trata?...—preguntó con interés Fernando.

—Entremos, si usted quiere, en el portal, y allí hablaremos con mas comodidad.

Hiciéronlo ambos como lo habia dicho Cabezota, y retirados al rincon opuesto á la portería, Fernando mandó sentar al portero, que se habia puesto en pié al verle entrar allí, y Cabezota dijo:

—A usted le habrá enterado ya la señorita de lo que pasaba en la Torre del Duende.

—Sor Clotilde me ha contado alguna cosa.

—¿Y no le ha dicho á usted nada del asesinato del niño Enrique?

—¿Del sobrino del abad?...—preguntó Fernando.

—Del mismo... ¡Yo tuve la desgracia de parar la diligencia en que iba el infeliz!

—¿Y por qué le mataron?

—No le mataron, —contestó Cabezota. —Vive.

—¡Es posible!...—gritó Fernando. —¿Y dónde está?

—No lo sé; pero quizá no tarde mucho en averiguarlo... Ayer he sabido que el hombre que se encargó de asesinarle está en Madrid, y tengo esperanzas de verle hoy mismo.

—Ese hombre, ¿no es el mismo que sacó á Adelaida del poder del Duende?

—Sí, señor.

—Pues yo quisiera verle, —dijo Fernando entusiasmado.

—Cuando yo sépa su paradero, le veremos todos; tambien la señorita lo desea... pero todo mi empeño ahora es

saber dónde está el niño Enrique... ¡Digo, niño!... Ya será un mozo hecho y derecho, porque entonces tendria seis ó siete años... y que le cogimos hace mas de diez.

—¿Y estás seguro de que vive?

—Hoy dia no sé; pero entonces, aunque le hicieron creer al Duende que le habian asesinado, le salvaron la vida, entregándosele al ama de la fonda de Valdepeñas, donde para la diligencia que vá de Madrid á Sevilla; pero dicen que el niño era tan revoltoso, que se lo vendieron á una señora duquesa ó marquesa que pasó por allí.

—¿Y quién te ha dado esas noticias?

—Un amigo mio, que fué de los que ayudaron al viejo á ocultar el niño y á fingir que le habian muerto.

—Pero si vive, ¿cómo no se ha presentado á reclamar el título que le correspondia á la muerte de su padre, y luego á la de su tio, el último duque de Alcira?

Cabezota se encogió de hombros, y Fernando añadió:

—¿No dice sor Clotilde que iban en su compañía una señora mayor y dos criados?

—Sí, señor; pero á esos, mejor que á nadie, les hicieron creer que le habian asesinado.

—¿Y á ellos no les hicieron daño ninguno?

—No, señor: el Duende hizo sorprender el coche lejos de su dehesa; pero salió al camino despues que habia mandado asesinar al niño, que le llevamos nosotros, y... ¡Vaya, de acordarme que fui uno de tantós en aquella ocasion, me estremezco!... ¡Oh! ¡Si las cosas se hicieran dos veces en la vida!

—¿Pero qué sucedió despues?...—dijo Fernando.

—Que el Duende alcanzó el carruaje, donde estaban mas muertos que vivos los criados, y cuando le dijeron lo que habia ocurrido, ofreció vengar la muerte de su sobrino, y mandó propios en todas direcciones, y... ¡ya se vé!... como él habia sido el que lo habia dispuesto todo, nadie pensó en buscar á los reos entre las gentes de la Torre.

— Pues, oye, Paco, — dijo Fernando: — averigua el paradero de ese hombre, y avisame de lo que haya; pero no digas nada á nadie mas que á mí... á mí solo... ¿entiendes?

— Está bien, — dijo Cabezota.

— Ahora voy á subir á ver á las señoras... no tardes en volver, y cuidado con lo que te he dicho.

— Descuide usted; no diré nada á nadie.

— No es eso lo que te digo... me has dado palabra...

— De *no buscar* al Duende, — dijo Cabezota con intencion.... — Pues bien; la cumpliré.

Y salió del portal, al mismo tiempo que Fernando subia la escalera.

## CAPITULO LXXVII.

### Cabezota en el sotanillo de la Melitona.

Confiada la custodia de Adelaida á Fernando, y persuadido por lo que le habia dicho el médico de que no habia peligro ninguno por parte de la autoridad, Cabezota se alejó tranquilamente de los alrededores del palacio de Baza, dirigiéndose á la calle del Aguardiente, y entrando en el sotanillo de la Melitona.

Estaba el bodegon lleno de parroquianos cuando llegó Cabezota, y el ama de la casa, que los trataba á todos sin distincion, derramando por igual en los lábios de los unos y los otros la ambrosía de sus tinajas, salió de detrás del mostrador para recibir al nuevo huésped.

— Buenos dias, Paco, —le dijo.

— Dios te guarde, — contestó Cabezota.

— Y á la compañía que se la lleve el diablo... — replicó riendo un jóven, que estaba recostado en el mostrador con un vaso en la mano.

— No te habia conocido, — dijo Cabezota, reparando en el jóven y rehusando el vaso que le ofrecia.

Despues, volviéndose á la Melitona, la preguntó:

—¿Vino la vieja?

—Ya hace mas de media hora que te está esperando,— contestó la Melitona.—La he hecho entrar en el gabinetillo, porque si se quedaba en la tienda, como es tan escandalizadora y tan mala, la tengo miedo; en bebiendo una gota mas de lo regular, no se la puede sufrir.

—¿Y ahora ha bebido?

—Aquí no, y creo que en ninguna otra parte, porque venia muy serena.

—Pues dame dos botellas de lo que sabes, y para almorzar lo que tú quieras.

—No hay mas que callos y chuletas... Con que elige.

—Elijo las dos cosas,—contestó Cabezota.

—Y algunas sardinas, ¿no quieres?

—¿Están muy saladas?

—Como el agua de la mar.

—Pues tráelas, porque despertarán la sed, y emborracharé á la vieja.

—Por Dios, Paco, te pido que no hagas semejante cosa... *arreglara* que tiene muy mal vino, y que nos vá á dar un escándalo...

—No tengas miedo.

—Por tí, no... pero me ha dicho el alcalde, que á la primer bulla que haya en mi casa cierra la tienda.

—¿No beben vino á la comida esas autoridades?

—Sí.

—Pues mándales un frasco de vez en cuando y te dejarán en paz... Tráeme lo que te he dicho, y pierde cuidado.

—Mira, Paco, que mi casa está muy tildada entre la policía, y sé que tienen ganas de darme que sentir... Me lo ha dicho un portero de la Jefatura, que está enterado de todo lo que pasa.

—No hagas caso de nadie, y sirvenos al momento... pero aunque la casa se llene de gente, allí...

—No entrará nadie... descuida... lo harian así, aunque



yo no lo advirtiera... Con solo saber que eres tú el que está el gabinete, nadie se atreverá á pasar adelante.

Cabezota alzó el picaporte de la estrecha puerta de pino que daba paso al gabinete, y la Melitona se dirigió á la cocina ambulante que habia en los escalones de la entrada, para disponer el almuerzo que la habian pedido.

Apartó del fuego media docena de pucherillos de los que cocian en el barreño que la servia de hogar, y que representaban real y medio el que menos, y el que mas dos reales, y con el auxilio de unas parrillas, puso sobre las áscuas unos pedazos de carne cruda, que así olian á caballo, como no eran chuletas de carnero.

El humo de la grasa se repartió bien pronto por la habitacion, escitando la tos de los parroquianos, y aumentando el consumo del vino. Y aunque la Melitona no podia atender á escanciarlo, por estar ocupada en el fogon, merecia su confianza el jóven que saludó á Cabezota, y era el que en casos tales se colocaba detrás del mostrador.

Los parroquianos le veian con envidia regentar el trono de Baco, y desde que fué elegido para tan elevado puesto, le tenian todos grandes consideraciones.

Por esta circunstancia, y por otras que hacian mas íntimas sus relaciones con la Melitona que las de los demás parroquianos, fué el único de los que allí habia que se atrevió á preguntarla:

—¿Qué tiene Paco, que anda tan distraido hace tiempo?

—¡Qué sé yo!—replicó la melitona.—Ahí le has tenido; ¿por qué no se lo has preguntado?

—¡Como me saludó tan secamente!

—Pues por eso no le preguntó yo nada... Oigo lo que me quiere decir, y nada mas.

—¿Y qué negocio trae ahora con la Peregrina?—dijo uno de los parroquianos, mezclándose en la conversacion.

—¡Con la Peregrina!...—repitió la Melitona.—No sé decir á usted.

—¿No es la Peregrina, —añadió el parroquiano, —la que le estaba esperado en el gabinetillo?

Ni la dueña del bodegon ni el regente de la taberna contestaron á la pregunta, y el parroquiano continuó:

—Los ví esta madrugada juntos á entrambos, y dije, ¿contra quién irá el golpe?... Porque aunque ahora hace tiempo que Paco anda así como distraído, ella es una bruja muy mala.

—Merecía que se pusiese la Inquisicion de nuevo, solo para quemarla, —dijo otro interlocutor.

—No digas barbaridades, —replicó el primero.

—Pues no ha sido ningun despropósito lo que ha platicado el señor, —replicó uno de los parroquianos; —y á muchas mujeres he visto yo salir á la vergüenza emplumadas por menos motivo que á esa.

—¿Tan mala es?

—¡Mala no quiere decir nada! Es malísima... rematada... Figúrese usted, que, amen de haber sido *tomadora del dos y santera*, ha perdido mas chicas honradas que pelos tiene en la cabeza.

—Pues pocas habrán sido las muchachas honradas, —dijo riendo la Melitona, —porque está calva como la palma de la mano... ni cejas tiene.

—Ni pestañas, —repuso el improvisado tabernero.

—Ya lo sé, —replicó el parroquiano; —se quedó así desde que la bautizó el Chato con una sarten de aceite hirviendo; pero lo cierto es que ha perdido á muchas jóvenes; tiene un arte particular para embaucarlas.

—Como que es una bruja, —dijo uno de los que estaban en el sotanillo, y que habia callado hasta entonces; —sabe echar las cartas como nadie, y tiene pacto con el diablo.

—Pues con todas sus mañas, no puede sacar partido de la joven que tiene en su compañía.

—¿Está aquí Conchilla la ribeteadora? —preguntó con ansiedad el joven que escanciaba el vino.

—¿Aquí?—repitió la Melitona.—¡Que si quieres!... Lo tiene á menos esa señorita.

—Hace bien de no venir á estas casas.

—Pues no se le caerian las veneras...—dijo la dueña del bodegon, atizando las áscuas con los dedos.—Su madre viene aquí todos los dias, y es de mejor linaje que ella.

—¡Su madre!...—dijo el jóven.—¡Otra que tal!... Esa ha sido la causa de su perdicion... Y luego, bien mirado, tanto es madre suya como mia.

—¡Por supuesto! ¿Y tú, de qué lo sabes?

—¡Toma!... De que me lo dijo su novio Felipe... Si él no hubiese sido tonto, no le hubieran preso.

—Le prendieron por vago.

—¡Por vago!... ¡Mas vale callar!... ¡Por vago!...

—Pues por vago está preso.

—No, señora; está preso porque cuando un *señor de campanillas* se enamora de una chica bonita que está para casarse, en seguida prenden al novio... pero mas vale callar... En España habrá justicia, cuando las ranas crien pelo...

—¡Periquillo!...—dijo la Melitona, lanzando una mirada terrible al jóven que estaba detrás del mostrador midiendo vino á los parroquianos;—no me comprometas... ya te he dicho que no hables nunca de política.

—¿Qué tiene que ver la política con la justicia?... Lo mismo diria, aunque mandasen los realistas ó los republicanos.

—Pues no importa; calla ó vete. En mi casa no se ha de platicar de hoy en adelante ni el *christus* de las cosas políticas... Bastante me han sacrificado los de la ronda... No quiero mas belenes.

El jóven calló, obedeciendo la órden de la dueña del sotanillo, y un parroquiano, que no parecia ser de los que menos gasto habian hecho, dijo con voz torpe y vinosa:

—La Peregrina es una mujer muy mala, y yo tengo ga-

nas de que me mire una vez siquiera para enterrarla de un pescozon... Estoy por entrar ahora, y...

La Melitona dejó las chuletas sobre el fuego, y acercándose al parroquiano, que dando traspiés se dirigia hacia el gabinetillo, le cogió del brazo, diciéndole:

— Mira, borrego; si tienes gana de escándalos, por la puerta se vá á la calle.

— Pues déjame entrar á decir á ese gato desollado que es una bruja.

— ¡Sabes tú lo que es...—dijo con desenfado la Melitona,—que vas á entrar en el gabinetillo! ¡Pues ya!...

— *Pelele*, —dijeron á la vez todos los que se hallaban en el sotanillo, —no seas bárbaro.

— Tengo unas ganas, —replicó el *Pelele*, —de matar á esa bruja...

— Cuando salgas de aquí, —le dijo Periquillo, —haz lo quieras; aquí no queremos escándalos.

— No tengas miedo de que chille... La mato sin que diga... Jesús... valedme... En un *santiamen* os quedais sin bruja.

— Lo que haces tú ahora mismo, es pagar y largarte de aquí, —dijo la Melitona.

— Pues dame otro medio de vino, —dijo el *Pelele*, acercándose al mostrador.

Periquillo enjuagaba ya un vaso para complacer al *Pelele*, y la Melitona le dijo:

— No doy mas vino; que pague lo que ha bebido, y que que se vaya á escandalizar á otra parte.

— No te incomodes, prenda, —dijo el *Pelele*, sacando una peseta de entre la faja y echándola sobre el mostrador.

— Faltan dos cuartos, —replicó Periquillo.

— Pues quédate con ellos, —contestó el *Pelele*.

Y acompañado de uno de los hombres que estaban allí, subió los nueve escalones de piedra que separan el pavimento del bodegon del de la calle.

Periquillo quiso seguirle para que le diera los dos cuartos, y la Melitona se lo impidió, diciéndole:

—Déjale que se vaya; pareces bobo. Mas pierdo yo si se queda aquí que los dos cuartos. Que vaya á otra parte á no beber y á escandalizar, que bastantes veces hacen lo mismo en mi casa. Yo, cuando los veo entrar cargados, los tiemblo, porque es seguro que la ganancia la han dejado ya en otro puesto, y si beben una copa, es todo lo mas. Al Pelele no le coge ya una gota en el cuerpo; venia *amostagado* cuando entró aquí... con que hazme favor... Y si no, mira como hablaba mal de la Peregrina, siendo uña y carne los dos...

—¡Verdad es! —dijo Periquillo, — que son amigos.

—¡Vaya si lo son!... Como que ella y él, y él y ella, fueron los que sacaron á Conchilla de casa de su maestra.

—¡Si su madre no hubiese querido!... —dijo Perico.

—¿Y qué remedio tenia su madre sino deshacerse de su hija? —replicó la Melitona. —¿La disteis vosotros el dinero que la pedia el escribano para librar del palo á su marido?

—¡Su marido!... —replicó uno de los parroquianos del bodegon.

—O su querido, —dijo la Melitona; — es igual.

—No es igual, —replicó el parroquiano.

—Pues bien; sea lo que usted quiera... pero lo cierto es que á ella la pedian treinta onzas de oro por librar la vida al Richano, y aun no ha concluido de pagarlas, por mas señas.

—Si la hubiera costado el trabajo de parir á esa hija, no la habria vendido, —dijo el parroquiano.

—En ese punto, cada cual hace lo que quiere, —replicó la Melitona, —y á mí no me gusta meterme en los negocios de nadie.

—Ya se vé, —añadió el parroquiano, — como no tiene mas que hacer sino sacar otra de la Inclusa.

—O del Colegio de la Paz,—interrumpió Periquillo;—que allí se las dan ya criadas y todo.

—Y cuando no, las roba,—repuso el parroquiano.

—¡Y su querido estará en presidio por diez años y un día!...—dijo uno de los bebedores, apurando un vaso de vino.

—¿Quién? ¿El Richano?—preguntó Periquillo.

—Sí.

—Antes de ayer noche le ví yo paseándose con toda frescura por la calle de la Paloma.

—¡Se habrá escapado de presidio!

—Seis meses estuvo allí no mas; fué de los que escalaron el almacén de las cadenas, rompiendo la pared por la casa inmediata.

—Pues si le echan la mano, le huele á hierro el cogote.

—Ya lo creo.

—Señores, á beber y á dejarse de averiguar vidas ajenas,—dijo la Melitona.—Cada uno vive como Dios le dá á entender, y se acabó.

—¡Si fuera un misterio!—replicó Periquillo.—Pero si ella se lo cuenta á todo el que quiere oirlo... ¡Poquito orgullo tiene desde que su querido se escapó de presidio!... Y no es eso solo, sino que el otro día, á mí y al *Mellado* nos enseñó una onza de oro, y nos dijo que al Richano le habian dado tres como aquella por robar una caja en no sé qué calle... Y por mas señas, nos dijo tambien que habia herido en la mano al que la llevaba... Por cierto que yo la dije: hace usted mal en hablar con esa franqueza, porque no todos son como nosotros, *señá Alifonsa*...

—¿Quién me anda royendo los carcañales, que me hacen zumbido los oídos?—dijo una voz desde la calle.

Y en el primer escalón apareció un volúmen enorme, que oscureció el sotanillo, hasta que la mujer que producía la sombra bajó la escalera, y entró allí, llevando de la



mano una hermosísima niña, como de cinco años de edad.

— Si hubiéramos querido hablar de usted, pronto nos coge en el garlito,—dijo la Melitona, dirigiéndose á la mujer que acababa de entrar allí.

— No me nombraría para cosa buena este perdido,—replicó la señora Alifonsa, poniendo sobre el mostrador una gran jarra de loza blanca floreada de azul.

— Ya sabe usted que yo la quiero mucho,—dijo Periquillo, enjuagando la jarra.

— Sí, como á un dolor de *estógeno*,—repuso la señora Alifonsa.

Y sacudiendo una inhumana bofetada á la niña, porque no dejaba de brincar, añadió:

— Ponme tres azumbres de lo bueno.

— De lo que no haya bebido nadie se lo voy á dar á usted,—repuso Periquillo riendo.

— Ponte la mano en los sesos á ver si te sudan por la gracia que has dicho... Eres tan gracioso como tu padre.

— ¿Usted le conoció?

— Ni ganas tampoco; pero *de casta le viene al galgo el ser rabilargo*, y esa gracia debe ser de familia.

Periquillo, á quien hizo una seña la Melitona para que no entretuviera á la huéspeda, se dispuso á medir el vino, mientras la pobre niña, que, sobrecogida por la fuerza del dolor, no habia podido desahogar sus ojos preñados en llanto, rompió á llorar con fuerza.

— ¡Qué gracia!...—dijo uno de los parroquianos;— para eso quieren los niños estas tías...

— ¡Calla, *sobrino*! ¿Y á usted, quién le mete en camisa de once varas?—dijo la Alifonsa, terciándose el manton que la cubria la cabeza, y amenazando á la niña con castigarla de nuevo si seguia llorando.

— Pues dice bien,—replicó otro de los huéspedes del sotanillo.—¿No le dá á usted vergüenza pegar á una niña?

La señora Alifonsa contestó á la reconvencion de este

último, lanzándose sobre la pobre niña, que cada vez lloraba con mas fuerza, y enredando su asquerosa mano entre los dorados cabellos de aquella inocente criatura, la levantó en alto de una manera cruel.

El terror de las gentes que allí habia, inclusa la Melitona, les impidió por el pronto librar á la pobre niña de tan horrible martirio, y cuando corrieron á salvarla, Cabezota, que salió del gabinetillo para averiguar la causa de aquellos lamentos, la habia cogido ya en sus brazos, teniendo en tierra de una sola puñada á la infame mujer.

Todos le miraron con asombro, aplaudiendo su accion con la alegría de sus semblantes, y él, sin cuidarse de ninguno de ellos, y al reparar que la niña tenia ensangrentado el rostro, dijo á la Melitona:

—Trae corriendo unos trapos y vino blanco.

La Melitona obedeció sin replicar las órdenes de Cabezota, y la Alifonsa, trastornada con el golpe que habia recibido, se levantó con mucho trabajo, y apresurándose á ganar la escalera, dijo, cuando ya estaba en la calle:

—Ahora vendrá el Richano, y te dirá cuántas son cinco.

—Que venga cuando quiera, —contestó Cabezota lavando con cariñoso celo el amoratado semblante de la pobre niña.

—No tenga usted cuidado, —dijo uno de los parroquianos, acercándose á Cabezota; —se ha escapado de presidio, y en avisando á la justicia...

—¿Y para qué se ha de avisar á la justicia?

—Para que le prendan.

—Gracias por el consejo; pero no hay mejor justicia que uno mismo... Cuando esta niña vuelva á poder de esa tunanta, habré yo perdido el nombre que tengo.

—En cuanto sepa el Richano, —dijo la Melitona, —que eres tú el que has salido á la defensa de la niña, no parece ni aun á cien leguas de esta casa... Tendrá bien presente

la lección que le diste aquel día, cuando si no llegas tú tan á tiempo, á palos mata á la jóven de enfrente.

— Si se le ha olvidado, le daré otra nueva, — dijo Cabezota.

Y sin cuidarse de lo que los demás hablaban, se volvió al gabinetillo con la niña en los brazos.

CAPÍTULO LXXVIII.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

En la casa de Cabezota y la Persepolis.

## CAPITULO LXXVIII.

## Cabezota y la Peregrina.

El aposento que llamaban gabinete los parroquianos del sotanillo de la Melitona era una sala estrecha y larga, especie de sótano, mas bajo que el pavimento de la pieza principal del bodegon, y que recibe la luz de la calle por dos claraboyas abiertas en el techo.

En las paredes, desmoronadas y gredosas, brilla el agua que se infiltra por ellas, y esa humedad constante no habia consentido que la dueña del bodegon hubiese adornado el gabinetillo con papeles de colores, ni pinturas al fresco, si á tanto hubiera llegado su desprendimiento en obsequio de sus parroquianos.

Una franja de estera de junco de media vara de anchura es el sobre-zócalo del gabinetillo en los dos lados de izquierda y derecha, y sirve de respaldo á dos bancos de pino enclavados en la pared.

Dos tablones de la misma madera, y en forma de mesas de refectorio, se ven delante de esos bancos, y un gran velon de cobre de cuatro mecheros, colgado del techo y salpicado de manchas verdes por la humedad que allí se respira, completan los muebles del aposento.

La Peregrina, sentada y con los codos fijos sobre una de las mesas, permaneció impasible durante la escena que acababa de ocurrir en el bodegon.

Cuando Cabezota volvió al gabinetillo, sin soltar de los brazos á la pobre niña, que lloraba con menos fuerza que al principio, le dijo:

— ¡Calla!... Esta es la chica de la Alifonsa.

— Esta es, — repuso Cabezota, — una pobre criatura, que acabo de salvar de las garras de Lucifer.

— Es el demonio la Alifonsa, — dijo la Peregrina con un gesto de repugnante sensibilidad. — Tiene entrañas de fiera para tratar á estos pobres angelitos.

— Si no hubiera madres infames que os entregáran á sus hijas, — replicó Cabezota, sin dejar de acariciar á la niña, — no sucedería esto... Es un escándalo ver que hasta las fieras crían á sus hijos, y que las mujeres los abandonan á merced de una tia cualquiera... Yo he visto á las yeguas recibir á coces al lobo que viene á robarles la cria, y á las palomas llevarse en el pico su nido para huir del gavilán, y esas madres os venden á sus hijas por un cuartillo de vino.

— Eso no es verdad, — repuso la Peregrina; — esa niña que tienes en brazos le ha costado á la Alifonsa dos onzas de oro.

— De plomo, — gritó indignado Cabezota, — se las hubiera yo metido en el corazón á su padre.

— ¿Conoces tú á su padre?

— Yo, no... ¿Quién es?

— No se sabe... Dicen que es un señor... solo que no podía casarse con la madre de esa niña... y ella la crió hasta que cumplió tres años... pero hacia mas de uno que no la daban dinero para mantenerla... ¿y qué habia de hacer sino venderla?... El hambre no admite espera.

— Vale mas morir, — replicó Cabezota, — que ver martirizar á su propia hija de una manera tan cruel... Si su

madre la hubiese visto como yo, se habría arrepentido de lo que hizo.

—No lo creas: su madre la trataba mucho peor que la Alifonsa... Pregúntaselo á la niña, y verás lo que te responde.

Y acercando la Peregrina su asqueroso y horrible semblante á la niña, la preguntó:

—¿No es verdad, Rosita, que no quieres volver con tu madre, porque te pega mucho?

La niña echó los brazos al cuello de Cabezota, ocultando sobre el pecho de este su angelical semblante, y ahogando el llanto, como si quisiera demostrarle que nada temía á su lado.

Cabezota dió un beso á la niña, y examinándola cuidadosamente, la preguntó:

—¿Dónde te duele, hija mía?

—Aquí, —contestó sollozando Rosita, y llevando su mano á la parte superior del cráneo.

Cabezota observó que la niña tenía razon, porque en aquel sitio habian saltado muchos cabellos, y no atreviéndose á poner su tosca mano sobre la parte dolorida, abrió la puerta del gabinetillo, y llamó con un silbido á la Melitona.

No tardó esta en presentarse allí con dos botellas de vino debajo del brazo izquierdo, un pan al otro lado, y en las manos un plato de sardinas y una fuente de callos.

—He tardado en servirte, por lo que sabes, —dijo la Melitona; —pero ya están asándose las chuletas, y las traeré antes que acabeis los callos, que están guisados como para un amigo... Os vais á chupar los dedos.

—Te llamaba para otra cosa, —dijo Cabezota.

—¿Para qué?

—Dí al cirujano de la esquina que venga al momento.

—Paco,....—replicó la Melitona, —no me pierdas... Mira que ese hombre es muy *arrematao* de malo, y aunque



no te se *imponga* otra cosa sino la de antaño, cuando te delató á la policia...

—No importa: dile que venga.

—*Riflisona*, Paco, que á mas de sus maldades, es uña y carne del alcalde de este barrio, y *me las tiene juradas* de que me ha de perder á mí y á todos los de mi casta, y mira...

—No miro nada; véis corriendo á avisarle.

—Porque tú lo mandas, Paco... voy á avisarle; pero hoy es la perdicion de mi casa.

—¿Tan mal te quiere don Celedonio?—dijo Cabezota, viendo la obstinacion de la Melitona.

—Sí, Paco... lo que te he dicho... Hoy ha amanecido mal dia para mí... y si me queda otra, que...

—No jures.

—No juro; pero si me queda otra que la que te digo, que no salga nunca de presidio el *Morenillo*, y que no se vuelva á medir en mi casa una azumbre... Si viene aquí don Celedonio, y ve cómo está la criatura, á tí no te dirá nada, porque te tiene respeto; pero á mí me arma un lío en un decir Jesús, y me pierde para siempre. Mira, Paco, por lo que mas quieras en este mundo, te pido que no llames á ese hombre... Yo te buscaré otro mucho mejor y *mas sábio* que él en lo que toca á cirujano...

—Pues que venga para que cure á esta niña.

La Melitona salió del gabinetillo, y Cabezota sentó á su lado á la niña, limpiándola con su propio pañuelo las lágrimas que cubrian su rostro.

—¿Tienes hambre?—la dijo.

—Sí,—contestó la niña, sonriendo de gozo, á pesar del dolor intenso que deberia sentir por el martirio sufrido.

—Las penas de los chicos,—dijo la vieja,—se pasan comiendo.

—Me dá miedo esa vieja...—gritó la niña, fijando sus ojos en el inmundo semblante de la Peregrina.

—No te asustes, hija mia,—dijo Cabezota.

Y dirigiéndose á la vieja, añadió:

— Toma esas sardinas y una botella, y pásate al otro banco.

La Peregrina obedeció á Cabezota, y este continuó:

— Acábame de contar la historia del niño Enrique; pero cuidado con lo que dices, porque en averiguándote una sola mentira, te desuello viva.

El acento con que Cabezota pronunció la terrible amenaza, y la espresion feroz que dió á su fisonomía, estremecieron á la vieja hasta el punto de derramar sobre la mesa el vino del vaso que tenia en la mano, y con voz trémula, dijo:

— Todo lo que te llevo dicho es cierto...

— Ya lo sé... Pobre de tí si mientes ó cuentas al Dueño de una sola palabra de lo que vas á ver y de lo que te he dicho que hagas.

— Pierde cuidado, Paco, seré muda y ciega.

— ¿Qué edad tenia Enrique cuando le vendiste en Valdepeñas?

— Diez años me dijeron que tenia cuando le vendieron, y en mi poder estuvo poco mas de dos meses.

— ¿Tú no le has vuelto á ver desde entonces?

— Como él era tan pequeño, y yo no tenia la cara como ahora, aunque me vea, no me conocerá.

— No es eso lo que yo te pregunto. Ya sé que el señorito Enrique no te conocerá; pero tú á él sí, y sabrás dónde está.

— Ya te he dicho que en Madrid.

— Sí; ¿pero en poder de quién?

— En el de nadie... ¡Bueno es el chico para estar á tutela!... Yo le veo por ahí en el tilburí, sacudiendo latigazos á los que se le ponen delante... y vaya, ¡pocos humos tiene!... Ahora ya no se llama Enrique, sino don Eduardo, ó por mejor decir, el condecito de la Torre-Parda.

— ¿Está casado?

— Creo que sí; ¡pero valiente caso hace él de su mujer

ni de nadie! El otro día venia yo del teatro con Concha, y nos siguió hasta casa, empeñado en que habia de subir.

—¿Y tú no le dijiste que le conocias?

—Esas cosas no se dicen nunca... Un día estuvo hablando con el Duende á la puerta de casa, y yo, que estaba al balcon, dije para mí: —¡Si supieras tú que ese caballero es el niño que mandaste asesinar hace mas de doce años!...—Y cuando entró el Duende le pregunté:—¿Quién era ese elegante que hablaba con usted?...—Y él me contestó:—Un conde tonto y calavera.—Pues mire usted,—le repliqué,—si fuera usted casado y tuviera hijos, diria que era uno de ellos, porque se parecen ustedes como dos gotas de agua.

—¡Pues Enrique era muy hermoso cuando niño!—dijo Cabezota.

—Y ahora tambien,—replicó la Peregrina;—pero yo se lo dije por burla, y para ver si es verdad lo que dicen de que la sangre dá gritos... Pero no es cierto, porque el Duende habla con su sobrino sin sospechar siquiera que pueda ser él... Y mira tú que ahora que ha muerto el duque de Alcira, todo le corresponde á ese señorito.

—No hables de lo que no te preguntan,—dijo Cabezota,—y acábame de explicar qué interés tuvo esa duquesa en comprarte el niño.

—¿La de Monte-oscuro?

—Sí.

—Porque, segun decia, habia perdido un sobrino de aquella misma edad, y queria criar en su lugar á Enrique.

—¿Y la duquesa sabe de quién es hijo Enrique?

—No.

—¿Tú no se lo has contado nunca?

—Ya te he dicho que no la he hablado desde que estoy en Madrid, y no me conoce.

—¡Es extraño que no hayas sacado partido de ese secreto para robar á la duquesa!

La Peregrina bajó los ojos al oír la reconvencion de Cabezota, y este, observando que habia desocupado la primera botella, le acercó la segunda, y la dijo:

—Apostaría cualquier cosa á que no has dejado tú de explotar esa mina.

La vieja se sonrió con un gesto diabólico, y menudeando los tragos, mientras Cabezota se entretenia en dar de comer á la niña, se puso en pié, y con maneras descompuestas, y en voz alta, dijo:

—Lo que yo te aseguro es que si me dá la gana de servirte, pobre Duende... Con una palabra que yo te diga le pierdes.

—Siéntate y calla, escandalizadora, —replicó Cabezota;— todos los secretos que tú puedas decirme los tengo yo olvidados.

—¡ A que no! —dijo la vieja, bajando la voz.

—¡ A que sí! —repuso Cabezota sonriendo, como si tratara de picar el amor propio de la Peregrina.

—¿ Sabes tú quiénes son los reos que están en capilla?— dijo la vieja, apurando un vaso de vino.

—Sí.

—¿ Y sus nombres y apellidos?

—Sí; todo lo sé; no me lo repitas.

Cabezota no sabia nada, y las palabras de la vieja habian escitado vivamente su curiosidad; pero esperaba que ella se espontaneára *motu proprio*, como en efecto sucedió.

Los vapores del vino que fermentaba en el estómago se iban apoderando de su cabeza, y como decian los parroquianos del sotanillo, la Peregrina *tenia un vino muy hablador*.

Así fué que, antes de lo que esperaba Cabezota, se volvió á levantar de su asiento, y jugando con un vaso hasta romperle sobre la mesa, dijo:

—Pero, hombre, ¿ qué le habrá hecho esa familia que tan mal la quiere?... Yo, en cuanto le ví entrar esta madru-

gada, verde como el cardenillo, y que me hablaba con amabilidad, dije para mí: — ¡Malo!... á este señor no le ha salido bien la cuenta. — *Pere*, — me dijo, — (él me llama así para acabar mas pronto) ves á casa del Richano, y dile que venga. Lo hice como me lo mandaba, y antes de salir desperté á Conchilla, que dormía como una cachorra, y la dije: — Mira lo que haces, que está ahí el Duende; trátale con amabilidad, porque me ha mandado avisar al Richano, y creo que se trata de alguna sentencia de muerte.

— Si todos los verdugos que tiene son como ese, — repuso Cabezota, — no me daría mucho cuidado estar en capilla.

— Le engañan como á un chino, — replicó la Peregrina; — le cobran las cabezas anticipadas, y luego no se las venden... Concha, por supuesto, como no le puede ver ni en pintura, ese scapó de casa á medio vestir, y por cierto que no la he vuelto á ver mas... ¡Buen negocio he echado hoy si se escapa!... Yo avisé al Richano, y cuando el Duende le dijo de quién se trataba, creí que le hacía pedazos... Si no se apresura á decir que se lo proponía en broma, y que era amigo tuyo, le ahoga.

— ¿Y hacías tantos misterios para decirme que era yo el reo que estaba en capilla?

— No es eso solo, sino que hoy entrarán en la cárcel otros.

— ¿Quieres que yo te diga sus nombres? — dijo Cabezota para mejor obligar á la Peregrina.

— Ya lo creo que lo sabrás... Apenas los oí yo, dije para mí: — ¡No te untes! Tienen protector esas gentes, y lo que hace á la hermana de la Caridad, podrá ser; pero lo que hace al capitán Centellas y á don Genaro, mientras ande con ellos Paco, mal pleito tienen los que quieran echarles el guante... El único que pagará el pato será el oficial faccioso, á quien nadie conoce.

Cabezota se estremeció al oír que el Duende trataba de

perseguir á Fernando, y la vieja, sin apercibirse de lo que pasaba, añadió:

— Ese estará ya en la cárcel á estas horas. Y tiene mala causa, porque si le prueban que ha venido á conspirar con instrucciones de Carlos V...

Cabezota no pudo disimular su impaciencia, y llamando á la Melitona, dijo:

— Sirve á esta mujer lo que te pida, mientras yo voy á hacer una diligencia aquí á la vuelta.

— Yo me marchó, — dijo la Peregrina.

— Tú, — la replicó con energía Cabezota, — me esperas aquí.

— Es que no hagas la del humo, que se fué, y no volvió.

— Vengo al momento, — repuso Cabezota.

Y al levantarse del asiento para salir del gabinetillo, la niña corrió detrás de él, y le dijo con voz afligida:

— Yo no me quiero quedar aquí... contigo... contigo... llévame.

— Ven, hija mia, — contestó Cabezota alborozado.

Y cogiendo en sus brazos á la niña, se volvió al cirujano, que acababa de entrar allí, y le dijo:

— ¿Vive muy usted lejos?

— No, señor; en la calle de Segovia.

— Pues allí llevaremos á esta niña, y la curará usted mientras yo voy á hacer una diligencia.

— ¡Con que me dejas aquí á esa mujer! — dijo la Melitona, acercándose á Cabezota. — Si yo no duermo hoy en la cárcel, será un milagro de Dios.

— Perico, — dijo Cabezota al abandonar el sotanillo, — no me dejes salir de aquí á la Peregrina, y si viene la bruja que trajo esta niña, no digas adónde la he llevado.

— Descuide usted, señor Paco, que será usted servido, — contestó el jóven que estaba detrás del mostrador.

Y despues que Cabezota, con la niña en brazos, hubo



salido del bodegon, se volvió á la Melitona, y con acento del mayor entusiasmo, la dijo:

— ¡Cómo me quiere el señor Paco!... Con nadie tiene la confianza que conmigo... En cuanto le ocurre un lance apurado se acuerda de mí.

— ¡Sí, en buen compromiso nos ha puesto, dejando ahí á esa escandalizadora!

— En cuanto diga... no mas que abra la boca para decir que se quiere marchar, la retuerzo el pescuezo como á una gallina.

## CAPITULO LXXIX.

### Efervescencia popular.

En las pocas horas que mediaron desde que Cabezota se despidió de Fernando, hasta que, asustado por las noticias de la Peregrina, salió del sotanillo, habian ocurrido graves sucesos en el palacio de la condesa de Baza.

Gracias al médico, habian sido frustrados en parte los designios del Duende en la noche anterior; pero el génio del mal le fué favorable en las primeras horas de este día, funesto para las inocentes víctimas de su incalificable saña.

Necesarias eran las virtudes que adornaban el alma de Adelaida: su fé en la justicia divina, su esperanza en el porvenir, la constante resignacion con que se humillaba ante los decretos del Ser Supremo, para no entregarse á la desesperacion, renegando de las creencias religiosas que forman la verdadera, la única vida de la especie humana.

Del nuevo crisol en que el destino quiso probar los quilates de su fé y de su esperanza, salió ilesa el alma de la jóven virtuosa y buena, cuya vida habia ofrecido una série constante de pruebas análogas.

Habia cumplido los veinticinco abriles de su triste existencia, sin dudar un solo momento de la misericordia divina.

En una sola ocasion, y á impulsos del único pensamiento que acariciaba su mente, habia manchado el candor de su alma con un arretrato de despecho y de furor, que empañó rápidamente su angelical semblante; pero que salió al punto deshecho en lágrimas por sus hermosos ojos.

El lector recordará la escena de que hablamos, ocurrida en el Hospital General, cuando, á la vista de Eugenia, pensó en que su amor con Fernando era imposible.

Fuera de aquel momento de sobresalto y de desesperacion, que lloró con lágrimas de arrepentimiento y de amargura, jamás se habia oscurecido en su alma la fé, que mantenía su espíritu elevado siempre al trono del Señor.

Sin embargo, en los últimos sucesos del palacio de Baza, repetimos que sus virtudes la dieron un triunfo verdaderamente sobrenatural é increíble.

Pero no queremos anticipar al lector el resultado de este suceso, que aun ignora, y del que no sabemos otra cosa sino las escasas noticias que dió la Peregrina sobre las intenciones del Duende.

Cabezota, que solia decir á menudo que siempre que le amenazaba alguna desgracia *le daba un vuelco* el corazon, presintió algo cuando oyó lo que le dijo la Peregrina de la prision de Fernando, y despues de dar breves instrucciones al cirujano sobre lo que debia hacer con la niña, que á duras penas se desprendió de sus brazos, corrió precipitadamente á la Plazuela del Duque de Frias, donde estaba situada la casa de la condesa.

Los alrededores estaban intransitables de gente, y á la puerta se veian relucir las bayonetas de los soldados, y un coche, entre cuyas ruedas se apiñaban los curiosos.

Miedo habria sentido el ánimo mas esforzado que hubiese visto el semblante de Cabezota al descubrir aquellas señales, que confirmaban de una manera terrible las noticias de la Peregrina.

Injectáronsele de sangre los ojos; dilatóse su nariz hasta

llenar la línea del lábio; cubriósele la boca de amarillenta espuma, y sobre el encendido color de su semblante hacian un efecto terrible sus pobladas patillas rojas, erizadas como las puas del puerco-espín.

Los cabellos, asimismo rojos, que asomaban por debajo de su sombrero de Calaña, y la penetrante mirada de sus anchas pupilas azules, que brillaban como la luz del relámpago en el horizonte de la tempestad, completaban el aspecto feroz de aquella sangrienta figura.

Su cabeza roja, como si fuera hecha de hierro candente, avanzando rápida hácia aquella masa negra que formaban las gentes que allí se habian reunido, parecia un rayo de fuego arrastrado por un poder eléctrico hácia el portal del palacio de la condesa.

No tuvo necesidad Cabezota de valerse de sus robustos brazos para abrirse paso por entre la multitud: las gentes le hicieron plaza retirándose sin mas que ver su amenazadora figura, y muchos prefirieron caer entre los caballos del carruaje antes que oponerse al paso de nuestro héroe.

Sin detenerse en su carrera, con el pecho elevado, la cabeza erguida y los puños cerrados, pasó bruscamente el umbral de la puerta, sin dar lugar á que los soldados que estaban de centinela tuviesen tiempo de decirle que no se podía pasar adelante.

Pero le impidieron dar un solo paso hácia la escalera, poniéndole dos bayonetas al pecho, y él abrió las manos para cogerlas ambas, indicando con su ademan que le sobraban fuerzas para aniquilar á los que le cerraban el paso.

Sin embargo, como aquellos dos soldados no eran los únicos que allí habia, el intrépido Cabezota hubiese pagado muy caro su arrojo, si felizmente un jóven que estaba presenciando la escena no le hubiese sujetado los brazos por detrás, diciéndole al propio tiempo:

— ¡Nos comprometes, Paco!

La voz del Vizco, más que la fuerza que habia emplea-

do al sujetarle, fué lo que hizo que Cabezota desistiera de su temerario proyecto, y apartándose del umbral de la puerta, bien á su pesar, con voz balbuciente de cólera, preguntó:

—¿Está aun arriba?

—Sí, —respondió el Vizco con desesperacion.

—¡Ah, no es tarde!... —esclamó Cabezota, espresando en su semblante una alegría parecida á la del cazador cuando el huron le anuncia que aun está el conejo en la madriguera.

El Vizco le llamó aparte, y le dijo en voz baja:

—Por Dios, Paco, dame palabra de no hacer nada cuando salga... Mira que si te prenden, no habrá quien defienda á la señorita Adelaida.

Cabezota se mordió los labios y apretó los puños sin responder una sola palabra, y el Vizco, apurado con el nuevo conflicto en que le ponian la llegada y las intenciones de aquel hombre, añadió:

—Somos perdidos si haces la menor demostracion contra la justicia... Haz lo que yo te mando, y el triunfo es nuestro.

—Estoy harto ya de tanto esperar, —replicó Cabezota.—Lo que decia anoche el médico de la señorita es mentira. ¡La esperanza es un sueño!

—Paco, —dijo alarmado el Vizco, —yo te doy mi vida en prenda de que moriremos los dos, ó acabaremos con los enemigos de la señorita...

—La señorita, —replicó Cabezota, —morirá de dolor si se llevan á don Fernando.

—¡Si no se trata ahora de Fernando!...

—¿Pues de quién? —preguntó con ansiedad Cabezota.

—De sor Clotilde, —respondió el Vizco.

—¿Y don Fernando?... —dijo con impaciencia Cabezota.—¿Dónde está?

—En la cárcel de Côte.

— ¡Oh, rábia!...— gritó Cabezota.

Y sin escuchar la voz del Vizco, se adelantó hácia el umbral de la puerta con el mismo gesto amenazador con que habia llegado hasta allí, y añadió:

— ¡Quiero beber la sangre del Duende!...

— ¡Atrás, paisano!— gritó el centinela, alzando el fusil y poniéndole la culata sobre el pecho.

— ¡Adelante!...— respondió Cabezota ébrio de ira.

Y sacudiendo ferozmente su cabeza, dejó caer el sombrero que cubria sus rojos cabellos, sujetó con su mano derecha los brazos del centinela que le impedía la entrada, y apartó con la izquierda la bayoneta del otro soldado que le dirigia un golpe al pecho.

Luego, por un movimiento rápido é inconcebible, abrió los brazos, separando bruscamente á los dos centinelas, y ganó con precipitacion la escalera, perseguido por los soldados y entre los aplausos del público, que, como de costumbre, se puso de parte del agresor, hollando á su vez la consigna y entrando dentro del portal como un torrente desbordado.

Los soldados no tenian el arma cargada, á cuya circunstancia debió Cabezota la impunidad de su arrojo, y no pudiendo abandonar su puesto, volvieron hácia los nuevos invasores con la bayoneta calada, y llamando á voces al cabo de guardia, que en vano, seguido de cuatro hombres, queria abrirse paso por entre la multitud.

Los alguaciles que habia en la escalera, lejos de oponerse al paso de Cabezota, huyeron despavoridos, y el Vizco, al ver que los soldados que entraban de refuerzo se disponian á subir en persecucion de Cabezota, se acercó al cabo y le dijo:

— Militar, tenga usted presente que ese hombre es un criado antiguo de la casa, y que está loco.

— No lo ha estado para desconcertarme este brazo,— dijo uno de los centinelas.



— Yo le aseguro, —replicó el otro, —que si me toca fusilarlo, no le ha de hacer falta mas bala que la mia para ir en posta al otro barrio.

El cabo no respondió nada á la observacion del Vizco, y mandando cargar á los centinelas y á los demás soldados, asustó á los curiosos, que huyeron despavoridos hasta la mitad de la plazuela.

Pero viendo que no les hostilizaban, y que los cuatro hombres y el cabo subian la escalera despues de haber cargado los fusiles, se fueron agrupando de nuevo delante de la puerta y en derredor del carruaje.

El Vizco intentó pasar adelante; pero no se lo permitieron los centinelas, y hablando al oido á uno de los alguaciles, que luego marchó en la misma direccion que la tropa, volvió á quedarse en la calle, confundido entre la multitud.

— ¡Qué valor de hombre! —dijo un artesano decentemente vestido y de formas atléticas, que estaba junto al Vizco.

— ¡Ha sido una temeridad! —replicó un caballero que se hallaba inmediato.

— Un arrojo nécio... —interrumpió un tercero.

— Cara le vá á salir la locura, —repuso el caballero.

— ¡Cree usted!... —dijo el artesano.

— ¡Vaya si lo creo! Pues que, ¡asi se atropella á un centinela!... Pena de la vida tiene por ese delito.

— Pues seremos dos los *afusilados*, —dijo con energia el artesano.

El caballero le miró sorprendido, y el hombre añadió:

— No me mire usted... lo digo como lo siento... Lo que tardan en hacer el menor daño á ese hombre, tardo yo en salir á su defensa... ¡Pena de la vida!... ¡Pues ya!... Me indigna oir ciertas cosas en boca de un paisano... Que lo dijera un militar, pase... ¡pero el pueblo!... ¡Oh, el pueblo tiene á veces horchata de chufas en vez de sangre!...

Y volviéndose á otros hombres de su clase que habia allí, les dijo:

—No tenemos vergüenza si consentimos en que se lleven preso á ese valiente. Seriamos un pueblo degradado si no defendiéramos la integridad de los derechos de los ciudadanos.

El Vizco, que oia con una espresion indecible de gozo las palabras de aquel hombre, le estrechó la mano y le dijo en voz baja:

—Mucho le honra á usted lo que está diciendo; pero es preciso que los hijos del pueblo respetemos á las autoridades constituidas... Ese valiente que usted ha visto es uno de mis mejores amigos, y sin embargo, me ha dado un pesar con lo que ha hecho.

—Pues yo, —dijo uno de los hombres á quienes se habia dirigido el artesano, —ya tenia abierta la navaja, y si le hacen el menor mal, me hubiera arrojado sobre uno de los centinelas.

—¡Pobre del otro! —interrumpió un nuevo interlocutor. —Hubiéramos caído todos sobre él.

—¿Con que estais resueltos á no consentir que le lleven preso? —dijo el artesano con alegría.

—Yo sí.

—¡Y yo!... ¡Y yo! —contestaron tres ó cuatro hombres á la vez.

—Y si ustedes quieren, —replicó uno de los que habian callado hasta entonces, —desde ahora mismo desarmamos á los centinelas y subimos á salvar á ese valiente.

—Y á las demás personas que viene á buscar este coche.

—Sí, sí. Fuera el coche, —gritó en voz alta, y con gesto amenazador, uno de los artesanos.

—¡Fuera!... —repitieron muchas voces á la vez.

Y alzándose como por ensalmo diez ó doce bastones, descargaron sobre los caballos, que, á pesar de su prover-

bial mansedumbre, como animales de alquiler, sobresaltaron con sus movimientos al cochero, que con envidiable abnegacion dormia profundamente sobre el pescante.

Los centinelas, alarmados por el tumulto, calaron bayoneta, y haciendo una salida fuera del portal, ahuyentaron á la muchedumbre.

Solo el grupo de los atrevidos artesanos, y el Vizco entre ellos, se conservó inmóvil junto al quicio de la puerta, retratándose en los semblantes de todos el valor y la audacia.

Uno de los centinelas se acercó á intimarles la orden para que se disolvieran, y el artesano fué el primero que, adelantándose con arrojo, le respondió:

— Estamos en la calle, y la calle es del público.

— ¡Atrás! — replicó el centinela calando bayoneta.

Y viendo que no se movian, quiso pasar á vias de hecho; pero un empleado de policía que salia de la casa se acercó, y les dijo:

— Tengan ustedes la bondad de retirarse.

— Aquí no estorbamos á nadie.

— Vayan ustedes arriba ó abajo, — repuso el de policía.

— ¿No podemos estar en la calle?

— No, señor, — contestó el de policía incomodado.

— ¿De cuándo acá? — preguntó con tono de burla uno de los mas osados.

— Centinela, — dijo el polizonte, — eche usted de aquí á esa gente.

El soldado, irritado ya con el lance de Cabezota, arremetió con la bayoneta al grupo, que se disolvió hábilmente, rehaciéndose de nuevo, y con no menos audacia, media vara mas allá.

Los demás curiosos, que veían lo que pasaba en la puerta del edificio, y que no olvidaban que los centinelas habian cargado los fusiles, no se atrevian á avanzar de nuevo, y solo el grupo de los artesanos era el que se veía en me-

dio del gran círculo que abrieron los soldados con las bayonetas.

La ira escitada por el ejemplo de Cabezota fermentaba con fuerza en los pechos de aquellos hombres, y el Vizco, que veía próxima una esplosion funesta, les dijo:

—¿Puedo contar con ustedes si se trata de salvar á mi amigo?

—A su amigo de usted y á cualquiera otra persona que quieran llevarse presa,—contestó el artesano cada vez mas decidido:—hoy no sale de aquí ningun preso, aunque sea preciso armar una revolución.

—Sí, sí, armaremos un pronunciamiento,—repusieron todos.

—Pues bien, señores,—dijo el Vizco:—yo, que soy amigo de la señora que van á llevar presa, y de ese valiente que ustedes han visto, les ruego que no hagan nada, aunque los vean llevar presos.

—Eso no puede ser,—replicó el artesano;—es preciso hacer lo que hemos dicho. En cuanto los saquen nos echamos encima de la tropa, y punto concluido.

—Si ustedes lo quieren así,—repuso el Vizco,—yo seré el primero que me lance sobre ellos, y tal vez...—añadió sonriendo,—seré de los últimos que se retiren... pero comprometemos á esa señora y á mi amigo.

La fiereza que se retrató en el semblante del Vizco no dejó duda á los que le escuchaban de que no era el temor el que le aconsejaba tanta prudencia, y el artesano le dijo:

—¿Y sabe usted la suerte que le aguarda á ese hombre si dejamos que le lleven preso?

—La de salir hoy mismo en libertad tal vez... Pero si nos oponemos á su prision, ¡quién sabe lo que sucederá!...

—¡En ese caso!...

—Si ustedes me ofrecen,—añadió el Vizco,—unirse á mí para salvar á ese hombre, yo les diré lo que debemos hacer despues que se le hayan llevado.

—Cuenta usted conmigo,—contestó el artesano.

—Y conmigo,—repitieron todos.

—El caso es,—dijo uno,—que sabe Dios lo que estará pasando allá arriba, porque á lo que yo he visto, ese hombre no se deja prender tan fácilmente.

A este tiempo, los curiosos que habian huido hasta el otro lado de la plazuela, se acercaron al coche en tumulto, porque habian visto bajar corriendo á un alguacil, y dar órden al cochero para que arrimase el carruaje.

---

## CAPITULO LXXX.

### La prision de sor Clotilde.

Mientras crecia el furor popular contra los soldados á la parte exterior del edificio, Cabezota habia logrado penetrar en la primera antesala, donde se hallaban reunidos casi todos los criados de la casa.

Nuestro héroe popular entró allí corriendo, sin que nadie pudiese sospechar que huia, ni que acababa de arrostrar tamaño peligro, y todos quedaron asombrados y poseidos de espanto al ver su terrible figura.

Ni á él le dijeron, ni él dijo nada, y un pobre alguacil, que quiso impedirle la entrada en la antecámara de sor Clotilde, recibió una puñada en el hombro, que le hizo caer redondo al suelo.

—¡Favor á la justicia!—gritó el alguacil, levantándose, no sin gran trabajo.

Y dirigiéndose á los criados, que no podian contener la risa, les dijo:

—¡Villanos! ¿Con que me veis maltratar por ese pillo, y no acudís á socorrerme?

—Nosotros no somos alguaciles,—replicó un lacayo.

—Pero sois ciudadanos, y debeis ayudar á la justicia.



—¡Qué ciudadanos, ni qué mil demonios! Nosotros somos criados de su escelencia la señora condesa.

—Bárbaros...—murmuró el alguacil, quejándose del dolor que sufría en el hombro.

—El bárbaro lo será él y todos los de su casta,—replicó el lacayo.—¿Creyó usted que todos eran tan prudentes como nosotros, que hemos callado cuando nos dijo que no se podía pasar adelante?... Pues no, señor... Ese hombre que usted ha visto ahora, anoche mismo, á dos alguaciles que subieron hasta aquí, los cogió del brazo y los hizo bajar á esperar á la portería.

—Pues ahora veremos si le hago yo salir de donde no debía haber entrado,—dijo el alguacil, marchando con la mano sobre el hombro en la misma direccion que Cabezota.

Los lacayos volvieron á reirse del alguacil, y asustados por el ruido de las armas que se oía en la escalera, lo fueron aun mas por la presencia de los cuatro soldados y el cabo, que, calando bayoneta, entraron en la antesala.

Todos corrieron despavoridos hácia la antecámara, cerrando detrás de sí la mampara, cuyo débil parapeto abandonaron apenas vieron penetrar las bayonetas por el damasco carmesí.

Y antes que los soldados acabasen de destruir la mampara, se abrió esta por la parte interior, y se presentó en el dintel un caballero de grave aspecto con un baston de autoridad en la mano.

A la voz del cabo alzaron los soldados las armas, y el caballero les dijo:

—¿Qué buscan ustedes aquí?... ¿Qué alboroto es este?

—Señor juez,—contestó el cabo,—usía me dió la consigna de que no dejára entrar ni salir á nadie en la casa.

—Es cierto...

—Un hombre acaba de atropellar á los centinelas, y venimos en su busca.

—Pues retirense ustedes, que yo sabré hacer justicia.

— Es que necesitamos que nos entreguen á ese hombre; aquí se ha escondido.

— Aquí está, — contestó el juez; — pero el deber de ustedes es obedecer mis órdenes... Vuélvanse abajo, y despejen el público, que parece estar alborotado.

— Ese hombre tiene la culpa, — replicó el cabo, obedeciendo las órdenes del juez.

Este volvió la espalda, y se dirigió de nuevo á la habitacion de sor Clotilde, donde estaba esta, doña Mónica, el médico, un eclesiástico y Cabezota.

El traje de sor Clotilde, que consistia en un vestido de lana negro, una manteleta de terciopelo y un sombrero, negro tambien, indicaba que era cierto lo que habia dicho el Vizco de que ella era la víctima que aguardaba el coche que estaba á la puerta.

La agitacion de su semblante y el llanto que corria por sus mejillas no dejaban duda de que se acercaba el momento de un sacrificio doloroso.

Las pocas palabras que habló con el médico mientras el juez salió á la antesala confirmaban perfectamente la verdad de nuestro aserto.

— ¡Y me habré de marchar, — dijo, — sin despedirme de ella!... ¡Sin estrecharla una vez mas, acaso la última, sobre mi corazon!

— Sí, señora, — contestó el médico; — es preciso... lo contrario seria asesinarla.

— Lo sé, doctor, y por eso me resigno á un sacrificio tan terrible... ¡Ay! ¡No la volveré á ver mas! ¡Cualquiera que sea la suerte que me aguarda, el dolor de no tenerla á mí lado me quitará la vida!

— No tenga usted miedo, señora; en la desgracia misma están las fuerzas para sobrellevarla... El valor es una de las prendas que mas economizan las criaturas, por lo mismo que es tan necesario en los trances apurados de la vida... Y en ellos, no lo dude usted, señora... no falta nun-

ca... La necesidad ha sido el origen de las mejores acciones de los hombres.

Sor Clotilde no pudo seguir hablando, porque las lágrimas ahogaban su voz, y el médico, procurando distraerla, dió una palmada en el hombro á Cabezota, y le dijo sonriendo:

—¿No es verdad, Paco, que el hombre que en una sala de armas apenas sabe batirse con otro, se defiende de cuatro ó cinco en el campo de batalla?

Cabezota no contestó nada, y apretando los puños y rechinando los dientes, alzaba al cielo los ojos como en señal de gran desesperacion.

—Pues eso consiste,—añadió el médico,—en que cuando tiraba en la sala de armas lo hacia por diversion, y en el campo de batalla por defender la vida... ¿Qué dice de esto Paco?

—Lo que yo digo es que si el hombre hiciera las cosas dos veces... En fin, ¡cómo ha de ser!... ¡Mas vale tarde que nunca!...

—Pues quedamos enterados...—repuso el médico.

—Yo me entiendo,—dijo Cabezota.

—¿Y no quieres que yo te entienda?

—Digo que si yo no hubiera hecho caso de estas señoras en la Peña-Sacra, no nos daría ahora que hacer el Duende... Pero es igual.

El médico se encogió de hombros, porque, aunque sor Clotilde le habia enterado ligeramente de las desgracias de Adelaida, no le habia dicho que al abad de Maqueda le llamaban el Duende.

Y cuando se disponia á interpelar á Cabezota para que le esplicase aquellas palabras, entró el juez, seguido del alguacil, y dijo:

—Llévese usted á este hombre, y téngale á mi disposicion en la antesala.

Cabezota no replicó á la órden del juez; pero sor Clotilde preguntó asustada:

—¿Preso?

—Sí, señora,—contestó con dulzura el juez.

—¡Ah!... ¡Es horrible tanta desgracia!... ¡No le basta á ese hombre arrancarme del lado de esa jóven, despues de haber preso al infeliz Fernando, sino que es preciso tambien privarla del único defensor que la quedaba!

—Señora, la prision de este hombre no tiene nada de comun con la de usted. Ha atropellado á los centinelas, y los soldados subian á prenderle.

—¡Dios mio!—replicó sor Clotilde.

—No me dejaban pasar á ver á mi señorita,—dijo Cabezota,—y salté por encima de ellos.

—Yo le ruego á usted,—repuso sor Clotilde,—que le perdone ese esceso, hijo del mucho cariño que nos tiene, y que le deje en libertad.

—No puede ser, señora,—dijo el juez;—yo siento mucho no complacer á usted; pero me es imposible... la autoridad de un centinela es muy sagrada, y yo he ofrecido al cabo hacerles justicia... De lo contrario, habrian entrado hasta aquí á asesinarle.

—Eso es mas fácil decirlo que hacerlo,—repuso Cabezota.—Se han dejado desarmar en el portal, sin que yo tuviese ni un corta-plumas siquiera en la mano, y esas son baladronadas.

—Silencio,—dijo el juez, haciendo seña al alguacil para que ejecutára sus órdenes.

Pero el alguacil permanecia inmóvil sin retirar la mano del hombro dolorido, y el juez le lanzó una mirada de reconvencion tal, que no tuvo otro arbitrio sino acercarse á Cabezota, y decirle con humildad:

—¿Vamos?

—Vamos,—respondió Cabezota con acento de afectada resignacion.

Y como si hubiera cruzado por su mente una idea halagüeña, saludó respetuosamente al juez, y le dijo:

— Si usía me permite, quisiera despedirme de la señorita.

— No tengo inconveniente, — repuso el juez; — que le acompañe á usted el alguacil.

— En ese caso, muchas gracias, — contestó Cabezota; — me iré sin despedirme.

El médico se acercó al juez, y le dijo:

— Si usted conociese á ese hombre, no tendría inconveniente en otorgarle la gracia que le ha pedido... Sería esclavo de su palabra, aunque supiese que le iban á poner en capilla.

— Ustedes, — repuso el juez, — son los que no conocen á esta clase de hombres... Si le perdiese de vista un momento el alguacil, se escapaba.

Cabezota se sonrió, como si quisiera confirmar las sospechas del juez, y dijo:

— ¡Caramba, qué experiencia tiene el señor juez! Ya se vé, ¡como que sabe mas de nosotros que nosotros mismos!

Tambien el juez pagó con una inocente sonrisa la burla de Cabezota, y este, inclinándose respetuosamente, salió del gabinete con el alguacil.

El cura, que estaba sentado en el sofá, y que no habia tomado parte en la conversacion desde antes que entrara allí Cabezota, se dirigió á sor Clotilde, diciéndola:

— Vamos, señora, salgamos de aquí antes de dar lugar á que se enteren de lo que pasa la señora condesa y la señorita.

— ¿Con que no hay medio, — dijo el médico, — de dejar aquí á esta señora hasta que se presente el recurso de incompetencia?

— Yo, por mi parte, — dijo el juez, — no puedo dejar de cumplir lo que se me ha mandado por el fiscal de su majestad.

— Vamos, — dijo sor Clotilde, enjugando las lágrimas que nublaban sus ojos. — ¡Dios tenga compasion de ese des-

dichado sacerdote! —añadió, alzando los ojos al cielo.

Luego, tomando la vénia del juez, se acercó al médico y le dijo:

—La relacion que hice á usted de las desgracias de Adelaida será suficiente para que no se deje sorprender por el artificio de sus perseguidores... Vea usted hoy mismo conde de San Fabian, único amigo que podrá hacer algo en obsequio de esa infeliz, y con la ayuda de esos jóvenes de quienes Fernando nos habló esta mañana, procuré usted salvar á mi desventurada amiga del nuevo suplicio que la aguarda. Sentiria abusar de la bondad de usted, amigo mio; pero el interés que ha manifestado por nosotros me anima á esperarlo todo de un corazon tan generoso...

—Pierda usted cuidado, señora, —la contestó el médico, apretándola la mano.—Yo confio en que hemos de salir triunfantes.

—Yo no aspiro á otra cosa, sino á que se declare, como es cierto, que Adelaida es mayor de edad, y siendo la esposa de Fernando, tenga una persona que la defienda de su implacable enemigo..... Pero Fernando..... ¡Dios sabe cuándo le veremos en libertad!... El Señor ha descargado de una vez toda su ira sobre nosotros... ¡No hay esperanza ya!

—¡Señora, señora!...—dijo el médico.—Tranquilícese usted, y que no lean las gentes la desesperacion en el semblante de la que ha gastado su vida inspirando valor y resignacion á los enfermos.

Sor Clotilde se esforzó por aparecer tranquila, y en el umbral de la antecámara abrazó á doña Mónica, que, sollozando, la dijo:

—Yo quiero ir con vucencia, señora.

—Hasta el convento, —replicó el cura, —si el juez lo permite, no hay inconveniente; pero allí dentro, tenemos criados de sobra.

—Las criadas que tengan las monjas, —contestó algo



picada doña Mónica, — serán gente ordinaria... Yo, señor vicario, sepa usted que iría á hacer compañía á su escelencia, y nada mas...

— Gracias, — dijo sor Clotilde; — yo la agradezco á usted sus buenos deseos; pero mi prima necesita de usted... Y estando usted á su lado, impedirá que sepa lo ocurrido de una manera brusca, y que pudiera serle funesta en el mal estado de su salud.

Tambien en la antesala se detuvo sor Clotilde á saludar á los demás criados, y el juez, viendo que el alguacil estaba solo, le preguntó:

— ¿Dónde está ese hombre?

— Aquí, — contestó el alguacil, enseñando una llave. — Temia que se me escapára, y le he encerrado en un cuarto.

— En el de las libreas, — añadió un lacayo.

— Pues que arrimen el carruaje, — dijo el juez, — y luego espéreme usted en el juzgado, que allí dispondré dónde ha de trasladarse al preso.

El alguacil bajó las escaleras corriendo, segun dijimos en el capítulo anterior, y al observar los curiosos que llenaban la Plazuela del Duque de Frias el movimiento del carruaje, se apiñaron á la puerta para ver sacar á los presos.

Ninguno de los que allí habia se contentaba con que, despues de tanto aparato militar y tanta tardanza, se tratára de un solo preso; todos tenian esperanza de que fuesen dos por lo menos, despues de lo que habia hecho Cabezota.

La generalidad ignoraba que era una mujer la que ocasionaba tan graves medidas, y aun los que oian decir que se trataba de recoger á una monja que se habia escapado de su convento, rechazaban la noticia, en vista de las disposiciones que se habian tomado.

Presumian los unos que se trataba de llevar presos á todos los individuos de un club de conspiradores, y que el jefe

era el que habian sacado de allí por la mañana; otros aseguraban que se habia sorprendido un depósito de cien fusiles destinados al ejército de Cataluña, y por último, empeñados los mas en que se trataba de presos políticos, afirmaban que la policía habia *tenido soplo* de que el pretendiente á la corona de España estaba oculto allí.

— ¡Qué disparate! — decia uno de esos oradores gratuitos, que se forman oyendo tocar á un ciego la guitarra, y llegan en el apogeo de su locuacidad á cautivar la atencion de los mozos de algun café patriótico. — ¡Qué disparate! — repetia alzando la voz. — Si fuera una monja, como ustedes dicen, no habia necesidad de tropas.

— Es que, — replicó otro interlocutor, — en España no sabemos hacer nada sin los soldados.

— Sí; pero hay ocasiones, — repuso el orador, — en que es necesaria la fuerza bruta para repeler las masas, y otras en que esas mismas masas se irritan, se enaltecen, se ensoberbecen... y diré mas aun, señores: se creen degradadas si ceden, si se humillan, si no rompen, por decirlo de una vez, el freno con que los gobiernos tiránicos quieren sujetar á los ciudadanos como si fueran bestias feroces. Las restricciones y las cadenas son el germen de todas las llagas sociales.

— Ese hombre es tonto, — dijo uno en voz baja.

— Se estará ensayando para cuando sea diputado, — dijo otro.

— ¡Pues medrado está si siempre toca las cuestiones como ahora!

— Esa es la primer cualidad de todo buen diputado; no estar nunca en la cuestion.

Mientras estas y otras muchas conversaciones por el estilo se oian allí, creció la agitacion, cesó el murmullo, y apiñados en derredor del coche, se apoyaban los unos sobre las puntas de los piés, alargaban los otros el cuello, y hasta no faltó quien se quitára el sombrero, por creer

que así no le estorbaria el de la persona que tenia delante.

— ¡Es una señora!... — fué la primera palabra de admiracion que se oyó allí.

— ¡Y un cura!... — añadieron despues.

— El cura, — dijo uno, — vino en el coche con el juez.

Sor Clotilde, con el velo del sombrero caido sobre el rostro, subió al coche, acosada por las impertinentes miradas del público, y con el pié en el estribo, estrechó la mano del médico, y le dijo:

— Señor doctor, Adelaida y Eugenia.

— Pierda usted cuidado, señora...

El juez y el cura subieron al carruaje despues de varios recíprocos cumplimientos, y el cochero pudo, no sin gran trabajo, sacar los caballos de entre la gente, y marchar por la calle de Góngora.

Todos los soldados, incluso los centinelas, siguieron al carruaje.

## CAPITULO LXXXI.

### El público y la señora Crispina.

La mayoría de los curiosos que se habian reunido delante del palacio de la condesa de Baza marchó detrás del carruaje; el resto permaneció formando diversos grupos y discutiendo sobre la escena que acababan de presenciar.

En los semblantes de todos se veia pintada esa amargura que revela el desconsuelo de quien, tras largas horas de ansiedad y de impaciencia, ha recibido por fin un desengaño.

El aparato militar, el carruaje, el continuo entrar y salir de los agentes de policia y de los alguaciles, les habian hecho concebir la esperanza de un gran espectáculo, y al ver que todo se redujo á la prision de una señora, casi tenían razon para darse por engañados.

Cabizbajos y mústios, se miraban de vez en cuando los unos á los otros, retirándose á paso lento algunos, como si despues de haber acudido al teatro, llamados por una gran novedad escénica, les hubiesen dicho que no se podia ejecutar la funcion por causas imprevistas.

Y los que continuaban inmóviles en medio de la plazuela, se asemejaban tambien á los espectadores pertinaces, que, habiéndoles parecido corta la funcion, no se atreven

á abandonar sus localidades por miedo de que no se haya terminado aun el espectáculo, y á falta de otra diversion, se entretienen en ver apagar la lucerna.

Si en vez de hallarse en medio de una plaza pública, hubiesen estado dentro de una iglesia, habrian necesitado que el sacristan sacudiera cien veces el manajo de las llaves, como hace con las beatas para obligarlas á salir del templo cuando van á cerrar las puertas.

Todos estaban persuadidos de que ya no les quedaba otra cosa que ver sino el edificio, que habian tenido tiempo suficiente para examinar á su satisfaccion; pero avergonzados de *verse estar* allí los unos á los otros, inventaban cien distintos absurdos y hacian otras tantas suposiciones gratuitas para disculparse á sí propios su curiosidad.

— Como habia tanta gente, — decian los unos, — habrán tenido miedo de sacar á los reos principales, y han empezado por llevarse á la señora...

— Si fuera así, no se hubiese retirado la tropa, — interrumpian los otros.

— Eso lo han hecho por disimular.

— ¡Verdad es!... Pero, ¿y si se escapan mientras tanto los presos?

— Ya los habrán asegurado arriba.

— Tiene usted razon... ¡ Por eso no han bajado aun los alguaciles!

— Cuando les digo á ustedes que es una gran conspiracion la que se ha descubierto...

— Yo he oido decir que la tropa está en los cuarteles, y que tiene orden de salir á la calle al primer aviso.

— A mí me ha dicho un amigo que está todas las noches en el café con una persona muy allegada á un primo del capitán general, que este no comió ayer en su casa, y que fué llamado al Consejo de ministros.

— Sí; pero eso será á consecuencia de un parte que se recibió del ejército de Cataluña.

— Ríase usted de partes... Eso era por lo que acaba usted de ver.

— ¿Por la prision de esa señora?

— Justo y cabal... La prision de esa señora significa mas de lo que parece... Yo sé...

— ¿Qué sabe usted? — dijeron con ansiedad varias personas, agrupándose en derredor del preopinante.

— Sé, — añadió este bajando la voz, — que las potencias del Norte quieren intervenir en nuestros asuntos... y el ruso...

El diplomático preopinante tosió mirando á un lado y á otro, como si temiera que le escuchase algun agente de policia, y los que le rodeaban preguntaron con impaciencia:

— ¿Qué dice el ruso?

El hombre volvió á hablar con el mayor misterio y en voz baja, diciendo:

— Que, ó pone ella en el trono á Carlos V, ó le deja pasar con un ejército de seiscientos mil hombres...

— ¿Rusos?... — preguntó asustado uno de los oyentes.

— Sí, señor, rusos.

— ¿Y qué tiene que ver eso con la prision de la señora?

El diplomático se sonrió, como dando á entender que se callaba grandes cosas, y replicó:

— Señores, en la política extranjera hay misterios que no todos comprenden... los gobiernos de ciertos países necesitan agentes...

— ¿Y cree usted que esa señora es agente del emperador de Rusia?

— Yo no digo nada, — repuso el diplomático sonriendo con aire de importancia.

— Hace usted bien de no decirlo, — replicó uno de los que habian callado hasta entonces, — porque es un disparate el pensarlo siquiera. Me dá lástima oir ciertas cosas. ¿Cómo quiere usted que sea agente de la Rusia una triste hermana de la Caridad, á quien han preso de orden del vicario



eclesiástico por haberse escapado del Hospital General?

—¿Qué dice usted?—esclamó otro de los oyentes.—  
¿Con que esa señora es una de las beatas que se escaparon?

—La superiora nada menos.

—¡Y la otra que iba con ella!

—No se sabe.

—¡Como era jóven y bonita! —repuso riendo, y en voz alta, uno de los que estaban en el grupo.

—¡Como usted es un ganso! —replicó alterada una de dos mujeres que acababan de llegar allí.

El hombre la miró con asombro, y á todos los que allí estaban les sorprendió el exabrupto de aquella mujer, que continuó diciendo:

—Míreme usted... yo lo digo...

—Vaya, déjenos la bachillera, que nadie habla con ella.

—El bachillero lo será él, que se mete á hablar de lo que no entiende, —replicó la mujer.

Y aunque el hombre la volvió la espalda sin responderla, y á pesar de que la otra que iba en su compañía la pidió que callára, no la hizo caso, y siguió diciendo:

—¿Quién le ha dicho á usted que no se sabe dónde está la jóven?

—¡Crispina!... ¡Crispina! —dijo la vieja María, que era la que habia llegado allí con la zapatera, —calle usted por Dios.

—Déjeme usted, señora; quiero que todo el mundo sepa que la causa de estas trifulcas es el abad de Maqueda.

—Oigamos á esta mujer, que parece estar enterada de lo que ocurre, —dijo uno de los curiosos.

Y todos se acercaron á escucharla, mientras ella continuaba de esta manera:

—Sí, señora; quiero arrancar la máscara á este tuno... y á la bruja que está en la cárcel de Côte... y al dichoso padre Romualdo... y...

— ¡Crispina! — gritó la señora María.

— Y siento no haber llegado cuando se llevaban presa á doña Clotilde, para haberlo contado á voces delante de todo el mundo... ¡Que se escapó del Hospital!... ¡Habrá pícaro!... ¡Y la hizo robar él mismo! Y el pobrecito don Fernando, ¿se ha escapado tambien del Hospital?... ¿Y la señorita Adelaida?... Y... vamos, no quiero hablar... ¡Dios mío!... tenedme la lengua, porque, si se me escapa, ha de saber todo Madrid quién es ese hombre.

La vieja María, que no habia podido apartar á la zapatera del propósito de acercarse á los grupos de gente para contarles la verdad de lo que ocurría, estaba sufriendo mucho al oírla hablar así, y de nuevo la suplicó que callara.

— Vaya, Crispina, — la dijo, — vámonos á ver á las señoritas.

— ¡A buena hora! — replicó la zapatera; — por hacer yo caso del pánfilo de mi marido, hemos llegado al *ite misa est*... Y estoy segura de que no habrá dicho esta boca es mía cuando vió salir á la señora... Habrá callado como un muerto, dejando que las gentes hicieran mil juicios temerarios sobre los motivos de esa prision... ¡Es mucho hombre!... Lo mismo le dá por lo que vá como por lo que viene... Habria hecho un excelente cartujo.

El auditorio de la Crispina habia ido creciendo, hasta el punto de acercarse á escuchar lo que decia todas las gentes que andaban dispersas por la plazuela, y uno de los que mas reian, oyéndola desatarse en cargos contra su marido, dijo:

— Esta mujer, que parece estar enterada de lo que ocurre, sabrá si es verdad lo que aquí se ha dicho.

— ¿Qué es ello? — preguntó con ansiedad la zapatera.

— Que nos han asegurado personas que decian saberlo de buena tinta, que en esta casa se ha descubierto una gran conspiracion carlista, y que los presos eran agentes del emperador de Rusia.

— ¡Lo vé usted, señora! — exclamó la Crispina, dirigiéndose á la vieja María: — ¡vé usted á lo que ha venido el tonto de mi marido!... Estoy segura de que él es el que ha esparcido esas patrañas... ¡Es mucho cuento!... No piensa mas que en el ruso ese demonio de hombre...

— Crispina... no hable usted así del señor Trifon.

— Pues tengo razon, señora; si me quema la sangre oírle hablar á todas horas del ruso... Y dále con que vá á venir, y con que hasta que él no venga no habrá paz... y... parece imposible que un veterano como él de la guerra de la Independencia, quiera que vuelvan á su patria los estrangeros.

— ¡Bravo!... ¡Bravo! — gritaron algunos curiosos.

— Esta mujer, — dijo uno de ellos, — es una verdadera patriota.

— Será de las que acudieron al parque el dia *Dos de Mayo*, — dijo otro.

— Merecia que la diesen la cruz de San Fernando.

— Muchos la tienen con menos motivo.

— La de San Hermenegildo, — repuso riendo un jóven, — la vendria mejor que ninguna otra, porque ya tiene de sobra los años de servicio que se exigen para ella.

— A usted le faltan en cambio algunos de educacion, — dijo la Crispina, resentida de que la llamasen vieja.

Y aunque el jóven quiso propasarse á vias de hecho al contestarla, lo impidió la demás gente que allí habia, y la vieja la agarró del brazo, arrastrándola hácia el portal de la casa de la condesa.

Pero sus esplicaciones habian producido un gran efecto sobre el auditorio, y como las personas que allí habia deseaban un pretexto para disculparse á sí mismas su impertinente curiosidad, exageraron el suceso, y el nombre del abad de Maqueda andaba en los lábios de todos.

Preguntábanse los unos á los otros por los antecedentes del abad, y pocos eran los que sabian responder cumplida-

mente. Algunos solo tenían noticia de que existía una abadía de ese nombre, vinculada en la casa de Alcira; pero ignoraban que la sirviese el hermano del último duque, y los que estaban enterados de esta circunstancia le tenían por un sacerdote virtuoso y digno.

Un viejo, hombre del pueblo, que desde que Cabezota atropelló á los centinelas se había ido acercando al grupo de los artesanos que hablaban con el Vizco, fué el único que, despues de haber oído las palabras de la señora Crispina, la salió al paso, antes de que entrára en el portal de la condesa, y la dijo:

—Diga usted, señora, y usted perdone: ¿quién ha dicho usted que es la causa de esta prision?

—El abad de Maqueda, —contestó la zapatera, volviéndose gozosa á hablar con el viejo.

—¿El Duende? —replicó el viejo.

—El mismo; nosotras le llamamos el Aguilucho, porque, como es tan alto y tan seco, y siempre vá vestido de negro, parece un cuervo... ¿pero usted le conoce?

El viejo alzó los ojos al cielo, y los volvió á cerrar despues, indicando con sus gestos que le conocia demasiado, y la Crispina, soltándose del brazo de la señora María, le dijo:

—¡Pues á buena alhaja conoce usted!... ¡Es un hombre muy malo!

—¡No lo sabe usted bien! —esclamó el viejo. — ¿Le ha tratado usted mucho tiempo?

—¡Dios me libre! —dijo la zapatera. — Una sola vez le he hablado en toda mi vida, y me pesa. Usted parece que le conoce algo mas.

—Así, así; pero dígame usted: ¿quién es esa señora que han llevado presa?

—La superiora de las hermanas de la Caridad que están en el Hospital, —contestó la Crispina, espresando en su semblante el gozo que sentia por la bondad con que el viejo se disponia á escucharla.

Y acercándose con maneras misteriosas, añadió:

— Pero el tiro no vá dirigido contra esa señora, sino contra una señorita muy buena, que tambien ha sido hermana de la Caridad, y...

— Crispina, — dijo la señora María, — vamos arriba, porque quiero ver á doña Eugenia, y luego tengo mucho que hacer.

— El Duende, como usted le llama, — dijo la Crispina, sin cuidarse de la interpelacion de la vieja, — es tan infame, que ha tirado la piedra, y quiere esconder la mano; pero no será mientras yo viva, porque he de hacer públicas sus infamias por todas partes... ¡Bestia de mí, que no le conocí cuando se brindó á subir á confesar al pobre don Lorenzo!... Yo tengo la culpa si su alma está ahora en el infierno, porque, con ese cura á la cabecera de la cama, moriria en pecado mortal.

— Crispina, — dijo la vieja María, — calle usted por piedad.

— Déjeme usted en paz, señora... Quiero que todo el mundo sepa quién es ese hombre... Si las señoritas hubiesen hecho lo que yo, no les daria hoy tanto que hacer; pero nunca es tarde, si la dicha es buena, y á cada res le llega su San Martin... Yo no puedo hacer otra cosa sino hablar; y aunque me vé usted así, que parezco una mosca muerta, tengo una lengua como una sierra cuando se ofrece, y pobre del que cae por mi banda. Yo le aseguro al señor abad, y á la bruja que está en la cárcel, que se han de acordar del santo de mi nombre... Yo les haré ver quién es la zapatera de viejo... como me llama la tal doña Inés en sus declaraciones.

— ¿Qué doña Inés es esa? — preguntó el viejo. — ¿La Chocolatera?

— ¿La conoce usted?

— ¡No sé si será la que yo me figuré!...

— Esta es, — dijo la Crispina, — bajita, rechoncha, lo

que se llama un tapon de cuba; chata como un perro dogo, y con toda la cara del mochuelo...

— ¡Es la misma... no hay duda, — dijo el viejo: — la Chokolatera!

— ¡La Chokolatera!... — repitió Crispina asombrada.

— Sí, señora; cuando yo la conocí, nadie la llamaba de otra manera.

— ¿Y por qué era eso?

— ¡Qué sé yo!... Decían que por una jícara de chocolate que dió á no sé qué general.

— ¿Lo vé usted, vecina?... — dijo la zapatera, dirigiéndose á la señora María. — ¿Se convence usted ahora de que es verdad lo que dicen de ella? Es preciso desengañarse, y confesar que, *cuando el rio suena agua lleva...* Demasiado sabrán los que la acusan que es cierto que ella dió el *jicarazo* al pobre general Ayamonte.

— ¿Con que ya se ha descubierto ese envenenamiento?... — dijo el viejo. — ¡Pues estará presal!...

— En la cárcel de Côte, por mas señas, — replicó la zapatera. — Su cuarto es la primera reja del piso principal por la Concepcion Jerónima, y yo voy todos los dias á insultarla desde la calle... A cantarla el trágala, como dice mi marido... A mí nunca me gustó su facha; pero desde que he sabido lo que hizo sufrir á la señorita Adelaida...

— ¿A la señorita Adelaida?... — preguntó alborozado el viejo. — ¿Conoce usted á la señorita Adelaida?

— Sí, señor, — contestó la Crispina, asombrada de ver el entusiasmo que se retrataba en el semblante del viejo.

— ¿De veras? — añadió este. — ¿La conoce usted?

— Sí, señor... ¿Y qué tiene de particular?...

— Nada... pero...

— ¡Como se pone usted tan fuera de sí por que me ha oído decir que conozco á esa señorita!...

— ¡Ah!... ¡Usted no sabe lo que yo la quiero!... Dos años hace ya que no la he visto, ni tengo noticias de su pa-



radero... Me dijeron que estaba en Madrid, y emprendí un viaje de cincuenta leguas solo por verla, y cuando fuí al Hospital, porque allí era donde decían que podría hallarla, me contestaron que se habia escapado sin decir nada á nadie.. Era una hermana de la Caridad la que me lo dijo, y por no propasarme con una mujer, no la crucé la cara; pero me indignó oírla decir que se habia escapado... Es una infamia el pensar esas cosas de la señorita.

—Pues en todo Madrid no se dijo otra cosa entonces... El Duende lo habia dispuesto de manera que nadie sospechára que él las habia robado.

—¡Cielo santo!—gritó el viejo. —¿Con que esa señorita de quien usted hablaba antes es doña Adelaida? ¿Y dónde está, dónde está?...—añadió gritando y fuera de sí.

—No está muy lejos; pero es imposible verla... la tienen presa.

—¡Presa! ¿Y por qué?... ¿Quién la ha preso?...

—¿Quién ha de ser?... El Duende... Se libraron de sus uñas cuando quiso robarlas, gracias al señor Paço; pero ahora han vuelto á caer en su poder.

—Yo créí, —dijo el viejo, —que las monjas y las beatas eran como los frailes, que se andaban siempre mudando de un convento á otro sin decir nunca á nadie por qué ni cómo, y pensé que habrían hecho lo mismo con la señorita Adelaida, y por eso casi habia perdido la esperanza de volverla á ver!... ¡Me acuerdo tanto del dia que me despedí de ella!... Si yo hubiera sabido que me habia de causar una pena tan grande, la sigo hasta el fin del mundo.

—¿Usted la conoció en la Torre del Duende?—dijo la señora María, mezclándose por primera vez en la conversacion del viejo y de la Crispina.

—¿Por qué lo decia usted?—contestó el viejo sobresaltado.

—Por nada, —repuso aturdida con el tono de la pregunta la vieja María;—la señorita Eugenia nos ha contado

tantos horrores de aquella torre... ¡Dice que habia una gente tan mala!...

—¿Quién es la señorita Eugenia?

—Una jóven muy amiga de doña Adelaida, y hermana del pobre don Fernando.

El viejo, que, á pesar de tener un tanto desabrido el rostro, se habia ganado las simpatías de las dos mujeres por el interés con que hablaba de Adelaida y el aborrecimiento que parecia tener al Duende, siguió haciendo algunas preguntas hasta enterarse de lo ocurrido desde el robo de las hermanas de la Caridad.

Y aunque su primer impulso al oir decir que Adelaida estaba presa en la casa á cuya puerta se hallaba, fué subir á verla, se lo impidió la señora María, diciéndole:

—No suba usted, porque no le permitirán que la vea, y porque la señorita ignora aun que está presa.

—¡Presa!...—murmuró el viejo.—¿Y ha habido juez que se atreva á prender á la señorita, siendo mas buena que los ángeles, y una santa?

—¡Pues por eso mismo ha habido quien la prendiera!—dijo la Crispina.—Si fuera mala no la habria dicho nada la justicia... Los pícaros son los que tienen fortuna, y en Madrid no se castiga sino á los hombres de bien y á las mujeres honradas.

—Calle usted, Crispina,—dijo la vieja María.

—Pues digo bien, señora,—replicó la zapatera alzando la voz.—Yo soy muy franca, y aunque me ahorquen he de decir la verdad. Justicia... ¡Ya... ya!... ¿Cree usted que si hubiera justicia podria hacer ese hombre tantas infamias?

—¿Y no hay quien se presente en los tribunales á decir quién es el Duende?—preguntó el viejo.

—No, señor,—contestó la Crispina;—se han empeñado en sufrir y callar, porque el señor Paco dice que es muy feo delatar á nadie... ¡Cómo si no fuera un bien poner de manifiesto las maldades de ciertos sujetos!

—¿Quién es ese señor Paco de quien ustedes hablan?— preguntó el viejo.—¿Es acaso Cabezota?

—Será, porque tiene una cabeza mas grande que el cimborrio del Escorial,—dijo la Crispina;—el pelo muy rojo y ojos azules.

—No hay duda,—replicó el viejo,—es el mismo... Pero ¿cómo dicen ustedes que él fué el que libró á la señorita del poder del Duende? Mire usted que ese hombre es uno de sus mejores amigos, y que en la Torre del Duende quiso matarme cuando saqué de allí á la señorita!

—¿Qué dice usted?—esclamó la señora María.—¿Con que es usted el que arrancó á la señorita del poder de su tío?

—Sí, señora.

—¡Ah! No sabe usted los deseos que tienen todos de ver á usted, y lo que ha hecho doña Adelaida por averiguar su paradero.

—¿De veras?—dijo loco de entusiasmo el viejo.—¿Se acuerda de mí la señorita?

—¡Vaya si se acuerda! Yo la he oido contar su historia, y hace de usted los mayores elogios.

—Es tan buena,—replicó el viejo,—que no me estraña nada de lo que usted me dice; pero lo que yo hice entonces, cualquier otro lo habria hecho.

—¿Qué hizo usted?—preguntó la zapatera.

—Nada... ya se lo habrá contado á ustedes la señorita... sacarla de la torre, porque iban á dar fin de ella á fuerza de martirios. La acompañé hasta Alicante, y allí la llevé á casa de una señora muy principal, donde yo habia estado sirviendo muchos años, y que me queria en extremo... Supe que el Duende ofrecia dinero por mi cabeza, y que habian ido algunos en mi seguimiento, y me escapé á Oran... Cuando volví, al cabo de un año, mi ama habia muerto; pero me dijeron que la señorita no quiso estar allí sino muy pocos dias, y que habia tomado el hábito de las hermanas

de la Caridad. Tengo hoy muchas ganas de verla, porque debo revelarla un secreto, que entonces no sabia que pudiese interesarla.

— ¿Qué secreto? — preguntó con ansiedad la zapatera.

— No puedo decirlo sino á la señorita.

— Pero como ahora no le dejarán á usted que la vea... — replicó la zapatera.

— No importa; esperaré y tendré paciencia. De aquí no me muevo hasta que me dejen entrar, ó hasta que ella salga.

— Pues ya puede usted esperar sentado, — dijo la Crispina, picada por no haber logrado averiguar el secreto.

— No tal, — repuso la señora María; — yo voy á ver ahora á la señorita, y la diré que está usted aquí.

— Me hará usted un gran favor, señora, — dijo el viejo.

— Pero si no sabemos el secreto, — replicó la zapatera, — ¿qué vamos á decir?

— Que está aquí el hombre que la sacó de la Torre del Duende, — dijo la vieja María.

— Sí, sí, — exclamó alborozado el viejo; — dígala usted que la suplico me permita subir á saludarla, y nada mas... Estoy seguro de que me mandará subir al momento.

— Pues hasta luego, — dijo la señora María.

— Vaya usted con Dios, señora, y muchas gracias, — contestó el viejo, volviéndose á confundir entre los grupos de los curiosos, que seguian comentando las palabras de la Crispina.

Y mientras esta, precedida de la vieja María, subia las escaleras del palacio de la condesa de Baza, los artesanos que habian ofrecido al Vizco su ayuda para salvar á Cabezota esperaban con impaciencia el momento de poner en práctica sus servicios.

El Vizco, que habia subido á la casa en el momento de retirarse los soldados, volvió precipitadamente á reunirse con los artesanos, y en la escalera se encontró con las dos mujeres, que gritaron al verle:

— ¡Jesús!... El Vizco.

— ¡El demonio!... —replicó incomodado Daniel Mendoza.

Y cogiendo del brazo á la señora María, la dijo:

— ¿Qué viene usted á hacer aquí, señora?

— ¿Y usted?... —repuso la zapatera, mientras la vieja María, asustada, no acertaba á pronunciar una sola palabra. —Usted, —añadió, —es el que ha de decir á lo que viene, que es la única persona sospechosa... ¡Vaya, pues me gusta!... *Dijo la sarten al cazo*... Bien dicen, que de fuera vendrá quien de casa nos echará!...

— ¡Silencio!... —dijo el Vizco.

— No quiero callar... ¡Pues tiene gracia!... ¿A qué ha venido usted á esta casa?

— Pregúnteselo usted á la señorita Eugenia.

— ¡Dios mio! —gritó la señora María. — ¡Pobre señorita!

El Vizco no hizo caso de las últimas palabras de la vieja, y atravesando el portal, se llegó á los cuatro hombres del pueblo, que le rodearon con impaciencia, y les dijo:

— Ahora le van á bajar para llevarlo al juzgado.

— ¿Y qué hacemos? —preguntó uno de los hombres.

— ¿Qué hemos de hacer? —replicó el artesano que había llevado la voz hasta entonces. — Salvarle.

— ¿Pero cómo?

— Arrojándonos sobre los alguaciles.

— Nada de eso, —dijo el Vizco; —yo os diré lo que él mismo ha dispuesto, y si os parece bien, lo haremos así... él me ha dicho...

— ¿Usted le ha visto? —interrumpió el jefe de los artesanos.

— No.

— ¿Pues cómo?...

— Está encerrado en un cuarto interior, cuya ventana

dá á un pasillo, y por allí hemos hablado... Puede salir y entrar por esa ventana cuando quiera...

—¿Pues por qué no lo hace?... Nosotros le haremos capa, y...

—No quiere comprometer á las gentes de la casa, y aunque ha salido para hablar con la señorita, se ha vuelto á su prision al momento... Dice que en la calle no compromete á nadie, y ni aun queria que nosotros le ayudásemos.

—¡Qué hombre tan generoso y tan leal! —esclamó entusiasmado el artesano. —Daria un dedo de la mano por ser su amigo.

—Él desea serlo de todos ustedes, —dijo el Vizco. —Le he contado el interés que se habian tomado por su suerte, y está muy agradecido...

—Pues no faltaba mas, —repuso el artesano, —sino que los hijos del pueblo vieran en peligro á un hermano suyo y no acudiesen á socorrerle... ¿De qué servian entonces los lazos sociales? Valdria mas vivir como los salvajes, devorándonos los unos á los otros. A los ricos les une el dinero, y á los pobres la sangre que corre por sus venas, y el sudor con que todos ganamos el pan que comen nuestros hijos, y... en fin, nos une el instinto de la propia conservacion... Cuando los pueblos están divididos se los reparten entre sí los magnates, y así se cambia el aura de la libertad por los hierros de la servidumbre. Los soldados de una misma causa no deben pelear entre sí nunca, si no quieren dar la victoria á sus enemigos...

—Calla, hombre, —dijo uno de los artesanos. —Si te oyen lo que estás diciendo, vamos á tener que sentir.

—Pues que me oigan, no me importa; yo digo siempre la verdad.

—Tiene usted razon, —repuso el Vizco; —pero ahora debemos pensar en salvar á Cabezota.

—¿Cabezota se llama ese valiente? —dijo el artesano.



—Si, —contestó el Vizco.—Le van á bajar dentro de un momento dos alguaciles, y...

—¿Dos alguaciles?... Pues no tenemos para empezar.

—En cuanto nos vean alzar la mano, echan á correr.

—No es necesario hacer nada de eso, —dijo el Vizco alborozado con el entusiasmo de aquella gente; —él me ha dicho que si le atan los brazos...

—Si le bajan atado, —interrumpió vivamente el artesano, —no respondo de lo que haré.

—Pues es preciso moderarse, porque lo demás sería comprometerle. Él dice que, si le atan, se acerque uno á los alguaciles con una navaja abierta, para cortar las ligaduras, en el momento en que los demás armemos un alboroto, haciendo que toda esta gente corra hácia donde él vaya.

—Yo me encargo de ir á su lado, —dijo uno de los hombres.

—¡Y yo, y yo! —repitearon otros.

—¡Eso es! —dijo el artesano. —Iremos todos para lo mas fácil del negocio. Lo principal es el alboroto, y hacer que corra la gente.

—Eso no vale nada... en cuanto corramos dos á un tiempo diciendo: ¡que vienen!... ¡que vienen!... toda la gente corre y grita que vienen, aunque no vean venir á nadie.

—Si ustedes me permiten, —dijo el Vizco, —yo distribuiré á cada uno el papel que tiene que representar.

—Convenido, —repusieron todos.

—Pues el señor, —añadió el Vizco, señalando al artesano, —es el que ha de cortar las ligaduras... y los demás, escalonados desde el portal hasta la esquina, corremos atropellando la gente hasta caer sobre los alguaciles.

—Perfectamente, —replicó el artesano, —y respondo de cumplir mi comision.

—¿Tienes navaja? —le preguntó uno de sus compañeros.

—La de picar el tabaco,—contestó sonriendo el artesano.—Tengo navaja y capa para que se emboce en ella y no le cueste gran trabajo el escaparse.

—Si le llevan suelto,—dijo el Vizco,—no hay que hacer otra cosa sino marchar detrás de él, porque dice que al volver una esquina sabrá cómo derribar en tierra á los alguaciles. Nosotros los rodeamos luego, como para darles auxilio, y...

—Y mientras tanto,—repuso el artesano,—pone Cabezota piés en *polvorosa*... Perfectamente, ya estoy deseando que salga.

Oyóse al decir esto ruido en la escalera y movimiento de atencion entre el público que invadia los alrededores de la casa, y los decididos defensores de Cabezota, que le vieron bajar, atados los brazos á la espalda, y acompañado de dos alguaciles, se distribuyeron del modo que habian convenido.

El Vizco les volvió á repetir que no hiciesen nada hasta que él les avisára, y así fué que el preso salió de la plazuela seguido de una multitud considerable de curiosos, sin que hubiera el menor movimiento hasta despues de haber entrado la comitiva en la calle de Góngora.

Pero apenas habian doblado la esquina cuando se oyeron los gritos de los alguaciles que pedian *¡favor á la reina!* y entre la gente que pasó corriendo por la Plazuela del Duque de Frias, iba un hombre embozado hasta los ojos en una capa azul.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



# INDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO. . . . .	3

## LIBRO PRIMERO.

CAP. I.....	¡Pobre joven! . . . . .	7
— II.....	La Noche-Buena. . . . .	13
— III.....	La Justicia.. . . . .	20
— IV.....	Sesion de vecindad. . . . .	31
— V.....	La hermana de la Caridad. . . . .	42
— VI.....	Las dos amigas. . . . .	52
— VII.....	La flor de la Fé . . . . .	62
— VIII.....	El padre y la hija.. . . . .	72
— IX.....	La llave del secreto. . . . .	80
— X.....	Confianzas. . . . .	86
— XI.....	La superiora de las hermanas de la Caridad. . . . .	96
— XII.....	La Torre del Duende. . . . .	103
— XIII.....	Segue la historia de la Torre. . . . .	113
— XIV.....	Revelaciones. . . . .	122
— XV.....	Nuevos sobresaltos. . . . .	132

## LIBRO SEGUNDO.

CAP. XVI.....	Dos barrios estremos.. . . . .	143
— XVII.....	Una entrevista. . . . .	152
— XVIII.....	Las dos vecinas. . . . .	163
— XIX.....	El Vizco. . . . .	174
— XX.....	Tal para cual. . . . .	180
— XXI.....	Cabezota cuenta algunos lances de su vida. . . . .	187

CAP.	XXII.....	Planes siniestros. . . . .	198
—	XXIII.....	Nadie pase sin hablar al portero. . . . .	206
—	XXIV.....	Detalles. . . . .	212
—	XXV.....	El sotanillo de la Melitona.. . . .	218
—	XXVI.....	Conjuracion. . . . .	223
—	XXVII....	Cabezota á solas consigo mismo. . . . .	235
—	XXVIII...	Cabezota y Gazapos. . . . .	242
—	XXIX.....	El conde de San Fabian.. . . .	247
—	XXX.....	Sor Clotilde y sor Adelaida. . . . .	258
—	XXXI.....	La silla de posta. . . . .	268

## LIBRO TERCERO.

CAP.	XXXII....	Gente de escalera abajo.. . . .	275
—	XXXIII...	La marquesa de Santa Rita. . . . .	287
—	XXXIV...	Un acceso de ira. . . . .	298
—	XXXV....	La Peregrina. . . . .	309
—	XXXVI...	Eugenia.. . . .	320
—	XXXVII..	Noticias de sor Adelaida. . . . .	330
—	XXXVIII.	El calabozo del Cuartel de Guardias. . . . .	342
—	XXXIX...	Espedicion. . . . .	354
—	XL.....	La Peña-Sacra. . . . .	365
—	XLI.....	La caja de marfil. . . . .	375
—	XLII.....	La mujer del guarda-bosque. . . . .	385
—	XLIII.....	Ataque y defensa. . . . .	397
—	XLIV.....	La enfermera. . . . .	409

## LIBRO CUARTO.

CAP.	XLV.....	Eugenia á sor Adelaida. . . . .	421
—	XLVI.....	Cabezota y sor Adelaida.. . . .	432
—	XLVII.....	La carta de Fernando. . . . .	445
—	XLVIII...	La cueva del Ave-María. . . . .	457
—	XLIX. ....	El alma del corregidor. . . . .	468

CAP. L.....	La muerte de Pestaña. . . . .	479
— LI.....	El señor Trifon y la señora Cris- pina. . . . .	490
— LII.....	El padre Romualdo . . . . .	501
— LIII.....	La confesion de don Lorenzo. . . . .	512
— LIV.....	El diagnóstico y el pronóstico. . . . .	522
— LV.....	El agonizante. . . . .	533

## LIBRO QUINTO.

CAP. LVI.....	La Partida del Trueno. . . . .	545
— LVII.....	Los dos amigos y el capitan.. . . .	555
— LVIII.....	Los amores del Vizco. . . . .	566
— LIX.....	Conjuracion. . . . .	577
— LX.....	La casa chica de Alcira. . . . .	588
— LXI.....	El padre Romualdo y el Duende. . . . .	599
— LXII.....	Los secretos del chocolate. . . . .	610
— LXIII.....	El Vizco y el Duende. . . . .	622
— LXIV.....	Una visita al cementerio. . . . .	636
— LXV.....	Beati mortui qui in Domino moriun- tur. . . . .	642
— LXVI.....	La mano invisible. . . . .	652
— LXVII.....	La condesa de Baza. . . . .	657
— LXVIII...	¡Está loca! . . . . .	667
— LXIX.....	Adelaida en los brazos de Eugenia. . . . .	673

## LIBRO SESTO.

CAP. LXX.....	El médico y Adelaida. . . . .	683
— LXXI.....	Ventura y Genaro. . . . .	697
— LXXII....	Almerinda Sfogatti.-Rossina Strin- getti. . . . .	705
— LXXIII...	¡La Esperanza es un sueño! . . . . .	711
— LXXIV...	¡La Esperanza es la vida! . . . . .	723

CAP. LXXV....	Fernando y Genaro. . . . .	734
— LXXVI....	Una revelacion importante. . . . .	745
— LXXVII..	Cabezota en el sotanillo de la Me- ltona. . . . .	753
— LXXVIII.	Cabezota y la Peregrina. . . . .	764
— LXXIX...	Efervescencia popular. . . . .	774
— LXXX....	La prision de sor Clotilde. . . . .	784
— LXXXI...	El público y la señora Crispina. . . . .	794



# PLANTILLA

PARA

## LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

	<u>Páginas.</u>
Así lo hicieron el alcalde, otro salvaguardia, el escribiente y el soldado. . . . .	25
¡Pan!... ¡Pan!... Qué me matan de hambre,—dijo con torpe voz don Lorenzo. . . . .	76
Sacó un cigarro del bolsillo del frac. . . . .	157
Y por poco, al tirar para desenredarle, sale el tiro. . . . .	193
El reloj que pendia de su cintura sufrió la misma suerte. . . . .	300
Papá, ¿qué has hecho? . . . . .	339
El eco del disparo la indicó que no habia errado el tiro. . . . .	389
Sin pecado concebida,—dijo un eco doliente y apagado allá en el interior de la cueva. . . . .	465
Encomiéndenle ustedes á Dios. . . . .	541
Os voy á contar mis amores con esa muchacha. . . . .	565
No puedo consentirlo, señor abad: retírese usted. . . . .	634
Siéntense ustedes, y ya se arrodillarán cuando lleguemos á la letanía. . . . .	664
Pero, hombre, ¿qué le habrá hecho esa familia, que tan mal la quiere? . . . . .	770



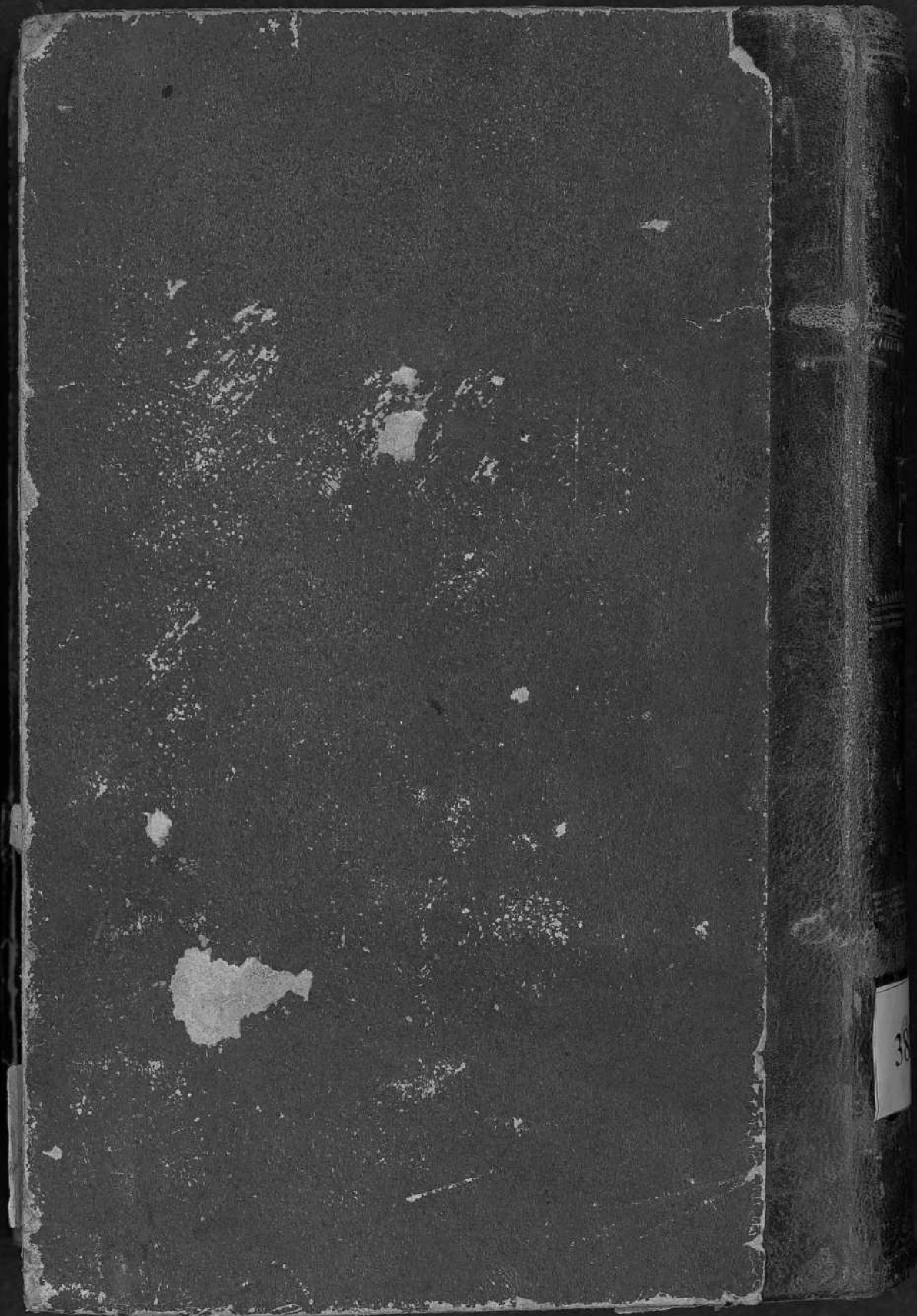




Gerardo Martin

de

D





EE  
ESPERANZA  
Y CARIDAD

I

3838(I)